



A

(V.1)

C. 1127584

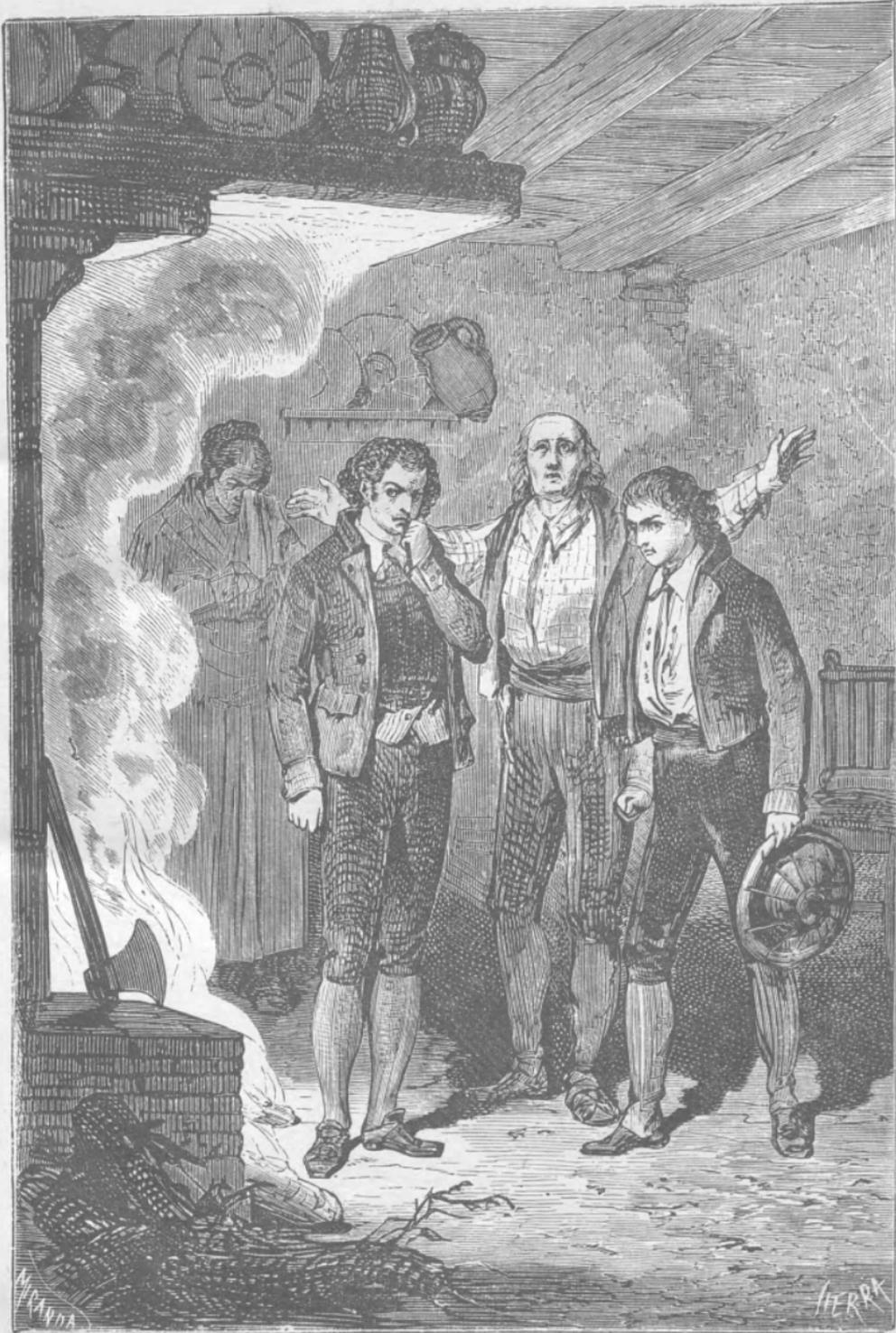
t. 101582



EL CURA MERINO

---







BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

EL

# CURA MERINO

(ESPAÑA EN 1808)

NOVELA HISTÓRICA ORIGINAL

DE

DON EDUARDO ZAMORA Y CABALLERO

ILUSTRADA CON MAGNÍFICOS GRABADOS EN MADERA

Tomo I

MADRID

BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

CALLE DE OROZCO, NÚMERO, 90

1873



BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

EL

# CURA MERLINO

(ESPAÑA EN 1808)

NOVELA HISTÓRICA ORIGINAL

Esta obra es propiedad de la *Biblioteca Universal Ilustrada*, y nadie sin su consentimiento podrá reimprimirla ni traducirla.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ILUSTRADA CON grabados en madera

Tomo I

MADRID

BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

NUMERO 10

IMP. DE JOSÉ A. MUÑOZ Y C.<sup>a</sup>, ALMIRANTE, 7

## Capítulo primero

**Donde se ve la diferencia que hay de un cura á un bagaje**

El año 1809 empezó en España bajo muy malos auspicios. El ejército francés, después de haber sofocado el heroico esfuerzo del pueblo de Madrid en el inolvidable Dos de Mayo de 1808, había logrado dominar en toda España, á pesar de su derrota de Bailen y de la desesperada resistencia que le oponian algunas plazas, entre las que siempre figurará en primera línea la inmortal Zaragoza. Verdad es, que no en todas las capitales ondeaba la bandera tricolor, que los franceses no eran dueños más que de la tierra que pisaban, que había en Sevilla una Junta central, cuyos individuos habían echado sobre sus hombros la pesada carga de disputar su patria á los

soldados del guerrero del siglo, y que en casi todas, ó por mejor decir en todas las provincias, habian comenzado á levantarse partidas, que molestaban á los invasores atacando sus convoyes, picando sin cesar la retaguardia de sus columnas, ó haciendo prisioneros á algunos rezagados.

Pero todo esto era impotente para detener la marcha triunfal de los vencedores de Austerlitz y de Jena, mandados por los primeros generales del mundo y aleccionados en la escuela de Napoleon I.

Para vencer á aquel génio de la guerra, se necesitaba nada ménos que el levantamiento en masa de todo un pueblo, y el de España, si bien á fines de 1808 habia comenzado á salir de su letargo, aún no habia despertado del todo.

Las provincias que más pesadamente soportaban el yugo de los conquistadores, eran las que atravesaba la antigua carretera que va desde Madrid á Francia. Surcadas continuamente por cuerpos del ejército francés, á cuyos jefes interesaba mucho mantener sus comunicaciones con la frontera, los pueblos que servian de etapas se veian obligados á sufrir todos los dias las mil vejaciones que los soldados imponen siempre á los vencidos. Además, es cosa sabida que nadie ha abusado de sus victorias tanto como los franceses, y aunque en España no podian llamarse vencedores, porque la traicion les habia hecho dueños del país sin disparar un tiro, no por eso dejaban de tratarla como si la hubiesen conquistado. En los pueblos de la carretera de Francia es, pues,

donde comenzó á encenderse aquel ódio mortal que tan caro costó luego á las tropas imperiales.

Como es natural, este ódio era más vivo en los pueblos pequeños que en los grandes, porque en aquellos, como el vecindario era mucho menor, las cargas de alojamientos, bagajes y demás que ocasiona el movimiento de tropas, resultaban mucho más pesadas.

Uno de estos pueblos era Villoviado, lugar de la provincia de Búrgos que dista una jornada corta de Lerma, y apenas tenia entonces cien vecinos.

El dia 15 de Enero de 1809 llegaron á dicho pueblo dos compañías de cazadores, con la plana mayor y la música de un regimiento.

Grandes fueron los apuros del alcalde para alojar dignamente á una oficialidad tan numerosa, y no pequeñas las maldiciones de los vecinos, que se vieron obligados á abrir sus casas á aquellos odiosos huéspedes. Pero lo grave del asunto fué la petición de cincuenta bagajes que el coronel hizo para continuar su marcha al dia siguiente.

El pobre alcalde al recibir esta órden, que le entregó un ayudante, se rascó la cabeza, cambió de color y sintió que se le oscurecia la vista y la lengua se le pegaba al paladar, impidiéndole dar contestacion alguna; cosa que, por otra parte, hubiera sido inútil, porque como los franceses no estaban acostumbrados á que nadie les replicara, el oficial, despues de entregar su oficio, dió media vuelta y se marchó sin saludar.

No sabiendo qué hacer, el alcalde determinó pedir consejo al cura, y sin pérdida de tiempo se puso su an-

cho sombrero de castor, envolvióse en su enorme capa de paño pardo, y con la órden que acababa de recibir en el bolsillo, se dirigió á la casa del párroco.

Empezaba á anochecer cuando llegó á ella, y traspuso el umbral diciendo:

—Bendito y alabado sea.

—Pase usted adelante, señor don Blas,—le interrumpió bruscamente el cura,—qué no estoy de humor de rezos ni de saluciones.

—Buenas noches, señor don Jerónimo.

—No pueden ser buenas mientras haya franceses en el mundo, y sobre todo mientras yo tenga que alojarlos en mi casa.

—No he podido pasar por otro punto. Ya sabe usted que nunca le envío alojados; però hoy era imposible colocar á todos los que han venido, y me he visto obligado á enviarle á usted ese comandante.

—Ganas me dieron cuando se me presentó de pegarle un tiro.

—¿Ha salido de casa?

—No, señor.

—Pues nó levante usted la voz...

—¿Qué me importa á mí que oiga? Además, creo que se ha acostado, pues según dice su asistente, viene algo enfermo.

—Mucho sentiría que eso proporcionara á usted más incomodidades.

—No, lo que es por eso no tenga usted cuidado. Por mí, ya pueden reventar cuando quieran, ese y todos los gabachos habidos y por haber.

—Sin embargo...

—Ya sé que á un alojado no se le debe más que cama, luz, agua, vinagre, sal y asiento á la lumbre. Todo eso lo daré del peor modo posible; pero fuera de eso, aunque pidiera la Uacion, como no se la diera su asistente, se habia de ir al infierno sin ella.

El cura de Villoviado era un hombre duro y bravo, muy capaz de hacer lo que decia.

El alcalde, que le conocia perfectamente, no las tenia todas consigo mientras la conversacion siguiera en aquel tono, porque temia que los franceses oyeran á don Jerónimo, entendieran sus palabras y quisieran tomar venganza de ellas.

Deseando, por consiguiente, acabar cuanto antes, le dijo:

—Pues yo vengo á que hablemos, señor cura.

—Señor alcalde, ya estamos hablando.

—Es que tenemos que hablar en secreto.

—Entremos en mi cuarto.

Y al decir esto, el cura tomó un gran velon que sobre una mesa ardia, y entró, seguido del alcalde, en la habitacion de la derecha de las dos que daban al zaguan, en que hasta entonces habian hablado.

El alojado ocupaba la de la izquierda.

El cuarto del cura parecia cualquiera cosa ménos habitacion de un sacerdote.

En la alcoba estaba la cama, compuesta de un tablado de pino pintado de verde, un jergon de paja y un colchon no muy grueso ni mullido. El mueblaje de la sala lo componian cuatro sillas de madera, un sillón de

baqueta y una mesa grande, que en la primera mitad del siglo XVIII habia sido pulimentada.

Sobre la mesa se veia un breviario, que era toda la biblioteca del cura, y un tintero de barro, que desde tiempo inmemorial no tenia tinta, á cuyos algodones se hallaba fuertemente adherida la única pluma que tenia su dueño.

La luz del velon, que don Jerónimo dejó sobre la mesa, permitia ver que en las paredes no habia cuadros, estampas ni cosa parecida; pero en cambio se veian en ellas colgadas, de sus respectivos clavos, tres escopetas de Madrid, buenas y limpias, aunque no lujosas, haciendo juego con dos grandes pistolas de arzon que sobre la cabecera de la cama estaban. Varios frascos de pólvora, morrales de caza, una montura, una cabezada, una brida y dos ó tres látigos, completaban el atavio poco sacerdotal de la habitacion del cura de Villoviado.

—Ya escucho á usted, señor don Blas,—dijo este luego que se sentó sin ceremonia en el sillón, indicando al alcalde una silla.

—Señor don Jerónimo,—dijo este sentándose,—me encuentro en un grande apuro.

—¿Qué le pasa á usted?

—¡El coronel francés!...

—¡Ah! ¿se trata todavía de esa canalla?—exclamó el cura, dando una gran puñada sobre la mesa.

—Sí, señor,—contestó el alcalde.

—Veamos.

—Es el caso, que me ha pedido cincuenta bagajes para mañana.

—Ellos nunca se quedan cortos!

—Pero lo grave es que en el pueblo no hay tantas caballerías.

—Entonces, con no darlas es asunto concluido. No sé para qué viene usted á hablarme de tal cosa.

—¡No darlas!... ¡no darlas!... Eso se dice muy pronto.

—Y se hace, sobre todo cuando no hay otro remedio. Apostaría la mano derecha á que no logra usted encontrar á estas horas veinte bagajes en todo el pueblo.

—Encontrar diez me sería difícil, porque los vecinos, como siempre que se aproximan tropas, se han llevado al monte sus acémilas y caballos, y no es fácil dar con ellos.

—Hace dos horas que mandé yo al Feo que se llevase mi jaca y no volviera hasta mañana al mediodía.

—Y todos han hecho lo mismo.

—Por consiguiente, no hay más remedio que decir á ese coronel, que si quiere caballos que los pinte.

—Me temo que tengamos algun disgusto.

Ambos interlocutores guardaron silencio por algunos minutos.

Al cabo de ellos dijo el alcalde:

—¡Señor don Jerónimo!

—¿Qué hay?

—Si usted quisiera hacerme un favor...

—Veamos.

—Yo temo no saber explicarme, y agradecería que usted fuera quien hablara al coronel...

—Señor don Blas,—dijo el cura,—ya sabe usted que mi genio es poco á propósito para la diplomacia. Si hablo á ese *franchute* y me responde alguna cosa que no me acomode, es posible que le deje sin dientes de una bofetada, aunque luego salga el sol por Antequera.

—No, si usted teme...

—¿Yo temer?... Hombre, ahora sí que ha dicho usted una cosa que decide la cuestion. Yo no temo á nada, señor don Blas, y mañana verá usted si gasto muchos rodeos para decirle á ese hombre lo que haga al caso.

—¿Cómo! ¿se decide usted?

—Si por cierto.

—Muchas gracias.

—Cuando toquen diana y el alojado que tengo salga de casa, cerraré la puerta con llave, porque ya le he dicho á usted que estoy solo, y en seguida yo iré á la plaza.

—Corriente. Yo, de todos modos, reuniré cuantas acémilas pueda.

—Justo, y ya verá usted cómo se conforma con ellas, que á la fuerza ahorcan.

Al decir estas palabras, se levantó el cura como dando por terminada la conversacion, y el alcalde, que sabia que era hombre de pocas palabras, le saludó y se volvió á su casa algo más tranquilo de lo que habia salido.

El cura de Villoviado, que tan célebre habia de ser en la historia con el nombre de *El cura Merino*, era lo que se llama vulgarmente un clérigo de *misa y olla*.

Toda su instrucción se reducía á saber leer y escribir, esto último no muy bien por cierto. En cuanto á latin, sabia el absolutamente indispensable para decir misa, sin que pueda asegurarse que entendia lo que recitaba.

De dos cosas hacia gala: de no haber leído nunca ningun libro, ni disparado jamás su escopeta sin dar en el blanco.

Todos los que le trataron convienen en que las dos cosas eran exactas.

Cazador incansable, pasaba su vida en los montes, y conocia todas las trochas y veredas del país mejor que los pastores y leñadores más hábiles. Podia recorrer con los ojos vendados, no sólo las inmediaciones de su pueblo, sino todos los pinares y sierras de Quintanar y Soria.

Con su escopeta al hombro, hacia jornadas de siete y ocho leguas, sin que al regresar á su casa sintiera la menor fatiga.

Excelente ginete, cuando no queria ir á pié, trepaba á caballo por los vericuetos más escarpados y galopaba tranquilamente al borde de los precipicios.

Era, en una palabra, un contrabandista que habia errado la vocacion; porque en verdad, mejor servia para andar á porrazos que para echar bendiciones.

Su carácter brusco y violento, le hacia generalmente poco simpático; pero sus puños le aseguraban el respeto, ya que no pudieran conquistarle el amor de sus feligreses y convecinos.

Era de mediana estatura, muy moreno, bienjuto de

carnes y sumamente ágil en todos sus movimientos. Sus ojos eran negros y grandes, y su cabello, tambien negro, áspero y muy poblado.

No vestía nunca ropa talar. Llevaba generalmente pantalon de pana, chaleco de seda negro, chaqueta de paño del mismo color, y sombrero de copa alta, al que tenía tal afición, que no se le quitaba ni para estar en casa. En los dias de gran ceremonia reemplazaba su chaqueta con un enorme leviton. Cuando llevaba levita solia ponerse alzacuello, y este era el único distintivo de su ministerio que se encontraba en toda su persona.

A diferencia de la generalidad de los curas, no tenía ama, ni sobrina, ni mujer alguna á su servicio. El único que vivía con él era un criado, mitad sacristan, mitad compañero de caza, el cual desempeñaba las funciones de mozo de cuadra, cocinero y ayuda de cámara. Pronto tendremos ocasion de conocer á este personaje, uno de los principales que han de figurar en nuestra historia, á quien el cura, lo mismo que todos sus convecinos, designaba con el apodo de *el Fleo*.

La salud de don Jerónimo era excelente.

No sentía el frio ni el calor.

Comía casi siempre en pié, y no era nada delicado en la eleccion de manjares.

Una cazuela de sopas de ajo, un pedazo de carne fiambre, un poco de queso de oveja para postre y un vaso de agua, constituian su comida. Con esto y dos jícaras de chocolate, una por la mañana y otra por la noche al tiempo de acostarse, estaba mantenido, y nunca se le vió enfermo.

Jamás probó el vino, ni mucho ménos licorés espirituosos.

Tal era don Jerónimo Merino, cuya edad, en la época en que nuestra relacion comienza, frisaba en los cuarenta años.

Luego que el alcalde estuvo en la calle, el cura, que no se cuidaba de su alojado más que si no existiese, cerró la puerta de su casa, sacó una maquinilla, hizo con espíritu de vino su jícara de chocolate, lo tomó, bebió un vaso de agua, lió un cigarro de papel, y se lo fumó tranquilamente en su sillón. Cuando ya le quemaba los labios, tiró la punta, se dirigió á una alacena que le servia de guarda-ropa, sacó su levita y su alzacuello, dejó ambas cosas sobre una silla, reconoció el cebo de sus pistolas, dió cuerda á su gran reloj de plata, se desnudó, apagó el velon que le alumbraba, y se metió en la cama.

A los diez minutos roncaba como si no hubiera franceses en el mundo.

Como nuestro héroe no tenia nada de dormilon, á las tres de la madrugada ya estaba levantado, y á las cuatro se habia vestido su traje de ceremonia, sin duda, no por honrar al coronel francés, á quien tenia que hablar, sino para inspirarle más respeto con su carácter de sacerdote.

Hizo y tomó su chocolate, y aun tuvo que esperar más de una hora antes de que en las calles de Villaviado resonara el alegre toque de diana.

Entonces se salió al zaguan, por donde ya andaba el asistente del comandante que tenia alojado dispo-

niéndolo todo para la marcha. No tardó en aparecer el jefe, que como no sabia una palabra de español, hubo de limitarse á hacer al cura profundas cortesías, á que éste no contestó ni siquiera con una inclinacion de cabeza. El comandante, que ya desde el dia anterior habia conocido que su patron no pecaba de cortés, salió sin decir una palabra, y seguido de su asistente, se encaminó á la plaza del pueblo.

A ella se dirigió tambien Merino, despues de cerrar con llave la puerta de su casa, y llegó á tiempo que el alcalde estaba ya á la del ayuntamiento, acompañado de algunos mozos, que tenian de los ronzales diez ú once bagajes entre mayores y menores, que eran todas las bestias que habia podido encontrar en Villoviado.

—Felicés, señor don Jerónimo,—dijo el alcalde, que estaba temblando, y á quien se le ensanchó el corazon al ver que el cura acudia puntualmente á la cita.

—¡Hola!—contestó lacónicamente Merino.

A este tiempo, ya se iban reuniendo en la plaza los soldados y algunos oficiales.

—No he podido juntar más bagajes, señor cura.

—Pues si no hay más, con esos bastan.

—Yo temo alguna tropelia.

—¿Qué?

—Ya ve usted, ¡han pedido cincuenta!

—Yo, por mi gusto, no les daria ninguno.

—Ya.

—Y si á pedir vamos, yo tambien les pediria que se volvieran á Francia.

—Todos les pediríamos lo mismo.

—Y veria usted cómo no nos hacian caso.

—A esta gente habrá que echarla...

—¡Por Dios, don Jerónimo!...

—¡Si todos pensaran como yo!...

Al alcalde no se le pegaba la camisa al cuerpo, y ya comenzaba á sentir haber llamado en su auxilio al impetuoso sacerdote.

Entre tanto, las dos compañías de cazadores estaban ya completas y habian formado en la plaza, en la que tambien se hallaban amontonados los equipajes de los jefes y oficiales, así como todos los instrumentos de la música, lo cual debia constituir la carga de los bagajes pedidos.

El coronel no se hizo esperar mucho.

Al verle aparecer montado en un buen caballo negro y acompañado por otros jefes, tambien á caballo, una corneta tocó un punto de atencion; los soldados, que descansaban sobre las armas, se pusieron firmes, los oficiales sacaron las espadas, y el alcalde balbuceó, dirigiéndose al cura:

—Vamos, señor don Jerónimo.

—Vamos,—replicó éste.

Y viendo que don Blas no se movia, le cogió del brazo, y casi le arrastró á la presencia del coronel.

—Buenos dias, señores,—dijo el coronel, que hablaba algo el español, aunque su acento revelaba á tiro de ballesta que no era su lengua nativa.

—Muy buenos,—contestó secamente Merino.

El alcalde no pudo decir una palabra, y se limitó á quitarse el sombrero.

El cura seguía con el suyo encasquetado.

—¿Están listos los bagajes que he pedido á usted?

—¡Los bagajes!...—dijo el alcalde temblando.—

¡Los bagajes!...

—Si, hombre.

—Pues yo le diré á usted.

—¡Qué! Acabemos.

—¿Cuántos eran esos bagajes?—interrumpió don Jerónimo, que ya se iba incomodando al ver el círculo de oficiales que en derredor suyo se había formado, los cuales le examinaban con burlona curiosidad.

—Cincuenta,—contestó el coronel.

—Muchos son.

—No puedo marchar con ménos.

—Pues va usted á estar mucho tiempo en este pueblo,—repuso el cura con violencia.

—¿Cómo?

—Aquí no hay más caballerías que las diez ó doce que el alcalde ha podido reunir.

—Extraño es eso en un pueblo de campo.

—Por consiguiente, tendrá usted que contentarse con esas, y gracias.

Las palabras del cura eran aún más agresivas por el tono en que hablaba, que por su misma significación.

Los franceses las adivinaban más bien que las comprendían, y cada vez iban estrechándose más en torno de aquel hombre grosero y atrevido, cuya enorme levita había llamado su atención desde que le vieron.

El coronel, que tampoco era nada sufrido, respetó,

sin embargo, el carácter que acusaba el alzacuello de Merino, y se limitó á decirle con energía:

—No hablo con usted, señor cura.

—Pero yo hablo con usted, señor coronel.

—Al alcalde es á quien pido los bagajes.

—Y el cura es quien responde que no los hay.

El pobre alcalde sudaba, á pesar de que hacia un frio de siete grados bajo cero.

—Por fin,—exclamó el coronel despues de un momento,—yo necesito emprender la marcha.

—Aquí no hace usted maldita la falta. Puede marcharse cuando quiera, que nadie le echará de ménos.

—Repórtese usted, señor cura. Si la circunstancia de ser el más fuerte no me impusiera la prudencia, no toleraria sus demasías.

—Es que si yo le encontrara á usted solo en medio de la sierra, puede que no le hubiera dejado decir una palabra.

—Basta; vengan los bagajes que he pedido,—dijo el coronel, montando ya en cólera y dirigiéndose al alcalde.

—Señor, no hay más que esos,—contestó el pobre don Blas, que no sabia lo que le pasaba.

—Tengo que llevar todas esas cosas,—replicó el coronel, señalando el monton de equipajes é instrumentos.

—Pues que carguen con ellas estos señores, que parece que no tienen nada que hacer,—gritó iracundo Merino, volviéndose á los oficiales que le rodeaban.

Los oficiales comprendieron que se les habia ofendi-

do, y lanzaron un grito de rabia, poniendo algunos mano á las espadas.

Una severa mirada de su jefe les contuvo.

—Estos señores,—dijo el coronel pausadamente,—no cargarán con nuestros equipajes; pero ya que el señor cura me da esa idea, cargarán con ellos los vecinos de Villoviado.

—¿Los vecinos de Villoviado?...—dijo el cura fuera de sí.

—Y usted el primero.

Merino saltó como un tigre sobre el coronel, á quien libró de ser estrangulado la circunstancia de encontrarse á caballo y la rapidez con que los oficiales sujetaron al cura.

El alcalde, más muerto que vivo, tuvo la suficiente presencia de ánimo para escabullirse entre el tumulto.

El coronel dió algunas órdenes á sus subordinados, y en un momento unos cuantos cazadores se apoderaron de las acémilas que estaban delante de la casa de ayuntamiento y de los veinte ó treinta curiosos á quienes habia llevado á la plaza el deseo de ver marchar á la tropa.

Los soldados cargaron primero las acémilas y luego á los atortolados prisioneros, que no sabian lo que les pasaba.

Merino rugia como un leon, y forcejeaba para desasirse de los que le tenian sujeto.

Algun oficial rodó por el suelo, derribado por una bofetada del montaráz sacerdote.

Pero todo fué en vano.

Los franceses eran muchos y Merino uno solo.

Al fin tuvo que resignarse con su suerte.

Le echaron áuestas el bombo, los platillos y otros instrumentos de música, y cargado de este modo le pusieron entre dos soldados, á quienes se dió el encargo de vigilarle durante la marcha.

Los demás paisanos no opusieron la menor resistencia: se dejaron cargar como acémilas, y luego que todo estuvo dispuesto, el coronel dió la órden de marchar, y la pequeña columna se puso en movimiento.

. . . . .

Pintar la rábia de Merino durante aquella jornada, sería imposible.

Echaba espuma por la boca.

Varias veces estuvo por arrojarle á un despeñadero con bombo y todo.

Pero pensaba que esto no sería un gran disgusto para los franceses, y por eso se contenía.

Los soldados y oficiales le decían en francés mil burlas y cuchufletas, que él no entendía, pero que no por eso dejaba de contestar con los mayores denuestos. Los otros no le entendían tampoco, y se reían á carcajadas.

Más de una vez le avisaron con algun culatazo que avivara el paso.

No podían calcular los franceses cuánta sangre había de costar á su patria aquella cómica escena.

Llegados á Lerma, los presos recobraron su libertad.

Merino arrojó al suelo el bombo y los plátillos, y dirigiéndose al grupo de jefes y oficiales, que le contemplaban riéndose, cruzó ambas manos, y dijo besando las cruces:

—Os juro por estas que me la habeis de pagar.

Y emprendió rabiando el camino de su pueblo.

En el curso de esta narracion veremos cómo cumplió su amenaza.



—Os juro por estas cruces que me la habeis de pagar.



---

---

## Capítulo II

---

### A matar franceses

Ya había cerrado la noche cuando Merino llegó á Villoviado, se dirigió á su casa, abrió la puerta y entró, sin que al parecer reparara en el Feo, que hacia más de tres horas le esperaba sentado en un poyo, teniendo el caballo del ronزال.

El criado, que sabia ya todo lo que habia ocurrido, y que comprendia que su amo no estaria para fiestas, entró detrás del cura, sin darle siquiera las buenas noches.

Don Jerónimo, que en todo el dia habia comido, se dirigió á la alacena que le servia de despensa, cortó un gran pedazo de carne fiambre, lo tragó en dos minutos sin que pueda decirse que lo mascara, bebió un vaso de agua, y sin acordarse de fumar su acostumbrado cigarrillo, se encaminó á su cuarto.

Al levantar el picaporte volvióse á su criado, que

ya habia acomodado el caballo en la caballeriza, y le dijo:

—Feo, mañana nos vamos á matar franceses.

Dichas estas palabras, únicas que pronunció desde que habia salido de Lerma, entró en su habitacion á oscuras y se echó vestido sobre la cama.

Casi al mismo tiempo que el cura, fueron llegando á Villoviado los demás vecinos que habian sido embarcados con él para servir de acémilas.

Todos iban silenciosos.

La humillacion que habian sufrido era tan grande y el caso tan imprevisto, que hasta los más des preocupados tenian motivo para estar pensativos.

La mayoría de los individuos que se habian visto obligados á hacer aquel vergonzoso viaje, eran jóvenes, y en estos el amor propio es mucho más vivo que en los hombres de edad madura.

Casi todos tenian novia, y ninguno sabia cómo presentarse delante de la suya despues de haber hecho una jornada llevando á cuestras la maleta de un francés.

Las mujeres son débiles y cobardes; pero por lo mismo, gustan de que los hombres sean fuertes y valientes.

El amor produce, aun en las almas más groseras, cierta elevacion de sentimientos.

Una mujer enamorada puede seguir amando, aunque el objeto de su amor cometa un crimen.

Es difícil que ame al que cometa una accion vergonzosa.

Y probablemente aborrecerá á su amante, si devora una afrenta.

Los cobardes, pocas veces encuentran gracia delante de esos seres que huyen de los ratones y se asustan del viento que silba en el cañon de la chimenea.

Es porque la cobardía es un defecto ridículo, y el amor no resiste á una carcajada.

Es posible amar á un sér á quien todos temen; hay mujeres capaces de adorar al que todos odian; tal vez se concede el amor á quien se negaria la estimacion; se entrega el corazon á quien una hora antes no se hubiera entregado un duro, pero no se ama nunca á quien nos hace reir, y sobre todo á quien hace reir á los demás.

No sabemos si esto consistirá en que hay en el amor una gran dosis de vanidad, ó en que la mayor parte de él es idealismo, y parece poco ménos que imposible idealizar lo ridículo.

Por eso vemos niñas muy tímidas y muy enamoradas, cuya afliccion no conoce límites si su novio padece una calentura; pero si recibe un bofeton y desafía al que se lo ha dado, la muchacha llora, se desespera, es capaz de arrojarse á los piés de los contendientes para impedir el duelo, si pudiera se interpondria entre ellos en el momento del combate; y cuando éste se verifica, aunque su novio salga herido, tal vez aunque quede muerto, en medio del inmenso dolor de su alma hay una especie de secreta satisfaccion, siente una voz que la dice desde el fondo de su corazon que aquel hombre era digno de su amor, y aunque conserve la pena toda

su vida, la mitiga algun tanto la idea de que no se habia engañado.

Si, por el contrario, el amante cede, aunque haga un gran sacrificio, y renuncia á vengar su honra, la novia al pronto podrá alegrarse viendo desvanecido el peligro; pero, cuando se recoge en sí misma no puede explicarse cómo aquel favor, que tal vez la ha pintado como el más grande que podia hacerla, y quizás lo sea en efecto, es, sin embargo, el que ella ménos le agradece. Semejante conducta podrá tal vez demostrar mucho cariño, pero habla poco en favor de las condiciones de carácter del hombre, y por otra parte, deja siempre una duda, que no contribuye ciertamente á enaltecerlo.

No hay ejemplo de que una mujer haya dejado de amar al que la rechazó, aunque fuese brutalmente, cuando trataba de impedirle acudir á un peligro en que se hallaba comprometida su honra; y se dan muchos casos de que hayan aborrecido al que comenzaron á desdeñar, por sorprenderle en uno de esos momentos de debilidad.

Todo esto, si no lo pensaban, lo presentian los mozos de Villoviado al regresar á su pueblo, y ya puede calcularse si les preocuparia.

Debajo de cada uno de aquellos cráneos, poco acostumbrados á pensar, habia, como diria Víctor Hugo, una verdadera tempestad.

La ofensa era horrible, el peligro de quedar en ridículo inminente; pero al mismo tiempo el ofensor era tan poderoso, que parecia una locura pensar siquiera en la venganza.

Esta idea, que no dejaba de consolar á los ménos es-

crupulosos, no era suficiente á devolver la tranquilidad á los espíritus más susceptibles.

Un bofeton, aunque lo dé un gigante, es un bofeton; el que lo recibe, si se aguanta, no podrá ménos de convenir en que se ha quedado con él; y dígase lo que se quiera, no hay hombre que haga buena figura mientras tiene en la cara la huella de la mano de otro.

Sobre todo, á los ojos de las mujeres.

Por eso, aun los más despreocupados, tenían poca gana de llegar á su pueblo.

Algunos no hubieran querido llegar nunca.

Estos eran los que tenían novias más bonitas.

Entre ellos habia dos hermanos de arrogante figura. Jóvenes de veinte años el uno y veintidos el otro. Hijos de padres ya ancianos, y medianamente acomodados, que si no podian calificarse como señoritos, tampoco debian contarse entre los destripa-terrones.

El mayor, Juan, era alto, fornido y vigoroso. A pesar de hallarse aún en su primera juventud, parecia ya un hombre completamente formado. Sus facciones regulares, su tez morena, y sus ojos negros, le hubieran hecho inapreciable para servir de modelo á un pintor que quisiera representar uno de esos hermosos tipos que se crian en las montañas, en que tan admirablemente se armonizan la virilidad y la belleza.

No habia más que mirarle para comprender que era leal, valiente y honrado.

Su hermano Tomás, que, como hemos dicho, tenia dos años ménos que él, no era tan alto ni tan robusto. Su fisonomía, más dulce que la de Juan, y su carácter

más alegre y expansivo, le hacían más agradable, aunque era como tipo ménos hermoso.

Juan, que había sido educado en Búrgos al lado de un tío suyo, modesto pasante de un notario, acaso no se encontraba enteramente satisfecho, tal vez porque había entrevisto un porvenir más ámplio que el que le ofrecía la vida de labrador.

Tomás, que nunca se había separado del lado de sus padres, no se ocupaba de si el mundo se extendía más allá de los límites de Villoviado.

Por eso en el hermano mayor había un ligero tinte de vaga melancolía, que impedía á los demás mozos jóvenes y alegres, y por consiguiente poco dispuestos á simpatizar con las tristezas, fraternizar enteramente con él. Al paso que Tomás, siempre risueño y expansivo, era la delicia de los muchachos, y especialmente de las muchachas del pueblo.

En la existencia de Juan había un secreto.

Tomás, puede decirse que pensaba en alta voz y era el ménos á propósito para hacer misterio de nada.

Si quisiéramos marcar la diferencia que había entre los caracteres de ambos hermanos, diríamos que el mayor era *un hombre*, es decir, que á pesar de su escasa edad, había ya sentido alguna de las contrariedades de la vida; mientras que el otro era todavía un niño, por más que hubiera cumplido los veinte años.

Juan no hacía más que dos que había vuelto á Villoviado, dejando á su tío de Búrgos, á consecuencia de un lance que referiremos más adelante, lo cual con-

trarió algun tanto á sus padres, que hubieran deseado que continuara en la capital, para obtener alguna colocacion que le permitiera hacer fortuna.

Y sin embargo, como hemos dicho, no estaba contento en Villoviado.

Sin duda habia en su corazon una lucha que le impelia alternativamente hácia la ciudad y hácia la aldea, y combatido por estas opuestas tendencias, faltaba á su existencia para ser feliz tener un rumbo determinado que seguir.

Lo más notable, es que Juan no tenia amores, ni desde que regresó á su pueblo se le vió nunca galantear á ninguna muchacha, con no poco disgusto de más de una jóven, á quien no hubiera disgustado que el arrogante mancebo la dijera: «buenos ojos tienes.»

En el curso de esta relacion podremos explicarnos las que ahora parecerán á muchos lectores, extravagancias del carácter del muchacho.

Tomás indemnizaba á sus convecinas de la esquivéz de su hermano.

Para todas tenia un requiebro, lo cual le proporcionaba no pocos disgustos con su novia, que era por cierto una hermosa muchacha. Pero el jóven sabia disculparse con tanta gracia y la novia estaba tan enamorada de él, que siempre acababan por hacer las paces, sin perjuicio de volver á regañar en cuanto se presentase la ocasion, que era en el momento mismo en que Tomás veia una cara bonita, y cuenta que en siendo jóvenes, pocas le parecian feas.

La diferencia de caracteres entre los dos hermanos

habia desaparecido por un momento, gracias al trato de que habian sido objeto de parte de los franceses.

Tomás y Juan volvian á su pueblo igualmente silenciosos. El caso no era para ménos.

Llegados á la puerta de su casa, se detuvieron un momento, como si les diera vergüenza entrar.

Por fin Tomás se resolvió á golpear ligeramente en ella, y viendo que no estaba cerrada, hizo un ligero esfuerzo y penetró seguido de su hermano.

En aquel momento, una mujer de unos cincuenta años, que se hallaba sentada debajo de la ancha campana de la chimenea, se levantó de su asiento, corrió á ellos, y confundió á los dos jóvenes en un estrechísimo abrazo, derramando un mar de lágrimas.

Era su madre.

El padre, que pasaba de los sesenta años, dirigió á sus hijos una rápida mirada de compasion y ternura: sintió impulsos de correr hácia ellos, pero se contuvo, haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, y permaneció en su asiento.

Todos los circunstantes guardaron silencio.

Al cabo de algunos instantes, el padre dijo á los jóvenes en voz grave y reposada:

—¿Qué pensais hacer?

Aquella lacónica pregunta, que envolvia en sí misma la respuesta de que era preciso hacer algo, aumentó la confusion de ambos jóvenes.

Tomás miró á su padre con asombro. Juan, que desde que habia salido de Lerma revol-

via en su mente un confuso proyecto, cuya fórmula no había encontrado aún, clavó los ojos en el suelo.

Ambos permanecían mudos é inmóviles.

—¿Qué pensais hacer?—volvió á preguntar el anciano con un acento de energía, que pedía imperiosamente contestacion.

Juan, como si al choque de la voluntad enérgica de su padre hubiera brotado en su imaginacion una chispa eléctrica, levantó la cabeza y dijo con terrible expresion de ódio:

—¡Matar franceses!

En un momento de verdadera inspiracion había encontrado la misma fórmula que el cura Merino, para resolver el mismo problema.

La madre iba sin duda á decir algo, cuando una mirada de su esposo hizo espirar la palabra en sus labios.

Tomás, respirando con satisfaccion, como el que siente que se le quita un gran peso de encima, exclamó al cabo de algunos segundos, semejante al eco de la voz de su hermano:

—¡Matar franceses!

Esta debía ser al poco tiempo la fórmula de todos los españoles.

El anciano al oirla, se levantó de la silla que ocupaba y se arrojó en brazos de sus hijos, no encontrando palabras que expresaran su aprobacion con más elocuencia que aquel tiernísimo abrazo.

Aquel grupo era sublime.

El viejo, que tenia los cabellos completamente blan-

cos, parecía la encarnación del antiguo honor castellano, y en sus hijos había algo de aquellos españoles de tiempos ya pasados, siempre prontos á recorrer el mundo regándolo con su sangre, para hacer respetar el nombre de España.

La madre, situada á dos ó tres pasos del grupo principal, mirando atónita á los tres hombres y procurando en vano contener las lágrimas que inundaban su semblante, podía tomarse por la representación de la patria llorando el sacrificio de sus hijos; pero comprendiendo que no debe oponerse á él.

Todo este cuadro, iluminado de una manera fantástica, más aún por la llama del hogar que por la luz de un candilón que había colgado del techo, era patéticamente bello.

Luego que el padre se desprendió de los brazos de sus hijos, pronunció estas sencillas palabras:

—Muy bien.

Tomás entonces cogió su sombrero, que al entrar había dejado sobre una silla, y se dispuso á salir.

—¿Adónde vas?—le preguntó su madre.

—A verla,—contestó el jóven.

—Anda,—dijo su padre sonriendo.

Y Tomás se marchó á casa de su novia.

Esta era hija de una pobre viuda, que vivía con el producto, no muy grande, de un arrendamiento.

Su casa estaba en la misma calle que la de Tomás, y como el jóven desde que había tomado su resolución recobró su alegría acostumbrada y la ligereza de sus piernas, llegó en pocos momentos.

—¡Cuánto hemos rezado por ti!—exclamó María levantándose, mientras su madre dejaba en el suelo la media que estaba haciendo para mirar al recién llegado.

—¡Pues mira, hoy no había de qué!—contestó Tomás alegremente.—Mañana ya será otra cosa.

—¿Qué dices?—preguntaron casi al mismo tiempo la madre y la hija.

—Pues nada, que esos francesitos no saben lo malo que es servirse de bagajes que tienen escopeta.

—¡Tomás! ¿qué vas á hacer?

—Nada, María, no te asustes. Mañana me voy á cazar con mi hermano.

—¿A cazar?

—Sí; pero en vez de cazar perdices, parece que vamos á cazar gabachos.

—¡Dios mio!—exclamó la jóven, prorumpiendo en llanto.

—No te apures, mujer: esto no vale la pena. He venido á decirte adios... porque en estos casos... en fin... ¿qué quieres? hoy he salido del pueblo cargado con los equipajes de esos bribones, y la primera vez que vuelva á él tengo que venir montado en un francés.

Tomás amaba verdaderamente á María, y apenas podia contener su emocion.

Así es que estaba impaciente por terminar la visita, y al mismo tiempo no queria marcharse.

—¿No te sientas?—le dijo la madre de María.

—No, señora; es muy tarde. Mis padres me esperan, y... ¡vaya, tia Gregoria, déme usted un abrazo!

—Toma, hijo mio,—gritó la anciana, estrechando á Tomás sobre su corazon.—Abraza tambien á María.

Los dos jóvenes se abrazaron estrechamente.

Las mujeres lloraban, y Tomás no se atrevia á hablar, temiendo prorumpir en sollozos.

Esta situacion duró algunos minutos.

Al cabo de ellos, Tomás se arrancó violentamente de los brazos de madre é hija.

—Adios,—dijo abriendo la puerta y saliendo precipitadamente.

Cuando estuvo en la calle se paró, permaneció un minuto mirando á la casa de su amada, se enjugó una lágrima con el revés de la mano, y volvió lentamente á su morada.

—¡A matar franceses!—dijeron aquella noche los dos hermanos antes de entregarse al sueño.

—¡A matar franceses!—decia en su casa, casi al mismo tiempo, el cura Merino.

Sólo el Feo no habia dicho nada, pero no por eso dejaba de estar dispuesto á hacerlo.

Napoleon I no podia sospechar quiénes eran aquel cura y aquellos tres aldeanos que el 15 de Enero de 1809 le declaraban la guerra.

### Capítulo III

#### Un sermón del cura Merino.

Al día siguiente había mercado en Villoviado.

Es decir, que desde el amanecer la plaza del pueblo estaba llena de toda clase de vendedores, que acudían allí para proveer á los vecinos de lo que necesitaban.

Aquellos vendedores pertenecían á los pueblos inmediatos, y algunos de ellos ya sabían la pesada broma que los franceses habían dado á los pobres aldeanos.

Decir que la sabían algunos, equivale á decir que la sabían todos.

Porque, en efecto, bastaron pocos minutos para que la noticia corriera de boca en boca.

Como la desgracia ocurrida á los de Villoviado, en medio de ser terrible, era tan cómica, los más graciosos, ó los que presumían de serlo, no dejaban de sazonar sus comentarios con chistes más ó menos agudos, que pro-

ducian sonoras carcajadas en los corrillos que por doquiera habia.

Puede asegurarse que apenas se cruzaron en la plaza dos ó tres preguntas y respuestas, sin que saliera á relucir la cuestion de los bagajes.

—¡Hola, tia Mengana!—solia decia una muchacha del pueblo;—¡á cómo da usted los garbanzos?

—A real,—contestaba, por ejemplo, la interpelada.—Y dime, Jeromilla...

—¿Qué?

—¿Fué tu novio de los que se llevaron á Lerma?

—Yo no tengo novio,—respondia Jeroma, poniéndose colorada hasta la punta de la nariz, no sólo porque mentia, sino porque recordaba la figura de su prometido cargado con un baul y un chinesco por añadidura.

—¡Oye, chico!—gritaba algun vendedor á un mozo á quien conocia, y que pasaba por delante de su puesto haciéndose el distraido,—¡ya te ví ayer, hombre!

—¿A mi?

—Pues si estaba yo en la plaza de Lerma cuando llegásteis.

—Pues te engañaste.

—¡Digo!

—Yo no fui á Lerma.

—Anda, anda, ¿con que no fuiste? Pero vamos, ¡que aquella montura no pesaria mucho!

—¿Qué montura?

—La que tú llevabas á cuestras. Seria de algun jefe que se le habria muerto el caballo.

—Yo no sé lo que dices.

—No te enfades, hombre; á cualquiera le pasa una desgracia.

—Vaya, adios.

—Hasta la vista.

Y el muchacho se iba como perro con maza, renegando de los franceses que le habian puesto en tan humillante situacion, y de los españoles que le habian visto en ella.

—¿Has descansado ya, Patricio?—preguntaba tal vez algun muchacho á su rival, cuando sabia que podia oirle la que ambos querian.

—Sí, ya he descansado. ¿Y qué?—solia decir el otro, que comprendia la intencion de la pregunta, y aunque tuviera el carácter más manso que un cordero, no podia tolerar que se le pusiera en ridículo delante de la que amaba.

—Nada, hombre, nada... ¡Que como ibas tan cargado!...

—Cada uno va como quiere.

—O como le hacen ir, chico.

—Bueno, y á nadie le importa.

—Lo que es á mí...

—Pues se acabó.

—Corriente. No gasta pocos humos, y ayer le hemos visto que parecia el burro del tio *Espanta-pájaros*.

—Mira, ya me vas fastidiando con tanta conversacion.

—Pues tápate los oidos.

—¡Vamos! ¡vamos! ¡cachaza!—decia algun viejo que

se encontraba cerca y no quería que la cosa pasara á mayores; — tengamos la fiesta en paz, y cada uno tire por su lado.

Los jóvenes, que tenían todos la honradez castellana, no desoían nunca la voz del mediador, y se separaban en distintas direcciones, no sin dirigirse alguna mirada de reojo y sin que el ofendido murmurara entre dientes:

—Me alegraría que volvieran los franceses y le hicieran cargar á ese con un equipaje.

Al mismo tiempo que solía decir el otro:

—Antes me dejaba yo hacer pedazos que servir de bestia de carga.

Por supuesto, que del dicho al hecho...

No siempre que ocurría alguna de estas rencillas había cerca una persona prudente que la cortara á tiempo, lo cual ocasionó algunos mogicones cambiados entre los mozos de peor genio.

Afortunadamente, entre los honrados habitantes de Castilla la Vieja esas cosas no tienen nunca las consecuencias desagradables que suelen tener en otras provincias.

La intervencion del alcalde, que iba sin cesar de un lado para otro, bastaba para poner en paz á los contendientes.

Mientras en la plaza se verificaban estas escenas trágico-burlescas, en las tres únicas casas donde hasta ahora nos hemos permitido entrar en Villoviado, ocurrían otras más interesantes, y sobre todo mucho más solemnes.

Vamos primero á la de los dos hermanos que en el capítulo anterior hemos conocido.

Juan se hallaba en la habitacion de su padre.

El anciano estaba sentado en un ancho sillón de cuero, y su hijo ocupaba una silla inmediata á él.

El jóven, que estaba algo pálido y ojercso, como que no habia conseguido dormir nada en toda la noche, vestia un traje de caza que hacia resaltar más su hermosa figura. Calzon ajustado de paño pardo, chaleco corto de lo mismo, sobre el cual llevaba ceñida una canana; chaqueta ancha y polainas de cuero, eran las prendas que formaban su atavío. Sobre la mesa habia dejado una de esas mantas en forma de poncho que suelen usar los campesinos, sobre todo para andar á caballo en tiempo lluvioso, y su sombrero de castor. Arrimadas á la pared habia dos buenas escopetas.

La madre se ocupaba en arreglar dos pequeños morrales, poniendo en ellos alguna ropa blanca de la más indispensable.

La pobre mujer suspendia de cuando en cuando su tarea para enjugar sus lágrimas con la punta del delantal.

El padre tenia entre las suyas la nervuda y vigorosa mano de su hijo.

—Juan,—le decia,—¿has pensado bien lo que vas á hacer?

—Sí, señor,—contestaba el jóven con entereza.

—Me alegro, hijo mio. Esto no podia seguir así. Es una vergüenza que los españoles sufran los atropellos de esas gentes que se han entrado en España como

Pedro por su casa, y que nos tratan peor que si fuéramos esclavos.

—Muchas veces habia pensado, padre mio, en ir á reunirme con alguna de las partidas que en otras provincias dicen que se han levantado, y si hasta ahora me he contenido, ha sido por temor de dar á usted un disgusto.

—Has hecho bien.

—Pero la afrenta de ayer ha acabado con mi paciencia, y más quiero morir mil veces que sufrirla sin venganza.

—Tienes razon. Yo, viejo y todo, quisiera acompañarte, y lo haria si no pensara en que tu madre necesita de mí.

—Tomás y yo bastamos para dejar bien puesto nuestro nombre.

—Así lo espero.

—Juan Martin, á quien todos llaman el Empecinado, está con algunos hombres resueltos haciendo la guerra entre Soria y Guadalajara. A él iremos á reunirnos mi hermano y yo, y pronto oirá usted hablar de nosotros.

—Piensas con juicio, y espero que te portarás con él en todas ocasiones.

—Pierda usted cuidado.

—No sólo has de cuidar de tí, sino de tu hermano.

—Velaré por él dia y noche.

—La vida que vais á emprender tiene muchos peligros.

—Ya lo sé.

—Pero los dos sois valientes y buenos tiradores... Además, tu madre y yo quedamos aquí rogando á Dios por vosotros.

—¡Oh! sí,—dijo la pobre vieja, vertiendo un raudal de lágrimas.

—Y Dios no está sordo nunca á las oraciones de los padres.

—Además,—dijo Juan,—no es posible que abandone á los que pelean por su patria.

—No es posible,—repitió el padre.

Y todos quedaron en silencio.

Al cabo de algunos minutos, volvió á hablar el anciano.

—Mira, Juan, yo quiero que peleéis bien y que quedéis siempre como honrados y valientes; pero tampoco es necesario hacer locuras.

—No,—gritó la madre, sin poder contenerse.

—No tema usted,—repuso Juan;—ódio yo demasiado á los franceses para no guardar mi vida, á fin de hacerles todo el daño posible.

—En la guerra es preciso tener tanta prudencia como valor. Pelear con arrojo mientras haya esperanza de vencer; pero no exponerse néciamente.

—No, señor.

—Luego hay que tener presente otra cosa.

—¿Cuál?

—El enemigo al fin es un hombre.

—Cierto.

—Y como tal, nuestro prójimo.

—¡Prójimo!

—Más aún, hermano.

—¡Yo hermano de los franceses!—exclamó Juan con reconcentrada violencia.

—Sí por cierto.

—Es verdad,—repuso el jóven, que en aquel momento sentía que sus enemigos fueran como él, descendientes de Adan y Eva.

—Por consiguiente,—continuó su padre,—la valentía no se opone á la caridad. Mientras el enemigo esté armado y pueda defenderse, es lícito atacarle y procurar vencerle, aun quitándole la vida; pero una vez vencido, tiene derecho á la generosidad del vencedor.

—Es verdad.

—No lo olvides nunca.

—No lo olvidaré.

Hubo otro momento de silencio.

Tambien esta vez lo rompió el anciano.

—Hijo mio,—dijo.

—¿Qué quiere usted, padre?

—Contra otro peligro debo prevenirte.

—Hable usted.

—Hay muchos hombres que no ven en la guerra más que un medio de satisfacer sus malos instintos. Estos no sólo hacen del combate una matanza, y aun se entregan á esta con más placer que á aquel...

—Ya sabe usted que yo no he de ser uno de ellos.

—Esos,—continuó el padre,—creen además que todo les está permitido: el robo, la violencia, la embriaguez, el juego; todos los crímenes y todos los vicios.

creen que son cosa lícita al que se halla con las armas en la mano.

—Al proceder así deshonran su nombre y la causa que sirven.—dijo Juan.—No tema usted, padre mio, que sus hijos se manchen nunca con tales excesos. Vamos á defender una causa noble y justa, la de nuestra honra, que es al mismo tiempo la honra y la independencia de España, y sabemos que objetos tan santos no pueden defenderse más que honradamente.

Gil, que así se llamaba el padre de los jóvenes, dió á su hijo un abrazo por toda respuesta á sus dignas palabras.

—No esperaba ménos de tí,—añadió despues de darle aquella prueba de aprobacion y de ternura.

La madre, que ya habia concluido de arreglar los morrales, dijo entonces:

—¡Cuánto tarda Tomás!

—Es natural,—contestó su marido.—Ha querido volver á despedirse de María, y los pobres chicos no encontrarán la última palabra.

—Sí, pero debia pensar que su madre tambien quiere hablarle, y sobre todo quiere verle; cuando tal vez ya no le vuelva á ver más.

—No pienses en eso,—repuso Gil.

—¡Madre mia!—exclamó Juan, levantándose y besando tiernamente á la anciana, que permaneció algun tiempo entre sus brazos.

—Y sobre todo,—añadió el marido,—no vayas á reñirle cuando venga.

—No.

—Las madres todas sois iguales.

—Porque todas queremos lo mismo á nuestros hijos.

—Pero quisiérais que ellos no vivieran más que para vosotras.

—Como que los hemos llevado en las entrañas, y no vivimos más que para ellos.

Al decir Mariana estas palabras, aparecieron en la puerta Tomás, su novia y la madre de ésta.

El muchacho llevaba un traje parecido al de su hermano, y su apostura era gallarda y resuelta, aunque en su rostro habia un tinte de tristeza, muy natural en aquellos solemnes momentos.

—¿Con que se va?—dijo María, que habló la primera, y que sin duda no queria dar crédito á lo que veian sus ojos.

—Sí,—contestó Mariana.

—Sí,—dijo Gil,—se va; pero no te aflijas, porque él volverá pronto con la satisfaccion de haber cumplido con su deber.

—Y queriéndote más que nunca,—añadió Tomás, tomando parte en la conversacion.

—¿Y si no vuelve?—preguntó la jóven.

—¿Si no vuelve!... ¡Si no vuelve!—dijo el anciano, procurando dar á su voz una entonacion de ligero enfado, que le permitiera ocultar su emocion y el efecto que le habia producido aquella sencilla pregunta.—¿Por qué no ha de volver? ¿Te figuras que en la guerra mueren todos los que van á ella?

—Todos no.

—Entonces...

—Pero...

—¿Qué?

—Muchos sí,—añadió María, prorumpiendo en sollozos.

—¿Qué tonterías! Aquí me tienes á mí, que tambien en mi juventud fui soldado, y me he batido y he andado á tiros, y no me ha tocado una bala.

—Es verdad,—contestó la jóven, á quien aquel razonamiento estaba lejos de convencer.

—Además, ya le he dado yo un escapulario, y la Santísima Virgen nos lo traerá sano y salvo,—dijo la tia Gregoria, que hasta entonces no habia hablado una palabra.

—Y á Juan le traemos otro,—añadió María.

—Por eso hemos venido,—dijo su madre, como queriendo justificar aquella visita.

—Muchas gracias, hija de mi corazon,—exclamó Mariana, besando á la jóven.

—Gracias, hermana mia,—dijo Juan, tomando una mano á María y estremeciéndose ligeramente al tocarla.

—Toma, Juan,—exclamó la tia Gregoria oportunamente para sacar al muchacho de una situacion embarazosa.

Juan se desabrochó con rapidez un tanto febril el cuello de la camisa, y puso al instante sobre su pecho el piadoso regalo.

—Lo llevaré mientras viva,—exclamó con una animacion mayor que la que generalmente solia dar á sus palabras.

Y dicho esto, se retiró algunos pasos como si quisiera permanecer en la sombra, temeroso tal vez de que pudiera leerse en sus facciones algo de lo que pasaba en su alma.

Ni Tomás ni las tres mujeres se apercibieron de aquella sensacion instantánea. El primero se ocupaba exclusivamente de su madre y de su novia; las últimas tenian los ojos harto empañados por el llanto y la imaginacion ofuscada por el dolor, para apreciar tales detalles.

El tío Gil, que era perspicaz y estaba algo más sereno, no pudo ménos de notarlo.

Aquello fué para él una revelacion.

Una nube pasó por delante de sus ojos, y se pasó la mano por la frente como si quisiera borrar una idea que de repente habia brotado en ella.

—¡Juan!—gritó el anciano con una inflexion de voz, que suspendió un momento á todos los circunstantes.

En aquel grito habia algo de angustia, de reconvenccion, de pregunta.

Aquella palabra envolvia un mundo de ideas.

En aquel acento se encontraban mezclados el horror y la compasion.

—¿Qué hay, padre mio?—repuso el jóven, á quien la exclamacion del anciano habia vuelto en su acuerdo, y que era ya completamente dueño de sí mismo.

—Nada,—contestó el padre, satisfecho al parecer de la tranquilidad de su hijo.

Y despues de algunos segundos, añadió:

—Ya es tarde.

Y al decir esto tomó su sombrero.

—¿Os marchais?—dijeron á la vez las tres mujeres.

—Sí.

Tomás y Juan comenzaron á echarse á la espalda los morrales, ayudados por su madre, Gregoria y María, que no acertaban ni á sujetar una correa.

En seguida arrollaron sus ponchos, que cruzaron en bandolera sobre el pecho; luego se pusieron los sombreros, tomaron las escopetas y permanecieron inmóviles durante un minuto.

Las seis personas que habia en la habitacion no respiraban.

Se hubiera oido el vuelo de una mosca.

Por fin, el anciano, haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, dijo:

—Vamos.

Como si aquella palabra hubiera sido una voz de mando, las tres mujeres volvieron á romper en llanto, y se arrojaron en brazos de los dos jóvenes.

—Sí, vamos,—dijo Juan con entereza.

—¿Adónde vais?—preguntó su pobre madre, casi sin poder articular las palabras.

—A casa del cura,—dijo Gil.

—¿A casa del cura?

—Quiero que antes de marchar los bendiga.

—Haces bien,—contestó su esposa.

Los dos ó tres minutos que siguieron á esto, no pueden describirse.

El que no sea capaz de adivinarlos, tampoco lo sería de comprenderlos.

No hablaban allí más que los corazones, y sabido es que los corazones hablan sin palabras.

No hay pluma que pueda traducir su lenguaje.

Juan fué quien, arrancándose de los brazos de su madre, puso término á aquella situación horrible y sublime.

—Vamos, padre mio,—exclamó.

—Vamos,—repuso su padre.

Todos volvieron á abrazarse, y los tres hombres, silenciosos y resueltos, se dirigieron rápidamente hácia la puerta.

—¡Tomás! ¡Juan!—gritó Mariana, como si quisiera acariciar con sus labios aquellos nombres tan queridos.

—¡Adios, adios!—exclamaron los jóvenes.

Y salieron á la calle seguidos de su padre.

Un observador más tranquilo que los que tomaron parte en aquella escena, no hubiera dejado de notar que mientras Tomás al marcharse habia abrazado á las tres mujeres, Juan sólo abrazó á su madre y á Gregoria, sin reparar en María, que le tendia los brazos.

Veamos ahora lo que pasaba en casa de don Jerónimo Merino.

El cura se habia levantado muy temprano.

Después de tomar el chocolate, llamó á su criado.

—¡Feo!

—Mande usted, señor cura.

—¿Estás dispuesto?

—Sí, señor.

—Mira que ahora vamos á decir unas misas, en que es muy fácil que te rompan una pata ó la cabeza, aunque la tienes tan dura.

—Ya lo sé.

—Es que, te advierto que en cuanto salgamos del pueblo no admito excusas.

—No hay cuidado.

—Mira, tú siempre has sido un bruto,—añadió don Jerónimo.

—Es verdad.

—Llevas ocho años de sacristan, y aún no sabes darme las vinajeras cuando digo misa.

—¡Qué quiere usted!

—Pero eres buen hombre.

—Muchas gracias.

—Honrado.

—Sí, señor.

—No pruebas el vino.

—Nunca.

—Me tienes cariño.

—Ya lo creo.

—Eres valiente.

—Eso...

—Buen tirador.

—Como que usted me ha enseñado.

—Y sabes cuidar el caballo.

—Tambien soy discípulo de usted.

—Por esas cualidades te aprecio.

—Repito que gracias.

—Y como ahora, para salir á campaña, necesito un compañero, he pensado en tí.

—Ha hecho usted muy bien.

—Con que si quieres seguirme...

—¡Pues no he de querer!

—No creas que te ofrezco una gran vida.

—Ya lo sé.

—Andar siempre á salto de mata.

—Bueno.

—Perseguido por los franceses.

—Corriente.

—¿Y si te pescan?

—¿Qué?

—Nada.

—¿Nada?

—No; te ahorcarán probablemente.

—¡Caramba!

—Pero yo te echaré la absolucion, si no me han ahorcado antes.

—Entonces, no hay más que hablar.

—Todavía hay que decir algo.

—Pues diga usted.

—Nosotros no estamos acostumbrados á mucho regalo.

—No, señor.

—Pero ahora vamos á comer mal.

—Ya me lo figuro.

—Y eso, cuando comamos.

—Dios proveerá.

—A dormir siempre con un ojo abierto.

—Eso es lo que importa.

—En cuanto á la cama, no será muy blanda, pero tampoco pecará de estrecha. Podrás medir en el suelo tantos palmos de tierra como quieras, y por muchas vueltas que des, no haya miedo que te caigas, ni que se encojan las sábanas.

—Eso mismo.

—Para calentarte en invierno, siempre tendrás el sol, cuando lo haga.

—Ya sabe usted que no siento el frío.

—Y en verano...

—Sudaré como un pollo, señor cura. Mejor, eso dicen que es bueno para la salud.

—En cuanto á trabajo...

—Ir con usted, servirle; ya lo supongo.

—Y además, pelear cuando la ocasion se presente.

—¡Toma! ¿pues á qué vamos?

—Yo soy el general en jefe.

—Bien.

—Tú, por ahora, eres todo mi ejército.

—No reñiré con los compañeros.

—Has de ser muy obediente.

—Mucho.

—Aunque si no lo eres...

—¿Qué?

—Ya me encargaré yo de que lo seas.

—Está muy bien.

—Valiente, me has parecido siempre.

—No crea usted que ahora voy á tener miedo.

—Si lo tienes, ya te haré yo perderlo.

—Entonces, usted se encarga de todo.

—Sí.

—Méenos cuidados.

—En cuanto á la guerra que vamos á hacer, ya te figurarás que no pienso dar batallas.

—Sí que nos veríamos comprometidos.

—Es claro, los dos solos. Por ahora lo que vamos á hacer es emboscarnos en los pinares, que abundan en la provincia.

—Ya lo creo.

—Allí aguardaremos á que pasen los franceses, y si se queda algun rezagado...

—Entiendo.

—Tú tiras bastante bien.

—Y usted no yerra nunca un tiro.

—Luego, algunas veces suelen pasar coches ó correos que llevan de escolta cuatro ó cinco ordenanzas...

—Muchas veces los he encontrado en los caminos.

—Entonces ya podemos presentar batalla.

—Es claro; si de los dos primeros tiros tumbamos á dos á golpe seguro...

—No quedan más que otros dos.

—Y el combate es igual.

—Veo que eres méenos bruto de lo que yo pensaba.

—Ya lo verá usted.

—Conque vaya, ¿está listo el caballo?

—Sí, señor.

—¿Le has puesto la maletilla?

—No faltaba más.

—Bueno. La ropa blanca siempre es buena en estos casos.

—Y las alforjas con bastantes provisiones.

—¿Y el saco con un celemin de cebada?

—Le digo á usted que podria montarlo un emperador.

—Me alegro, hombre.

—Y cuando usted quiera...

—¿Qué?

—Podemos salir á campaña.

—No quiero dejarlo para luego.

—Y diga usted, señor cura...

—Habla.

—¿Quién va á decir la misa mientras usted anda por esos mundos de Dios matando franceses?

—¿Qué sé yo?

—Las viejas del pueblo van á pasarlo mal.

—Ya dispondrá el abad de Lerma, nuestro prelado, lo que le parezca más conveniente.

—Es verdad.

—Ahora, Feo, ponme el espolin y déjate de retóricas.

El cura colocó el pié izquierdo sobre una silla, y su criado le puso en el tacon de su zapato de paño el único espolin que usaba cuando se dedicaba á la equitacion.

Don Jerónimo vestia el mismo traje con que le vimos el dia anterior, sin más diferencia que haber puesto una funda de hule á su sombrero de copa alta, para preservarlo de la lluvia, que estaba amenazando.

—¿Están mis pistolas en las pistoleras?

—No falta nada.

—Y el caballo, ¿está bien calzado?

—Lo he llevado á herrar esta mañana.

—Bien hecho.

—Le digo á usted que todo está corriente.

—Pues coge el caballo y las tres escopetas, y salte con todo á esperarme junto á las eras, que allí iré yo dentro de un rato.

El Feo, como si comprendiera que en aquel momento empezaba su vida militar, dió media vuelta y se dirigió á la caballeriza sin replicar una palabra.

Un minuto despues salia por el zaguan, llevando de la brida el caballo del cura y cargado con dos escopetas.

La otra iba colgada del arzon de la silla.

Don Jerónimo miró su reloj, como deseando saber cuál era el momento en que comenzaba á poner por obra su propósito.

Eran las nueve y media de la mañana.

No bien hubo salido el Feo, Merino dirigió una postrer mirada á su casa, y salió á la calle.

Estaba echando la llave á la puerta, cuando llegaron allí Gil y sus dos hijos.

—¡Qué! ¿vais de caza, muchachos?

—No, señor,—contestó Gil.

—Sí, señor,—dijo Tomás al mismo tiempo.

—¿En qué quedamos?

—Vamos á matar franceses,—añadió Tomás, resumiendo en su fórmula de la noche anterior el pensamiento que le dominaba.

—Hombre, ¿de veras?—preguntó con alegría el cura.

—Por eso los traigo á que usted los bendiga,—dijo Gil.

—A que los bendiga, ¿eh? Pues mira, Gil,—contestó Merino, que tuteaba á todo el mundo,—no está la madera para cucharas.

—¿Qué dice usted?

—Digo que más pienso ahora en andar á balazos que en echar bendiciones; y toda vez que estos buenos mozos quieren ir á correr aventuras, no hay más que hablar. Yo les admito en mi ejército.

—¿En qué ejército?—preguntó Gil con asombro.

—En el ejército de Castilla la Vieja,—dijo Merino, que aquel día estaba más hablador que de costumbre.

—Pero ¿qué ejército es ese? ¿Dónde está?

—El ejército hasta ahora no es más el Feo, que en este momento va hácia las eras, donde le he mandado que vaya á esperar al general en jefe.

—¿Al general?

—Sí.

—Pero ¿quién es?

—Yo.

—¿Usted?

—Pensábais que no se habian de acordar del bombo que llevé ayer hasta Lerma? ¡Bonito es el hijo de mi madre! Nada, nada, he declarado la guerra á Napoleón I, y ahora verán lo que es bueno. Conque no te apures, Gil, que tus hijos van en buena compañía. Los dos son jóvenes, bravos y excelentes tiradores... conque me vienen perfectamente.

—Ellos pensaban irse con el Empecinado.

—¿Qué Empecinado ni qué niño muerto?

—Pero saliendo usted á campaña, ya es diferente.

—No faltaba más. Conmigo se vienen, y yo te los haré á los dos capitanes á poco bien que vayan las cosas.

—Sabiendo que van con usted, señor cura, me quedo mucho más tranquilo.

—Conque andando, muchachos: vamos hácia la plaza, que voy á predicar un sermón, despidiéndome del pueblo.

Los cuatro hombres echaron á andar, y pronto llegaron al sitio en que se celebraba el mercado.

La comitiva era tan extraña, que no pudo ménos de llamar la atención á todos los que allí habia.

Delante marchaban el cura y Gil. El primero hablando con animación, y el segundo contestándole reposadamente.

Detrás, seguían los dos jóvenes con sus escopetas al hombro, y aire á la vez grave y resuelto.

El grupo se dirigió hácia la iglesia, entre las miradas de los concurrentes, que habian suspendido todas las conversaciones.

El cura habló á dos ó tres muchachos de los que estaban sentados en el átrio, y pronto se les vió entrar en el templo, para salir en seguida cargados con un púlpito de madera, de los que usaban los frailes para predicar en las plazuelas, y hoy aun se usan en las iglesias en los dias de Semana Santa, cuando se representa la ceremonia de la Pasión.

Al ver aquello, creció el asombro de los circunstantes.

—¡Un sermon!... ¡El cura va á predicar!—se dijeron de corro en corro.

La gente se agrupó en derredor del púlpito, donde ya habia subido Merino.

—¡Hermanos míos!—dijo al comenzar:—Creo que en el tiempo que he estado entre vosotros, á ninguno he dado motivo de queja. Si acaso he ofendido á alguien, ¡cómo ha de ser! tambien algunos me han ofendido á mí, y me aguanto.

Un murmullo de aprobacion acogió este extravagante exordio, que, por otra parte, era muy natural, dado el género de elocuencia de don Jerónimo.

—He procurado cumplir con mi obligacion como Dios me ha dado á entender, y si no lo he hecho mejor, es porque no sabia más: á bien que para lo que sabeis vosotros, me parece que sé yo bastante, pues como suele decirse, «á tal asno tal albarda;» y no creais que por decir esto os trato de asnos, que demasiado me conoceis todos, y ya sabeis que cuando yo quiero decirle á uno una cosa, se la digo sin rodeos y cara á cara.

El cura, que esforzaba mucho la voz, á fin de que todos le oyeran, tomó un poco de aliento y continuó:

—Ya sabeis lo que pasó ayer. En mi vida me he visto en otra. Vuestro cura fué cargado desde aquí á Lerma como si fuera una caballería. Si vosotros tuviérais religion, no lo hubiérais consentido, que siendo los franceses nada más que un par de compañías, fácil hubiera sido juntarnos todos y acabar con ellos. Pero, ¡buenas y gordas! pediros á vosotros que hagais nada de provecho, es pedir peras al olmo.

Como se ve, Merino no pecaba de adulator, y prosiguió diciendo:

—Nuestro Señor Jesucristo decia, que cuando le daban á uno una bofetada, debia presentar la otra mejilla; pero no dijo lo que se debia hacer cuando le hacen á un cristiano cargar con un bombo. Yo he pensado mucho en esto, y he decidido, mientras no se me ocurra otra cosa mejor, irme por esos montes con la escopeta y el Feo á pelear contra los herejes, que sabeis que lo son todos los franceses, enemigos de Dios y framacosones por añadidura. Conque así, ya lo sabeis; desde hoy no volveis á verme el pelo; y si, como es regular, envian aquí otro cura, os encargo que no le fastidieis como á mí, que algunas veces ya me faltaba la paciencia. A los hombres encargo que no sean borrachos, que es un vicio muy feo; y á las mujeres, que cuando vayan á confesarse no cuenten más que sus pecados, que hay algunas que parece que se confiesan por todo el pueblo, y van á molerle á uno contándole lo que hacen los demás. Entre nosotros todo podia pasar, porque al fin y al cabo yo ya sé aquí de qué pié cojea cada uno; pero con otro cura no me parece conveniente, y no digo más.

Merino no habia estado nunca tan elocuente, ni habia pronunciado un discurso tan largo.

—¡Ah! se me olvidaba,—dijo antes de bajar del púlpito;—los chicos del tio Gil se vienen conmigo, y lo digo para que veais que no todos tienen tan poca vergüenza como los que ayer sirvieron de bagajes, y se quedan en el pueblo expuestos á que mañana ú otro dia se repita la funcion. Conque, vayan, hasta la vis-

ta,—dijo el cura, cuyo último período fué á clavarse en los corazones de muchos de sus oyentes.

En seguida bajó del púlpito, entregó al alcalde las llaves de la iglesia, y apoyándose en el brazo de Gil, se dispuso á emprender la marcha, seguido del grueso de su ejército; es decir, de Tomás y de Juan.

Muchos mozos sintieron impulsos de seguirles.

Algunos, hasta llegaron á dar dos ó tres pasos.

Pero todos se detuvieron.

Lo que iban á hacer Merino y sus compañeros, era una locura sublime, pero al fin una locura.

Más que á la guerra, marchaban al suicidio, y las multitudes no tienen jamás instintos suicidas.

Así es que todos acabaron por pensar que la vida es una cosa muy amable, y no debe exponerse sin meditarlo mucho.

Las mujeres, y especialmente las jóvenes, no apartaron la vista de los cuatro hombres hasta que salieron de la plaza.

Nunca les habian parecido tan guapos los hijos del tío Gil como en aquel momento.

Llegados que fueron á las eras, encontraron al Feo. El cura montó inmediatamente á caballo.

Gil llamó aparte á sus hijos.

—Ha llegado el momento de separarnos,—les dijo.—Cumplid con vuestro deber, y sed valientes y honrados.

—Lo seremos, padre mio,—replicó Tomás.

—Juan,—exclamó el padre.

—¿Qué quiere usted?

—Te recomiendo á tu hermano.

—No tema usted, padre.

—Sé con él lo que yo sería si estuviese á su lado.

—Lo juro.

—Está bien,—repuso el anciano, que al oír la entereza con que le contestaba su hijo, sintió desvanecerse una idea que habia surgido en su mente poco antes de salir de su casa.

—Ea, en marcha,—dijo el cura Merino, que ya se iba impacientando.

—Sí, ¡adios, adios!—dijo Gil, volviendo á abrazar á sus hijos.—A usted se los recomiendo, señor cura.

—No tengas cuidado.

Merino arreó su caballo, que salió al paso largo. Tomás y Juan se desprendieron de los brazos de su padre, y siguieron al cura. El Feo, que era un andarín de primera fuerza, emprendió una especie de paso gimnástico, y no tardó en hallarse á quince ó veinte varas delante del cura, para ir á modo de explorador.

Era la vanguardia del ejército.

Gil permaneció en las eras hasta que perdió de vista el grupo.

Entonces regresó á su casa abatido y pensativo.

—¿Si amaré Juan á María?—murmuraba el pobre padre al entrar en ella.

Esto es lo que nosotros habremos de averiguar en el curso de nuestra relacion

---

## Capítulo IV

**Donde se ven los inconvenientes de que los tios tengan sobrinos  
y los escribanos hijas casaderas.**

Dejemos al cura Merino marchar con su ejército, compuesto de tres soldados, á emprender la guerra contra las formidables huestes del Capitan del siglo, y retrocedamos algunos pasos en nuestra historia.

El carácter de Juan no habrá dejado de parecer raro á nuestros lectores.

Tener veintidos ó veintitres años, hermosa figura, y no gustar de las muchachas, son cosas tan anómalas, que cualquiera desea averiguar por qué razon se encuentran en un individuo. Y como el novelista tiene obligación de prevenir la curiosidad de sus lectores y anticiparse á ella, nosotros creemos deber de conciencia satisfacerla desde luego, y entrar sin rodeos en los detalles de la vida del simpático jóven.

Segun ya hemos dicho, Juan habia sido enviado á Búrgos por su padre, cuando aun era un niño. Allí adquirió una instruccion, que en vano hubiera tratado de adquirir en Villoviado.

No se vaya á creer por esto, que el muchacho era ningun sábio.

Pero sabia leer y escribir perfectamente, y lo que es más, con ortografia, las cuatro reglas de la Aritmética, y toda la Gramática, algo de Geografia y de Historia de España, y hasta se dice si comenzó á estudiar latin, que era la base de la educacion antigua.

Es decir, que el chico á los quince años sabia más que casi todos los hidalgos de Búrgos, porque es sabido que en aquella época la instruccion no andaba muy adelantada, sobre todo entre los hombres acomodados, y era un pozo de ciencia en comparacion con sus vecinos los habitantes de Villoviado, sin exceptuar el mismo cura, que ya hemos visto los puntos que calzaba en materias literarias.

Con estos conocimientos, el tío de Juan estaba justamente orgulloso de su sobrino, y su padre, que periódicamente recibia noticias de sus progresos, tal vez llegó á acariciar la esperanza de ver con el tiempo al muchacho convertido en un covachuelista, que así se llamaban entonces los empleados, y hecho un hombre importante y capaz de aspirar hasta al puesto de Secretario del despacho, como en la época del absolutismo se titulaban los que hoy llamamos Ministros de la corona.

No aseguramos que el padre de nuestro héroe llegó á abrigar tan altos pensamientos; pero aunque los abri-

gara, no tendria nada de particular, porque en España, tierra clásica de la verdadera democracia, el nacimiento no ha sido jamás un obstáculo para que los hombres de valer se elevaran á la cumbre de la fortuna, no sólo por el camino de las armas, sino tambien por el de las letras, aunque este tal vez, por más penoso, haya sido ménos frecuentado.

Hijo de un labriego riojano era el marqués de la Ensenada; á fuerza de penalidades y miserias, llegó á vestir la toga de abogado, y todavia jóven se encontró ministro, para dar á la marina española aquel impulso extraordinario, que hará siempre glorioso el nombre de tan ilustre hombre de Estado. Más baja fué aún la extraccion de don Alvaro de Luna, que ni aun podia llevar el nombre de su padre, por no ser hijo de matrimonio, y que en sus primeros años no fué conocido más que por el *apodo* de su madre, á quien llamaban la *Cañeta*, lo cual no le impidió llegar á ser el poderoso valido de don Juan II, ministro universal y omnipotencia de la córte de Valladolid, que un dia vió rodar su cabeza en el patíbulo, derribada por las demasías del ministro, que la envidia de sus émulos supo convertir en crímenes.

Otros muchos ejemplos pudiéramos aducir para demostrar que el padre de Juan podia, sin pasar por loco, creer que su hijo llegara algun dia á regir la nave del Estado.

Por otra parte, nosotros no aseguramos que lo creyera.

El caso es que el muchacho logró á los quince años

una plaza de escribiente en la escribanía en que su tío era primer pasante.

Si dijéramos que Juan se dedicaba á copiar minutas y á extender escrituras con mucho celo, faltaríamos á la verdad. Era buen muchacho, obediente, no queria dar disgustos á sus padres, y por consiguiente se resignaba á pasar todos los dias unas cuantas horas sentado en un taburete llenando pliegos y más pliegos con otrosíes y alegatos; pero la jerga curialesca le mortificaba de un modo horrible; los más luminosos escritos, debidos á las celebridades del foro burgalés, sobre negocios civiles ó criminales, le hacian dormir, y jamás logró que le inspirara interés el pleito más intrincado ó la causa más célebre, de cuyos detalles forzosamente habia de enterarse.

En cambio, cuando oia hablar de guerras ó de batallas no perdía una sílaba, y cuando por casualidad caía en sus manos algun romance ó libro en que se contaban las hazañas más ó ménos verídicas de los antiguos héroes, se entusiasmaba con su lectura, y más de una vez perdió el sueño y pasó las noches de claro en claro, creyéndose alguno de los caballeros de la Tabla redonda, ó figurándose el Cid ó Bernardo del Carpio.

Su tío era todo lo contrario.

Don Cleto no conocía ocupacion más sublime que la de un pasante de escribano, si no era la del escribano mismo.

Toda su vida la habia pasado entre protocolos, y habia llegado á tomarles tal cariño, que no creia posible vivir sin ellos.

Si le hubieran separado de sus queridos legajos, se hubiera muerto.

Los dias festivos los pasaba el pobre hombre aburrido. Como no tenia oficina, despues de oir misa mayor, que la oia siempre en la catedral, no sabia qué hacer, y aunque era fervoroso católico apostólico romano, no podia ménos de pensar que la Iglesia haria bien en suprimir algunas festividades.

Por supuesto, que se guardaba bien de confiar á nadie este pensamiento, que en aquellos tiempos le hubieran hecho pasar por un revolucionario furioso, exaltado demagogo, contaminado con las pestilentes ideas de la revolucion francesa, y hombre peligrosísimo para la sociedad, lo cual le hubiera valido hacer relaciones con el tribunal del Santo Oficio, cosa de que no tenia maldita la gana.

No hay que decir que don Cleto no era nada de esto. Habia sabido la muerte de Luis XVI dos ó tres años despues que ocurrió, y aunque le habia oido contar aquel suceso al escribano, y todo lo que este decia era para él artículo de fe, en aquella ocasion se resistió á darle crédito, y tardó mucho tiempo en persuadirse de que un pueblo habia sido capaz de cortar una cabeza ungida por el Señor. Don Cleto, como casi todos los españoles de su tiempo, no tenia ideas politicas, ni se ocupaba de si los asuntos del país marchaban bien ó mal. Decia que nunca ha de faltarnos rey que nos mande ni papa que nos excomulgue, y no es muy seguro que se hubiera parado á meditar sobre el sentido de esta frase, que repetia siempre que en su presencia

se permitía alguno discurrir sobre las cosas públicas.

Era el hombre más metódico del mundo, y el más tímido que había nacido de madre.

Nunca se atrevió á decir una palabra de amores á mujer alguna; así es, que había llegado soltero á los cincuenta años, y era ya más que probable que lo enterrarán con palma.

Afortunadamente, tenía una hermana solterona como él, con la cual vivía, y gracias á ella no le faltaba un boton en la camisa, ni un remiendo en los manguitos que para escribir se ponía, cuando ya el roce con la mesa los iba rompiendo.

Don Cleto era la encarnación del método y la puntualidad personificada.

Toda su vida hacia lo mismo.

Se levantaba á las seis de la mañana en verano y á las siete en invierno; cepillaba su ropa, que le duraba eternidades, tomaba chocolate y se marchaba á la oficina.

Al verle pasar los vecinos de su calle decían:

—Las ocho: don Cleto va á la escribanía.

Y todos miraban sus relojes y los ponían en dicha hora, si acaso no la señalaban.

Estaban seguros de no equivocarse.

Llegado á la escribanía se ponía á trabajar, y si su principal no le llamaba para algún asunto, ó no tenía que ir al juzgado, se estaba sin levantar cabeza hasta las dos, que tomaba su sombrero, se ponía debajo del brazo un inmenso paraguas encarnado, que llevaba siempre, aunque hiciera buen tiempo, y volvía á su casa por el camino más corto.

Cuando su hermana le oía subir la escalera, ponía la sopa en la mesa.

Comían; en seguida rezaban el rosario. Si era invierno, don Cleto salía á pasear hasta las cinco, en que volvía á su oficina, donde trabajaba hasta las siete; y si era verano, dormía la siesta hasta las cuatro, á las cinco salía á paseo y al anochecer ya estaba en la escribanía.

En verano no se velaba, y por consiguiente don Cleto hacía un rato de tertulia á su principal, y á las ocho de la noche estaba siempre en su casa.

A las nueve cenaba un guisado de carne con patatas y un plato de ensalada cruda, sin que jamás le sucediera oír las diez fuera de la cama.

Para un hombre tan metódico, ya se comprende que sería un gran sacrificio tener que admitir en su casa á un chico.

Sin embargo, era amante de su familia.

Gil, labrador acomodado, y generoso por añadidura, le hacía con frecuencia regalos que el pasante agradecía mucho, y no pudo negarse á servir de guía y protector á su sobrino.

Don Cleto desempeñó concienzudamente su encargo. El no reconocía ninguna diferencia en la importancia de las cosas. Todo lo que tenía que hacer lo hacía con igual esmero. Así es que difícilmente podía Gil haber confiado su hijo á mejores manos.

Juan no encontró en casa de su tío la alegría y el bullicio, que gusta á los chicos; pero en cambio encontró un cariño sincero y cuidadoso, y el muchacho, aun-

que algo contrariado al principio, acabó por acostumbrarse á aquella vida, y hasta llegó á encontrar en ella ciertos encantos.

La hermana de don Cleto era una excelente mujer, que pasaba la vida rezando y entregada á sus quehaceres domésticos. La pobre se quejaba mucho de la abominacion de los tiempos que habia alcanzado, abominacion que no podia conocer más que de oidas, porque ella no salia nunca de su rincon y su trato se reducía á un cortisimo número de personas, que no tenian más motivos que ella para estar enteradas de lo que pasaba en el mundo.

Al lado de estas pacíficas personas, que profesaban la virtud, no sólo por principio, sino hasta por temperamento, se educó Juan, á quien acaso se pegó algo de la gravedad de sus tios, así como en su corazon se grabaron profundamente las máximas morales que todos los dias le enseñaban.

Ya hemos dicho que cuando el hijo de Gil entró en la escribanía en clase de escribiente, tenia quince años. Don Cleto aspiraba á que el jóven pasara allí toda la vida y llegara un dia á heredar su plaza de primer pasante. Para Juan esta perspectiva no era muy halagüeña, porque él no tenia más que una idea muy mediana de la profesion escribanil, y en cambio se le iban los ojos detrás de las charreteras y las espadas de cuantos oficiales veia por la calle.

Su tio conocia esto, pero contaba con que la edad haria cambiar al jóven escribiente de ideas y gustos, y no cesaba de pintarle las ventajas de una vida tran-

quila y reposada, exenta de grandes alegrías, pero libre tambien de grandes pesares.

Don Cleto no tenia más penas que cuando le caia algun borron en un escrito, ó cuando por haber cometido una equivocacion tenia que raspar alguna palabra.

Hay que advertir, que estos percances no le habian sucedido más que dos ó tres veces en su vida; pero no se olvidaba nunca de ellos, y mortificaba su amor propio refiriéndolos frecuentemente con todos sus detalles y circunstancias.

Tres años pasó Juan desempeñando su plaza de escribiente. Habia cumplido ya los diez y ocho, y aunque su aficion á las armas no estaba extinguida, ya cuando iba por la calle miraba con más atencion á las muchachas que á los oficiales.

Ellas por su parte no dejaban de volver la cabeza para contemplar á aquel jóven, que ya era entonces lo que se llama un buen mozo.

Pero no era esto lo grave.

El escribano en cuya casa se hallaban colocados Juan y su tio, tenia una hija casi de la misma edad que el jóven.

No diremos que la muchacha fuera un prodigio de hermosura; pero es sabido que no hay quince años feos, ni diez y ocho tampoco.

Jacinta estaba bastante bien educada: sabia leer y escribir, cosa que no se enseñaba á todas las mujeres de su tiempo, y su madre la habia prevenido contra los peligros que hay en el mundo para la inocencia de las jóvenes.

Nadie ignora lo que era la educacion antigua.

A fuerza de querer hacer á las mujeres recatadas, se las hacia hipócritas.

No se las dejaba levantar la vista delante de un hombre, ni hablarle aparte en sociedad, aunque fuera de la cosa más indiferente, ni siquiera sentarse á su lado en visita. En las tertulias donde se jugaba á juegos de prendas, se establecia una prudente separacion de sexos, y cuando se bailaba alguna contradanza apenas era lícito á las damas apoyar la punta de los dedos en las manos de los galanes. Todo era motivo de escándalo, y los padres creian que sus hijos, y especialmente sus hijas, no tenian la cabeza más que por adorno y el corazon como una entraña destinada á facilitar la circulacion de la sangre.

¿Era aquella sociedad más moral que la nuestra?

Antes al contrario.

Como no habia poder bastante para hacer acallar los movimientos del alma y los impulsos de los sentidos, llegaba un momento en que las pasiones comprimidas estallaban con una fuerza tanto mayor, cuando era grande el valladar que se les habia tratado de oponer.

Las mujeres que no podian hablar con los hombres en público, les hablaban en secreto, y fácil es comprender si el peligro subia de punto.

Hoy, gracias á la libertad de nuestras costumbres, no hay seductores; todo lo más hay libertinos. Sobre todo, no hay seducidas.

La mujer entra en la batalla de la vida armada de todas armas. Un trato expansivo, una libertad sin más

límites que el decoro y las conveniencias, y una conversacion franca, la permiten apreciar las cualidades de todos los que se acercan á ella, adivinar hasta cierto punto sus intenciones y juzgar su conducta. Los padres, sobre todo, tienen la inapreciable ventaja de poder comprender á primera vista los peligros y prevenirse á tiempo contra ellos.

Hoy casi todas las mujeres que hacen mal, es porque son malas; antes la mayor parte de ellas no tenían más culpa que la de haber nacido mujeres y estar indefensas.

Jacinta estaba educada como todas las jóvenes de principios del siglo.

Llamaba á su padre *mi señor padre*, servia el chocolate al fraile que todas las tardes iba á su casa, y no se atrevia á hablar sino cuando la preguntaban.

Excelente método, si no hubiera pasado nunca de los cinco años.

Pero tenia ya diez y ocho, por sus venas corria sangre española, ardiente y apasionada; alguna vez se habia mirado en las cornucopias que adornaban su sala, y se habia encontrado guapa.

Todo esto nos parece causa suficiente para que una joven piense en si Dios la habrá criado sólo para dar jícaras de chocolate á un frailazo gloton, rollizo y no muy aseado.

Jacinta, aunque á larga distancia veia á otros hombres, puede decirse que no trataba más que á uno; y tal vez el mayor inconveniente de la educacion antigua, es que las mujeres no eran, como hoy, del que más sa-

bia interesarlas ó del que encontraba mejor el camino de su corazón, sino del primero que las hablaba.

No tenían donde escoger, y habían de contentarse con lo que les salía al paso.

Afortunadamente para la hija del escribano, el hombre á quien con más frecuencia veía y con más libertad hablaba, era nuestro amigo Juan.

Como en el mundo no es fácil establecer un sistema enteramente completo, el de los padres de la chica fracasaba en un punto.

No la dejaban ver á ningun hombre; pero entraba en el escritorio siempre que quería.

Allí no podía encontrar más que á su señor padre, á don Cleto, que casi no era un hombre, ó á Juan, que como habia entrado en la casa de quince años, seguia considerado como un chiquillo.

La primera que notó que habia dejado de serlo, fué Jacinta.

Comenzó por reparar que el escribiente de su padre tenia ya un vello que le iba cubriendo el labio superior, y que pronto, segun las señas, se convertiria en bigote, adorno masculino que á la sazón no se consentia más que en las caras de los militares, y de que Juan por consiguiente se veria obligado á despojarse.

Luego notó que tenia los ojos negros y expresivos.

Despues echó de ver que era alto, airoso y bien formado.

Y al cabo de todas estas observaciones, acabó por decir:

—¡Es muy guapo!

Y muchas noches al tiempo de acostarse, despues de rezar sus oraciones, en esos momentos en que la imaginacion de las jóvenes, libre de todo freno, vaga por los espacios imaginarios, solia repetir:

—¡Qué guapo es el escribiente de mi señor padre!

Esta idea al principio la hizo perder algunas horas de sueño, y al poco tiempo acabó por desvelarla completamente.

Y es el caso que de las cualidades físicas de Juan pasaba Jacinta á estudiar las morales, y como oia decir siempre que el muchacho era honrado, leal é inteligente, no tuvo ninguna dificultad en creerlo.

De resultas de esto, las visitas de Jacinta al escritorio se hicieron cada vez más frecuentes.

Ya necesitaba que la cortaran una pluma, ya que echaran tinta al tintero ó remudaran los algodones, ya que le dieran un pliego de papel, ó ya por último, iba allí á apuntar las cuentas de la casa, de que estaba encargada, porque daba la casualidad de que el despacho era la habitacion más clara. Nunca sucedia que tuviera que salir á la calle y se la olvidara entrar á besar la mano á su señor padre, y al volver repetia la misma ceremonia, con gran satisfaccion del escribano, encantado de tener una hija tan respetuosa.

Lo notable es que siempre que tenia que pedir alguna de las cosas que hemos apuntado, ú otras muchas que diariamente se le ocurrían, se dirigia á Juan.

Este, por su parte, la servia con el mayor gusto, interrumpiendo sus áridas y enojosas tareas.

Como afortunadamente no era ciego, habia repara-

do en Jacinta; se acostumbró á verla dos ó tres veces diariamente, experimentaba un gran placer en hacerla los pequeños servicios de que antes hemos hablado, y por una coincidencia singular, cuanto más iba pasando el tiempo los desempeñaba con mayor torpeza, pues hubo ocasion en que para cortar una pluma empleó un cuarto de hora, ó para sacar un pliego de papel de su cartera, cinco minutos.

Jacinta, aunque segun decia su madre tenia un carácter muy vivo, no se impacientaba, y Juan no procuraba enmendar su pesadez.

—Pero, hombre, ¿cabras de cortar esa pluma?—le decia algunas veces su tio, que no comprendia lo que pasaba.

—Ya concluyo,—respondia el sobrino;—le estoy haciendo los puntos.

—Trae aquí, la cortaré yo.

—No, no es necesario,—replicaba vivamente Jacinta.

—Ya está...—solia decir entonces Juan.—Tome usted.

—A ver, la probaré. Déme usted un poco de papel, Juanito.

Y Juan sacaba una cuartilla.

Y Jacinta escribia en ella su nombre en letras de un tamaño más que regular, y luego no era extraño que dijera:

—Está un poco gruesa.

—La arreglaré.

—Yo la pondré bien, Jacintita,—decia don Cleto

—No se incomode usted.

—¡Si está hoy tan torpe ese muchacho!

—Es que mi cortaplumas no está bien afilado.

—Pues toma el mio.

Y por fin se acababa la operacion de cortar la pluma, con más satisfaccion de don Cleto que de los dos jóvenes.

Estas ó parecidas escenas se repetian con bastante frecuencia.

Y Jacinta cada vez se persuadia más de que Juan era un buen mozo.

Y Juan cada dia se ocupaba más de Jacinta.

El escribano estaba muy tranquilo por su hija: su digna esposa decia al confesor que la chica no hablaba con ningun hombre ni miraba á nadie que llevara pantalones; y don Cleto estaba si cabe más ciego que el escribano y su mujer, pues además de la ilimitada confianza que le inspiraba la inocencia de ambos jóvenes, tenia el pobre hombre tanto respeto á su principal y á toda su familia, que ni siquiera le pasaba por las mientes la idea de que su sobrino pudiera cometer el desacato de considerar á Jacinta como una mujer, ni mucho ménos podia pensar que á esta se le ocurriera la idea de que Juan era un hombre.

Los muchachos, por otra parte, nada se habian dicho, ni siquiera tal vez se habian confesado á sí propios lo que pasaba en sus corazones.

¡No seria aventurado asegurar que tal vez no lo sabian ellos mismos!

Pero lo cierto es que estaban enamorados.

Enamorados como se está á los diez y ocho años, no con una pasion profunda y constante de esas que suelen dejar una huella imperecedera en toda la vida; pero lo bastante para soñar uno con otro y forjar mil ilusiones, que casi nunca llegan á realizarse.

En este estado, el silencio no suele durar mucho tiempo.

Empieza uno por confesarse á sí mismo lo que pasa en su alma; y como el amor es tan charlatan y tan comunicativo, de este exámen de conciencia á la declaracion no hay más que un paso, que nunca deja de darse.

Juan y Jacinta lo dieron en efecto.

No podemos trasladar aquí sus palabras, por la sencilla razon de que no hablaron.

Pero los ojos del uno buscaban hacia mucho tiempo á los de la otra.

Llegó un dia en que se encontraron.

Entonces los ojos de Juan dijeron una cosa muy dulce á los de Jacinta.

Los de Jacinta se clavaron en el suelo; pero no tan pronto que antes no dieran una rápida y agradable contestacion á los de Juan.

Ella se puso como una amapola.

Él como un tomate.

Y los dos quedaron perfectamente de acuerdo.

Juan acabó de cortar la pluma que Jacinta le habia entregado, y Jacinta se marchó corriendo á su cuarto, sin ver si estaba bien ó mal cortada.

Nosotros podemos asegurar que estaba malditísimamente.

Don Cleto y el escribano no sospecharon nada de lo que habia pasado delante de sus narices.

No hay como tener el corazon helado para permanecer impasible al lado de semejantes incendios.

Desde aquel dia Juan y Jacinta sabian que se amaban, y no desaprovecharon ninguna ocasion para decirselo de palabra.

Y dicho esto, que nos parece suficiente para justificar el epigrafe de este capitulo, le damos aqui fin, y nos disponemos á continuar en el siguiente nuestra historia.

---

## Capítulo V

### Una tempestad en el corazón de una solterona

Ya tenemos á Juan y Jacinta tan satisfechos como todos los que aman por primera vez y tienen la certeza de ser correspondidos.

Si se les hubiera preguntado qué se proponían ó qué término deseaban dar á sus amores, no hubieran sabido qué contestar. A los diez y ocho años se ama por amar, porque el corazón tiene necesidad de entenderse con otro, como los pulmones necesitan aire para respirar.

Entre tanto, don Cleto continuaba ocupándose exclusivamente en los trabajos de su escritorio, y el escribano y su mujer, muy satisfechos, no sólo porque los pleitos aumentaban y con ellos los productos de la escribanía, sino porque su hija era muy juiciosa, no miraba á ningún hombre, se mostraba tan recogida que nunca quería salir de su casa, y prometía ser digna he-

redera y continuadora de las virtudes domésticas de su señora madre.

Todo marchaba lo mejor posible; pero el diablo, que nunca descansa, hizo que el escribano recibiera en su casa á una hermana de su mujer, que vivia en un pueblo inmediato y quiso pasar en Búrgos una temporada.

Frisaba la huéspedada en los cuarenta años, y aunque demostraba no haber sido fea, y aun en la época á que nos referimos no lo era tampoco, tenia el mayor de los defectos que puede tener una persona: no gustaba.

Cuando las mujeres son antipáticas, lo son mucho más que los hombres. Doña Mónica habia tenido siempre ese no sé qué, que hace á todo el mundo apartarse de una persona. Habia pasado toda su vida esperando que se presentara un novio, y como este no se presentó nunca, su carácter, ya naturalmente desapacible, se hizo cada vez más ágrío. Hablaba mal de los hombres, peor de las mujeres, y sin duda sentia que no hubiera un tercer sexo, para que le inspirara aún más aversion que la que á hombres y mujeres tenia. Cuando ya se convenció de que la suerte la destinaba á solterona, que fué cuando á los treinta y cinco años unas viruelas dejaron en su rostro no pocas huellas de sus destructores efectos, doña Mónica se hizo beata. Como aunque estuviera muy distante de ser rica, su posicion era holgada, los frailes del único convento que habia en su pueblo la admitieron en las filas de las santurronas con los brazos abiertos. Y téngase en cuenta que hablamos en sentido figurado, y no hay en nuestras palabras nada de epigrama, porque los frailes, ó no abrian

los brazos, como debemos pensar piadosamente, ó si los abrian rompiendo sus votos, no era para recibir en ellos mujeres de la estampa de doña Mónica.

Pero como la solterona tenia algunas fincas, los padres pensaron que andando el tiempo podria heredarlas la comunidad, y esto era cosa que tomaban muy en cuenta las órdenes religiosas.

La buena acogida que tuvo doña Mónica la animó más y más á consagrar á Dios y á los santos los tesoros de amor que albergaba en su corazon, y que con mucho gusto hubiera consagrado á cualquiera de los pecadores que pasaban á su lado sin reparar en ella.

El dia que llegó á Búrgos doña Mónica, el escribano quiso obsequiarla, y convidó á comer á don Cleto y Juan, cosa que no sucedia más que cuando repicaban gordo.

Debemos advertir que Juan, desde que estaba en amores con Jacinta, no perdonaba ocasion de ir á casa de su principal y de hacerse útil en ella, prestando mil pequeños servicios, que le hacian estimar de todos.

El pasante y el escribiente fueron presentados á la recién llegada con todas las ceremonias de estilo, y á la hora de comer todos se dirigieron á la mesa.

Como en la primera entrevista de las personas suele ya decidirse la clase de sentimientos que se han de inspirar toda su vida, vamos á decir la impresion que mutuamente se habian causado los que iban á comer juntos.

Doña Mónica y su hermana se querian como dos hermanas que viven separadas muchos años, es decir, que su cariño, sin ser demasiado vivo, era sincero. En

cuanto al escribano, no habia logrado que su cuñada le perdonara que se hubiese casado con su hermana, pudiendo casarse con ella. Jacinta era jóven y guapa; por consiguiente, tenia todas las cualidades para ser profundamente antipática á una solterona marcada por las viruelas. Don Cleto habia sido á la viajera tan indiferente como á todo el mundo. Juan no tuvo esa suerte. Desde el primer momento llamó la atencion de doña Mónica; algunos años antes la solterona se habria enamorado de él con toda su alma; en la época á que nos referimos le aborreció con sus cinco sentidos. Le aborreció desde el primer momento, por instinto, antes de hablarle, como si sólo al verle hubiera adivinado que debia acibarar más su existencia.

Si de las impresiones que recibió pasamos á hablar de las que causó doña Mónica, fácilmente desempeñaremos esta parte de nuestra tarea.

Jacinta, que por entonces no se ocupaba más que de Juan, apenas se fijó en ella; don Cleto, al verla, se deshizo en cortesias y la consagró desde luego una parte de la veneracion que todo lo que pertenecia á la familia de su principal le inspiraba; Juan, al saludarla y encontrarse con su mirada, sintió una especie de miedo; su corazon le avisó de algun peligro que se encontraba próximo, y experimentó algo parecido á lo que experimenta el que, estando distraido, pisa ó toca un objeto desagradable.

Pronto se repuso de aquella impresion, y al sentarse á la mesa estaba completamente tranquilo.

Pasemos por alto los rezos y saluciones en latin y

castellano, aquel no muy puro ni este demasiado castizo, con que la beata tuvo por conveniente rociar los manjares antes de principiar la comida, y veamos lo que pasaba en los principales personajes, mientras su buen apetito daba cuenta de los platos que se sirvieron.

Doña Mónica era maliciosa, como todas las beatas, y desde que vió á Jacinta y á Juan comprendió que ellos eran los que debían llamar su atención, porque eran los únicos que podían ofrecer algo de particular á su curiosidad.

Como no había amado especialmente á ningún hombre, parecía que los amaba á todos, y de todos estaba siempre celosa. Hubiera querido que los jóvenes no vieran ni hablaran á más mujer que á ella, y por su desgracia, ella era la que ménos hablaban y veían en todas partes.

Nuestros dos muchachos se sintieron espíados, y experimentaron durante toda la comida un malestar indecible.

Cuando una persona no muy despejada comprende que otra tiene los ojos fijos en ella, ni encuentra postura en que colocarse, ni sabe qué hacer de sus brazos, ni ménos se atreve á levantar la vista y desafiar audazmente aquella mirada que le incomoda.

Juan y Jacinta, que habían aprendido á disimular sus sentimientos, pusieron aquel día particular estudio en no dirigirse la palabra ni mirarse una vez siquiera.

Esta conducta, que á los ojos de una persona sencilla hubiera sido una prueba de la indiferencia de ambos jóvenes, fué para doña Mónica todo lo contrario. En

ella vió un indicio terrible de que los dos se entendían.

La solterona discurría de este modo: es natural que á ese muchacho le fuera agradable hablar con Jacinta; ella tiene diez y ocho, y á esa edad no hay mujer que no guste de hablar con un hombre jóven, sobre todo siendo tan guapo como el escribiente; sin embargo, no se miran ni se hablan: luego quieren ocultar algo, y temen que se descubra en sus palabras ó en sus miradas.

Fuerza es confesar que el razonamiento de la solterona no carecía de lógica, y nosotros sabemos que su deducción era exactísima.

Al concluir la comida, que no terminó sin otra buena tanda de rezos en acción de gracias, doña Mónica estaba casi persuadida de que algo existía entre los dos jóvenes, y estos tenían el vago presentimiento de que alguna nube iba á empañar el cielo de sus amores.

Pasaron algunos días, y los muchachos, en vista de que nada de particular ocurría, sintieron desvanecerse sus temores, que ni siquiera se habían atrevido á comunicarse mutuamente.

Sin embargo, suele decirse que en la confianza está el peligro, y ellos no podían sospechar el que se cernía sobre sus cabezas.

Doña Mónica, desde su llegada á Búrgos, era presa de mil sentimientos encontrados.

Olfateando como un perro de caza los amores de Juan y de Jacinta, unas veces creía en ellos por lo mismo que su instinto le decía que era natural que existieran, y otras llegaba á persuadirse de la mútua indife-

rencia de ambos jóvenes: tanto y tan bien disimulaban estos.

No debemos ocultar á nuestros lectores, que en este último caso la solterona se alegraba á pesar suyo, y se mostraba con Juan mucho más obsequiosa que de costumbre.

Por el contrario, cuando creía que el escribiente amaba á Jacinta, se ponía de un humor insoportable, y no habia desprecio que no hiciera al pobre muchacho.

Como ya se habrá adivinado, en el corazon de doña Mónica rugia desde su llegada á Búrgos una verdadera tempestad.

La infeliz mujer no se habia resignado con su papel de beata, sino muy á la fuerza.

A pesar de su ardiente devocion, pensaba de vez en cuando que en todos los estados se puede servir á Dios, y que los hombres no eran tan malos como ella generalmente decia.

Cada vez que conocia á uno, estos pensamientos medio amortiguados por el rezo y la penitencia, se reanimaban con nuevo vigor, sin perjuicio de volver á amortiguarse cuando el individuo en cuestion desaparecia de la escena ó demostraba con su prolongada indiferencia que en todo pensaba ménos en sacar del purgatorio aquel alma en pena.

Cuando doña Mónica conoció á Juan, se verificó en ella la acostumbrada revolucion de sentimientos con más fuerza aún que otras veces.

Temió que su sobrina fuera dueña del corazon del

jóven, y de aquí la profunda antipatía que al principio demostró á los dos muchachos.

Pero cuando pasaron algunos dias sin que lograra sorprender la menor señal de inteligencia, la buena mujer se fué tranquilizandó, y cuando vió casi desvanecidos sus temores, varió completamente.

Nunca hizo mucho caso de Jacinta, pero comenzó á buscar la conversacion de Juan y agasajarle lô mejor que podia.

—Este chico,—se dijo doña Mónica,—es pobre, no tiene más porvenir que pasar toda su vida trabajando en un escritorio, y gracias que esto no le falte. Si se casara conmigo seria dueño de mis haciendas, que aunque no sean muchas, siempre le permitirian vivir independiente y con holgura. Sacándole de su posicion yo haria una obra de caridad... que seria para mí la más agradable de cuantas he hecho en mi vida.

—El,—proseguia pensando la solterona,—es jóven, tal vez demasiado jóven; pero parece buen muchacho, dócil, sencillo, y sobre todo guapo. No podria ménos de agradecerme el bienestar que disfrutaria siendo mi marido, y ¿quién sabe?... el agradecimiento puede convertirse en cariño. Yo no perdonaria medio de conquistar el suyo. Pero...

Doña Mónica, á pesar de todo, no dejaba de tener sentido comun, y por eso casi todos sus razonamientos concluian con el *pero* y los puntos suspensivos que acabamos de escribir.

Estos puntos suspensivos eran las mil y una dificultades que una mujer de su fecha y de su facha ha-

bia de encontrar para conseguir el amor de un jóven como Juan.

Su razon hablaba bien en estos puntos suspensivos, cuando la decia: «Juan podrá casarse contigo, porque relativamente á él eres rica; pero su casamiento será un negocio, nada más que un negocio. Si es muy bueno se limitará á sufrirte; pero se aburrirá á tu lado y tal vez llegará á echar de ménos su humilde posicion de escribiente. Tú conocerás indudablemente que eres para tu marido una carga pesada, tendrás celos de cuantas mujeres veas, y creerás que está siempre deseando enviudar, para gastarse alegremente tu dinero ó casarse con otra. Si por desgracia sale malo, tus disgustos serán mucho mayores; porque entonces no sólo te maltratará, sino que maldecirá en tu presencia á todas horas el dia que te conoció, tendrá mozas, que en ninguna parte faltan mujeres amigas de turbar la paz de los matrimonios, y tú harás reir á todos tus vecinos, que en lugar de compadecer tus desgracias se burlarán de ellas, porque sabrán que te las has buscado. De modo que salga Juan bueno ó malo, tú no podrás encontrar la felicidad casándote con él, y corres gran peligro de vivir desesperada.»

Pero el corazon ó los sentidos de doña Mónica dictaban á sus labios esta frase: «Me gusta,» y todos los argumentos de la razon quedaban desbaratados.

Una de las cosas que más desesperaban á la enamorada jamona, era que Juan no se daba por entendido de las atenciones de que le hacia objeto.

No era fácil que se diera, porque lo ménos que él

podia figurarse, era haber inspirado semejante pasion á aquella señora.

Lo cierto es que doña Mónica llegó á comprender que si esperaba á que el jóven se explicara, corria peligro de morirse de vieja antes de que él despegara los labios.

¿Qué hacer en semejante apuro?

No habia más remedio que decidirse á hablar ella, si alguna vez habian de entenderse.

Peró las mujeres, aunque sean viejas y feas, no por eso dejan de ser mujeres, y resolverse á romper de este modo con todas las conveniencias sociales le parecia á doña Mónica demasiado fuerte.

Mil veces pensó en hablar á don Cleto y pedirle la mano de su sobrino, como si fuera una muchacha. Pero esto la parecia aún más grave. En caso de una negativa iba á caer sobre ella un ridículo espantoso, y el amor propio es y ha sido siempre uno de los grandes resortes de la mujer.

Desechó, pues, esta idea imposible, y cuando se persuadió de que todas las deferencias que á Juan tenia eran inútiles, se decidió á jugar el todo por el todo y hablar al muchacho.

No tardó en presentarse ocasion.

Un dia el escribano tuvo que ir á la audiencia con don Cleto, al mismo tiempo que su mujer habia salido con Jacinta á hacer algunas compras. Doña Mónica, pretextando que le dolia la cabeza, se quedó en casa; la criada estaba en la cocina ocupada en sus quehaceres, que no eran pocos, y Juan en el despacho poniendo en limpio unos borradores.

Cuando la solterona vió que no habia ningun inconveniente á la conferencia que deseaba tener con el muchacho, salió de su cuarto, no sin vacilar un poco, y se fué resueltamente al escritorio.

Al entrar en él estaba encarnada como la grana y tenia el mismo calor que se siente en Sevilla en el mes de Julio, á pesar de que la escena pasaba en invierno, y en Búrgos por añadidura.

—Buenos dias, señora,—dijo Juan, levantándose respetuosamente al ver entrar á doña Mónica.

—Muy felices, Juan,—contestó ella.—Siéntate, hombre, y continúa, que no vengo á incomodarte.

—Con el permiso de usted,—añadió el jóven, sentándose y siguiendo su trabajo.

Así pasaron algunos minutos. Juan escribiendo y doña Mónica sin saber cómo emprender la conversacion.

—Muy aplicado estás,—dijo por último la solterona al jóven.

—Sí, señora.

—¿Es muy urgente eso?

—Hasta mañana no hace falta.

—Entonces no te afanes tanto.

—Y ¿qué quiere usted que haga?—preguntó ingenuamente Juan.

La vieja estuvo á punto de contestarle: «Decirme que me quieres, imbécil.»

Afortunadamente se contuvo, y la frase no salió de sus labios.

—Nada,—dijo despues de un momento.

Aquí un nuevo silencio, que tambien esta vez interrumpió doña Mónica.

—¿Cuántos años tienes?—preguntó.

—Acabo de cumplir diez y ocho.

La soltercna suspiró, pensando sin duda en sus cuarenta y pico.

—¿Y te gustaria ser escribano?

—No, señora,—repuso Juan con sencillez.

—¡Hombre!

—Es decir... digo...—añadió el muchacho, temiendo haber cometido una inconveniencia.

—No te apures, hijo. Yo quiero que me hables con franqueza.

—Bueno, pues...

—Yo, si hubiera sido hombre, tampoco seria escribano. Con el de mi pueblo pude casarme,—decia doña Mónica, mintiendo descaradamente,—y no lo hice por no vivir entre papelotes.

—Yo preferiria ser militar.

—¡Hola!

—Sí, señora.

—Pues, hijo, la vida de los militares tambien es muy trabajosa.

—Eso dice mi padre, que ha sido soldado.

—Pero aquí tampoco puedes prometerte hacer mucha fortuna.

—Aquí no.

—Comprar una escribanía cuesta mucho...

—Ya lo sé; pero mi padre piensa que yo vaya á Madrid, á ver si entro en las covachuelas...

—¿Y cuándo tendrás dinero para hacer ese viaje?

—Mi padre me lo dará.

—¿Tu padre?

—Sí, señora. Iré á la córte, y si allí no logro colocarme, me volveré á mi pueblo á cuidar de la hacienda

—¿De qué hacienda?—preguntó doña Mónica con visible disgusto.

—De la nuestra.

—¿Tiene tu padre hacienda?

—Sí, señora. Aunque no sea rico, tampoco es pobre, y si me ha enviado aquí no es para que me gane la comida, sino para que aprenda algo y vea si puedo hacer carrera,—replicó Juan, que se complacia en hacer ver á la tia de su novia que no era ningun pelagatos.

Doña Mónica recibió esta confidencia como si la hubieran echado un jarro de agua fria por la cabeza.

Ella hubiera deseado que Juan no tuviera más que la noche y el dia, y de repente se encontraba con que tenia que habérselas nada ménos que con un propietario, que aspiraba á trasladar su residencia á Madrid, y que tal vez soñaba con ser un personaje.

La situacion variaba completamente, y doña Mónica comprendió que su proyecto se hacia cada vez más difícil.

Sintió escalofríos y estuvo por volverse á su cuarto; pero la costaba tanto trabajo renunciar á sus propósitos, que haciendo un supremo esfuerzo de energía, se quedó en el escritorio y continuó la conversacion.

—¿Tienes tú novia en tu pueblo?—dijo al cabo de

algunos minutos, abordando resueltamente la cuestion.

—¡Yo!...—Contestó Juan, poniéndose como un tomate.

—Sí.

—No, señora,—balbuceó el muchacho, que no mentía, porque su novia no estaba en Villoviado, sino mucho más cerca de la solterona.

—Nada tendria de particular. A tu edad gustan las muchachas.

—Sí... sí, señora.

—Y tú ya me has dicho que no quieres ser fraile.

—No por cierto,—repuso Juan sonriendo.

—Pues, hijo, para el que no tiene vocacion religiosa, el estado más perfecto es el matrimonio.

—Es verdad.

—Aunque los tiempos están tan malos...

—Sí.

—Hay tal perversion de costumbres...

—Sí,—añadió Juan maquinalmente, sin saber lo que contestaba ni comprender á qué venia aquella conversacion.

—Muchos hombres viven entregados al diablo.

—Muchos.

—Y no pocas mujeres...

—Tambien.

—Pero las personas honradas...¿eh?

—Sí, señora.

—Viven de otro modo.

—Es claro.

—¿Conque no te gustan las muchachas?

—Yo no he dicho...

—Vamos... ya comprendo... Alguna habrá que...

Doña Mónica no se atrevió á concluir la frase.

Juan no supo qué decir, y tomó el prudente partido de permanecer callado.

Ella no respiraba y se tragaba al muchacho con los ojos.

El bajaba los suyos, queria escribir por hacer algo, y no acertaba á coger la pluma.

La solterona hubiera querido penetrar con la mirada hasta en el fondo del pensamiento de Juan, y Juan temia que hasta en su frente se pudiera leer su secreto.

—Pues mira,—añadió doña Mónica,—las solteras deben pensar en casarse.

—Sí.

—En eso creo que no ofendemos á Dios.

Esta era la primera vez que la beata se atrevia á hablar personalmente.

—No, señora,—dijo Juan.

—Pero los hombres no saben lo que les conviene.

—¿No?—preguntó Juan con extrañeza.

—No por cierto.

—Puede...—dijo el muchacho no muy convencido.

—Los hombres buscan siempre chiquillas, que ni saben lo que quieren, ni piensan en nada, ni son capaces de hacer la felicidad de nadie.

Juan pensaba que la vieja no sabia lo que se decia, porque Jacinta era muy capaz de hacerle á él sumamente feliz.

Sin embargo, el respeto le impidió replicar á doña Mónica.

—Para casarse,—continuó la solterona,—no se debe uno fijar sólo en la hermosura y en los pocos años...

—Pero...

—¡Pocos años! Todas los tenemos ó los hemos tenido.

—Sin duda,—respondió Juan, convencido de aquella verdad de Pero Grullo; pero creyendo que en cuestion de años no es lo mismo el presente que el pretérito.

—Y en cuanto á hermosura,—añadió suspirando doña Mónica,—¿qué vale una cosa que se pierde tan fácilmente?

Juan se iba mareando, y la conversacion le parecia sobrado larga y enojosa.

Además, comenzaba á vislumbrar algo acerca del objeto de aquel diálogo, y no sabia qué partido tomar.

—Una mujer de cierta edad, sobre todo si tiene alguna renta, es lo más conveniente para un jóven.

—En efecto,—contestaba Juan, creyendo que doña Mónica podia tener razón siempre que la *cierta edad* no pasara de los veinte años y que la mujer fuera como Jacinta.

—Porque hay que desengañarse, las chicas no sirven para nada.

—No.

—Ni tienen madurez...

—No, señora.

—Ni conocen el mundo.

—Es claro.

—Al paso que cuando ya se cumplen los cuarenta años...

—¡Cuarenta!—dijo Juan, á quien faltó poco para dar un salto.

—Sí.

—Bueno.

—A esa edad se puede ser la amiga de un jóven.

La palabra *amiga*, dicha por doña Mónica con extremada dulzura, tranquilizó á Juan y le engañó sobre los proyectos de la vieja, que continuó diciendo:

—Pero tú no eres franco conmigo.

—¿Yo?

—Vamos, ¿quieres ser mi amigo?

—Señora...

—Dí, ¿lo quieres?

—Tanto favor...

—No se trata aquí de favores; ¿quieres que seamos buenos amigos?—dijo arrimándose cada vez más la solterona.

—Pues es claro.

—Entonces es preciso que me hables con toda franqueza.

—Bien.

—Que me digas lo que piensas.

—Corriente.

—Lo que desees.

—Sí, señora.

—Pues habla,—dijo doña Mónica.

—¿Qué he de decir?—preguntó Juan, á quien un color se le iba y otro se le venia.

«Este chico es tonto ó se burla de mí,» pensó doña Mónica, que dijo en alta voz:

—Yo sé que tienes un secreto.

—¿Que usted lo sabe?

—Sí.

—Yo...

—He creído notar que hay una mujer que te gusta.

—¿A mí?—preguntó Juan, á quien ya no quedó duda de que sus amores con Jacinta se habian descubierto.

—¿No lo confiesas?

—Pero...!

—Ya ves que no me incomodo.

—Es que no sé...

Doña Mónica no podia allanar más el camino para que Juan la declarase su atrevido pensamiento; pero el muchacho estaba cada vez más lejos de figurarse lo que la beata queria.

—Creo que la mujer que te conviene vive en esta casa,—dijo por fin la buena señora, que creia, y con razon, que ya no era posible hablar más claro.

—¿Quién ha dicho?...

—Esas cosas se conocen, aunque no se digan.

—Perdóneme usted, señora,—interrumpió Juan, que no sabia lo que le pasaba.

—Ya estás perdonado.

—¿Qué buena es usted!

Y á Juan le faltó poco para llenar de besos las manos de la jamona.

—Conque vamos, francamente,—dijo esta,—¿quieres casarte?

—¿Con Jacinta?—preguntó Juan impetuosamente.

—¡Jacinta! ¡Jacinta has dicho?—exclamó la vieja fuera de sí.

—¡Señora!

—¡Quitate de mi vista!

—Yo creía...

—¡Atrevido! ¡Inmoral! ¡Libertino! Yo diré á mis hermanos á quién tienen en su casa. ¡Qué deshonra, Dios mio, qué deshonra!

Y doña Mónica lloraba, gritaba, pateaba y se daba á todos los santos por no darse á todos los diablós.

Juan no tenía ni gota de sangre en las venas.

La solterona, que al principio del diálogo se habia sentado junto á él, al oír el nombre de Jacinta se levantó como si hubiera visto á sus piés un reptil venenoso, y paseaba agitadamente por el escritorio.

Luego que pasaron algunos momentos, la vieja se fué calmando y tomó el partido de marcharse á su habitacion.

—No te muevas de aquí,—dijo al escribiente.

—Está muy bien,—contestó este.

Doña Mónica se dirigió á la puerta, y salió dando un portazo que se oyó en toda la calle.

Juan quedó en el escritorio más muerto que vivo.

—¿A qué bribón?

—¡Insofrible!

—¿Pero de quién hablas?

—¡Judío! ¡Tramposo!

—Explicáte, Mónica.

—Y tanto como me explicare.

### Capítulo VI

Jacinta estaba dispuesta a no pensar; pero de seguro pensaba en todo menos en la relación que se preparaba á hacer la inaplazable señora.

**De como don Cleto tuvo el mayor disgusto de su vida, sin que le hubiera caído ningun borron en su escrito.**

—Me alegro de verte, — dijo doña Mónica á su marido luego que la criada abrió la puerta; — y á usted tambien, don Cleto.

No tardó en llegar á casa la familia de don Fabian. Las primeras que llamaron á la puerta fueron Jacinta y su madre.

Doña Mónica, que estaba hecha un basilisco, salió á recibirlas.

Habia en su ademan tal expresion de cólera, que su hermana no pudo ménos de preguntar:

—¿Qué sucede?

—Nada.

—¿Nada?

—Pregúntaselo á tu hija.

—¿A mi hija?

—A Jacinta.

—¿Y ella qué sabe?

—O á ese bribón.

—¿A qué bribon?

—¡Insolente!

—Pero ¿de quién hablas?

—¡Judío! ¡Fracmason!

—Explicáte, Mónica.

—Y tanto como me explicaré.

Jacinta estaba temblando, y su madre no sabia qué pensar; pero de seguro pensaba en todo ménos en la revelacion que se preparaba á hacer la implacable solterona.

En este momento sonó otro campanillazo.

Eran don Fabian y don Cleto.

—Me alegro de verte,—dijo doña Mónica á su cuñado luego que la criada abrió la puerta;—y á usted tambien, don Cleto.

—Muchas gracias, señora,—repuso el pasante, que no sabia cómo quitarse el sombrero, porque debajo del brazo izquierdo llevaba una porcion de legajos y tenia la mano derecha ocupada con su indispensable paraguas.

—Llegan ustedes á tiempo.

—¿De qué?...—preguntó el escribano, dirigiéndose á su mujer y á su hija.

—No sé,—contestó la madre.

—No sabemos,—añadió Jacinta.

—Aquí nadie sabe nada: es preciso que venga una persona de fuera para que se entere de todo, y evite el peligro... si aun es tiempo...—dijo doña Mónica, mirando de hito en hito á su sobrina y recalcando las últimas palabras con la peor intención posible. Y:

—¡Un peligro!—exclamó don Cleto.

—Habla,—dijo don Fabian.

—Por Dios,—añadió doña Carmen.

Sólo Jacinta no dijo nada, porque, aunque vagamente, iba ya sospechando de qué se trataba.

—Vamos al escritorio,—dijo la beata.

—Vamos,—contestaron todos.

—Allí está el criminal.

—¿El criminal?—preguntó don Cleto.

—Su sobrino de usted.

—¡Señora!...—exclamó el pasante, dejando caer el paraguas que tenia en la mano derecha y los legajos que sujetaba con el brazo izquierdo.

—Vamos.

—Entremos.

Don Cleto recogió su paraguas y sus papeles, y todos penetraron en el escritorio.

Jacinta no tenia gota de sangre en las venas.

Juan, al ver entrar la comitiva, se puso en pié y procuró adoptar un ademán digno.

Comprendia que la vieja le habia acusado, y sospechaba que, habiéndole ya juzgado y sentenciado el consejo de familia, le iban á leer su sentencia.

Como el muchacho era valiente y tenia el geniecillo un poco fuerte, se dispuso á resistir el choque del mejor modo posible.

Por desgracia, al ver á don Cleto, á quien profesaba mucho cariño, pensó en el disgusto que no podia menos de tener, y perdió la mitad de su valor.

La otra mitad se la quitó la vista de Jacinta, pálida y conteniendo á duras penas las lágrimas.

Y despues de perder las dos mitades de su valor, dicho está que se quedó sin nada.

Pero la presencia de la solterona le inspiraba ira, y esta puede suplir al valor en caso de apuro.

—Ahí le tienen ustedes,—dijo doña Mónica, señalando al muchacho.

—Aquí estoy,—repuso este casi maquinalmente.

—Bien, ¿y qué?—se atrevió a preguntar don Cleto.

—¿Y qué?—preguntó también el escribano, que no tenía gran cariño a su cuñada y ya se iba cansando de aquella escena.

—Ya lo sabrás todo.

—¿Ha hecho Juan alguna diablura?

—¡Señor don Fabian!...—dijo don Cleto en tono de humilde reconvencion.

—¡Más que diablura!...

—¿Más?...—preguntaron todos con visible interés.

—¡Una picardia!...

—¿Cómo?—dijo don Cleto.

—¡Una infamia!

—¡Señora!...—gritó el acusado, que se iba poniendo lívido de rabia.

—¡Lo dicho, una infamia!...

—¡Pero, tía!...—exclamó Jacinta, atreviéndose a salir á la defensa de Juan, que se mordía los labios para no hablar, y que estaba tentado por saltar sobre la vieja y ahogarla entre sus nervudas manos.

—Mi sobrino,—alegó don Cleto, á quien la honradez dió valor para tomar la palabra,—es mi sobrino...

—Ya lo sé...

—Y siendo mi sobrino...

—Sí.

—Yo soy su tío.

—Lo creo.

—Y siendo yo su tío...

—El es su sobrino de usted... estamos enterados, — dijo doña Mónica.

—No tanto.

—¿Cómo?

—Quiero decir, —replicó el pasante, cada vez con más energía y sin soltar el paraguas, —que siendo yo su tío y el mi sobrino, es imposible que cometa ninguna infamia.

—¡Imposible!

—En mi familia no las ha cometido nadie.

—Quiere decir que este será el primero.

—Ea, acabemos, —dijo don Fabian, que ya estaba impaciente.

—Sí, acabemos, —exclamó don Cleto con inusitada entereza.

—Pues acabemos, —añadió doña Mónica.

Hubo un momento de silencio.

Jacinta, que se había sentado al lado de su madre, no sabía qué postura tomar.

Juan permanecía en pié, apoyado en la mesa y con los ojos bajos.

Don Fabian, que á pesar de todo no atribuía gran importancia á aquel suceso, colocaba sobre su mesa los papeles que su pasante volvía de la Audiencia.

Doña Mónica permanecía clavada en medio de la

habitacion, mirando alternativamente á Juan y á Jacinta, y sintiendo que no estuvieran juntos para envolverlos en una misma mirada de ódio.

Y don Cleto iba con agitacion de un lado á otro, tropezando en las sillas, dándose encontrones en las mesas y blandiendo su paraguas como si fuera un sable.

—¿Quién os lo habia de decir?—exclamó despues de una pausa doña Mónica, tomando el asunto por el lado sentimental.

—Pero ¿qué?

—Al albergar en vuestra casa á ese jóven, admitiais en ella á la serpiente que habia de turbar vuestra paz y manchar vuestra honra.

—Expílicate,—gritó el escribano, comenzando á alarmarse, á pesar de que era hombre curado de espanto.

—¡Pero, Mónica!—decia doña Carmen.

—¡Señora mia!—murmuraba don Cleto.

—Sí, lo dicho.

—Habla.

—Yo no sé si Jacinta.

—¿Se trata de Jacinta?...—preguntó la madre con verdadera ansiedad.

—¡Yo!...—articuló la aludida.

—Sí.

—Acaba,—dijo el escribano.

—He dicho que no sé si ella será culpable.

—¡Tia!...

—¡Calla!—exclamaron á la vez don Fabian y su mujer, pendientes ya de los labios de la solterona.

Don Cleto no perdía una palabra, y miraba alternativamente á su sobrino y á doña Mónica.

—He dicho,—añadió esta,—que no sé si Jacinta será culpable.

—No, señora, no lo es,—gritó enérgicamente Juan, que al ver á su amada en peligro de tener un disgusto, recobró para evitárselo toda la valentía de su carácter.

—Silencio,—le interrumpió don Cleto.

—No callaré,—repuso el muchacho cada vez con más resolución;—harto he sufrido ya callando desde hace media hora, y si en algo creo que he faltado, es en no hablar antes.

Don Cleto estaba asustadísimo al ver la exaltación de su sobrino, que le arrastraba á cometer aquel desacato.

—¿Veis qué descaro?—preguntaba fuera de sí doña Mónica.

—Dejadle hablar,—decía don Fabian, que era el más sereno de todos.

—Sí, que hable,—añadió doña Carmen, á quien su instinto de madre hacía comprender que el nuevo giro que tomaba la cuestión era el más conveniente para su hija.

—¿Qué es todo ello?—prosiguió diciendo Juan con voz entera y reposada.—¿Por qué esta señora me insulta aquí delante de todos, y pretende hacer un crimen de lo que yo tengo por motivo de orgullo y de vanidad?

Doña Mónica estaba vencida.

Ella esperaba que el enemigo huyese á la primera acometida, y se proponía destrozarlo.

Pero al ver que Juan aceptaba la batalla y la hacia frente, quedó desconcertada.

—Jacinta, —continuó el muchacho, —nada tiene que ver en este asunto. Yo la amo...

—¿Cómo? —gritó don Fabian.

—¿Está loco! —exclamaba don Cleto. —¡Dios mio, está loco!

—No estoy sino muy cuerdo.

—Vámonos de aquí, Jacinta, —dijo con dignidad doña Cármen, sacando á su hija del escritorio.

—Sí, yo la amo, —replicó Juan pausadamente. —Ella nada sabe de mi amor, porque no la he dicho una palabra; pero amándola, ni la ofendo, ni ofendo á su familia, ni cometo un crimen.

—¿Qué desvergüenza! —exclamaba doña Mónica.

—¡Desgraciado! —decia el pobre don Cleto.

Don Fabian, á pesar de que nunca hubiera aprobado los amores de su hija con el escribiente, no podia ménos de sentir cierto respeto hácia el muchacho, que con tanta dignidad arrostraba la situacion.

—Yo no sé si algun dia hubiera declarado á Jacinta mi amor; ménos aún puedo saber si ella me hubiera correspondido; pero de lo que estoy seguro, y todos pueden estarlo, es de que hablando ó callando, mi conducta hubiera sido honrada y honrosa, no sólo por ella, sino tambien por mí.

—¡Pues no tiene poca vanidad! —murmuró la vieja con desprecio.

Juan ni siquiera se dignó contestar á esta interrupcion, y continuó diciendo:

—Esta señora ha sorprendido mi secreto, que yo por otra parte no tenia interés en callar; se apresurá á contarlo, y yo, para que vea quién soy y aprenda á conocerme, voy á corresponder á su conducta haciéndola un favor.

—¿Tú?—rugió doña Mónica.

—Sí, señora,—contestó Juan, que cada vez se iba haciendo más dueño de la situación.

—¿A mí?

—A usted.

—Un favor... Y ¿cuál?

—El de callar las circunstancias en que usted descubrió lo que pasaba en mi corazón, porque si al pronto pude no comprenderlas, ahora las comprendo perfectamente; y repito que quiero que me deba usted el favor de haberlas callado.

La estocada era tan terrible y estaba tan bien dirigida, que doña Mónica bajó la cabeza y permaneció muda.

Juan volvió á dirigirse al escribano, añadiendo:

—Ya sé que lo que ha pasado hoy me cierra para siempre las puertas de esta casa; pero mi padre me hubiera cerrado las de la suya, á saber que viéndome injuriado no me habia defendido, y yo no quiero que se me cierren nunca las puertas de la casa de mi padre.

Juan, como veremos en el trascurso de esta historia, tenia un carácter de hierro.

Era pundonoroso y altivo como todos los que tienen la honradez en la masa de la sangre, y no se dejaba jamás humillar por nada ni por nadie.

Hasta aquel día habia sido un chico; pero se hallaba en la edad de la adolescencia, y al sentirse herido en su decoro, se trasformó en hombre.

Un momento bastó para que se operara en él un cambio completo.

Su pobre tío no le conocia.

Don Fabian, que tenia más conocimiento del mundo, era quien mejor comprendia el efecto que habia producido en su escribiente aquel rudísimo choque.

En cuanto á doña Mónica, estaba completamente vencida. Era un reptil que cuando ménos lo piensa se encuentra aplastado bajo la bota de un hombre vigoroso.

—Tú mismo comprendes la razon,—dijo don Fabian al cabo de un momento.—Después de lo que acabo de saber, no puedo tenerte en mi casa. Lo siento mucho, porque te habia tomado cariño; pero ante todo están mi tranquilidad y mi honra. Tú no tienes edad ni posicion para pensar en casarte. Dices que quieres á Jacinta, y todavía no eres capaz siquiera de saber lo que es ese amor que crees sentir, y de que te habrás olvidado en cuanto dejes de verla. Si ella no sabe nada, si es inocente como creo, no me doy por ofendido, pero si intentarás volver á verla ó acercarte á ella, entonces tendria que olvidar el aprecio que me inspiras, para acordarme sólo de que soy padre.

Como se ve, el escribano tenia sentido comun y no queria dar al caso una importancia de que realmente carecia.

—Nada tengo ya que hacer aquí más que dar á us-

ted las gracias por sus bondades,—dijo Juan conmovido y preparándose á salir.

—Señor don Fabian,—exclamó don Cleto, tomando su sombrero y poniéndose el paraguas debajo del brazo,—veintisiete años hace que entré en su casa de usted, entonces regida por su señor padre, que Dios haya, sin más bienes que mi buena letra y este paraguas. Aquí pensaba morirme, y estaba contento con mi suerte; pero la Providencia no lo ha querido. Hoy salgo de este escritorio lo mismo que entré en él, con la diferencia de que mi letra no es tan gallarda y mi paraguas está más viejo que entonces, aunque ha cambiado tres veces de tela.

—Pero ¿adónde va usted, don Cleto?—interrumpió el escribano, conteniendo á duras penas la risa al oír la estrambótica arenga de su pasante.

—No lo sé,—repuso tristemente don Cleto.—La tempestad de las ideas modernas me arroja de esta casa.

—¿Qué está usted diciendo?

—Hoy me veo proscrito, desterrado...

—Pero, hombre de Dios, ¿es usted el que se ha enamorado de mi hija?

—¡Jesús, María y José!—dijo don Cleto persignándose.

—Pues entonces...

—Yo sé el respeto que debo á mis superiores. En mí no ha hecho mella la revolucion francesa, que es la que tiene la culpa de los atrevimientos de estos mozalvetes.

—Pues en ese caso, ni hay motivo para que usted

pierda su plaza, ni para que yo me prive de sus servicios.

—¡Cómo! ¿Qué oigo? ¿Será usted capaz?... ¿Tendrá usted la generosidad?... No me atrevo á creerlo.

—Pues sí, hombre, crea usted todo lo que quiera.

Don Cleto dejó caer el sombrero y el paraguas, que á pocos dias como aquel hubiera quedado incapaz de servir á su dueño otros veintisiete años.

—Hoy mismo,—añadió el pasante, como queriendo tranquilizar más á su principal,—saldrá Juan para su pueblo, pues yo no tengo que hacer de él, despues que por su mala cabeza ha perdido el brillante porvenir que aquí le esperaba.

—Es lo mejor,—dijo el escribano.

Doña Mónica continuó callada.

Juan no sentia perder aquel porvenir, que á juicio de su tio era tan brillante; pero no podia ménos de pensar con dolor en que ya no volveria á ver á Jacinta.

Don Cleto recogió sus bártulos, diciendo:

—Pues si usted me lo permite, voy á disponerlo todo para la marcha. Esta tarde sale un arriero que se encargará de llevarlo.

—Vaya usted con Dios.

—Adios, señor don Fabian,—dijo Juan, disponiéndose á seguir á su tio.—Suplico á usted que me dispense y diga á las señoras...

El jóven no encontró la palabra que buscaba.

—Adics, hijo... Buena suerte y mucho juicio,—contestó el escribano, dando á Juan una palmadita en el hombro.

Y el tío y el sobrino salieron de la habitación sin despedirse de doña Mónica, el uno por olvido y el otro por desprecio.

Mientras se dirigian á su casa, los dos iban callados. Don Cleto suspiraba con frecuencia.

Antes de llamar á su puerta exclamó como resúmen de sus pensamientos:

—¡Y pensar que sin la maldita revolucion francesa hubieras podido ser toda la vida escribiente de don Fabian, que sin duda á mi muerte te hubiera nombrado pasante!

---

---

## Capítulo VII

**Donde se ve por qué Juan no había querido abrazar á Maria  
al partir para la guerra**

Dejemos por ahora á la familia del escribano y al bueno de don Cleto, que tiempo tendremos en el curso de nuestra relacion de volver á encontrarlos, y sigamos á Juan, el cual, en cumplimiento de las órdenes de su tío, regresó á Villoviado.

El jóven era portador de una carta para su padre, en que don Cleto le explicaba las causas de aquella determinacion.

Gil experimentó algun disgusto al ver por entonces desvanecidos los sueños que abrigaba con respecto al porvenir de su hijo; pero el placer de verle á su lado, y sobre todo el que experimentó su virtuosísima esposa al abrazar á Juan, contribuyeron no poco á consolarle.

En cuanto á los amores con la hija del escribano, los consideró como cosa de muchachos, y en todo pensó

ménos en hacer cargos á Juan porque le hubiera gustado una jóven de diez y ocho años.

Al enterarse de los detalles de la escena que en el capítulo anterior hemos referido, y que Juan le contó circunstanciadamente, no pudo ménos de aprobar que el mancebo no se hubiera dejado insultar por la vieja, y aun sintió no haberse encontrado en casa del escribano para decir á doña Mónica cuatro cosas bien dichas.

Así pues, Juan fué mucho mejor recibido de lo que esperaba, y salvo el vacío que dejaba en su corazón la ausencia de Jacinta, se encontró mucho mejor en su casa que en casa de su tío.

La vida del campo no deja de tener goces para una naturaleza independiente y vigorosa como la del jóven.

Juan comenzó á reemplazar á su padre en el cuidado de su hacienda, y cuando las tareas del campo no le obligaban á estar vigilando á los jornaleros, tomaba una escopeta, se iba al monte y se dedicaba á la caza, á cuyo ejercicio tomó tal afición, que al poco tiempo era uno de los cazadores más afamados de la comarca.

En cuanto á sus amores de Búrgos, ¿qué hemos de decir que no hayan adivinado nuestros lectores, sobre todo aquellos que por desgracia tengan ya alguna experiencia?

Los primeros días Juan se acordaba mucho de su novia.

Luego se fué acordando algo ménos.

Luego... casi dejó de acordarse.

Y por último, hizo lo que todos los novios de diez y ocho años separados del objeto de su amor, y que no tie-

nen ni siquiera una carta que mantenga vivo el fuego de sus corazones.... Se olvidó de ella completamente.

Que no se incomoden nuestras lectoras con el pobre muchacho.

No hay motivo todavía para llamarle pérfido, desleal, ingrato, tornadizo...

Nada de eso.

Hemos dicho que Juan había sido un chico hasta que la gravedad de las circunstancias y los acontecimientos revelaron en él al hombre.

Ya en su tiempo se había dicho aquello de *amor de niño agua en cestillo*, y no hay razón para que exijamos á nadie más de lo que puede dar de sí, atendiendo á su edad y á sus condiciones.

No hemos de tardar mucho en ver cómo sabía amar Juan *el hombre*, y por consiguiente no será mucho que perdonemos la poca constancia de Juan *el niño*.

Por otra parte, nos consta que Jacinta hizo lo mismo que él.

Y es natural... ¡tenía tan pocos años!

Ellos se habían jurado amarse siempre... esto es cierto. Pero las palabras *siempre* y *nunca*, ó no significan nada, ó sólo sirven para expresar un deseo en el vocabulario del amor.

Lo mejor sería no decir las *nunca*.

Pero el caso es que creemos que se dirán *siempre*.

Es tan grato poder decir á una muchacha: «Te amaré *siempre*,» y tan dulce para ella contestar. «No te olvidaré *nunca*,» que mientras haya amantes en el mundo

se repetirán estas frases en cada una de sus conversaciones.

Y sin embargo, mientras haya amantes sucederá lo que con Juan y Jacinta; esto es, que la *eternidad* de sus amores no durará más que el tiempo necesario para que se olviden los juramentos.

Sobre todo si los amantes son tan jóvenes como estos dos apreciables muchachos.

Conque no hay que acusarles; meta cada cual la mano en su pecho, y el que sea inocente que tire la primera piedra.

Pero volvamos á nuestro asunto.

Gil no habia olvidado por completo los planes que concibiera con respecto á su hijo, á quien deseaba ver en otra condicion más elevada que la de labrador, tal vez equivocándose, pero cediendo á una preocupacion muy natural en todos los padres.

No trascurrieron muchos meses desde la vuelta de Juan á Villoviado, sin que su padre, aprovechando la ocasion de haber salido á pasear con él una tarde, le hablara en estos términos:

—Ya sabes, Juan, lo mucho que te quiero y que el único deseo de mi vida es verte completamente feliz. Aquí, por más que tu suerte no sea mala, tienes un porvenir muy limitado. Mi hacienda, como sabes, no es grande, y como á mi muerte habrás de partirla con tu hermano, tendrás lo necesario para vivir con economía, pero nada más. Yo creí que en Búrgos, al lado de tu tio, podrias aprender algo, y tal vez prosperar un poco. No estoy descontento de lo que has aprendido;

pero ya tú sabes la causa de no haber prosperado nada. En fin, lo hecho hecho está, y no he de regañarte por una ligereza de que no tienes la culpa, porque aún no estás en edad de poder dominar los impulsos de tu corazón. Pero sea lo que quiera, me parece que no hay motivo para retroceder porque haya salido mal la primera tentativa. Estoy dispuesto á enviarte á Madrid, aunque haga algun sacrificio; allí tengo personas de valimiento que podrán ayudarte, y tal vez con su proteccion consigas más de lo que hubieras conseguido en Búrgos. Lo que sí te he de encargar,—añadió Gil, que tenia sus puntas y ribetes de chancero,—es que así como en Búrgos te fuiste á enamorar de la hija del escribano, si vas á la córte no sea que te enamores de la reina, y todo lo echemos á perder.

Se conoce que en aquellos tiempos, de escasa, ó por mejor decir de ninguna publicidad, no habia llegado á Castilla la Vieja la fama de la privanza de Godoy, á la sazón, más bien que primer ministro, árbitro de los destinos de España, pues de otra suerte no podia ignorar Gil que enamorarse de la reina doña María Luisa era más lucrativo que peligroso.

—Padre mio,—repuso Juan, que habia escuchado atentamente las palabras de su padre,—yo estoy dispuesto á obedecer á usted, y si me manda ir á Madrid y abrazar una profesion cualquiera, en todo pensaré ménos en replicar ni una palabra. Pero si mi voluntad ha de ser tenida en algo en esta materia, no creo ofender á usted diciéndole que mi deseo es no volver á salir de Villoviado.

—¡Hombre!...—dijo el padre con alguna extrañeza.—Yo creía que, por el contrario, desearias ver el mundo y hacer carrera.

—Estar al lado de usted y de mi madre, es mi mayor satisfaccion.

—Ya sé que eres buen hijo.

—Procuro imitar á usted en todo.

—Pero no me chocha ménos oírte hablar en esos términos, cuando aún no has cumplido diez y nueve años; es decir, cuando la sangre hierve en las venas y el corazón no cabe en el pecho. Creo que en tu resolución ha de influir algo que no sea precisamente el amor que á tu madre y á mí nos tienes. ¿Te acuerdas aún de la hija del escribano?

—No, señor,—contestó Juan sinceramente.

—Pues no sé...

—Hablaré á usted con franqueza.

—Ya te escucho.

—De todas las profesiones que hay en el mundo, sólo una abrazaría yo con gusto.

—¿Cuál?

—La de las armas.

—¡Muchacho!

—Lo que usted oye.

—¡Qué diablura!...

—Yo no he nacido para pasar horas y horas encerrado en una habitacion estrecha y lóbrega, donde no se puede respirar y donde no hay más ocupacion que morir de fastidio detrás de una mesa, extractando manuscritos ó copiando borradores.

—Pero ¿dónde tengo yo influencia para sacarte una charretera, porque supongo que no querrás ser soldado?

—No, señor; pero tampoco pretendo ser oficial, porque sé que no es posible...

—Es claro... tú no eres noble...

—Lo sé.

—Y por consiguiente, no podrias entrar en el ejército con ninguna ventaja.

—Por eso renuncio á lo que seria más de mi agrado.

—Y piensas con mucho juicio.

—Pero ya de no ser militar, prefiero á todo lo que podria ofrecirme el mundo, la vida independiente y honrada del labrador. Yo, padre mio, me contento con poco: aquí puedo tener lo que necesito, y mi ambicion se reduce á pasar la vida respirando el aire libre de nuestras montañas, cazando cuando no tenga que hacer, y cuidando nuestra hacienda lo mejor posible.

—Hijo, puede que algun dia te arrepientas de esa resolucion, y como el tiempo pasa volando, tal vez entonces será ya tarde para variar de rumbo; pero no quiero contrariarte: sé que en todas partes puede ser feliz el que se contenta con lo que tiene; tú ya no eres tan niño que no seas capaz de reflexionar lo que más te convenga, y yo no quiero cargar con la responsabilidad de obligarte á hacer una cosa, que luego podria salir mal, porque nadie sabe dónde tiene su suerte.

—Así es, padre mio.

—Pues no se hable más del asunto.

Y padre é hijo regresaron á su pueblo hablando de

cosas indiferentes y aspirando con delicia el aire puro y aromatizado de la sierra.

Juan, por consiguiente, continuó en su pueblo; pero en lugar de ser un jóven bullicioso como los demás muchachos de su edad, era un hombre grave, que sin ser taciturno buscaba la soledad: en ninguna parte era tan feliz como en el monte con su perro y su escopeta, y lo que es aún más raro, se mostraba poco aficionado á las hijas de Eva.

Tal vez esto consistia en que, como ya habia adquirido alguna instruccion, su inteligencia estaba mucho más desarrollada que las de sus convecinos, y por lo tanto, sus placeres no podian ser los mismos.

Todo lo contrario era su hermano Tomás, que ya tenia diez y siete años, y era un mozalvete guapo, más alegre que unas castañuelas, bullidor perpétuo, que se encontraba en todas partes, y en todas comenzaba á eclipsar á los jóvenes que por ser mayores que él tenian más pretensiones.

Una de las casas que más frecuentaba Juan en Villoviado, era la de la tia Gregoria, vecina suya y grande amiga de su padre.

La tia Gregoria era una viuda pobre, que vivia con el producto de un arrendamiento, bastante lucrativo mientras vivió su marido, pero que despues de muerto este no dejaba á su mujer sino muy escasas ganancias, porque teniendo que valerse para el cultivo de jornaleros, á quienes ni siquiera podia vigilar personalmente,

además de tener un aumento en los gastos, había experimentado en los ingresos una disminución, que se explica por lo que mermaban las cosechas á causa del menor esmero en las labores.

Pero si la tía Gregoria no tenía dinero, tenía una hija de unos diez y seis á diez y siete años, que atraía ya las miradas de más de uno y de más de dos muchachos del pueblo.

Juan al pronto no se enamoró de la muchacha, porque el recuerdo de sus amores con Jacinta aún no se había borrado por completo de su imaginación, y porque aun después que acabó de borrarse, llevaba en su alma esa especie de luto, que los que sienten verdaderamente consagran á toda ilusión desvanecida.

Pero se sintió atraído á casa de la viuda por una misteriosa simpatía, y allí encontraba un placer, que ni siquiera sabía explicarse, conversando con María, que era alegre, ligera y bulliciosa.

Como el joven tenía un carácter melancólico y hasta taciturno, su grave seriedad contrastaba notablemente con la informalidad casi infantil de su amiga.

Aunque la diferencia de sus respectivas edades era pequeña, la de sus caracteres y condiciones parecía establecer entre ellos una gran distancia.

Juan al lado de María era un hombre de mundo, que ya había sentido en su corazón la espina del dolor, y la muchacha era una flor que se abría entonces á la vida, ansiosa de aire y sol, sin pensar que pudiera haber vendabales que troncharan su tallo.

María miraba á Juan como una especie de hermano

mayor, á quien contaba sus alegrías, sus temores y sus esperanzas; y el jóven se complacia en ser el confidente de su amiga, sin pensar que acaso llegara un dia en que aquella amistad pudiera convertirse en otro sentimiento más intimo, pero tambien más peligroso.

El dia llegó en efecto, con esa terrible puntualidad con que llegan siempre los de la desgracia.

Juan, sondando su corazon, acabó por averiguar que estaba enamorado, y comenzó á pensar sériamente en lo que le convenia hacer.

El no se encontraba en posicion de casarse, pues dependia de su padre y no habia de pretender que este le diera para vivir una parte de su hacienda, que no era tanta que permitiera semejantes prodigalidades; pero por otro lado pensaba que si trataba de establecerse y se casaba con María, una vez puesto al frente de la casa podria hacer el arrendamiento de la viuda tan productivo como era antes, y ya con poco que su padre le ayudara, aunque fuera para tomar en arriendo otras fincas, podria pasarlo bastante bien.

Pero esto tenia el inconveniente de que, si no en realidad, en la apariéncia, seria vivir á costa de su mujer, y Juan era demasiado altivo para pensar en tal cosa.

Además, debemos confesar que el muchacho no se hallaba enteramente contento con vivir en Villoviado.

Al principio aceptó aquella existencia, porque la encontraba muy preferible á la que disfrutaba en Búrgos, y ser labrador le parecia mucho más agradable que ser escribano.

Pero la verdad es, que en su alma habia una secre-

ta aspiracion al ejercicio militar, que si no tomaba más cuerpo, porque la consideraba imposible de realizar, tampoco se extinguia completamente.

Hubiera él dado cualquier cosa porque España se encontrara en guerra con alguien, á fin de intentar satisfacer de algun modo sus instintos. Pero la campaña del Rosellon se habia concluido, y la expedicion al Norte del marqués de la Romana no habia comenzado todavía en 1804. Toda la política española se reducía por entónces á saber si el Príncipe de la Paz conservaria su privanza, ó si los fernandistas lograrían derribar á *El guardia*, objeto único y mezquino de la conspiracion de Escoiquiz. Nada de esto era á propósito para excitar la imaginacion de un jóven, y sólo un político mucho más experto que el sencillo castellano, hubiera podido adivinar los sucesos que en 1808 produjeron la brillante explosion del sentimiento nacional, que será siempre una de nuestras glorias.

El caso es que Juan no habia renunciado por completo á sus ilusiones, y como el amor de María era incompatible con ellas, y el matrimonio hubiera sido renunciar para siempre á realizarlas, el muchacho vacilaba, y por fin decidió callar, dar tiempo al tiempo, y ver si acababa de fijarse en una cosa ú otra para determinar el rumbo de sus aspiraciones.

No contribuyó poco á esta determinacion la circunstancia de que, habiendo tratado por medios indirectos de inquirir el estado del corazon de María, encontró en él demasiada amistad para poder lisonjearse de que hubiera amor.

Efectivamente: la joven no sospechaba siquiera los sentimientos que inspiraba, y en el mismo abandono de su cariño fraternal, podia ver el ménos experimentado un síntoma de frialdad.

Juan, por consiguiente, decidió no hablarla de amor hasta estar bien seguro de que su amor no era un capricho pasajero, de que ninguna otra idea de ambicion vendria á turbar la felicidad que ambicionaba, y de que María no habia de contestarle con una negativa.

Así pasó cerca de un año.

Juan cada vez se iba convenciendo más de que estaba realmente enamorado de María, y sus planes belicosos iban haciendo lugar en su ánimo á proyectos más pacíficos, en que siempre tenia un papel principal la interesante hija de la tia Gregoria.

Pero al mismo tiempo que Juan, visitaba Tomás á la madre y á la hija.

Ya habia este cumplido los diez y ocho años, y en lugar de ser cómo su hermano callado y taciturno, hablaba por los codos, decia bromas á todo el mundo, y era un muchacho que sólo verle daba alegría.

A Tomás le gustaban todas las muchachas, y por consiguiente tambien María, y aun María un poco más que las otras.

Ella no dejó de notar la preferencia, cosa bastante fácil, porque el carácter franco y abierto de Tomás no era á propósito para disimular.

Decir que no la halagó que el muchacho la distinguiera, seria faltar á la verdad.

En primer lugar, Tomás era guapo, su padre tenia

buena posicion, y esto y su carácter hacian de él el gallito del pueblo.

Por otra parte, á pesar de su corta edad, dos ó tres aventuras amorosas que llevó á cabo, dieron bastante que hablar á sus vecinos, de modo que venia á ser en Villoviado una especie de don Juan Tenorio, y este tipo ha sido siempre muy del gusto de las mujeres, aun antes de que Zorrilla lo popularizara con la magia de su imaginacion de poeta.

Por consiguiente, puede decirse que Tomás ganó la partida desde el primer momento.

Téngase muy en cuenta que ni él ni María sospechaban la pasion de Juan.

Fácil fué á los dos jóvenes entenderse y entablar unas relaciones, que á la muchacha la llenaban de satisfaccion, aunque de cuando en cuando la dieran algun disgustillo, ocasionado por las veleidades pasajeras del galan.

Juan, ignorante de todo, habia ya resuelto hablar á María, cuando, con gran sorpresa suya, una tarde que se hallaban con sus padres en la huerta de Gil, la joven buscó un momento en que todos estaban distraidos, y se acercó á hablarle.

—Juan,—le dijo,—tengo que contarte una cosa.

—¿Tú?

—Sí,—contestó la muchacha bajando los ojos.

—¿Y qué es ello?

—Pues... nada... que tu hermano... ya sabes, Tomás...

—Sí, no tengo otro.

—Bueno... pues él...

—¿Te ha ofendido?—preguntó Juan poniéndose serio.

—No es eso.

—Me alegro.

—Es que, vamos... él dice que me quiere...

—¡María!—gritó el jóven con angustia.

—¿Qué tienes, Juan?

—Nada.

—Te has puesto pálido.

—No... no lo creas.

Y Juan, despues de un momento en que, gracias á un esfuerzo supremo de su poderosa voluntad, logró tranquilizarse, dijo:

—Cuéntamelo todo.

—Pues nada más.

—Nada más...

—Es decir...

—¿El te quiere?...

—Sí.

—¿Y tú?

—Yo... yo le quiero tambien,—exclamó María en voz tan baja, que Juan antes adivinó que oyó sus palabras.

Una puñalada no hubiera hecho tanto daño al pobre muchacho como aquella ingénua confesion, que le enteraba de repente de que tenia un rival preferido, y que aquel rival era su hermano.

Juan respiraba fuertemente, como si no hubiera en el campo aire bastante para sus pulmones.

María, con la cabeza baja, marchaba á su lado des-

hojando distraidamente algunas florecillas que llevaba en la mano.

—He querido contártelo,—dijo María despues de un momento de silencio,—porque ya sabes que para tí no tengo secretos, y como esto aún no lo sabe mi madre, yo estaré más tranquila sabiéndolo tú.

—Has hecho bien, María, muy bien, mucho mejor de lo que piensas,—contestó Juan profundamente afectado.—Pero es preciso que nuestros padres sepan esto. Si Tomás y tú os quereis verdaderamente...

—¡Ah! eso sí...—interrumpió la muchacha con un fuego y un candor que acabaron de destrozár el corazón de su confidente.

—Pues bien; en ese caso, tu buena fama exige que tus amores, en lugar de permanecer secretos, se hagan públicos con la autorizacion de nuestras familias, y cuando sea tiempo...

—¿Qué?

—Te cases con mi hermano,—añadió Juan, á quien parecia que ahogaban sus propias palabras.—Yo hablaré á Tomás esta noche, y todo se hará lo mejor que se pueda.

—Como tú quieras,—repuso la muchacha.

Y los dos jóvenes se reunieron á sus padres.

María, algo turbada por la confesion que acababa de hacer.

Juan, con el alma traspasada de pena.

Si algo faltaba al muchacho para acabar de enamo-

rarse de María, era saber que esta amaba á otro, pues nunca una dicha nos es tan querida como cuando nos vemos condenados á perderla irremisiblemente.

Pero Juan era tan honrado, tan leal y tan noble, que en sus celos, porque sin duda alguna los sentia, no hubo asomo de despecho, ni siquiera de envidia.

Desde el primer momento se propuso ahogar en su corazon el amor que sentia y procurar la felicidad de Tomás y de la huérfana.

Para esto se necesitaba un valor á toda prueba; pero Juan lo tenia, y además se hallaba dotado de un carácter enérgico capaz de sobreponerse á todas sus pasiones y deseos.

Aquella misma noche habló á su hermano.

—Tomás,—le dijo,—ya María me ha contado lo que hay entre vosotros.

—¡Ah! sí... guapa chica, eh?—preguntó alegremente Tomás.

—Guapa y buena,—contestó con gravedad su hermano.

—No, ¡que yo soy tonto!...

—Hablemos con formalidad.

—Hablemos.

—¿Qué piensas hacer?

—¿Yo?

—Sí.

—Nada.

—¿Cómo... nada?

—Es decir...

—¿Supongo que pensarás casarte con María?

—Hombre... pero nuestros padres...

—Nuestros padres se alegrarán mucho.

—Y yo no lo sentiré.

—Ni yo,—añadió Juan lacónicamente; y prosiguió despues de un momento:—No puedes engañar á esa muchacha.

—Hombre, ¿quién piensa en eso?

—Y mañana mismo debes decir á padre lo que sucede, para que este hable á la tía Gregoria, y dentro de uno ó dos años, cuando los dos esteis bien seguros de que sereis felices, debeis casaros.

—Bueno.

El diálogo prosiguió en estos términos, y los dos hermanos quedaron de acuerdo, no sin que antes Juan recomendara severamente á Tomás el cumplimiento de los deberes que contraia el hombre que lograba el amor de María.

Todo pasó á medida de los deseos de los dos novios, y el casamiento de ambos jóvenes quedó fijado para despues que Tomás cumpliera los veinte años.

Desde entonces Juan dejó de ir á casa de la tía Gregoria, y se dedicó cada vez con más ardor á la caza, pasando en el monte los días enteros. Al principio chocó un poco á todos esta variacion; pero luego la atribuian á extravagancias de su carácter, y nada más.

Los que son felices suelen ser poco á propósito para comprender las penas de los que padecen.

Pasó el tiempo, verificóse la invasion francesa cuan-

do los dos jóvenes iban á casarse, ocurrió en Villoviado lo que hemos referido en el capítulo primero, y ambos hermanos salieron á campaña con el cura Merino, de cuya suerte y la de su ejército ya es tiempo de que volvamos á ocuparnos.

## Capítulo VIII

El cura Merino, desde que salió de Villoviado, no se le había presentado ocasión de disparar ni un tiro; en el ejército no había ocurrido ningún suceso; se iban por los campos de batalla, pero sin encontrar nada de particular. El cura Merino, que era un hombre de mucha paciencia, se iba dando cuenta de los sucesos que ocurrían en el ejército, pero sin encontrar nada de particular. El cura Merino, que era un hombre de mucha paciencia, se iba dando cuenta de los sucesos que ocurrían en el ejército, pero sin encontrar nada de particular. El cura Merino, que era un hombre de mucha paciencia, se iba dando cuenta de los sucesos que ocurrían en el ejército, pero sin encontrar nada de particular.

---

## Capítulo VIII

---

**De la batalla que dió el cura Merino en las inmediaciones de Pancorbo.**

Cinco días llevaba de campaña el cura Merino, y no se le había presentado ocasion de disparar ni un tiro.

Su ejército no había recibido ningun refuerzo; es decir, que seguía componiéndose de Juan, Tomás y el *Feo*.

Lo único que don Jerónimo había logrado, entrando unas veces de día y otras de noche en los pueblos de la carretera, y conferenciando en casi todos ellos con los curas párrocos, que eran los más decididos contra los franceses, es organizar un espionaje, que si no podia considerarse como modelo en esta clase de servicios, al ménos le permitia saber algo de lo que ocurría y estar al corriente de los movimientos de tropas, marcha de convoyes y otros detalles interesantes para la clase de guerra que se proponia hacer.

Merino no tenia conocimientos militares; pero se hallaba dotado de un gran instinto de guerrillero, abrigaba en su corazon una inmensa dosis de ódio, y estos eran elementos más que suficientes para hacerle pronto temible á los enemigos de su patria.

La impaciencia por medir sus fuerzas con las de los franceses, le devoraba; pero como no era cosa de que con tres hombres tomara la ofensiva y se fuera á presentar batalla á alguna division enemiga ó á poner sitio á una plaza fuerte, no tenia más remedio que mantenerse en la sierra, corriéndose á lo largo de ella, dispuesto á acometer cualquier empresa posible en cuanto los avisos que recibiera le anunciassen una ocasion propicia.

No tardó esta en presentarse.

El dueño del parador de Pancorbo, que era uno de sus confidentes, le avisó una noche que en su posada se habia detenido una silla de posta, en la que iba un oficial francés, encargado de una maleta, que suponía llena de papeles y cartas, sin duda de importancia, cuando en lugar de confiarse al correo se entregaba á un jefe de categoría, para que la llevara de aquel modo, más lento, pero tambien más seguro.

La silla de posta iba escoltada por seis húsares, uno de los cuales llevaba de la brida un caballo de silla, sin duda perteneciente al oficial que viajaba en el carruaje, y destinado á que lo montara en caso de apuro.

Era indudable que el pequeño convoy pasaria en Pancorbo la noche, porque á pesar de que aún no habia empezado en España la verdadera guerra de guerrillas, ya se habian levantado diferentes partidas, que empeza-

ban á hacer de las suyas, y no era natural que los franceses se arriesgaran en caminos poco conocidos, sobre todo teniendo que atravesar lo más áspero de la sierra, sin contar al ménos en su favor con la luz del día.

Todo esto calculó Merino, y no se engañaba.

No hay que decir si las noticias recibidas le dejarían satisfecho.

Aunque, como ya hemos dicho, era hombre poco expansivo y nada cariñoso, estuvo á punto de abrazar al pastor que le llevó el recado, y á pesar de que la caja de su ejército no estaba muy provista, le gratificó con un duro antes de despedirle.

Merino, que era sumamente económico, se volvía espléndido y generoso cuando se trataba de comprar un caballo ó de pagar espías y confidentes.

Por eso durante toda la guerra estuvo tan bien servido, y así como en muchas ocasiones debió la vida á sus excelentes monturas, en no pocas debió la victoria á las buenas y exactísimas noticias que de todas partes recibía.

Luego que se alejó el pastor, Merino, que para hablar con él se había separado de sus compañeros, como hacia siempre que hablaba con un espía, se acercó á ellos, que no pudieron ménos de quedar sorprendidos al ver la satisfaccion que habia pintada en su semblante.

—¡Hola, muchachos!—dijo.

—¿Qué manda usted, señor cura?—preguntó Juan.

—Mañana vamos á ver á los hombres.

—Pues ¿qué sucede?

—Casi nada... Ya, ya aprenderán esos perros á hacer cargar á las gentes con el bombo.

El *Feo* y los dos hermanos estaban admirados de ver al cura tan hablador y tan risueño.

—Hay francés,—prosiguió don Jerónimo,—que está á estas horas muy tranquilo comiendo en Pancorbo, y no sabe que mañana no llegará vivo á Bribiesca.

—¿Están los franceses en Pancorbo?—preguntó Tomás.

—Hombre, te diré: no creas que hay ningun ejército, lo cual para nosotros seria poco agradable; pero hay ciertos papeles que yo me he propuesto leer, y unos húsares cuyos caballos habeis de montar vosotros mañana por la noche.

—¿De veras?

—He decidido convertirlos en un regimiento de caballería, y si apuntais á los húsares tan bien como á las perdices, me parece lo más fácil del mundo.

—Pierda usted cuidado,—dijo el *Feo*, que hasta entonces no habia hablado una palabra.

—A la prueba me remito,—replicó el cura.

La tarde iba cayendo.

Hacia mucho frio; pero afortunadamente para lo que Merino llamaba el ejército de Castilla la Vieja, no llovía ni nevaba, cosa rara en aquel país.

Gracias á esta circunstancia, nuestros amigos podían dormir al raso, sin que á los rigores de la estacion se aumentaran las molestias de la humedad.

Tomás, Juan y el *Feo* tenían sus morrales bien provistos de víveres, que se proporcionaban en los pue-

blos, donde entraban casi todos los días sin temor ninguno; antes al contrario, seguros de ser bien recibidos y agasajados.

Como tenían provisiones y no les faltaba apetito, se hallaban con todo lo necesario para comer perfectamente.

Así lo hicieron, mientras el cura se paseaba á alguna distancia de ellos, formando sin duda su plan de batalla.

Ya hemos dicho que Merino era sumamente sóbrio: no hacia más que una comida diaria, y esta, por regla general, entre la una y las dos de la tarde.

Aquel día habia comido á la hora acostumbrada, y lo habia hecho, como siempre, separado de sus compañeros, con los cuales desde que salió de Villoviado evitó tener ninguna clase de familiaridad, porque aspirando á reunir bajo sus órdenes una fuerza respetable, queria desde el principio establecer la más severa subordinacion, como base de las relaciones entre él y los suyos.

Esto, que en circunstancias semejantes hubiera costado á otro hombre más comunicativo hacerse cierta violencia, no costó el menor trabajo al sacerdote, cuyo carácter era montaraz y poco amigo del trato de gentes.

Cuando los jóvenes acabaron su comida, compuesta de carne fiambre, queso de oveja y un vaso de agua, porque don Jerónimo habia prohibido á su gente beber vino, el cura se acercó á ellos y dijo:

—*Feeo*, pon la brida al caballo y en marcha.

El nombrado obedeció la orden de su jefe.

Embridó el caballo, que pastaba con la montura puesta y la brida colgada del arzon á pocos pasos de allí, y lo acercó al cura.

Don Jerónimo montó con ligereza, y los otros tres hombres tomaron las armas y se dispusieron á seguirle.

—Echa delante, *Feo*.

El *Feo* seguía haciendo el papel de vanguardia.

—¿Adónde vamos?—preguntó.

—Hacia Pancorbo.

El *Feo* puso su escopeta al hombro, y emprendió la marcha.

Cuando se hubo adelantado unas cincuenta varas, el cura arreó á su caballo y echó á andar en la misma direccion, seguido por los dos hermanos á pocos pasos de distancia.

—Juan,—dijo el menor de los dos jóvenes al echar á andar.

—¿Qué quieres?

—¿Adónde vamos?

—¿Qué sé yo!

—¡El cura ha dicho hacia Pancorbo!

—Ya lo he oído.

—¿Y qué te parece?

—Nada,—contestó Juan, que iba procurando adivinar el proyecto de su jefe, y tenía poca gana de conversacion.

—Veo que estás hoy de mal temple,—dijo su hermano.

—No lo creas.

—Como apenas respondes...

—Iba pensando en cuál podrá ser la idea del señor cura.

—De eso queria yo hablarte, para que pensáramos juntos.

Juan y Tomás hablaban en voz baja, de modo que don Jerónimo, que iba diez ó doce pasos delante de ellos, no podia enterarse de lo que decian.

—¿Si pensará que atacuemos á los franceses en Pancorbo?—añadió Tomás.

—Eso seria lo mejor, si no son muchos y los vecinos del pueblo nos ayudaran.

—No hay que contar con semejante cosa.

—Tal creo.

—Lo cierto es que vamos á Pancorbo.

—Hay más de dos leguas, y necesitamos para llegar tres horas largas.

—De modo que cuando lleguemos ya será bien cerrada la noche.

—Es la hora mejor para las sorpresas.

—¿Y crees tú que los franceses se dejarán sorprender, Juan?

—No puedo creer nada, cuando no sé siquiera si tratamos de sorprenderlos.

—Es verdad.

—Pero lo probable es que por pocos que sean no dejen de tener algun centinela que les ponga á cubierto de cualquier peligro.

—El caso es grave.

—No hay que apurarse.

—¿Crees que tendré miedo?

—No.

—Entonces es claro que no me apuro.

—Sé que los dos cumpliremos con nuestro deber, y que si nos toca morir esta noche, moriremos.

—Sin embargo...

—¿Qué?

—Eso está muy bien dicho.

—Y estará mejor hecho.

—Sin duda, pero...

—Acaba.

—Yo opino que antes de morir debemos hacer todo lo posible por quedar con vida.

—¡Tomás!—exclamó Juan con angustia.

—¿A que te has figurado que voy á echar á correr cuando llegue el peligro?...

—¡Si tal supiera!...

—No, chico; cuando yo hablo de salvar mi vida, no cuento con las piernas, sino con las armas.

—¡Ah!...

—Creo que tanto puede uno salvarse huyendo como peleando bien, y no dejando vivo un enemigo si es posible.

—Eso es diferente.

—Así, lo que queria decirte, es que antes de morir procuraremos matar al que se nos ponga por delante.

—Es claro.

La noche habia cerrado.

Aquel atrevido ejército, compuesto de cuatro hombres, proseguia audazmente su marcha.

Y lo que daba aún mayor grandeza al hecho, es que

sólo el cura sabia de qué se trataba, pues sus compañeros ignoraban adónde iban, cuántos eran sus enemigos y qué clase de empresa acometian.

Así caminaron cerca de dos horas.

Les faltaba una media legua para llegar á Pancorbo, y ya nuestros héroes se iban persuadiendo de que el proyecto de su general en jefe era nada ménos que tomar la ofensiva y atacar en el pueblo á los franceses, cuando el cura detuvo de repente su caballo, y dió un silbido penetrante para avisar al *Feo* que hiciera alto y se reuniera al grueso del ejército.

Luego que llegó el *Feo*, y que ya los dos hermanos se hallaban al lado de Merino, dijo este:

—Juan.

—¿Qué manda usted?

—Yo voy á separarme de vosotros.

Todos quedaron sorprendidos.

—En mi ausencia,—prosiguió Merino,—tú eres el jefe de la fuerza.

—¿Yo?—preguntó el muchacho, no sin una secreta satisfaccion.

—Sí.

—Está bien.

—A tí te han de obedecer todos.

No era muy difícil conseguir la obediencia de dos hombres, uno de los cuales era su hermano menor; pero Merino procedia en todo como si se hallara al frente de un gran ejército.

—Y tú me respondes de lo que aquí suceda.

—Sí, señor.

—Te emboscarás en ese monte,—y señaló uno que habia á la derecha del camino,—y esperarás mi vuelta, teniendo la mayor vigilancia.

—Está muy bien.

—Ahora adios.

—Hasta la vuelta.

El cura arrimó su único espolin á su caballo, y partió al trote corto.

Juan, Tomás y el *Fleo* se internaron algunos pasos en el monte bajo que bordaba la carretera, sin saber qué pensar de lo que ocurría.

Merino se dirigió resueltamente hácia Pancorbo.

Algunos de nuestros lectores habrán pasado por este pueblo, y en tal caso es imposible que hayan olvidado su situación.

Difícilmente puede imaginarse una posición más agreste.

Las casas, alineadas al pié de enormes montañas de granito, de las que parece como que van á desprenderse peñascos inmensos, cada uno de los cuales bastaría por sí solo para aplastar todo el pueblo, tienen un aspecto triste y pobre.

Allí no se vé un árbol.

Todo son rocas enteramente peladas.

Los altos picos de las montañas van á confundirse con las nubes.

Por ninguna parte hay horizonte.

Do quiera que se vuelve la vista, se tropieza con la piedra amarillenta que encierra el espacio.

El alma se angustia en aquella estrechura salvaje,

y parece que hasta los pulmones encuentran falta de aire que respirar.

El camino real es un verdadero desfiladero abierto entre las montañas.

El cura Merino, mientras se dirigia á Pancorbo, ó no pensaba en esto, ó si acaso pensaba agradecia á la naturaleza que hubiera hecho aquellos lugares tan á propósito para matar franceses.

Al llegar á Pancorbo se dirigió sin vacilar á casa del alcalde.

Llegado á ella, echó pié á tierra, llamó á la puerta, y entró sin decir siquiera *buenas noches*.

El alcalde, que era un buen hombre, muy patriota, pero nada valeroso, se quedó al verle más muerto que vivo.

—¡Señor cura!...—exclamó el hombre, levantándose y abriendo desmesuradamente los ojos.

—¿Qué hay?—preguntó de mal humor Merino, á quien irritaba el asombro de su interlocutor.

—¡Pero usted no debe saber lo que pasa!

—¿Dónde?

—Aquí.

—¿Dónde es aquí?

—En Pancorbo.

—¿Qué pasa?

—Que han venido.

—¿Y se han vuelto á marchar?

—No, señor.

—¡Ah!

—¿Qué?

—Que me alegro.

—¿Pero usted sabe?

—Que hay aquí un gabacho y unos húsares.

—Sí, señor.

—Pues por eso he venido yo, y ya estamos aquí todos.

—Pero es el caso...

—¿Qué?... Yo todavía no he hecho nada contra ellos; en rigor, puedo viajar por donde me dé la gana sin que nadie se meta conmigo.

—Eso es verdad.

—Mañana ya será otra cosa.

—¿Sí?

—Habremos roto las hostilidades.

—¡Caramba!

—Y sabrá Napoleon que le he declarado la guerra.

—¿Conque está usted decidido?

—¿Pues cree usted que he salido de mi casa sólo por tomar el fresco?

—No digo...

—Conque veamos, ¿dónde está esa gente?

—En el meson alojados. No han querido separarse.

—Parece que temen algo.

—No lo sé.

—¿Y son seis húsares?...

—Y un oficial que va en la silla de posta.

—Corriente.

Los dos hombres guardaron silencio.

El cura estaba pensativo.

De pronto exclamó:

—Señor alcalde.

—¿Qué quiere usted?

—¿Le parece á usted que nos lleguemos ahora mismo á la iglesia, toquemos rebato, y con todos los vecinos del pueblo nos vayamos á degollar á esos siete franchutes?

—¡Ave-María Purísima!—dijo el alcalde, persig-nándose diez ó doce veces.

—O será mejor que usted y yo solos peguemos fuego al meson por los cuatro costados, y ardan todos los que hay dentro.

—¡Señor don Jerónimo!—exclamó el alcalde, que se habia puesto sucesivamente amarillo, encarnado, morado y de todos colores:—¿quiere usted que mañana envíen de Búrgos una columna que incendie á Pancorbo y fusile á todos los vecinos?

—No tema usted, que ha sido una broma.

—Respiro.

—Yo tengo mi gente aquí cerca, y mañana pienso hacer mi negocio en medio del camino. Ahora sólo he venido para cerciorarme por mí mismo de que no han llegado más fuerzas enemigas que las que me habian dicho.

—No han llegado más.

—Pues si acaso llegaran, me envia usted un hombre al momento. A media legua de aquí, estoy en la carretera.

—Lo haré sin falta.

—Ahora adios, señor alcalde.

—Adios, señor don Jerónimo.

Y el cura volvió á montar en su caballo, que se habia quedado en el patio, y salió de la casa, y poco despues del pueblo, marchando al trote largo hácia el sitio en que habia dejado á sus compañeros.

Al llegar al recodo del camino en que estos se habian emboscado, oyó el piñoneo de la llave de una escopeta que se montaba, y la voz de Tomás, que estaba de centinela, le preguntó:

—¿Quién vive?

—España,—contestó el cura, satisfecho al ver la vigilancia que habia en el campamento.

—¿Qué gente?

—El cura Merino.

—Adelante.

Y don Jerónimo se apartó de la carretera y se dirigió hácia donde estaban los suyos, diciendo sin apear-se del caballo:

—Muy bien, muchachos; así me gusta. ¿Ha habido alguna novedad?

—No, señor,—contestó Juan, que se habia adelantado á recibirle.

—Pues antes de amanecer se tocará diana,—dijo Merino, á quien hubiera sido difícil hacer cumplir esta orden al pié de la letra, porque no tenia en su escasa partida ningun instrumento de guerra, ni nadie que supiera tocarlo.

—Ahora á dormir bien, que mañana tendremos gresca.

Merino arreó su caballo y se metió en la sierra.

Por un exceso de precaucion, muy natural en el carácter suspicaz y receloso del sacerdote, su partida no sabia nunca dónde dormia.

Luego que dejaba acomodados á los suyos, se internaba en el monte, marchaba haciendo eses y procurando que se perdiera la pista de su caballo, y en cuanto encontraba un sitio á propósito, por donde corria algun arroyuelo ó brotaba un manantial, hacia de él su habitacion.

Así lo hizo aquella noche.

Anduvo cerca de un cuarto de hora por entre breñas y jarales, y por fin encontró una pequeña rotonda formada por unos peñascos, entre los cuales se deslizaba la limpia corriente de un arroyo, formado tal vez por las vertientes de los montes inmediatos.

Echó pié á tierra, quitó á su caballo la brida y la montura, lo abrigó con una buena manta, lo ató del ronزال á un árbol, y le puso el morral con medio celemin de cebada.

Sentóse en seguida en el suelo, y sacando de su alforja una maquinilla de espíritu de vino, se puso á hacer el chocolate.

Lo tomó con un gran pedazo de pan, ni muy tierno ni muy blanco; bebió en la palma de la mano una buena porcion de agua del arroyo, y en seguida lió un cigarro de papel y se lo fumó tranquilamente.

Cuando hubo apurado la colilla, guardó sus enséres, puso la montura del caballo para que le sirviera de almohada, reconoció sus armas, dió cuerda á su gran reloj de plata, que era despertador, y lo ponía á su cabe-

cera, se envolvió en su ancho capote de monte, se tendió á lo largo, y á los pocos minutos daba cada ronquido que parecia un cañonazo.

Serian las diez, sobre poco más ó ménos, cuando todo el ejército de Castilla la Vieja dormia á pierna suelta.

A las cinco de la mañana se despertó Merino.

Dió á su caballo otro medio celemin de cebada, comió una onza de chocolate crudo con un poco de pan, y comenzó á pasear pausadamente para sacudir el entumecimiento de sus miembros, acabando sin duda de meditar su plan de batalla.

Cuando el caballo hubo concluido de comer el pienso, le acercó al arroyo, le dió agua, y en seguida le puso la montura y la cabezada.

Arregló convenientemente todos sus útiles, y seguido del caballo, que estaba acostumbrado á ir detrás de su amo como si fuera un perro, echó á andar en busca de sus compañeros.

Aun era completamente de noche.

Gracias al conocimiento que tenia de todos aquellos andurriales y á su prodigiosa memoria para retener las localidades, no tardó Merino en tropezar con su ejército.

Dió al *Fleo* una patada en las piernas para despertarle, y un minuto despues los tres hombres se hallaban sobre las armas.

—Tomad un bocado,—les dijo el cura,—que antes de amanecer quiero que esté cada cual en su puesto; la faena de hoy tal vez será larga, y sabe Dios á qué hora comeremos, si á la hora de comer aún estamos vivos.

El final de la arenga no era muy tranquilizador que digamos; pero debe tenerse en cuenta el carácter brusco de don Jerónimo, y la convicción que tenía de que hablaba á hombres valientes, á quienes el peligro, lejos de intimidar, exaltaba.

Los tres guerrilleros no aguardaron á la segunda invitación; requirieron sus alforjas, y sacando de ellas sus provisiones, demostraron que si algo les faltaba en aquel momento, no era ciertamente el apetito.

Serian entonces poco más de las seis de la mañana, y el cielo comenzaba á tomar ese tinte azulado, que si no es el crepúsculo, parece ser un anuncio por lo ménos.

Mientras los tres hombres comían, tomó Merino la palabra y les habló de esta manera:

—Hoy, amigos míos, principiamos la guerra. De lo que hoy hagamos depende nuestro futuro porvenir. Si somos vencidos, sólo la muerte puede salvar nuestra honra; pero si, por el contrario, salimos vencedores, vereis qué pronto se aumentan nuestras fuerzas con los muchos mozos que hay en los pueblos aguardando sólo una ocasión oportuna para tomar las armas. Ya sabeis que la mayor parte de las gentes se inclinan siempre hácia la fortuna; demostremos que está con nosotros, y vereis cuántos vienen á unírseos. La ocasión no puede ser más propicia. Verdad es que vamos á combatir contra siete hombres, no siendo nosotros más que cuatro; pero tenemos la ventaja de conocer el terreno y elegir el sitio del combate, y contamos, sobre todo, con la sorpresa. Además, ellos son soldados que vienen á tierra

extraña sin que ningun interés propio les anime, y nosotros somos hombres que peleamos por la religion y por la patria. Que cumpla cada cual con su obligacion, y Dios dará la victoria al que más la merezca. En cuanto á mí, os juro no ceder en la demanda, porque desde que me decidí á salir á campaña, me propuse hacer el sacrificio de mi vida.

—Y yo,—dijo Juan.

—Y todos,—añadió Tomás.

—Todos,—replicó el *Fco*.

—Ya lo sabia,—añadió el cura;—por consiguiente, no hay más que hablar.

Puede asegurarse que don Jerónimo Merino no habia sido nunca tan elocuente.

Es que, además de que la solemnidad de las circunstancias era á propósito para elevar su ánimo y dar cierta grandeza á sus pensamientos, el hombre tenia más vocacion de soldado que de sacerdote, y siempre hubiera hablado mejor arengando á un regimiento en un campo de batalla, que pronunciando el panegírico de cualquier santo en la iglesia de una aldea.

—Ahora,—prosiguió el cura,—voy á enteraros de lo que debe hacer cada uno para que salga bien nuestra empresa.

Todos prestaron atencion.

—He pensado atacar el convoy luego que haya dado la vuelta al recodo que hace el camino, casi enfrente de donde nosotros estamos. Tomás, que tiene buenas piernas, se subirá á lo alto de este cerrillo que hay á la izquierda, poniéndose de atalaya. El *Fco* se correrá unos

veinticinco ó treinta pasos á la derecha, y guareciéndose de algunos matorrales, se mantendrá en la misma cuneta del camino; y Juan y yo nos emboscaremos delante mismo del sitio en que nos encontramos. Tomás, desde su observatorio, descubrirá claramente todo el camino hasta Pancorbo, y en viendo al enemigo, que bien fácil es distinguir una silla de posta escoltada por seis ginetes, bajará á escape á darnos el aviso á su hermano y á mí, quedándose con nosotros. Yo, con un silbido, prevendré al *Fleo*, y dejaremos llegar á la silla de posta.

—Eso es, y en cuanto llegue, ¡á ellos!...—dijo el *Fleo*, que se iba entusiasmando.

—Ya has dicho una barbaridad como acostumbras.

—Usted perdone.

—Calla y escucha. Luego que el convoy haya pasado del sitio en que nos encontramos nosotros y se vaya acercando al *Fleo*, este, que ya debe tener la escopeta en la cara y el dedo en el gatillo...

—Disparo.

—¿Contra quién?

—No lo sé.

—Pues calla vuelvo á decirte. Disparas, y matas uno de los caballos de la silla de posta.

—Bueno,—dijo el *Fleo*, á quien hubiera sido más agradable que su amo le mandara matar un francés.

—¿Entiendes?—preguntó el cura.

—Sí, señor.

—Uno de los caballos de la silla de posta.

—Ya lo he oído.

—Mira, *Feo*, que al darte esta comision hago cuenta que te encargo lo principal del asunto.

—Está bien.

—Mira que si yerras el tiro te corto las orejas.

—Pierda usted cuidado.

—Mira que si haces alguna brutalidad, te desuello vivo.

—No haré ninguna.

—Pues luego que este tire, tiramos nosotros á los húsares, cogiéndoles por la espalda, y despues... despues ya veremos lo que sucede; pero el cura de Pancorbo va á tener que hacer hoy algunos entierros sin que nadie se los pague, que será lo que más sienta.

Tomás y el *Feo* rieron al chiste de su jefe.

Juan estaba pensativo.

El plan de don Jerónimo Merino le parecia bueno, y era tal vez el único realizable; pero á él le hubiera gustado más acometer al enemigo frente á frente y en campo abierto, que fusilarle impunemente por la espalda.

La guerra de emboscadas y sorpresas es poco leal, pero la única que podian hacer los españoles con alguna esperanza de éxito, y en este punto, el mismo Napoleon I les ha hecho justicia (1).

Viendo que empezaba á amanecer, exclamó Merino:

---

(1) Hablando de la guerra de la Independencia, dice textualmente en el *Memorial de Santa Elena*: «Los españoles en masa se portaron como un hombre de honor. No tengo nada que decir de esto, sino que triunfaron y que han sido cruelmente castigados.»

—Conque ea... basta de palabras, y cada cual á su puesto.

El cura, que se habia sentado, se levantó, y los demás hicieron lo mismo.

Todos reconocieron sus armas, y despues de convenirse de que se hallaban en estado de prestar servicio, Tomás y el *Feo* se encaminaron á sus puntos respectivos.

—Mucho ojo, *Feo*,—gritó Merino á su criado cuando ya se habia alejado algunos pasos.

El *Feo* se volvió y dijo:

—No hay cuidado.

Empezaba á amanecer.

—Ya se estarán preparando para ponerse en marcha,—dijo Merino, que ni por un momento olvidaba á los franceses.

—Es probable,—contestó Juan.

—No saben la que les espera.

—No por cierto.

Y los dos hombres se callaron.

Merino, que tenia verdadera impaciencia, se paseaba de un lado á otro.

Juan le seguia con la mirada y pensaba en los acontecimientos en que dentro de poco debia desempeñar tan principal papel.

Se prometia apuntar bien á los húsares; pero no se resolvía á desear que su primera bala no fuera perdida.

En cambio, cuando se trabara el combate cuerpo á cuerpo, cosa que á su juicio no podia ménos de suceder, contaba con ser de los que descargasen golpes más ru-

dos y certeros, ya con el cuchillo de monte, ya con la culata de su escopeta manejada á modo de clava.

Así trascurrió una media hora: ya era enteramente de dia.

Merino, que no quitaba los ojos de la colina donde se hallaba Tomás, vió á este que bajaba, no á escape como le habia mandado, pero todo lo de prisa que permitia la aspereza del terreno y la rapidez de la pendiente.

—Ya están ahí,—dijo á Juan.—¡A ellos!

—Vamos,—replicó el mancebo empuñando su escopeta.

El cura, que juzgando inútil su caballo para aquella escaramuza, lo habia atado á un árbol, echó á andar en direccion al camino, del cual apenas les separaban unas veinte brazas. Antes de emprender la marcha se metió los dos dedos en la boca y dió un silbido vaquero, capaz de ser oido en media legua á la redonda.

El *Fleo* desde su puesto contestó con otro tan sonoro por lo ménos como el de su amo, y satisfecho este de aquella señal de vigilancia é inteligencia, dijo como si quisiera responderle:

—Bien.

Juan siguió á Merino sin decir una palabra.

Tomás no tardó en reunirseles.

Los tres hombres se emboscaron en un matorral que habia en la orilla misma del camino.

Tomás habia visto perfectamente la comitiva, y por él supo el cura que se componia efectivamente de una silla de posta y seis soldados á caballo.

Poco más de diez minutos tardaron los franceses en llegar adonde se encontraban sus enemigos.

Algunos pasos delante del carruaje iban dos húsares á modo de exploradores.

Detrás venia la silla de posta, seguida de los cuatro soldados, uno de los cuales llevaba de la brida un caballo con montura de oficial.

Las noticias que tenian los guerrilleros eran, pues, exactísimas.

El convoy avanzaba á media rienda.

Volvió el recodo del camino, y pasó por delante de nuestros héroes, dejando en pos una nube de polvo.

—Alerta,—dijo á media voz Merino, que era el que estaba más sereno de los tres hombres.

Juan y Tomás guardaron silencio.

Habria el coche rebasado unas diez varas el lugar de la emboscada, cuando sonó un tiro.

El convoy se detuvo instantáneamente.

Uno de los caballos del carruaje se revolcaba en el suelo atravesado por la bala del *Reo*.

—¡Fuego!—gritó al mismo tiempo Merino.

Los tres hombres dispararon sus escopetas, y dos húsares cayeron de sus caballos.

Uno muerto y herido el otro.

Al mismo tiempo se abrió la portezuela del carruaje y se apeó de él un oficial de estado mayor, que se dispuso á montar sin pérdida de tiempo.

Al poner el pié en el estribo sonó otro disparo.

El oficial cayó muerto en el acto.

Merino, que habia cargado su escopeta con increí-

ble velocidad, le habia metido una bala en la cabeza.

—¡Viva España!—gritó el terrible cura al ver el efecto de su segundo disparo.

Y como si aquel grito hubiera sido una señal de ataque, los dos hermanos se arrojaron á la carretera con los cuchillos de monte puestos en las escopetas: Merino les siguió, cargando otra vez su arma á la carrera.

Los dos húsares que quedaban detrás del coche habian acudido en auxilio de su jefe y de sus compañeros, y no pudieron rechazar la acometida. Los otros que iban de avanzada, despues de disparar sus tercerolas contra el *Feo*, que tambien se habia presentado en medio del camino, sin conseguir herirle, viendo lo que sucedia á su espalda, y no sabiendo cuántos eran los enemigos con que tenian que luchar, se dieron á huir en direccion á Briviesca, con toda la velocidad de sus caballos.

El mayoral y el zagal que guiaban la silla de posta desde el primer disparo habian abandonado el pescante, echando á correr por las montañas para ponerse en salvo.

Ambos eran españoles, y por consiguiente tenian poca gana de exponer sus vidas por salvar la de un francés.

Los dos soldados que para socorrer al oficial habian echado pié á tierra, al sentir aproximarse á sus enemigos, se volvieron preparándose á la defensa.

Sólo uno de ellos tenia su tercerola.

El otro no habia tenido tiempo para sacarla de su

montura, porque todo lo que hemos referido fué tan rápido como el pensamiento.

El *Fleo* ya se había incorporado al grupo principal.

Los seis enemigos se contemplaron un segundo.

La lucha era por demás desigual.

Los soldados de caballería pelean mal desmontados. Las espuelas y el sable de tirantes les estorban; sus pesadas botas hacen más difíciles sus movimientos, y luego la falta de costumbre hace más embarazosa su situación.

Los españoles, además de ser cuatro, puede decirse que estaban en su elemento, y tenían además en su favor la fuerza moral que da un primer choque victorioso.

Los franceses vacilaron.

Al cabo de algunos momentos, en que unos y otros permanecieron inmóviles, Tomás, que tenía el genio vivo, gritó:

—¡Rendíos!

Los franceses no entenderían probablemente esta palabra; pero el ademán del que la dijo les hizo sin duda comprender su sentido, porque el húsar que estaba sin tercerola desenvainó el sable y cayó sobre Tomás con la celeridad del rayo.

Mal lo hubiera pasado nuestro amigo si el desgraciado húsar no se hubiera encontrado con el cuchillo de monte de Juan, que de un salto se interpuso entre ambos contendientes, clavando la acerada hoja en el pecho del francés, que cayó al suelo, lanzando un rugido en que se mezclaban el dolor y la ira.

El otro francés, que iba á imitar el ejemplo de su compañero, arrojó la tercerola y se dejó caer de rodillas implorando clemencia, cuando ya el cura y el *Feo* amenazaban gravemente su vida.

Al verle rendido todos se detuvieron.

—¡Victoria!—exclamó el cura Merino loco de alegría.

—¡Victoria!—repitieron sus camaradas, arrojando al aire los sombreros.

Los vencedores se apresuraron á coger los caballos, que vagaban en todas direcciones.

El cura examinó lo que iba en la silla de posta, y encontró efectivamente una maleta pequeña, llena de cartas y documentos.

La primera victoria que obtenia el ejército de Castilla la Vieja era importantísima, porque entre aquellos documentos los habia muy reservados y del mayor interés.

El botin de guerra era considerable.

Se componia de los caballos, armamento y monturas de los cuatro húsares y del oficial, sin contar con los tres que quedaban vivos de los cuatro que tiraban del carruaje, los cuales no quiso Merino declarar presa suya, porque pertenecian al maestro de postas de Pancorbo.

Antes al contrario, resolvió indemnizarle la pérdida del que habia matado el *Feo*, dándole uno de los que se habian cogido á los húsares.

Regaló á Juan el caballo del oficial francés, que era bastante bueno, y autorizó á Tomás y al *Feo* para que

escogieran entre los otros cuatro, como así lo hicieron.

En seguida ordenó al *Heo* que cortara los tirantes del caballo enganchado al carruaje, que él mismo había muerto, y subiera al pescante para guiar la silla de posta. Dentro de ella acomodaron á los dos heridos, uno de los cuales, el que había herido Juan, estaba espirando; amarraron fuertemente al prisionero, y recogiendo todas las armas y atando en reata los caballos, se encaminaron á Pancorbo, cargados con los frutos verdaderamente opimos de su victoria.

---

## Capítulo IX

### El ejército de Castilla la Vieja toca los resultados de su primera victoria

Media hora tardaron Merino y los suyos en llegar á Pancorbo.

El pueblo ya estaba dispuesto á recibirles.

Algunos labradores habian oido los tiros, y como sabian que el cura y sus tres hombres andaban por aquellas inmediaciones, supusieron que habian atacado á los franceses, y como siempre está uno dispuesto á creer lo que desea, no dudaron de que lograrían vencer á sus enemigos.

Cuando vieron aparecer en la carretera la comitiva y comprendieron á primera vista que sus esperanzas no habian sido defraudadas, se volvieron locos de alegría.

Ni un solo vecino se quedó en su casa.

Hombres, mujeres y chiquillos se agruparon á la entrada del pueblo para aclamar á los vencedores.

Delante iba el húsar prisionero, atado codo con codo y puesto entre los dos hermanos, que al aproximarse á la poblacion se colocaron uno á su derecha y otro á su izquierda, más para defenderlo de la ira popular que por temor á que intentara fugarse, cosa en que el desdichado no podia pensar siquiera, viéndose sin armas ni caballo y no conociendo los caminos.

Detrás venia la silla de posta, en cuyo pescante se ostentaba triunfalmente el *Fleo*.

El carruaje marchaba despacio, no sólo en atencion á los heridos que iban dentro, sino porque atados á su zaga iban los cinco caballos apresados, cargados con las armas que habian sido de los franceses.

Y al lado de la silla de posta, el cura montado en su caballo.

Al aproximarse la marcial comitiva á Pancorbo, una aclamacion unánime salió de todos los pechos:

—¡Viva el cura Merino!...

Don Jerónimo se quitó con gravedad el sombrero, y saludó al pueblo que le aclamaba.

—¡Viva el rey!... ¡viva España!...—gritó con voz de trueno.

—¡Viva!...—contestó la multitud, que interceptaba el paso, apiñándose cada vez más.

El entusiasmo entonces rompió todos los límites.

Unos gritaban, otros arrojaban al aire los sombreros; este reia, aquel lloraba de alegría, y las campanas de la iglesia, tomando parte en el general regocijo, tocaban á vuelo, celebrando el primer triunfo del ejército de Castilla la Vieja.

Los hombres se adelantaban á nuestros amigos ofreciéndoles vino; las mujeres, solteras ó casadas; jóvenes ó viejas, les abrazaban y les cubrían de besos.

Al cura Merino le besaban hasta los piés, y más de una vez se vió á pique de perder el equilibrio y caer del caballo, gracias á los esfuerzos de los que se abrazaban á sus piernas ó le cogían las manos.

Hubo momentos en que el convoy no pudo dar un paso.

Tomás y Juan estaban medio asfixiados entre aquella multitud, á la que tenían que rechazar de cuando en cuando, porque no faltaban algunos que, pasados los primeros trasportes de entusiasmo, olvidando algún tanto la general alegría y faltando al respeto que merece la desgracia, insultaran y amenazaran al pobre prisionero, que pálido como un cadáver, se dió más de una vez por muerto.

Afortunadamente, los dos hermanos tenían corazones nobles y puños de hierro, cosas ambas muy necesarias para que el húsar llegara vivo á la casa de ayuntamiento, donde por órden de Merino se dirigió el convoy.

Llegado á ella el pequeño ejército, el *Heo* hizo entrar en el zaguan la silla de posta, mientras Tomás, Juan y el mismo Merino, con el alcalde, el alguacil y otros dos ó tres personajes de la localidad, defendían la puerta é impedían que el edificio fuera invadido por la multitud.

A costa de bastante trabajo lograron detener á la gente, y Merino mandó cerrar la puerta para no verse

expuesto á nuevas acometidas y poder acudir con calma á las disposiciones que pensaba tomar.

Subió á la sala capitular, y en seguida, para calmar algun tanto la impaciencia popular y responder como era justo á la multitud que seguia aclamándole, se asomó al balcon que daba á la plaza, acompañado del alcalde y del párroco de Pancorbo.

Extendió ambas manos como indicando que queria hablar, é instantáneamente se restableció el silencio.

—Amigos míos,—dijo,—hoy ha principiado aquí la guerra contra los franceses. Yo no sé cómo acabará esto, pero el principio no ha podido ser mejor.

—¡Viva el cura Merino!—gritaron algunos impacientes, electrizados por la vulgar elocuencia del sacerdote.

—¡Silencio!—contestó la multitud, que no queria perder una palabra de la arenga.

—Dos muertos han quedado en el camino...—prosiguió diciendo el cura.

—¡Bravo!—interrumpió la multitud sin poder contenerse.

—Aquí traemos otros dos heridos, que uno de ellos me parece que no os dará mucho trabajo, como no sea el de enterrarle.

Un murmullo, en que se mezclaban la compasion y el entusiasmo, recorrió el auditorio.

—Y además,—añadió Merino,—hemos hecho un prisionero.

—¡Matarlo!—dijeron algunas voces.

—Eso es cuenta vuestra,—contestó el cura.—Aquí

lo voy á dejar, y el señor alcalde hará de él lo que le acomode.

Merino hizo una pequeña pausa, y concluyó diciendo:

—Ahora necesitamos un poco de calma para tomar algunas medidas. Estad tranquilos, que pronto os haré saber mis órdenes.

—¡Viva el cura Merino!—volvió á gritar todo el pueblo, como si quisiera darle de este modo una garantía anticipada de que seria puntualmente obedecido.

—¡Viva la religion! ¡Viva el rey! ¡Viva España!—dijo el sacerdote, que abandonó el balcón con sus dos compañeros.

Entre tanto, Juan, Tomás y el *Feo*, ayudados por algunas de las personas que habian entrado en la casa de ayuntamiento, bajaron á los heridos y los tendieron en dos colchones, que proporcionó el alguacil, el cual tenia allí su habitacion.

El médico del pueblo, que era uno de los que habian acudido allí, reconoció á los pacientes.

Las dos heridas eran graves; pero habia una gran diferencia entre el estado de uno y otro francés.

El que habia recibido un balazo en la espalda cuando nuestros amigos hicieron su primer descarga, ofrecia cuidado, pero no estaba en peligro de muerte.

En cuanto al que recibió en el pecho la terrible cuchillada de Juan, no se necesitaba gran inteligencia para conocer que no tenia remedio.

El médico declaró que viviria dos ó tres horas, y que creia inútil molestarle haciéndole la primera cura.

Al otro le extrajo inmediatamente la bala con más habilidad de la que podía esperarse de un Galeno de aldea; le vendó como pudo con una sábana que le proporcionaron, y que hizo tiras en un momento, y le confió á los cuidados de la mujer del alguacil, que compasiva como todas las mujeres, se dispuso á desempeñar concienzudamente su papel de hermana de la caridad.

Reunidos en la sala capitular, Merino, el alcalde, el cura párroco, y cinco ó seis de los vecinos más notables de Pancorbo, tuvo lugar una escena, que debemos referir con todos sus pormenores.

—¿Sabe usted escribir, señor alcalde?—preguntó Merino.

—Aprendí un poco cuando chico,—repuso el interpelado,—pero la falta de costumbre...

—Ya me hago cargo.

—En fin, la firma sí que se entiende.

—Pues basta.

—Pero si tiene usted que notar algo, aquí está el secretario del ayuntamiento, que se lo escribirá en un perriquete.

—Me alegro mucho. Como yo no quiero comprometer á nadie, y ustedes están obligados á poner cuanto ocurra en conocimiento de los generales franceses, que así los viera yo á todos como á los dos que quedan tendidos en el camino de Briviesca...—dijo Merino con enérgico acento.

—Amen,—le interrumpió su colega el párroco de Pancorbo.

—Pues bien,—continuó Merino;—voy á dictar el

parte que enviará usted hoy mismo al general que manda en Búrgos.

—Me parece perfectamente,—contestó el alcalde, á quien se le quitaba un gran peso de encima.

—Ponga usted, secretario.

El aludido, que ya habia sacado un pliego de papel y destapado el tintero de cuerno que llevaba en el bolsillo, se dispuso á escribir.

Merino empezó á dictar de esta manera:

«Al excelentísimo señor general conde de Dorsenne...»

Don Jerónimo estropeaba horriblemente los apellidos franceses, porque no sabia pronunciarlos.

«El abajo firmado, alcalde de la villa de Pancorbo...»

—*Pancorbo*,—murmuró el secretario.

«Tiene la satisfaccion...»

—¡Satisfaccion!—interrumpió el alcalde, abriendo los ojos desmesuradamente.

—Sí, hombre.

—¿Pero no teme usted que si le digo que tengo una satisfaccion en contarle lo que hoy ha sucedido, me mande llevar á Búrgos y me haga dar cincuenta ó cien palos?

—No... eso de la satisfaccion se pone siempre.

—Bueno,—murmuró el alcalde, no muy convencido.

«Tiene la satisfaccion de participar á vucencia,—continuó Merino,—que en el dia de ayer pernoctó en este pueblo un jefe de estado mayor, que viajaba en una

silla de postas, escoltada por seis húsares á caballo. Habiendo salido de Pancorbo á las seis de la mañana para continuar su marcha, ha sido sorprendido á media legua de aquí por el ejército español de Castilla la Vieja...»

—¡Ejército!—preguntó con admiracion el alcalde.

—¡Ejército!—dijeron todos los circunstantes.

—Sí, señor, ejército,—dijo Merino, recalcando la palabra.—Ponga usted, secretario: «...por el ejército español de Castilla la Vieja, á las órdenes del cura de Villoviado, don Jerónimo Merino. El resultado del combate ha sido morir el jefe y uno de los húsares, caer otros dos heridos y uno prisionero, y tomar los dos restantes las de Villadiego, pudiendo salvarse gracias á la velocidad de sus caballos. El equipaje del jefe de estado mayor, así como las armas y monturas de los cinco húsares, han caido en poder de las tropas españolas. El húsar prisionero está en este pueblo á la disposicion de vucencia, así como los dos heridos, uno de los cuales me parece que la entregará pronto; pero no se apure vucencia, que aquí le enterraremos y todo cuento. Terminada la batalla, el cura Merino ha entrado en Pancorbo con todo su ejército, pidiéndome raciones y saliendo á las pocas horas en direccion á la sierra. Dios guarde á vucencia muchos años... etc.»

El secretario escribió este extravagante parte, y el alcalde lo firmó, no sin alguna repugnancia.

—¿Conque me deja usted los heridos?—preguntó á Merino despues de firmar.

—¿Qué quiere usted que haga de ellos?

—¿Y el prisionero?

—Tambien.

—¡Qué compromiso!

—Usted cede á fuerza mayor, y no le pueden decir una palabra.

—Es verdad; estos señores serán testigos...

—Es claro.

Los circunstantes hicieron una señal de asentimiento.

—Ahora necesito, —añadió don Jerónimo, —que disponga usted que se dé de comer á mi gente.

—Está muy bien.

—Y pienso para todos los caballos.

—Que los lleven á mi casa, —dijo el posadero, que estaba presente, como regidor que era;—y que se queden allí tambien los muchachos, que no les faltarán un par de gallinas y alguna otra cosa para matar el hambre.

A una seña del alcalde, salió el alguacil para cumplimentar esta orden.

—Usted comerá conmigo, —dijo el párroco á don Jerónimo.

—Con mucho gusto, —repuso el guerrillero, que añadió dirigiéndose al alcalde:

—¿Hay aquí pregonero?

—Sí, señor.

—Pues al momento va á echar un pregon de orden del comandante general de Castilla la Vieja, mandando entregar, en el término de media hora, todas las armas que tengan los vecinos de Pancorbo.

—Está muy bien.

—No es eso todo.

—¿Hay más?

—Sí: mandará también que los mozos que quieran alistarse en el ejército español, se me presenten inmediatamente.

—¡Don Jerónimo!

—¿Qué?

—Usted me compromete,—dijo el alcalde, que á pesar del frío que hacia sudaba la gota gorda.

—Obedezca usted y calle.

—Obedeceré.

—Además...

—¿Todavía?

—Todavía.

—Sea por Dios.

—Anunciará que en las casas consistoriales se ha abierto una suscripción para atender al sostenimiento del ejército nacional.

—¿Usted quiere que me fusilen!—exclamó desesperado el alcalde.

—Lo que yo soy capaz, es de fusilarle á usted si me replica mucho.

—Lo creo,—contestó el otro profundamente convencido.—¿Y cuándo se ha de echar ese pregon?

—Ahora mismo.

—Voy á dar la orden.

Y el alcalde salió de la sala más muerto que vivo.

—Es buen hombre y buen patriota, pero más cobarde que una liebre,—dijo Merino al verle salir.

—Cierto,—contestaron riendo los presentes.

—Me parece,—dijo el posadero,—que nosotros no

necesitamos oír el pregón para empezar á apuntar aquí lo que cada uno se compromete á dar á don Jerónimo para que mantenga su ejército.

—Es verdad, que apunte el secretario,—dijo el párroco.

El secretario tomó otro pliego de papel y empuñó la pluma.

—Empiece el señor cura,—exclamaron varios.

—Yo daré cuarenta duros,—dijo el párroco,—que es todo lo que tengo en mi casa.

—Muy bien,—gritaron entusiasmados los oyentes.

—Yo dos onzas,—añadió el maestro de postas, que asistía también á aquella reunión de notables;—y además, para la caballería los cuatro caballos que tiraban hoy del carruaje en que iba el francés.

—Tres serán si acaso,—contestó Merino,—porque el otro ha quedado muerto en la carretera.

—Los tres entonces.

—Corriente.

—Y tú, ¿qué das?—preguntaron varios al posadero, que estaba pensativo.

—Diez onzas,—dijo este sin levantar la vista del suelo.

—En algo se han de conocer los ricos,—exclamó un regidor.

—Doy más todavía,—añadió el posadero, como si para hablar tuviera que hacerse alguna violencia.

—¿Qué?...

—El mayor de mis hijos...—exclamó el hombre, poniéndose en pie con energía.

Todos ahogaron un grito de entusiasmo.

Merino se arrojó en brazos del posadero.

Aquellos hombres toscos sintieron que las lágrimas acudían á sus ojos.

El padre que hacia tal sacrificio, se limpió una con el revés de la mano.

—¿Y qué le pondremos al alcalde?—preguntó uno.

—Aguardad á que venga,—dijo Merino.

—Ese está rico.

—Ya se le pueden poner cien duros.

—Poned cien onzas (1),—dijo apareciendo el alcalde, que habia oido las últimas palabras.

Todos fueron suscribiéndose por cantidades más ó ménos considerables; pero siempre mayores de lo que podia esperarse de sus respectivas fortunas.

Entre tanto, el pregonero, seguido de su indispensable cortejo de chiquillos, iba tocando su corneta y publicando las órdenes del cura Merino.

Este, al oir el primer pregon, se dió una palmada en la frente y dijo:

—¡Señor alcalde!

—¿Qué?

—Si quiere usted puede poner una postdata al general francés, diciéndole que tambien me he llevado la trompeta del pregonero.

---

(1) En las suscripciones patrióticas que se hicieron para sostener la partida del cura Merino, cuyas listas aún se conservan, figuran muchos labradores por cantidades de *mil y dos mil duros*.

—¿Si?

—Precisamente nos hacia falta, y aunque entre los míos no hay quien la toque, ya encontraremos quien sepa tocarla.

El efecto del pregon fué magnífico.

Cinco jóvenes de Pancorbo corrieron á alistarse en la partida, y con el hijo del posadero, que ya habia acudido llamado por su padre, el cual lo presentó á don Jerónimo, eran un refuerzo de seis hombres.

Armas habia pocas, porque los franceses habian mandado entregarlas á todos los españoles bajo pena de la vida.

Pero aun así pudieron encontrarse dos escopetas, no muy buenas, un sable bastante malo y dos pares de pistolas en mediano uso.

La suscripcion patriótica dió un resultado relativamente brillante.

Hubo vieja, que no teniendo dinero, llevó para que se vendiera una cuchara de plata que habia heredado de sus abuelos, ó el anillo de boda que en dias más felices recibió ante el altar de manos del que fué su esposo y ya descansaba en la tumba.

En total se reunieron unos sesenta mil reales, que los más pudientes cambiaron en onzas de oro, para que el cura los llevara con facilidad en su maleta.

El dia se pasó alegremente.

Merino comió con su compañero el párroco, y después de comer recibió á Juan, á quien habia mandado llamar.

—Juan,—le dijo.

—Mande usted.

—Ya ves que nuestro regimiento prospera.

—Sí, señor.

—Ahora quiero empezar á organizarlo, y cuento contigo.

—Muchas gracias.

—En nombre del rey, te nombro capitán de caballería.

—¿Yo capitán?

—Sí, no sé si podré darte la paga...

—No la quiero.

—Pero puedes ponerte las charreteras en cuanto las tengas.

—Juan no veía de satisfacción.

—Tu hermano Tomás será sargento.

—Muchas gracias,—contestó Juan.

—Ahora, dime: ¿cuántas armas tenemos, sin contar las mías?

—Nuestras tres escopetas, dos más que han traído los vecinos, dos pares de pistolas, un sable y las que hemos cogido á los franceses.

—Que son cuatro carabinas, cinco sables y cinco pares de pistolas,—añadió Merino.

—Sí, señor.

—Total...

—Nueve armas de fuego largas, siete pares de pistolas y seis sables.

—Eso es.

—Caballos, ocho.

—No señor, nueve.

—Sin contar el mio.

—Es que el hijo del posadero ha traído el suyo.

—Me alegro.

—Los vecinos, además, han provisto de monturas á los tres de la silla de posta, que no tenían más que sus atalajes.

—Todo sale á pedir de boca. Hombres, sois tambien nueve.

—Sí, señor.

—De modo que todos estais montados.

—Todos.

—Cuando digo que á las mil maravillas...

—No puede irnos mejor.

—Ea... pues anda á reunir á la gente, que antes de media hora quiero estar en marcha.

—Voy al momento,—dijo Juan, que saludó y salió con presteza.

A los pocos minutos se presentó el pregonero, que venia con el alcalde.

—Señor don Jerónimo, aquí le traigo á usted al pregonero para que le entregue su trompeta.

—¡Ah! sí,—dijo Merino, que ya no se acordaba de aquel instrumento.—Díme, muchacho, ¿no podrias en un rato dar alguna leccion á cualquiera de los míos?

—¿Para qué?

—Para que tocara la trompeta.

—Le seria muy difícil coger la embocadura.

—¡Pues estamos frescos!

—¿Sabe usted lo que pienso?

—¡Piensas tú algo!

—Sí, señor.

—¿Qué piensas?

—Que ya que se lleva usted la trompeta, podía llevarme también á mí.

—¿Quieres venir?

—Ya lo creo.

—El caso es que por ahora no tengo caballo que darte.

—Todo puede arreglarse,—dijo entonces el alcalde.

—¿Cómo?

—Poniendo yo otra postdata al general francés para decirle que también se me ha llevado usted un caballo.

—Muy bien,—dijo Merino, estrechando la mano al honrado patriota.

—Vamos, chico,—exclamó el alcalde, dirigiéndose al pregonero,—ven á mi casa y escoge el caballo que más te guste.

—Y en seguida toca llamada,—añadió don Jerónimo.

A la media hora Juan estaba en la plaza de Pancorbo al frente de ocho hombres, montados y bien armados.

Todos llevaban escopetas, pistolas, y la mayor parte sables de caballería.

Juan tenía el suyo desenvainado, y se complacía en hacerlo brillar al sol.

A los pocos momentos se presentó el cura Merino. Detrás de él iba el *Feo*, también á caballo.

A la voz de Juan, todos los que tenían sables los desenvainaron.

El pregonero tocó un punto de atención.

En seguida el ejército de Castilla la Vieja salió del pueblo entre las aclamaciones de la multitud.

Todos iban contentísimos.

Pero más que todos, Juan y el cura Merino.

Este, porque veía que era posible hacer la guerra á los franceses.

Aquel, porque empezaba á abrigar la esperanza de realizar sus sueños de gloria militar.

---

## Capítulo X

**De cuya lectura no puede prescindir el que quiera enterarse de los capítulos siguientes**

Con la celeridad del rayo corrieron por toda la provincia de Búrgos, y aun por las limitrofes, noticias de la victoria que habia alcanzado el cura Merino.

Como es natural, los hechos se abultaban extraordinariamente al correr de boca en boca, y hubo patriota que creyó de buena fe que el poder de los franceses en España habia sufrido un gran descalabro.

Estas exageraciones no eran perjudiciales para la causa nacional; antes al contrario, la favorecian mucho, porque el patriotismo se exaltaba y de todas partes llovian donativos.

— Merino habia escrito á la mayor parte de los curas de las cercanías, excitando su celo por la buena causa, para que animasen á la juventud á levantarse en armas y unirse á su partida.

Sabiendo la influencia que siempre ha tenido el clero en los pueblos, influencia mucho mayor aún en aquella época, no es de extrañar que las exortaciones de los curas produjeran grandes resultados, y que don Jerónimo recibiera en las filas de su ejército bastantes voluntarios (1).

De estos, unos se presentaban armados y otros sin armas.

Algunos llevaban caballo.

Otros no podían ofrecer á la patria más que su buena voluntad y el esfuerzo de su brazo, y no llevaban otra cosa.

Pero este no era gran inconveniente.

Siempre hay más gente dispuesta á hacer la guerra dando dinero ó efectos, que exponiendo la vida á las contingencias de los combates, y por lo tanto, los donativos eran más que los voluntarios.

No entraba la partida en un pueblo de donde no sacara algo.

Uno regalaba un caballo.

Otro una montura.

Este un sable que guardaba heredado de sus ascendientes.

Aquel una escopeta.

Quién municiones.

---

(1) Uno de los primeros que se alistaron en la partida del sacerdote guerrillero, fué un hijo del escribano de Lerma, jóven llamado don Ramon Santillan, que en el reinado de doña Isabel II llegó á ministro de Hacienda, senador y gobernador del Banco de España.

Quién mantas, capotes de caza ú otras ropas de abrigo.

Todo se recibía, porque todo era útil, ó por mejor decir, necesario.

Y en medio de estos donativos, habia otros aún más importantes.

Aludimos á las onzas de oro que los buenos castellanos aun tenian la costumbre, que no han perdido por completo todavía, de enterrar en alguna cueva metidas en un puchero. Muchas de estas monedas, ya condenadas por sus dueños á oscuridad perpétua, vieron la luz gracias al patriotismo, que las hizo pasar desde su encierro á la maleta del cura Merino.

Este no cabia en sí de satisfaccion.

A los pocos dias de su victoria de Pancorbó se encontraba al frente de unos treinta y cinco ó cuarenta hombres, la mayor parte de ellos bien ó mal montados, y todos con armas, que si no brillaban por su uniformidad, servian para hacer daño al enemigo, que era lo que se necesitaba.

Además, el estado de su caja le permitia pagar en los pueblós todo lo que pedia.

Verdad es que casi nunca querian cobrarle, lo cual era para él una gran ventaja; pero al ménos tenia la satisfaccion de poder ofrecer el importe de lo que tomaba, cosa muy conveniente para que las poblaciones pequeñas y miserables no se cansen de las partidas que operan en sus inmediaciones.

La relativa abundancia de fondos de que disponia, le permitia ser cada vez más generoso con sus espías y

confidentes, cosa que con razon miraba como de la mayor importancia.

Desde que Merino se vió al frente de tan numerosas fuerzas, comenzó á pensar en organizarlas de un modo conveniente para que pudieran acometer las empresas atrevidas con que soñaba á todas horas.

Confirmó á Juan en su empleo de capitán de caballería, dándole el mando de todos los hombres montados.

A Tomás, en su calidad de sargento, le hizo tomar y conservar las filiaciones de los ginetes, formar estados del armamento, vestuario, caballos y monturas, de modo que se pudiera exigir á cada cual la responsabilidad de los objetos que perdiera ó inutilizara sin causa justificada.

En cuanto á los hombres desmontados, que no eran más que siete ú ocho, y constituian una especie de infantería provisional, puesto que iban ingresando en el escuadrón á medida que se recibian caballos, los puso á las órdenes de un sargento, para cuyo empleo nombró al que le pareció más listo de todos ellos.

Debemos advertir que todos los que le conocieron convienen en que Merino tenia un instinto especial para conocer á los hombres, y casi nunca se equivocó acerca de las aptitudes de los que elegia para un cargo ó una comision cualquiera.

Señaló á sus soldados la paga de un real diario, además de la racion correspondiente y del equipo y vestuario, que se obligó á suministrarles.

Los sargentos tenian dos reales.

Y el capitán treinta duros al mes y racion para

su caballo; pero estaba obligado á mantenerse por su cuenta.

A los tenientes, que por entonces no tenia ninguno, pero que comprendió tendria necesidad de nombrar pronto, señaló veinte duros mensuales.

Se entiende que todas estas pagas se darian mientras hubiera dinero; pero si este llegaba á faltar, el cura no quedaba en deuda con nadie.

Dictó un reglamento, que venia á ser una especie de ordenanza muy severa, pero cuya severidad justificaba lo especial de las circunstancias, y la necesidad que tenia de admitir en su guerrilla toda clase de gente.

El decia que el que no quisiera someterse á sus condiciones, se quedara en su casa ó fuera á pelear por su cuenta y riesgo; pero una vez admitido en la partida no era cosa de que porque hubiera génios díscolos ú hombres de malos instintos, se echara á perder una empresa que tan bien habia comenzado, y la causa de la nacion se privara de los servicios que tenia derecho á esperar de los que habian tomado las armas.

Prohibió severamente las blasfemias.

Mandó dar veinte palos al que se encontrara borracho, y si era cabo, sargento ú oficial, debia volver además á la clase de soldado. Los que reincidieran, en lugar de veinte palos recibirian treinta, quedando además incapacitados para ascender en ningun tiempo. Y á la tercera vez, serian expulsados de la partida despues de sufrir cincuenta palos.

En este punto era inflexible.

Decía que á un borracho no se le puede confiar ninguna comisión, ni ponerle de centinela, ni emplearle en nada cuyo éxito no comprometa gravemente con su vicio.

Impuso pena de la vida al soldado que robase la cosa más pequeña en los pueblos donde fueran recibidos y casas en que se alojáran.

Al que dejase de pagar algo de lo que comprara, á ménos que el vendedor quisiera regalárselo, le condenó á pagar tres veces el objeto de la cosa comprada.

Impuso las más severas penas á los jugadores, llegando á mandar que aquel en cuyo poder se encontrase una baraja fuera pasado por las armas.

Estableció la más estrecha disciplina, mandando que en todos los grados el inferior obedeciera al superior, sin replicar nunca, aunque creyera que le mandaba un disparate.

Al los desertores mandó que se castigase con pena de la vida; y consideró como desercion la falta de asistencia á tres listas seguidas, sin motivo que la justificara.

La misma pena debia imponerse al que estando de servicio abandonará su puesto sin orden de sus jefes, aunque se viera atacado por el enemigo, en cualquier número que fuese, ó al que por descuido dejara sorprender una posición y fuera causa de una derrota.

El que en accion de guerra fuera el primero en volver la espalda, ó diera voces de: «*¡Qué nos cortan! ¡Sálvese quien pueda! ¡Estamos perdidos!*» ú otras semejantes, debia ser muerto en el acto por el que estu-

viera á su lado, para su castigo y ejemplo de los demás. Otras muchas disposiciones contenia el código militar del cura Merino, que hemos tenido ocasion de ver, y que se referian á diferentes detalles de organizacion y de buen servicio, ménos importantes.

Las faltas menores debian ser castigadas por los jefes con penas arbitrarias arregladas á la gravedad del caso y á las circunstancias del que hubiera incurrido en ellas.

Merino consideraba como delito de traicion á la patria, el amotinarse pidiendo pagas ó raciones que no hubieran podido darse por carecer de medios, ó por atender á otras necesidades del servicio consideradas como preferentes.

Por último, mandó que al admitir un voluntario en la partida se le leyera aquel reglamento, y se le preguntara si lo aceptaba, exigiéndole juramento de fidelidad, y que al pié de todas las filiaciones, que debian ir firmadas por el capitán, se pusiera esta fórmula: «Se le leyeron las leyes penales, y se conformó con ellas.»

Una de las cosas de que con más interés empezó á cuidar Merino, era la instruccion de su tropa.

No todos sus hombres eran buenos ginetes, ni los caballos demasiado maestros, y él se empeñó en que todos llegaran á serlo, comprendiendo que lo primero que se necesita para pelear montado, es saber montar y estar muy seguro del caballo.

Como era muy inteligente en equitacion y en la doma de caballos, estableció una escuela práctica, en

la que Juan y Tomás, que eran excelentes ginetes, le ayudaron mucho. La partida pasaba muchas horas haciendo ejercicio, con lo cual consiguió que sus soldados adquirieran una gran firmeza á caballo.

No descuidaba tampoco el manejo de las armas, especialmente las de fuego, y como él en esto era sobresaliente, sin gran trabajo consiguió hacer de los suyos buenos tiradores.

Constantemente les hacia tirar al blanco, unas veces á pié y otras á caballo, y gracias á este sistema consiguió que los caballos se fogueáran y no se espantaran de los tiros.

En cuanto á táctica, bien hubiera querido enseñar alguna, pero tocaba el inconveniente de no saber una palabra, y de que sus subalternos estaban tan adelantados como él en este particular.

Por consiguiente, se contentó con inventar un órden de combate bastante primitivo, que consistia en tirotearse con el enemigo en una especie de guerrilla, que podia avanzar ó retirarse haciendo fuego, segun lo exigieran las circunstancias, y cuando se viera que el enemigo se desordenaba, flaqueaba ó cedia, por haber sufrido muchas bajas ú otra razon cualquiera, arrojarle sobre él y acuchillarle cada cual como Dios le diera á entender.

Esto se habia ensayado diferentes veces en los ejercicios, y los guerrilleros lo iban haciendo con bastante habilidad.

Don Jerónimo, por otra parte, se proponia no empeñar ningun combate, sino en condiciones ventajosas

para su partida, pues conocia la importancia de que los primeros choques fueran victoriosos para que sus hombres adquirieran cierta fuerza moral, indispensable para soportar los revéses que podia reservarle la fortuna.

Al efecto, queria evitar batirse con la infantería, y aun con la caballería ligera de los franceses, que podian ponerle en un conflicto, á ménos que las encontrara en número muy inferior al de los suyos; pero estaba resuelto á aprovechar la primera ocasión que se le presentara de atacar algun escuadrón de coraceros ó dragones, que como más pesados en sus movimientos, le parecian más fáciles de vencer, sobre todo contando con la escabrosidad del terreno.

Entre tanto, cuando el general conde de Dorsenne tuvo noticia de lo ocurrido en Pancorbo, rugió de ira.

Inmediatamente dió orden para que todas las guarniciones francesas de la provincia se pusieran en persecucion de la nueva partida de guerrilleros, á los que llamaba bandidos (*brigants*); segun costumbre de sus compañeros; y con las tropas de que podia disponer en Búrgos formó tres pequeñas columnas, destinadas á recorrer las sierras en todas direcciones y á apoderarse á toda costa de los insurrectos.

Al mismo tiempo, ordenó á los jefes de los destacamentos de poca fuerza que se replegaran hácia las grandes guarniciones, para evitar el peligro de que fueran sorprendidos, y conminó con las penas más terribles á los pueblos que albergasen á los rebeldes ó les facilitaran recursos, y á los alcaldes que no dieran cuenta de todos

sus movimientos, como ya anteriormente y por regla general se les tenía encargado.

Publicó un bando, diciendo que no reconocía más tropas españolas que las que defendían las banderas del rey José, y que, por consiguiente, todo el que sin pertenecer á ellas fuera encontrado con armas sería considerado bandido, y como tal ahorcado.

Estas medidas eran más enérgicas que temibles.

En Búrgos no había una gran guarnición, y en todo el distrito militar, sólo en Aranda de Duero se encontraban fuerzas capaces de imponer algún respeto.

Las columnas, por consiguiente, fueron poco numerosas, y conducidas por guías que no tenían muy buena voluntad, no hicieron cosa de provecho.

Las grandes masas del ejército francés se hallaban ocupadas en pelear contra los ingleses en Portugal y en Galicia, donde tenían no poco que hacer.

Merino recibió noticias de lo que pasaba, hallándose en los pinares de Ontoria ocupado en organizar é instruir su partida.

No se sobrecogió el valeroso patriota por aquellos sucesos que esperaba; pero se preparó á hacer frente á los acontecimientos de un modo digno de su carácter.

Reunió á los suyos, y les enteró de lo que ocurría; les leyó una copia que le habían enviado del bando publicado por el conde de Dorsenne, y aquellas bárbaras disposiciones, en vez de acobardar, irritaron á los que eran objeto de ellas.

—Muchachos, —dijo don Jerónimo, —no hay que tener miedo.

—No, señor,—gritaron todos.

—Yo cuento con vosotros para hacer ver á este gabachó quién es el cura Merino.

—Y todos!

—Y quién somos todos.

El cura se quedó un momento pensativo.

—¡Juan!—dijo al cabo de algunos minutos.

—Mande usted.

—Ocho ordenanzas á caballo inmediatamente.

—Está muy bien.

—Cada cual va á ir en una direccion distinta, llevando un pliego para el alcalde de cada uno de los pueblos inmediatos.

Y en seguida, quitándose el sombrero, que le era su archivo, sacó de él el pañuelo y dos cuadernillos de papel que llevaba debajo muy doblados.

—Tomás,—dijo al menor de los dos hermanos,—siéntate, y escribe el bando que voy á dictarte.

El jóven obedeció, sentándose en una piedra y disponiéndose á escribir sobre la copa del sombrero del cura, que este le dió al efecto.

Un moceton fornido y vigoroso que llevaba un gran sable de caballería y dos pistolas en la cintura, le tenía el tintero.

Todos escuchaban con impaciente curiosidad.

El cura se paseaba de un lado á otro, como reuniendo sus ideas.

Por fin comenzó á dictar en estos términos:  
«Don Jerónimo Merino, comandante general de Castilla la Vieja,

«Ordeno y mando:»

Art. 1.º «Todos los españoles son declarados soldados de la patria, y están en el caso de combatir á los franceses por cuantos medios encuentren á mano.»

Art. 2.º «Por cada español que asesinen los franceses, sea cualquiera la causa porque lo hagan, las tropas españolas fusilaran tres de los prisioneros que tengan hechos ó consigan hacer en lo sucesivo.»

Art. 3.º «El general conde de Dorsenne será pasado por las armas inmediatamente que caiga en poder de alguna de las fuerzas de mi mando, sin más que identificar su persona, y aunque su bando dado contra las tropas españolas no haya empezado á cumplirse por parte de los franceses.»

Art. 4.º «En la misma pena incurrirán todos los generales ó jefes de columnas francesas por cuya orden hubiera sido fusilado algún español.»

Art. 5.º «Los alcaldes que negaren auxilios á las fuerzas de mi mando, ó á cualesquiera otras de las que defienden la causa nacional, serán pasados por las armas.»

Art. 6.º «Todas las autoridades municipales ó judiciales de la provincia me darán cuenta diariamente de los movimientos de los franceses, número y fuerza de sus columnas y direccion que lleven; bajo pena de la vida.»

«Cuartel general de Ontoria á 24 de Enero de 1809.

JERÓNIMO MERINO.»

Toda la partida prorumpió en un aplauso cuando su jefe acabó de dictar este terrible bando.

—Ahora,—dijo Merino á Tomás,—pon una circular á los alcaldes de los pueblos.

—Díctele usted.

«Señor alcalde de...: Hará usted publicar inmediatamente el adjunto bando, y sin pérdida de tiempo lo comunicará á las autoridades de los pueblos inmediatos, para que lo publiquen en ellos y se atengan todos á lo mandado. Al mismo tiempo, sacará una copia de dicho bando y de esta circular, remitiendo ambos documentos al comandante general del ejército francés de Búrgos, para que no ignore las providencias que he tomado. Dios guarde á usted, etc.»

—Ya está,—dijo Tomás, acabando de escribir.

—Saca seis ú ocho copias de cada una de esas cosas, y ponlas bajo sobre para los alcaldes de los pueblos más cercanos.

Tomás obedeció la orden.

—Ven acá, Juan,—dijo Merino al capitán de su caballería, mientras Tomás copiaba los documentos.

—¿Qué tiene usted que mandarme?

El cura se cogió del brazo del muchacho, y ambos se alejaron para que no se pudiera oír lo que hablaban.

—Esta noche tengo que separarme de vosotros.

—Está muy bien.

—Necesito adquirir algunas noticias y enviar á Búrgos una persona de confianza, que me tenga al corriente de lo que sucede.

—Me parece que será lo mejor.

—Pero mañana al amanecer estaré al frente de la fuerza.

—Cuando usted quiera.

—Entre tanto, te encargo el mayor cuidado.

—Lo tendré.

—Podeis acampar aquí mismo; vigila mucho los centinelas, y no te acuestes sin haber rondado bien por las inmediaciones y sin tener la seguridad de que no hay ningun peligro.

—Descuide usted.

—Si á pesar de todo fuérais atacados...

—Cumpliremos con nuestro deber.

—Pero si os viérais vencidos, te retiras hácia las sierras de Soria, que allá iria yo á reunirme con vosotros.

—No creo que haya necesidad.

—Yo tampoco, pero bueno es preverlo todo, que á Segura llevan preso, y hombre prevenido nunca fué vencido.

—Es verdad.

Tomás habia concluido de hacer las copias.

Merino tomó los pliegos, entregó uno á cada soldado de los que debian llevarlos, les dijo la direccion que debian seguir, á quién los habian de entregar, y hasta la hora á que poco más ó ménos debian estar de vuelta en el campamento.

Los muchachos montaron sin pérdida de tiempo, y un minuto despues los ocho ginetes salian al galope en diferentes direcciones.

Don Jerónimo recobró su sombrero, y llamó á su asistente.

—¿Están listos los caballos?—preguntó el cura.

—Sí, señor,—contestó el *Feo*.

—Y tú, ¿has comido?

—Ya hace rato.

—Pues pon en las alforjas nuestra cena, y echa además un celemin de cebada por lo que pueda suceder.

El *Feo*, que era hombre de muy pocas palabras, dió media vuelta y desapareció, volviendo á presentarse á los pocos minutos con su caballo y el de su amo.

Merino montó sin decir nada.

—Juan,—gritó luego de estar montado,—no olvides nada de lo que te he encargado.

—Puede usted marchar tranquilo.

Empezaba á caer la tarde, y soplabá un aire frío que cortaba.

Merino se embozó hasta los ojos, espoleó su caballo y salió al trote, tomando el camino de Barbadillo del Mercado.

Algunos soldados, al verle emprender esta dirección, se miraron sonriendo maliciosamente.

El *Feo* montó y siguió á don Jerónimo.

Tomás dijo riendo á su hermano:

—Esta noche va el cura á decir la misa del gallo

---

## Capítulo XI

### Una serrana que vale por dos serranos

La jornada que tenía que andar Merino era larga; pero su caballo marchaba bien, y el cura estaba acostumbrado á cabalgar muchas horas sin que la fatiga le rindiera.

En cuanto al *Heo*, no sabía lo que era estar cansado.

Y los dos caballos eran fuertes y ágiles, así es que unos ratos al trote y otros al paso castellano, cuando llegó la noche ya nuestros ginetes estaban muy lejos de su punto de partida.

Verdad es, que como don Jerónimo era tan conocedor del terreno, aprovechaba todos los atajos, y atravesando barrancos, salvando precipicios y marchando con una seguridad admirable por en medio de los pinares que forman un verdadero laberinto, en poco más de tres

horas anduvo las cuatro leguas largas que hay de Ontoria á Barbadillo del Mercado.

Las ocho y media de la noche serian, cuando don Jerónimo y su asistente llegaron á este pueblo.

A esa hora ya nadie transitaba por las calles, porque como no estaban alumbradas y el empedrado era desigual y malo, el que se hubiera arriesgado en ellas corría gran peligro de romperse la cabeza.

Por otra parte, hacia ya tres horas y media que habia anochecido, y por lo tanto la mayor parte de los vecinos, que eran todos labradores, debian estar durmiendo, para poder madrugar y entregarse á sus tareas campestres.

Si la luz del dia ó la de la luna, única que por la noche alumbraba las calles de Barbadillo, hubiera permitido ver la casa á cuya puerta llamó Merino, se hubiese visto que era una de las de mejor apariencia del pueblo.

—¿Quién es?—preguntaron desde el interior sin abrir la puerta.

—Yo,—respondió don Jerónimo, sabiendo sin duda que bastaba aquella lacónica respuesta.

Así debia ser, en efecto, porque inmediatamente se oyó un gran ruido de llaves y cerrojos, y media puerta giró pesadamente sobre sus goznes.

Merino entró en el zaguan y se apeó ligeramente del caballo, entregando las riendas al *Feo*, que habia echado pié á tierra en la calle y entró en la casa llevando el suyo de la brida.

El mozo que habia abierto la puerta volvió otra

vez á cerrarla, y abrió en seguida otra que correspondía con la de la calle y daba á un corral, donde se hallaba la caballeriza.

El *Feo* debía ya conocer la casa, porque sin aguardar á que nadie le invitara, entró por ella llevando los dos caballos.

—¡Hola, don Jerónimo!—dijo una mujer que se habia presentado al lado derecho del patio, en la entrada de lo que sin duda era la cocina, á juzgar por el resplandor de las llamas que de allí salía.

—Buenas noches, Pepa,—replicó el cura en el tono más amable que él podía emplear.

La dueña de la casa, pues esta era la que habia salido á recibir á don Jerónimo, era una mujer como de treinta años, alta, bien formada á juzgar por las apariencias, blanca, con pelo y ojos negros, aquel abundante y estos expresivos, una dentadura blanquísima, frente espaciosa, mejillas ligeramente sonrosadas y nariz un poco aguileña.

En una palabra, una mujer hermosa, como lo son generalmente las burgalesas, especialmente las de los pueblos.

Una de esas mujeres que hablan más á los sentidos que al corazón, que inspiran poco ó nada desde el punto de vista del idealismo, pero que son irreprochables desde el de la estatuaría.

Pepa, como la habia llamado el cura, doña Josefa, como la llamaban sus convecinos, era viuda y rica, tenia sus pretensiones de hidalga, y habia ya dado calabazas á todos los hombres que se hallaban en estado de

merecer, no sólo en su pueblo, sino en muchos de los inmediatos.

Nunca faltan aficionados á las mujeres guapas y á las buenas fanegas de tierra, y como el que lograra casarse con doña Josefa habia de poseer ambas cosas, no hay que decir que los solteros y viudos que la conocian hacian cuanto estaba en su mano por pescar semejante ganga.

Don Jerónimo la conocia desde hacia bastante tiempo. Habia cazado mucho en los pinares de Barbadillo, y no pocas veces le ocurría ir á descansar al pueblo.

No sabemos con qué motivo habia entrado con la viuda en relaciones amistosas, y las malas lenguas murmuraban que su intimidad con ella era algo mayor de lo que permiten las leyes canónicas.

Todo es posible, porque Merino no entendia mucho de leyes canónicas ni de ninguna otra clase; pero la verdad es que estas murmuraciones sólo se fundaban en que, desde que conoció á doña Josefa, cazaba en aquellos pinares con más frecuencia que antes, descansaba en el pueblo más de lo que era de esperar atendiendo á su complexion robusta y su poca costumbre de cansarse, y siempre paraba en casa de la viuda, habiendo llegado á darse el caso de pasar allí alguna noche cuando le habia cogido un temporal demasiado fuerte.

Todos estos datos no eran suficientes para afirmar lo que algunos de los pretendientes desairados se decian al oido; pero forzoso es confesar que podian ser indicios de que no iban del todo descaminados.

Por lo demás, es sabido que muchas veces las apa-

riencias engañan, que suele suceder que los más inocentes dan lugar á sospechas, precisamente porque su inocencia no les deja precaverse contra los maliciosos; y por último, que nadie puede asegurar lo que no ve, y no era probable que ninguno de los murmuradores hubiera visto lo que suponían.

Tal vez en el curso de nuestra narracion logremos nosotros aclarar algo de este misterio.

Desde que Merino habia salido á campaña no habia visto á su amiga, sin duda por no permitirselo los cuidados que sobre él pesaban, ó tal vez porque cura y todo, no le fuera agradable presentarse delante de una buena moza despues de la ocurrencia del bombo sin haber tomado antes alguna venganza.

—¿Conque ha matado usted treinta franceses?—preguntó la viuda á Merino, á tiempo que entraban en la cocina, en cuya chimenea ardia un fuego magnífico.

—No, hija; no han sido más que dos, ó por mejor decir, tres los que han muerto en Pancorbo,—contestó don Jerónimo, sentándose cerca de la llama y acercando al hogar con verdadera delicia los piés y las manos.

—Pues aquí decían que treinta.

—Si se descuidan, dicen trescientos.

—Y un general, ¿no es verdad?

—Todo lo más era comandante.

—¡Comandante!

—¿Te parece poco?—preguntó Merino, que, como hemos dicho, tuteaba á casi todo el mundo, sin distincion de sexo ni edad.

—No, pero me habian dicho que era un general.

—Pues si de ese modo se va abultando la noticia, cuando llegue á la Junta de Sevilla van á decir que he muerto á Napoleon y á toda su casta.

—¡Ojalá!...

—¡No, si cayera en mis manos!...

—Lo malo es que no caerá.

—¿Quién sabe?...

—Pues, hija, yo he venido á verte... en primer lugar por verte.

—Muchas gracias.

—Y en segundo, porque necesito de ti.

—¿De mí?

—O por mejor decir, quien necesita de tí como de todos los españoles, es España.

—¿Quiere usted dinero?

—No es eso.

—Ya sabe usted que todo lo que hay en casa...

—Sí, sí... pero repito que no es eso.

—¿Qué es entonces?

—Tú tienes en Búrgos buenas relaciones.

—Sí, señor.

—Allí está la familia de tu marido.

—Su primo don Venancio es hombre de muy buena posicion y que siempre me ha tenido mucho cariño.

—Te he oido decir que ese don Venancio es un sujeto apreciable.

—¡Oh mucho!

—¿Y su familia?

—Excelente.

—¡Será buen patriota!

—Creo que sí.

—¿Capaz de comprometerse por la causa nacional?

—No lo sé.

—Mujer, si es un sujeto apreciable como dices...

—¡Ah! eso sí, señor.

—Yo he pensado en él.

—¿Qué quiere usted?

—Necesito entrar en relaciones con ese caballero.

—¿Quiere usted que le escriba?

—No.

—¿No?

—En estos tiempos no conviene escribir.

—¿Que no?

—Si Napoleon no hubiera escrito á sus generales, no estaria á estas horas camino de Sevilla la maleta que yo cogí en Pancorbo, y que sin duda contiene importantes secretos.

—¡Es verdad!

—¿Qué duda cabe?

—Entonces ¿quiere usted que yo hable á don Venancio?

—Has acertado.

—¿Y cuándo he de ir á Búrgos?

—Mañana mismo.

—Corriente.

Los medios de locomocion no eran entonces muy cómodos en España.

Para ir desde Barbadillo á Búrgos, habia necesidad de meterse en una galera y estar dos dias dando tumbos por aquellos caminos.

Y aun así no podía uno viajar cuando quería, porque la galera no pasaba todos los días, sino todo lo más una vez por semana.

Pero este inconveniente no lo era para doña Josefa, que era valiente y resuelta, y siempre que necesitaba hacer alguna expedición, montaba en una de las hermosas mulas que tenía, y atravesaba sin temor la sierra acompañada de un espolista.

Aquella mujer era digna de ser amiga del cura Merino, deseaba mucho complacerle, y por lo tanto ni siquiera hizo mención de las dificultades que podrían oponerse á su viaje.

Don Jerónimo siguió explicando á la hermosa castellana las cosas que debía encargár á su pariente, en el caso, bastante probable, de que éste se decidiera á ponerse al servicio de la causa nacional.

Todo lo que el cura quería era estar al corriente de cuanto ocurriese en Búrgos, cuyas noticias debía enviar don Venancio á doña Josefa, y esta las pondría en conocimiento de la partida. Al efecto quería que desde la capital á Barbadillo se establecieran tres peatones bien pagados, los cuales con la mayor celeridad llevarían las partes de uno á otro, y doña Josefa, en cuanto estuvieran en su poder, los enviaría, valiéndose del mismo sistema, á Merino, que cuidaría de enterarla diariamente del sitio en que sobre poco más ó ménos podría encontrarse su guerrilla.

Con esto y las noticias parciales que recibiera por medio de los confidentes y espías que iba teniendo en casi toda la provincia, se prometía don Jerónimo saber



Atravesaba de noche la sierra acompañada por un espolista.



todo lo que necesitaba para hacer la guerra con provecho.

Eran cerca de las diez de la noche, y una criada se ocupaba en preparar la mesa donde iban á cenar la viuda y el guerrillero, cuando de pronto se oyó en las calles inmediatas un rumor confuso de voces y pisadas, interrumpido por frecuentes aldabonazos dados en las puertas de varias casas.

Merino se puso en pié y escuchó atentamente.

Doña Josefa cambió de color, y miró con ansiedad al sacerdote.

La criada se quedó inmóvil con el mantel que tenia en la mano.

En aquel momento abrióse la puerta del corral, y el *Feo* se precipitó en la cocina, llevando en la mano su escopeta y la de su amo.

—¡Señor!

—¿Qué?

—¡Los franceses!

—¿Estás cierto?

—Por la ventana del pajar los he visto.

—¡Dios los confunda!

Merino, que aunque hubiese sabido que aquella era su última hora, ó que tenia que pelear con un ejército, no se hubiera asustado, tomó tranquilamente la escopeta que le presentaba el *Feo*.

—¿Qué va usted á hacer?—preguntó doña Josefa.

—¿Crees que me dejaré matar como un cordero?

—Creo que debe usted escaparse.

—¿Y cómo?

—Ya veremos.

—Lo que no quiero es que me cojan aquí, Pepa. Eso te comprometería, y esos bárbaros son muy capaces de fusilarte. Lo que vamos á hacer el *Feo* y yo es montar ahora mismo á caballo, salir á la calle y abrirnos paso, si podemos, á tiros y sablazos.

—Eso es un disparate, señor don Jerónimo.

—¿No ves que ahora mismo vendrá aquí algun alojado?

—Que venga. Usted se mete en mi habitacion, y en ella esconden las armas y monturas. Allí no ha de entrar el alojado; eso corre de mi cuenta.

—Y de la mia,—añadió el cura.

—Esos hombres se conoce que traen una jornada muy larga, cuando llegan tan tarde. Dentro de una hora todos estarán durmiendo y el lugar en calma. Entonces veremos cómo salen ustedes á la calle y pueden ponerse en salvo.

—Veo que eres una mujer valiente y de talento, Pepa.

—No me aturdo por poco,—contestó doña Josefa, satisfecha por el elogio del cura.

—*Feo*, entra todos los bártulos en el cuarto de doña Joséfa.

El asistente obedeció.

A poco toda la casa retumbó con un tremendo albahonazo.

—¡Vaya un modo de llamar!—exclamó el cura.

—Como si fueran los amos,—añadió el *Feo*.

—Pronto á mi cuarto,—dijo Pepa.

Merino debía saber cuál era la habitación de la viuda, porque no necesitó que nadie le guiara.

Un minuto después el *Fleo* había desaparecido en el corral, y la puerta de la calle se estremeció con un segundo aldabonazo, más fuerte que el primero.

El mozo de labor que la había abierto para que entrara Merino, la abrió nuevamente para dar paso á un capitán, que era el que llamaba.

Detrás del capitán entró un asistente cargado con una maletilla de viaje.

Doña Josefa se acercó al mozo de labor, y le dijo rápidamente al oído:

—Deja la puerta encajada, pero no la cierras.

El recién llegado saludó á la viuda con esa cortesía un poco insolente que emplean los militares con las mujeres hermosas cuando no tienen que guardarlas consideración.

Era un alemán alto y colorado, el cual mandaba una compañía de tiradores wesfalianos, que tantos servicios prestaron á los franceses en todas las guerras del primer imperio, y especialmente en la de España.

—Ponás noches, señorita.

—Muy buenas, señor oficial,—dijo Pepa en el tono más amable que pudo.

La viuda sabía hacer los honores de su casa.

Indicó al capitán cuál era la habitación que le estaba destinada, y le invitó á cenar con ella, cosa á que el otro accedió de muy buen grado.

Entraron los dos en la cocina, y la criada acabó de poner la mesa.

La alcoba donde se habia escondido Merino tenia una ventanilla que daba á la cocina, y como la habitacion estaba á oscuras y la cocina alumbrada por el vivo fuego de la chimenea, el cura, no sólo podia oir lo que hablaban la patrona y el alojado, sino verles sin temor de ser visto.

Doña Josefa se manifestaba amable, complaciente y hasta risueña.

El militar no podia disimular el gozo que le causaba tan bondadosa acogida, y en un español mezclado de francés y de aleman, decia á la viuda mil galante-rías que hacian patear en su escondite al cura Merino.

La castellana, que sabia que el otro escuchaba, procuraba hacer hablar al oficial, y por él supo don Jerónimo que las que habian llegado á Barbadillo eran tres compañías que formaban una de las pequeñas columnas que habian salido de Búrgos en persecucion suya y de su partida: que debian haber llegado al pueblo al anocheecer; pero que extraviados por un guia, que se les escapó en el camino, se habian perdido, y sólo despues de mil rodeos y de una marcha muy fatigosa, consiguieron llegar á aquella hora: que la tropa estaba rendida, y que lo que más disgustaba á los jefes era que tenian que marchar á la ventura, por caminos malisimos y senderos impracticables, atravesando bosques y desfiladeros, sin saber á punto fijo dónde se escondia ese *canalla con corona* que habia matado á los húsares en Pancorbo.

—Si no fuera por no comprometer á Pepa, ya te diria yo dónde está el cura Merino,—pensaba, volvien-

do maquinalmente los ojos al rincón en que tenía las escopetas, don Jerónimo, que echaba espumarajos de rabia cada vez que el alemán le nombraba llamándole canalla, bandido con corona ú otras lindezas por el estilo.

La viuda temblaba al oír estos insultos, temiendo que el cura no pudiera contenerse y lo echara todo á perder.

Así, procuró variar el giro de la conversacion.

El alemán entonces empezó á galantearla, y Merino, cada vez más irritado, decía para sí:

—Pues, señor, á este tendré yo que pegarle un tiro.

La viuda apenas contestaba á las galanterías del oficial, pues ni quería que se disgustara, ni se atrevía á decir nada que pudiera envalentonarle.

El alemán comía como un buitre y bebía como un tonel.

Doña Josefa no dejaba su copa vacía ni un momento, esperando que el vino le obligaría á retirarse á su habitación antes y con tiempo.

Entre tanto, el asistente del alemán, á quien los criados de la viuda se habían llevado también, hacia los honores á la cena y al vino de Castilla de un modo digno de su amo.

El soldado reía como un bárbaro y quería abrazar á las criadas, lo cual estuvo á pique de costarle que el Feo le pegara un palo, del que se hubiera acordado toda su vida.

Por fin, los acontecimientos se prepararon mejor de lo que podía esperarse.

El capitán, á medida que iba apurando botellas, se mostraba ménos hablador.

Llegó un momento en que se calló completamente.

Entornó los ojos, inclinó la cabeza sobre el pecho, y al cabo se dejó caer dormido encima de la mesa.

—¡Animal!—dijo entonces el cura Merino, que le estaba viendo.

Doña Josefa llamó á sus criados, los cuales acudieron, dejando al soldado en un estado semejante al de su amo.

Entre todos llevaron al capitán á la cama que se le habia preparado, y le acostaron en ella vestido.

Entre tanto, don Jerónimo decia sin abandonar su escondite:

—¡Si tendré yo razon para no permitir borrachos en la partida!

Mientras los alemanes dormian la mona, el cura y su asistente se prepararon á salir de la casa.

Merino ordenó al *Fleo* que envolviera en trapos los cascotes de los caballos para que no hiciesen ruido al marchar sobre las piedras: le hizo asimismo forrar de paja la vaina de su sable para que no sonara al golpear el caballo, y el amo y el criado montaron y se prepararon á emprender la marcha.

Un mozo de labor se asomó á la puerta, anduvo algunos pasos por la calle y volvió diciendo que no habia nadie.

—Pepa, ya sabes lo que te he dicho.

—Mañana iré á Búrgos.

—Pues hasta la vista.

—Dios le saque á usted con bien, don Jerónimo.

El cura y el *Feo* salieron á la calle y echaron á andar al paso, buscando la salida del pueblo.

No hacian ningun ruido.

—¡*Feo!*—dijo don Jerónimo.

—¿Qué hay?

—Es imposible que estos hombres no tengan á la salida alguna guardia avanzada.

—Puede.

—Nos acercaremos con precaucion.

—Muy bien.

—Y si algun centinela nos da la voz de «alto,» no le hacemos caso y apretamos los caballos, que el lance de esta noche más bien es de piés que de manos.

—Eso creo.

—Sobre todo, nada de tiros, que eso seria lo mismo que tocar llamada y tropa.

—Es verdad.

—Si alguno nos cierra el paso, tú llevas sable... y no te digo más.

—Le rajo, y asunto concluido.

—Eso, así no se mete bulla.

La prevision del cura no le habia engañado.

A la salida de Barbadillo habia un retablo, en el que se veia no sabemos qué imágen, delante de la cual ardia una lámpara sostenida por la piedad de los vecinos.

Delante de ella vieron pasearse un bulto envuelto en su capote, y los rayos de la luz se reflejaban de vez en cuando en la acerada hoja de una bayoneta.

Era un centinela.

Sin duda en la casa de enfrente se hallaba establecido el cuerpo de guardia.

—Ya pareció el peine,—dijo Merino en voz baja á su criado.

—Allá veremos cómo salimos,—replicó el *Fleo*.

El centinela no sintió á nuestros amigos hasta que casi los tuvo encima.

Les dijo en francés una palabra que ellos no entendieron, y se colocó en medio de la calle cruzando la bayoneta, como dispuesto á cerrarles el paso.

Merino y su asistente se detuvieron un momento.

—¡Adelante!—gritó por fin el cura, clavando su espín en el ijar de su caballo.

El noble animal dió un bote que hizo retroceder al centinela.

En aquel momento brilló un relámpago á la luz de la candileja que alumbraba el retablo.

Era el sable del *Fleo*, que este habia desenvainado.

El soldado de infantería gritó llamando á la guardia.

Pero Merino y su asistente salieron á escape atropellando al centinela.

De la casa en que se hallaba el cuerpo de guardia salieron diez ó doce disparos, cuyos proyectiles pasaron silbando junto á las cabezas de los dos españoles.

Afortunadamente la oscuridad no habia permitido apuntar á los soldados.

Otro centinela, situado en la misma entrada del pueblo, disparó tambien su fusil, y lo hizo con más tino

ó con más suerte que sus compañeros, porque la bala se llevó el gran sombrero de Merino.

El cura dejó escapar un juramento; pero él y su criado siguieron galopando.

Dos minutos despues estaban fuera del peligro, porque en medio del campo y montados en excelentes caballos, no tenian nada que temer de la persecucion de la infantería.

Cuando se encontraron á unos dos tiros de bala de Barbadillo, se detuvieron y escucharon.

En el pueblo se oia el redoble de los tambores tocando generala.

Tambien se oian algunos disparos.

—Esos bárbaros son capaces de estarse fusilando unos á otros, creyendo que hay dentro del pueblo algun ejército español.

—Lo que yo siento,—contestó el *Feo* á su amo,—es que la cuchillada que le tiré al centinela no le alcanzó.

—Otra vez será, hombre; y no te apures por eso, que yo te pondré en ocasiones de pegar cuchilladas que alcancen.

—¿Y usted se ha quedado sin cenar, señor cura?

—Sí, y ya voy teniendo apetito.

—¿Quiere usted que hagamos el chocolate?

—Ahora no: nos internaremos en los pinares, donde estamos en completa seguridad, y dentro de una hora pensaremos en eso.

El ruido que se oia en el pueblo se fué calmando poco á poco.

—Se conoce que ya están tranquilos,—dijo Merino;—pongámonos en marcha, que antes de amanecer quiero que estemos con los nuestros.

Y los dos arrearon sus caballos, á los que ya el *Fleo* había quitado los trapos que para salir de Barbadillo les puso en los cascos.

Eran cerca de las doce de la noche.

---

## Capítulo XII

**Más vale llegar á tiempo que rondar un año**

La ansiedad en que estuvo doña Josefa mientras duró la alarma que acabamos de referir, no tenía límites.

Hizo salir á todos sus criados en busca de noticias, y no respiró con tranquilidad hasta que adquirió la certeza de que Merino y su asistente habían conseguido salvarse.

El cura, entre tanto, se daba á todos los diablos por la pérdida de su sombrero, que por de pronto reemplazó con el del *Heo*, el cual se puso un pañuelo á la cabeza para resguardarse algun tanto del frio de la noche.

Ambos emprendieron otra vez la caminata, y sólo al cabo de una hora hicieron alto y se apearon de los caballos.

El *Heo* les quitó las cabezadas y les echó su pienso.

Merino se puso á hacerse el chocolate, y su asistente, á pesar de que era tragon como pocos, ni siquiera tocó á los fiambres que llevaba en las alforjas.

—¿Tú no cenas, *Feo*?—preguntó el cura.

—No, señor.

—¿Y por qué?

—He cenado en casa de doña Josefa, y no tengo gana.

—Eso es otra cosa; pero el buen soldado debe comer siempre que se le presente ocasion, por si acaso luego vienen mal dadas y en mucho tiempo no vuelve á presentársele.

—Es que la cena de allí era apetitosa...

—¿Y tú has sacado la tripa de mal año?—preguntó don Jerónimo.

—He comido bastante.

—Más vale así.

Don Jerónimo acabó de hacer su chocolate, y echándolo en el pocillo de metal que formaba parte de su cocinilla, lo tomó sin gran apetito.

Estaba preocupado.

Mientras liaba y fumaba su indispensable cigarrillo, decía al *Feo*:

—¿Pero has visto la insolencia de esa gente?

—Lo que es el asistente, empeñado en que había de abrazar á las criadas...

—¿Si?...

—Y á no ser por mí, que se lo he impedido...

—¿Conque tú?...

—Tentaciones tuve de pegarle un palo.

—Mal hecho; en esos asuntos no debe uno contentarse con la intencion.

—Es verdad.

—Aunque, por otra parte, tal vez una quimera hubiese podido comprometer á doña Josefa.

—De seguro.

—Yo tambien he tenido que reprimirme.

—Pues qué, ¿el oficial?...

—El oficial, si no se hubiera emborrachado como un tonel, creo que, á pesar de todas las consideraciones, me hubiese obligado á enviarle una bala.

—¡Lástima que no se la haya usted enviado!...

—¡Cómo ha de ser!...

—Y diga usted, mi amo, aunque usted perdone, ¿eran muchos los franceses que han entrado en Barbardillo?

—Tres compañías, pero no son franceses.

—¿No?

—Son alemanes.

—¿Y qué son alemanes?

—Hombre... alemanes... naturales de Alemania... de esos que ayudan á Napoleon.

—¡Valientes bribones!...

—Ya les haremos arrepentirse.

—¿Y no sabe usted hácia dónde va esa columna?

—En persecucion nuestra.

—De modo, que mañana tendremos que armar otra como la de los húsares.

—Eso quisiera yo.

—Pues al avío.

—Allá veremos.

Merino acabó de apurar la colilla.

El *Fleo* volvió á embridar los caballos.

Los dos montaron, y continuaron en silencio su marcha por el mismo camino que pocas horas antes habian andado.

Al amanecer del dia siguiente, los wesfalianos salieron de Barbadillo y prosiguieron su marcha en direccion á Ontoria.

Dejémosles caminar en busca de la guerrilla del cura Merino, muy ajenos de que aquella noche habian tenido entre las manos al guerrillero, y ocupémonos de cosas para nosotros más interesantes.

Doña Josefa, en cuanto los soldados extranjeros abandonaron el pueblo, mandó que preparasen la mejor mula que tenia en su casa para una expedicion.

Vistióse un traje de serrana que la sentaba á las mil maravillas, y sentada en las artolas, se dispuso á desempeñar la comision que el cura la habia encomendado.

Como en Barbadillo la viuda tenia fama de extravagante y excéntrica, no chocó á nadie verla salir montada, sin más compañía que un espolista, mozo ágil y robusto, capaz de seguir sin fatigarse la marcha veloz de la mula de paso que montaba su ama.

La jornada fué larga. Doña Josefa, por su gusto, no hubiera parado hasta llegar á Búrgos; pero en atencion al mozo que la seguia á pié y tambien al cansancio de su cabalgadura, hubo de hacer noche en una venta del camino, y al dia siguiente llegó á la capital de la provincia.

Apeóse en la casa de don Venancio Tordesillas, que era de mediano aspecto y dejaba ver desde luego que sus moradores, aunque no en la opulencia, vivían con holgura.

El dueño de la casa, su señora y sus hijos, salieron al encuentro de la recién llegada, colmándola de atenciones, en que se dejaba ver la esmerada educación de aquel caballero y de su familia.

—¡Tanto bueno por acá!—dijo la esposa de don Venancio, abrazando á Josefa.

—Eso vengo buscando,—repuso esta.

—Pero permítame, prima, que te diga,—exclamó don Venancio,—que has cometido una verdadera imprudencia. Una mujer que viaja sola en estos tiempos se expone mucho, sobre todo siendo jóven y bien parecida.

—Gracias, primo.

—Los caminos están llenos de soldados extranjeros, que no pecan de respetuosos.

—Yo no tengo miedo.

—Tampoco faltan partidas españolas, que por el hecho de hallarse en armas pueden cometer alguna tropelía...

—¡Oh! esos...

Doña Josefa iba á decir, sin duda, que ella no tenía nada que temer de los guerrilleros; pero se contuvo, porque se hallaban delante los criados y la familia de su primo, y le pareció que sería más conveniente hablar á este á solas del asunto que la llevaba á su casa.

—Entren ustedes en la sala,—dijo doña Mercedes,

que así se llamaba la esposa de don Venancio,—mientras yo hago que preparen la habitacion de Pepa y dispongo que tome algo para que pueda aguardar á la hora de comer.

—En cuanto á eso, no te incomodes.

—¿No?

—He almorzado bien esta mañana, son ya las doce, y por consiguiente puedo esperar hasta las dos sin tomar nada.

—Me parece que no harás cumplidos.

—¿Quieres callarte? Si tomara ahora algo, no comería.

—Lo que tú quieras,—dijo doña Mercedes.

Y marchó á dar sus órdenes.

Don Venancio abrió la puerta de la sala, y Pepa entró seguida de su primo y de dos preciosos niños, el mayor de unos ocho años y la menor de seis.

—Lo que siento, prima, es que no podremos darte la habitacion que sueles ocupar otras veces.

—No importa.

—Tenemos en ella un huésped.

—Ya sabes que en cualquiera parte estoy bien.

—Es un cura de Sevilla amigo mio, que llegó ayer y piensa pasar unos dias en Búrgos.

—Yo me detendré aquí muy poco.

—¡Muy poco!

—No he venido más que á comprar unas frioleras.

Don Venancio no pudo ménos de sonreirse, pensando en lo especial del carácter de las mujeres en general, y en particular de su prima, que por comprar algun

vestido, ó tal vez otra cosa ménos importante, hacia un viaje bastante molesto, en el rigor del invierno y á través de caminos que la guerra hacia peligrosos.

A los pocos minutos apareció en la sala doña Mercedes, anunciando que la habitacion de Pepa estaba preparada.

La viuda quiso lavarse y arreglarse un poco antes de comer; sus primos la llevaron al gabinetito que la habian dispuesto, y despues de asegurarse de que no faltaba nada la dejaron sola en él, entregada al cuidado de su persona, que es la ocupacion más importante de las mujeres hermosas.

Don Venancio era un caballero montado á la antigua. Digno, grave, formal é hidalgo sin afectacion, vivia modesta, pero holgadamente con el producto de sus rentas.

Habia pasado en Madrid muchos años siendo empleado, ó covachuelista como se decia entonces, y llegado á la edad madura se retiró á Búrgos, casándose con doña Mercedes, que aunque algo más jóven que él, no era ninguna niña.

En el momento en que nosotros los presentamos en escena, podrian tener el marido cincuenta y cinco años y la mujer cuarenta.

Hacia diez que estaban casados, y fruto de su matrimonio eran los dos hermosos niños que habian entrado en la sala con Pepa y con don Venancio.

El primo de doña Josefa era buen patriota.

Habia visto con dolor la marcha desatentada de Godoy en los últimos años del reinado de Carlos IV, sin

abrigar las lisonjeras esperanzas de los que confiaban en que la caída del favorito y la elevación al trono de Fernando VII, mejoraría el estado de las cosas.

Hombre imparcial y prudente, vió formarse la nube de la invasión francesa que trajeron sobre España los errores del valido y las pasiones de sus ambiciosos enemigos, y no pudiendo hacer nada para conjurar la tormenta, se habia encerrado en su rincón triste y desaminado, alejándose de todos los partidos, pues ya que no podia evitar el mal, queria por lo ménos no contribuir á él.

Cuando se verificó la invasión francesa y comenzó la guerra de la Independencia, intentó salir de su retraimiento y ponerse en relaciones con algunas personas influyentes para acudir á la defensa de su patria.

Sus gestiones no dieron por de pronto gran resultado. La ciudad de [Búrgos, ocupada desde luego por los franceses, no era muy á propósito para trabajar por la causa nacional, y don Venancio no se resolvió á abandonar á su familia que adoraba, ni sabia tampoco adónde dirigirse que pudieran ser de alguna utilidad sus servicios.

A pesar de todo, no habia desistido de prestarlos, y antes de terminar este capítulo veremos que doña Josefa, sin saberlo, habia estado verdaderamente inspirada al pensar en él, para ponerle en relaciones más ó ménos directas con el cura Merino.

La comida fué alegre.

Don Venancio y su esposa agasajaron cuanto pudieron á su prima, y el presbítero sevillano que tenian

de huésped amenizó la conversacion contando algunos chascarrillos.

Este presbítero se llamaba Peña (1), y á la legua demostraba ser hombre bondadoso, pero de cortos alcances.

Don Venancio y el sacerdote preguntaron á la viuda qué se decia en el pueblo de los guerrilleros, y la pidieron muchas noticias sobre asuntos que ella debia saber, por vivir en el corazon de las sierras que Merino habia hecho teatro de sus operaciones.

Doña Josefa, con esa malicia innata en las mujeres, que en ella se juntaba á un talento natural poco comun, respondió con cautela sin decir más que generalidades que no pudieran comprometerla, ni dejar traslucir que estaba más enterada de aquellos asuntos de lo que podia convenir á su seguridad personal, en el caso de que alguno de sus oyentes fuera partidario de los franceses, que por desgracia los habia en España, y en Búrgos como en Madrid y en todas las provincias, habia hombres que aceptaron empleos del rey José y sirvieron á los invasores, unos por necesidad, otros por mero afan de lucro y medro personal, y algunos de buena fe, porque amigos de las ideas proclamadas por la revolucion francesa, no vacilaban en recibir lo que creian la libertad política, de manos del extranjero.

Terminada la comida, el presbítero Peña se fué á dormir la siesta, doña Mercedes se dedicó á sus tareas de ama de casa, los niños salieron á paseo con una cria-

(1) Histórico.

da, y don Venancio y su prima quedaron solos de sobremesa.

—Tenemos que hablar, primo,—dijo doña Josefa á don Venancio.

—¿En secreto?—preguntó este.

—Sí.

—Pasemos á mi cuarto.

Don Venancio se levantó y guió á la viuda á su despacho.

—Sin duda se trata de un asunto grave,—dijo, tomando una silla, luego que doña Josefa se hubo sentado.

—Muy grave.

—Pues ya te escucho.

—Yo no he venido á Búrgos á comprar cintas ni trapos, como puedes haberte figurado.

—¿A qué entonces?

—¿A qué?

—Sí.

Doña Josefa vaciló un momento, y por fin dijo:

—Creo que me puedo fiar de tí. Tú eres un caballero, y cualquiera que sea la respuesta que hayas de darme, si no aceptas mis proposiciones, serás bastante hidalgo para olvidarlas.

—Pero ¿de qué se trata?

—Ya te he dicho que de un asunto muy grave.

—Veamos.

—Vengo á verte de parte del cura Merino.

—¡Del cura Merino!—dijo don Venancio, dando un salto en la silla.

—Ni más ni menos.

Doña Josefa contó entonces á su primo todo lo que nosotros ya sabemos acerca de su amistad con el cura, de la visita que le habia hecho dos dias antes, del riesgo en que estuvo de ser cogido por los franceses, y del servicio importantísimo que deseaba prestara en Búrgos una persona de confianza.

—¿Y tú has pensado en mí, prima?—preguntó don Venancio.

—Ciertamente.

—Creo que te daría un abrazo.

—¿Es decir que aceptas?

—Con mil amores.

—Tú estás aquí bien relacionado, y puedes tenerle al corriente de todo lo que suceda.

—Haré más...

—¿Sí?

—Mucho más de lo que me pide.

—¿Es posible?

—Dios, sin duda, empieza á compadecerse de esta pobre España, y te ha inspirado la idea de venir á buscarme.

—No te entiendo.

—¿Tú no sabes quién es el sacerdote que ha comido con nosotros?

—No le he visto en mi vida.

—El presbítero Peña es delegado de la Junta de Sevilla, y viene á Búrgos con el encargo de fomentar la creacion de partidas.

—Apenas puedo creerlo.

—Te enseñaré si quieres la carta que le ha dado para mí don Martin Garay, secretario de dicha junta y grande amigo mio.

—No es necesario.

—Pero desgraciadamente...

—¿Qué?

—Peña, ya lo habrás conocido, me parece hombre de muy buena intencion, de gran deseo, pero de poco entendimiento.

—Sí... eso mismo me ha parecido.

—Por fortuna, es dócil y modesto, cosa rara en los que tienen poco talento. Yo no sabia qué hacer ni qué giro dar á mis gestiones. Más de una vez he pensado en estos dias ponerme en relacion con ese Merino, que á juzgar por su modo de principiar la campaña y por las noticias que acerca de él he logrado adquirir, debe ser hombre terrible.

—Creo que no hay ninguno más á propósito para dar que hacer á los franceses.

—¡Dios lo quiera!...

—Es hombre astuto y resuelto, aunque me parece que no muy instruido.

—Desde aquí le podremos guiar de modo que sus esfuerzos sean productivos. Ahora lo importante es que yo pueda hablar con él.

—Me parece lo mejor.

—Así nos pondremos de acuerdo.

—Pero él no puede venir á Búrgos.

—Yo le buscaré al frente de su partida.

—No lo apruebo.

—¿Por qué?

—Los franceses tienen, según se dice, buena policía.

—De mí no sospecharán. Tengo entre ellos muy buenos amigos.

—Sin embargo, una imprudencia puede echarlo á perder todo.

—Dices bien.

—Si se vieran ustedes en mi casa.

—Tampoco conviene que en tu casa haya muchos entrantes ni salientes.

—Sí.

—En los pueblos todo llama la atención... Y;

—Es verdad.

—Y podríamos despertar sospechas.

Los dos permanecieron callados breve rato.

Don Venancio meditaba un plan; y doña Josefa, con los ojos fijos en él, parecía que deseaba asociar su inteligencia á la de su primo, y ayudarle á pensar.

—Ese Merino,—preguntó don Venancio al cabo de un momento,—¿no es cura de Villoviado?

—Lo era.

—Bien.

—¿Tienes alguna idea?... Y;

—Sí.

Nuevo silencio, que volvió á interrumpir don Venancio, como si meditara en alta voz.

—Villoviado está en la jurisdicción eclesiástica de la abadía de Lerma.

—¿Y qué?

—El abad mitrado de Lerma es entonces prelado de Merino; yo sé que es buen patriota, y no tendrá inconveniente en ser de los nuestros.

—En la abadía pueden ustedes reunirse.

—No, mejor será en otro sitio ménos visible. Lerma tiene guarnicion francesa, aunque pequeña, y no es cosa de meternos en una ratonera.

—Pues entonces...

—El convento de benedictinos de San Pedro de Arlanza me parece lugar muy á propósito. Está en un despoblado, á media legua de Covarrubias, y allí no hay peligro de que seamos sorprendidos.

—¿Y cuentas con que los frailes?...

—En esta guerra siempre se puede contar con ellos; y sobre todo, algo hay que arriesgar, prima.

—Dices bien.

—Lo importante es que Merino acuda allí; yo iré tambien con Peña y el abad de la colegiata de Covarrubias, que de seguro querrá ser de los nuestros.

—De avisar á Merino, yo me encargo.

—Tambien escribiré al abad de Lerma para que asista á la reunion, y malo ha de ser que allí no acordemos algo de provecho.

—¿Vas á escribir?...

—¿Qué tiene de extraño?

—Don Jerónimo es poco aficionado á papeles...

—Pero no hay otro remedio...

—Enviarle una persona.

—¿Quién inspira bastante confianza?

—Yo.

—Sí... pero...

—¿Qué?

—Para eso mejor sería que yo fuera.

—De ningun modo. Tú debes salir de Búrgos lo menos posible, para que no sospechen de tí.

—¿Pero te atreverías tú á ir á Lerma?

—Yo me atrevo á todo.

—En ese caso, me parece lo mejor.

—De las mujeres nadie sospecha.

—¿Hoy estamos á 26?

—Sí.

—Para combinarlo todo se necesitan seis ó siete dias.

—Yo iré mañana á Lerma, y en seguida, desde allí, á Barbadillo.

—¿Y avisarás á Merino?

—En seguida.

—Pues la cita para el 2 de Febrero por la noche.

—Eso es, dia de la Candelaria.

—Gran servicio vas á prestar al país, prima.

—A mí me gustan las aventuras.

—Pero es preciso que tengas mucha prudencia.

—Descuida.

Aquí terminó el diálogo de los dos primos.

Ambos estaban contentísimos.

Doña Josefa, porque veia que habia servido á Merino mucho mejor de lo que él podia esperar.

Don Venancio, porque comprendia todo el partido que podia sacar para sus planes de aquella reunion de circunstancias favorables.

Cuando Peña se levantó de su siesta, don Venancio le participó las buenas nuevas, dándole cuenta del plan que habia formado.

Todo lo aprobó el presbítero, que desde entonces se mostró aún más cortés y complaciente con la viuda.

Doña Josefa dispuso su viaje para el dia siguiente.

Mercedes queria detenerla un poco más; pero hubo de ceder ante la irrevocable resolucion de la viuda, y sobre todo ante la opinion de don Venancio, que dijo que era preciso que marchara.

A las primeras horas de la mañana montó en su mula la amiga del cura Merino, y su espolista quedó no poco admirado, cuando en lugar de emprender el camino de su pueblo, recibió orden de su ama para que guiasse con direccion á Lerma.

---

## Capítulo XIII

### Las represalias

Mientras Juan estaba cada vez más satisfecho con su empleo de capitán de caballería y se dedicaba á desempeñar las funciones de su cargo con el celo de un novicio, Merino formaba en su mente mil planes de sorpresas, emboscadas y escaramuzas, doña Josefa no daba descanso á su mula para servir de agente intermediario entre los patriotas enemigos de la dominación francesa, don Venancio y sus amigos se preparaban á secundar con el mayor celo é inteligencia los esfuerzos de los buenos españoles, y las columnas francesas se rendían infructuosamente registrando las sierras en busca de la partida del cura, que siempre, bien enterado de los movimientos del enemigo, burlaba sin dificultad todos los proyectos que contra él se formaban, tenia lugar en Villoviado una escena de muy distinta índole, que vamos á referir.

Desde que Tomás y Juan habían tomado las armas, la casa de Gil, donde antes todo era bullicio y alegría, como no podía ménos de suceder donde se encontrara el menor de los dos hermanos, se habia quedado muda y silenciosa como un desierto.

El tío Gil y su mujer apenas se hablaban, como si les faltara tiempo para pensar en sus hijos.

Por las noches se reunian junto al hogar; pero el fuego no tenia para ellos la alegría que antes.

Mariana no decia una palabra por no afligir á su marido.

Y Gil guardaba silencio por no afligir á su mujer.

Algunas veces la pobre anciana dejaba escapar un sollozo, que venia á ser como el resúmen de todos sus pensamientos.

Entonces Gil, como si aquel sollozo hubiera sido una queja, decia para contestarle:

—Han cumplido con su deber.

—Es verdad,—solia replicar Mariana, que aventuraba tímidamente esta pregunta.—Pero ¿qué será de ellos?

—Dios los sacará con bien.

María menudeaba las visitas á casa de los padres de su novio, y siempre entraba preguntando á Gil:

—¿Ha habido carta?

—No, hija mia.

Y la muchacha enjugaba una lágrima.

—No te apures, mujer: en la guerra no se hace lo que se quiere, sino lo que se puede.

Pero la muchacha no por eso se consolaba, pues pre-

cisamente lo que sentía era que los hermanos no pudiesen dar noticias suyas.

Muchas noches María y su madre iban á casa de Gil para hacerse mutuamente compañía.

Las veladas eran tristes.

Las mujeres se dedicaban á hacer hilas, que era por entonces la ocupacion principal de las españolas, ya fueran pobres lugareñas, ó damas encopetadas.

Y Gil procuraba en vano animar la conversacion, contando episodios de los sucesos que habia presenciado y procurando afectar una alegría que estaba muy lejos de tener.

Con cualquier pretexto, ó á veces sin ninguno, la conversacion recaía en los dos hermanos.

—¡Dios mio, qué frio hace!—decia cualquiera de las mujeres.

—Y aquellos chicos dormirán al aire libre,—respondia Mariana.

—No les faltará buen fuego,—replicaba Gil.

—Pero eso no puede ser sano,—añadia la jóven.

—Yo he dormido al raso muchas veces, y nunca he tenido un dolor de cabeza.

—Sí, pero ahora te duele todo el cuerpo.

—Porque tengo más años que un palmar.

—No tantos.

—Vaya... vaya no hay que afligirse. A los dos los hemos de ver sanos y salvos, hechos tal vez dos caballeros oficiales, que nos dará vergüenza mirar sus charreteras y sus bordados.

María no podia menos de sonreír á la idea de que

Tomás se presentara á ella tan brillantemente ataviado.

Esto se repetia todas ó la mayor parte de las noches.

Pero como los dias se suceden y no se parecen, llegó uno cuya velada debia empezar mucho más alegre y acabar más tristemente que de costumbre.

En Villoviado se habia tenido noticia de la derrota de los húsares en Pancorbo.

A medida que el rumor de aquel acontecimiento fué tomando cuerpo, parecia que en la casa de Gil habia jubileo.

Todos los vecinos acudian allí para saber algo.

Desgraciadamente para su curiosidad, el padre de los dos intrépidos muchachos no sabia más que todo el mundo.

El dia se pasó en la mayor angustia.

María y su madre acudieron de las primeras.

—¿Qué sabe usted?—preguntó la jóven casi desde la calle.

—Nada.

—¿Nada?

—No.

La tia Gregoria y su hija entraron á ver á Mariana, que estaba en su cuarto arrodillada delante de una imagen de la Virgen, rezando y llorando al mismo tiempo.

Las dos recién llegadas se arrodillaron y unieron sus oraciones y sus lágrimas con las de la afligida madre.

Gil se paseaba por el zaguan de su casa, sin atreverse á entrar en la habitacion de su mujer.

Adivinaba lo que sucedía en ella, y no quería exponerse á que le hicieran nuevas preguntas, á las cuales no podía dar ninguna contestacion.

Así llegó la noche.

Gil, que casi á viva fuerza habia hecho salir á las mujeres de la salita en que estaban encerradas y tomar un poco de sopa, entró con ellas en la cocina.

—Ea, ánimo, ¡caramba! Si nos ponemos así porque ha habido una victoria, ¿qué sería si supiéramos que los nuestros habian sido derrotados?

—Pero diga usted,—preguntó cándidamente María,—¿en las batallas los que ganan nò tienen muertos?

Aquella verdadera pregunta de niño puso á Gil en un gran apuro.

—Mujer... yo te diré... sí, á veces los que ganan tambien, pero... en fin, no hay motivo para afligirse.

El pobre anciano hacia esfuerzos desesperados por aparentar una serenidad que estaba muy lejos de tener.

—¿Pero de veras no sabes nada, Gil?—preguntó la anciana.

—No, y esa es buena señal.

—¿Buena señal?—dijeron á una las tres mujeres.

—Sí... las malas noticias corren mucho... y si hubiera sucedido una desgracia ya lo sabríamos.

Aunque las circunstancias tenían necesidad de creer las palabras de Gil para dar alguna calma á sus espíritus, no lograron tranquilizarse.

—Además,—añadió el anciano,—allí están los dos muchachos, y si á uno de ellos le hubiera sucedido un percance, el otro hubiera avisado.

—¿Y si los dos?...

La pobre madre no se atrevió á terminar su pregunta.

—Calla, Mariana, calla,—dijo Gil con visible emoción.

Todos quedaron en silencio.

De cuando en cuando un suspiro ó un sollozo anunciaban que aquellos cuatro bultos no eran cuatro estatuas de piedra.

Ya habia cerrado la noche, cuando un aldabonazo dado en la puerta de la calle, que el mozo de labor habia cerrado media hora antes, vino á interrumpir las tristes meditaciones de las cuatro personas.

Todos se pusieron en pié.

—¿Qué será?—dijo María.

—Veremos,—contestó Gil, dirigiéndose á la puerta, que abrió con mano temblorosa.

Apareció en el dintel un aldeano.

Llevaba en la mano un papel doblado en forma de carta.

--¿El señor Gil Mendoza?—preguntó.

—Yo soy.

—Para usted.

El aldeano entregó á Gil la carta, y desapareció inmediatamente.

Las tres mujeres se precipitaron sobre el anciano.

—Una carta.

—¿De quién es?

—Lee.

—Nuestros hijos...

—Un poco de calma,—exclamó Gil, que se hallaba muy lejos de tenerla,—un poco de calma...

—¿Quién escribe?

María, que habia tenido tiempo de mirar el sobre, dijo con desconsuelo:

—¡Es de Juan!

—¡Tomás de mi alma!...—gritó la madre.

—¡Por Dios! ¡silencio!...—decia Gil, cuyas manos apenas acertaban á abrir la carta.

Por fin, acercándose al candil, que ardia colgado de la campana de la chimenea, leyó:

«Querido padre: Estamos buenos y contentos...»

Las tres mujeres dieron un grito de alegría, sólo comparable á las angustias que antes habian sufrido.

Gil se pasó la mano por la frente para enjugarse el sudor que la inundaba.

En seguida fué á cerrar la puerta de la calle, y ya más tranquilo, volvió á la cocina, donde le esperaban las mujeres.

—¿Veis como yo decia bien, cobardonas?...—dijo el buen padre, riendo por no llorar de alegría.

—Vamos, lee.

—Sí, lea usted.

Gil tomó asiento, y empezó á leer la carta.

En ella, Juan referia todo lo que nosotros ya sabemos.

Las mujeres parecia que estaban asistiendo á los sucesos de que se iban enterando.

Unas veces se sobrecogian de terror.

Otras gritaban de alegría.

Lloraban y reían alternativamente.

Al llegar al detalle de la muerte de los húsares, la tía Gregoria exclamó:

—¡Pobrecitos!...

—Tal vez tuvieran madre,—dijo Mariana.

—Sí; pero más vale que hayan sido ellos,—añadió María, á quien, al enterarse de los peligros que habia corrido su novio, no le quedaba sensibilidad para ocuparse de los demás.

—Tienes razon, más vale...—dijo Gil sentenciosamente.

No hay que decir el efecto que produjo la lectura del párrafo en que Juan referia el incidente que puso á Tomás en tan grave peligro de que un húsar le partiera la cabeza de un sablazo.

—¡Pobre hijo mio!...

—¡Pobre Tomás!...

—¡Pobre chico!...—dijeron casi al mismo tiempo las tres mujeres.

—Ya sabia yo que Juan es todo un hombre,—repuso Gil con orgullo.

—Vuelve á leer ese pasaje,—dijo Mariana.

Gil, que no deseaba otra cosa, leyó nuevamente el párrafo, marcando bien las palabras para que sus oyentes pudieran enterarse.

—¡Os digo que Juan hará carrera!...—exclamó el padre.

Y continuó leyendo.

Las noticias del recibimiento que los vencedores habian tenido en Pancorbo y de los donativos y alista-





Y leyó casi sin ver las letras el anuncio de los empleos que el cura había conferido á los dos hermanos.

mientos que allí se habian hecho, excitaron en todos el más vivo interés y el mayor entusiasmo.

—Pues si ya son casi un ejército,—gritó Gil.— Ahora, ¿quién se atreve con ellos? Vaya, vaya, ya veo que todo se presenta perfectamente, y que hemos sido unos majaderos en pasar malos ratos. Con hombres de ese temple no puede nadie. Anda, ¡que les echen ahora francesitos!... ¡Ya vereis la cuenta que dan de ellos!

—Pero acaba de leer la carta,—dijo Mariana impaciente.

—Allá voy, allá voy,—contestó Gil, á quien el contento hacia más hablador de lo que era generalmente.

Y leyó, casi sin ver las letras, el anuncio de los empleos que el cura habia conferido á los dos hermanos.

—¡Capitan de caballería!...—exclamó.

—¡Capitan!...—dijo Mariana con asombro.

—¡Y Tomás sargento!—añadió María.

—¿No os lo he dicho yo, tontas?

—Anda, sigue.

—Ya tienes á Juan con dos charreteras. Ya eres madre de un capitan, que puede que cuando venga se acuerde de que su padre fué soldado y me mande hacerle el saludo.

—No digas simplezas, Gil.

—Es que se lo haré, mujer, se lo haré... ¡Vaya! y le llamaré mi capitan...

—¡Hijo de mi alma!...

—¡Capitan de caballería!...—repetia Gil, que no podia volver de su asombro.—¡Capitan de caballería!...

La carta estaba escrita dos días después de la acción, y Juan concluía excusándose, porque las atenciones del servicio y la vida especial que llevaban, no le habían permitido escribir antes.

Luego venía una postdata de Tomás, en que encargaba abrazos para todos, sin olvidar á María; decía que estaba muy contento con su nueva vida, y que esperaba matar muchos franceses y llegar pronto á general.

Terminada la lectura, hubo entre las cuatro personas allí reunidas una escena tiernísima de abrazos, de efusión y de mútuos plácemes.

Pasado el primer momento de satisfacción, María y su madre se pusieron á hacer hilas, como todas las noches.

Mariana, que no sabía leer y se había limitado á cubrir de besos la carta de sus hijos, pidió á Gil que volviera á leerla, cosa á que este accedió de muy buen grado.

Pero la noche era de emociones, y una del peor género esperaba á aquellas excelentes personas.

Acababan de dar las nueve en el reloj de la iglesia, y Gil repasaba por tercera vez la carta de sus hijos, como si quisiera aprenderla de memoria, cuando volvieron á llamar á la puerta.

—¿Otro?—dijo Gil al oír los golpes.

—¡Si será otra carta!...—murmuró Mariana.

—No es probable.

—Y tienen prisa,—añadió alegremente María, al ver que los que llamaban redoblaban los golpes.

—Ya van,—gritó Gil, levantándose y dirigiéndose á abrir la puerta con su carta en la mano.

Abrió, y todos quedaron mudos de estupor en vista del espectáculo que se presentó ante sus ojos.

Un individuo, á quien su baston con borlas anunciaba como comisario de la policía establecida por el gobierno del rey intruso, y seis ú ocho gendarmes franceses aparecieron en la puerta.

Oculto entre los gendarmes, estaba el único alguacil de Villoviado, que sin duda iba sirviendo á los demás de guia.

—¿Gil Mendoza?—preguntó el comisario en buen castellano, porque desgraciadamente era uno de los españoles que se hallaban al servicio de los invasores.

—Servidor de usted,—contestó con tranquilidad el viejo, que habia retrocedido hasta la puerta de la cocina seguido del comisario y de los gendarmes.

—Dése usted preso.

—¿Yo preso?...

—Creo que hablo en español.

—Ya lo veo,—contestó Gil con amargura y desprecio.

—Y pocas palabras.

—¿Y en nombre de quién se me prende?

—En nombre del rey José I.

—Yo no conozco más rey que Fernando VII,—dijo el anciano con ira, sin poder contenerse.

Los gendarmes prepararon sus tercerolas.

Las mujeres, que presenciaban aquella escena mudas de terror, lanzaron un grito.

El comisario contuvo con un gesto á los soldados.

—¿Qué papel es ese que tiene usted en la mano?— preguntó á Gil, reparando en la carta.

—¿Este?...

—Sí.

—Pues este...

—Acabemos.

—Es un papel.

—Venga.

Y el comisario adelantó la mano para apoderarse del escrito.

Gil dió un paso atrás.

Mariana, como si aquello la hubiera vuelto á la vida, se apoderó en un abrir y cerrar de ojos de una horquilla de aventar paja, que estaba en un rincon, y descargó tan fuerte horquillazo sobre el comisario, que si este no hurtara con rapidez el cuerpo, es probable que no volviera á hacer más prisiones.

—¡Canalla!—gritó la vieja al mismo tiempo que blandía su rústico instrumento.

En aquel instante María se apoderó de un salto de la carta, y rápida como el pensamiento la arrojó en mil pedazos á la chimenea.

El comisario no pudo impedirlo, y los soldados veían con cierto respeto aquel grupo, compuesto de un anciano sereno é impassible y tres mujeres tan valientes.

Mariana seguía con la horquilla en la mano, y no la dejó caer hasta que vió arder la carta.

Por defender aquel pliego de papel hubiera ella sido capaz de batirse con un ejército.

—¿No tiene usted dos hijos?—preguntó á Gil el comisario.

—Sí, señor.

—¿Dónde están?

—No lo sé.

—Pues yo sí que lo sé,—replicó el comisario, á quien irritaba la calma de aquel hombre.

—Me alegro.

—Al ménos no estarán en la casa.

—Si estuvieran en la casa, ya habrias tú muerto,—contestó Mariana fuera de sí.

—Calle usted, buena vieja,—dijo el comisario,—y agradezca á que no tengo orden de prender más que á su marido.

—Estos pillos afrancesados son los que nos pierden,—murmuró Mariana, prorumpiendo en llanto.

—¿Y de qué delito se me acusa?—preguntó Gil.

—De tener dos hijos en la faccion del cura Merino.

—Podria contestar que un padre no es responsable de lo que hagan sus hijos.

—Yo nada tengo que ver en este asunto.

—Es que yo tampoco quiero alegar esa razon.

—Al juez podrá usted decirle lo que quiera.

—Si me acusa de ser padre y buen español, ya puede sentenciarme, porque lo soy y quiero serlo.

—Registrad la casa,—dijo el comisario en francés á los gendarmes, que encendieron un velon y comenzaron á registrar las habitaciones, donde sólo se encontraron á la criada y al mozo de labor, que estaban ocupados en sus faenas, y á los cuales hicieron salir al patio.

—¿No hay nadie más?—preguntó el comisario.

—Nadie.

—Sellad las puertas,

—¿Cómo?—preguntó Gil.

—Es la orden que tengo.

—¿Pero mi mujer y mis criados?...

—La casa ha de quedar cerrada y sellada.

—¿Y dónde van á pasar la noche?

—¿Qué sé yo?

—¡Infames!—decía en voz baja María, que se habia abrazado á la pobre anciana.

—Y á mí, ¿dónde se me lleva?—volvió á preguntar Gil.

—Esta noche á la cárcel.

—¿Y mañana?

—A Búrgos.

—Vamos.

Gil abrazó á su mujer; pero esta, al ver que dos gendarmes se adelantaban para maniatar á su marido, empezó á gritar como una loca:

—¡Yo no quiero que le aten! ¡Que no, señor comisario... por la Virgen Santísima!... ¡Usted es bueno... usted tendrá padre!... ¡Pero no, pillo, bribon, tunante!...

Y la infeliz Mariana, unas veces amenazaba al comisario y otras le besaba las manos, se arrojaba á sus piés, se abrazaba á sus rodillas, y pasaba sin transición de la injuria al ruego.

María ocultaba la cabeza en el seno de su madre para no presenciar aquella escena.

Los mismos soldados estaban conmovidos y procu-

rabán cumplir con su deber sin agravar la triste situación de aquella desventurada familia.

Los criados, en el zaguan, lloraban y decían:

—¡Pobre amo!

—¡Se lo llevan!

Por fin el comisario se cansó de aquella lucha, y de un empujon rechazó con fuerza á Mariana, que dió algunos pasos y cayó sin sentido sobre el pavimento.

Gil, al ver tratada de aquel modo á su esposa, hizo un esfuerzo que casi rompió sus ligaduras, y exclamó:

—¡Cobarde!

Aquello no fué un grito.

Fué más bien un rugido.

Las mujeres acudieron á socorrer á Mariana.

La levantaron del suelo, la echaron agua en la cara y la hicieron volver en sí á los pocos minutos.

Gil, al ver que Mariana recobraba el conocimiento, dijo al comisario, queriendo ahorrar á todos el dolor de la despedida:

—Vamos.

Y salió á la calle seguido del comisario, el alguacil y dos gendarmes.

Los demás soldados se quedaron en la casa para sellar la puerta, luego que hubieran salido las personas que quedaban en ella.

Gil fué conducido á la cárcel.

Lo que habia pasado era lo siguiente:

El general conde de Dorsenne, una vez lanzado en

el camino de las represalias, no se habia contentado con el bando de que ya tenemos noticia.

La ocurrencia de Pancorbo, por más que en sí fuera insignificante, era muy significativa como síntoma, y habia producido un gran efecto moral en las tropas francesas.

Sobre todo, el saber la acogida que los vecinos del pueblo habian hecho á los insurrectos españoles y el número de voluntarios que se habian unido á la guerrilla, lo tenian todos como presagio de que en Castilla la Vieja empezaba una guerra terrible.

Ya por entonces habia en diferentes provincias muchas partidas de guerrilleros, que molestaban grandemente á las tropas del emperador.

Juan Martín Díez, llamado el *Empecinado*, natural de Castrillo del Duero, en el partido de Peñafiel, provincia de Valladolid, se habia puesto al frente de una numerosa partida de jóvenes, cavadores de viñas como él, y hacia la guerra en la Alcarria con tanta fortuna, que los franceses no se atrevian á pisar la provincia de Guadalajara sino en fuertes columnas. Rápido en sus movimientos y conocedor del país, más de una vez abandonó el teatro de sus operaciones para caer inopinadamente sobre los cuerpos franceses que marchaban descuidados por las calzadas de Aranda de Duero y de Valladolid, matando, hiriendo, haciendo prisioneros, y destrozando en alguna ocasion regimientos enteros. Don Javier Mina, jóven estudiante navarro, organizó fuerzas tan numerosas, que llegó á atacar poblaciones fortificadas, y arrojó á los franceses de Arcos, Tafalla,

Tudela y Caparroso. Hecho prisionero, recayó el mando en su tío, don Francisco Espoz y Mina, que llegó á reunir de diez á doce mil hombres, con los cuales más de una vez invadió el territorio francés y se alojó en los pueblos de la frontera, persiguiendo á las divisiones que habia derrotado. No ménos daño hacia á los invasores en la provincia de Salamanca el valeroso don Julian Sanchez, jefe de la partida de los Vaqueros, que era la predilecta del ejército inglés, al cual ayudó mucho en la batalla de Arapiles. Juan Diaz Porlier (*el Marquesito*), oficial de la Guardia Real, se hacia temer en Asturias. El capuchino fray Julian Delica, derrotó á los franceses en Toro, haciendo prisionero al general *Franceschi*. José Manso (*el Molinero*) organizó en Cataluña fuerzas respetables, que dieron muchas acciones victoriosas. Gaspar de Jáuregui (*el Archaya*) pastor de ovejas, guerreaba con bravura en Guipúzcoa. Don Juan Paralea, médico de Villaluengo, provincia de Toledo, obligó en Yuncillos á rendir las armas á un regimiento de dragones, mereciendo por su hidalgo y valeroso comportamiento que el general Belliard, gobernador militar de Madrid, dijera de él estas palabras: *Le médecin est un bon général, et un homme tres humain* (el médico es un buen general y un hombre muy humano).

Otros muchos españoles tomaban las armas y comenzaban á hacerse temer en diferentes provincias.

El conde de Dorsenne quiso por medio del terror impedir que el fuego de la insurreccion se propagase á la de su mando.

Para esto, ya que no pudo apoderarse de los autores de la sorpresa de Pancorbo, imaginó el ruin expediente de castigarlos en sus familias.

Como Merino no la tenía, dispuso que se prendiera al padre de los dos jóvenes que le habian seguido.

Encargó esta comision á un afrancesado, que desempeñaba en Búrgos las funciones de comisario de policía.

Trasladóse este á Villoviado.

Se presentó al alcalde, le manifestó la orden que iba á ejecutar, y le pidió que le acompañase á casa del padre de los dos guerrilleros.

Don Blas, que era un excelente hombre y que en el fondo de su corazon odiaba á los franceses, y mucho más á los afrancesados, se excusó como pudo y mandó al alguacil que sirviera de guia.

De lo que pasó en casa de Gil, ya estamos enterados.

Al dia siguiente el pobre anciano, atado como un facineroso, tuvo que emprender á pié el camino de Búrgos, escoltado por el comisario y los gendarmes que iban á caballo.

En cuanto á Mariana, que habia sido recogida por la que andando el tiempo habia de ser su consuegra, cayó enferma en cama, y pasó más de veinticuatro horas en un delirio espantoso.

## Capítulo XIV

### Una junta insurreccional

En la sierra de Quintanar se encontraba Merino al frente de su partida, que aumentaba diariamente en número é importancia, por la instruccion que iban teniendo los que no sin razon llamaba sus soldados, cuando recibió un propio de doña Josefa avisándole de lo que habia hecho en Búrgos, y encargándole que asistiera á la cita del convento de benedictinos de San Pedro de Arlanza.

El cura no sabia cómo expresar su satisfaccion, y sin dar cuenta á nadie de lo que ocurría, dió la orden de marcha, emprendiendo la direccion de Lerma.

En un principio pensó ir solo; pero luego se le ocurrió que seria conveniente que aquella primera junta insurreccional se verificara bajo la proteccion de la fuerza de su mando, que se acercaba ya á sesenta hombres, de los que más de cuarenta estaban montados,

aunque no tan bien armados como él hubiera querido.

Pensaba dejar emboscada su guerrilla en las inmediaciones, de modo que pudiera acudir con celeridad en caso de que ocurriera algun contratiempo.

Por otra parte, le gustaba poder presentar aquella fuerza creada por el sólo, para que demostrara con su presencia á los patriotas que iban á reunirse, lo que seria capaz de hacer cuando se viera apoyado por personas inteligentes y pudiera disponer de recursos, el que habia hecho aquello sin contar más que consigo mismo y los buenos deseos de la gente de los pueblos, cuyos esfuerzos aislados no podian dar nunca grandes resultados.

La marcha se hizo sin novedad.

El dia 1.º de Febrero por la noche pasó la partida por las inmediaciones de Salas de los Infantes, y sin penetrar en la poblacion, porque habia en ella dos compañías francesas, antes de amanecer estaba acampada en un bosque distante de Covarrubias tres cuartos de legua, y poco más de dos tiros de fusil del convento de San Pedro.

Empezaba á clarear el dia 2 cuando Merino dió á Juan sus instrucciones sobre lo que debia hacer mientras él permaneciera lejos de la partida, y pié á tierra salió del bosque y se encaminó al monasterio.

Su traje era el mismo de siempre, y ya habia logrado reemplazar el sombrero que perdió á la salida de Barbadillo por otro casi igual que le habia regalado el cura de uno de los pueblos en que descansó la partida.

Aun no se habia abierto la puerta del convento

cuando llegó á ella Merino; pero se conocia que el lego portero estaba ya levantado y además prevenido, porque el cura no tuvo que hacer más que llamar ligeramente para que se abriera en seguida.

—¿Busca usted al señor abad?—preguntó el portero.

—Sí,—dijo Merino, que en realidad no sabia á quién buscaba.

—En su celda está su reverencia.

—Pues hágase cuenta, hermano, que me ha dicho que está en la China, porque yo no conozco el convento, y mal puedo saber dónde está la celda.

—Le guiaré si quiere.

—Guie en buen hora.

El lego echó á andar por los corredores de aquel grande edificio, y don Jerónimo le siguió sin decir una palabra.

En la celda del abad se hallaba éste con otros tres hombres.

Un seglar y dos clérigos.

El seglar era don Venancio, el primo de Pepa, y uno de los clérigos el presbítero Peña, comisario ó delegado de la Junta central de Sevilla.

El otro sacerdote era el abad de la colegiata de Covarrubias, á quien don Venancio habia iniciado en el secreto de lo que se tramaba, el cual se asoció con mucho gusto á los planes de su amigo.

En la guerra de la Independencia española, se podia contar de seguro siempre con las mujeres y los curas.

Entre los hombres, el frio cálculo hizo que algunos, tal vez los más pensadores, se adhirieran al extranjero.

Pero las mujeres, que no discurren más que con el corazón, y los curas, que ante todo veían en la contienda una cuestión religiosa, no vacilaron.

A ellos se debió en primer término el éxito de la lucha.

Al aparecer Merino en la puerta de la celda, todos los que había dentro quedaron sorprendidos.

Ninguno le conocía personalmente; pero el retrato que de él les habían hecho tenía tal semejanza con la estrambótica figura del guerrillero sacerdote, que no les pudo caber la menor duda de que era el que tenían delante.

—¿Tengo el honor de hablar á don Jerónimo Merino?—preguntó don Venancio, adelantándose al encuentro del recién llegado.

—El honor es mío, señor don Venancio Tordesillas,—repuso el cura.

—¿Sabe usted mi nombre?

—Su prima de usted me lo ha dicho, y como aquí es usted, según veo, el único que no viste faldas...

—Yo soy, en efecto,—dijo don Venancio, estrechando las ásperas y nervudas manos de don Jerónimo.

Merino fué presentado á sus colegas por don Venancio, que como hombre de mundo que era, le trató con la mayor cordialidad.

Todos los sacerdotes rodearon á Merino, examinándole con justificada curiosidad y dirigiéndole mil preguntas acerca de los hombres que mandaba, de su or-

ganizacion, de los recursos de que disponia para mantenerlos, de los medios que empleaba para burlar con tanta habilidad la persecucion de los franceses, y otras mil cosas para ellos igualmente interesantes.

Don Jerónimo satisfizo lo mejor que pudo aquel aluvion de preguntas, y en sus respuestas rápidas y originales se dió á conocer en pocos minutos como hombre de ingenio vivo y de natural despejo, aunque de instruccion ménos que mediana.

—¿Usted no está autorizado por la Junta de Sevilla para hacer la guerra?—preguntó Peña á don Jerónimo.

—Yo para pelear no pido permiso más que á mi escopeta...

—Sin embargo, una autorizacion es conveniente...

—Ellos verán si deben dármela, y me la darán si quieren; pero si no me pasará sin ella.

—Más que eso pretendo yo que usted obtenga,—dijo don Venancio;—pero luego nos ocuparemos en este asunto, porque aún no estamos aquí todos los que debemos reunirnos.

—¿Falta alguno?—preguntó Peña.

—El abad de Lerma.

—Mi prelado,—interrumpió Merino;—siempre ha sido perezoso. Si yo hubiese sabido que era de la partida, no hubiera venido tan pronto.

—Parece que tiene el genio vivo, hermano,—dijo el abad de San Pedro, que era un fraile mofletudo, á quien se conocia que la regla de San Benito sentaba perfectamente.

—Soy poco aficionado á esperar,—contestó Merino.

—Y diga, hermano,—preguntó el abad de Covarubias,—¿en el combate de Pancorbo disparó su escopeta?

—Dos veces por falta de una.

—¿Y derramó sangre?

—¿Pues cree usted que yo tiro para espantar pájaros?... Yo le metí una onza de plomo en la cabeza al oficial de estado mayor que iba en la berlina, y apostaría la mano derecha á que derribé á uno de los húsares que cayeron de la primera descarga.

—Grave responsabilidad es la suya.

—¡Grave!...

—Yo creía que se limitaba á mandar la partida.

—¡Pues estábamos frescos!...

Don Venancio, Peña y el abad de San Pedro seguían con interés aquel diálogo, que tocaba ya en polémica.

—Aunque esta, por ser guerra justa, puede hacerla un sacerdote sin incurrir más que en irregularidad menor, siempre los sagrados cánones...

—Padre,—exclamó impetuosamente don Jerónimo,—aquí no hemos venido á hablar de cánones, sino de balazos, lo cual es muy distinto.

—Así es, en efecto,—añadió don Venancio.—Por lo demás, cuando se concluya la guerra, ya el amigo don Jerónimo ajustará esas cuentas con su prelado, y se purificará de todo, mediante tal vez alguna penitencia...

—Así pienso hacerla como ahora llueven pepinos,—contestó el cura.

—Dejemos ese asunto,—dijo el presbítero Peña.

—Me parece lo mejor,—añadió el abad de San Pedro.

El de Covarrubias no quedó del todo satisfecho.

Merino, que conoció en su fisonomía el disgusto con que le había oído, se acercó á él y le dijo:

—Oiga usted, señor abad: si se tratara de darme alguna mitra ó siquiera una canongía, creo que estarían muy en su lugar las cuestiones teológicas que usted ha provocado. Pero si ahora no pensamos en eso, si aquí se trata sólo de ver cómo podremos hacer más daño á los franceses, ¿hay más que hablar de fusiles, de caballos, de pólvora, de balas, de hombres y de dinero, y dejar para cuando haya ocasion la teología y los sagrados cánones?

—Así es la verdad,—dijeron todos.

El abad de Covarrubias hubo de darse por convenido y desechar sus escrúpulos, que en aquel instante eran por lo ménos inoportunos.

Al fin llegó el abad de Lerma (1).

Saludó cariñosamente, en primer lugar á Merino, de quien, como ya hemos dicho, era prelado, y luego á todos los presentes.

—¿Les he hecho esperar, amigos?—preguntó sentándose.

—Un poco,—contestó Merino con su habitual franqueza.

—No he podido venir antes.

—Sea por Dios.

---

(1) Don Benito Taberner, que murió siendo obispo de Solsona.

—Como hoy es día de la Purificación...

—Yo he sentido tener que dejar la colegiata,—dijo el de Covarrubias.

—Y la comunidad tendrá que pasarse sin mí,—añadió el de San Pedro.

—Aquí estoy yo,—dijo Merino,—que hace cerca de un mes que falto de mi curato, y no sé qué será de mis pobres ovejas.

—Ya he cuidado de darles pastor,—contestó sonriendo el abad de Lerma.

—Conque, señores, me parece que no hay que perder tiempo,—exclamó don Venancio, que temía que la conversacion se extraviara.

—Vamos al asunto,—dijo el presbítero de Sevilla.

—En pocas palabras explicaré la situación, si ustedes me lo permiten, y luego cada cual dirá lo que crea más conveniente.

—Sí, sí,—dijeron los circunstantes, preparándose á oír al primo de doña Josefa.

—Me parece inútil hablar del estado del país. Todos lo conocemos, y no hay ninguno que no quiera acudir á remediarlo. Por desgracia, el único remedio capaz de curar nuestros males es la guerra. El ejército es impotente para luchar con las tropas francesas, cien veces más numerosas que las nuestras. Los ingleses acaban de ser derrotados en Galicia, y no tendrán más remedio que embarcarse, tal vez para rehacerse al abrigo de sus compatriotas que pelean en Portugal con mejor fortuna. Pero esto no es por ahora ni siquiera una esperanza.

—Sin contar,—interrumpió Merino,—con que es

una vergüenza fiar en el auxilio de los extranjeros para echar á los franceses de nuestra tierra.

—Es cierto.

—Yo... ustedes dirán lo que quieran... pero soy tan poco amigo de la gente extraña, que no hago gran distincion entre ingleses y gabachos, pues creo que al fin y al cabo tanto mal nos han de hacer unos como otros.

—En efecto,—añadió el abad de Lerma,—el auxilio que una nacion pide á otra se paga siempre muy caro.

Todos asintieron á esta opinion, y don Venancio prosiguió en estos términos:

—Por consiguiente, España no debe contar más que con sus propios recursos. Ya muchos patriotas se han puesto en armas, y en casi todas las provincias se ha comenzado á hacer á los invasores una guerra sin tregua. Como este sistema continúe y se desarrolle más todavía, es imposible que no dé al fin el resultado que apetece los buenos españoles. Que las tropas francesas no tengan un momento de descanso; que no puedan comer ni dormir tranquilas; que se las acose por todas partes; que se las moleste sin cesar; que no sean dueñas más que del terreno que pisen, y aun este que no puedan pisarlo más que con las mayores precauciones; que sepan que en España tienen por enemigos á los hombres, á las mujeres, á los niños, al terreno en que de noche recuestan la cabeza, al agua que apague su sed, hasta al aire que respiren, y es imposible que puedan resistir mucho tiempo. El ejército más numeroso y

aguerrido del mundo acabaría por ceder aniquilado por una guerra de esta especie. Ahora bien: esta guerra sólo la pueden hacer las partidas. Así lo ha comprendido la Junta de Sevilla, y por eso ha mandado que en toda España se levanten y organicen. El señor presbítero Peña es el encargado de fomentarlas en esta provincia. Aquí ya había empezado á hacerlo por su cuenta el señor don Jerónimo. Ha comenzado un modo brillante; pero todos sus esfuerzos serian completamente estériles, ó al ménos poco fructuosos, si se quedara abandonado á sus propios recursos. Yo propongo que le ayudemos todos, que se organice en Búrgos una Junta patriótica, que se formen otras semejantes en las poblaciones de alguna importancia, y que todas estas juntas se consagren sin descanso á proporcionar á don Jerónimo hombres, armas, municiones, efectos, dinero y noticias para que pueda emplear con provecho las buenas prendas que reúne para el caso.

Todos aprobaron las palabras de don Venancio, y se mostraron conformes con su parecer.

Merino le había oído con entusiasmo, y le agradeció con toda su alma los elogios que le tributó.

—Ante todo,—dijo el abad de Lerma, que era un hombre de bastante iniciativa,—me parece que el amigo Merino debía enterarnos del estado de su partida, hombres de que se compone y medios con que cuenta.

Don Jerónimo hizo con la mayor exactitud la relación que se le pedía.

—Todo eso no es nada,—dijo el abad de San Pedro.

—Poco es,—contestó Merino,—pero no he podido hacer más.

—Y aún ha hecho usted demasiado,—le contestó Peña.

—Puede decirse que lo principal,—añadió don Venancio.—Lo que ahora falta es lo que hemos de hacer nosotros.

—Proponga usted cómo.

—En primer lugar, creo que deben formarse las juntas patrióticas.

—Aprobado.

—Para que haya el mayor número posible, debemos valernos cada uno de sus relaciones, escribir ó avisar á nuestros amigos de los pueblos que sean buenos patriotas, y encargales del asunto.

—Perfectamente.

—Cada una de estas juntas deberá ponerse en comunicacion con la de Búrgos.

—Y avisar su existencia á don Jerónimo luego que se constituyan.

—Por supuesto.

—No hay que decir,—añadió don Venancio,—que don Jerónimo queda nombrado jefe superior de todas las guerrillas que se puedan levantar en la provincia.

—Yo ya me habia dado el nombramiento,—exclamó el aludido.

—Además, en la memoria que yo escribiré á la Junta de Sevilla, y que me parece que el señor Peña debe encargarse de llevar, pediremos que se confiera definitivamente á don Jerónimo ese mando, con el empleo de

teniente coronel de ejército, que ya se ha dado á otros jefes de guerrillas.

—Tambien es necesario,—dijo Merino,—que confirmen los nombramientos que yo he hecho.

—Es verdad.

—Puede usted darme un estado en que se expresen,—contestó Peña.

—No tardaré mucho en formarlo. Hasta ahora he nombrado un capitán, y hoy pienso nombrar dos tenientes.

—No son muchos, para mandar cerca de sesenta hombres.

—Por de pronto bastan.

—Hay que pedir á la Junta,—añadió don Venancio,—que envíe uno ó dos buenos oficiales de caballería del ejército, para que puedan instruir y dar organizacion militar á la guerrilla.

—Es cosa que me hace mucha falta,—dijo Merino.

—Así como tambien algunos sargentos y cabos para formar una academia,—prosiguió diciendo don Venancio.

—Veo, amigo Tordesillas,—exclamó el cura,—que es usted hombre que lo entiende.

—¿Conque se aprueban todas estas proposiciones?

—Todas.

—Pues en cuanto volvamos á Búrgos, yo redactaré la memoria, y el señor de Peña se la llevará á Sevilla.

El presbítero pronunció despues algunas palabras felicitando á todos por su patriotismo, y al cura Merino por su decision y energía, encareciendo la necesidad

de que se empleara el mayor celo en el servicio de la patria, y ofreciendo poner en conocimiento de la Junta central lo que allí habia sucedido.

En seguida se dió la reunion por disuelta, no sin jurar antes todos los presentes guardar el mayor secreto y consagrarse en cuerpo y alma á la causa nacional.

Los abades de Lerma y Covarrubias se marcharon á sus respectivas abadías, el de San Pedro de Arlanza bajó al coro, donde aún se encontraba su comunidad, y don Venancio, Peña y Merino salieron juntos del convento, porque el último habia invitado á los dos primeros á revistar su partida.

Luego que llegaron al bosque donde se encontraba, Merino dió la órden de formar.

Ejecutáronla los guerrilleros con bastante prontitud, y á pesar de la falta de uniformidad en el vestuario y armamento, presentaban un aspecto bastante marcial.

Todos ellos eran jóvenes, vigorosos y resueltos.

Merino les dirigió la palabra, explicando en breves frases quiénes eran los que habian ido á visitarles.

Peña les arengó en seguida como delegado de la Junta central, y los muchachos respondieron á sus palabras con entusiastas gritos de

—¡Viva España!...

Luego Merino les hizo maniobrar un poco: desplegaron en guerrilla é hicieron una especie de simulacro de combate, que satisfizo mucho á los espectadores.

Terminado esto, se mandó romper filas.

Peña y don Venancio se dispusieron á volver al monasterio, donde pensaban almorzar, para emprender luego su viaje de regreso á Búrgos.

Merino les acompañó hasta la salida del bosque.

Allí se despidieron los tres afectuosamente, y don Venancio dijo al cura, estrechándole la mano:

—Me parece que usted y yo hemos de entendernos.

—Creo lo mismo,—contestó Merino.

---

## Capítulo XV

### Ciento por uno

Todo era alegría en el campamento del cura Merino.

La presencia del delegado de la Junta central y las pocas palabras que don Jerónimo dijo á Juan y á Tomás, que eran sus confidentes, acerca de lo que habia pasado en la reunion de San Pedro de Arlanza, y que no tardaron en difundirse entre sus compañeros, despertaron en todos las más lisonjeras esperanzas.

Juan, al oir que don Venancio se habia encargado de pedir á la Junta de Sevilla la confirmacion de su empleo de capitán de caballería, y que el presbítero Peña habia encontrado muy justa la pretension, por lo cual podia ya darse por conseguida, estuvo á punto de abrazar al sacerdote.

El muchacho veía realizarse en un momento todas

las ilusiones de sus primeros años, y apenas se atrevia á dar crédito á tanta fortuna.

—¿Estás satisfecho, Juan?—le dijo Merino.

—Mucho, señor cura,—contestó el jóven;—ahora sólo deseo una cosa.

—¿Qué?

—Tener ocasion de demostrar que merezco el empleo que usted va á conseguir que me dé la patria.

—Ocasiones no han de faltar, porque la guerra me parece que va larga, y no estamos más que al principio.

—Así lo creo.

—Tambien he pedido que confirmen otros dos nombramientos que pienso hacer hoy mismo.

—¿Otros?

—Sí, necesitamos dos tenientes.

—Es verdad.

—Tu hermano será uno de ellos...

—Doy á usted mil gracias.

—Y el otro creo que podrá serlo Sebastian Ruiz, el hijo del posadero de Pancorbo.

—Muy bien.

—Es un muchacho bastante listo.

—Sí, señor.

—Y parece valiente, aunque no hemos podido experimentarlo.

—Yo le tengo en buen concepto.

—Además, es preciso recompensar el sacrificio que hizo su padre alistándolo en la partida, cuando no éramos por junto más que cuatro hombres.

—Tiene usted razon.

—Conque llámales á los dos, que quiero anunciarles su ascenso, y ahora, despues de la lista, se les dará á reconocer al escuadron con su nuevo empleo.

Juan hizo acercarse á los dos jóvenes, y no hay que decir si estos recibirian con gusto la noticia de su nombramiento.

Tomás tiró al aire el sombrero, y prorumpió en vivas al cura Merino.

—Ten juicio, hombre, ten juicio,—gritaba don Jerónimo.

—Sí, señor, ya lo tengo; pero de buena gana le daba á usted un abrazo.

—Pues dámelo y calla,—dijo el cura, cuyo carácter montaraz no tenia más remedio que ceder siempre ante la franca y bulliciosa alegría de su subordinado.

La tropa se disponia á comer el rancho; pero antes se pasaba siempre lista para ver si faltaba alguno.

Cuando los guerrilleros estuvieron formados en ala, Merino se acercó á la fila seguido de Juan, Tomás y el hijo del posadero.

Mandó al corneta tocar un punto de atencion, y todos quedaron en silencio.

—En nombre del rey Fernando VII...—dijo Merino, quitándose el sombrero.

Todos los presentes se descubrieron, y el cura prosiguió en estos términos:

—Se reconocerá por tenientes de este escuadron á don Tomás Mendoza y don Sebastian Ruiz, obedecién-

doles y respetándoles en cuanto mandaren del real servicio, por ser así la voluntad de su majestad.

En toda la fila se oyó un murmullo de sorpresa.

—¡Viva el rey!—gritó inmediatamente Merino.

—¡Viva!—contestaron todos.

Y á una indicacion del sacerdote, Tomás, para tomar posesion de su cargo, mandó:

—Rompan filas.

Los guerrilleros obedecieron, y antes de acercarse á las ollas en que humeaba el rancho rodearon á los recién ascendidos para felicitarles y contemplarles más de cerca.

Algunos les miraban con envidia; pero la gran mayoría se alegraba sinceramente de que sus compañeros recibieran aquella distincion, porque aún no habia penetrado en la pequeña tropa esa ambicion que suele ser entre los hombres la manzana de la discordia. Por otra parte, las ventajas que con su ascenso recibian los agraciados no eran muy grandes, pues ni se consideraba todavía aquello como sério, ni siquiera se tenian por muy seguras las pagas prometidas á pesar de que todos cobraban religiosamente sus haberes desde que les fueron señalados, ni mucho ménos se pensaba que habia de llegar un dia en que todos los empleos dados con tan poca formalidad, fueran reconocidos por el gobierno de la nacion.

Merino dió el mismo dia otros ascensos, nombrando un sargento primero, dos segundos y cuatro cabos, y señalando á estas dos últimas clases algunas ventajas sobre los soldados.

El cura estaba aquel dia graciable y de buen humor, y su satisfaccion se reflejaba en toda la partida.

Acababa la tropa de comer el rancho, cuando se presentó uno de los centinelas avanzados, que los habia situados en diferentes puntos para seguridad del campamento, acompañando á un hombre que se habia presentado y deseaba ver al cura Merino.

El recien llegado iba con los ojos vendados, precaucion que el cura, siempre desconfiado, habia mandado tomar con los confidentes, y en general con todo el que quisiera llegar hasta él, para impedir que algun traidor fuera con cualquier pretexto á lo que llamaba su cuartel general, y se enterase de dónde estaba situado, las avenidas que iban á él, modo con que se hacia el servicio y fuerza efectiva de la guerrilla.

Una vez en presencia del sacerdote, le quitaron el pañuelo de los ojos, y Merino exclamó:

—¡Hola, Bartolo!

—Buenos dias, señor cura.

El individuo en cuestion era un labrador de Villaviado, á quien, como á todos los vecinos del pueblo, conocia Merino perfectamente.

—¿Qué te trae por aquí, hombre?

—Malas noticias.

—¿Malas?

—Sí, señor.

—¿Pues qué sucede?

—Que el señor Gil... ya sabe usted, el señor Gil Mendoza...

—Sí, el padre de Tomás y Juan.

—El mismo.

—Pues hace tres días, ó por mejor decir tres noches...

—¿Qué le ha sucedido?

—Nada, que se presentaron en Villoviado unos gendarmes con un comisario de policía...

—¿Y qué?

—Que se lo llevaron preso á Búrgos.

—¡Ira de Dios!—gritó el cura.

—Pues eso es lo que hay,—dijo el aldeano dando un paso atrás, porque la expresion de rábía del sacerdote le dió miedo.

—Pero ¿es verdad lo que me has dicho?

—Aquí el señor alcalde me ha dado estas cartas, una para usted y otra para los chicos, y por ellas podrá usted enterarse.

Don Jerónimo tomó dos pliegos cerrados que le presentaba el labriego.

Uno de ellos era para él: procedía, en efecto, del alcalde de Villoviado, y en él confirmaba las noticias que acababa de dar el aldeano.

El otro era una carta cerrada para Juan.

Merino llamó al *Feo*, que andaba por allí cerca preparando la comida, y mandó al portador de las cartas que se alejara un poco, á fin de que no le vieran Tomás y Juan cuando se acercaran á él.

—*Feo*,—dijo el sacerdote á su asistente,—di al capitán Mendoza que venga aquí con su hermano.

Mientras llegaban los dos jóvenes, Merino estaba pensativo, paseaba de un lado á otro, y si el respeto que

á todos inspiraba hubiese dejado que se le acercara alguno, le hubiera oído murmurar:

—¡Qué infamia! ¡Quieren que hagamos una guerra de represalias! Pues bien... la haremos, y caiga el que caiga. Pero es preciso tomar una determinacion. Si dan en castigar á las familias de los que se vengan conmigo, no se va á venir nadie que la tenga, y es imposible reunir un ejército de chicos de la inclusa. El golpe que dan á esos pobres muchachos me hiere á mí, y hiere á nuestra causa casi tanto como á ellos. Lo dicho; hay que hacer algo... yo ño sé qué todavía; pero ello es que hay que hacer algo.

Don Jerónimo habia guardado en el bolsillo el parte que acababa de recibir del alcalde, y tenia en la mano la carta para Juan.

Este no tardó en presentarse seguido de su hermano.

—¿Tenia usted algo que mandar?

—Sentaos,—dijo don Jerónimo, haciendo asiento de un gran pedrusco;—tenemos que hablar.

—Como usted quiera,—contestó Tomás, sentándose junto á su hermano sobre el tronco de una gruesa encina derribada.

—Hijos míos,—exclamó el cura,—no todo han de ser satisfacciones en la vida que hemos emprendido; tambien hemos de sufrir algunas contrariedades, y en la desgracia es donde se prueba el valor de los hombres.

Juan y Tomás se miraron sorprendidos, sin comprender adónde iba á parar el cura, que hablaba más pausadamente y con mayor solemnidad que de costumbre.

Don Jerónimo se quedó callado un momento.

—¿Ocurre algo?—preguntó Juan en vista de aquel silencio, comprendiendo que su jefe deseaba ser interrogado.

—Sí.

—¿Acaso el enemigo piensa atacarnos?

—Eso nada me importaría.

—Entonces,—se atrevió á decir Tomás,—¿qué es lo que sucede?

—Una desgracia.

—¿Á quién?

—En primer lugar á vosotros, y en segundo á la causa que defendemos.

Merino explicó en pocas palabras lo ocurrido.

Los dos hermanos quedaron anonadados.

Aquel golpe era tan imprevisto, que al pronto no supieron lo que les pasaba.

Pero no tardaron en reponerse, y la explosion de su ira fué terrible.

—Vámonos á Búrgos,—dijeron á la vez, poniéndose los dos en pié como si quisieran emprender la marcha inmediatamente.

—¿Á qué?—preguntó Merino con calma.

—A salvar á nuestro padre,—gritó Tomás.

—Ó á vengarle,—añadió Juan.

—No seais niños.

—Pero ¿no ve usted que está preso?—decian los dos, arrebatándose uno á otro la carta que ya les habia dado el cura, en la cual el maestro de escuela, que la escribia en nombre de la pobre Mariana,

contaba detalladamente todo lo que habia sucedido.

—Aunque yo os diera licencia para ir,—prosiguió Merino,—que no os la daré, porque en el escuadron haceis falta, y no es cosa de que lo abandoneis cuando el peligro va arreciando por momentos, ¿qué conseguiríais? Ser probablemente cogidos y fusilados.

—¿Y si le fusilan á él?—dijo Juan con energía.

—No creo que lo hagan. Esa inhumanidad sublevaria contra ellos á todo el país. ¿Qué delito ha cometido el pobre Gil?

—Ser nuestro padre,—contestó Tomás.

—Además, yo le conozco bien,—dijo el otro hermano.—Es imposible que al verse preso por esa canalla no haya estallado su indignacion, no haya insultado á esa gente, y á su emperador y á sus generales; no se haya comprometido de algun modo.

—¡Y pensar,—interrumpió Tomás,—que ha sido llevado por esos caminos á pié, maniatado como un facineroso!...

—¡Escarnecido, maltratado!—gritaba Juan, á quien cegaban el dolor y la ira.

—¡Padre mio!

—¡Padre de mi alma!

—Y nuestra madre, ¿qué habrá sido de ella?

—Aquí dice que está enferma.

—Tranquilizaos, muchachos,—dijo don Jerónimo.—La pobre Mariana estará afligida, asustada... eso es natural; pero ya se irá calmando. Ella, aunque tiene años, es fuerte y robusta, y creo que por esa parte no hay nada que temer.

—Bien; pero nuestro padre...

—Haremos lo que se pueda...

—Pero si entre tanto lo fusilan...

—Es necesario que vayamos á Búrgos.

—Os prohibo hablar más de semejante desatino...

—Pero...

—Os lo prohibo como amigo y como jefe.

Los dos hermanos callaron dominados por la enérgica actitud del cura, que se habia levantado para dar más fuerza á sus palabras.

Todos guardaron silencio.

De pronto Merino exclamó:

—Una idea.

—¿Qué?

—¿Qué?—preguntaron al mismo tiempo los dos hermanos.

—He dicho que tengo una idea.

Juan y Tomás le miraron con angustia, como si los dos tuvieran sus vidas pendientes de los labios del sacerdote, ó mejor dicho, como si de ellos pendiera la vida de su padre.

—Ello es arriesgado...—añadió el cura hablando consigo mismo.

—No importa.

—No.

—Teneis razon. ¡Qué diantre! Algo se ha de hacer cuando la necesidad aprieta. Á grandes males, grandes remedios.

—Hable usted por Dios, señor cura.

—La vida de vuestro padre no corre, por el mo-

mento, ningun peligro. Aunque pensaran atentar á ella, los franceses no proceden sin ciertas formalidades...

—Un consejo de guerra es muy rápido,—dijo Juan.

—Mucho, pero siempre da cuatro ó cinco dias...

—¿Y qué es eso?—preguntó Tomás.

—Lo bastante para realizar mi proyecto.

—¿De veras?

—Mañana á estas horas habremos muerto todos, ó vuestro padre estará tan seguro en la cárcel de Búrgos, como si estuviera en su casa de Villoviado, en medio de toda su familia.

—Pero ¿qué piensa usted hacer?

—Ya lo vereis... ¡Hola!—exclamaba Merino animándose cada vez más.—¿Quieren que peleemos como salvajes?... Pelearemos como salvajes... Yo tendré rehenes, cuyas vidas me respondan de la del pobre Gil... Ciento por uno, si es posible.

Los dos hermanos seguian con la vista al sacerdote, que paseaba con agitacion, y en sus palabras entrecortadas empezaban á comprender algo del plan que estaba ideando.

El *Freo* se acercó entonces al grupo.

—¿Qué quieres?—le preguntó su amo.

—La comida...

—Hoy no como.

El asistente se retiró murmurando:

—Parece que estamos de mal humor.

—¡Juan!—gritó Merino, volviéndose de repente al gallardo jóven.

—¿Qué hay?—preguntó este.

—Que toquen á caballo.

Juan obedeció como un autómata.

Un momento despues, la no muy bien templada trompeta del pregonero de Pancorbo, hacia huir los pájaros que habia en las ramas de los árboles.

Los guerrilleros, que ya estaban muy acostumbrados á hacer aquellas operaciones con extraordinaria rapidez, ensillaron los caballos, se armaron, montaron y se pusieron en correcta formacion en cosa de cuatro minutos.

El *Fleo* estaba ya al lado de Merino, teniendo de la brida su caballo y el del sacerdote.

Juan estaba al frente del escuadron.

Tomás y el otro teniente recientemente ascendido, ocupaban sus puestos á la cabeza de sus mitades.

Los hombres desmontados formaban en dos filas al lado de la caballería, mandados por su sargento.

Don Jerónimo montó á caballo.

—¡Juan!—dijo despues de pasear la mirada por el pequeño ejército, cuyo aspecto sin duda le dejó satisfecho, pues no tuvo nada que reprender.

—Mande usted.

—Á Covarrubias.

El cura espoleó su caballo, y al trote largo se dirigió al pueblo.

La partida le siguió al paso, llegando á Covarrubias veinte minutos despues que su jefe.

• En el pueblo, como en todos los que no tenian guaricion francesa, fueron los guerrilleros perfectamente recibidos.

Juan y Tomás iban preocupados pensando qué imaginaria hacer el cura; pero tenían tal confianza en su valor y en su astucia, que no podían ménos de sentirse algo más tranquilos por la suerte de su padre.

Llegado á Covarrubias Merino, con su actividad acostumbrada, se dirigió á las casas consistoriales, reunió al ayuntamiento y comenzó á dar órdenes á manera de dictador, que era lo que hacia en todas partes.

Dispuso que su tropa se alojara en las casas de los vecinos como si fueran soldados.

Estableció una guardia avanzada en una casa situada ya fuera del pueblo, en el camino de Lerma, único punto de donde podia venir algun ataque.

Situó en un meson la mitad de su caballería al mando del teniente Ruiz, formando una especie de reten.

Dió á este reten órden de subdividirse á su vez en dos mitades, una de las cuales debia patrullar constantemente por los alrededores del pueblo, sin alejarse más de unos tres cuartos de legua, y la otra estaria descansando en el meson, con los caballos ensillados, atados á los pesebres y las cabezadas colgadas de las monturas.

La patrulla, en caso de ver acercarse enemigos, no debia empeñar ningun combate, sino replegarse inmediatamente á Covarrubias, adonde se replegaria tambien la guardia avanzada, que era de infantería, dar la voz de alarma para que inmediatamente montara á caballo todo el reten y el jefe mandara al trompeta tocar llamada.

Al primer toque toda la fuerza debia acudir á la

plaza y formar con el mayor orden, sin correr, dar gritos ni aturdirse, y una vez reunida la guerrilla con sus oficiales á la cabeza, esperar las órdenes del jefe.

Poco más de las dos de la tarde serian cuando Merino acabó de tomar estas precauciones, tan convenientes para la seguridad de su pequeño ejército.

Satisfechas ya las necesidades defensivas, comenzó á tomar las que podemos llamar medidas ofensivas, las cuales eran tan enérgicas y violentas como todas las suyas.

Dió un bando disponiendo que todos los vecinos de Covarrubias que tuvieran carros se presentaran á la mayor brevedad con ellos, dejándolos desenganchados y sin caballerías en las avenidas del pueblo, á fin de poder cerrar todas las entradas ó salidas con barricadas. Al efecto mandó llevar al mismo sitio cuantos toneles vacíos se pudieran encontrar, é hizo abrir pequeñas zanjas para marcar los sitios en que se debian establecer dichas barricadas.

Anunció tambien á son de pregon que los vecinos que quisieran cooperar al servicio de la patria y se presentaran en las casas consistoriales con las armas que pudieran haber á las manos, ó en su defecto con palas, picos ó azadones, quedarian libres al dia siguiente, y por su trabajo y los peligros que pudieran correr aquella noche recibiria cada uno veinte reales.

Redactó y envió, por medio de propios, comunicaciones á todos los alcaldes y curas de los pueblos inmediatos, ordenándoles que sin pérdida de tiempo le enviasen todos los hombres menores de cincuenta años que

se pudiesen presentar armados, á los cuales ofrecia tambien dar veinte reales y dejarlos en libertad al dia siguiente.

A las tres de la tarde se puso á comer, despues de haber tomado todas sus disposiciones.

Entonces se presentó á él Juan, que desempeñaba las funciones de jefe de estado mayor, y habia estado sin dejar de andar de un lado para otro desde que llegaron al pueblo.

—¿Qué hay?—preguntó Merino.

—Nada de particular.

—¿Están cumplidas todas mis órdenes?

—Todas.

—¿Han salido los propios llevando á los pueblos las comunicaciones que te he dado?

—Sí, señor.

—¿Y la gente está bien alojada?

—Perfectamente.

—¿Has encargado á la guardia la mayor vigilancia?

—No se descuidarán.

—Que esté el reten prevenido.

—Ahora vengo de verlo.

—¿Y la patrulla?

—Acaba de salir.

—Bueno.

—¿Pero no podré saber de qué se trata?

—No seas impaciente.

—Mi impaciencia es natural.

—Ya lo comprendo.

—Ni mi hermano ni yo podemos sosegar.

—Ya os he dicho que esteis tranquilos.

—Eso es imposible.

—¡Verás qué ejército vamos á reunir en pocas horas!...

—¿Quién sabe?

—Eso sí, habrá que dar un buen metido á la caja. He ofrecido un duro por barba, y tengo para mí que se nos van á presentar más de trescientos hombres.

—Puede que no se engañe usted.

—¡Calla, hombre, que vamos á dar un baile á los franceses!...

—¿Piensa usted atacarlos?

—Ya verás lo que pienso. Mañana es preciso que se luzca mi capitan de caballería.

—Yo le aseguro á usted que se lucirá, si hay combate,—dijo el muchacho con rábía.

—Pues de mí no dependerá que no lo haya.

—Ni de mí tampoco.

—Véte á recorrer los puestos: vigila muy bien los alrededores; cuida de que nuestra gente no se propase ni arme riñas con los vecinos; que todo el mundo cumpla con su deber, y castiga sin compasion al que falte.

—Muy bien.

—¿Está Tomás abajo?

—Sí, señor; está alistando á los que se presentan para ayudarnos.

—Corriente.

—¿Manda usted algo más?

—Nada.

Juan salió de la sala capitular y bajó al patio. En él encontró á Tomás, que le esperaba.

—¿Has averiguado algo?—le preguntó este.

—Ni una palabra.

—Estoy en ascuas.

—Pero yo creo que prepara algo gordo.

—Dios lo quiera.

Juan montó en su caballo, que tenia de la brida un soldado á quien acababa de nombrar su ordenanza.

El ordenanza montó en el suyo y siguió al capitán, que salió á vigilar los alrededores de Covarrubias.

El aliciente de ganar un duro hizo que se presentasen muchos paisanos, que si el compromiso hubiera debido durar más tiempo no hubiesen abandonado sus casas; pero que acudian gustosos á servir á la patria, ganando un buen salario, y probablemente sin tener que salir de su pueblo.

Unos llevaban escopetas.

Otros trabucos.

Este una bayoneta puesta en un palo.

La mayor parte instrumentos de labranza, palas ó azadones.

El que no podia otra cosa, un gran garrote.

A eso de las cinco de la tarde comenzó á llegar gente de los caseríos y pueblos inmediatos.

Algunos curas párrocos, armados de escopetas, se presentaron al frente de sus feligreses.

Merino veia aumentar sus fuerzas por momentos.

Á todos los recién llegados se les iba organizando por brigadas, que se ponian bajo la dirección de un capitán.

Con los que tenían armas de fuego se formó una compañía de más de cien hombres.

Á las ocho de la noche había en Covarrubias unos doscientos cincuenta, dispuestos á ayudar á la partida del cura Merino en la empresa que se disponia á acometer.

Lo mejor del caso es que nadie sabia cuál era esta empresa.

Y eso que nuestros dos jóvenes amigos habían hecho todo lo posible por adivinar algo.

Á esta hora don Jerónimo mandó que se le presentara el alcalde.

—Señor alcalde,—le dijo,—¿no tienen ustedes orden de comunicar á las autoridades francesas todas las novedades que ocurran?

—Sí, señor.

—¿Y ha dado usted parte de hallarme yo en Covarrubias?

—¡Yo!... ¿Cómo me había de haber atrevido?

—¿No lo ha dado usted?

—No por cierto... y mañana tendré que huir del pueblo para no exponerme á ser fusilado.

—Nada de eso.

—¿Cómo!

—Va usted á cumplir esa orden.

—¿Yo?

—Ahora mismo pondrá usted un parte al coman-

dante del canton de Lerma, avisándole que el cura Merino con su partida pernocta esta noche en Covarrubias.

—Pero allí hay dos compañías.

—Ya lo sé.

—Vendrán inmediatamente.

—Eso es lo que deseo. No hable usted de la gente que he levantado, ni de que he recibido ningun refuerzo:

—Está bien.

—Nada, el cura Merino con su partida; así dice usted la verdad, y cumple las órdenes que ha recibido.

—Es cierto.

—¿Cuánto tardará el parte en llegar á Lerma?

—Cerca de tres horas.

—Perfectamente. Tres horas y otras tres largas que necesita la tropa para llegar aquí, son seis horas. De las cuatro á las cinco de la mañana tendremos gresca, si no prefieren aguardar á que sea de dia. Ponga usted el parte.

—Al momento.

El alcalde cumplió la orden de Merino.

El cura siguió tomando medidas con la actividad que le caracterizaba.

Hizo abrir aspilleras en las paredes de la iglesia y en las tapias de las huertas y corrales que daban á la entrada del pueblo.

Repartió entre la iglesia y las casas consistoriales cincuenta hombres con escopetas de los que le dijeron ser mejores tiradores.

Cerró por medio de barricadas, protegidas por grandes zanjas, todas las bocacalles que daban á la plaza, excepto la de la calle Mayor, que era prolongacion del camino de Lerma, debiendo desembocar por ella el que llegara en aquella direccion.

En las casas de dicha calle alojó por grupos á los paisanos auxiliares.

Á la entrada del pueblo hizo meter en las casas á gran número de ellos con carros, toneles y otros objetos, capaces de cerrar el paso en un minuto.

Distribuidas así las fuerzas irregulares, mandó que las que relativamente se podian llamar regulares, es decir, las que pertenecian de hecho á su partida, se situaran del modo siguiente:

Toda la caballeria, á las órdenes de Juan, debia salir á las doce de la noche y acampar detrás de las tapias del cementerio, que quedaba fuera del pueblo y bastante lejos del camino.

Desde aquella hora las rondas que velaban por la seguridad de todos debian salir de allí, puesto que el reten habia desaparecido.

Y todos los hombres desmontados de la partida fueron á reforzar la guardia avanzada, la cual recibió orden de no batirse, sino en cuanto oyera que se acercaba el enemigo apartarse del camino lo bastante para no ser vista, dejar pasar á los franceses sin inquietarles, y acudir á Covarrubias detrás de ellos para tomar parte en la batalla.

Don Jerónimo ordenó severamente que nadie se desnudase para dormir aquella noche, y que todo el

mundo acudiera á su sitio al primer toque de llamada.

Antes de acostarse Merino montó á caballo y recorrió todos los puestos para asegurarse de que habia la debida vigilancia y dar sus instrucciones á los jefes que aún no sabian á punto fijo de qué se trataba, ni cuál debia ser su conducta en los acontecimientos que se preparaban.

Al separarse de la caballería, que ya estaba detrás del cementerio, Juan y Tomás se abrazaron estrechamente.

—Creo,—dijo el primero,—que don Jerónimo tiene razon, y si Dios nos ayuda, dentro de pocas horas no habrá nada que temer por la vida de nuestro padre.

---

## Capítulo XVI

**De cómo no basta ser granadero para ganar acciones de guerra**

Todas las órdenes de Merino fueron puntualmente obedecidas, y los acontecimientos se prepararon como él había previsto.

El comandante del canton de Lerma, que tenia dos compañías de granaderos de la Guardia imperial, al recibir la comunicacion del alcalde de Covarrubias, no pudo contener un grito de satisfaccion.

Los franceses no conocian aún la astucia del cura Merino; así es que el jefe militar creyó efecto nada más que de una imprudencia lo que era un ardid bastante atrevido; pero al fin y al cabo de éxito probable.

Esto parecerá ménos extraño si se recuerda que el ejército imperial, muy acostumbrado á la gran guerra y á pelear con enormes masas de soldados, en campo abierto y á la luz del sol, no se habia batido nunca con guerrillas, ni sabia lo que es esa lucha que consiste en

mil y mil estratagemas ingeniosas, merced á las cuales unos grupos de paisanos, sin organizacion ni armamento, pueden fatigar y vencer á los mejores batallones.

Al fin de la guerra de España ya los reveses habian hecho más cautos á nuestros enemigos, y era más difícil hacerlos víctimas de un golpe de mano; pero al principio fueron innumerables los contratiempos de esta clase que experimentaron.

El comandante en cuestion no vaciló en aprovecharse inmediatamente de lo que creia una imprudencia del guerrillero, y sin pérdida de tiempo se dispuso para apoderarse de tan buena presa.

Tenia, como todos los jefes franceses, noticias acerca de la fuerza é importancia de la guerrilla, y aunque estos datos no fueran rigurosamente exactos, los suponía bastante aproximados á la verdad, y en efecto lo eran.

A juzgar por los que suponían ménos numerosa la partida, creia que no bajaba de cuarenta hombres, y creyendo á los que más aumentaban su número, suponía que no pasaba de sesenta, todos armados irregularmente, y la mayor parte montados en malos jacos.

Para vencerlos se consideraba el comandante con sobrados elementos, y en efecto los tenia, si el cura no hubiera tomado las disposiciones de que hemos hablado, y si los españoles no hubieran estado prevenidos para recibir el choque.

En una palabra, la gran desventaja de los franceses consistia en una cosa que el jefe no podia sospechar.

Creían sorprender á los españoles, y realmente ellos iban á ser los sorprendidos.

Salieron de Lerma despues de las doce de la noche, sin dejar en la poblacion más que media compañía.

La columna de marcha se componia de unos ciento cincuenta granaderos de la Guardia imperial, soldados viejos, llenos de cicatrices, y cuyos rostros estaban tostados por el sol de cien batallas, que habian sido otras tantas victorias.

El aspecto de aquellos soldados era, en verdad, imponente. Sus grandes gorras de pelo aumentaban su estatura y los hacian parecer más formidables.

El órden de marcha era el siguiente:

Delante iba una descubierta de unos veinte hombres, mandados por un oficial, los cuales reconocian el terreno, entraban en los bosques ó desfiladeros, y ocupaban los pasos dificiles donde la columna podia caer en alguna emboscada.

A unos cien metros de esta vanguardia iba á caballo el comandante del canton de Lerma, seguido de una compañía completa.

Y dejando otro espacio de cincuenta ó sesenta metros, marchaba la retaguardia, compuesta de una fuerza igual á la de la vanguardia.

El comandante, que era un militar entendido, habia tomado en Lerma tres guias conocedores del país para que dirigieran la marcha.

Uno de estos guias iba al lado del oficial que mandaba la vanguardia, el segundo á dos pasos del comandante y el tercero con la retaguardia.

Las precauciones, por consiguiente, estaban bien tomadas, y las leyes del arte de la guerra no tenían por qué quejarse.

La marcha se hizo despacio, en primer lugar porque el comandante se habia propuesto no entrar de noche en Covarrubias, temiendo que la oscuridad favoreciese la fuga de los españoles; porque él creia que ni siquiera pensarian en resistirle; y en segundo, porque no queria fatigar á sus soldados, á fin de poderles exigir toda clase de esfuerzos en el momento oportuno.

A eso de las cuatro de la madrugada avisaron los guias que Covarrubias distaba una media legua, y entonces hicieron alto los franceses.

La tropa se sentó en el suelo sin perder la formacion ni dejar las armas, y el comandante y los oficiales se reunieron en un grupo para tomar las últimas medidas.

En aquel momento ya tenia Juan conocimiento de la aproximacion del enemigo.

Su ronda habia oido la vanguardia, se habia emboscado en una arboleda un poco apartada del camino, y despues de verla pasar, dando un largo rodeo para no ser descubierta, habia ido á reunirse con el escuadron y dar el aviso.

Juan envió inmediatamente dos ginetes, uno á la guardia avanzada y el otro al pueblo, para participar lo que ocurría.

La guardia avanzada abandonó su puesto y se alejó mucho del camino.

En el pueblo el cura hizo poner á toda su gente

sobre las armas; pero avisando casa por casa y despertándose unos á otros, porque la noche anterior habia pensado á última hora que un toque de corneta podia ser oido por el enemigo, avisarle que se le esperaba, y haciéndole adoptar mayores precauciones, frustrar en todo ó en parte el plan concebido.

A Merino no se le olvidaba nada.

Habia nacido para guerrillero, y era muy difícil luchar con él.

Todos los españoles acudieron á sus puestos, encerrándose cada grupo en la casa que se le habia designado.

Durante algunos minutos circularon muchos hombres por las calles, y se oyó el continuo abrir y cerrar de puertas y ventanas; pero antes de un cuarto de hora Covarrubias tenia el aspecto de un pueblo dormido.

No se oia el menor ruido.

Nadie andaba por las calles.

Las puertas y ventanas estaban herméticamente cerradas.

Entre tanto, Juan habia mandado montar á su escuadron, y al paso se alejó un cuarto de legua del pueblo, marchando perpendicularmente al camino que seguian los franceses.

Poco más de una hora descansaron estos.

Antes de amanecer se pusieron en movimiento, y al llegar á distancia de un tiro de fusil de Covarrubias hicieron alto.

Un oficial se adelantó hácia el pueblo con un sargento.

Penetró en la calle Mayor y anduvo la mitad de ella, sin encontrar nada de particular.

Entonces volvió á reunirse á la columna y participó á su jefe que todo en el pueblo estaba tranquilo.

El comandante sonrió con desden viendo el descuido con que dormían los que allí estaban alojados, y dijo á los oficiales:

—Al fin mandados por un cura.

Un capitán sospechó que Merino había ya salido del pueblo con su partida, y los oficiales, que contaban con apresar al guerrillero y encontraron fundada aquella sospecha, dejaron escapar algunos juramentos.

No sabían lo que les esperaba.

Más les valía que el cura se hubiera marchado.

El comandante quiso salir de dudas, y se dispuso á entrar en Covarrubias.

Dividió su fuerza en tres porciones.

Compuesta de una compañía la primera, á las órdenes del mismo comandante, debía entrar en el pueblo.

La segunda, de veinticinco granaderos, dividida en grupos, debía establecer una especie de cordón al rededor de la población, para impedir que se fugaran los guerrilleros y fusilar á los que salieran al campo á la desbandada.

La tercera, de otros tantos hombres, estaba destinada á permanecer también en las afueras, á modo de reserva, para acudir adonde hiciera falta.

Empezaban ya á distinguirse los objetos, cuando los primeros granaderos franceses entraron en la calle Mayor de Covarrubias.

Iban con los fusiles preparados y marchaban con ciertas precauciones.

La calle Mayor era larga y tortuosa, como lo son casi todas las de los pueblos de España.

La compañía recorrió la mitad de ella sin dificultad alguna, y ya el comandante empezaba á temer que Merino se hubiera alejado de allí con los suyos.

No tardó en salir de su error.

Al desembocar en la plaza las primeras filas de granaderos, se abrieron de repente las ventanas de las casas consistoriales, y desde ellas, desde la iglesia, desde las barricadas que cerraban las bocacalles, desde todas las casas de la plaza, se rompió un fuego vivísimo, cayendo sobre los franceses un diluvio de balas.

Los granaderos vacilaron un momento.

Los que iban delante retrocedieron algunos pasos y amenazaron sembrar la confusion en toda la columna.

El comandante, que era valiente y pundonoroso, clavó las espuelas á su caballo y se lanzó en medio de la plaza, gritando:

—¡Viva el emperador!

Aquel grito mágico rehizo á los granaderos, que siguieron todos á su jefe y contestaron á los españoles con una descarga.

El fuego de los españoles era cada vez más nutrido.

De casi todas las casas de la calle Mayor salian disparos, de modo que los franceses eran fusilados por todas partes.

En poco más de un minuto tenían dos muertos y cuatro ó cinco heridos.

Sus balas no hacian ningun daño á los españoles, que peleaban parapetados.

Merino, situado en una ventana de la casa del ayuntamiento, disparaba sin cesar las escopetas que el *Feo* le iba cargando.

El cura se daba á todos los diablos porque el humo que habia en la plaza no le dejaba ver y apuntar á su gusto.

Dos ó tres veces tuvo encañonado al comandante, que por la circunstancia de estar á caballo presentaba mejor blanco, y otras tantas el bizarro jefe desapareció á los ojos del guerrillero envuelto en las nubes de humo que producian las descargas de sus soldados.

Pero la posicion de los franceses era verdaderamente insostenible.

De seguir el combate en los términos en que se habia empeñado, en aquella plaza iban á quedar todos sin hacer ningun daño al enemigo.

El comandante esperó un momento á ver si la reserva que habia dejado fuera del pueblo acudia en su auxilio.

Pero la reserva tenia bastante que hacer, como veremos más adelante.

Cuando se convenció de que no podia contar con ningun socorro, trató de emprender la retirada, y la compañía entró al paso ligero en la calle Mayor formada en dos hileras, que iban arrimadas á las casas, para sufrir ménos los disparos de sus enemigos y poder al mismo tiempo contestar á ellos.

En la plaza dejaban siete ú ocho cadáveres y se lle-

vaban consigo unos veinte heridos, entre ellos dos oficiales.

Varios de estos heridos marchaban apoyándose en los fusiles; otros más graves eran llevados por sus compañeros.

El conjunto presentaba un aspecto desolador.

Llegada la columna á la mitad de la calle Mayor, se encontró con una nueva desgracia.

La salida del pueblo estaba cerrada por una gran barricada.

No era aquello un verdadero parapeto hecho con arreglo á las leyes del arte; pero era un formidable hacinamiento de piedras, carros, toneles, muebles, colchones; en una palabra, todo lo que se habia encontrado y pareció á propósito para obstruir el paso.

Detrás de la barricada estaba la infantería de la partida de Merino, que en cumplimiento de las órdenes de su jefe, habia seguido á los franceses cuando se acercaban á Covarrubias y ocupado aquel puesto importante.

Los guerrilleros rompieron inmediatamente el fuego.

El comandante francés arengó á los suyos, y los granaderos sin disparar un tiro cargaron con valor á la bayoneta.

Al mismo tiempo de todas las casas inmediatas salian disparos y se arrojaban piedras, muebles, ladrillos y hasta aceite hirviendo, sobre aquellos pobres soldados.

No hay heroismo que baste á sostener una pelea de esta especie.

Las mujeres, y hasta los chicos, rivalizaban con los hombres en ferocidad, y hubo allí vieja que no teniendo

ya qué tirar, arrojó los pucheros y las cazuelas de su cocina, para ver si con ellos descalabraba á un granadero.

Entre tanto, los hombres que habian defendido la plaza á las órdenes de Merino iban abandonando su posicion, y por las bardas de los corrales se dirigian al nuevo teatro del combate.

Así es que los enemigos de la mermada compañía aumentaban á cada momento.

Para que decayera cada vez más la fuerza moral de aquellos pobres soldados, fuera del pueblo se oian frecuentes descargas, que probaban que allí tambien se peleaba, es decir, que habia más enemigos.

El comandante francés comprendió que estaba perdido.

Cada minuto le costaba un hombre muerto ó herido.

Media hora más de aquella lucha, y su compañía habria desaparecido.

Cuatro veces intentó tomar la barricada, y cuatro veces fué rechazado con bastantes pérdidas.

Entonces vió que no tenía más remedio que apoderarse á toda costa de una casa y mantenerse allí á la defensiva, procurando vender cara su vida y las de sus soldados.

Veinte granaderos se dirigieron con resolucion á una bastante grande que estaba hácia la mitad de la calle y era de las que parecian peor defendidas.

Empezaron á golpear furiosamente con las culatas de los fusiles en la puerta de la calle.

Los que estaban dentro procuraban, desde las ventanas, arrojar toda clase de objetos sobre los que les atacaban.

Pero unos cuantos granaderos situados en la acera de enfrente les hacian ser muy circunspectos, porque en cuanto un bulto se acercaba á la ventana, ya tenia allí cuatro ó cinco tiros.

Por fin cedió la puerta, y los granaderos se precipitaron en el patio.

Dentro de la casa habia ocho ó diez españoles, que se defendieron hasta el último momento.

El ataque fué desesperado y la resistencia heróica.

Por fin la casa quedó en poder de los franceses, que dejaron sin vida á todos los que habia en ella.

Hasta dos mujeres y un niño fueron víctimas de la ira de aquellas fieras acorraladas.

Dueños de la casa los franceses, cerraron la puerta y se prepararon á defenderse desde los balcones.

Desde entonces el combate varió de aspecto.

Era más igual y mucho ménos sangriento.

Como todos peleaban parapetados, las balas eran poco temibles.

Los granaderos habian dejado en la calle y plaza de Covarrubias unos veinte cadáveres, y retiraron á la casa treinta y tantos heridos.

El comandante tenia rota la clavícula del brazo derecho y habia perdido el caballo.

Uno de los capitanes murió al atacar la barricada, y el otro estaba gravemente herido en el pecho.

Los españoles no habian tenido dentro del pueblo



El ataque fué desesperado, y la resistencia heroica.



más pérdidas que nueve personas, que fueron muertas en la casa que tomaron los franceses.

De los pertenecientes á la partida, sólo habia dos hombres, que fueron heridos defendiendo la barricada de la salida del pueblo.

Merino no se atrevió á atacar á los franceses á pecho descubierto, pues además de que no tenia seguridad de vencer contando con fuerzas no aguerridas é indisciplinadas, le importaba mucho evitar el derramamiento de sangre.

Por otra parte, sabia que los franceses encerrados en la casa eran suyos si no recibian ningun socorro, lo cual ya no parecía probable.

Así es que se limitó á bloquearlos estrechamente, ocupando con sus fuerzas todas las casas que rodeaban á la que los enemigos habian tomado, mandando á los españoles que no hicieran más que tirotearse con los que se asomaran á las ventanas, y freir á balazos ó aplastar con todo lo que encontraran á mano á los que pretendieran salir á la calle.

Desde entonces el combate del pueblo pudo darse por terminado.

Sólo alguno que otro tiro daba de vez en cuando señales de que los dos bandos estaban vigilantes, y aun la cuestion no se habia resuelto.

En las afueras, las cosas habian pasado de muy distinto modo.

La mitad de los granaderos habia rodeado el pueblo, y la otra mitad, segun hemos dicho, se quedó á alguna distancia de él sirviendo de reserva.

Los primeros disparos no sorprendieron á nadie; antes bien los granaderos se prepararon á coger á los guerrilleros, que suponían iban á salir huyendo en todas direcciones.

Pero cuando ya las descargas se iban haciendo más nutridas y todo indicaba que se había empeñado un combate sério, el jefe de la reserva pensó en acercarse á Covarrubias, y se puso en movimiento.

Por su desgracia, había perdido cerca de un cuarto de hora; cuando llegó ya la gran barricada estaba hecha, y desde ella y desde las casas que daban al campo fué recibido con un diluvio de balas.

Mandó apresuradamente reunirse á él los otros veinticinco granaderos que se habían dividido en grupos, y desplegando todas sus fuerzas en guerrilla, rompió el fuego contra los españoles.

En aquel momento entró en escena Juan con su caballería.

El jóven, que según hemos dicho se había alejado del pueblo como un cuarto de legua, apenas oyó los primeros tiros acudió al galopé al lugar de la pelea.

Llegado á él cuando los franceses que estaban fuera de Covarrubias acababan de desplegar su guerrilla, gritó con voz de trueno:

—¡Muchachos, fuego y á la carga!

Los ginetes dispararon sus armas y cayeron sable en mano sobre los franceses.

La infantería, que en masa resistió muy bien á la caballería, es sumamente débil contra ella cuando se bate en dispersion.

Así es que las primeras parejas de la guerrilla fueron acuchilladas sin dificultad por los ginetes españoles.

Pero como los granaderos eran soldados muy acostumbrados á pelear, repuestos de la primera sorpresa, ya que por su escaso número no podían formar un cuadro, formaron un grupo, que hacia bastante fuego, y por todas partes presentaba las aceradas puntas de las bayonetas.

Entonces Juan cambió de táctica.

Su escuadron formado en masa presentaba un gran bulto á los disparos de los franceses.

Lo desplegó, pues, en guerrilla, y rompió el fuego á discrecion.

Los ginetes españoles caracoleaban al rededor del grupo de los granaderos, cargando sus armas sin necesidad de parar los caballos, y sólo hacían alto un momento para hacer fuego.

Era aquello una cosa parecida á lo que los moros llaman correr la pólvora, y si aquellos granaderos habían ido con Bonaparte á la expedición de Egipto, podrían recordar en aquel momento lo que hizo la caballería árabe en la famosa batalla de las Pirámides.

Lo cierto es, que de aquel modo los españoles hacían mucho más daño del que recibían, y así debió comprenderlo el oficial que mandaba á los franceses, el cual, viendo que ya tenía diez ó doce bajas, dispuso emprender la retirada para ganar un bosquecillo que tenía á su espalda, desde el cual podía defenderse con ventaja de la caballería.

Juan, cuyos instintos belicosos estaban aquel día sobreexcitados por el recuerdo de la prision de su padre, vió que sus enemigos se le escapaban, y resolvió impedirlo á todo trance.

El grupo de los franceses perdió algo de su cohesion al emprender la marcha, y el muchacho al observarlo mandó al trompeta de la partida, que iba á su lado, tocar *atencion y degüello*.

Los españoles se arrojaron impetuosamente sobre los franceses; pero estos, con una celeridad admirable, se detuvieron á la voz de sus oficiales é hicieron una descarga, haciendo rodar por el suelo á siete ú ocho guerrilleros.

Uno de los que cayeron fué Tomás, que en el momento de lanzarse sobre los franceses blandiendo el sable y gritando á sus soldados: «¡Adelante! ¡Viva España!» recibió un balazo en el pecho.

Juan no vió á su hermano que habia caido del caballo.

La carga tuvo buen éxito.

Los españoles cayeron con tal furia sobre los franceses, que á pesar de que algunos caballos y dos ó tres hombres quedaron clavados en las bayonetas, el grupo de la infantería fué roto y disuelto.

Desde aquel momento no habia lucha posible.

Una docena de ginetes bastan para acuchillar á un regimiento de infantería cuando pierde su formacion.

Los granaderos huian arrojando los fusiles, ó se rendian prisioneros.

Los más valientes, que trataban de resistir, eran

acuchillados sin piedad por los soldados de Juan, que, siempre valiente y generoso, gritaba con todas sus fuerzas:

—¡No matar! ¡Hacer prisioneros!

Cuando la derrota de los enemigos fué completa, mandó tocar llamada.

Entonces se enteró de la herida de su hermano.

El escuadron de Juan habia tenido diez y seis bajas entre muertos y heridos, perdiendo nueve caballos.

Los franceses tuvieron once muertos, y veintitres heridos.

Sólo ocho ó diez pudieron salvarse.

Los demás habian caido prisioneros.

## Capítulo XVII

### De potencia á potencia

Mientras el comandante francés oía el sonido de las descargas fuera del pueblo, no perdía la esperanza.

Comprendía que su reserva peleaba, y aunque lo creía difícil, no desesperaba de que pudiera vencer y socorrerle.

Pero la satisfacción que le causaban aquellos tiros no fué muy duradera.

Poco á poco se fueron amortiguando.

• Al fin dejaron de oirse completamente.

Aquel silencio indicó al comandante que sus soldados habían sido tan desgraciados fuera como dentro de Covarrubias.

El pobre militar estaba tan preocupado con su situación y la de su tropa, que olvidaba los atroces dolores de su herida.

De los oficiales que tenía á sus órdenes, sólo un teniente estaba ileso, y á pesar de que en la posición en que se encontraban poco ó nada les quedaba que hacer, no quiso resignar en él el mando, proponiéndose conservarlo hasta el último momento.

Pasó un cuarto de hora de mortal ansiedad para los franceses.

Por más que aplicaban el oído, no lograban percibir la menor señal de combate.

No les podía quedar duda.

Sus compañeros estaban completamente vencidos. Se habían dispersado, ó habían rendido las armas. Nosotros sabemos lo que había ocurrido.

De un modo ó de otro, su situación, lejos de mejorar, empeoraba.

El número de sus enemigos iba á aumentarse con los vencedores de la reserva.

De manera que en lugar de recibir los franceses un refuerzo, los españoles eran los que iban á recibirlo.

Y á todo esto los granaderos no podían ni asomarse á una ventana, so pena de ser fusilados desde las casas inmediatas.

Más de una hora se pasó en esta situación.

Juan, después de recoger los heridos, ayudado por algunos vecinos, que los distribuyeron caritativamente entre sus casas, sin distinción de españoles y franceses, entregó á la guardia avanzada los prisioneros que había hecho, los cuales, por orden del cura, fueron trasladados á la cárcel, donde quedaron bajo la custodia de un fuerte reten.

En seguida el jóven formó su escuadron en batalla á la salida del pueblo, mandó echar pié á tierra y esperó los acontecimientos.

Entonces, ya más tranquilo, empezó á preocuparse con la herida de su hermano.

No sentia tanto lo que pudiera suceder por Tomás, como por su pobre madre.

Si despues de la prision de su marido tenia noticia de la herida, tal vez de la muerte de su hijo, la pobre anciana se volveria loca de dolor.

Y Juan, que era hijo amantísimo, hubiera dado cien vidas por ahorrar á su madre una sola lágrima.

Entre tanto, Merino se iba impacientando.

Es verdad que los franceses puede decirse que ya no resistian, puesto que no disparaban ni un tiro; pero continuaban parapetados en la casa de que habian conseguido apoderarse, y manteniéndose á la defensiva, conservaban aún una actitud marcial y enérgica.

Don Jerónimo no tenia génio de aguantar mucho, y empezó á formar un plan de ataque.

Eran ya las nueve de la mañana.

Merino, que habia establecido su cuartel general en la casa del abad de la colegiata, que como se puede recordar habia asistido á la Junta insurreccional de San Pedro de Arlanza, hizo que le trajeran uno de los soldados prisioneros que habia en la cárcel.

Los franceses, que ya llevaban un año de permanencia en España, hablaban mal ó bien el español, y todos lo entendian perfectamente.

—¡Hola, muchacho! —dijo el cura al granadero lue-

go que le tuvo en su presencia.—¿Cómo te llamas?

El soldado dijo su nombre.

—¿Sabes escribir?

—Sí, señor.

—Escribe ahí tu nombre y apellido.

El francés tomó un pedazo de papel que le dió el cura, é hizo lo que se le mandaba.

—Bien.

Don Jerónimo escribió en un pliego doblado por la mitad un oficio, concebido en estos términos:

«Señor comandante: Si dentro de treinta minutos no se ha rendido usted á discrecion con la fuerza de su mando, pego fuego á la casa en que se hallan encerrados.—Dios guarde á usted muchos años.—MERINO.»

El cura dobló el papel y dijo al granadero:

—Ahora mismo vas á llevar esto á tu jefe. Volverás con la contestacion dentro de diez minutos. Si te quedas con tus compañeros, te fusilaré en cuanto os coja, lo cual más pronto ó más tarde no puede dejar de suceder. Para eso me quedo con tu nombre. Anda con Dios.

El soldado tomó el pliego y salió para desempeñar su comision, llevando en la mano un palo con un pañuelo blanco en la punta.

Llegó á la casa sitiada, y sus compañeros, que le habian visto acercarse, abrieron el postigo, volviéndolo á cerrar luego que entró.

El comandante, al leer el contenido de aquella intimacion tan seca y terminante, sintió que toda la sangre se le agolpaba á la cabeza.

Permaneció perplejo un instante, y luego consultó con el único oficial que le quedaba sano.

El teniente fué de parecer de que se procurase obtener una capitulacion con condiciones, y su jefe accedió á proponerla, aunque sin esperanza de conseguirla, pues en aquella mañana habia podido apreciar con exactitud el carácter enérgico del cura Merino, y no esperaba que rebajase nada de la humillante proposicion que le habia hecho.

El parlamentario fué portador de la respuesta, en que el jefe francés proponia al cura una conferencia para arreglar las bases de la capitulacion.

Merino escribió en un papel esta lacónica respuesta:

«Rendirse ó morir.»

El comandante francés, no ménos lacónico y valeroso, escribió al sacerdote una sola palabra:

«Morir.»

—Les daremos gusto,—dijo Merino cuando el granadero que habia servido de parlamentario le entregó la contestacion.

Un minuto despues las ventanas de la casa sitiada estaban ocupadas por los granaderos, que se disponian á defender tenazmente sus vidas.

De una y otra parte se rompió el fuego.

Don Jerónimo, activo y enérgico, dió orden á Juan de entrar en el pueblo con su caballería, dando un rodeo para no pasar por la calle Mayor, teatro del combate.

Presentóse á él nuestro amigo, y el cura le mandó

dirigirse á la cárcel y sacar de ella á los prisioneros franceses, que eran unos quince ó veinte.

Juan ejecutó esta orden y llevó los granaderos al punto prevenido, que era una callejuela inmediata al sitio en que tenia lugar la pelea.

Allí encontró una gran porcion de haces de paja, que varios aldeanos iban hacinando á medida que los sacaban de las casas más próximas.

Merino presidia la operacion.

—A ver, tunantes,—dijo dirigiéndose á los franceses, luego que llegaron adonde estaba:—á cargar entre todos con esta paja y á amontonarla á la puerta de la casa donde están encerrados vuestros compañeros. Mientras paseis por la calle, mi gente suspenderá el fuego; pero si se abre la puerta y uno solo de vosotros entra á reforzar al enemigo, lo romperá inmediatamente, y no doy dos cuartos por vuestro pellejo. Además, estais desarmados, y no podreis servir de mucho á vuestros camaradas.—Conque vamos andando.

Los pobres vencidos empezaron á cargar con los haces de paja.

—¡Trompeta!—gritó entonces Merino,—toca *alto el fuego*.

El pregonero de Pancorbo salió á la calle Mayor é hizo oír este toque.

Los españoles obedecieron en seguida.

Los franceses, no sabiendo qué pensar de aquella novedad, tambien suspendieron sus disparos.

Un momento despues aparecieron en medio de la calle los prisioneros franceses cargados como acémilas.

A su lado marchaba Juan, que se habia apeado del caballo, y otros tres ó cuatro ginetes desmontados.

El cura calculó que no corrían ningun peligro, porque los franceses no se atreverían á disparar cuando podían causar más daño á sus amigos que á sus enemigos.

Así sucedió en efecto.

El comandante, que se habia asomado á una ventana, rugió de ira al ver á los granaderos amontonar los haces de paja á la puerta de la casa en que se habia hecho fuerte.

La situacion era horrible.

Él habia contado con vengar anticipadamente su muerte matando á muchos de los que acercaran los combustibles destinados á cumplir la amenaza de incendiar la casa, que le habia hecho el cura.

Pero hasta aquella esperanza se desvanecía.

Mientras los prisioneros cumplían su terrible misión, Juan, situado en medio de la calle, habia sacado un eslabon y una piedra de chispas, y encendia tranquilamente un gran trozo de yesca.

Merino, apoyado en su escopeta, contemplaba aquel espectáculo desde la esquina.

El momento no podia ser más solemne.

El comandante, desde la ventana, miraba atentamente á Juan, que hacia brotar del pedernal un diluvio de chispas.

Por fin se prendió la yesca.

El jóven dió un paso hácia el monton de paja que acababan de formar los prisioneros.

No habia remedio: los franceses iban á morir ahumados, sin venganza y sin gloria.

Cuando Juan, pálido de emocion, se preparaba ya á arrojar en la paja la yesca encendida, el comandante francés gritó con desesperacion:

—¡Alto!

Y agitó en la mano su pañuelo en señal de paz.

Juan se detuvo.

Merino no pudo contener un grito de triunfo.

Los franceses, qué mudos de terror ocupaban las ventanas de la casa, se retiraron de ellas.

De los pechos de todos los españoles, que habian mirado casi sin respirar aquella dramática escena, se escapó un grito inmenso, atronador, terrible:

—¡Viva España!

Y cuando vieron á don Jerónimo que, con la escopeta cogida por la garganta, se acercaba pausadamente á la casa sitiada, dejando flotar á merced del fuerte viento que soplaba los largos y anchos faldones de su enorme levita, resonó otro grito igualmente entusiasta:

—¡Viva el cura Merino!

En aquel momento se abrió el postigo de la casa en que estaban los franceses, y un teniente apareció por entre los haces de paja allí acumulados.

Los prisioneros volvieron nuevamente á la cárcel, escoltados por cuatro ó seis hombres armados, y Juan con dos de sus ginetes desmontados, se quedó al lado del cura por si ocurría algo.

Merino se adelantó al encuentro del francés.

El oficial saludó cortésmente al cura, y este con-

testó lo más amable que podia, que no era mucho.

—¿Viene usted autorizado por su jefe para tratar de la rendicion?

—Sí, señor,—contestó el oficial en buen castellano, preguntando:—¿Quién es el jefe de las fuerzas españolas?

—Yo.

El oficial sonrió tristemente al considerarse vencido por un hombre de tan estrambótica apariencia, y siguió á Merino, que habia entrado en el portal de una de las casas inmediatas.

Juan se quedó á la puerta con los dos soldados.

—¿Qué condiciones piensa usted concedernos?—preguntó el teniente, luego que por indicacion del cura tomó asiento en una silla.

—¿Condiciones?—preguntó Merino con extrañeza.

—Sí.

—Ninguna.

—¡Oh! señor cura, nosotros estamos dispuestos á rendir las armas: hemos sido vencidos, y no tenemos otro remedio; pero al ménos debemos salir de aquí libres...

—Ni pensarlo,—interrumpió Merino con violencia.

—¿Cómo!

—Ustedes serán prisioneros de guerra, y lo único que puedo garantizarles es la vida... si el comandante general de Búrgos respeta las de los españoles que tiene en su poder por adictos á la causa nacional.

—Piense usted, señor cura, en que le será muy difícil conservar y vigilar tantos prisioneros, con la poca

gente que tiene á sus órdenes y los azares á que le expone la persecucion, que será cada vez más viva, de las tropas del emperador.

—Eso es cuenta mia.

—¿Es decir que no hay otro remedio?...

—Que entregar las armas y ser prisioneros de guerra.

El oficial vaciló un momento.

Al fin, con los ojos fijos en el suelo, dijo á media voz, haciendo un violento esfuerzo:

—Bien.

—Pues no hay más que hablar,—exclamó el cura levantándose.—Salgan ustedes con su tropa en medio de la calle, formen pabellones de armas, y asunto concluido.

El oficial se levantó sin decir una palabra, salió de la casa, atravesó la calle y fué á reunirse con sus compañeros.

—Juan,—dijo el cura luego que le vió salir,—manda tocar *llamada y tropa*.

Un minuto despues todos los españoles, pertenecientes ó no á la guerrilla, se hallaban formados en la calle, constituyendo un conjunto abigarrado de esos que serían ridículos si no fueran sublimes, y aquel se hallaba en este último caso, porque acababa de pelear heroicamente por una causa santa.

Eran en junto unos trescientos peones y treinta caballos.

A poco salieron los franceses.

Iban tristes y cabizbajos.

Los españoles tuvieron el delicado instinto de no dar ni una voz, ni producir un murmullo.

La compañía había quedado reducida á unos cuarenta granaderos.

Formaron pabellones, y se retiraron dos pasos á la espalda.

El teniente entregó su espada, y á una órden de Merino los granaderos, acompañados por una escolta suficiente, fueron á reunirse en la cárcel con sus camaradas.

Al oficial se le encerró en el ayuntamiento.

Entonces penetraron los españoles en la casa que había servido de fuerte.

En ella encontraron nueve cadáveres de españoles y cinco de franceses, todos amontonados en el corral.

En las habitaciones de la casa había treinta y cuatro heridos, incluso el comandante, un capitán y dos subalternos.

Todos los heridos fueron repartidos entre las casas del pueblo, entregándolos al cuidado de los vecinos, y haciendo á estos responsables de que no se escapasen.

Los cadáveres, cargados en un carro, se llevaron al cementerio para darles sepultura.

Muchos vecinos se dedicaron á echar tierra ó limpiar con agua las manchas de sangre que había en las calles, para que la pacífica villa de Covarrubias fuera recobrando su aspecto habitual.

A las once de la mañana Merino, que hacía seis horas que no paraba, se trasladó á las casas consistoriales.

Allí encontró al infatigable Juan, que ya había organizado el servicio y distribuido los puestos según las órdenes de su jefe.

—Ven conmigo,—le dijo el cura;—me servirás de secretario, y verás cómo cumplo la palabra que te di ayer de garantirtte la vida de tu padre.

Los dos entraron en la sala capitular.

—¿Hay algun sargento entre los prisioneros?

—Dos me parece que he visto,—respondió Juan.

—Manda que traigan uno.

Juan ejecutó la orden.

—Ahora escribe.

El muchacho tomó una pluma; Merino empezó á dictar:

«Al excelentísimo señor general conde de Dorsenne: Habiendo llegado á mi noticia que por orden de vucencia ha sido preso en Villoviado don Gil Mendoza, me encuentro en el caso de participarle que á consecuencia de la victoria que he obtenido en el dia de hoy sobre la guarnicion francesa de Lerma, de la cual el portador podrá dar á vucencia detalles, se hallan en mi poder unos cien prisioneros, entre ellos más de cuarenta heridos. Las vidas de todos estos soldados me responden de la del citado don Gil Mendoza, y si este se viera amenazado, no dude vucencia que yo sin vacilar aplicaria la terrible ley de las represalias, fusilando á mis cien prisioneros, en venganza de la sangre de un hombre inocente, cuyo único delito consiste en ser padre de dos de mis mejores oficiales. Dios guarde á vucencia muchos años. Covarrubias 3 de Febrero de 1809.»

Don Jerónimo puso su firma al pié de este documento, y dijo á Juan:

—¿Estás satisfecho?

—Sí, señor.

—Ahora ya no hay que temer nada.

—Así lo creo.

—Dí que entre el sargento.

Juan salió de la sala mientras Merino ponía el sobre á su pliego.

En seguida volvió á entrar Juan con un sargento de granaderos.

—Marchará usted inmediatamente á Búrgos,—dijo el cura al prisionero,—llevando esto de mi parte para el general. No le impongo á usted la obligacion de volver. Queda usted libre.

El sargento saludó con alegría.

—¡Ah!—gritó Merino;—¿tiene usted dinero?

—Sí, señor,—contestó el sargento.

—Tome usted este pasaporte mio,—añadió el cura, sacando del bolsillo un documento, en el que escribió y firmó una nota;—con eso puede usted pedir guias y bagaje en todos los pueblos. Conque andando.

El sargento dió media vuelta, y salió sin disimular la alegría que experimentaba al verse libre.

—Juan,—dijo Merino luego que le vió salir.

—Mande usted, señor cura.

—Vamos á ver á tu hermano.

---

## Capítulo XVIII

### Después del combate

Tomás había sido llevado á casa de uno de los vecinos más acomodados de Covarrubias.

El médico del pueblo había reconocido al herido, que desde luego declaró grave, aunque no ofrecía inmediatamente peligro de muerte.

Cuando llegaron Juan y el cura Merino á la casa en que estaba el jóven, acababa de verificarse con toda felicidad la extracción de la bala.

El médico, después de hacer la primera cura, había puesto al herido un apósito, vendándole convenientemente, y salía de la alcoba encargando que se dejara al enfermo en el mayor reposo.

Juan se dirigió al Galeno, preguntándole:

—¿Cómo está?

—Hasta ahora no se puede decir nada,—repuso el médico.

—¡Ah, caballero, dígame usted la verdad, toda la verdad, por terrible que sea! Ese oficial es mi hermano; pero yo tendré valor para oír su pronóstico de usted, sea el que quiera.

—Amigo mio,—dijo el interpelado,—he dicho á usted la verdad. La herida es grave; pero hasta ahora es imposible pronosticar lo que sucederá. Afortunadamente la bala no ha interesado ningun órgano esencial de la vida. Su hermano de usted es jóven, tiene una naturaleza robusta, y esto ayuda mucho en casos semejantes. Yo sentiria hacer concebir á usted esperanzas que luego quedaran defraudadas; pero si no sobrevienen complicaciones... ¡qué caramba!... curas más difíciles se han hecho.

Juan devoraba con la vista al médico, y estaba pendiente de sus palabras.

Cuando este calló, el muchacho guardó silencio, como esperando que aún dijera algo más.

Entonces Merino, que habia dejado á Juan satisfacer su natural ansiedad, terció en la conversacion, diciendo:

—Es decir, que usted cree que por ahora no hay peligro.

—En el momento, no señor.

—¿Podemos ver al herido?

—De ningun modo.

—¿Qué dice usted?—preguntó Juan.

—Lo que usted oye.

—Pero yo, su hermano...

—Lo prohibo terminantemente. Al verle á usted

no podría ménos de agitarse; querría hablar, y esto pudiera serle fatal. Aunque todavía no tiene calentura, no tardará en tenerla, y para combatirla cuento principalmente con dos medios: el reposo y la dieta.

Juan se hizo cargo de las razones del médico y bajó la cabeza con resignacion.

—¿Ha visto usted ya muchos heridos?—preguntó Merino al doctor.

—Algunos,—replicó este.

—¿Y qué?

—De todo hay.

—Encargo á usted que los asista con el mayor esmero.

—Mi obligacion es hacerlo así.

—Lo mismo á los nuestros que á los enemigos.

—La ciencia, señor cura,—dijo el médico,—tiene tambien algo de sacerdocio, y ante ella no hay amigos ni enemigos; no hay más que hombres.

—Perfectamente. Pero sobre todo recomiendo á usted este oficial.

—Pierda usted cuidado,—dijo el médico, que era un hombre de cincuenta á cincuenta y cinco años, sano, robusto, enteramente calvo y con un aspecto de bondad que prevenia en su favor.—Ahora, con el permiso de usted, voy á continuar mi visita: por desgracia, hay en este momento muchos hombres en Covarrubias que necesitan de mí.

El médico saludó á Merino, estrechó la mano que Juan le tendia y salió.

—Me gusta este hombre. Uno así nos vendria bien

en la partida, porque me parece que no estaria ocioso. Será preciso pedirlo á la junta de Búrgos.

La conversacion del médico con Juan y el cura habia tenido lugar en el zaguan.

Los dueños de la casa, que salian de la habitacion del enfermo acompañando al doctor, permanecieron un poco alejados del grupo, oyendo el diálogo y contemplando con ávida curiosidad al cura Merino.

Luego que salió el médico, se acercaron á los recién llegados.

El dueño de la casa les saludó cortésmente y les invitó á pasar á una sala inmediata á la que Tomás ocupaba.

Merino aceptó la invitacion.

Juan le siguió como un autómatá.

Toda la energíá del muchacho habia ido desapareciendo desde que terminó el combate, para no dejar lugar en su ánimo más que á las inquietudes que le causaba el estado de su hermano.

Con el cura y Juan, entró el dueño de la casa seguido de su familia.

Esta se componia de su mujer y dos hijas.

Don Modesto, el padre, era hombre de unos cuarenta y cinco años, alto, delgado, amarillo y poco simpático. Hidalgo y propietario acomodado, nadie en el pueblo podia hablar mal de él; pero apenas se encontraba quien le tuviera cariño. Nunca habia cometido una mala accion; pero profesaba la virtud más bien por sistema que por sentimiento. Creia más conveniente y sobre todo más honroso ser bueno que malo, y entre los dos caminos habia elegido el del bien. Su honradez era

una especie de oficio, que desempeñaba concienzudamente, y era honrado como otros son zapateros ó escribanos. Por otra parte, su posición holgada é independiente y su vida en un pequeño pueblo de Castilla, no le habian puesto en el caso de poner á prueba sus cualidades morales; así es que su virtud no habia luchado, y si podia llamarse invicta, no podia ser tenida por invencible. Debemos decir que es muy probable que en caso de luchar hubiese vencido, porque don Modesto tenia la ventaja de ser un hombre sin pasiones y dominado por un orgullo inflexible, que le hubiera impedido faltar por no exponerse á que le echaran en cara su falta. Tan severo como consigo mismo, era con los que le rodeaban. Amaba á su esposa y á sus hijas; pero hubiera sido difícil averiguar, si al amarlas satisfacía una necesidad de su corazón, ó cumplía simplemente con su deber de padre de familia.

Como sucede muchas veces, el carácter de su esposa formaba un gran contraste con el suyo.

Doña Susana, que podria tener cuarenta años, era una jamona en toda la extensión de la palabra.

Habia sido buena moza, y aun conservaba restos, y más que restos de su hermosura.

Pero la belleza física de su persona siempre habia sido eclipsada por la de su carácter.

Alegre, franca y campechana, á la vez que dulce y cariñosa con todo el mundo, hasta cuando negaba un favor sabia hacerlo con tanta gracia, que el desahuciado tenia que quedar agradecido. Habia en ella un verdadero don de gentes, y ganaba más simpatías en una

hora que enemistades su marido en toda su vida. Gracias á esto, el matrimonio era muy bien mirado en Covarrubias.

Las hijas de esos señores, llamadas Amalia y Luisa, tampoco se parecían entre sí.

La primera, que era la mayor y aun no habia cumplido veinte años, era una rubia muy bonita; pero tímida y dulce hasta la exageracion.

Luisa, blanca, con pelo y ojos negros, largas pestañas, y labios purpurinos que se reían constantemente, acaso por dejar ver dos filas de dientes pequeños, blanquísimos y bien alineados, tenia dos años ménos que su hermana, y hubiera sido una muchacha preciosa, á no ser demasiado delgada. Aún así, podia llamar la atencion en cualquiera parte.

Su carácter era el de un muchacho, pero un muchacho travieso.

Alegre, resuelta y decidida, nada se la oponia; y su único sentimiento era no haber nacido hombre para revolver medio mundo. Mujer y todo, si la hubieran dejado era capaz de revolverlo.

Entre estas personas iba Tomás á pasar el tiempo que su herida le obligara á permanecer sin tomar parte en la guerra.

—Tomen ustedes asiento,—dijo ceremoniosamente don Modesto, apenas hubieron entrado en la sala.

—No será por mucho tiempo,—replicó don Jerónimo sentándose;—hoy es dia muy ocupado.

—¿Conque usted es hermano de ese jóven herido?—preguntó á Juan doña Susana.

—Para servir á usted,—contestó el jóven.

—Muchas gracias.

—¿Y dice usted que es oficial?—preguntó Luisa.

—Sí, hija mia,—replicó doña Susana, que siguió preguntando:—¿tienen ustedes madre?

—Si no la tuviéramos,—repuso Juan,—no estaria yo tan preocupado.

—¿Válgame Dios!

—Pero, muchacho, no hay que apurarse,—dijo el cura.

—Ya ha oido usted que el médico no ha perdido las esperanzas de salvarle,—añadió don Modesto, que creyó que debia decir al jóven alguna palabra de consuelo.

—Y aquí le cuidaremos como si estuviera en su casa,—exclamó doña Susana.

—Muchas gracias, señora.

—Pues no faltaba más. ¡Pobre jóven!

—Eso queria recomendar á ustedes,—dijo Merino.— ¡Qué caramba! ya que nosotros nos hagamos romper la crisma por defender á España, justo es que cuando tenemos una desgracia encontremos auxilio en todos los españoles.

—Así es en efecto,—repuso don Modesto,—y por mi parte no dejaré de cumplir con esa obligación. El oficial de que se trata encontrará en mi casa todo lo que necesite. Si por acaso llegaran aquí los franceses, tengo donde ocultarle, y difícilmente darian con él los más sagaces.

—Eso es lo que importa,—contestó Merino;—nosotros tendremos que salir muy pronto de Covarrubias,

y debemos marchar seguros de que los heridos que dejemos quedan en buenas manos, y serán bien asistidos y defendidos en caso necesario.

Juan estaba cada vez más preocupado.

Hasta entonces no se le habia ocurrido lo que decia el cura.

La partida no podia permanecer mucho tiempo en aquel pueblo, y cuando marchase era imposible que se llevara los heridos, especialmente los graves, como su hermano.

Esto, que era muy natural, constituia una nueva dificultad, un nuevo peligro para Tomás y una preocupación nueva para Juan.

—Yo siento,—añadió despues de un momento el cura,—que su hermano no se pueda quedar para cuidarle; pero hace falta al frente de su escuadron, y lo primero es lo primero. Dejaremos aquí un soldado para que le asista.

—En mi casa hay bastantes criados,—contestó don Modesto.

—Y todos lo seremos suyos,—añadió doña Susana.

—Gracias, señora, gracias en mi nombre y en el de mis padres,—exclamó Juan.

—No hay de qué.

—Hoy mismo se ocultarán sus armas en lugar seguro,—prosiguió diciendo don Modesto,—y ese oficial no será más que un pariente mio enfermo. Así creo que no habrá cuidado.

—¡Oh! los franceses no me preocupan,—murmuró Merino.—En estos dias pienso que les demos bastante

que hacer, y no tendrán tiempo para venir á Covarrubias á apoderarse de unos cuantos heridos, cuando sus compañeros sanos y buenos anden por esas montañas dándoles algunos disgustos.

—Bueno es el que les ha dado usted hoy, señor cura,—dijo Luisa, que estaba rabiando por decir algo.

—No ha sido malo, hija mia.

—Yo, aquí donde usted me ve, de buena gana hubiera salido á batirme.

—¡Hola!

—No crea usted que tengo miedo.

—¡Pero, muchacha!—dijo en tono de reconvencion doña Susana.

—Es lo más habladora,—añadió el padre.

—Déjenla ustedes,—exclamó Merino.

—Pues sí,—prosiguió la jóven;—cuando los granaderos, huyendo de la plaza, pasaron por esta calle, yo, que estaba escondida detrás de la ventana de mi cuarto, cogí un palo largo...

—¿Y qué?

—Que empujé una de las macetas que habia en ella.

—¡Bravo!

—Creo que no habré hecho daño á nadie; pero en fin, yo he tirado la maceta.

—Muy bien hecho,—gritó Merino con entusiasmo;—si todos los españoles hicieron otro tanto, ya no quedaba un gabacho en esta tierra. Dime, hija, ¿te queda aún otra macetita?

—Sí, señor.

—Pues si volviera á suceder lo que hoy, no te olvides de tirarla á la calle.

Don Modesto, al oír que Merino tuteaba á su hija, hizo un gesto de disgusto; pero se reprimió al momento y no dijo una palabra, en primer lugar porque los curas en aquella época solían tomarse esas y otras libertades sin que nadie se atreviera á irles á la mano, y en segundo porque el guerrillero tenía ya en toda Castilla tal fama de estravagante y poco conforme á los usos sociales, que en él no se extrañaba nada, y todos sufrían sus excentricidades y sus impertinencias, diciendo: «¡Cosas suyas!»

Además, aquel día era vencedor, acababa de dar grandes pruebas de astucia y de bravura, y don Modesto, que amaba á su patria, no podía sustraerse á cierta admiración, no exenta de agradecimiento, al que tan bien sabía defenderla.

El cura después de asegurarse de que Tomás sería muy bien cuidado, puso término á la visita y salió con Juan.

Los dueños de la casa les acompañaron hasta la puerta de la calle, y les hicieron mil ofrecimientos.

Juan ofreció volver á ver á su hermano en cuanto las atenciones del servicio se lo permitieran, y siguió al sacerdote.

Ya se habían alejado diez ó doce pasos de la casa, cuando Luisa, que se había quedado en el dintel viendo marchar, gritó:

—Adios, señor cura.

—Adios, hija mia, —contestó Merino, que siguió andando, y dijo á Juan:

—Guapa chica, y valiente.

—En efecto,—contestó el hermano de Tomás por decir algo.

—No así la otra, que en todo el tiempo que hemos estado en su casa no ha despegado los labios.

Merino y nuestro amigo llegaron á la casa de ayuntamiento.

Allí dispuso el cura que se pagara á todos los que habian acudido á ayudarle el duro prometido, con lo cual los aldeanos se marcharon á sus pueblos contentísimos y deseando que se presentara otra ocasion en que volver á pelear contra los franceses.

Como era natural, despues de haber visto las ventajas que gozaban los que componian la partida, muchos quisieron quedarse en ella.

Su patriotismo estaba aquel dia exaltado por el combate y por la victoria; la guerra tenia paralizados todos los trabajos y hacia sumamente dificil la vida para los pobres; el carácter de los españoles es novelesco y aventurero, su amor á la independenciam grande, y todas estas causas reunidas dieron á Merino un contingente de cuarenta voluntarios.

En la accion no habia tenido la guerrilla más que dos muertos y once heridos, casi todos en la carga que dió Juan á la reserva francesa.

El botin de guerra era considerable.

No bajaba de ciento ochenta fusiles magníficos, con sus correspondientes cartucheras, bayonetas y fornituras.

Tambien se cogieron tres cornetas y cuatro tambos-

res, lo que quiere decir que los granaderos no habian salvado más que uno de sus instrumentos militares.

Las espadas de todos los oficiales que habian pasado los Pirineos para atacar la independendencia española, iban á servir para defenderla.

¡Azares de la guerra!

Merino dispuso que con los nuevos voluntarios y los hombres desmontados que habia en la guerrilla se organizara un peloton, ó por mejor decir una compañía de infantería, cuyo efectivo pasaba de cincuenta hombres, entre los cuales se repartieron los efectos cogidos á los granaderos, con cuyos fusiles se armaron todos, recogiendo sus antiguas armas á los que ya las tenian, porque el cura, como inteligente que era, comprendia las ventajas de tener un armamento uniforme, pues así bastaba con una sola clase de municiones.

Las escopetas y los cien fusiles sobrantes se llevaron á la colegiata de Covarrubias, cuyo abad prometió esconderlos y tenerlos, así como las fornituras, á disposicion de la partida, para cuando fueran haciendo falta.

Sólo la caballería, cuyo escuadron habia quedado reducido á treinta y dos ginetes, conservó el armamento irregular que tenia, porque las carabinas y las escopetas eran más á propósito para batirse á caballo que los fusiles, incómodos de manejar, tanto por peso como por su longitud.

Lo único que se hizo fué cambiar algunas escopetas por trabucos, de los cuales salieron á relucir en el combate de Covarrubias seis ó siete, que sus dueños regalaron con mucho gusto á la partida.

Entre tanto, el pobre Tomás estaba en el lecho sufriendo dolores bastante agudos.

Al caer herido cuando cargaba tan bizarramente á los franceses, no sintió casi nada.

La conmocion fué tan grande, que cayó del caballo atontado, como si se hubiera desplomado sobre él una montaña.

Quedó en el suelo medio desvanecido, y sin que pudiera decirse que habia perdido del todo el conocimiento, le era imposible darse cuenta de lo que pasaba.

Los gritos de los combatientes y el sonido de las descargas llegaban á él como un zumbido inmenso.

Cuando despues de terminada la carga y derrotados los franceses fué recogido como los demás heridos, entreabió ligeramente los ojos, vió á Juan á su lado, quiso hablar; pero una aguda punzada que sintió en el pecho hizo espirar la palabra en sus labios.

Entonces volvió á cerrar los ojos.

Le pareció que su hermano le hablaba, pero no entendió lo que decia.

Se acordaba confusamente de su madre, de su padre, de María, de sus amigos de Villoviado; pero no sabia si aquellos séres queridos vivian aún ó habian muerto.

Lo que con más claridad podia distinguir en medio de aquel caos, era la figura de un anciano, encorvado bajo el peso de los años y atado con fuertes ligaduras, que con la ropa hecha girones, cubierto de sudor el rostro y los piés chorreando sangre, marchaba por un camino entre varios gendarmes, que se burlaban de él y le hacian aligerar el paso á culatazos.

Aquella vision fantástica hizo asomar una lagrima á las ojos del jóven.

Era el recuerdo de la prision de su padre, que es en lo que pensaba en el momento de caer herido.

Por lo demás, no tenia conciencia de nada.

No sabia si estaba vivo ó muerto, si soñaba ó veia la realidad.

Se dejó llevar á Covarrubias como un cuerpo inerte, y una vez en casa de don Modesto, ni siquiera se enteró de que lo desnudaban y lo metian en la cama.

Al poco rato comenzó á sentir una impresion agradable que le volvia dulcemente á la vida.

El médico habia empezado á hacerle la primera cura.

Lo primero que hizo fué lavar la herida con agua templada, para quitar la sangre que se habia coagulado, lo cual impidió que el jóven se desangrase, pero al mismo tiempo le molestaba mucho, porque desde que se secó le habia pegado la camisa al pecho y le tiraba fuertemente.

Libre ya de aquella molestia, su respiracion fué haciéndose más igual y pausada, y aunque la sangre volvió á correr de su herida, hasta en aquello, á pesar de que le debilitaba, experimentó una especie de desahogo y de consuelo.

Empezaba á comprender vagamente lo que á su alrededor pasaba, cuando de pronto sintió en el pecho un cosquilleo bastante incómodo.

Era la sonda, que el médico habia introducido.

El cosquilleo sólo duró dos ó tres segundos.

En seguida sintió un dolor agudo y violentísimo, como si le arrancaran las entrañas.

Tomás lanzó un grito terrible, penetrante, desgarrador.

La fuerza del dolor le volvió completamente á la vida.

Abrió los ojos y se vió acostado en una buena cama, rodeado de personas extrañas, entre las cuales destacaba el médico, que sonreía victoriosamente, enseñando entre los dedos pulgar é índice de la mano derecha la bala que acababa de extraer.

Al otro lado de la cama estaba don Modesto con una luz en la mano.

A la izquierda del médico doña Susana con un canastillo de trapos, hilas y vendajes, y detrás de ella un criado con una palangana llena de agua. En la mesilla de noche se veía abierta la bolsa de cirugía del operador.

En la sala estaban las dos muchachas, que ni veían á Tomás, ni podían ser vistas por él.

—¿Dónde estoy?—dijo en voz débil el muchacho.

—Entre amigos,—le contestó el médico, apresurándose á atajar la sangre, unir los labios de la herida con tiras de aglutinante, poner el apósito y colocar el vendaje.

Todo ello fué obra de dos minutos.

—Ahora tranquilidad y silencio,—dijo el médico luego que hubo terminado la operacion.

—¿Habrá que darle algo?—preguntó doña Susana.

—Agua si la pide.

—¿Y nada más?

—Nada más.

—¿Ni un poco de caldo?

—Nada. Yo volveré esta tarde, y veremos.

Entre todos arreglaron á Tomás en la cama, le taparon bien; el médico se lavó las manos, bajó las mangas de su levita, que se habia levantado, recogió la bolsa de instrumentos, y todos salieron de la estancia.

Entonces llegaron Juan y el cura Merino, teniendo lugar las escenas que antes hemos referido.

Mientras el médico iba de casa en casa visitando heridos y la familia de don Modesto se disponia á cuidar al pobre Tomás lo mejor posible, Merino, que habia acabado de comer con buen apetito, como el que ha estado sin parar ocho ó nueve horas, llamaba á Juan á la sala capitular, de que habia hecho su despacho.

—Juan,—le dijo,—estoy satisfecho de tí, como lo estoy de todos, y no tengo hoy más sentimiento que la herida de tu hermano; pero en fin, con tal que el médico no se equivoque, creo que pronto saldremos de ese apuro.

—Dios lo quiera.

—Nuestra victoria de hoy nos crea algunas dificultades, que es preciso vencer.

—Verdaderamente.

—En primer lugar los prisioneros...

—Estaba pensando en ellos.

—Los franceses querrán rescatarlos á viva fuerza, y es preciso que no lo consigan.

—No sé cómo podremos impedirlo.

—Tú no lo sabes; pero yo sí.

—Tal vez.

—De seguro. ¿Conoces tú el Embudo de la sierra?... Pues allí hay un pueblecillo de leñadores y carboneros que no se encuentra en ningún mapa, ni darán con él los franceses, aunque lo estén buscando diez años.

—No lo sabía.

—A mí me lo enseñó un pastor hace tiempo en una de mis cacerías.

—¿Y cómo se llama ese pueblo?

—Neila.

—No lo he oído nombrar nunca.

—A casi todos los españoles les pasa lo mismo. Allí pienso llevar los prisioneros, y luego que los busquen cuanto quieran.

—Me parece perfectamente.

—Como yo sólo conozco el camino, me pondré en marcha esta misma noche. ¿Cuántos son los que hay ilesos?

—Sobre sesenta hombres.

—Los llevaré atados en una cuerda, y con diez ó doce de los nuestros me bastan para su custodia.

—No creo que tengan mucha gana de escaparse.

—Una vez en la sierra, les desafío á que lo hagan, y el que lo consiguiera en el pecado llevaría la penitencia, porque como no sabría salir de ella, no tendría más remedio que morirse de hambre.

—Es verdad.

—Tú con el resto de la partida, es decir, con cuarenta infantes y treinta caballos, te quedarás aquí un par

de dias para que descanse la gente y dar lugar á que nuestros contusos y algun herido leve se incorpore á la fuerza, al mismo tiempo que los voluntarios que se presenten.

—Y los heridos franceses, ¿qué hacemos de ellos?

—Aquí quedarán curándose. Si luego que abandonemos el pueblo y sus alrededores vienen los suyos á recogerlos, sea en buen hora, y si se escapa alguno vaya con Dios, que á nosotros más nos sirven de estorbo que de otra cosa.

—Es cierto.

—Tú, ya permanezcas en el pueblo, ya determines salir de él, ten la mayor vigilancia. Aunque lo que ha sucedido hoy hará más prudente al enemigo, no por eso hay que descuidarse. De la guarnicion de Lerma, que es la que está más cerca, no tienes nada que temer, porque está reducida á media compañía. Las columnas que hay en algunos puntos de la sierra no creo que ya se atrevan á atacarnos aisladas; lo ménos querrán reunirse dos, y gracias al mal estado de los caminos, necesitan para eso tres ó cuatro dias. De modo que antes de que llegue aquí alguna fuerza respetable, pasará más de una semana, y Dios sabe dónde estaremos nosotros. Cinco ó seis dias necesito yo para mi expedicion. En mi ausencia conviene que procures no empeñar combates. Por los confidentes sabrás los movimientos que haga el enemigo, y si creyeras conveniente hacer alguna intencion que le llamara la atencion por otra parte, desviándole de este pueblo, yo fio en tu valor y en tu entendimiento, y puedes hacer lo que gustes.

Otras muchas dió don Jerónimo á nuestro amigo sobre la instruccion que debia ir dando á los reclutas y lo que tenia que hacer en los diferentes casos que pudiesen ocurrirle.

Merino era la prevision personificada, y sólo así se comprende que en tantos años de guerra no fuera jamás vencido por los franceses, ni él, ni ninguna de las partidas que operaron bajo su direccion.

## Capítulo XIX

### El Embudo de la sierra.

Don Gerónimo salió de Covarrubias la misma noche del día en que tan brillantemente había combatido contra los franceses.

El cura se internó en la sierra con su comitiva, compuesta de los sesenta granaderos que había apresado, los cuales iban atados en una cuerda por las muñecas.

La escolta del convoy se componía de doce hombres á pié perfectamente armados, y dispuestos á reprimir con la mayor energía cualquier conato de desorden ó fuga de parte de los prisioneros.

Por lo demás, estos no podían intentar nada.

¿Qué hubieran podido hacer aunque lograran romper sus ligaduras, cosa que tal vez no les hubiera sido difícil, á pesar de la vigilancia de sus guardianes?

Sin armas y en lo más áspero de sierras que desconocían completamente, la fuga era imposible.

El que lograra escapar, no conseguiría más que ser víctima del hambre, del frío y de los lobos.

Su misma conveniencia les aconsejaba dejarse llevar á merced de sus vencedores, que considerándolos como rehenes, tenían al ménos interés en conservarles la vida.

Merino, montado en su caballo, recorría sin cesar la extensa línea de marcha, animando á los perezosos con su presencia y con sus palabras, ó por mejor decir con sus amenazas.

Los guerrilleros no escaseaban los culatazos á los más remolones, y la marcha se hacia con bastante celeridad, atendiendo á lo fragoso del terreno en que se verificaba.

Tres dias duró aquel viaje por senderos impracticables y montañas por donde parecia que no podian trepar más que las cabras.

En más de una ocasion el cura y su asistente, únicos que iban montados, tuvieron que apearse y marchar horas enteras dejando sueltos los caballos, para que su buen instinto les hiciera atravesar pasos difficísimos, en que las herraduras resbalaban sobre piedras movedizas, las cuales caian rodando á precipicios tan profundos, que su sola vista causaba vértigos.

En estos parajes la columna marchaba muy despacio. Especialmente los pobres granaderos que no habian pisado nunca un terreno semejante, apenas se atrevian á dar un paso.

Los soldados de Merino, que casi todos habian sido leñadores, pastores ó cazadores antes de la guerra, y

que además estaban acostumbrados á aquella naturaleza salvaje, andaban mejor.

El cura y el *Feo* pisaban aquellos peligrosos vericuetos con la misma seguridad que si fueran los alfombrados salones de un palacio.

El convoy tenia que hacer muchos descansos.

La primera jornada sólo duró hasta internarse en la sierra, porque Merino se hizo cargo de que por donde pensaba ir era imposible andar de noche.

Aun en medio del dia, mandaba hacer alto con frecuencia.

Prisioneros y guardianes se dejaban caer en el suelo en el momento en que paraban; sacaban de los morrales sus víveres, pues todos llevaban raciones para cuatro dias, y comian más aún que con apetito, con hambre, porque aquella marcha era capaz de despertarla en el más desganado.

Ya se recordará que entre los prisioneros habia un teniente, único oficial de los que habian tomado parte en el ataque de Covarrubias que tuvo la suerte de no ser muerto ni herido.

Merino tuvo la consideracion de mandar que no fuera atado, y el pobre hombre seguia á pié, triste y humillado, la cuerda de los que habian sido sus subordinados y eran entonces sus compañeros de infortunio.

No contento con esta deferencia, don Jerónimo hacia comer con él al oficial, que cada vez estaba más admirado, viendo aquel cura que peleaba con tanta ferocidad y tenia un instinto guerrero tan desarrollado, y

unas cualidades físicas y morales verdaderamente dignas de estudio.

—¿Qué le parece á usted esta tierra, amigo?—preguntaba Merino á su prisionero cuando atravesaban los sitios más peligrosos.

—Muy buena para ustedes,—solía decir el oficial.

—Aquí,—contestaba el cura,—no necesito yo más que veinte hombres para burlarme de todo un ejército.

—Lo creo.

—Y lo mejor del caso es que en España abundan los terrenos como este.

—Eso voy viendo.

—Así les que me parece que su emperador les ha metido á ustedes en una mala danza.

—¡Oh!—replicaba el oficial;—los soldados franceses estamos acostumbrados á pelear...

—Pues los españoles,—contestaba el cura un poco picado,—sin tener esa costumbre, peleamos como usted ha visto; conque ¿qué será cuando nos acostumbremos!

—El pobre país va á quedar arruinado.

—El país no tiene mucho que perder. Las montañas se defienden con facilidad y los peñascos no se quejan de las balas.

Estos diálogos ú otros semejantes se repitieron varias veces en los tres días de marcha.

El francés procuraba, aunque con timidez y de un modo indirecto, desalentar al cura, y el cura demostraba cada vez más confianza en que al fin la victoria sería de los españoles.

—Los ejércitos del emperador son muy numerosos

y han sabido vencer á todos los de Europa,—decia un dia el oficial, comiendo con el cura.

—No lo dudo.

—Aquí vencerán tambien.

—A las tropas regulares ya las han vencido varias veces y las vencerán otras tantas.

—En ese caso...

—No consiguen ustedes nada. Después del ejército esta el país, y al país no se le vence.

—¿Por qué?

—Porque no quiere.

—¿Y qué es el país?...

—Entiendo por país, los campesinos, las mujeres, los chiquillos y los curas; con esos no podrán ustedes.

—¿No?

—El país,—proseguia diciendo con animacion Merino,—es el que en Covarrubias ha hecho que los famosos granaderos de la Guardia Imperial rindan las armas á un cura de misa y olla, que no entiende de táctica ni de estrategia, ni de nada del mundo, pero que tiene su gramática parda, y se ha propuesto que no se riria de él ningun francés. País son las viejas que les tiraban á ustedes sus pucheros desde las ventanas de las cocinas, los labriegos que les perseguian con sus hoces, y estas montañas tan enemigas de ustedes, que hacen que yo con doce paisanos pueda guardar á sesenta granaderos, valientes y acostumbrados á vencer como usted dice; pero que aquí son débiles como los niños, porque apenas pueden andar, ni sabrian dar un paso en cuando se vieran sin nosotros; estas montañas donde

yo estoy tan seguro que sólo Dios puede inspirarme miedo, porque si ahora me dijeran que todo el ejército francés estaba á una legua de aquí, yo me quedaria tan tranquilo, seguiria comiendo, y despues de descansar un rato, emprenderia la marcha, persuadido de que no habia de ser molestado y de que ustedes llegarian sin novedad al lugar de su destino. Este es el país, y contra esto no puede el emperador Napoleon, ni todos los emperadores habidos y por haber.

—Tiene usted razon,—dijo el oficial, inclinando la cabeza.

Por las noches la pequeña columna acampaba en el lugar que parecia más á propósito, y antes de acostarse encendia grandes fogatas, con el doble objeto de templar algun tanto el ambiente y espantar los lobos, que por allí abundaban.

Dos hombres quedaban de centinela relevándose cada hora para vigilar las armas y cuidar de que los prisioneros no hicieran ninguna intentona, aunque esto no era probable y todos parecian resignados con su suerte.

Por fin al tercer dia de marcha llegaron á Neila.

Este pueblecillo se halla situado en el fondo de un verdadero embudo que forma la sierra.

Tendrá sobre poco más ó ménos una extension igual á la de la plaza Mayor de Madrid, y en él viven unas ciento y tantas familias de leñadores.

Alejados del trato del mundo, sin caminos que los pongan en comunicacion con el resto de los vivientes, ni más que algunos senderos practicados en las montañas para salir á cortar pinos y retirarse con la misera-

ble retribucion que ganan, los habitantes de Neila son todavía una verdadera excepcion entre los españoles.

Parece un aduar salvaje, que las tribus de los primeros pobladores de la Península se dejaron olvidado en aquel hoyo, al huir delante de la civilizacion.

A la mayor parte de los españoles les seria muy difícil encontrar semejante pueblo; los franceses ni siquiera sospecharon que existia: así es, que sólo algunos estuvieron en él, y estos en calidad de prisioneros.

Metido en una hondonada adonde el sol penetra con dificultad, la mayor parte del dia y toda la noche está alumbrado por teas de madera resinosa, que arden como hachas de viento, y gracias al humo que despiden, el pueblo y sus moradores tienen un tinte negro que les hace parecidos á los habitantes de Congo.

A aquel encierro al aire libre, que para ser calabozo no le faltaba ni siquiera la oscuridad, llevó Merino á sus prisioneros.

Los alojó en las casas del pueblo, con cuyo cacique (porque no nos atrevemos á llamarle alcalde, ni sabemos siquiera si tenia este titulo) estaba el cura en relaciones hacia algun tiempo. Impuso á los vecinos la obligacion de mantener y vigilar á sus alojados, ofreciéndoles una retribucion proporcionada, que se comprometia á enviar por quincenas; dejó de guarnicion allí los doce hombres que habian servido de escolta, ofreciendo relevarlos con frecuencia, y él se dispuso á marchar al siguiente dia con el *Feo* para ponerse otra vez al frente de la guerrilla.

Por este importante acontecimiento, que hará épo-

ca en la historia del lugar de Neila, supieron sus habitantes que hacia más de un año que unos hombres llamados franceses habian invadido á España, y que en todas las provincias se peleaba contra ellos como se podia.

Trasladémonos ahora á Villoviado y á la casa de la novia de Tomás, donde la madre de este tuvo que refugiarse cuando su marido fué preso por los gendarmes y su casa sellada de órden de las autoridades francesas.

Mariana habia caido enferma en cama.

La tia Gregoria y su hija la prodigaban los más solícitos cuidados.

El médico recetaba á más y mejor.

Peró la enferma no se aliviaba.

Tres dias pasó sin tomar alimento, sostenida únicamente por la calentura.

Las noches las pasaba en un delirio espantoso.

Unas veces veia á su marido en medio del cuadro en que lo iban á pasar por las armas, arrodillado, pálido, con los ojos vendados, el crucifijo en las manos, sujetas por fuertes ligaduras, y repitiendo con labio balbuciente las oraciones que le dictaba sollozando un sacerdote que tenia los ojos llenos de lágrimas.

Otras creia que un francés se presentaba en su casa á llevarla los cadáveres ensangrentados de sus dos hijos.

De repente cambiaba de pensamientos.

Reia, cantaba como una loca, y golpeaba con cruel ferocidad la almohada, diciendo que ya habia cogido al afrancesado que prendió á Gil y queria robarla la carta de Juan.

Los primeros dias fueron horribles.

Al fin, la debilidad pudo más que la fiebre, y se fué calmando.

El médico, que habia llegado á concebir sérios temores, manifestó esperanza de curarla.

A los cuatro dias empezó á tomar caldo.

A los cinco la hicieron levantar de la cama y pasar algunas horas sentada en un sillón para que fuera menor su excitacion nerviosa.

Pero la pobre mujer, á medida que iba recobrando la salud, podia apreciar más distintamente la situacion de las cosas y se iba poniendo cada vez más triste.

María no se separaba un momento de su lado, y tenia con ella todas las atenciones de una buena hija.

La tia Gregoria se multiplicaba para que no faltase nada, y se desvivía por alegrar á la enferma.

—¿No han escrito, María?—preguntaba esta todos los dias á la novia de Tomás.

—No, señora.

Y las dos mujeres se abrazaban y confundian sus lágrimas y sus suspiros.

Ocho dias habian pasado sin que hubiera noticias de Gil ni de sus hijos.

Esto no era extraño.

En España no habia entonces correo diario; las capitales se comunicaban entre sí dos ó tres veces por semana, y con los pueblos cuando Dios queria.

Además, Gil estaba en Búrgos incomunicado. Los dos muchachos, primero en la partida del cura por tro-

chas y vericuetos, donde no era fácil dar noticias, y luego de la acción de Covarrubias; Tomás herido en casa de don Modesto, y su hermano, además de ocupado con el mando superior de la fuerza, perplejo sobre lo que debía hacer en cuanto á su familia con respecto á la desgracia de Tomás.

Al pronto decidió callar.

Pero luego pensó que la noticia del combate de Covarrubias no podría ménos de llegar á Villoviado, probablemente abultada; que tal vez se supiera algo de la herida de Tomás, y que si él no decia nada creerian que el daño habia sido aún mayor de lo que en realidad era.

Resolvió, pues, escribir á María, y la dijo que Tomás estaba levemente herido, que no escribia él mismo porque la herida era en la mano; pero que en pocos dias estaria completamente curado.

Esta mentira, que á primera vista puede parecer un poco imprudente, porque hacia concebir demasiadas esperanzas, no lo era tanto, atendiendo á que Juan no escribió sino dos dias despues del combate, cuando ya habia visto y hablado á Tomás, y el médico le habia dicho, que aunque su curacion seria larga, le consideraba fuera de peligro.

Por consiguiente, aunque Juan mintiera en los detalles, decia la verdad en el fondo, porque lo esencial era que su hermano no estaba en riesgo de muerte.

No por esto fué menor la pena de las tres mujeres al recibir su carta.

Mariana queria marchar inmediatamente á Covar-

rubias, y lo hubiera hecho si su debilidad no se lo hubiera impedido.

Maria se desesperaba porque no la dejaban ir sola.

Y Gregoria, que era muy devota, encendió velas á todos los santos y ofreció un sinnúmero de partes de rosario por la salud del jóven.

---

## Capítulo XX

**Que trata de varias cosas y otras muchas más**

Juan había cometido una ligereza en la carta que escribió á María dando cuenta de la herida de Tomás.

En su afán de tranquilizar á las tres mujeres por la suerte del herido, las decía que estaba perfectamente alojado y asistido en la casa de don Modesto, de cuya familia hablaba con elogio.

María, al enterarse de que su novio vivía bajo el mismo techo que dos muchachas, que aunque Juan no lo decía, ella desde luego supuso bonitas, y nosotros sabemos que no se engañaba, frunció el ceño.

Conocía el carácter veleidoso de su novio, mil veces había reñido con él por su afición á las hijas de Eva, y aunque confiaba bastante en su cariño y no temía que lo entregase á otra, sospechaba que el jóven podría co-

meter alguna de esas infidelidades que son para el que las comete *peccata minuta*, pero que al que las sufre no le hacen maldita la gracia.

Los amantes son siempre desconfiados, y las mujeres mucho más que los hombres.

Ya veremos si la pequeña contrariedad que experimentó María era ó no fundada.

Entre tanto Juan, al frente de la partida, procuraba justificar la confianza que habia depositado en él el cura Merino.

Mantenia con rigor la más severa disciplina, hacia que los reclutas consagrasen á su instruccion muchas horas al dia, y cuidaba de filiar y enterar de sus obligaciones á los voluntarios que se presentaban diariamente.

Ejercia en todo una vigilancia rigorosa, y no perdonaba medio para que el pequeño ejército de su mando estuviere en completa seguridad.

Tanto por proporcionar á los suyos mayor descanso, como por favorecer los progresos de la instruccion de reclutas, y por estar al cuidado de Tomás, determinó si le era posible esperar en Covarrubias la vuelta de Merino.

A este fin, y considerando que los granaderos que allí habian quedado heridos, á la vez que un estorbo eran un peligro, pues los franceses habian de querer recogerlos; atendiendo á que Merino les devolvía de hecho la libertad desde el momento que pensaba dejarlos en el pueblo cuando lo abandonase la partida; y pensando que allí consumian recursos que tal vez luego

hicieran falta, dispuso trasladarlos á Lerma, que no distaba más que una jornada, y cuya escasa guarnicion no era temible mientras no fuera reforzada, para lo cual habían de pasar algunos dias.

Al efecto combinó con el alcalde que preparara los bagajes necesarios, y unos acomodados en carros y montados en caballerías los ménos graves, los enviara á la cabeza del distrito.

Para lograr completamente el objeto que se proponia, dispuso salir él de Covarrubias con toda la partida, y marchar con direccion opuesta á la que debian seguir los heridos.

Realizó su idea, y en cuanto hubo salido del pueblo el alcalde preparó el convoy y lo hizo salir, entregando al delegado que nombró para que hiciera cabeza de él, un oficio, en el cual decia, que habiendo salido aquella mañana de Covarrubias la partida del cura Merino, él se apresuraba á enviar aquellos heridos que habian quedado en el pueblo, donde no habia medios suficientes para su curacion.

Con esto se lograban dos cosas.

Primera, desembarazarse de los heridos.

Segunda, que los franceses creyeran que los guerrilleros se habian alejado del teatro de la victoria, y no los buscaran en aquella direccion.

Como los granaderos habian visto efectivamente salir la guerrilla, el oficio del alcalde resultaba exacto, y sus declaraciones no hacian más que confirmarlo.

Pero Juan, así que hubo andado poco más de una legua, contramarchó, y aun no hacia una hora que los he-

ridos habian salido, cuando él entraba otra vez en Covarrubias con toda su gente.

Esto no bastaba, sin embargo, para su seguridad, y el jóven empleó escrupulosamente el sistema que habia aprendido de Merino, y consistia en establecer guardias avanzadas y rondas que vigilasen sin cesar á bastante distancia del pueblo.

El mismo pasaba muchas horas del dia y de la noche á caballo, recorriendo los alrededores, alejándose algunas veces dos y tres leguas para adquirir noticias, y siendo, en una palabra, el centinela avanzado de la partida.

No contento con esto, se propuso desorientar más y más á sus enemigos, apareciendo inopinadamente en diferentes puntos.

Organizó rápidas y pequeñas expediciones que hicieran creer á los franceses que estaba cada dia en un punto.

Unas veces aparecía en Ontoria del Pinar, otras en Barbadillo del Mercado, otras en diferentes pueblos aún más apartados; todo con el objeto de que los alcaldes dieran partes diciendo que la partida habia aparecido aquí ó allá.

Generalmente sus expediciones las hacia de noche y sólo con la caballería, llevando su audacia hasta acercarse á algunos puntos donde habia tropas francesas y cambiar con ellas algunos disparos.

En Lerma penetró una noche sin que nadie se le opusiera, hizo una descarga al aire en medio de la plaza, y salió de la población al galope, mientras la media

compañía que allí habia, sin atreverse á salir de su cuartelillo, rompía por todas las ventanas un fuego terrible, acribillando á balazos las paredes de la casa de enfrente, en la creencia de que el temible sacerdote que habia vencido en Covarrubias se atrevia á tomar la ofensiva é iba á dar una prueba más de su valor.

Cerca de media hora tardaron los franceses en persuadirse de que no tenian enemigos, y por consiguiente en suspender el fuego; pero ni aun así se atrevieron á salir de su casa-cuartel, que era bastante fuerte, porque en ella estaban seguros de poder defenderse, y desmembrados temian ser víctimas de alguna asechanza de los españoles.

A las primeras horas de la mañana procuraba Juan estar de vuelta de sus expediciones, que algunos dias no se verificaban, contentándose con enviar un par de ginetes á algun pueblo distante, á los cuales daba órden de presentarse al alcalde pidiéndole que preparase raciones para la partida, que debia llegar al dia siguiente.

Por supuesto que la partida no llegaba; pero el resultado era que como las autoridades debian comunicar todas las novedades que ocurrieran en sus pueblos, no dejaban de participar esta, y los jefes de las columnas francesas estaban mareados con un aluvion de noticias contradictorias.

«Han aparecido aquí.» «Se les ha visto por allá.» «En tal parte han pedido raciones.» «En tal otra se han tiroteado con las tropas imperiales.»

Todos estos partes, que llegaban diariamente á manos de los jefes encargados de perseguir á la partida,

costaron á los pobres franceses una infinidad de marchas y contramarchas, cuyo único resultado era fatigar inútilmente á los soldados y desanimarles cada vez más, quitándoles la esperanza de dar con enemigos tan astutos y ligeros.

Y á todo esto el temor de las sorpresas era tan grande por parte de los franceses, que para evitarlas hacian un servicio penosísimo.

Así se pasaron siete dias.

Mientras andaban de un lado para otro en busca de un enemigo que estaba en todas partes y no se le encontraba en ninguna, la guerrilla seguia organizándose muy tranquilamente en Covarrubias; Juan tenia el gusto de ver diariamente á su hermano, y algunos de los heridos más leves entraban en convalecencia, haciendo esperar que pronto volverian á incorporarse con sus compañeros.

Como se ve, Juan no habia perdido el tiempo al lado de Merino; aprovechaba las lecciones de este, y podía desempeñar tan bien como su maestro las funciones de general en jefe.

Hallándose en la jurisdiccion de Lerma, y por consiguiente no lejos de Villoviado, determinó ir una noche á su pueblo.

No queriendo sorprender á su madre, adoptó la prudente precaucion de enviar de dia un mozo de confianza que anunciara la visita, y con el corazon palpitante de alegría emprendió la marcha al anochecer.

A las doce de la noche llegaba el pequeño escuadron á las inmediaciones del pueblo.

Como Juan pensaba permanecer allí largo rato y no creía prudente comprometer su fuerza en un pueblo situado tan cerca de Lerma, y á la sazón bastante frecuentado por las columnas francesas, mandó al teniente Ruiz que se quedara con el escuadron en un espeso pinar que habia á ménos de un cuarto de legua, y allí, echando pié á tierra, aguardara su vuelta descansando.

En seguida arrimó las espuelas á su caballo, y entró al galope en Villoviado.

Como ya sabia lo que habia ocurrido en su casa, se dirigió á la de la tia Gregoria, no sin experimentar una doble emocion.

No tuvo necesidad de llamar á la puerta, porque esta se abrió de par en par apenas las pisadas del caballo resonaron en la calle.

Entró en el patio, y al apearse cayó en los brazos de las tres mujeres, que no hacian más que llorar y no encontraban una palabra que decirle.

Cuando los corazones hablan, las lenguas callan como avergonzadas por su falta de elocuencia.

El lenguaje del sentimiento no se compone de palabras.

Juan miraba á su madre, en cuyo demacrado rostro estaban profundamente marcadas las huellas de la enfermedad que sufría; queria hablar, pero sentia que los sollozos embargaban su voz, que sus ojos se llenaban de lágrimas, y cogia entre sus manos la cabeza de Mariana llenándola de besos.

A no ser por su sable y las culatas de las pistolas

que asomaban por las pistoleras de la montura de su caballo, que un mozo se había llevado á la cuadra, nadie hubiera podido adivinar en aquel jóven que lloraba al valeroso combatiente de pocos dias antes, ni al audaz jefe que en ausencia de Merino tenia en constante movimiento á varias columnas francesas, y habia logrado sembrar la confusion y la alarma en toda la provincia de Búrgos.

Pasados los primeros momentos de emocion, la pobre madre logró formular una pregunta que encerraba todas sus preocupaciones:

—¿Y Tomás?

—¿Y mi padre? —preguntaba al mismo tiempo Juan, que desde que habia entrado en la casa sentia aquellas palabras que pugnaban por salir de sus labios.

—Tu padre sigue en Búrgos.

—¿Preso todavía?

—Sí. ¿Y Tomás?

—No corre ningun peligro.

—¿De veras?

—Lo juro.

Mariana y su hijo respiraron como si se les hubiera quitado un gran peso de encima.

—Madre,—dijo Juan al cabo de un minuto.

—¿Qué?

—Ahora que ya ha pasado el peligro, quiero que usted lo sepa todo.

—¡Habla!

—Cuando escribí á María que Tomás estaba herido en una mano...

—Acaba,—dijeron á la vez Mariana y María.

—No dije la verdad.

—¿Cómo?

—No, señora.

—¿Pues qué?...

—Tomás recibió un balazo en el pecho.

—¡Hijo de mi alma!

—¡Pobre Tomás!

—Tranquilícense ustedes.

—¿Pero está de peligro?—preguntó María.

—Ya no.

—¿Es decir que antes?...

—Hace cuatro dias que lo estaba.

—Yo quiero ver á mi hijo.

—Juan, llévame contigo esta noche,—exclamó María.

—Es imposible.

—No hay nada imposible para una madre.

—He dicho á ustedes que se tranquilicen. El peligro ha pasado. Yo he estado hablando toda la tarde con Tomás, y no pasarán muchos dias sin que vean ustedes su letra. El médico me lo ha asegurado.

—¿Y está bien asistido?

—Perfectamente.

—Gracias á Dios.

—La familia en cuya casa se halla, le trata como á un hijo.

—Dios se lo pague.

—Y él está ya tan alegre y tan bromista como antes.

—¿No me engañas, Juan?

—No, madre mia.

—Yo no podría perdonarte si me engañaras.

—Yo no me lo perdonaria tampoco.

—Díme,—preguntó María, que estaba deseando hablar de la familia que con tanto esmero asistia á su novio:—¿en la casa en que está Tomás, hay un matrimonio?

—Sí.

—¿Con dos hijas?

—¿Quién te lo ha dicho?

—Tú.

—¿Yo?

—En tu carta.

—No me acordaba.

—Pues sí.

—Es cierto.

—Bien.

María no sabia cómo preguntar algo acerca de aquellas hijas que la preocupaban bastante.

—Oye, Juan,—dijo despues de una corta pausa.

—¿Qué?

—¿Y los padres son muy viejos?

La muchacha queria hablar de las hijas dando un rodeo, y procuraba hacer algunas indicaciones para venir en conocimiento de su edad y circunstancias.

—No, no son viejos... —contestó sencillamente Juan.—La señora podrá tener cuarenta años, y el marido...

—Entonces las hijas serán unas niñas,—interrumpió María.

—La menor tendrá diez y siete á diez y ocho años...

—¡Diez y ocho años!

María encontraba que le sobraban lo ménos diez, y se quedó un poco pensativa.

—¿Son guapas?—preguntó á poco.

Entonces Juan empezó á comprender el móvil de todas aquellas preguntas, y se puso en guardia.

—Regulares,—contestó con afectada indiferencia.

—¿Nada más?—preguntó la jóven.

—Nada más.

La tia Gregoria iba tambien adivinando la causa de aquella curiosidad, y cortó la conversacion preguntando á Juan más detalles de la herida de su hermano.

Juan contó detenidamente todos los lances del combate, y las tres mujeres oyeron mudas de espanto la relacion de aquellos terribles episodios, que el muchacho referia con extremada naturalidad.

Mariana lloraba pensando en los peligros que corrian diariamente sus dos hijos.

La tia Gregoria se hacia cruces cada vez que Juan contaba algun lance peligroso.

María seguia el relato cada vez con más interés.

Aunque la espantaba el riesgo de su novio, su amor propio no podia ménos de experimentar cierta satisfaccion al enterarse de que el hombre que poseia su cariño era ya todo un teniente de caballería, y á mayor abundamiento un teniente que sabia dar tremendas cuchilladas, y que tal vez pronto haria su nombre temible á los franceses.

—Ahora que ya he satisfecho la justa curiosidad de ustedes,—exclamó Juan al terminar su relacion,—satisfagan ustedes la mia. ¿Qué es de mi padre?

—Ya lo sabes.

—Pero necesito que me lo cuenten ustedes todo; no quiero ignorar nada.

Mariana refirió á su hijo todos los pormenores de la escena ocurrida en su casa la noche de la prision de Gil, sin olvidar el horquillazo con que ella saludó al comisario de policía.

Juan la escuchaba temblando de rabia.

Gregoria y su hija interrumpian con frecuencia á Mariana, para ampliar algun detalle, añadir algun dato, ó contestar á las preguntas que Juan hacia apretando los puños y suspirando fuertemente.

—¿Pero qué hicieron ustedes luego que se llevaron á mi padre?

—Como la pobre Mariana no estaba para nada,—contestó Gregoria,—yo envié un propio á Búrgos para avisar á tu tio don Cleto lo que pasaba.

—Muy bien hecho.

—¿Y mi tio?...

—Nos contestó ayer.

—¿Qué dice?

—Que Gil está bueno,—repuso Mariana.

—¿Luego le ha visto?

—Sí.

—Creí que le tendrían incomunicado.

—Y lo está,—dijo María.

—Entonces no me explico...

—El escribano de quien era pasante...

—¡Don Fabian!

—Veo que no te has olvidado de él,—dijo maliciosamente la muchacha.

—¡Qué tontería!—añadió Juan, comprendiendo la intencion.

—Pues bien; parece que es prefecto de Búrgos.

—¿El prefecto?

—¡En nombre de Pepe Botellas!

—¿Se ha hecho afrancesado?

—Sí,—contestó Mariana.

—¡Ah!... ¡miserable!

—El caso es que ahora nos ha servido,—dijo Maria,—porque ha proporcionado á tu tio que á pesar de la incomunicacion pueda ver á tu padre.

—Hasta los bribones sirven de algo.

—Por él hemos sabido,—añadió Mariana,—que Gil está bueno.

—Y que su vida no corre peligro,—exclamó Gregoria.

—¡Oh!... eso ya lo sé hace cinco dias,—exclamó Juan con seguridad.

—¿De veras?—preguntó su madre.

—Sesenta franceses responden de ella.

—¿Sí?

—Para garantirla hemos dado la accion de Covarrubias,—dijo con exaltacion el jóven;—debo ese favor á don Jerónimo, y quisiera poder pagárselo, aun á costa de mi vida.

Aun permaneció Juan largorato con las tres mujeres.

Conocía que ya era hora de marcharse; pero no tenía valor para despedirse.

Al cabo hizo un esfuerzo, y se levantó sin decir una palabra.

—¿Te marchas?—preguntó Mariana.

—Es preciso,—contestó Juan.

—¡Tan pronto!...—añadió María.

Eran cerca de las tres de la madrugada.

—Madre,—dijo el jóven,—¿cómo está usted de dinero?

—¿Quieres algo?

—No, tengo bastante... lo pregunto por si usted necesita... Como nuestra casa está sellada...

—Pues no me hace falta; el alcalde, que tenía fondos de tu padre, me ha dado lo que puedo necesitar.

—Y en casa, aunque no mucho, siempre hay algo, y todo será para ella,—añadió Gregoria.

—Gracias,—dijeron á la vez la madre y el hijo.

—María,—exclamó Juan.

—¿Qué?

—¿Quieres hacer que saquen mi caballo?

—Voy.

—La jóven desapareció un momento.

Juan se dirigió al patio, seguido de Mariana y Gregoria.

—Vamos, madre, no hay que apurarse. Este tiempo otro traerá, y aun hemos de pasar muy buenos ratos cuando se acabe la guerra.

—¿Y cuándo será eso?

—Cuando Dios quiera.

Entonces volvió á presentarse María seguida del mozo, que traía de la brida el caballo de Juan.

Las tres mujeres rodeaban al muchacho, gimiendo, suspirando y haciendo mil encargos para Tomás.

—¡Que no haga locuras!...

—¡Que se cuide mucho!...

—¡Que ofrezca una misa á la Virgen!...

—¡Todo se hará!...—replicaba Juan.

—Y tú no te espongas...

—No hay cuidado.

—Abrígate bien.

—Sí, señora.

Y las lágrimas, los suspiros, los abrazos, se sucedían sin interrupcion.

Juan, que en toda la visita apenas se habia atrevido á mirar frente á frente á María, y que aun entonces evitaba encontrarse con ella, deseaba poner término á aquella situacion angustiosa.

—¡Adios, adios!...—dijo abrazando á su madre y á Gregoria.—¡Adios, María!...—añadió, acercándose como aturdido á su caballo.

—¡Juan!...—dijo María dirigiéndose á él y cortándole el paso.

—¿Qué?...

—La otra vez, cuando saliste de Villoviado, no quise abrazarme...

—¿Yo?...

—Ahora haces lo mismo.

—¿Pero, María?...

—¿Es que no quieres ya á tu hermana?

—¡Que no te quiero... que no te quiero!—exclamó Juan medio ahogado por la emoción.

Y abriendo los brazos, recibió en ellos á la jóven.

Aquel abrazo largo y cariñoso fué para Juan un martirio horrible.

Le pareció que habia durado una hora.

Cuando María se desasíó de sus brazos, Juan saltó sobre su caballo y traspasó el umbral de la puerta, que ya el mozo habia abierto, gritando:

—¡Adios, adios!

—¡Dios te bendiga!—contestaron á la vez las tres mujeres.

Y Juan se alejó de la casa, murmurando:

—¡Dios mio, qué hermosa es!

Y como si quisiera huir de un fantasma, clavó las espuelas á su caballo, que partió al galope.

Un cuarto de hora despues marchaba triste y silencioso al frente de su escuadron por el camino de Covarrubias.

## Capítulo XXI

En que se ve que el ejército de Castilla, la Vieja iba siendo cada vez más respetable

Los resultados de la junta insurreccional de San Pedro de Arlanza, fueron importantísimos.

En pocos días se crearon juntas de distrito en todas las poblaciones principales de la provincia.

En Búrgos se formó lo que pudiera llamarse junta provincial, compuesta de don Venancio y otras tres personas, á saber: un labrador rico, honradísimo y excelente patriota; un fraile mercenario, y el capellan del hospital de la Concepcion.

Entre las juntas locales, las más importantes fueron las de Roa, Aranda de Duero, Lerma y Salas de los Infantes.

Lo primero que hicieron todas las juntas fué abrir suscripciones, recordando aquello de que para hacer la guerra se necesitan tres cosas: *dinero, dinero y dinero.*

El resultado de las suscripciones no pudo ser más brillante.

Sólo la junta de Búrgos reunió en pocos dias veinticinco mil duros, y entre las demás de la provincia vinieron á juntar otros tantos.

Con un millon de reales se pueden hacer muchas cosas, sobre todo estando administrados con integridad y no costando nada la administracion, pues creemos inútil decir que todas las funciones de las juntas se desempeñaban gratuitamente.

Una de las primeras cosas que se necesitaban eran armas y caballos, pues las juntas patrióticas comenzaron á trabajar con tanto celo en estimular á la juventud para que se alistara en la partida, que de todos los pueblos acudian mozos, y en poco más de una semana la guerrilla constaba de ciento cincuenta hombres; pero no podia acometer ninguna empresa de consideración, porque sólo unos cuarenta estaban montados.

Merino, al volver á ponerse al frente de su fuerza, se encontró con todas estas novedades, y no hay que decir si quedaria satisfecho.

Igualmente manifestó estarlo mucho del comportamiento de Juan, aprobó todos sus actos y celebró grandemente su actividad y las extratajemas de que se habia valido para distraer al enemigo y separarle del cuartel general, llamándole la atencion hácia otros puntos.

—Ya veo,—le dijo,—que si acaso soy muerto ó herido en alguna acción, ó las necesidades de la guerra me obligaran á separarme de vosotros por algun tiem-

pó, tú puedes sustituirme perfectamente, y en buenas manos queda el pandero.

—Haria lo posible por ser digno de la confianza de usted.

—Con hacer lo posible basta, porque lo posible es todo.

—No siempre, señor cura.

—Sí; mira lo que nos ha sucedido á nosotros. Cuatro hombres salimos de Villoviado, sin más que nuestras escopetas y nuestra buena voluntad. Apenas hace un mes que emprendimos la campaña, y ya tenemos ciento y tantos infantes perfectamente armados, y cuarenta caballos, que si aun no son gran cosa, lo han de ser antes de mucho; hemos logrado dos victorias y hemos conseguido ver rendir las armas á dos compañías de granaderos, que porque son altos y se han batido en otras partes, y llevan grandes gorras de pelo, parece que se comen los niños crudos. ¿Y cómo hemos logrado todo esto? Con la voluntad. Yo no sé quién ha dicho que querer es poder; pero el que lo dijo dijo una gran cosa.

Estas teorías se ajustaban perfectamente al carácter de hierro de don Jerónimo y al de Juan, que no era menos enérgico.

Una de las noticias que más alegraron al cura, es la que le comunicó don Venancio relativa á estarse ocupando en procurarle caballos.

Don Venancio no era un hombre de accion en el sentido que se da vulgarmente á esta palabra, es decir, no era un hombre de guerra.

Al frente de una partida tal vez no hubiera sabido qué hacer, y en el teatro de un combate se hubiese portado bien, porque era pundonoroso, y el pundonor basta para hacerle á un hombre perder la vida; pero ni en uno ni otro caso hubiera hecho más de lo que hace un hombre honrado que no quiere ser tenido por cobarde.

Pero en cambio era uno de esos hombres inapreciables cuando se encargan del papel que le habia deparado la suerte.

Activo, inteligente, listo, bastante instruido, respetado por su honradez y simpático por sus condiciones de hombre de mundo, bien relacionado y ardiente patriota, tenia verdadero valor civico y podía ser el alma de un movimiento insurreccional.

Su ligera entrevista con Merino en el monasterio de San Pedro de Arlanza, bastó para hacerle adivinar todos los proyectos del cura, y encontrándolos buenos, se dispuso á secundarlos.

Merino solia llamarle su *director corporal*, y tenia mucha razon en darle este nombre.

Los dos, por decirlo así, se completaban: cada uno de ellos tenia las cualidades que al otro faltaban, y puestos los dos de acuerdo podian hacer muchísimo daño á los franceses.

Don Venancio, apenas instaló la junta de Búrgos y pudo disponer de algunos fondos, encargó á un veterinario de confianza que comprara cincuenta caballos buenos y los enviara secretamente á la sierra, enjaezados y dispuestos para la guerra.

El por su parte emprendió la tarea de proporcionar-se armas.

Esto, teniendo dinero, no era muy difícil.

Las grandes fábricas inglesas, protegidas por su gobierno, habían inundado á España de agentes, que las vendían á bajo precio, aunque experimentaban bastantes contratiempos, por la frecuencia con que los franceses las apresaban.

Don Venancio se puso en relaciones con uno de estos agentes, y desde luego vió que podía contar con todo el armamento que fuera necesario.

En la sierra de Quintañar, sitio designado por Merino, recibió este la primera remesa, que consistía en los cincuenta caballos que había encargado don Venancio, todos con sus monturas correspondientes, y llevando cada uno un sable, una tercerola y un par de pistolas de arzon.

Los caballos fueron enviados por pequeñas partidas, y sus conductores tuvieron que valerse de mil astucias para no caer en manos del enemigo.

Verdad es que don Jerónimo contribuyó á este resultado, enviando la mayor parte de su guerrilla lejos del lugar de la cita, y haciéndola que recorriera las inmediaciones de las guarniciones francesas, tiroteándose con ellas, fantaseando y haciéndose visible para llamar la atención.

Con los caballos envió don Venancio un albéitar, que debía quedarse con la partida, y gran cantidad de herraje.

Desde entonces Juan mandaba un verdadero escua-

dron, compuesto de noventa ginetes bien montados y perfectamente armados.

Merino pidió que continuara el envío de caballos en el mayor número posible, porque seguía recibiendo muchos voluntarios, y él quería que la mayor parte de su fuerza fuese de caballería, pues el combate de Covarrubias le había inspirado la idea de llamar á su lado á los paisanos de los pueblos cuando intentara algun golpe de mano, con lo cual se proponía tener cuando la necesitara bastante infantería, que si no era muy buena, en cambio tendria la ventaja de no costar un cuarto más que el dia en que se la ocupara.

Entre tanto, los heridos iban convaleciendo, y Tomás adelantaba rápidamente en su curacion.

A los quince dias ya pudo abandonar el lecho, y segun decia el facultativo, al mes podria volver á montar á caballo.

El jóven habia recobrado su buen humor: escribia con frecuencia á su madre y á María, y esta le contestaba por las dos siempre que tenia ocasion.

La pobre Mariana tambien convalecia en Villoviado, y habia ofrecido á su hijo ir á visitarle antes de que volviese á salir á campaña.

Juan, siempre que pasaba por las inmediaciones de Covarrubias y las atenciones de su cargo lo permitian, iba á ver á su hermano, y tenia con él largas y animadas conversaciones, en que hablaban de su porvenir, de sus proyectos y de sus esperanzas.

Los dos jóvenes habian caido, como suele decirse, de pié en casa de don Modesto.

Doña Susana, que era benévola con todo el mundo, acogió con extraordinaria simpatía á aquellos dos muchachos, cuyas buenas cualidades resaltaban á primera vista.

Amalia y Luisa no podían ménos de mirarlos con la predilección que las mujeres jóvenes muestran siempre por los hombres guapos y valientes.

Y hasta el mismo don Modesto les trataba con mayor cordialidad de la que en su trato usaba generalmente, á lo cual contribuían, no sólo las buenas prendas de ambos hermanos, sino las circunstancias en que los habia conocido.

En aquella época, los que peleaban contra los franceses tenían mucho adelantado para ganar la amistad de todos los españoles.

Además, don Modesto admiraba muy especialmente la gravedad de Juan y su entereza, que tan gran contraste hacia con su juventud.

Aquel muchacho taciturno, poco hablador, enérgico, reflexivo y dotado de una honradez inflexible, que se revelaba en todos sus actos, en todas sus palabras y hasta en sus menores detalles, le encantaba.

Acaso las razones que hacían que Juan fuera el preferido de don Modesto, el cual se alegraba mucho cada vez que de día ó de noche oía resonar en el patio de su casa las pisadas de su caballo, influían para que Tomás fuera en la casa el preferido de las mujeres.

Conviene mucho establecer bien la diferencia que habia entre Tomás y Juan.

Juan valia más que su hermano; pero este era más agradable que el otro.

El mayor tenia cierta elevacion de ideas que le apartaba algun tanto de la mayoría de las gentes. La superioridad es más á propósito para inspirar respeto que para engendrar cariño.

Tomás pertenecia al vulgo de los hombres: era honrado, leal y valiente; pero sin que estas cualidades tuvieran en él nada de excepcional; antes al contrario, eran como lo son siempre en todos los hombres que las tienen.

Esto le hacia más asequible, le ponía mucho más al nivel de los que le rodeaban, y por consiguiente le ganaba mejor las voluntades.

En una palabra, al ver á Juan daba gana de quitarse el sombrero, y al presentarse Tomás se sentian impulsos de abrirle los brazos.

Especialmente las mujeres, no suelen conceder sus simpatías á los hombres superiores, sino á los que están á la misma altura que ellas.

Esta es la razon de los fáciles triunfos de tantos galanteadores de oficio, que bien apreciados no pasan de ser medianías, ó ménos que medianías.

Para que un hombre superior tenga gran partido entre las mujeres, es necesario que su superioridad sea tan grande, que cause admiracion. Entonces habla el amor propio, y las mujeres comienzan á amarle, no tal vez por él, sino por orgullo de que las ame, y acaban por adorarle.

Juan no se encontraba en este caso.

Tenia condiciones para ser mucho, pero aun era poco, y acaso nunca llegaria á ser algo.

Tomás, con su figura, su buen carácter y su agradable conversacion, tenia lo suficiente para ser afortunado con las hijas de Eva.

No se desmintieron las verdades que acabamos de decir en casa de don Modesto.

En cuanto el jóven, pasados los primeros dias de su enfermedad, fué aliviándose algo, comenzó á hacerse dueño de la situacion.

Sabia agradecer con tan buen modo los favores que se le dispensaban y las atenciones de que era objeto, que doña Susana y sus dos hijas le cuidaban á porfia.

En todas las mujeres, aun en las más prosáicas y vulgares, hay mucho de novelesco y romántico, y como en un hombre herido en el pecho por una causa noble hay tanta poesia, y como á Tomás le sentaba tan bien la palidez interesante de su rostro, en el que resaltaban extraordinariamente sus grandes y rasgados ojos negros, Amalia, Luisa y la esposa de don Modesto se sentian atraidas irresistiblemente hácia el jóven, y experimentaban asistiéndole mayor placer del que habian experimentado practicando otras obras de caridad, á que eran naturalmente inclinadas.

Debemos manifestar que Luisa y su madre, aunque sometidas á la influencia que Tomás ejercia sobre las mujeres en general, no daban al caso mayor importancia, ni tenian motivo para dársela.

Se encontraban en una de las mil circunstancias de la vida en que es grato cumplir un deber, y nada más.

No sucedia esto á la melancólica Amalia.

La tímida muchacha fué la primera que en su casa nótó que Tomás tenia hermosa figura, la que más se preocupó desde el primer dia del estado del enfermo, y la que tenia mayores deseos de verle completamente curado.

Amalia empezó á pasar las noches sin dormir, y no porque velara al herido, que hubiera sido indecoroso dar semejante comision á una muchacha soltera, sino porque no podia conciliar el sueño, pensando en el sedoso bigote y la mirada expresiva del jóven.

En aquella cabecita rubia habia un verdadero huracan de pensamientos, y en el corazon de la pobre muchacha se iba formando una tempestad de esas que con tanta facilidad se desencadenan en los corazones de veinte años.

No pasaron desapercibidos para su madre estos síntomas alarmantes, y la buena señora hubo de meditar seriamente en lo que debia hacer.

No quiso decir nada á su marido temiendo un disgusto, y por otra parte, creyó que tal vez aquello seria un mal pasajero, cuyos progresos se propuso atajar en cuanto pudiera.

Conociendo lo que son las pasiones en las muchachas, prefirió combatir la de su hija indirectamente, y no se dió por entendida de nada.

Procuraba que Amalia entrara en el gabinete del herido lo ménos posible; pero en este punto fué siempre vencida doña Susana, porque la imaginacion de la muchacha era más fecunda en inventar pretextos pa-

ra entrar, que la de su madre en crear obstáculos para impedirlo.

Tomás no tardó en comprender el interés que habia inspirado, y eso que Amalia disimulaba ó creia disimular perfectamente. Y al hablar de su disimulo, no queremos decir que fuera calculado, porque ella misma no se habia explicado lo que sentia, y por consiguiente no sabia qué era lo que debía ocultar.

Su disimulo consistia en que apenas osaba levantar la vista delante del herido, no se atrevia á dirigirle la palabra, y siempre se acercaba á él temblando cuando tenia que darle alguna medicina.

Como se ve, este disimulo equivalia á una declaracion; pero la muchacha no sabia ni podia hacer más, y su mismo candor la hubiera servido de excusa si la necesitara.

A Tomás no le disgustó el descubrimiento de las simpatías que inspiraba á la linda hija de don Modesto.

A cualquier hombre jóven le gusta que le quiera una muchacha guapa y distinguida.

Tomás no participó desde luego del amor de la jóven; pero lo agradecia muy de veras.

El muchacho no pensó en si entraria ó no en relaciones con Amalia; por de pronto, no hizo más que dejarse querer, considerando que en ello no perdía nada.

Pero á medida que su curacion adelantaba, iba pensando en su bella enfermera más de lo regular, y más sobre todo de lo que Maria hubiera deseado.

Tomás era inconstante, y un mes de ausencia ha-

bia bastado, no para borrar en su corazon el recuerdo de su novia, pero sí para amortiguarlo mucho.

María le amaba, era su prometida: sus padres deseaban que se casara con ella, y él la tenia bastante cariño; pero Amalia era tambien bonita, tambien le amaba, el jóven agradecia su amor y sus cuidados, y tenia sobre María la ventaja inapreciable, tratándose de un inconstante, de estar presente.

Por otra parte, Tomás, que como ya hemos dicho, tenia los defectos y las cualidades de la generalidad de los hombres, desde que obtuvo de Merino su nombramiento de oficial, que de un dia á otro debia ser confirmado por la Junta central de Sevilla, habia sentido desperdarse en su corazon cierta ambicioncilla, ó por mejor decir cierta vanidad.

María era una labradora, y él se encontraba hecho un caballero teniente.

No es esto decir que despreciara á su novia; pero algunas veces pensaba que se alegraria de poderla convertir en una señorita.

A Amalia no tenia necesidad de convertirla en nada, porque su padre era hidalgo por todos cuatro costados, y sobre la ancha puerta de su casa solariega campeaba un historiado escudo de armas.

Cuando el jóven empezó á pasar algunas horas levantado, gustaba de hablar con Amalia, y esta le escuchaba con los ojos bajos, contestándole sólo por monosílabos.

Tomás la decia de vez en cuando una galantería, y ella se ponía como la grana.

Y así, de mirada en mirada y de galantería en galantería, los dos muchachos llegaron á entenderse.

A hurtadillas de doña Susana, que les vigilaba bastante, se confesaron lo que sentian, y dieron principio á uno de esos poemas de la vida, que ora acaben en sainete, ora en tragedia, siempre se recuerdan con gusto.

Para Tomás aquello no era más que un entretenimiento sin consecuencias.

Para Amalia era una verdadera pasion, de la que hacia depender su felicidad ó su desgracia.

Por una coincidencia casual, pero verdaderamente conmovedora, el mismo dia que Tomás declaraba su amor á Amalia, Maria iba descalza desde su pueblo á una ermita cercana, en accion de gracias porque habia entrado en la convalecencia, y allí, arrodillada al pié de la cruz de piedra que habia delante de la puerta, ofrecia vestir hábito durante un año, si Dios hacia que su amado recobrara pronto la salud.

Juan, en algunas de las visitas que hacia á su hermano, creyó comprender algo de lo que pasaba.

Observó con cuidado, y pudo convencerse de que sus sospechas eran fundadas.

Entonces experimentó un dolor inmenso.

—¡Pobre Maria,—pensaba,—y para esto he renunciado yo á su cariño, sometiéndome al más atroz de los tormentos!

A fin de evitar mayores penas á su familia, escribió á su madre, invitándola con mil pretextos á desistir de su proyecto de ir á Covarrubias á ver á Tomás.

Juan no dudaba que Maria iria tambien, y temia

que la presencia de las dos rivales en una misma casa diera lugar á alguna desagradable escena.

Por otro lado, Juan pensaba hablar á su hermano sèriamente del asunto, provocar una explicacion formal, y cortar, si aún era tiempo, aquel mal que á todos amenazaba.

El amor de Juan á María era tan inmenso y tan puro, que con tal de verla feliz no le importaba ser él desgraciado, y hubiera dado la vida por ahorrarla una sola lágrima.

A un egoista que se encontrara en su caso, le hubiera gustado ver á Tomás distraido con otros amores, porque esto para él era una esperanza; pero Juan no queria ni la esperanza de una felicidad que hubiera de costar un dolor á María.

Contaba tambien con la inconstancia de Tomás, y esperaba que en cuanto saliera de Covarrubias olvidaria á Amalia, para volver al amor de María ó para enamorarse de otra; pero esto le parecia corresponder con una infamia á los favores que habia recibido de la familia de don Modesto, y esta fué una razon más que le hizo desear una conferencia con su hermano.

Doña Susana tambien seguia atentamente los progresos de aquellos amores, y tambien esperaba que aquello no fuera más que un ligero capricho de muchachos, que acabaria en cuanto dejaran de verse.

## Capítulo XXII

### Los dos hermanos.

Llegó por fin el momento que Juan deseaba. Una tarde la partida hizo alto á poco más de media legua de Covarrubias.

—¿Piensa usted pasar aquí la noche?—preguntó Juan al cura Merino.

—Sí,—repuso este.—¿Ocurre algo?

—No, señor; pero quisiera...

—¿Ya, ir á ver á tu hermano!

—Si no hay ningun inconveniente.

—Ninguno, hombre: anda con Dios y dale expresiones.

—Muchas gracias.

Juan, que ya habia echado pié á tierra, volvió á montar y se dirigió á Covarrubias.

Al anochecer entraba en el pueblo.

Se dirigió inmediatamente á casa de don Modesto, llegando á ella á tiempo que iban á cerrar la puerta.

La familia le recibió con la cordialidad de siempre, y el jóven, despues de entregar su caballo á un criado, siguió á don Modesto á la habitacion que ocupaba Tomás, á quien el médico aún no permitia salir de su cuarto.

Los dos hermanos se abrazaron, y la conversacion se hizo general; don Modesto, su mujer y sus hijas, con una curiosidad muy natural, de que participaban todos los españoles, preguntaron al capitan noticias de la guerra.

Juan enteró á todos de los progresos que hacia la partida, y les dijo que no se habia realizado ninguna operacion importante, pues las columnas francesas procedian cada vez con más cautela, la guarnicion de Lerma habia sido muy reforzada, lo cual habia retraido á Merino de un proyecto que tuvo para sorprender la poblacion, y sólo habia habido tiroteos insignificantes en dos ó tres puntos. Tambien confirmó la noticia que ya circulaba, de que el ejército inglés habia sido derrotado en Galicia y obligado á embarcarse, lo cual permitia á los franceses dedicar mayores fuerzas á la persecucion de las guerrillas.

—Eso va á aumentar los peligros que ustedes corren,—dijo don Modesto.

—Probablemente,—contestó Juan con calma.

—Entonces es necesario que yo acabe de curarme pronto,—exclamó Tomás.

—¿Para qué?—preguntó Amalia sin poder contenerse.

—Para ponerme al frente de mis soldados,—repuso el herido.

—¡Oh! no,—exclamó inadvertidamente la jóven, á quien una mirada de su madre cortó la palabra.

En los labios de Luisa se dibujó una sonrisa casi imperceptible.

Don Modesto clavó los ojos en Amalia, como admirado de aquella resolucion, en ella extraordinaria.

Juan se quedó pensativo.

Al poco rato don Modesto, que siempre que Juan iba á la casa tenia la prudencia de dejarle solo con su hermano á fin de que pudieran hablar libremente, se levantó y salió de la habitacion.

Un minuto despues le siguieron las tres mujeres.

Juan y Tomás se quedaron solos.

Habia llegado el momento solemne.

Juan no sabia cómo abordar el asunto de que iba á ocuparse.

Tomás habia adivinado que su hermano tenia que decirle algo grave, sospechaba de qué se trataba y permanecia callado.

El silencio de los dos duró algunos minutos.

Por fin Juan se decidió á romperlo.

—Muy callado te encuentro, Tomás,—dijo.

—Sí.

—Me extraña.

—No sé por qué.

Tomás procuraba evadir la cuestion.

—Tú sueles hablar bastante,—añadió Juan.

—Encerrado entre estas cuatro paredes, no sé nada de lo que pasa en el mundo, y como no me ponga á contar cuentos...

—Yo creí que tendrías algo que decirme.

—¿Yo?

—Tú. Y creía que no fueran cuentos.

—Hombre, pues tú dirás.

—Corriente: ya que quieres que yo sea el que hable, hablaré.

—Chico, ¿pero á qué viene ese tono enfático y solemne?

—Creo que es el que conviene.

—Bueno.

—He oído las palabras de esa jóven.

—¿De quién?—preguntó Tomás, haciéndose el desentendido.

—De Amalia,—contestó bajando la voz su hermano.

—¡Ah! ¡ya!—exclamó Tomás con afectada indiferencia.

—Tomás,—dijo Juan con tranquilidad y á la vez con energía,—es inútil que perdamos el tiempo en rodeos que á nada conducen. Tú y yo sabemos perfectamente de qué se trata. Comprendo que hayas dejado que yo adivinara por mí mismo lo que sucede, porque sólo á los piés del confesor puede obligarse á un hombre á que cuente sus malas acciones.

—¡Juan!—interrumpió Tomás, que nunca llegó á creer que la conversacion tomara un giro tan grave.

—¿Te atreverás á decir que no has cometido ninguna?—preguntó Juan, mirando á su hermano con tanta severidad, que le obligó á bajar los ojos.

Juan acercó la silla que ocupaba al sillón en que Tomás se hallaba sentado.

Este, por un movimiento instintivo, quiso apartarse.

—Vamos, Tomás, habla,—dijo Juan, aparentando una calma que en realidad no tenía.

—¿Qué quieres que diga?

—Si te crees inocente, si piensas que no has obrado mal, quiero que lo declares; pero mirándome frente á frente como me hablas otras veces. Y si tu conciencia te dice que has faltado, deseo que te disculpes, ya que te sería imposible justificarte.

Calló Juan aguardando la contestacion de su hermano; pero Tomás no despegó los labios.

—¿Te has quedado mudo?

—Déjame en paz,—dijo Tomás, apelando al recurso de incomodarse, que es el de todos los que no saben qué decir.

—No lo esperes.

—¿No?

—No.

—Pues haz lo que quieras.

—Necesito hablarte como te hablaria, si pudiera, nuestro honradísimo padre; necesito decirte lo que, á estar aquí, te diria sin duda nuestra excelente madre, y...

—¿Y qué más?—preguntó Tomás, que iba perdiendo la serenidad, al escuchar las sentidas palabras de su hermano.

—¿Qué más? Que te quiero decir algo de lo que sin duda podrá decirte María, si llega á saber que has sido traidor á su cariño, que has olvidado tus promesas, que has faltado á tu palabra de hombre de honor.

—¡Juan!—exclamó Tomás, vivamente herido por esta acusacion.

—No se trata aquí de echarla de valientes,—añadió Juan;—somos hermanos, y por consiguiente nuestras palabras no pueden pasar de palabras.

—Yo no he querido decir otra cosa,—contestó Tomás, avergonzado de haberse dejado arrebatarse un momento por la ira.—Puedes decir lo que quieras.

—Procuraré no ofenderte.

—Entre nosotros no hay ofensas.

—Ya lo sé.

—Pues habla.

—Lo haré así, y mis palabras serán todo lo suaves que me permita el cariño que hacia tí tengo, y el pesar que me domina.

—Pero, hombre, tomas las cosas demasiado fuerte!

—Las tomo como merecen.

—Creo que exageras mucho,—añadió Tomás, cuyo deseo era despojar la cuestion de toda importancia.

—No, Tomás, no exagero. Escúchame un momento, y te convencerás de que tengo razon. ¿Qué te propones en los amores con esta niña?

—Pero si eso no es nada formal.

—Aunque no lo sea. ¿Crees que le gustaría á María si llegase á sus oidos?

—Hombre...

—No; esa noticia la causaria una pena, y de rechazo tambien á nuestros padres, que no tienen más alegría que la rectitud de sus hijos.

—Me parece que no he cometido ningun crimen.

—Con arreglo al código, nó.

—Ni con arreglo á nada.

—Segun se mire.

—¿Cómo?

—Oye.

—Ya oigo.

—¿Qué dirias tú si María, en tu ausencia, tuviera otros amores, aunque no fueran formales?

—¡Vaya, que tienes unas comparaciones!...

—¿Te casarias con ella?

—No.

—Y harias perfectamente, porque creerias que lá que de novia habia faltado á su promesa de ser fiel, tambien podria faltar de casada.

—Las mujeres están en muy diferente caso que nosotros.

—Eso dicen todos los que no ven en ciertas cosas más que la parte material y grosera. Pero para el que tiene alguna elevacion de ideas, para el que cree que en asuntos del corazon el corazon es lo primero, á ménos que suponga que la mujer es un leño, las faltas deben ser igualmente graves cuando es ella ó cuando es él quien las comete. Tú haces á María, faltándola, la misma ofensa que ella te haria á tí si te faltara. Pero yo no vengolá hablarte de ofensas, porque no me ocupo del amor propio. Vengo á decirte: ¿con cuántas lágrimas

mas no recibiría aquella pobre muchacha la noticia de tu infidelidad? ¿Y para eso la dijiste que la amabas? ¡Maldito amor el que hace derramar llanto de amargura! ¿No te parece que la pobre sufre bastante sabiendo que estás en peligro? ¿No crees que sus continuos sobresaltos cada vez que llega á sus oídos la noticia de un combate, las angustias que en este mismo momento experimenta sin duda por tí, los temores que la inspira tu mal, y las penas que la causa tu ausencia, te parecen aún poco, y quieres castigarla por su amor con tu desvío?

Tomás no sabia qué contestar.

Juan prosiguió, variando de tono:

—¡Y nuestra pobre madre! Sola, triste, abandonada sabe Dios por cuánto tiempo, no tiene más consuelo que hablar con ella de nosotros, de tí...—añadió Juan con amargura,—de tí es indudablemente de quien hablan con más frecuencia. ¿Y quieres privarla tambien de este consuelo?... ¿Quieres que tema oír tu nombre en los labios de María, que no lo pronunciarán más que para acusarte?...

—¿Para acusarme?

—Sí... y cuando te llame desleal, traidor, ingrato, nuestra madre tendrá que devorar en silencio su amargura; no podrá decir una palabra, porque su conciencia gritará que María tiene razon... Y todo esto, ¿por qué? ¿Por qué vas á destrozar el corazón de aquella pobre mujer? ¿Por qué vas á destruir la felicidad que te espera uniéndote con ella? ¿Por qué vas á hacer llorar á nuestra madre? Tú lo has dicho: por una cosa que no es for-

mal, es decir, por una trivialidad, por un capricho de momento.

Juan hablaba con verdadera emoción, y Tomás no podía sustraerse á la gravedad de su tono y sus palabras.

—Hombre,—dijo Tomás, aprovechando una pausa que habia hecho su hermano,—cualquiera, al oírte, diría que se trataba de una cosa del otro jueves. Yo no te he dicho que piense faltar al compromiso que tengo con María; pero aunque así fuera, todos los días vemos bodas que se descomponen por culpa de unos ó de otros, y no he visto que por eso quede nadie deshonrado, ni sea cosa de pegarse un tiro.

—Yo me lo pegaría antes que faltar á mi palabra.

—Porque tú eres un don Quijote.

—Más quiero parecerme á él que á Sancho Panza.

—Pero repito que el caso no es tan grave. Yo me casaré con María... ¡Dios sabe cuándo! Por de pronto no ha de ser mientras dure la guerra, y creo que tenemos para rato. Entre tanto, deja que cada uno se divierta como pueda.

—Eso es, aunque tus diversiones cuesten la tranquilidad, tal vez el honor de una familia.

—¿La tranquilidad?

—Es claro.

—¿El honor?

—Sí.

—Ahora sí que no te entiendo.

—¿Cuál es tu posición en esta casa? Has sido en ella recibido y tratado como un hijo; sus dueños se han des-

vivido por tí, han contribuido en gran manera á tu curación, y tú les pagas enamorando por pasatiempo á esa pobre niña.

—En primer lugar, Juan, hablemos francamente. Yo no la he enamorado.

—¿Que no?

—Ella se enamoró sin que nadie se lo dijera: vi que me miraba con buenos ojos, la chica es bonita, ¿qué había yo de hacer?

—Hacerla entender desde luego que no pensabas en ella, que no podías pensar, porque estabas comprometido con otra.

—¿Qué tonterías!

—Eso era lo único honrado.

—Eso era estúpido. La misma muchacha se hubiera reído de mí.

—¿Y á tí no te gusta hacer reir á las mujeres?

—No.

—Ya veo que prefieres hacerlas llorar.

—¡Dale!

—Si ella por desgracia llega á quererte de veras, ¿qué sucederá cuando se persuada de que la has engañado? ¿Qué dirán sus padres de tí el día que se enteren de lo que pasa, si es que ya no están enterados?

—¿Qué sé yo?

—¿Tú no lo sabes?

—No, ni quiero.

—Pues yo lo sé, y no quisiera saberlo.

—Corriente.

—Dirán que su familia era feliz; pero que tuvieron

la desgracia de admitir en su casa un hombre herido, casi moribundo, que á fuerza de cuidados lo volvieron á la vida; ¡pero que aquel hombre fué tan villano!...

—¡Juan!

—Tan villano.

—No repitas esa palabra.

—Al que no le importa serlo, no le debe importar que se lo digan. Dirán que fué tan villano,—prosiguió Juan hablando á media voz, pero con extraordinaria energía,—que para distraerse en su convalecencia se entretuvo en mentir amores á una niña inocente; que ella le creyó juzgándole caballero y honrado, y que él, en cuanto se puso bueno y salió de la casa, no volvió á acordarse de la pobre muchacha, á quien habia arrancado sus primeras ilusiones para agradecer el favor que debia á su familia. Esto dirán, y tendrán razon sobrada. ¿Te gustaria oir que de tí decian eso?

—¡Como todo lo pones en los extremos!

—Lo pongo donde debo. Tú, en este momento, engañas á Amalia ó engañas á María; si no es que las engañas á las dos, como parece lo más probable.

Tomás se quedó un momento pensativo.

Las razones de su hermano no tenían contestacion.

El jóven conocia que habia dado un mal paso; pero no sabia cómo retroceder, ni tampoco tenia grandes deseos de hacerlo.

Apoyó la cabeza en la mano derecha y guardó silencio.

Juan, adivinando lo que pasaba en su interior, tambien calló, dejándole reflexionar con calma.

—El caso es que ya no tiene remedio,—dijo Tomás después de unos minutos.

—¿Que no?

—No, ó al ménos yo no lo veo.

—Explicate,—dijo Juan, verdaderamente alarmado;—¿has contraído aquí alguna de esas deudas que un hombre de honor no puede pagar más que con su nombre?

—¿Qué disparate!

Juan respiró como si se le quitara de encima un gran peso.

—Entonces,—dijo,—hay remedio y fácil.

—¿Cuál?

—Puesto que estás resuelto á casarte con María, desengañar á la otra.

—¿Desengañarla?

—Sí.

—¿Y cómo?

—Como quieras.

—¿Como quiera?

—Sí, con tal de que sea pronto.

—Al contrario.

—¿Qué dices?

—Lo mejor es dar tiempo al tiempo.

—De ningun modo.

—Pero ¿quieres que yo haga?...

—Quiero que aproveches la ocasion para pedir á esta niña que te perdone por haberla hablado de un amor que no sientes, y decirle que tienes un compromiso sagrado.

—¿Estás loco?

—No, sino muy cuerdo.

—¡No esperes que haga tal cosa!

—¿Que no?

—No quiero ponerme en ridículo.

—Por última vez, Tomás.

—No te canses, Juan.

—Bien.

Juan se levantó de su asiento y dió algunos paseos por la habitacion como pensando qué partido tomar.

De pronto se paró delante de su hermano como si hubiera ya tomado una resolución.

—¿Haces lo que te he dicho?—preguntó con calma.

—Nunca.

—Entonces corre de mi cuenta.

—¿Qué vas á hacer?

—En cuanto entren estos señores contaré con cualquier pretexto tus amores con María.

—Haz eso,—exclamó Tomás, incorporándose con ira,—y te desmiento públicamente y aquí delante de tí pido á don Modesto la mano de su hija.

—¿Serias capaz de hacerlo?

—Prueba si quieres.

Juan conocia el carácter arrebatado de Tomás, y temió cometer una imprudencia que empeorara la situacion en lugar de mejorarla.

—¡Eso es lo que te merece María!—exclamó con amargura.—¡Te ha consagrado la pobre su cariño, para que tú lo desprecies por otra de quien ni siquiera estás enamorado! ¡Tal vez ahora estará rezando por tí y llo-

rando, sin saber que tú la pospones á tu amor propio, á tu vanidad de galanteador afortunado, y eres capaz de contraer con otra un compromiso solemne, por no confesar que has cometido una falta!

—Di lo que quieras,—contestó Tomás;—estoy resuelto á todo, ménos á quedar mal. Ahora de tí depende lo que haya de suceder.

—¡Ya lo veo!

Juan estaba anonadado.

Veia claramente que si Tomás no habia olvidado á la pobre Maria, estaba próximo á olvidarla.

¡Y para esto habia él ahogado los gritos de su amor!  
¡Para esto se habia condenado al tormento horrible de estar celoso, y celoso de su hermano!

¡Para esto habia sufrido callando la tempestad que le desgarraba el corazon, y se habia arrojado á los campos de batalla á buscar el olvido ó la muerte!

Nunca habia sufrido como entonces.

Un hombre más egoista ó ménos delicado, hubiera visto en el desamor de Tomás una esperanza para él.

Pero Juan no podia mirar las cosas bajo este punto de vista.

El no consideraba más que el inmenso sacrificio que se habia impuesto por la felicidad de su amada y de Tomás, y al ver que su abnegacion era estéril, sentia en el alma un profundo desaliento y una decepcion amarguísima.

—¡Tomás!—dijo por fin, modificando el tono de su voz, que de enérgico y severo se habia hecho dulce y resignado.

—¿Qué?—contestó su hermano, pesaroso del disgusto habido entre ambos.

—No hablemos más del asunto.

—Es lo mejor.

—Pero no cometas una infamia... desengaña pronto á una ú otra.

—Pierde cuidado.

—Adios.

—¿Te marchas ya?

—Sí.

—Lo que quieras.

Los dos hermanos se abrazaron, pero sin alegría, y Juan salió al zaguan y pidió su caballo.

La familia de don Modesto quiso detenerle; pero él, excusándose con las atenciones del servicio, montó y salió de la casa, y poco después del pueblo.

Marchaba al paso; habia abandonado las riendas sobre el arzon de la silla, y el caballo caminaba entregado á sí mismo.

Juan aspiraba con delirio el aire frio de la noche.

De vez en cuando hondos suspiros se escapaban de su pecho, y si alguno hubiera pasado junto á él, le hubiera oido murmurar en todos ellos:

—¡Pobre Maria!

---

---

## Capítulo XXIII

### De como es bueno tener amigos hasta en el infierno

Tenemos que retroceder un poco en nuestra relacion, é ir á Búrgos en seguimiento del pobre Gil, que habia sido preso y conducido á la capital de la provincia por el grave delito de tener dos hijos que sentian correr por sus venas sangre española.

El anciano, pasados los primeros arrebatos de ira que le produjo lo injusto de su prision, cayó en un profundo abatimiento.

Tenia mucha edad, se hallaba hondamente preocupado por los riesgos que Tomás y Juan corrian, se veia de repente arrebatado de su casa, dejaba á su mujer, ya entrada en años, arrojada de la mansion conyugal, y todas estas eran causas más que suficientes para abatir un espíritu, aunque fuera tan enérgico como el suyo.

No es que sintiera haber aconsejado á sus hijos que

se alzarán en armas contra los franceses, sino que pensaba que debía haber ido con ellos á la guerra, en lugar de haberse quedado en el pueblo expuesto á la ira de los enemigos de su patria. No temía por su vida, en primer lugar porque era valiente, y en segundo porque como lo único de que se le acusaba era de no haber hecho nada en contra de los invasores, creía que estos no habían de vengar en su sangre la que los guerrilleros derramarán peleando; pero temía una larga prision con todas sus consecuencias: la ruina ocasionada por los gastos extraordinarios que impone el encarcelamiento y por el abandono en que dejaba sus intereses.

Gil, que al casarse con Mariana no tenía más que unas tierras muy pequeñas que había heredado de sus padres, á fuerza de años, de trabajo, de economía y de inteligencia había conseguido llegar á tener una posición holgada, siendo lo que se llama un labrador acomodado.

Veía que era muy fácil que en pocos meses desapareciera su fortuna y se perdiera el fruto de sus afanes y sudores. Esto le afligía extraordinariamente.

El viaje á Búrgos fué penoso.

El tiempo estaba muy frío, y Gil ya no se hallaba en estado de sufrir los rigores de la estación, aumentados por los de su posición.

Hacer á pié largas jornadas, dormir en las cárceles de los pueblos del tránsito, mantenerse con la miserable ración de los presos, pues ni aun dinero le dejaron sacar de su pueblo, eran más penalidades de las que podía soportar el anciano, y otro que no tuviera la natu-

raleza tan robusta como la suya, hubiera sucumbido indudablemente.

Lo que más le irritaba era ver al comisario de policía que le había preso.

A los gendarmes los miraba como enemigos, pero no los odiaba.

Eran franceses, y le parecía natural que puesto que Francia y España se hallaban en guerra, ellos sirvieran á su patria sin averiguar si tenía ó no razon.

Además, eran soldados, no servian por gusto, y no tenían más remedio que obedecer á sus jefes.

Pero el comisario se hallaba en distinto caso.

Él era español, hablaba en castellano, habia nacido en este país tantas veces regado con la sangre de generaciones de héroes que han muerto por la independencia, tal vez el nombre de España fué una de las primeras palabras que le enseñó á pronunciar su padre, acaso su madre dormia el sueño eterno en esta tierra, á la sazón profanada por la planta del extranjero.

¡Y con todas estas circunstancias, servia á los franceses!

Les servia contra los españoles.

Les servia por un vil salario.

Y les servia, no ya con las armas en la mano, que el peligro siempre ennoblece, en cierto modo, al que lo corre, sea cualquiera la causa porque lo hace, sino en la policía, en esa institucion que por más que sea necesaria y útil, por más que en determinadas circunstancias preste á la sociedad grandes servicios, no puede ménos de arrojar una sombra sobre los que la ejercen, á los

cuales mirarán siempre con prevención los hombres honrados.

Podrá ser esto una preocupacion, será si se quiere una injusticia; pero es un hecho, y ante los hechos no hay más remedio que bajar la cabeza.

Y si el empleado de policía, aun en circunstancias normales y ejerciendo su cargo en servicio de su patria, inspira cierta repulsion invencible, el que se halla en el caso del aprehensor de Gil debe inspirar un desprecio extraordinario.

Por eso Gil, cada vez que por casualidad veia al afrancesado, volvía los ojos á otra parte, como si no pudiera dominar el asco.

Es seguro que el mayor de sus tormentos en el viaje desde Villoviado á Búrgos, fué tener que ir con aquel hombre y verse obligado á cruzar con él algunas veces la palabra.

—¡Y es un jóven!—pensaba Gil con frecuencia.— ¡Y en lugar de sentir en su alma los impulsos generosos de la juventud, no siente más que los del egoismo! ¡Y cuando su puesto está al lado del cura Merino, ó de otro patriota, peleando por España, se ocupa en prender á los viejos que han engendrado hijos que tienen patria!

En cuanto llegó á Búrgos, fué el pobre Gil encerrado en un calabozo húmedo y oscuro, donde le dejaron un pan y un cántaro de agua, anunciándole que de órden del general quedaba incomunicado.

Nuestros lectores no se habrán tal vez olvidado de don Cleto, aquel metódico pasante del escribano don Fabian.

El hombre continuaba siendo pasante y asistiendo á la escribanía con su puntualidad acostumbrada, y llevando siempre debajo del brazo aquel indispensable paraguas, que habia llegado á formar parte integrante de su persona.

La única diferencia es que su principal ya no era el mismo.

Algunos meses antes de que ocurriera la prision de Gil, don Fabian llamó á su pasante, y entre los dos medió el siguiente diálogo:

—¿No sabe usted lo que pasa, amigo don Cleto?— dijo el escribano.

—Si usted no me lo dice...

—Para eso precisamente le he llamado.

—Soy todo oidos.

—Pues, amigo, acabo de vender la escribanía.

—¡Señor don Fabian!

—Sí, hombre; ya estaba cansado de escrituras, protocolos y papelotes.

Don Cleto quedó anonadado.

Al primer anuncio de su principal se le ocurrió que se iba á quedar sin colocacion, y esto era bastante grave para el que no tenia otro medio de ganarse la vida; pero cuando oyó el desden con que don Fabian hablaba de sus queridos legajos, toda la sangre se le subió á la cabeza.

Estuvo á punto de replicar, y se necesitó todo el respeto que á don Fabian tenia para que no lo hiciera con viveza.

—Por supuesto,—continuó el escribano,—que al

deshacerme de la escribanía no me he olvidado de usted.

—Mil gracias.

—El nuevo escribano le conservará en su puesto, y aun es probable que le aumente sus honorarios.

—¡Oh! no lo necesito.

—Me ha ofrecido hacerlo.

—Me confunde usted con tantos favores.

—Si acaso usted no quisiera continuar en la escribanía...

—¿Pues no he de querer?—preguntó don Cleto, á quien espantaba aquella suposición.

—Es que puedo ofrecerle otro empleo.

—¿Otro?

—Sí.

Don Fabian vaciló un momento; luego prosiguió diciendo:

—Usted ya sabrá que he reconocido al rey José.

—¿Al rey José?—preguntó don Cleto con asombro.

—Sí, amigo mio; me he persuadido de que es lo que conviene á España.

—Puede ser,—dijo don Cleto, que instintivamente separó su silla de la de don Fabian.

—Además,—añadió este,—no tenemos más remedio que conformarnos por la buena, ya que al fin nos han de someter por fuerza.

Don Cleto no contestaba.

A fuerza de años habia adquirido la costumbre de no contradecir nunca á don Fabian; le oia como á un oráculo, y creía á puño cerrado todo lo que él decia.

Le parecia imposible que hiciera nada mal hecho.

Pero en aquel momento, si bien no se resolvía á discutir abiertamente con su jefe, tampoco encontraba palabras con que aprobar las suyas, á pesar de que nunca le faltaban para estar con él completamente de acuerdo.

Don Fabian advirtió lo que pasaba en el interior de su dependiente, y aunque era hombre despejado, empezó á desconcertarse.

El hubiera querido encontrar quien aprobara su determinacion, y el mutismo de don Cleto le parecia una especie de censura.

—Pues sí,—añadió el escribano,—la pobre España no podrá nunca expulsar á los franceses; ya ve usted, nuestros ejércitos están vencidos y son además impotentes para luchar con los que han triunfado en todos los campos de batalla donde se han presentado.

—Méenos en Bailen,—objetó don Cleto, casi sin darse cuenta de lo que decia.

—Aquello fué una chiripa, que sólo haciendo Dios un milagro podria repetirse. Y ¿de qué sirvió esa victoria? De nada. Los franceses dominan en toda España, y aunque la guerra sigue en algunas provincias, lo único que conseguiremos es arruinar al país, que ya lo está bastante, y hacer que se derrame inútilmente una sangre preciosa. ¿No es usted de mi opinion?

—Puede.

—Es lo más sensato. Estas razones son las que me han hecho reconocer á José I, y el rey ha tenido la bondad de nombrarme prefecto de Búrgos.

—¿Prefecto de Búrgos?—dijo don Cleto, dando un salto.

—Sí; su majestad desea que las provincias estén mandadas por españoles, que sean conocidos en ellas y puedan desvanecer las preocupaciones que aún existen.

Don Fabian llamaba *preocupacion* al patriotismo.

Don Cleto estaba tan aturdido que apenas le oía.

—Yo he aceptado esa delicada mision,—prosiguió el escribano,—y si usted quisiera ser empleado en la prefectura, hablándole al general creo que no me seria dificil conseguirlo. ¿Qué dice usted?

—Señor don Fabian,—contestó con gravedad don Cleto,—no tome usted á desaire mi respuesta; pero yo he sido toda mi vida pasante de escribano, y pasante de escribano quiero morirme, si Dios no dispone otra cosa.

—Bueno, ya sabe usted que tiene su plaza.

—Es el favor que más agradezco á usted de todos los que me ha hecho.

Al decir estas palabras, don Cleto se levantó y cogió el sombrero y el paraguas.

—¿Se marcha usted ya?

—Si usted no dispone otra cosa.

—Mañana le presentaré á su nuevo jefe.

—Muchas gracias.

Don Cleto se disponia á salir, cuando el escribano, que no habia quedado completamente satisfecho de la visita, le dijo:

—Observo que no me ha dado usted la enhorabuena.

—Si usted está contento, ya sabe que yo me alegro de todas sus satisfacciones,—contestó don Cleto, eludiendo la cuestion con una habilidad de que él mismo no se hubiera creido capaz.

—Ya irá usted á verme á la prefectura; esta tarde nos mudamos.

—Sí, señor.

—Siempre que se le ocurra algo.

—No espero que se me ocurra nada.

—Pues hasta la vista, don Cleto.

—Señor don Fabian, hasta la vista.

Y el pasante salió de la habitacion del escribano sin saber lo que le sucedia.

No era don Cleto un patriota exaltado.

La invasion francesa le habia asombrado; pero sin llegar á indignarle.

Los extranjeros que veia mandar en Búrgos le disgustaban, no le inspiraban ódio.

Y cuando pasaba por delante de un cuerpo de guardia, al mirar á los soldados franceses, echaba de ménos la presencia de los españoles que veia en otro tiempo.

Nunca se habia ocupado en juzgar á los afrancesados, y don Fabian, por serlo, no puede decirse que hubiera decaido en su estimacion.

Pero no estaba contento.

No sabia si era por el disgusto de cambiar de principal; pero es el caso que don Fabian escribano le gustaba mucho más que don Fabian prefecto en nombre de José Bonaparte.

Don Cleto no sabia explicarse lo que experimentaba; pero lo cierto es que se marchó á su casa triste, comió sin apetito, y estuvo todo el dia taciturno y cabizbajo.

Sentia algo de ese malestar que produce el desencanto que sigue á una ilusion perdida.

En otra ocasion, el hecho de que don Fabian dejara de ser escribano le hubiera causado un disgusto grandísimo.

Entonces apenas se ocupaba del hecho, y sólo pensaba en la causa.

La fórmula de su preocupacion no era «ya no es escribano;» era esta otra: «es prefecto.»

Nosotros podemos explicar lo que le sucedia y él mismo no se explicaba, diciendo que don Cleto *era español*.

. . . . .  
Habian pasado tres ó cuatro meses.

Don Cleto continuaba asistiendo á la escribanía, y el nuevo escribano le habia tomado cariño por su laboriosidad, exactitud y celo.

Sólo muy de tarde en tarde iba á la prefectura á ver á don Fabian, y sus visitas eran cortas y frias.

El pobre pasante lo hacia sólo por cumplir un deber de gratitud con el hombre que durante tantos años le habia dado de comer.

Don Fabian tenia el buen tacto de no hablar de política con su antiguo dependiente, y éste, pretextando que no queria distraer al señor prefecto, apenas estaba con él cinco minutos.

Le preguntaba por las señoras, pasaba á saludarlas si estaban visibles, y daba la visita por terminada.

Un dia, al retirarse de la escribanía, se encontró en su casa con un hombre que acababa de llegar de Villaviado, siendo portador de una carta.

Don Cleto, á quien generalmente no escribía nadie, y mucho ménos por medio de un propio, quedó sorprendido.

Después de despedir al portador de la misiva, se encerró en su cuarto y procedió á leerla.

La carta era de María.

En ella le participaba todo lo que habia ocurrido en el pueblo desde que los hijos de Gil Mendoza habian salido de él para tomar parte en la guerra, y la prision del padre, anunciándole que era conducido á Búrgos, y rogándole hiciera en su obsequio todo lo posible.

No necesitaba esta recomendacion don Cleto; pero al pronto quedó aturdido sin saber qué partido tomar.

—Á buen santo se encomiendan,—pensó el pobre hombre.—¿Quién soy yo, ni qué influencia es la mia, para hacer algo en favor de Gil? Y ello es preciso. Gil, además de ser mi pariente, ha estado siempre dispuesto á servirme, y yo debo ahora servirle á él con todas mis fuerzas. Desgraciadamente, todas mis fuerzas son muy pocas... En fin, veremos.

El estado de guerra en que se hallaba toda España daba tal importancia á las autoridades militares y tan poca á las civiles, que don Cleto tardó mucho en acordarse de don Fabian, ocupada como estaba su imaginacion en idear un medio que le permitiera acercarse al general que mandaba en Búrgos.

Cuando el nombre del antiguo escribano acudió á su memoria, empezó el buen pasante á tranquilizarse.

—Yo no sé si estará ofendido conmigo,—pensaba,—

porque la verdad es que le he visitado poco, y he estado con él descortés y grosero en demasía. Pero ya está hecho; solo él puede valerme, y por otra parte, siempre me ha tenido bastante cariño. En fin, puesto que no tengo otro medio de servir á mi primo, tentemos el vado.

Y don Cleto, con gran admiracion de su hermana, que al oírle subir la escalera puso, segun costumbre, la sopa en la mesa, salió de su cuarto, llevando el paraguas en la mano y el sombrero en la cabeza.

—¿Vas á salir?—preguntó la hermana.

—Sí.

—¿Pero no comes hoy?

—No lo sé... Come tú sola y guárdame un poco de sopa.

—¿Estás enfermo?

—No.

—¿Pues qué sucede?

—Que nuestro primo, el pobre Gil, ha sido preso.

—¿Preso?

—Sí.

Doña Nicolasa apenas pudo dar crédito á las palabras de su hermano.

En aquellos tiempos aún no habia comenzado en España la agitacion política que ha hecho á tantos hombres honrados visitar las cárceles y los presidios, y no se creia que se pudiera prender á nadie sino por delitos comunes.

—¿Pero estás seguro?—preguntó Nicolasa.

—En esta carta me lo anuncian.

—¡Preso!—repetía con dolorosa admiración la hermana de don Cleto.—¿Y por qué?

—Por español.

—¿Es eso un delito?

—Así parece,—repuso don Cleto con tristeza.

—¿Y qué vas á hacer?

—Deben haberle traído á Búrgos, y voy á ver á don Fabian, para rogarle que haga en su favor todo lo que pueda.

—Anda con Dios.

—Hasta luego.

Don Cleto marchó á la prefectura, con gran admiración de sus vecinos, que al verle salir de casa á una hora desusada, empezaron á formar corrillos y á preguntarse qué sucedía, seguros de que debía ser algo muy grave.

Al llegar á la prefectura, el prefecto estaba sumamente ocupado, y el portero dijo al visitante que no podía recibirle.

Don Cleto rogó, suplicó; todo fué en vano.

—Está ocupado en asuntos del servicio,—contestaba el cancerbero.

—Vengo á hablarle de una cosa importantísima,—decía don Cleto.

—No puede recibir á nadie.

—¿Ni á mí tampoco?

—A nadie.

—Pero dígame usted que estoy aquí yo.

—Ha dado orden de que no se le pase ningún recado.

—¡Por los clavos de Cristo!...

—Por nada del mundo.

Don Cleto se enjugaba el sudor que corria por su frente, y no sabia qué hacer.

De pronto se le ocurrió una idea.

—Diga usted, amigo,—exclamó dirigiéndose al portero.

—¿Qué hay, buen hombre?

—Las señoras están tambien ocupadas en servicio nacional.

—No, señor.

—Hágame usted el favor de pasarlas recado,—dijo don Cleto.

—¿A quién anuncio?

—A mí.

—¿Y quién es usted?

—Don Cleto.

—Perfectamente.

El portero entró riéndose por un largo pasillo, y antes de un minuto volvió á salir abriendo una mampara y diciendo á don Cleto con más respeto del que anteriormente le habia mostrado:

—Pase usted.

Entró don Cleto, y se encontró con doña Carmen y Jacinta.

—¿Qué hay, don Cleto?—preguntaron al mismo tiempo la madre y la hija.

—¿Qué le trae á usted por aquí?

—¡Tanto tiempo sin verle!

—Perdonen ustedes si mis ocupaciones...—dijo el

pasante;—el trabajo es mucho, y no me deja tiempo para nada.

—¿Y su hermana de usted?—preguntó doña Carmen, que trataba á don Cleto con bastante benevolencia.

—Para servir á usted.

—Muchas gracias.

—¿Y qué le trae á usted por aquí?—preguntó Jacinta.—Porque segun nos ha dicho el portero, tenia gran empeño en ver á papá.

Desde que don Fabian se habia afrancesado, las costumbres de su casa estaban completamente variadas.

Ya no se vivia allí á la antigua española.

Jacinta decia *papá* en lugar de *mi señor padre*, y ya no se paraba en hablar y bromear con los muchachos, especialmente con los oficiales franceses, que iban de tertulia á su casa, atraidos por los buenos ojos de la jóven y las peluconas que, segun era fama, tenia el autor de sus dias.

—Es cierto, señorita,—repuso don Cleto, que por nada del mundo faltaba á las buenas formas.—Un asunto para mí del mayor interés me obliga á molestar al señor don Fabian.

—Le diré que salga, si no quiere usted hablarle en secreto.

—No es ningun secreto lo que tengo que decirle; pero si está tan ocupado como me ha dicho el portero...

—No lo crea usted. Estará fumando en su despacho, y por librarse de importunos...

Jacinta salió de la sala y volvió á poco acompañada de don Fabian.

—Siento haber molestado á usted,—dijo don Cleto levantándose.

—Nada de eso,—contestó con cordialidad el prefecto;—¿qué buen aire le trae á usted por aquí?

—No tiene nada de bueno, señor don Fabian.

—¿No?

—Me pasa una desgracia...

—¿A usted?—preguntó doña Cármen con verdadero interés.

—Si no á mí, á una persona que me toca muy de cerca.

—¿Y qué es ello?

—Ya se acordará usted de mi sobrino Juan, que estuvo en su casa...

—Sí,—contestó don Fabian.

Jacinta bajó los ojos, y sintió que sus mejillas se coloreaban ligeramente.

Pero no tardó en reponerse.

—¿Qué le sucede?—preguntó doña Cármen.

—El muchacho es atrevido.

—Sí, ya me acuerdo,—dijo el prefecto.

—Tiene la sangre caliente,—añadió don Cleto, que en honor de la verdad no creía necesario disculpar mucho la conducta de su sobrino,—y él y su hermano salieron de su pueblo á las órdenes del cura Merino.

—¡Vaya unos niños!

—Juan, segun parece, es ya capitán de caballería.

Jacinta escuchaba á don Cleto con interés, pues aunque ya hacia mucho tiempo que habia olvidado á Juan, conservaba de él un grato recuerdo y no la pesa-

ba que el que habia sido su primer amor se distinguiera de los hombres vulgares.

—¿Y qué?—preguntó don Fabian.—¿Le han hecho prisionero?

—No, señor; eso parece que no es muy fácil... Los muchachos tienen el brazo duro y el corazón entero...

—Creo que usted les aplaude...—dijo en tono de reconvención el antiguo escribano.

—Ni les aplaudo,—contestó con dignidad don Cleto,—porque estoy aquí y vengo á pedir un favor, ni les censuro, porque son mis sobrinos y les pasa una desgracia.

—Bien, ¿pues de qué se trata?

—El padre de los chicos ha sido preso en Villaviado.

—¿Entonces es un tal Gil Mendoza?—preguntó don Fabian.

—El mismo.

—Ya estoy enterado.

—Creo que lo han traído á Búrgos.

—Llegó ayer tarde.

—Pues yo vengo ante todo á pedir á usted que lo ponga en libertad.

—Friolera.

—Es lo ménos que puede hacerse con un hombre inocente.

—En cuanto á su inocencia...

—¿Qué?

—Todavía no está probada.

—Lo estará pronto.

—Me alegraré mucho.

—Lo que se quiere es castigar en el padre el delito de los hijos.

—En todo caso, amigo don Cleto, la libertad de ese hombre no depende de mí.

—¿Pues no es usted prefecto?

—Sí, pero estamos en estado de sitio.

—¡Ya!

—Y su prision se ha hecho de orden de la autoridad militar.

—¿Pero usted podrá hacer algo?

—Mucho.

—¿Y querrá usted hacerlo?

—Seguramente.

Don Fabian estaba en verdad dispuesto á complacer á don Cleto, en primer lugar porque le tenia bastante cariño, y en segundo porque el antiguo escribano era un buen vividor, que no queria cerrarse ninguna puerta y se habia propuesto servir á los franceses sin quedar del todo mal con los españoles.

Si hubiera nacido cincuenta años despues, hubiese llegado á ministro; en sus tiempos no pudo pasar de prefecto de Búrgos en nombre de Pepe Botellas.

—Gil,—dijo don Fabian, á quien el pasante escuchaba con la mayor atencion,—está incomunicado; yo veré al general hoy mismo, y creo lograr que lo pongan en comunicacion, á fin de que usted pueda visitarle.

—Mil gracias.

—Además le recomendaré para que en la cárcel le

den buena habitacion, si no lo es la que tenga, y haré que se le guarden todas las consideraciones que sean compatibles con el buen servicio.

—Repito, señor don Fabian, un millon de gracias.

—No las merece, amigo don Cleto.

—¡Oh! sí por cierto.

—Luego veremos de qué se le acusa, quién se encarga del proceso, y procuraremos ayudarle en todo.

—Será un favor más, señor don Fabian...

—Nada, nada... quedamos en ello. Véame usted mañana por la mañana, y creo que le daré la orden para que le dejen ver á su pariente.

—Pues hasta mañana.

—Hasta mañana.

—A la orden de ustedes, señoras.

—Adios, don Cleto.

El pasante salió de la estancia.

En la antesala, el portero, que antes le habia recibido bastante mal, le hizo una profunda reverencia.

Sin duda al ver la facilidad con que habia logrado ser recibido por la familia del prefecto, le creyó un gran personaje.

Al bajar la escalera de la prefectura pensaba el pobre hombre:

—Este don Fabian es bueno, y me quiere de veras. ¡Lástima que sea prefecto! Aunque bien mirado, si no lo fuera no podria yo ser útil á Gil. Bien dicen que es bueno tener amigos hasta en el infierno.

No era don Cleto la única persona que en Búrgos se interesaba por el padre de nuestros amigos.

Don Venancio, á quien Merino habia escrito participándole el suceso, revolvía en su favor el cielo y la tierra.

Para él no se trataba sólo de servir á dos valientes patriotas, sino de una cosa aún más importante.

Como habia indicado Merino al formar su plan del combate de Covarrubias, era preciso impedir que se generalizara el sistema de represalias, pues de lo contrario muchos jóvenes se retraerian de unirse á las partidas, porque no todos los que tienen valor para recibir un balazo, lo tendrian para exponer á sus padres á la persecucion y al martirio de los calabozos.

Por esta razon, don Venancio habia puesto en juego todas sus relaciones, y la junta de Búrgos hacia los mayores esfuerzos por conseguir lo más pronto posible la excarcelacion de Gil Mendoza.

---

## Capítulo XXIV

Un español de 1808.

Don Fabian hizo más de lo que habia ofrecido á don Cleto.

Cuando á la mañana siguiente se presentó el pasante en la prefectura, el antiguo escribano, no sólo le manifestó que Gil estaba ya en comunicacion y podia ir á verle cuando quisiera, sino que estaba dispuesto á acompañarle, para recomendar personalmente al preso al alcaide de la cárcel y hacerle tambien una visita, á fin de que los empleados, viendo que era hombre de valimiento, le trataran con toda clase de consideraciones.

Don Cleto agradeció en el alma á su antiguo jefe aquella deferencia, y ambos salieron de la prefectura sin pérdida de tiempo, para trasladarse á la prision de Gil Mendoza.

La cárcel de Búrgos era como todas, especialmente las de España, un edificio lóbrego, húmedo y oscuro,

donde habia poca limpieza, se respiraba un aire mal sano y se advertia desde la puerta un olorcillo nauseabundo, capaz de revolver el estómago del que lo tuviera más fuerte.

Gil, que al llegar á ella fué encerrado en uno de los peores calabozos, habia sido desde la noche anterior trasladado á la alcaidía, donde se estaba, no diremos mejor, pero sí ménos mal que en el resto del establecimiento.

Una salita mezquina, situada en el piso alto, con ventanas cerradas por fuertes rejas, paredes que aún daban muestras de haber sido alguna vez blanqueadas, y muebles de pino, que consistian en una cama, una mesa y dos sillas de esparto, era la habitacion que ocupaban los presos de distincion.

En honor de la verdad, aquel encierro no tenia sobre los calabozos más ventaja que luz, aire y un poco de sol, que entraba con dificultad á través de los gruesos barrotes que guarnecian la ventana, y esto sólo en las horas del centro del dia, porque los altos paredones del edificio interceptaban sus rayos cuando el astro de la luz estaba inclinado sobre el horizonte, bien fuera al Oriente bien al Poniente.

Estas ventajas, que á primera vista pueden parecer pequeñas, son muy grandes en una cárcel.

El prefecto y don Cleto fueron recibidos por el alcaide de la cárcel con mil cortesías.

—¿El preso Gil Mendoza?—preguntó don Fabian.

—Fué trasladado anoche á las habitaciones altas.

—Vamos á verlo.

Don Fabian hablaba con sequedad, se daba aire de jefe, y trataba á aquel pobre diablo con un desden majestuoso, que admiraba á don Cleto.

—Si quiere su señoría que le acompañe,—dijo el alcaide.

—Si,—contestó el prefecto.

El alcaide empezó á subir la escalera, y don Fabian y don Cleto le siguieron.

Llegados á la habitacion en que estaba Gil, un calabocero que les precedia llevando en la mano un descomunal manojo de llaves, abrió la puerta.

El alcaide dejó pasar á los visitantes.

—¿Se le ofrece á su señoría algo, señor prefecto?

—Nada.

Entonces se retiraron los empleados.

Gil, que estaba sentado junto á la mesa, al oír abrir la puerta de su encierro se puso en pié; pero cuando vió el baston de borlas que llevaba don Fabian, comprendiendo que el recién llegado era una autoridad francesa, volvió á sentarse haciendo un gesto de desden.

—¿Gil, no me conoces?—preguntó don Cleto, que iba detrás del prefecto.

—¡Cleto!—exclamó Gil, arrojándose en brazos de su pariente.

Los dos primos no se habian visto en muchos años; su trato se reducía á cambiar algunas cartas de tarde en tarde, y por consiguiente, aunque se profesaran mútuo afecto, no podían tenerse un cariño profundo.

Sin embargo, en aquel momento se abrazaron con verdadera efusion.

Don Cleto, porque la vista de aquel anciano encarcelado sin haber cometido ningun delito, y en cuyo rostro se veian las huellas de sus padecimientos de los dias anteriores, le habia conmovido.

Gil, porque don Cleto en aquel instante era el mundo exterior, la familia, todo lo que habia de más amado en su corazon entrando en la cárcel. Al abrazarle se figuraba tener entre sus brazos á Mariana y á sus hijos, y algo tambien de la patria, de esa patria por la que estaba dispuesto á sacrificarlo todo. Desde que fué preso en Villoviado no habia tenido trato más que con franceses ó afrancesados. Su primo era el primer español sin mancha que se le presentaba, y saboreaba con delicia el placer de abrazarle.

Pasado el primer momento de expansion, don Cleto creyó llegado el caso de poner en relacion á don Fabian y Gil.

—¿No conoces al señor?—dijo.

—No,—contestó con indiferencia el anciano, mirando á don Fabian de alto á bajo y fijándose sobre todo con marcada extrañeza en su baston con borlas.

Don Fabian se sentía molesto bajo aquella mirada.

Su carácter de autoridad le estorbaba ante la curiosidad á la vez altiva y desdeñosa de aquel hombre de cabellos blancos y rostro demacrado.

—Es el prefecto de Búrgos,—dijo don Cleto.

—¿Prefecto?

—Sí.

—Creia que en España no habia más que alcaldes y corregidores.

—Eso era antes, amigo,—interrumpió don Fabian, procurando sonreír.

—Bien,—contestó Gil, dando á entender en su tono que nada le importaban aquellas novedades.

Don Cleto empezaba á temblar.

Estaba seguro de que Gil no necesitaba más explicaciones para enterarse de quién era el personaje que le visitaba; pero en su tono y en sus palabras habia comprendido que no les ahorraria ningun detalle y que no trataria al antiguo escribano muy benévolutamente.

Ya sentia que don Fabian le hubiera acompañado.

En cuanto al prefecto, trazaba con la contera de su baston figuras geométricas en el suelo, y por hacer algo miraba con atencion, como si la examinara, la habitacion que servia de encierro.

Sólo Gil estaba sereno.

—Creo que podemos sentarnos,—dijo don Fabian despues de un momento.

—Si estuviéramos en mi casa,—contestó Gil,—yo hubiera ofrecido á ustedes asiento. Aquí no sé quién es el amo, ni á quién toca ser cortés con los otros.

Don Cleto se sentó encima de la cama.

Don Fabian y Gil ocuparon las únicas sillas que habia en el aposento.

—¿Y Juan?—preguntó el prefecto, deseando entablar la conversacion en términos más cordiales.

—Hace ocho dias estaba bueno; ahora no sé si habrá muerto cumpliendo con su deber.

El exnotario hizo caso omiso de la segunda parte de la respuesta, y continuó:

—Me alegro de que tenga usted buenas noticias.

—Gracias. ¿Conoce usted á mi hijo?

—Yo lo creo... ¡Buen muchacho!

—Eso sí.

—¡Guapo mozo!

—Es verdad.

—Y honrado y nada tonto,—prosiguió don Fabian, que creía haber encontrado el camino para llegar al corazon de Gil.

Este casi habia olvidado el baston con borlas.

—El señor prefecto,—dijo entonces don Cleto,—es mi antiguo principal, en cuya casa estuvo tambien tu hijo.

—¡Ah!—exclamó Gil con alguna malicia.

—Sí, hombre,—dijo don Fabian, que deseaba echar la conversacion á broma.—Pues si nuestros hijos por poco nos hacen consuegros.

—¡Cosás de chicos!—repuso Gil.

—Yo no lo hubiera sentido,—añadió don Fabian.

—Yo entonces tampoco,—contestó el anciano.

Aquel «entonces» fué un jarro de agua que enfrió repentinamente la cordialidad que en la apariencia habia comenzado á establecerse.

—¿Entonces?...—murmuró don Fabian.

—Justo.

—¿Es decir que ahora?...

—Ahora... no ha entrado en mis cálculos tener en mi familia ningun prefecto.

Gil dijo estas palabras con tal sequedad, que don Fabian se quedó cortado.

Don Cleto queria intervenir en la conversacion; pero se le trababa la lengua y no hacia más que dar vueltas á su sombrero.

—Vaya, señor Gil Mendoza,—dijo el prefecto,—es preciso que hablemos como buenos amigos.

—Dificilmente puedo serlo de los enemigos de mi patria.

—Y ¿quién le dice á usted que yo lo sea?

El exnotario y Gil habian hablado con viveza.

La situacion desde entonces quedaba despejada.

Ya eran inútiles los rodeos y las reticencias.

El español puro y neto y el afrancesado se encontraban frente á frente.

De un lado la abnegacion, el patriotismo, tal vez el error, pero un error noble y digno de respeto.

Del otro el cálculo, el razonamiento, acaso la conveniencia; pero una conveniencia poco simpática.

La lucha estaba entablada en su verdadero terreno.

—¡Los enemigos de la patria!—exclamó don Fabian.—¡Frase muy sonora en efecto! Pero ¿está usted seguro de que sea exacta? ¿Por qué han de ser enemigos de la patria los que pretenden darla un príncipe ilustrado, recto y justo, un gobierno cuya marcha esté de acuerdo con los adelantos de la época, y unas instituciones armónicas con los principios que ya imperan en casi todo el mundo? ¿Por qué han de ser enemigos de la patria los que quieren verla entrar en el concierto de las naciones, recobrar tal vez su antigua importancia, hoy perdida por el aislamiento en que ha vivido, y volver á ser dentro de poco lo que fué en dias más gloriosos y felices?

—La humillacion de las naciones, creo, señor prefecto, que no es el camino de la gloria.

—No hay humillacion en aceptar de buen grado lo que conviene.

—Pero como España no lo acepta de buen grado, como en todas partes se levantan en armas contra los invasores, como son muy contados los que admiten ese rey impuesto por las bayonetas extranjeras, yo creo que toda esa gloria que usted se promete no seria para los españoles más que una inmensa vergüenza, si por fortuna no estuvieran todos dispuestos á morir antes que someterse al enemigo.

Gil no tenia instruccion; pero en cuestiones de sentimiento siempre ha sido el corazon más fuerte que la cabeza, y por eso podia contestar victoriosamente al ex-notarió.

—Mas cuando la lucha es imposible,—repuso este, que no queria darse por vencido,—lo patriótico es ceder, hasta para evitar la humillacion del vencimiento.

—No queda humillado el que hace todo lo que puede.

—Y ¡cuánta sangre ha de correr inútilmente! ¡Cuánta desolacion, cuánta ruina ha de traer sobre la infeliz España la obcecacion de los que llaman enemigos de la patria á los que vemos claramente la situacion de las cosas!

—Es efectivamente una desgracia,—contestó Gil;—pero toda esa sangre, todos esos desastres caerán sobre la frente de quien los ha provocado.

—Pero España sufrirá sus consecuencias.

—No hay otro remedio.

Los dos hombres callaron algunos momentos.

Don Fabian buscaba nuevas razones que aducir en defensa de su opinion, y Gil se prometia no ceder ni un ápice en la suya.

Don Cleto creyó que debia intervenir antes que la discusion se hiciera más ágría.

—El señor don Fabian,—dijo,—es quien ha logrado del general que te pongan en comunicacion, y quien te ha recomendado aquí para que estés lo mejor posible.

—Mucho agradezco á este caballero sus favores, por más que no los haya pedido,—contestó Gil.

—Eso no vale la pena,—exclamó el prefecto;—aún puedo hacer mucho más en obsequio de usted, y lo haré indudablemente, si al fin llegamos á entendernos...

—¿Entendernos?

—Sí.

—Lo dudo.

—¿Por qué?

—Porque lo dudo.

—Nada hay más fácil.

Gil se encogió de hombros y aguardó á que el prefecto se explicara.

—Vamos á ver,—dijo este:—¿á quién se le ocurrió la idea de que los chicos hicieran esa calaverada?

—La idea de salir á campaña, no de hacer una calaverada, fué de ellos.

—¡Ya!

—A ellos se les ocurrió,—continuó Gil sin hacer

caso de la interrupcion del prefecto,—cuando yo iba á mandárselo.

—¿Cómo?

—Lo que usted oye.

—¿Qué diablura!

—Entre mis hijos y yo hay tal identidad de creencias y de pareceres, vemos las cuestiones tan del mismo modo y somos tan igualmente amantes del honor y de la patria, que no es de extrañar que á los tres se nos ocurra al mismo tiempo la misma idea.

—Pues el general,—dijo don Fabian,—está muy irritado con la partida de Merino y todos los que la componen, especialmente desde que el cura entró en los pueblos, publica bandos y da órdenes á las autoridades, titulándose comandante general de Castilla la Vieja.

—Ya sabia yo que no es tonto don Jerónimo,—dijo Gil con alegría que no trataba de disimular.

—Los mozos de los pueblos,—continuó el prefecto,—comienzan á alistarse en la guerrilla.

—Hacen bien.

—Eso es lo que se trata de impedir á toda costa.

—¿Y para conseguirlo se prende á los padres de los alistados? El sistema lo habrá aprendido el señor general francés de alguna cuadrilla de bandidos.

—No puedo tolerar esas palabras,—exclamó don Fabian levantándose.

—Y yo soy tan toseco y tan ignorante,—contestó Gil con aplomo,—que no sé dar á las cosas más que su propio nombre.

—¡Calma por Dios, señores!—dijo á esta sazón don Cleto, temeroso de verlos llegar á las manos.

—Yo he procurado tenerla,—repuso don Fabian conteniéndose;—por usted he venido aquí á visitar á su primo, por usted estoy pronto á intercéder por él, como ya lo he hecho; pero si á mis buenos deseos se contesta con insultos, nada tengo que hacer en este sitio.

—Yo le ruego á usted, señor don Fabian, que se haga cargo de la situación; Gil está con razón irritado, y sus palabras no pueden ser tan medidas como yo quisiera.

—No necesito excusas,—gritó Gil con entereza.

Don Fabian se desentendió de estas últimas palabras, y contestó á don Cleto:

—Ya comprendo lo que hay que conceder á la situación especial en que el señor se encuentra, y si he sufrido todos los arranques de su mal humor, se debe á eso, al aprecio que á usted tengo, y á que, á pesar de todo, aún deseo servirle más de lo que pudiera esperar.

Don Fabian no decia la verdad más que á medias.

Habia ofrecido al general francés tentar un esfuerzo supremo para lograr la dispersion de la partida del cura, y en esto consistió la mayor parte de su paciencia.

Sabia la influencia que los dos hijos de Gil tenían en la guerrilla, y comprendia que si lograba hacer que la abandonaran, harian en ella mucha falta.

—¿Dice usted,—preguntó don Cleto,—que aún piensa hacer por él más de lo que ha hecho?

—Mucho más, porque espero ponerle en libertad.

—Será la reparacion de una injusticia irritante, — contestó Gil.

—No lo niego,—dijo don Fabian;—pero tambien debe usted comprender que eso no bastaria para conseguirlo.

—¿Hace falta algo más?

—Es necesario que usted ponga un poco de su parte.

—Veamos.

—¿Sus hijos de usted?...

—¡Ah! ¿Se trata de mis hijos?...—preguntó Gil con desconfianza.

Don Cleto escuchaba con la mayor atencion, como si temiera perder una sílaba.

—Sí,—dijo el antiguo escribano,—usted ya tiene años, su esposa tambien debe tenerlos, el peligro en que están sus dos hijos, única alegría de su vida, único amparo de su vejez, debe acibarar su existencia...

—Se conoce que es usted, padre,—dijo Gil con sentimiento.

—Lo soy, y eso me hace dolerme de la situacion en que usted se encuentra. Ahora todos esos pesares se han aumentado con la prision de usted.

—Es cierto.

—Prision que puede ser larga...—añadió intencionadamente el prefecto.

—Me lo figuro.

—Si usted no quiere que se concluya hoy mismo.

—¡Hoy mismo!—dijeron á la vez Gil y don Cleto.

—Sí; yo he respondido por usted al general, le he dicho que podemos fiar en su palabra.

—Le ha dicho usted la verdad.

—Sé que Juan y su hermano son obedientes.

—Sí, señor.

—Que su voluntad de usted es ley para ellos.

—Es cierto.

—Y por consiguiente, si usted me ofrece como hombre honrado que dentro de tres días sus dos hijos se habrán separado de la partida, antes de una hora está usted en la calle.

—Si á ese precio he de comprar mi libertad, me moriré en la cárcel,—contestó Gil con calma y energía.

—Considere usted...

—No hablemos más de ello.

—El peligro de sus hijos...

—No importa.

—¿Y es usted padre?

—Soy español.

—Las lágrimas de su esposa...

—También llora la patria.

—Don Cleto, convenza usted á este hombre,—dijo el exnotario, buscando un refuerzo en su antiguo pasante.

—Perdone usted, don Fabian,—exclamó don Cleto, á quien se le saltaban las lágrimas;—yo no he sido nunca más que un infeliz incapaz de meterme con nadie, ni de matar una mosca; pero creo que si estuviera en lugar de Gil, haria lo mismo.

Gil abrazó á don Cleto casi hasta ahogarlo.

—Ya que son ustedes dos viejos locos,—gritó don Fabian con enfado,—yo les favoreceré á pesar suyo.

—¿Usted?—preguntó Gil.

—Yo encontraré medio de hacer saber á esos muchachos que su libertad de usted depende de ellos.

—Pero ellos no querrán que su padre salga de aquí para maldecirlos,—gritó Gil con ira.

—¿Maldecirlos?—exclamó el prefecto aterrado.

—Si tal hicieran... que no lo harán, porque son hijos míos...

—Hemos concluido,—dijo don Fabian, tomando el sombrero y disponiéndose á salir.—Por última vez,—exclamó desde la puerta volviéndose hácia Gil.

—Lo dicho.

—Piénselo usted bien.

—Está pensado.

—Sin embargo, le veré á usted mañana.

—Es inútil.

Don Fabian salió de la estancia entre irritado y corrido.

El patriotismo de aquel viejo le humillaba.

Don Cleto abrazó á su primo, diciéndole:

—Adios, Gil... Yo lo siento mucho... pero ¡qué diantre! has hecho bien, muy bien... yo en tu lugar haria lo mismo.

Y el pobre pasante siguió á su antiguo jefe, enjugándose una lágrima.

---

## Capítulo XXV

---

**Donde se ve que el ejército de Castilla la Vieja iba siendo cada vez más poderoso**

El combate de Covarrubias había inspirado al cura Merino una idea verdaderamente feliz.

Viendo que la guerra prometía ser larga, le preocupaba mucho pensar que su partida no podía dormir á la intempérie, sobre todo en la estacion de las lluvias que se acercaba, sin que se resintiera mucho la salud de hombres y caballos.

Pero lo ocurrido en Covarrubias le demostró que habiendo mucha vigilancia, y sobre todo estando bien servido por los espías, era fácil dormir con seguridad en poblado.

Al efecto dispuso que su tropa durmiese siempre en las poblaciones. Establecía una gran guardia, cuya mitad rondaba constantemente á bastante distancia del

pueblo en que pernoctaba la fuerza, y la otra mitad permanecía con los caballos ensillados, y los hombres dispuestos á montar al primer aviso. Alojaba á sus soldados en las casas de los vecinos, y despues de dejarlo todo arreglado, montaba á caballo, y seguido del *Fleo*, él mismo recorria las inmediaciones de la localidad ocupada por su gente, y cuando estaba seguro de que no habia ningun peligro se encaminaba al monte más cercano para dormir, pues como su salud era de hierro, preferia pasar la noche al aire libre á exponerse á ser víctima de una traicion.

Un mes habia pasado desde la junta insurreccional de San Pedro de Arlanza, cuando don Jerónimo Merino se encontraba ya al frente de una fuerza respetable.

Su partida se componia de trescientos caballos y más de doscientos infantes, todos bien equipados, armados convenientemente y dispuestos á acometer toda clase de empresas.

La junta de Sevilla, en cuanto supo por el presbítero Peña lo que habia hecho en pro de la causa nacional, le remitió un oficio muy laudatorio, concediéndole el empleo de teniente coronel de caballería, y reconociendo en nombre de la nacion todos los grados militares que tuviera por conveniente dar á los suyos.

Portador de tan buenas nuevas fué un capitán de ejército que la junta central enviaba para ponerse á las órdenes del cura, y ayudarle á organizar militarmente su tropa y darle la instruccion necesaria. Con el capitán iban cuatro tenientes, tambien de ejército, dos de infan-

tería y dos de caballería, que debían ayudarle en sus tareas.

Merino, gran conocedor del corazón humano, comprendiendo lo que puede el interés en los hombres, el primer uso que hizo de la autorización de la junta para dar ascensos fué conferir el empleo inmediato al capitán y á los cuatro tenientes, con lo cual consiguió desde el primer día tener todas sus simpatías; y por otra parte, no hizo nada que no fuera necesario, porque habiendo aumentado tanto las fuerzas de su mando, aquella oficialidad distaba mucho de ser numerosa. Completó el cuadro de oficiales, nombrando alféreces y tenientes á los jóvenes más distinguidos de la partida, y esto le proporcionó ocasión para alentar algunas ambiciones y estimular á los más apáticos, que ya comenzaban á entrever algún porvenir en la carrera que habían emprendido.

Con los trescientos ginetes formó un regimiento de cuatro escuadrones, que recibió el nombre de *Húsares de Burgos* (1); el capitán de caballería, hecho comandante, obtuvo el mando de dicho regimiento; Juan quedó al frente del primer escuadrón; el segundo y tercero fueron mandados por los dos tenientes de caballería recién llegados de Sevilla, ascendidos á capitanes; y como aún faltaba un capitán para el cuarto, creyó justo Merino conceder ese empleo á Tomás, que continuaba en Covarrubias convaleciendo. De este modo recompensó su bizarría en aquel combate, y siguió la costumbre de la

---

(1) Histórico.

mayor parte de los generales, de dar un ascenso á los heridos.

La infantería se organizó en tres compañías, y la instruccion de la tropa adelantaba rápidamente, gracias al celo de los oficiales y á la buena voluntad de todos.

Los ejercicios eran largos, y los habia todos los dias. Aun estando en marcha, Merino hacia que se marchara maniobrando, pues se habia convencido de que para que su tropa pudiera presentarse con alguna solidez delante del enemigo, no bastaba el valor, sino que era indispensable la instruccion.

El capitan general de Búrgos se preocupaba bastante con la existencia de la partida de Merino.

Más de tres mil hombres tenia destinados á su persecucion; pero esta fuerza era insuficiente en un país tan montañoso.

El doble apenas hubiera bastado para ocupar todas las salidas de la sierra, y aun con esto no se conseguiria nada, pues habia necesidad de guarnecer todos los pueblos importantes, para que los guerrilleros no recibieran ninguna clase de auxilios.

Las columnas de operaciones tenian que ser, además de numerosas bastante fuertes, para no ser sorprendidas y derrotadas por el audaz y activo sacerdote.

Todas estas razones exponia el conde de Dorsenne al gobierno de Madrid para que le enviara refuerzos; pero sobre poco más ó ménos, lo mismo alegaban las autoridades de todas las provincias, y los franceses, como decia con exactitud y gracia uno de sus generales, per-

manecian encerrados en las capitales y eran una especie de prisioneros en un país que decían haber conquistado.

Entre tanto, Tomás continuaba en sus amores con Amalia, y Juan estaba cada vez más disgustado de ver el giro que tomaban los asuntos.

Una tarde se presentó el mayor de los hermanos en Covarrubias.

Tomás paseaba por el jardín de la casa de don Modesto.

Este, su mujer y sus hijas, estaban en la sala.

Juan preguntó á un criado por su hermano, y entró en el jardín sin saludar á los dueños de la casa.

Iba dispuesto á poner término á aquella situación.

—¡Hola, Juan!—dijo Tomás, adelantándose al encuentro de su hermano.

—Buenas tardes.

—¿Qué te trae por aquí?

—El deseo de verte.

—Me alegro. ¿Hay noticias de casa?

—Sí, padre sigue preso en Búrgos...

—¡Ira de Dios!... ¿Y madre?

—Está buena.

—¡Vaya!

—La he visto hace tres días. Quería venir á verte.

—¿Y por qué no ha venido?

—Yo se lo quité de la cabeza.

—¿Tú?

—Sí.

—Gracias.

—¿A qué había de venir?

—A darme un abrazo.

—¿Y María?

—¡María!

—Hubiera venido con ella.

—Es verdad.

—Y la entrevista no hubiera sido muy alegre,—  
dijo Juan.

—¿La has dicho algo?

—No.

—Entonces...

—No sabe nada.

—Bien.

—Pero una vez aquí, no hubiera tardado en comprenderlo todo.

—¿Quién sabe si ya me habrá olvidado!—exclamó Tomás.

—¿Juzgas su corazón por el tuyo?

—Chico, el hombre no es una piedra, que siempre está en el mismo sitio. No tienes más que ver lo que nos sucede á nosotros. Hace dos meses éramos unos labriegos que no significábamos nada en el mundo; hoy somos dos capitanes de caballería; ¿y quién sabe lo que seremos con el tiempo?

—No esperes convencerme, ni que aplauda jamás tu inconstancia.

—Cuando vuelva á Villoviado...

—¿Qué?

—Y vea otra vez á María...

—¿Volverás á quererla?

—¿Quién sabe!

—¿Y crees que yo he de consentir que engañes á esa pobre muchacha, tomando su amor y dejándolo como si fuera un trapo que se desecha cuando no hace falta?

—¿Tú?

—Yo.

—¿Pero á tí qué te importa?

—¿Qué me importa, Tomás?—dijo Juan con gravedad.—Vas á saberlo todo: estaba resuelto á callar, pero ya es imposible.

—¿Qué quieres decir?

—Escucha... Tú no habrás notado que yo, desde hace algun tiempo, habia dejado de ir á casa de María.

—Sí.

—¿Lo habias notado?

—Es claro.

—¿Y á qué lo atribuias?

—A nada.

—¿A nada?

—La misma Maria, cuando hablaba de ese cambio, decia que eres maniático.

—¿Maniático?...

—¿Qué otra cosa podia decir?

—La felicidad es tan egoista, que los que son felices no comprenden que haya nadie desgraciado,—repuso Juan.

—¿Tú desgraciado, Juan?

—Sí, Tomás.

—Habla.

—Lo haré, para que puedas comparar tu conducta con la mía, y te avergüences de tu falta.

—Ya te escucho.

—Cuando tú entraste en relaciones con María, tenias un rival.

—¡Un rival!

—Sí, ella no llegó á saberlo, ni lo sabrá jamás.

—¿Y ese rival?

—Ese rival era tu hermano.

—¡Juan!

—¡Tomás! esa fué la causa de mi alejamiento. Lo que creiais una extravagancia de carácter, no era sino un sacrificio inmenso que yo me imponia por vuestra felicidad. Oz creia á los dos enamorados y contentos, y me alejaba de vosotros por miedo de turbar vuestra alegría. Temia que leyerais en mi frente mis pensamientos, y me escondia á vuestras miradas.

—¿Y te imponias por mí ese terrible sacrificio?— preguntó Tomás avergonzado.

—Por ti y por ella.

—¡Pobre hermano mio!

—He sufrido mucho, ya es tiempo de que lo sepas. Bajo mi apariencia de frialdad rugia un volcan, que más de una vez ha estado á punto de estallar desgarrándome el pecho. Mi desesperacion ha llegado á ser tan grande en algunos momentos, que hasta he pensado en poner fin á mis males poniéndolo á mi vida...

—¡Juan!

—Pero me acordaba de nuestros padres, de tí, de ella. Mi muerte hubiera sido una sombra que empañaa-

ra constantemente vuestra felicidad, y he tenido valor para seguir viviendo, para seguir sacrificándome por vosotros. Yo creo que en el dolor hay, como en el placer, una especie de embriaguez que nos hace revolcarnos en él con un goce salvaje. He llegado á experimentar esa embriaguez, he llegado á complacerme en mis propios dolores, y cuando Dios me concedía algun instante de calma, sentia la satisfaccion inmensa de un deber cumplido.

—Me avergüenzo de mí mismo al escucharte,—dijo Tomás.

—Mi única esperanza era ver á María feliz con tu amor y poder decir en el fondo de mi alma: «Yo tengo alguna parte en su felicidad; si yo no me hubiera sacrificado por ella, tal vez mi hermano hubiese renunciado á su cariño, y los tres seríamos igualmente desgraciados.» Tú me has quitado hasta esa esperanza; tú me has privado de la única compensacion que podia tener mi sacrificio; tú me has hecho aún más desgraciado de lo que era, porque sobre todos los tormentos á que yo mismo me habia condenado, me condenas al de verla llorar, al de saber que mis penas no han servido para evitar las suyas, que mi sacrificio ha sido completamente estéril.

—Vales mil veces más que yo.

—Es tan dulce sufrir por una persona amada, que yo, en los mismos sufrimientos que me habia impuesto encontraba un placer amargo, que unido á la satisfaccion de cumplir con mi deber, hacia mi existencia ménos penosa.

—Pero entonces, en lugar de sentir lo que ahora sucede, debias alegrarte.

—Mal me comprendes.

—¿Mal?

—Y peor comprendes á María.

—¿Por qué?

—María es de esas mujeres que quieren una vez sola. Te amaré á tí, y te amaré mientras viva. Si tú la amas, será feliz con tu cariño; cuando sepa que la has mentido, se morirá de pena, y entonces yo tendré que mirar que eres mi hermano para no matarte.

—¿Estás loco!

—Aunque así no fuera, aunque ella al cabo de algun tiempo llegara á olvidarte, aunque yo fuera dueño de su amor y hubiera de ser feliz á su lado, yo no quiero una felicidad que la habia de costar lágrimas sin cuento y la pérdida de sus más queridas ilusiones.

—Juan, sabes querer mejor que yo.

—Quiero sin esperanza.

—Mira, Juan, yo no merezco á María. Mi carácter es inconstante, lo conozco; pero no puedo remediarlo. Hoy es Amalia, mañana será otra; ¿quién sabe? Te confieso que la que más me gusta es la última que veo. Por consiguiente, lo más honrado es desengañar pronto á esa pobre muchacha: quiérela tú, ella no dejará de conocer tu mérito; llorará por mí el primer dia, me olvidará al segundo, y al tercero se enamorará de tí.

—Eso es imposible.

—¿Imposible?

—Sí.

—No veo la razon.

—Despues de lo que ha pasado, ni ella ni yo podríamos estar tranquilos. Tú mismo lo has dicho antes: quizá cuando vuelvas á verla volverá á latir tu corazon, y yo no quiero vivir con la sospecha de que tú sufres lo que yo he sufrido.

Juan tenia razon.

Tomás lo comprendió así, y guardó silencio.

Los dos jóvenes siguieron paseando cabizbajos y pensativos.

—¿Es decir, que yo soy la causa de la desgracia de todos?—exclamó por fin Tomás.—Yo pondré remedio.

—¿Cómo?

—Poniéndome al frente del escuadron antes de dos dias, y haciéndome matar en el primer encuentro. En ese caso María llorará mi muerte, no su desengaño, y tú podrás amarla sin recelo.

Juan fué entonces el que quedó confuso.

—No, Tomás,—dijo despues de un momento;—los dos tenemos obligacion de vivir para la patria y para nuestros padres. Ya siento haberte hablado en los términos en que hoy lo he hecho. Demos tiempo al tiempo, y ya veremos lo que haya que hacer.

Los dos callaron, y siguieron paseando.

Al cabo de un rato se unió á ellos la familia de don Modesto.

Juan saludó á todos con agrado.

—¿Cómo encuentra usted á su hermano?—preguntó doña Susana.

—Muy bien, señora,—repuso Juan;—gracias á los cuidados de ustedes.

—¿Quiere usted callar?—preguntó don Modesto.

—¡Oh! nunca agradeceremos bastante lo que usted y su familia han hecho por él.

—Es cierto.

—Vaya, vaya... no es para tanto.

—¿Cuántos franceses ha matado usted estos dias, capitan?—preguntó Luisa.

—Señorita, andan tan escasos, que no he podido ver á ninguno.

—Parece que temen,—exclamó don Modesto.

—El escarmiento que llevaron en este pueblo fué terrible; así es que no se atreven á atacarnos, y como nosotros no podemos tomar la ofensiva...

—Es claro.

—Pero segun creo, no tardará en haber algun combate.

—¿Si?

—Las columnas se van atreviendo mucho en la sierra, y será preciso castigar alguna.

La conversacion siguió en estos términos.

La familia de don Modesto trataba con mucha deferencia á los dos hermanos.

Aunque los amores de Tomás y Amalia no se les podian haber ocultado, como al fin el muchacho era ya un capitan de caballería, los padres no veian ningun mal en que la linda rubia mirara con buenos ojos al simpático jóven.

Despues de anochecer, Juan participó de la cena de

la familia, é inmediatamente se despidió de todos, montó á caballo y marchó á reunirse á la partida.

Antes de marchar quedó convenido entre los dos hermanos que Tomás se reuniría con los suyos á los cuatro ó cinco dias, puesto que su estado de salud ya lo permitia.

---

## Capítulo XXVI

---

### Tomás quema sus naves

Calcúlese el efecto que haria en la enamorada Amalia la noticia de que su novio iba á salir á campaña á los tres ó cuatro dias.

La muchacha habia pensado muchas veces en esta eventualidad; pero habia desechado ese pensamiento, como hacemos con todos los que nos molestan, y gozaba de su dicha presente sin ocuparse para nada de lo porvenir.

Al hablar de las mujeres suele incurrirse en un error muy generalizado.

Se cree que las morenas de ojos negros y abundantes cabellos son las más ardientes, las que aman con más fuego, las que sienten un volcan en su pecho.

Y es opinion general que las mujeres blancas, rubias, de ojos de cielo y rostro infantil y cándido, son frias é incapaces de apasionarse enérgicamente.

Nada hay más falso.

Precisamente bajo esa apariencia de timidez y de candor de las mujeres rubias, es donde se encuentran por regla general las almas de fuego que sienten las pasiones más vivas.

Casi todas las grandes heroínas del amor han sido rubias, y las mujeres más apasionadas son precisamente esas de quien nadie lo sospecha.

Otro tanto sucede con el atrevimiento.

En una mujer de aspecto franco y resuelto puede encontrarse el valor, que en asuntos amorosos tienen casi todas ellas; pero si quereis la temeridad, tendreis que buscarla en esas niñas de apariencia tímida que apenas se atreven á despegar los labios, ni á levantar los ojos del suelo, pero que son capaces de todo cuando la pasión las anima.

Amalia se encontraba en este caso.

Era rubia y tímida por naturaleza.

Pero estaba enamorada y se encontraba en una situación crítica.

Es decir, amaba con toda su alma, y por su amor era capaz de arrostrarlo todo.

Así es, que sin atender á ningun género de consideraciones, sin reparar en que su familia podría notar su atrevimiento, apenas Juan hubo partido se dirigió al encuentro de Tomás, que se habia quedado en el zaguán sentado en un ancho sillón de baqueta, diciéndole:

—¿Es cierto que quieres marcharte?

—Ya ves, Amalia, que no tengo otro remedio,— contestó el jóven.

—Tú no me quieres,—dijo la niña, llevándose el pañuelo á los ojos.

—¿Puedes dudarlo?

—Si me quisieras no te marcharías.

—Mi deber me obliga.

—Yo no tengo más deber que quererte.

—El honor me impide permanecer aquí más tiempo.

—Mi honor consiste en estar á tu lado.

—Los hombres, amor mio, tenemos obligaciones de que no podemos prescindir.

—Porque no sabeis querer.

—¿Que no?

—Yo, desde que te amo, desde que te conozco, no vivo más que por tí y para tí. Si mi padre hubiera descubierto nuestras relaciones, no sé lo que hubiera hecho dado su carácter severo, y sin embargo, nada temo. Ni el enojo de mi padre, ni el cariño de mi madre, ni la opinion de las gentes, ni el qué dirán, ni nada me importa. Una mirada tuya es mi vida, mi honra, mi alegría, mi felicidad. Respirar donde tú respires, es el colmo de mis aspiraciones: todo mi deseo se reduce á amarte y á que me ames.

—Yo te amo, ángel mio, te adoro,—replicaba Tomás, envuelto, á pesar suyo, en aquel torrente de pasión.

El jóven estaba á la vez satisfecho y pesaroso.

Satisfecho, porque se veia amado con un amor que no podia ménos de halagar á cualquier hombre; pesaroso, porque la conferencia que acababa de tener

con su hermano estaba presente en su memoria y le sumia en un mar de confusiones.

Por un lado pensaba que, amando Juan á María, y habiéndola él olvidado, lo mejor para todos era que se abandonase al amor de Amalia y dejara correr los acontecimientos, que tal vez llegarían á una inteligencia entre su hermano y su prometida.

Por otro lado, al comparar su amor ligero, voluble, caprichoso, con la pasión profunda, inmensa y sincera de Juan, se sentía humillado.

Pensaba que María no dejaría de hacer la misma comparación, y cuando se enterara de lo que ocurría, cuando supiera, si algún día llegaba á saberlo, cuál había sido la conducta de uno y otro, no podría ménos de decir que Juan era mucho más digno que él de ser amado.

No sentía perder el amor de su antigua novia, puesto que renunciaba á él, aun faltando á un deber moral; pero le disgustaba la idea de aparecer indigno de haberlo poseído.

Estas ideas se agitaban confusamente en su cerebro, y no permitían á Tomás dejarse llevar del todo por el torbellino de amor que se escapaba, más aún del corazón que de los labios, de la linda muchacha que tenía al lado.

—Tomás...—decía ésta viéndole distraído.

—¿Qué!

—¿En qué piensas?

—En nada.

—¿En nada?

—O mejor dicho, pienso en tí,—contestaba el muchacho reponiéndose.

—No, me engañas.

—¡Amalia!

—Sí, yo leo en tus ojos que piensas en otra cosa.

—No seas niña.

—Tu voz, al hablarme, no tiembla de amor como la mía; tu pensamiento no está entero en tus palabras; tu alma, Tomás, está en otra parte.

—No lo creas.

—¿Cómo no he de creer lo que estoy viendo?

—Pues te engañas,—exclamó Tomás; que ya se iba contagiando del amor de la joven;—yo te amo con toda mi alma, á tu lado me olvido de todo, hasta de mi mismo; en este momento me parece que no hace poco tiempo que te conozco, creo que te he conocido siempre y que te amado toda mi vida.

—Así quiero oírte.

—Así me oirás siempre.

—¿Siempre?

—¿Lo dudas?

—¡Vas á marcharte!—dijo Amalia con un acento indefinible de tristeza.

Aquella exclamacion volvió á Tomás á la realidad, de la que se iba alejando.

—Ya ves que es preciso.

—Sí, pero entre tanto correrás peligros, y yo no estaré á tu lado para correrlos contigo; tal vez volverás á ser herido, y las manos de otra mujer serán las que te curen; ¿quién sabe si te olvidarás de mí?

—Puedes creerlo.

—Y si murieras yo no podria morir al mismo tiempo.

—Sí, ángel mio,—exclamó Tomás;—cuanto me hieran el corazon, tendrán que herirte, porque en él te llevo. Pero no temas: pensando en tí arrostraré todos los peligros, sin que ninguno baste á rendirme; tu amor me hará invencible; invocando tu nombre entraré en los combates, y estoy seguro de vencer siempre. «Por ella,» diré al cargar al enemigo, y no habrá nada que me arredre; para tí tendré ambicion de triunfos y honores, para tí desearé ascender y llegar á ser mucho; porque tú eres mi alma, mi ambicion, mi vida, mi patria.

Tomás en aquel momento estaba verdaderamente apasionado, y por eso era elocuente.

La pobre María no habia oido nunca en sus labios un lenguaje tan bello.

Tomás estaba trasformado, y su trasformacion, si bien se mira, no tenia nada de particular.

La guerra, y sobre todo la guerra por la patria, ennoblece.

El jóven tenia otra posicion, otras ambiciones, otras ideas que cuando vivia en su pueblo.

Sus pensamientos eran más elevados, y por consiguiente sus palabras debian serlo tambien.

Además, el amor de Amalia era muy distinto del de María.

Esta última no era más que una sencilla aldeana. Sabia querer, pero tal vez no acertaba á expresar su cariño. Su amor, por otra parte, era tranquilo, reposado

como la corriente de un arroyo que se desliza tranquilo por entre el césped, fecundizando, es verdad, la tierra, pero sin llamar la atención del caminante.

El amor de Amalia era todo lo contrario.

Asolador, violento, impetuoso, parecia un río que sale de madre, y que arrolla todo lo que encuentra al paso. No fecundiza nada, lo destruye todo. Su corriente ni siquiera sirve para calmar la sed del viajero, que no se atreve á acercarse á él de miedo de verse envuelto en sus aguas; pero admira y suspende el ánimo, subyugado por tanta grandeza.

Amalia, además, estaba bien educada; sabia leer y escribir, cosa rara en las mujeres de su época, y se expresaba bien, sobre todo cuando, como en aquel momento, dejaba hablar á su corazón.

Para el que sólo se fijara en la superficie de las cosas, era muy superior á María.

Por otra parte, Tomás, como la mayor parte de los jóvenes, tenia cierta vanidad.

El cariño de Amalia halagaba su amor propio; el de María podia hacerle feliz, pero probablemente no le haria envidiado.

Y á Tomás le gustaba inspirar envidia.

—Tomás, yo no quiero que te marches.

—Ya sabes que eso es imposible.

—Entonces...

—¿Qué?

—Antes de que salgas de casa es preciso que mis padres sepan lo que sucede.

—¿Amalia!

—Sí, yo quiero poder amarte sin esconderme, poder llorar tu ausencia sin tener que ocultar mis lágrimas.

—¿Pero sabes lo que dices?

—Sí.

Tomás no contaba con aquella exigencia, que le desconcertó.

En verdad, Amalia tenía razón, y el muchacho se veía en el caso de acceder á sus deseos ó de confesar su situación, para lo cual se hubiera visto muy apurado, no sólo él, que tenía poco de diplomático, sino cualquiera otro.

—¿Te negarás á una cosa tan justa?—preguntó Amalia.

—No, no por cierto,—repuso Tomás turbado.

—¡Y bajas la cabeza!

—¿Qué aprension!

—¿Pero qué te sucede?

—¿Qué me ha de suceder? Nada... sino que ya ves...

—Acaba.

—Yo no soy más que un capitán, y aun eso, Dios sabe si lo seré mañana.

—¿Por qué?

—Si te he de decir la verdad, no tengo gran confianza en que los nombramientos del cura sirvan de algo.

—Ya nos ha dicho tu hermano que están aprobados por la junta de Sevilla.

—Es verdad.

—Además, aunque no lo estuvieran, ¿qué mal habría en ello? Yo te quiero á tí, no á tu empleo.

—Pero tu padre...

—Mi padre es bastante rico...

—Eso es lo que temo. El querrá, de seguro, mucho más para su hija.

—Mi madre me quiere tanto y es tan buena,—dijo Amalia,—que allanará todas las dificultades que se presenten.

—¡Quién sabe!

—Nada temas.

—Si despues de dar ese paso tu padre se negara á mis pretensiones, yo no podria volver más á esta casa; tú serias vigilada cuidadosamente, y temo que no pudiéramos tener noticias uno de otro.

—Mi padre no hará tal cosa, porque no querrá matarme.

Amalia para todo encontraba respuesta.

Tomás no se atrevia á dar un paso que, no habiendo aún roto sus relaciones con María, le parecia una infamia.

—Mira, Tomás, yo creo que mis padres ya sospechan algo.

—Es posible.

—Y cuando nada han dicho, es señal de que no han de oponerse á nuestro amor.

—Tus padres no podian decir nada estando yo herido,—dijo Tomás;—lo contrario hubiera sido lo mismo que echarme de su casa, y las leyes de la generosidad se lo impedian.

—Tal vez tengas razon.

—Yo quisiera aguardar algun tiempo.

—¿Para qué?

—Para decirles que nos queremos. Deja que la guerra se concluya.

—La guerra puede ser muy larga.

—De todos modos, mientras dure no podemos casarnos.

—Eso lo veremos; pero lo principal es que podamos querernos.

—¿Acaso para eso necesitamos permiso?—dijo el jóven.

—¡Tomás!

—¿Qué?

—Yo sospecho que lo que tú temes es comprometerme.

—¡Por Dios, Amalia!

—No me convencerás de tu amor sino hablando á mi padre.

—¡Qué locura! Deja que yo, peleando con los franceses, llegue á coronel, porque llegaré, estoy seguro, y entonces verás cómo vengo á pedir tu mano.

—¿Y entre tanto?...

—Yo vendré á verte siempre que pueda.

—Eso no es bastante.

—Te escribiré con frecuencia.

—¿Y cómo llegarán tus cartas á mis manos?—preguntó Amalia.

—Ya veremos.

—No.

—¿Qué?

—De ningun modo.

—Pero piensa...

—Yo no quiero confiar mi cariño al azar, yo no quiero estar siempre pendiente de la torpeza ó de la indiscrecion de un criado. Tomás, si me amas, si no has mentido, si no te has burlado de mí, si tienes en algo mi amor, haz lo que te digo.

—Me pides un imposible.

—¡Imposible!

—Sí; yo te adoro, Amalia, te adoro, ya te lo he dicho, y te lo repetiré cien mil veces; pero por nada del mundo me expondría á que tu padre me rehusara tu mano y me acusara de haber abusado de la hospitalidad noble y generosa que he recibido en su casa.

Amalia quedó un momento suspensa.

Ella queria tanto que no razonaba, y el cariño razonador de Tomás la parecia una especie de desvío.

Se echó á llorar amargamente, murmurando entre lágrimas y sollozos:

—No me quieres, Tomás, no me quieres.

—¡Amalia mia!

—No, todo ha concluido entre nosotros.

—Pero...

—¡Qué desgraciada soy!

Tomás se encontraba en una situacion verdaderamente crítica.

Amalia lloraba, y ya no se cuidaba de nada.

De un momento á otro podia aparecer cualquiera de su familia, preguntar la causa de aquel llanto y enterarse de todo.

El jóven hubiera querido hundirse debajo de tierra.

—Bien, Amalia, no llores... yo haré lo que quieras,—decía.

—¿No me engañas?

—No.

—¿Cuándo vas á hablar á mi padre?

—Ahora mismo.

Tomás habia tomado una resolucion desesperada.

Quería jugar el todo por el todo.

Las lágrimas de Amalia le hacian un daño horrible, y por enjugarlas no vacilaba en crearse una situacion dificilísima.

—¿De veras?—preguntó Amalia entre risueña y llorosa.

—Te lo juro.

—Pues vamos.

—Vamos.

Tomás y Amalia se levantaron.

Esta se limpió apresuradamente los ojos.

Ambos quedaron un momento parados.

—Anda,—dijo por fin Amalia, dirigiéndose hácia una puerta á la derecha, que era la del cuarto de su padre.

Tomás la siguió como un autómeta.

Pero al llegar á la puerta faltó valor á la niña, se detuvo y dijo:

—Entra tú solo.

—Bien.

El jóven, casi sin darse cuenta de lo que hacia, dió con los nudillos un golpecito en la puerta, diciendo:

—¿Se puede?...

—Adelante,—dijo don Modesto, que estaba en la sala.

Tomás vaciló y retrocedió un paso.

Luego hizo un esfuerzo, levantó el picaporte y penetró en la sala.

Habia quemado sus naves.

---

## Capítulo XXVII

### Las cañas se vuelven lanzas

Don Modesto estaba sentado delante de una mesa de despacho haciendo cuentas y apuntaciones.

Hacia ya un rato que había anochecido, y un velon con grande pantalla circular alumbraba la estancia.

Gracias á la pantalla, que recogiendo la luz sobre la mesa dejaba el resto de la habitacion poco ménos que á oscuras, no pudo ver la palidez del semblante de Tomás y la agitacion de que se hallaba dominado.

—¿Qué hay, amigo?—preguntó don Modesto.

Tomás no supo qué contestar.

Se quedó parado delante de la mesa, dando vueltas á su sombrero, que tenia en la mano, y con los ojos clavados en el suelo.

—¿No se sienta usted?—dijo el padre de Amalia.

—Sí... sí, señor,—balbuceó el muchacho, tomando maquinalmente una silla.

Don Modesto empezó á advertir la turbacion del jóven.

—¿Qué le sucede á usted, capitan?

—Nada,—repuso Tomás.

—¿Nada?

—Es decir...

—Veamos.

—Ya ha oido usted á mi hermano...

—¿Qué?

—Dentro de dos ó tres dias me verá obligado á salir de esta casa.

—Yo lo sentiré mucho,—replicó cortésmente don Modesto,—aunque comprendo que para un jóven como usted, lleno de entusiasmo por la profesion que ha abrazado, la vida que aquí hace no es la más á propósito. Usted tiene en buen porvenir, y estará impaciente por realizarlo.

—De eso queria hablar á usted.

—¿A mi?

—Sí, señor.

—No comprendo.

—Yo no soy aún más que capitan, pero la guerra empieza ahora...

—Y desgraciadamente tardará en concluir,—dijo don Modesto terminando la frase de Tomás.

—Es cierto.

—Sin duda ninguna.

—Así es que si no muero en ella...

—¿Quién piensa en eso?

—Lo probable es que haga carrera.

—Parece natural, y así lo espero.

—Yo nunca podré olvidar los favores que en esta casa he recibido.

—Calle usted, hombre. ¿Qué ménos habíamos de hacer por un español herido?—dijo don Modesto, que no adivinaba adónde iba á parar el jóven con tantos rodeos.

—Pero es el caso,—añadió Tomás sonriendo,—que la bondad de ustedes me obliga á pedirle otro favor...

—¿Cuál?

—Ya sé que usted es noble.

—Bien.

—Mi padre no es más que un labrador honrado.

—Y segun la ley,—replicó don Modesto, que tenia alguna instruccion,—sus hijos de usted serán ya nobles.

—¿Mis hijos?—preguntó Tomás con asombro.

—Todos los oficiales son nobles desde que consiguen la charretera, y los capitanes ennoblecen tambien á sus hijos.

—No lo sabia,—dijo Tomás con una sencillez que hizo sonreir á don Modesto.

—Conque ¿de qué se trata?

—Yo le diré á usted... Tal vez he hecho mal, tal vez usted pueda acusarme, tal vez...

—Basta de preámbulo...

—Pues Amalia...

—¡Ah! ¡sí!...—dijo don Modesto con un suspiro.—No siga usted... ya me lo figuro...

—Es que...

—Sí, sí.

—Yo quisiera...

—Ya me hago cargo.

—Conozco que mi posicion no es bastante elevada.

—Se engaña usted.

—Mi nacimiento.

—Es humilde, pero honrado, y usted con sus hechos ha sabido ya enaltecerlo.

—¡Oh! mil gracias,—exclamó Tomás, estrechando entre las suyas la mano de don Modesto.

—Poco á poco.

—Yo he dudado antes de dar este paso, pero...

Tomás comprendió que era una inconveniencia decir que lo daba impulsado por Amalia, y se calló á tiempo.

—Es preciso que hablemos muy despacio,—dijo don Modesto.

—Como usted quiera.

—Ustedes apenas se conocen...

—Yo la quiero, y ella...

—Tambien le quiere á usted.

—Así lo creo.

—Los dos creerán ustedes lo mismo.

—Sí.

—Pero los dos podrian engañarse.

—¡Oh! por mi parte...

—Lo mismo diria Amalia.

—¿Y qué?

—Y yo no quedaria más convencido.

—¿No?

—No, señor.

—¿Qué hemos de hacer entonces?

—Probar ese cariño.

—¿Cómo?

—Como se prueban esas cosas...

—No acierto.

—Yo tengo ya años, amigo mio, y por consiguiente debo mirar las cosas con más frialdad que ustedes.

—Es verdad.

—Lo que aquí sucede nada tiene de particular.

—En efecto.

—Usted es joven, ha venido aquí herido, con el prestigio que da el valor y la poesía de la sangre vertida en defensa de la patria. Debía usted interesar á mis hijas. Luisa, cuyo carácter alegre y expansivo la hace ménos á propósito para sentir ciertas emociones, se ha sustraído á la influencia de la situación. Mi pobre Amalia es otra cosa: empezó por compadecer á usted, y las mujeres cuando compadecen á un hombre joven y de buena figura, están muy cerca de amarle.

Tomás sonrió y bajó los ojos entre cortado y satisfecho.

—En cuanto á usted, ha creído deber agradecernos la asistencia que le hemos hecho.

—La agradeceré mientras viva.

—Mis hijas tienen la belleza de la juventud.

—No sólo esa.

—Bien... creo efectivamente que son agradables.

—Mucho más.

—Corriente; doy de barato que sean lindas. Usted empezó por sentir gratitud, de la gratitud á la simpa-

tía no hay más que un paso, y de la simpatía al amor...

—Otro,—dijo Tomás, acabando la frase.

—Por consiguiente,—continúo don Modesto,—era muy fácil que usted se enamorase de una de ellas. Ha sido Amalia, no sé por qué, ni me importa saberlo; pero el caso es que ustedes se han entendido, y que usted, cuando ve acercarse el momento de separarse de ella, viene á pedirme su mano.

—Precisamente.

—Pues yo no se la puedo conceder á usted.

—¡Cómo!—exclamó Tomás, levantándose sorprendido por aquella rotunda negativa, que no esperaba despues de la benevolencia con que don Modesto acababa de tratarle.

—Calma, amigo mio.

—Pero...

—Vuelva usted á sentarse.

—No esperaba...

—Hablemos despacio.

Tomás no queria pedir á don Modesto la mano de su hija, y ya hemos visto que sólo lo hizo á la fuerza.

Pero aquella negativa variaba por completo la situacion.

El amor propio del jóven, vivamente herido, tomó desde entonces un gran interés en el asunto.

—Ese desaire...—dijo Tomás resentido.

—No lo es de ningun modo.

—¿Que no?

—No me ha entendido usted, si así lo interpreta.

—Creo que ha hablado usted bien claro.

—Yo tambien lo creia.

—En tal caso...

—Pero no debe ser así, cuando usted se cree desairado.

—No sé.

—Siéntese usted y escuche.

Tomás obedeció, y se dispuso á escuchar á don Modesto y á abogar por su causa con la mayor energía.

—Ya escucho.

—Yo no puedo dar á usted la mano de Amalia por ahora.

—¡Ah!

—Lo cual no quieré decir que se la niégue para siempre.

—Ya comprendo.

—En una palabra, lo que yo necesito antes de decidirme, es estar seguro de que se quieren ustedes verdaderamente.

—Le juro á usted...

—Usted cree que la quiere, ella cree corresponder á su cariño... convenido; pero podrian ustedes equivocarse. Así es que mi deseo se reduce á que prueben su amor en la ausencia. Si dentro de un año los dos piensan ustedes lo mismo, vendrá usted á pedirme la mano de Amalia, y yo le recibiré con los brazos abiertos, si no ocurre nada que me lo estorbe.

—Pero entre tanto...

—Entre tanto no quiero saber nada.

—¿Nada?

—No.

—Es decir...

—Que usted vendrá á vernos cuando quiera y pueda.

—Bien.

—Si alguna vez escribe usted á mi hija, yo no lo sabré.

—¡Ah! ¡gracias!

—Y cuando ella conteste á sus cartas, yo tampoco me enteraré de nada.

—¿No?

—Haré mi papel de padre de comedia, y ustedes me engañarán lo más cómodamente posible, puesto que yo contribuiré al engaño. Así ni usted ni yo contraemos ningun compromiso. Si ustedes se aman serán felices, y si acaso estuvieran alucinados y la ilusion desapareciese cuando dejaran de verse, nada se habria perdido, y los dos podríamos ser amigos, como hombres leales que en nada se han ofendido.

—No sé cómo manifestar á usted la gratitud que rebosa en mi corazón,—exclamó Tomás, que estaba encantado viendo que las cosas tomaban un aspecto mucho mejor de lo que él podia esperar.

—¿Sabe Amalia que usted ha dado este paso?—preguntó don Modesto.

—Sí, señor.

—Lo siento.

—Si yo hubiera pensado...

—Pues nada, usted se arreglará con ella, dejando á salvo mi decoro de padre.

—No tema usted.

—Nada he hablado á usted de su familia.

—Todavía no la he dicho nada.

—Es natural.

—Yo quisiera ver á mi madre...

—No corre prisa.

—Y hablarla de Analia, de mi amor y de mis esperanzas.

Tomás mentía descaradamente, porque hubiera dado diez años de vida por no tener que hablar á sus padres de semejante cosa.

Don Modesto puso término á la conversacion dando al jóven un fuerte apretón de manos.

—Usted estará impaciente por reunirse con la familia,—le dijo;—vaya usted con Dios, no quiero detenerle más.

—Hasta luego,—contestó Tomás.

Y salió de la habitacion.

Don Modesto, á pesar de su seriedad y de su carácter severo, era hombre de talento y bondadoso, como lo prueba la conversacion que acababa de tener con nuestro amigo.

No daba á las cosas más importancia de la que realmente tenian, y la peticion de Tomás no le habia sorprendido.

Tampoco experimentaba esa alegría que tienen algunos padres cuando encuentran para sus hijas algun pretendiente que creen que les conviene.

Él no se hacia ilusiones: Tomás no era mal partido si se concluia la guerra, y como era natural, la nacion ratificaba, por medio del gobierno definitivo, los actos de la Junta de Sevilla.

Pero la terminacion de la guerra era todavía larga, y aunque don Modesto, en su calidad de español, no se permitia dudar de que el éxito seria favorable á España, lo cierto es que era por lo ménos muy dudoso.

Además, podian presentarse tantas dificultades, que la boda era aún bastante problemática.

Cuando Tomás salió á la salita donde doña Susana se preparaba á pasar la velada con sus hijas, Amalia fijó los ojos en su novio para conocer en su semblante cuál habia sido el resultado de sus pretensiones.

El rostro de Tomás respiraba satisfaccion.

Amalia le miró como preguntándole: «¿qué hay?» y el jóven la dirigió una sonrisa, que queria decir: «todo va bien.»

Doña Susana sorprendió aquella mirada y aquella sonrisa. Tambien ella habia adivinado de qué se trataba en la entrevista de Tomás con don Modesto, y tambien comprendió lo que significaba la alegría que veia pintada en la cara del muchacho.

Luisa era la más inocente de todos.

—¿Conque quiere usted marcharse pronto, capitán?—preguntó á Tomás.—¿Tan mal le tratamos aqui?

—Me tratan ustedes como no merezco, y por mi gusto no saldria ya nunca de esta casa,—contestó el jóven, acentuando intencionadamente sus palabras.—Por desgracia, mi obligacion me llama á otra parte, pues si todos mis compañeros hicieran lo que yo, no acabaríamos nunca de echar á los franceses.

—Bien, pero usted está herido.

—Lo estaba.

—Aún puede usted resentirse.

—Estoy completamente bien, y el aire libre acabará de restablecerme.

—En fin, ya que prefiere usted la compañía del cura Merino á la nuestra...

—¡Oh! de ningun modo.

—No haga usted caso de esta loca,—dijo doña Susana.

—Al contrario, agradezco mucho el interés que demuestran sus palabras.

—Diga usted, capitán.

—¿Qué?

—¿Su hermano de usted tiene novia?

—Pero, muchacha...—exclamó doña Susana.

—¿Qué tiene eso de particular, mamá?—preguntó Luisa.—Vamos, diga usted.

—No la tiene,—contestó Tomás.

—Como parece que siempre está triste...

—¿Y es esa una razon?

—¡Qué sé yo!

—No digas más tonterías,—dijo á la muchacha su madre.—Y usted, no sé por qué contesta á tales majaderías.

—¡Oh, señora!...

—¿Y usted Tomás?...

—¿Qué?

—¿Tiene usted novia? Apostaria á que sí...

—Pues perderia usted,—dijo Tomás, mordiéndose los labios y mirado á hurtadillas á Amalia, que se habia puesto como la grana.

—¡Qué habia de perder!

—¿Por qué cree usted eso? Yo no estoy triste como mi hermano.

—No, pero tiene usted cara de...

—¿De qué?

—De nada,—dijo la muchacha, no sabiendo cómo salir del compromiso.

—Más vale así.

—¿Pero qué sé yo?... puede que tenga usted más de una.

—¡Por Dios!

—Vaya, basta de broma,—dijo doña Susana.

Amalia estaba pasando un mal rato, y Tomás no sabia ya qué contestar á Luisa.

Así es que los dos agradecieron á doña Susana que pusiera término á la conversacion.

—¿Se ha incomodado usted, Tomás?—preguntó Luisa despues de un momento.

—¿Cómo es posible?

—¡Se queda usted tan sério!

—A mí nunca me incomodan las bromas, y mucho ménos siendo de usted.

—¿Y usted, mamá?

—No, hija mia.

—Pues no hablemos más del asunto... Pero digan ustedes algo, cuenten cualquiera cosa; siempre he de ser yo quien hace el gasto, y luego me regañan en cuanto digo una tontería.

En aquel momento se oyó golpear á la puerta de la calle.

—¿Quién es?—preguntó un criado, disponiéndose á abrir.

—Gente de paz,—contestó una voz de mujer desde afuera.

Tomás, al oír aquella voz se puso pálido y se levantó maquinalmente.

—¿Qué sucede?—preguntó Amalia con angustia.

Tomás hizo señas á las mujeres de que callaran, y escuchó con atención.

—Abra usted,—volvió á repetir la misma voz en la calle.

El criado abrió la puerta.

Tomás se precipitó hácia el patio seguido de doña Susana, Luisa y Amalia, que no sabían lo que sucedía.

En el patio habia tres mujeres: una jóven y dos ancianas.

Tomás se arrojó en brazos de una de ellas.

Sólo se oyeron dos gritos:

—¡Madre mia!

—¡Hijo de mi alma!

---

## Capítulo XXVIII

### Donde Tomás se encuentra entre dos fuegos

Lo que habia ocurrido tenia una explicacion sencillísima.

Mariana estaba impaciente por ver á su hijo herido.

Ella y María hablaban con frecuencia de hacer el viaje desde Villoviado á Covarrubias, que en honor de la verdad, no era ni largo ni muy penoso.

Y si el afan de la madre era grande, no era pequeño el de la novia.

Juan, enterado de estos proyectos, procuró disuadir las de ellos, porque sabedor de la infidelidad de Tomás, temia una explosion cuando su hermano se encontrara entre sus dos amores y ambas rivales frente á frente.

Lo ménos que se podian figurar Mariana y María era la verdadera causa de la oposicion de Juan á su viaje, y tanto ella como la muchacha creyeron que se

oponia á que lo verificaran, porque en aquellos tiempos los caminos no estaban nada seguros.

Pero las mujeres no atienden á razones cuando el corazon las pide una cosa, y oian como quien oye llover todas las reflexiones del prudente muchacho.

Así es que, aunque al pronto cedieron, no tardaron en formar su plan, que consistia en trasladarse á Covarrubias sin decirle una palabra.

La tia Gregoria, que como no era madre de Tomás ni estaba enamorada de él, veia más claro, hizo algunas objeciones, que María y Mariana desbarataron fácilmente con ese aluvion de argumentos que siempre se le ocurren á uno para hacer lo que desea.

Vencida en el terreno de la discusion, hizo lo que esos políticos que prometen seguir á su partido hasta en sus extravíos (lo cual, dicho sea entre paréntesis, nos parece un solemne disparate), es decir, se preparó á acompañar á su hija y á la que debia ser su consuegra.

La buena Gregoria, á diferencia de los políticos cuya conducta imitaba, no hacia mal en esto; antes al contrario, daba pruebas de la bondad de su corazon y del sincero cariño que profesaba á Mariana y á su hija.

Aprovecharon las tres mujeres la salida de uno de los *ordinarios*, que entonces eran el único medio de comunicacion, no muy rápido ni muy cómodo, que habia entre los pueblos, y sentadas en los duros asientos de un carro tirado por un par de mulas, emprendieron la marcha á Covarrubias.

No necesitamos hablar de las vicisitudes de aquel

viaje, que fué como todos los que se hacian en semejantes vehículos.

Se echaba á andar dos ó tres horas despues de lo anunciado, porque siempre faltaba algun pico de carga, ó porque las mulas no estaban herradas ó no habian acabado de comer el pienso; se caminaba á razon de media legua por hora, dando tumbos á más y mejor, gracias á los infinitos baches que adornaban los caminos; al mediodía se hacia para comer y echar la siesta una parada de más de dos horas, y al anoecer se hacia alto en algun meson de un pueblo, cuando no en una venta aislada en medio del camino, habiendo hecho una jornada de cuatro ó cinco leguas.

Así viajaban nuestros abuelos, que se tenian por felices cuando no tenian que lamentar algun vuelco, ó lo que era aún más frecuente, un encuentro con los ladrones, que en partidas numerosas y bien organizadas infestaban los caminos.

Por fortuna, la madre de Tomás y sus compañeras no experimentaron ninguno de estos contratiempos, y al segundo dia de viaje llegaron ya bien anohecido á Covarrubias.

El carromato en que habian ido se detuvo en la única posada que habia en el pueblo, y las tres mujeres, sin limpiarse siquiera el polvo del camino, hicieron que un mozo las acompañara á casa de don Modesto, cuyo nombre y apellido, que Juan las habia dicho, estaban fuertemente grabados en su memoria, como era natural, atendiendo á los favores que Tomás le debia.

Ya sabemos lo que sucedió en el primer momento.

Aunque aquella repentina aparicion constituia una gravísima dificultad para el infiel amante, éste, embargado por la dicha de ver á su madre, no pudo pensar en nada, y permaneció largo rato en brazos de Mariana.

Despues de la primera exclamacion que el cariño arrancó á los corazones de la madre y el hijo, ninguno de los dos encontraba palabras que expresaran lo que sentian.

Mariana lloraba y cubria de besos y de lágrimas el rostro de su hijo, y éste la estrechaba fuertemente contra su corazon y sentia humedecerse sus pupilas.

Todos los circunstantes contemplaban con lágrimas en los ojos aquel interesante grupo.

El mismo don Modesto, á quien el ruido habia hecho salir de su habitacion, permanecia inmóvil y conmovido.

La escena era sublime de sentimiento y de sencillez.

Así trascurrieron algunos minutos.

Por fin, María fué quien rompió el silencio.

—¡Tomás!—dijo la inocente jóven, que sin duda no encontró en aquel momento palabra más dulce que el nombre de su novio.

—¡María!—replicó éste algun tanto confuso, desprendiéndose de los brazos de su madre y sintiéndose vuelto á la realidad por aquella voz que parecia acariciarle y reconvénirle al mismo tiempo.

Todos los circunstantes volvieron los ojos á la jóven, que hasta entonces no habia llamado la atencion,

y Amalia no pudo ménos de preguntarse quién era aquella muchacha que iba á ver á Tomás, y que le hablaba en un tono que le habia extrañado.

—Pero pasen ustedes adelante,—dijo doña Susana,—y se les dispondrá habitacion en que descansen.

—Pasaremos, señora, con mucho gusto,—contestó Mariana;—pero no se incomode usted en que nos preparen habitacion, porque ya la hemos tomado en la posada.

—¿Y hemos de consentir que esté usted separada de su hijo mientras permanezca en el pueblo?—preguntó don Modesto.

—Mi madre tiene razon, señor don Modesto,—interrumpió Tomás;—bastantes incomodidades he proporcionado á ustedes, bien á pesar mio, para que ahora les proporcione otras nuevas.

—Como ustedes quieran.

—Los favores que ustedes nos han hecho sin conocernos,—añadió Mariana,—bastan para que toda mi vida bendiga yo su nombre.

—No hablemos de eso.

—¿Cómo no he de hablar, si no pienso en otra cosa? Mi marido y yo somos viejos, no valemos nada en el mundo, y ¡quién sabe si el pobre Gil saldrá vivo de la cárcel de Búrgos! Pero toda nuestra vida, todo lo que somos, todo lo que podemos, serán siempre de los que con tanta generosidad han abierto las puertas de su casa á nuestro hijo.

—Vaya, vaya, eso no vale nada.

Todos entraron en la sala.

María se sentía cohibida.

Habia notado que Tomás afectaba ocuparse exclusivamente de su madre, y aunque sabia que el jóven era hijo cariñosísimo, comenzaba á sospechar si su amor filial seria en aquel momento un medio más ó ménos delicado de prescindir de ella.

Por otra parte, Amalia la miraba con una atencion que la recién llegada no pudo ménos de notar, y apenas se atrevia á sostener aquella mirada que parecia preguntarla á qué iba allí, qué clase de relaciones la unian con el gallardo capitan de guerrilla, y cuáles eran sus más íntimos pensamientos.

Doña Susana, aunque con ménos insistencia, participaba de la curiosidad de su hija, y no se recataba de darlo á conocer.

Tomás comprendió lo que pasaba, y temiendo que una pregunta ó una palabra indiscreta provocaran una explicacion que ocasionara á todos un gran disgusto, se adelantó á impedirlo, haciendo recaer la conversacion en las dos viajeras que eran objeto de las fundadas sospechas de Amalia y de su madre, á fin de que las cosas marcharan por el camino que á él le convenia.

—¿Y cómo se ha atrevido usted, señora Gregoria, á hacer el viaje?—preguntó el muchacho.

—No habiamos de dejar venir sola á tu madre.

—¿Y María tenia tanta gana de verte!—añadió Mariana con la mayor naturalidad.

Amalia se mordió los labios.

Doña Susana, sin poder dominarse, interrogó á Tomás con una mirada.

El jóven hubiera dado cualquiera cosa por meterse debajo de tierra.

Hasta don Modesto se puso sério, empezando á pensar que allí podria ocurrir algo que á él le interesara.

—¡Mi buena María!—dijo Tomás, haciendo un esfuerzo sobre sí mismo y proponiéndose arrostrar audazmente la situacion para vencerla.—No olvido lo mucho que me quiere, y es natural, al fin nos hemos criado juntos.

Mariana iba sin duda á decir una palabra que lo hubiera echado todo á perder; pero se contuvo, porque María, que estaba á su lado, la tiró con fuerza del vestido.

Hay ocasiones en que la necesidad es tan imperiosa, que da elocuencia al ademan más sencillo, al gesto más insignificante.

María, que en la respuesta de Tomás habia visto una prueba, si no de la infidelidad de su novio, al ménos de que en aquel momento queria este callar su cariño, se sintió humillada como mujer y como amante, y quiso á toda costa evitar la confesion de que amaba á quien la habia olvidado ó se avergonzaba de ella.

Su ademan fué tan expresivo, que Mariana lo entendió, aunque sin adivinar la causa, y tan rápido que no pudo ser notado más que de Amalia, que no perdía ninguno de sus movimientos.

Una nube enturbió los ojos azules de la linda rubia.

—Gran prueba es en verdad de cariño,—dijo en voz algun tanto alterada,—hacer un viaje tan incómodo y tan expuesto.

—No lo hubiera hecho, señorita, si no fuera por

acompañar á mi madre y á la señora Mariana,—contestó con dignidad María.

—Pues muchas gracias,—repuso Tomás, esforzándose por echarlo á broma;—¿conque yo no tengo nada que agradecerte?

—Tú lo sabrás,—contestó con aparente sencillez la jóven.

—Eso es, usted lo sabrá,—añadió Amalia cada vez con más intencion.

Doña Susana terció en la conversacion, y tanto esta como su marido y Luisa hicieron á las viajeras mil preguntas acerca de las molestias del camino.

Mariana y Gregoria contestaban á todo con la mayor amabilidad, y Tomás sentia que se le ensanchaba el corazon al ver el giro que tomaba la conversacion.

María y Amalia apenas hablaron; pero no dejaron de examinarse mútuamente con alguna hostilidad.

Amalia, porque no podia acabar de explicarse qué lazos unian á Tomás con la recién llegada, y María, porque al verse objeto de aquella curiosidad algo impertinente, empezó á sospechar que la espiritual rubia era la causa de la frialdad con que su novio la habia recibido.

Las dos por instinto sospechaban una de otra, y nosotros sabemos que las dos tenian razon.

La visita duró más de una hora.

Al fin Mariana, que era muy prudente, temió incomodar á los dueños de la casa, y aunque ella de buena gana hubiera pasado la noche con su hijo, se levantó, despidiéndose hasta el dia siguiente.

—Las acompañaré á ustedes hasta la posada, madre,—dijo Tomás.

—¿Para qué, hijo? Hace mucho frio.

—No importa.

—Podria resentirse tu herida.

—No tenga usted cuidado; me embozaré en el capote... además, si ya estoy completamente bueno.

—¿Pero persisten ustedes en marcharse?—preguntó doña Susana.

—¡Ah! sí, señora,—contestó Mariana.

—Sí, señora,—añadió María, contestando sin poder contenerse, aunque la pregunta no iba dirigida á ella.

—Es lo mejor,—dijo Tomás.

—Ya ve usted cómo Tomás piensa lo mismo,—exclamó María con cierto despecho.

—No me gusta violentar á nadie,—dijo don Modesto.—Les ofrezco á ustedes mi casa de buena voluntad; pero si prefieren estar en la posada, respeto sus razones y pueden hacer lo que gusten.

—Muchas gracias,—contestó Mariana.

Tomás salió entonces de la sala y fué á su cuarto, de donde volvió á poco con el sombrero en la mano y su grueso capote de montar echado sobre los hombros.

Mariana, Gregoria y María se despidieron de la familia de don Modesto, la primera con todo el cariño que le inspiraba su agradecimiento, y la última con una frialdad que en vano trataba de disimular. Don Modesto y su esposa estuvieron con todos atentos y cariñosos, y las tres mujeres salieron á la calle acompañadas de Tomás, á quien siguió un criado, que echó á andar de-

lanté llevando en la mano un farol, único modo de andar por la noche entonces, y aun ahora, por la mayor parte de los pueblos de Castilla, sin gran peligro de romperse la cabeza.

Mariana y Gregoria siguieron al criado haciéndose las desentendidas y prescindiendo de María y Tomás, que cerraban la marcha.

Las dos madres comprendieron que los novios tendrían algo, y aun algos que decirse, y ni siquiera volvían la cabeza.

Tomás se puso en efecto al lado de María, y ambos jóvenes acortaron el paso á fin de aumentar la distancia que les separaba de Mariana y Gregoria.

—¡María!—dijo á media voz Tomás luego que se pusieron en marcha.

—¡Qué!—contestó la joven con tristeza.

—¿Qué tienes?

—Nada.

Los dos siguieron andando.

Tomás iba con la cabeza baja, y no sabia cómo romper el silencio.

María suspiraba con alguna frecuencia.

La pobre muchacha aguardaba una excusa, una palabra de amor de su novio que la hiciera olvidar la escena pasada.

Pero como Tomás no decia nada, ella tomaba su silencio por una tácita explicacion que confirmaba todas sus sospechas. La joven hacia grandes esfuerzos por no romper á llorar; pero las lágrimas se agolpaban á sus ojos.

—¡María!—volvió á decir Tomás, comprendiendo que el silencio era insostenible.

—¡Ingrato!—contestó María, resumiendo en esta sola palabra todos sus pensamientos.

—Yo te explicaré...

—No es necesario.

—¿Por qué?

—Porque no.

—¿Me juzgas sin oirme?

—Sí.

—Como quieras.

Tomás se sentía avergonzado; pero en medio de todo no dejaba de alegrarse de que la perspicacia de su novia le ahorrara explicaciones, siempre difíciles y enojosas.

Si la cuestion hubiera podido concluir de este modo y darse por completamente terminada, él hubiera quedado satisfecho; pero como sabia que sus compromisos eran muy formales y que no podia romperlos sin que sus padres tomaran parte en el asunto, marchaba pensativo al lado de la jóven.

—María, tú no puedes adivinar lo que pasa.

—¿No?

—Te lo aseguro.

—No quiero saberlo.

—Es preciso que lo sepas.

—¿Para qué?

—No soy tan culpable como crees.

—Yo no creo nada.

—Es inútil que me hables con ese despego.

—¿Qué te importa?

—Tú me perdonarás.

—No tengo que perdonarte.

—Y puede que hasta aplaudas mi conducta.

—Puede.

Tomás trataba de sacar partido del amor de Juan á María, y empezaba á preparar el terreno en este sentido.

Nosotros sabemos que aquello no podia excusarle, pues cuando él tuvo noticia de aquel amor ya era infiel á su novia, y por consiguiente en lugar de hacer ningun sacrificio por su hermano, este le servia de pretexto para atenuar su inconstancia.

Así llegaron á la posada.

Tomás entró con las tres mujeres en el cuarto que con anticipacion habian tomado.

—Vuélvete á casa,—le dijo su madre.

—Aun es temprano,—contestó el jóven.

—Van á dar las diez, y aquellos señores querrán acostarse.

—Tienen criados que abran la puerta.

—No se debe incomodar.

—Y además, podrian estar impacientes y temer que te sucediera alguna desgracia,—añadió María en tono burlon.

—No lo creas,—contestó Tomás, á quien la ironía de su prometida devolvió un poco la calma.

—Mañana nos verèmos,—dijo Mariana;—anda, hijo mio, duerme bien y buenas noches.

—Vendré por la mañana temprano.

—No vengas, que yo iré á verte.

—¡No faltaba más!

—Hasta mañana.

—Buenas noches.

La madre y el hijo se abrazaron.

—Adios, señora Gregoria,—exclamó Tomás, esforzándose por sonreír y echando el brazo á la espalda de la anciana.

—Anda con Dios, hijo.

—Hasta mañana, María.

—Adios, Tomás,—contestó María friamente.

El capitán salió de la posada, y seguido del criado que llevaba el farol, regresó á casa de don Modesto.

En el camino, Tomás fué recobrando su acostumbrada serenidad.

La presencia de María no habia dicho nada á su corazón, y hasta puede decirse que si algun resto de amor le quedaba hácia su antigua novia, habia desaparecido aquella noche.

En efecto, para un hombre superficial y ligero, la pobre aldeana, aunque fuera bonita, inocente y enamorada, no podia sostener la comparación con Amalia, cuyos modales distinguidos la daban sobre su rival una superioridad incontestable.

Tomás hasta se sentia mortificado con la idea de que Amalia llegase á pedirle celos de María, porque era suponerle capaz de tener inclinaciones que se avenian mal con sus aspiraciones de engrandecimiento y de vanidad.

Al llegar á su alojamiento, la primera persona que encontró Tomás fué Amalia, que le dijo al paso:

—¡Es guapa!

—¡Tonta!— contestó Tomás.

Habia en el acento del joven tal seguridad y tal desden hacia la pobre María, que Amalia se sintió tranquilizada repentinamente.

—¿Me quieres?— preguntó en voz baja.

—Mucho.

—¿De veras?

—Sí.

La llegada del resto de la familia puso fin al diálogo.

Después de darse las buenas noches, cada cual se marchó á su habitacion y se dispuso á acostarse.

Tomás, al entrar en su cuarto, dejó sobre una mesa la luz que llevaba en la mano y se sentó en una silla, poniéndose á meditar sobre los sucesos de aquel dia.

—¡Con tal que mis padres no tengan un gran disgusto!...— pensaba.— Yo no podia seguir queriendo á María después de saber que Juan la quiere. Es verdad que antes de saberlo tenia ya amores con Amalia; pero esto es una cuestion de tiempo que no altera la verdad de las cosas. Las fechas no las sabe nadie. Y en todo caso... hasta ha sido una suerte que yo me enamorara de Amalia, porque así Juan queda libre para amar á María. Mis padres se harán cargo de la razon, y la misma Gregoria, y aun María, no podrán quejarse!

Como se ve, Tomás tenia la manga ancha y arreglaba bastante bien sus cuentas con la conciencia. A poco que hubiera esforzado el razonamiento, hubiera acabado por deducir que todos le debian estar agradecidos por su infidelidad amorosa.

Cuando así se discurre se duerme bien siempre, y por eso no es extraño que al acabar las anteriores reflexiones Tomás comenzara á desnudarse, apagara la luz, se metiera en la cama, y un cuarto de hora despues durmiera como un liron.

Entre tanto, en la posada tenia lugar una escena mucho ménos apacible.

Apenas salió Tomás del cuarto, cuando Mariana, que como más acomodada era la que hacia el gasto, dijo:

—Pediremos de cenar si os parece.

—Yo no quiero,—contestó María.

—¿Que no?

—No, señora.

—¿Por qué?

—Porque no tengo gana.

Y la pobre muchacha se dejó caer en una silla, suspirando profundamente.

—¿Qué tienes, hija?—preguntó Gregoria alarmada.

—¿Estás enferma?—exclamó Mariana.

—No, señora.

—Algo te sucede.

—No... nada,—dijo María sin poder contener sus lágrimas.

Gregoria se abrazó á su hija.

—Pero habla,—decia Mariana.

—¡El ingrato!—contestaba María.

—¿Has reñido con Tomás?—preguntó Gregoria.

—¡Con mi hijo!...

—No he reñido...

—Entonces...

—Pero...

—¡Acaba!

—¡Ya no me quiere!—exclamó María, rompiendo á llorar amargamente.

—¡Qué disparate!

—¡Digo que no me quiere!

—Pero, mujer...

—¡Que quiere á otra!

—¡Vaya, vaya, no seas tonta!—dijo Mariana.—Eso podía hacer... Apuesto á que tienes celos de alguna de las muchachas de esa casa donde está alojado. ¡Cosas de chicas! Ea, vamos á cenar, y no hagas caso de tonterías... Mañana verás cómo en cuanto venga y se entere de tus celos, se rie de tí y nos reimos todas; ¿no es verdad, Gregoria?

Gregoria veía á su hija demasiado apurada para no tomar parte en su sentimiento.

—Mañana no quiero verle,—añadió María.

—Pero, mujer, ¿estás loca?

—No, señora.

—Ahora iba él á enamorarse de una señorita.

—Como ya es capitán, se cree un personaje,—dijo con rábía la muchacha.

—¡Qué ha de ser capitán, tonta! ¡Valiente caso hago yo de la capitánía! ¡Vaya un capitán, hecho por el cura de nuestro pueblo! ¿Quién le mete á don Jerónimo á hacer capitanes? Conque nada, no hay que apurarse. Lo que él es, un buen mozo incapaz de faltar á la palabra que te ha dado.

—Yo no quiero que se case conmigo por cumplir su palabra.

—Ni yo tampoco,—exclamó Gregoria con viveza.

—¿No?... Pues capitán y todo puede que su padre le rompiera los huesos de una paliza,—exclamó Mariana.

—No por eso volvería á quererme.

—Pero ¿te ha dicho algo?

—¡Para el caso... sí, señora!

—Eso es imposible,—gritó Mariana:—en fin, hija mía, acuéstate ahora, procura estar tranquila, que yo lo arreglaré todo en cuanto amanezca.

Las tres mujeres pasaron la noche sin pegar los ojos.

María llorando sin consuelo, su madre procurando consolarla, y Mariana diciendo con frecuencia:

—¡Es imposible!... ¡Vaya, cuando digo que es imposible!...

Pero la buena mujer no estaba muy segura de lo que decía, y esto la preocupaba bastante.

Otra madre durmió mal aquella noche: doña Susana, que sin saber por qué, temía que el amor de Tomás fuera la desgracia de Amalia.

---

## Capítulo XXIX

---

### Quien mucho abarca

Acababa Tomás de levantarse, cuando entró en su cuarto Mariana con el rostro descompuesto y llevando las señales de una gran agitacion.

—¿Qué pasa, madre?—preguntó Tomás alarmado.

—Pasa que aquella chica está loca, y acabará por volvernros el juicio á su madre y á mi.

—¿De quién habla usted?

—De María.

Y Mariana contó á Tomás todo lo que habia sucedido en la posada luego que él las dejó solas.

—Está empeñada en que ya no la quieres, y dice que nos volvamos hoy mismo á Villoviado, y ¿qué sé yo cuántas majaderías?

Mariana calló, esperando que Tomás contestara algo; pero con asombro suyo, él exhaló un suspiro y no dijo una palabra.

- ¿Callas, Tomás?
- Sí, señora.
- ¡Dios me asista!
- ¡Madre!
- ¡Luego aquella infeliz ha dicho la verdad!
- Yo le diré á usted.
- ¡La has engañado!
- No, señora.
- ¿Cómo?
- Le diré á usted.
- Habla.
- ¡Si usted me escuchara!
- ¡Pobre María!
- Ha sido una desgracia.
- Mejor dirás una infamia.
- Yo la queria de veras.
- Ya se conoce.
- Pero ahora no hay que pensar en lo pasado.
- ¿Y piensas que tu padre consentirá en que así faltes á tu palabra?
- No lo sé.
- Yo te digo que no.
- Tal vez usted se engañe.
- ¿Yo?
- Sí, señora.
- Tu padre dirá, como yo, que el que ha engañado á la pobre muchacha que le queria con toda su alma, no es su hijo.
- ¡Madre!...
- Vuelvo á decirlo.

—Mi padre no dirá tal cosa,—exclamó Tomás exaltado,—y usted misma se arrepentirá de haberlo dicho.

—¿Yo?

—Sí.

—Lo veremos.

—Para conseguirlo me bastará decir una cosa.

—Díla.

—Que Juan está enamorado de María.

—Mientes.

—Lo juro por la salvacion de mi alma.

Ante esta afirmacion solemne, enérgica, terminante, Mariana se sintió vencida.

Dejóse caer en un sillón, y se quitó el pañuelo que llevaba en la cabeza, como si la ahogara.

—¿Qué es lo que dices?—preguntó con voz desfallecida al cabo de un momento.

—La verdad.

—¡Pero esto es horrible!—murmuraba sollozando Mariana.

Tomás no sabía qué decir para consolar á su madre.

Aunque el jóven no mentia en los hechos, mentia, sin embargo, en el modo de exponerlos; se reconocia en gran parte culpable de lo que pasaba, y no acertaba á salir de aquella situacion.

—Pero, Tomás,—dijo la pobre anciana, procurando tranquilizarse,—tú debes estar equivocado.

--No, señora.

—¿Por quién has sabido ese terrible secreto?

—Por él mismo.

Las respuestas de Tomás en todo lo que al amor de

Juan se refería eran tan categóricas, que no dejaban ningún lugar á duda.

—¿Pero hace mucho tiempo que la quiere?

—Antes que yo, según dice.

—¿Y se ha callado!... ¡Pobre hijo mío! Pero entonces, ¿por qué ha hablado ahora?

Tomás bajó la cabeza, no atreviéndose á confesar á su madre la causa que había hecho estallar á Juan, poniéndole en el caso de dejar escapar del pecho la confesión de que procuraba sacar partido.

—Dime,—insistía Mariana,—para qué tu hermano te haya revelado ese secreto que hasta ahora guardaba, habrá habido alguna causa.

—Sin duda,—contestaba Tomás turbado.

—¿Cuál?

—¿Para qué quiere usted saberla?

—Yo tendré que explicar á tu padre, á la misma María, á Gregoria...

—No es bastante decir á todos lo que Juan no negaría si usted se lo preguntara.

—Es cierto. ¡Dios mío! ¡Dios mío!—exclamaba Mariana.—¿Cuántas desgracias sobre nosotros! La guerra, la prision de tu padre, y como si esto no fuera bastante, esa rivalidad espantosa.

—Esa rivalidad concluye hoy, madre mía.

—¿Cómo?

—Sabiendo que mi hermano la ama, yo no puedo pensar más en María.

—¿Te sacrificas, hijo?

—No... no, señora,—repuso Tomás, avergonzado

de que su madre tomara por un rasgo de abnegacion y generosidad lo que en el fondo no era más que una supercheria hábilmente presentada.

—Quien verdaderamente se sacrificaba,—prosiguió diciendo el muchacho, á cuyas miras convenia decir la verdad, al ménos en aquel momento,—era mi hermano. Usted ya conoce el carácter de Juan: grave, taciturno, melancólico, su amor hubiera durado tanto como su vida. Si yo, por desgracia, me hubiera casado con María, su tormento hubiera sido horrible y eterno.

—Es verdad.

—Al mismo tiempo, si despues de la boda, por una de esas casualidades que son imposibles de prever, hubiéramos descubierto este secreto, ¿cuál hubiera sido la situacion de todos?

—¡No quiero ni pensar en ella!—exclamó Mariana horrorizada.

La pobre madre veia ya á sus dos hijos celosos uno de otro, odiándose mútuamente, y tal vez hasta acariiciando la idea de un crimen.

—Por fortuna todo puede evitarse. Yo tengo un genio muy diferente del de Juan. A mí las ideas me duran poco, el mundo es ancho, y no hay cosa más de sobra que mujeres guapas.

Mariana no pudo ménos de sonreir al ver cuán alegremente tomaba su hijo lo que ella creia una desgracia.

—Lo principal,—continuó Tomás, cada vez más satisfecho, porque veia que iba á salir del compromiso mejor de lo que pensaba,—es que María me olvide.

—Es difícil.

—Que logremos que quiera á Juan.

—Lo dudo.

—¿Quién sabe?

—¿Y aceptaria tu hermano una felicidad que era tuya?

—¡Si yo renuncio á ella!

—¿Y podríamos nosotros consentirlo?

—Es claro.

Mariana creia que Tomás aparentaba una conformidad y una alegría que en realidad no sentia, y contestó.

—No, hijo mio. Ya me hago cargo de que despues de lo que me has dicho, María es imposible para tí.

—Lo creo.

—Y para Juan.

—¿Para Juan?

—Tambien.

—¿Pero por qué?

—Si tú no la olvidaras...

—¿No la he de olvidar?—dijo Tomás, no osando confesar que ya la habia olvidado.—Sí, madre, usted me verá enamorar á otras y casarme el dia ménos pensado.

—No pienses que me engañas.

Mariana y su hijo no podian llegar á entenderse, por la sencilla razon de que la madre suponía en Tomás un sacrificio que no hacia.

El jóven vió que era necesario decirlo todo, y recapitó un momento para hacerlo del mejor modo posible.

Por fin pensó dar á la verdad apariencia de mentira, y exclamó lo más jovialmente que pudo:

—Usted no sabe lo que yo he maquinado estos dias.

—¿Tú?

—¿Acaso soy tonto?

—Habla.

—El dia que yo tuviera otra novia, ¿habria algun inconveniente en que Juan se casara con María, si lograba que ella le quisiera?

—Ninguno.

—¿Pues delo usted por hecho?

—¿Cómo! ¿vas á decirme que tienes otra novia?

—Y si lo dijera, ¿qué?

—Yo no te creeria.

—Y haria usted muy bien,—dijo en aquel momento Amalia, abriendo la puerta del gabinete y apareciendo en el dintel pálida como un cadáver.

—¿Cómo?

—¿Usted?...

Dijeron casi al mismo tiempo Mariana y su hijo, aquella levantándose y este apartándose un paso para dejar lugar á la jóven.

—Usted, señora, me perdonará,—dijo Amalia á Mariana,—si vengo á interrumpir esta conversacion, al parecer sin ningun derecho.

—¿Al parecer?—preguntó Mariana con extrañeza.

—Sí, señora.

—No sé.

—Todo lo explicaré en pocas palabras.

—Hable usted.

—Ante todo, he de confesar una falta que ya habrá usted adivinado. La vergüenza que ahora experimento me servirá de castigo.

Amalia apenas podía sostenerse.

Su palidez era mortal, y la respiracion de su pecho tan agitada que parecia que iba á morir.

Mariana la contemplaba con angustia y volvía de cuando en cuando los ojos á Tomás, que se habia quedado poco ménos pálido que la jóven.

La puerta habia quedado entornada, y era fácil que si pasaba por delante de ella alguno de la familia se enterara de lo que ocurría; pero la situacion de Amalia era demasiado grave para que se fijara en esos detalles.

Hay momentos en que, tratándose de la vida, se olvidan todas las consideraciones.

Amalia se encontraba en uno de ellos.

Ya no era la niña tímida que hemos conocido, sino la mujer que se siente herida en el alma, ha tomado una resolucion y lo arrostra todo.

—Mi falta,—prosiguió diciendo Amalia,—consiste en haber escuchado la conversacion de ustedes. Me avergüenzo de ello, pero no puedo arrepentirme.

Amalia hablaba con cierta seguridad nerviosa. Sus palabras eran secas y cortadas, y el dolor que habia pintado en su semblante imponía respeto.

—¿Pero podré saber, señorita,—preguntó Mariana,—qué puede interesar á usted lo que nosotros hablamos?

—Mucho.

—¿Mucho?

—Sí.

—No comprendo.

—Su hijo de usted la decia que tenia unos amores que le permitian olvidar á la que, segun he podido entender, era su prometida.

—Es cierto.

—Usted le hubiera preguntado sin duda quién era su nueva amada.

—Sí, señora.

—Y él hubiera pronunciado probablemente mi nombre.

—¿Su nombre de usted?

—Sí, madre mia,—dijo á esta sazón Tomás.

—¿Es posible!

—Yo la amo,—exclamó el jóven.

—Pero yo no le amo á él.

—¿Qué no?—preguntó Tomás.

—¡No!—repuso Amalia, mirándole de hito en hito.

—Creia...

—Pues creia usted mal,—interrumpió Amalia con amargura.—Yo amaba á un hombre leal, hidalgo, caballeroso, que al ofrecirme su corazon estaba libre de todo compromiso, que al jurarme amor no mentia ni me tomaba por un juguete propio para hacerle olvidar pasados sinsabores, á un hombre digno del amor que yo le profesaba, y ese hombre no es usted.

—¿Amalia!

—¿Caballero!—dijo la jóven con seriedad.

—¿Señorita!—exclamó Tomás reponiéndose.

—Pero yo no entiendo una palabra,—decía Mariana, cada vez más confusa.

—Anoche, cuando ustedes llegaron,—dijo Amalia,—el señor, que acababa de jurarme un amor eterno, y hasta, si también en eso no ha mentido, de hablar de su amor á mi padre, me hizo sospechar con su turbación lo que ocurría. Hoy, al verla llegar á usted tan temprano, me he figurado que también usted sabía algo, tal vez porque esa pobre muchacha lo habrá sospechado, y vendría usted á hablar de esto á su hijo. Vencí mi repugnancia, escuché lo que ustedes hablaban, y me he presentado aquí para decir á este caballero, en presencia de su madre, que todo ha concluido entre nosotros.

—¡Pero, Tomás!—exclamó la pobre madre avergonzada y confusa.

—Yo la amo, madre mía, yo la amo, y ella...

—Le prohibo á usted que hable de mí,—interrumpió Amalia con entereza.

—Aunque yo calle, la misma ira que usted demuestra en este momento es una prueba de su amor.

—Es una prueba de mi indignación, natural en quien ha sido burlada.

—¡Por Dios, óigame usted, Amalia; deponga usted ese ceño, y no me condene sin escucharme!

—¿Qué tiene usted que decir?—preguntó Amalia, cuya energía iba cediendo paulatinamente, y que á fuer de enamorada hubiera querido ser convencida.

—Usted no ha podido oír sino que yo tenía un compromiso.

—Que lo tenia usted ayer todavía.

—¿Ayer?

—Hoy mismo.

Mariana asistia en silencio á aquella explicacion, y se iba convenciendo de que toda la culpa estaba de parte de su hijo.

—Usted me engañaba,—prosiguió diciendo la hija de don Modesto,—cuando me ofrecia un corazon que no era libre, y tal vez hoy pensaba seguirme engañando haciéndome creer en su amor, cuando no veia en él más que un medio de olvidar á esa mujer, que ya cree que no puede ser suya.

—Juro á usted que se equivoca.

—Tal vez diga la verdad; pero yo no puedo creer al que una vez me ha engañado.

—Yo no mentia al decir á usted que la amaba.

—Pero sí al ofrecerme su mano, que tenia comprometida. Una de dos: ó usted ama aún á la que ha sido su novia, y no me considera á mí más que como un juguete á propósito para distraerle...

—¡Por Dios, Amalia!

—O usted la olvidó por mí, como me olvidará á mí por la primera que vea.

—Eso es imposible.

—¿Cuántas veces le ha dicho usted lo mismo á ella?

Amalia estaba en el terreno firme, y Tomás no podia responder á la inflexible lógica de la muchacha.

—Lo cierto es,—añadió ésta,—que usted ha tenido amores con las dos á un tiempo, y yo soy muy altiva para reinar á medias en un corazon.

—Acaba usted de decir la palabra. Todo lo que hay aquí es una cuestion de amor propio, de vanidad, de soberbia.

—Podrá ser; pero yo soy así, y así ha de aceptarme el que me quiera.

—¿Conque se obstina usted en que todo ha concluido entre nosotros?

—Todo.

—¡Amalia!

—Usted lo olvidará fácilmente.

—¿Yo?

—Sí.

—¡Nunca!

—Acabo de oír la confesion que ha hecho usted á su madre. Juan no olvidaria nunca, porque es grave, melancólico, taciturno; si no fuera su hermano, á usted talvez le pareceria ridiculo. A usted, en cambio, las ideas le duran poco, cree que el mundo es ancho, y que hay de sobra mujeres guapas para los hombres sin corazon. ¿No es esto lo que usted ha dicho? Pues yo necesito un hombre que piense siempre lo mismo, que se imagine que el mundo concluye fuera de mí, y que no se acuerde de si hay en él otras mujeres. Ese hombre no puede ser usted...

Tomás estaba vencido.

La jóven le argüia con sus propias palabras.

Si decia que antes habia dicho aquello por disipar los temores de su madre, además de volver á provocarlos, tenia que confesar implícitamente que aún amaba á María, y por lo tanto que habia hecho traicion á Ama-

lia. Y si aceptaba como suyas las ideas que la jóven habia retenido en su memoria, la pintura que de sí mismo hacia, no era en verdad muy á propósito para aspirar al amor de una mujer que se estimara.

Para salir del compromiso, optó por un término medio, diciendo:

—Señorita, conozco que hoy todo me acusa, que cuanto pudiera decir en mi abono seria inútil; pero confío en mi amor y en el tiempo, que me dará ocasion para probarlo. Entonces tal vez se arrepienta usted de la dureza con que hoy me trata, entonces puede que comprenda lo que en este momento sufro; acaso me haga justicia, que yo la agradeceré como si fuera gracia.

—No lo creo,—repuso tristemente Amalia, á quien no dejó de impresionar el tono grave y resignado del capitán.

—Pero segun he oido,—interrumpió Mariana,—su familia de usted sabe ya algo de esto.

—Yo hablé anoche á don Modesto de mi amor.

—Eso no importa,—dijo Amalia.

—He dado mi palabra.

—Yo se la devuelvo á usted.

—Pero don Modesto.

—Mi padre no necesita saber nada. Quiero ahorrarle un disgusto. Usted creo que piensa volver pronto á campaña.

—Hoy mismo.

—¿Hoy?—preguntó con ansiedad Mariana.

—No,—dijo Amalia.—Eso seria llamar la atencion.

—Pues bien, mañana.

—Ya es distinto. Si usted sale de aquí mañana, no necesita decir á mi padre nada de lo que ha pasado. Sólo usted y yo sabremos que desde hoy somos indiferentes el uno para el otro. Mi padre creerá que nuestros amores han concluido como tantos otros, porque cuando hemos dejado de vernos nos hemos olvidado mutuamente. Esto nada tiene de particular. Nadie podrá echar á usted en cara ninguna mala accion, y ni usted ni yo volveremos á acordarnos de que nos hemos visto.

Amalia hablaba con una calma en la apariencia tan perfecta y con una resolucion tan grande, que Tomás llegó á creer que habia perdido su amor en un momento, ó que nunca le habia amado. El muchacho la queria todo lo que era capaz de querer, y en aquel instante la esquividad de ella espoleaba su pasion y le hacia estar verdaderamente enamorado.

Bajó la cabeza, calló y sintió que dos gruesas lágrimas asomaban á sus ojos.

—Yo, señorita,—dijo Mariana,—no soy culpable de nada. Debo á ustedes casi la vida de mi hijo, y soy tan desgraciada, que este suceso me impide hasta demostrarles mi agradecimiento, porque ya veo que despues de lo pasado hasta mi presencia en esta casa ha de ser molesta.

Amalia por toda contestacion abrazó estrechamente á la anciana.

Las dos mujeres confundieron sus sollozos, y permanecieron largo rato abrazadas.

—Por fin, Amalia se desprendió de los brazos de Mariana, diciendo:

—Para que mi familia no sospeche nada, es preciso que usted vuelva hoy como si nada hubiera sucedido. Este es un secreto que sólo los tres sabemos, y que á los tres interesa guardar.

—Es usted un ángel,—exclamó Mariana.

—Adios... hasta luego...—dijo Amalia, que volvió á abrazar á la madre de Tomás, y haciendo un esfuerzo salió precipitadamente del gabinete, cuando ya no podia dominar su emocion.

La madre y el hijo permanecieron largo rato callados.

—Madre, yo la amo,—exclamó Tomás con pasion.

—Calla, Tomás... no quiero saber nada. Has hecho mal, muy mal... esto es lo que sé, y ojalá no lo supiera. Por eso tu hermano no queria que viniera á verte.

—Perdon,—dijo Tomás, cubriendo de besos las manos de su madre.

—Aunque yo te perdone, ¿te perdonarán esas dos niñas, cuyas ilusiones has deshecho? ¿Te perdonará esta familia, que te abrió las puertas de su casa, para que tú dejaras en ella el llanto y el dolor? ¿Te perdonará Gregoria, que te queria como á un hijo, para que tú hayas olvidado á María?

—De todos modos hubiera tenido que olvidarla.

—Yo ni aun sé ahora si en eso has dicho la verdad.

—Juan la sacará á usted de dudas.

—Bien; dejemos esta conversacion. Es preciso que mañana mismo salgas de esta casa.

—Lo haré.

—Mira tú si seré desgraciada, que amándote tanto,

tengo que mandarte que vuelvas á los peligros de la guerra.

—¡Pobre madre mia!

—Yo me volveré esta tarde á Villoviado.

—¿Esta tarde?

—¿Qué hago aquí?

—Estar conmigo.

—¿Y María?

—Es verdad.

—¿Qué va á hacer la pobre?

—Tiene usted razon.

—Ya no debes volver á verla.

—¿No quiere usted que vaya?...

—Llegarás conmigo hasta la puerta de la posada.

—¿Y nada más?

—Nada más. Aquí diré que está enferma, y por eso no viene.

—Es lo mejor.

—Yo pasaré contigo la mayor parte del dia.

—Sí, madre de mi alma, porque tambien yo soy en este momento muy desgraciado.

—Tú lo has querido,—dijo Mariana levantándose.

—Sí.

—Voy á disponer nuestro viaje.

—¿Tan pronto?

—Es preciso.

—La acompañaré á usted.

—Hasta la puerta de la posada.

—Hasta donde usted quiera.

---

## Capítulo XXX

---

### Un ideal desvanecido

Al llegar á la posada la madre de Tomás, se vió obligada á quitar á María las esperanzas que aún podia abrigar sobre el amor del jóven.

La escena fué dolorosa.

Por más que María desde la noche anterior estuviera convencida de su desgracia, el adquirir una prueba terminante de ella no podia ménos de ser para la enamorada muchacha un trance terrible.

Mariana hubo de sufrir en silencio las recriminaciones que hacia contra su hijo, porque conocia que eran justas.

Gregoria mezclaba sus quejas á las de María, y las dos torturaban el corazon de la pobre madre, que suspiraba y lloraba, sin atreverse á decir una palabra.

Luego que la primera explosion de dolor hubo pasado, Mariana quiso aventurar algunas palabras en favor de su hijo.

—Si supiérais todo lo que hay, amigas mías,—exclamó,—excusaríais un poco la conducta de Tomás, que en estos momentos es muy desgraciado.

—Me ha engañado, señora Mariana,—decía María llorando.

—Nos ha engañado,—repetía su madre.

—De todos modos,—contestaba Mariana,—la boda era imposible.

—¿Y por qué?...

—Eso es lo que no puedo deciros...

—Usted, como es natural, quiere defenderle.

—No, María, no, hija de mi corazón; no quiero defenderle; pero te aseguro que, á saber lo que hoy he sabido, nunca, ni Gil ni yo, hubiéramos consentido en que os casárais.

—¿Por qué motivo?—preguntó Gregoria.

—No me lo preguntes.

—Necesito saberlo.

—Yo te lo diré á tí sola.

—¿A mí sola?...

—Y á nadie más.

—Creo,—dijo María,—que yo debo saber también ese secreto.

—Basta que lo sepa tu madre. Tú debes conformarte con saber, que sin que nada te perjudique, sin que tengas ninguna parte en ello, no puedes casarte con Tomás.

—Porque quiere á otra.

—Aunque fuera libre como el viento,—repuso Mariana, que no se atrevía á confesar de plano los nuevos

amores de su hijo, ni queria negar que los tuviera por no mentir.

—Pues dime lo que haya, toda vez que yo puedo saberlo,—exclamó Gregoria.

Mariana se llevó aparte á la madre de María, y la habló al oido.

Gregoria, al enterarse de que los dos hermanos eran rivales en el amor de su hija, dejó escapar un grito de espanto.

—¿Qué hay?—preguntó María.

—Nada, hija, nada,—repuso su madre;—Mariana tiene razon: somos todos muy desgraciados. Ya lo sabrás con el tiempo; entre tanto, confia en tu madre.

—Y en mí, que te quiero como si fueras mi hija,—añadió tiernamente Mariana.

Las tres mujeres convinieron en que emprenderian su viaje de vuelta aquella misma tarde.

Gregoria y María empezaron á hacer los preparativos de marcha, que no eran muchos, y Mariana, despues de ajustar con el posadero un carro en que hacer el viaje, volvió á la casa de don Modesto.

No se sorprendió poco toda la familia con la noticia de un regreso tan precipitado; pero Mariana contestó lo mejor que pudo á las objeciones que la hicieron, diciendo que hacia mucha falta en su pueblo, que la muchacha que iba con ella se habia puesto un poco enferma y deseaba volver, y como su objeto no era otro que abrazar á su hijo, y este ya lo habia cumplido, nada tenia que hacer en Covarrubias.

Tomás apoyó las razones de su madre, diciendo que

él tambien pensaba marchar á la mañana siguiente, porque estando ya completamente curado, no tenia motivo alguno para permanecer más tiempo lejos de la partida.

El dia fué triste para todos.

Don Modesto obligó á Mariana á que comiese en su casa, para que tuviera el gusto de poderse sentar á la mesa con su hijo.

La pobre mujer accedió; pero apenas probó un bocado.

Despues de la comida, todos quisieron acompañar á la madre de Tomás, que anunció que iba á emprender el viaje.

Mariana no pudo excusarlo.

Se dirigió á la posada con Tomás, don Modesto, doña Susana y sus hijas.

Por fortuna la despedida fué corta.

El posadero habia sido puntual, y cuando llegó Mariana ya el carro estaba enganchado.

Presentáronse Gregoria y María, que al ver á Tomás tuvo que apoyarse en su madre para no caer al suelo; se despidieron de la familia de don Modesto, y Gregoria dió á Tomás un abrazo sin decirle una palabra.

María al subir al carruaje se volvió hácia el jóven, y le dijo:

—Adios, Tomás.

—Adios, hermana mia,—exclamó Tomás, profundamente conmovido.

Mariana abrazó á todos una y mil veces. Parecia

que no osaba desprenderse de los brazos de su hijo. Por fin subió al carro, gritando:

—¡Adios! ¡Adios!...

—Adios, madre mia.

—Feliz viaje.

El vehículo se puso en movimiento.

Tomás y sus amigos salieron á la puerta de la posada para verlo marchar.

El carretero arreó su poderosa mula, que emprendió una marcha bastante rápida, y pocos minutos despues estaba fuera del pueblo.

Tomás, don Modesto y su familia regresaron á su casa.

Amalia evitaba las ocasiones de hablar con Tomás.

Sus padres no extrañaban verla triste, atendiendo á la resolucion del jóven de marchar al dia siguiente.

La misma causa atribuian á la tristeza de Tomás.

La linda rubia queria estar sola y se dirigió al jardin.

Tomás entró en su cuarto, y desde la ventana que daba al sitio por donde paseaba Amalia, la veia meditabunda y cabizbaja.

El muchacho tosió diferentes veces procurando llamar la atencion de Amalia, que no le oyó ó no quiso oirle; pero lo cierto es que ni siquiera volvió la cabeza.

Por fin Tomás, no pudiendo contenerse, salió de su gabinete y se encaminó al jardin resuelto á tener una explicacion con su amada.

Una vez en el jardin, empezó á pasear por la mis-

ma calle por donde paseaba Amalia, pero sin atreverse á hablarla.

Dos ó tres veces pasaron ambos jóvenes uno junto á otro sin dirigirse la palabra.

Al fin Tomás, comprendiendo que á él le tocaba romper á hablar, se atrevió á murmurar:

—¡Amalia!

—¿Qué?

—Quiere usted que hablemos un momento.

—Bien.

—Amalia mia,—exclamó con pasión el joven,—por caridad te lo suplico, vuelve á ser para mí siquiera un minuto la que eras ayer todavía.

—¡Tomás!—dijo la joven con una dulzura y una tristeza indefinible,—me has hecho mucho daño, pero todo te lo perdono.

—¡Ah!

—Pero no te engañes, Tomás: no creas que al decir esto quiero decirte que lo olvido, no pienses que podemos volver á amarnos; no, eso ha concluido para siempre.

—¡Amalia!

—Yo lo conozco, tengo ideas exageradas, extravagantes, ¿qué quieres? no puedo remediarlo; ya no sería feliz con tu cariño.

—¿Que no?

—Y sin embargo, te amaba tanto.

—¡Ah!

—Te amo todavía.

—Entonces.

—Te amo, pero procuro olvidarte. Mira, no quiero decir que tú me has engañado. Tal vez me he engañado yo misma. Creía encontrar en tí un hombre que no se pareciera en nada á los demás, que me consagrara á mí sola su existencia, que me hiciera dueña, no sólo de su porvenir y su presente, sino tambien de su pasado. Acaricié en sueños esa idea, creí que podia realizar mis ilusiones; me engañé Tomás: no te culpo á tí, me culpo á mí misma, pero estoy bien cruelmente castigada.

—Amalia, esa es una obcecacion que nos hace muy desgraciados. ¿Qué te importa á tí que yo haya querido á otra?

—No es eso lo que siento.

—¿No?

—Si no hubieras profanado mi amor con la mentira, si no hubieras albergado mi imagen en tu corazon, donde aún tenia derecho á estar la imagen de otra, yo tal vez seguiria creyéndote: ahora perdóname, Tomás, has perdido mi confianza, y aunque yo quisiera, no podria devolvértela. No eres el ideal que yo habia soñado. ¿Quién me manda á mí soñar viviendo en el mundo?

—¿Es decir, que estás resuelta?

—Sí. Ahora tal vez logre olvidarte; dentro de algun tiempo un desengaño me costaria la vida.

—¿Y por qué habias de tenerlo?

—Porque es indudable. Esta mañana, cuando querias consolar á tu madre, te pintabas tal como eres. Yo te he visto, y me he horrorizado. Tu amor podrá hacer felices á otras mujeres; á mí no me basta. Yo creo que

cuando se ama, se ama con toda el alma, con todo el corazon, con toda la vida.

—Así te amo yo, Amalia mia.

—Hoy, Tomás; pero ¿y mañana?

—Siempre.

—No, en tu corazon no caben esas pasiones; mi error ha sido creerte capaz de sentirlas. Y como lo que yo amaba es tu corazon, como lo que yo adoraba eran esas cualidades que ahora veo que no existen, verdaderamente puedo decir que he dejado de amarte.

—Hace poco decias...

—Si, que aún te amo.

—¿Lo recuerdas?

—Me he explicado mal. Amo todavía al Tomás que yo me habia forjado en mis sueños; pero ese Tomás no eres tú.

—¿Que no soy yo?

—No; ese Tomás ha muerto, y se ha llevado mi felicidad, mis ilusiones...

—Entonces, ¿qué soy yo para ti?

—Serás mi amigo, mi hermano si quieres. Yo te recordaré siempre con cariño; pero seguiré amando á ese ideal que ya no existe.

Tomás calló.

Comprendia que el amor de Amalia era mucho más poético, más sublime que el suyo, y que nunca lograria vencer aquella resistencia que nacia del convencimiento.

La conducta de Amalia, en efecto, no era inspirada por el despecho ni por la ira.

Ella sentía un dolor inmenso por haberse equivocado, atribuyendo á Tomás cualidades que no tenía.

Si Amalia se hubiese enamorado de Juan, hubiera encontrado la felicidad, porque ella soñaba con un sér superior.

Por desgracia, al poner á prueba á Tomás se encontró con que no era más que un hombre, un hombre que cometía una infidelidad vulgar, y que no se diferenciaba de los otros, sino en que tenía una figura un poco más agradable.

La linda rubia experimentó un gran desencanto.

Por desgracia, como ya se había enamorado de un sér, que aunque tenía la forma de Tomás, en realidad no era Tomás, comenzaba á luchar con un imposible.

De aquí la aparente contradicción que resultaba de sus palabras.

Unas veces le decía que le amaba y otras que no le amaba.

Le amaba en lo que tenía de su ideal, pero no podía amarle en lo que se diferenciaba de él.

Experimentaba algo de lo que experimenta un mendigo que cree haberse encontrado un diamante.

Lo lava, lo pule, lo acaricia con la mirada, lo guarda cuidadosamente, piensa en qué invertirá el dinero que han de darle por la piedra preciosa, y cuando lo lleva á un lapidario, este lo rompe de un martillazo para demostrarle de un modo palpable que no se ha encontrado más que un pedazo de vidrio.

Así es, que todos los esfuerzos de Tomás fueron inútiles.

—¿Quieres olvidarme?—la dijo.

—Sí, y como esta es la última vez que hablo contigo, voy á ser sincera. Tomás,—repuso Amalia,—quiero olvidarte, y no espero conseguirlo.

—Pero entonces te martirizas por tu gusto.

—Es que tampoco podría amarte. Yo me acordaré de tí para pensar siempre en la felicidad que creía haber encontrado en tu cariño, y que tú no eres capaz de darme.

—¡Oh!... yo te convenceré de lo contrario,—exclamó el jóven.

—Yo te ruego, Tomás, que no vuelvas á Covarrubias.

—¿No?...

—Al menos mientras yo viva,—añadió la jóven, como si la asaltara un triste presentimiento.

—¿Qué cosas dices!...

—¿Tú no crees que se puede morir de amor?...

—¿Yo?...

—Ni yo tampoco,—añadió Amalia.—Lo que sí creo, es que hay almas que no pueden vivir en la tierra, y buscan pronto un refugio en el cielo.

La conversacion de los dos jóvenes siguió en estos términos durante algunos minutos.

—Tomás,—dijo por fin Amalia,—tú vas mañana á volver á la guerra. Delante de mis padres nos despediremos como dos amigos; despedámonos ahora como dos hermanos.

Y Amalia tendió al jóven su mano blanca y delgada.

Tomás depositó en aquella mano un beso y una lágrima.

Y los dos jóvenes se separaron sin decir una palabra, tomando distintas direcciones.

Por la noche, el capitán de guerrilla se reunió á la familia de don Modesto para pasar con ella la velada.

El padre extrañaba que Tomás no le hablara de sus amores; pero pensaba que despues de su conferencia de la noche anterior, no habia en rigor necesidad de más explicaciones.

Doña Susana le regaló un precioso escapulario, haciéndole mil encargos para que se librara de los peligros de la guerra.

Luisa habia tenido la delicada atencion de prepararle una bolsa con trapos, vendas, hilas y todo lo necesario para una primera cura.

Tomás, confuso y medio avergonzado, recibia todas estas pruebas de cariño, sin saber cómo mostrar su agradecimiento.

La conversacion giró sobre los asuntos de la guerra.

—¿Sabe usted, —preguntó don Modesto, —dónde estará mañana la guerrilla?

—No, señor.

—Entonces, ¿cómo piensa usted reunirse á ella?

—Ayer la dejó mi hermano en la sierra de Quintanar; allí me propongo ir, y si no los encontrase, como conozco á los confidentes del cura en la mayor parte de los pueblos, no tardaria en tener noticias exactas.

Antes de acostarse Tomás quiso ir á la caballeriza á ver su caballo, al cual habia venido perfectamente

aquel mes de descanso y de pienso bueno y abundante.

Vió que estaba bien herrado, reconoció igualmente su montura, é hizo al criado algunas advertencias respecto al modo de ponerla, advirtiéndole que queria marchar al amanecer.

El jóven no pudo dormir en toda la noche.

El recuerdo de Amalia, de su madre y de María, no se apartaba de su mente.

Aun faltaba mucho para ser de dia cuando saltó de la cama y comenzó á vestirse.

Al abandonar tal vez para siempre aquella casa, en la que habia sido tan bien recibido y donde dejaba á la que por entonces ocupaba su corazon, sentia una tristeza indefinible.

Cuando empezó á clarear el dia, salió de su cuarto completamente vestido, con el sable puesto y las espuelas calzadas.

En el patio le esperaba toda la familia.

Un criado tenia de la brida el caballo ensillado, cuyas alforjas habia provisto perfectamente doña Susana.

—Hasta la vista, señor don Modesto... si acaso vuelvo,—dijo Tomás.

—¿Quién piensa en eso?—preguntó don Modesto, que creia que el jóven aludia al peligro de morir que podia correr en la guerra.—Hasta la vuelta.

Tomás y don Modesto se abrazaron.

Doña Susana y sus hijas le estrecharon las manos llorando.

Amalia le dejó entre ellas una flor marchita, á la vez recuerdo de sus amores, porque Tomás se la habia

dado pocos días antes, y símbolo de las ilusiones que había perdido.

El jóven montó apresuradamente á caballo.

—Adios,—dijo al caer sobre la silla.

—Hasta la vuelta,—le contestaron Luisa, don Modesto y doña Susana.

El caballo partió al trote, y el jóven capitán tomó el camino de la sierra de Quintanar.

---

## Capítulo XXXI

De como encontró Tomás al ejército de Castilla la Vieja

Todo el día marchó Tomás por caminos poco menos que intransitables, sin hacer más altos que los puramente precisos para dar algún descanso á su caballo, y ya era muy entrada la noche cuando llegó á la sierra de Quintanar, donde suponía acampada á la partida del cura Merino.

No le engañó su prevision, pues apenas se habia internado en la sierra cuando se vió detenido por un centinela, el cual le obligó á detenerse hasta que salió á reconocerle el oficial que mandaba aquella guardia avanzada.

Luego que nuestro jóven se dió á conocer por capitán de caballería de la guerrilla española, el oficial ordenó á dos de sus soldados que le acompañaran hasta el cuartel general sin perderle de vista, dándoles en alta voz la orden de hacerle fuego si intentaba esca-

parse, temeroso sin duda de que fuera algun espía que hubiera adoptado aquel disfraz y se presentara con nombre supuesto, para enterarse de la posicion que ocupaba la guerrilla y dar aviso á alguna de las columnas que se ocupaban en perseguirla, con tan poca fortuna como buen deseo.

Estos detalles enteraron á Tomás de que el ejército de Castilla la Vieja adelantaba notablemente, no sólo en número, sino tambien en organizacion y en el modo de hacer el servicio.

Llegó por fin el capitán al cuartel general, donde Merino departía amistosamente con sus oficiales, sentados al rededor de una buena hoguera.

Aunque don Jerónimo era poco expansivo, abrazó á Tomás no bien se hubo apeado del caballo, y le preguntó con el mayor interés por el estado de su salud.

Juan tambien abrazó á su hermano, aunque como le habia visto dos dias antes, no le sorprendió tanto su presencia.

—¿Conque ya estás bueno, muchacho?—preguntó el cura.

—Sí, señor.

—¿Y dispuesto á matar franceses?

—Mucho...

—Vaya, me alegro.

Los demás oficiales, que en su mayoría no conocían á Tomás, le estrecharon cordialmente la mano y le recibieron con el cariño que merecía, no sólo por ser hermano de Juan, que gozaba en la guerrilla una gran consideracion, sino por la bizarría que todos sabían

que habia demostrado en la accion de Covarrubias.

Aunque Juan sabia que Tomás estaba ya curado y debia incorporarse pronto á sus compañeros, no dejó de extrañarle que se hubiera dado tanta prisa, y sospechó que algo debia haber ocurrido; pero no quiso preguntar nada delante de extraños.

Tomás fué aquella noche el héroe de la reunion.

Todos le pedian á porfía detalles de su herida, de su curacion y de la asistencia que habia tenido en el pueblo, y él satisfizo á todos, ganando las simpatías de la mayor parte por su agrado y su llaneza.

Sin embargo, el muchacho no dejaba de estar preocupado.

De cuando en cuando una nube de tristeza velaba sus ojos, y se pasaba la mano por la frente como si quisiera borrar una idea importuna.

Era el recuerdo de Amalia y de los sucesos del dia anterior.

Juan, que le observaba atentamente, no dejó de reparar en aquella preocupacion, y sentia cada vez mayores deseos de interrogarle.

—Lo que veo,—dijo á Tomás el cura,—es que eres hombre de suerte.

—¡Yo!...

—Llegas, como suele decirse, á mesa puesta.

—¿De veras?...

—Creo que muy pronto vamos á tener trabajo.

—Me alegro: así como así, ya me iba cansando de no hacer nada.

—Mañana, despues del toque de diana, te daremos

á reconocer á tu escuadron como capitan, y ya verás qué cien caballos vas á mandar en adelante.

—Lo que deseo es que me ponga usted pronto en ocasion de probar que no se me ha olvidado dar cuchilladas.

Aquí llegaba la conversacion, cuando se oyó hácia la enramada el alegre sonido de unos cascabeles.

—Ya está ahí, —dijo el cura levantándose, como si supiera quién llegaba.

Todos los demás se levantaron tambien.

A pocos momentos apareció ante la hoguera una mujer montada en una mula, seguida por un peaton y acompañada por dos soldados, con las mismas precauciones y formalidades con que lo habia sido el hermano de Juan.

Aunque la viajera iba completamente arrebujaada en una manta de colores y sentada en las jamugas, no se necesitaba ser un lince para comprender que era jóven, y casi se podia adivinar que bonita.

Efectivamente; la manta que la envolvía marcaba en su talle la esbeltez y la flexibilidad que dan los pocos años, y de su falda se escapaba la punta de un piececito pequeño y bien calzado.

Dos ó tres oficiales se adelantaron á ayudar á apearse á la recién llegada, la cual, apoyándose en el hombro de uno de ellos, que para mayor seguridad la cogió por la cintura, saltó con agilidad de su cabalgadura y se acercó al fuego, desembozándose.

Era Pepa, la amiga de don Jerónimo, ó doña Josefa, la rica propietaria de Barbadillo, de quien el cura

habia hecho uno de sus más activos y hábiles confidentes.

Una mujer no inspira sospechas, y si es jóven y guapa en todas partes encuentra auxiliares, que por andar á su alrededor y hablar con ella se dejan sorprender los mayores secretos, y la dan inocentemente toda clase de noticias.

—¡Hola, Pepa! ¿Traes mucho frio?

—No hace poco, señor don Jerónimo.

—Vaya, pues siéntate al fuego, y luego hablaremos.

—Tengo muchas noticias.

—Bueno, bueno.

Merino llevaba su cautela hasta el extremo de no hablar nunca á sus confidentes delante de testigos, aunque estos fueran los oficiales de su mayor confianza.

Sabia que en la guerra todo consiste en el sigilo, y que un secreto lo mismo puede divulgarse por traicion que por imprudencia.

Pepa se sentó junto á la llama, y extendió con delicia los piés y las manos.

El peaton que iba con ella se llevó la mula, acercándose por órden de Merino á una de las fogatas en que vivaqueaban los soldados, que como ya se habia tocado silencio, dormian echados en el suelo envueltos en sus capotes y formando círculo, de modo que tuvieran los piés á la lumbre.

Este era el órden que habia adoptado don Jerónimo Merino cuando tenia que acampar en despoblado, que lo hacia las ménos veces posibles, porque preferia

alojarse en los pueblos, diciendo que los hombres descansaban mejor, conservaban más su equipo y vestuario, no perdían tantas prendas, y estaban sanos y contentos.

La Junta de Búrgos le ofreció proporcionarle algunas tiendas de campaña; pero él no las quiso, porque además de incómodas para su transporte, le parecía poco saludable encerrar á cuatro ó seis hombres en un espacio reducido y poco ventilado. Prefería el vivac con buen fuego, que mantenía los piés calientes y hacia la humedad poco temible.

Merino pensaba mucho en todas estas cosas, y á su prevision y cuidado debió en gran parte sus triunfos y poderse sostener tanto tiempo con fuerzas cada vez mayores y más temibles.

Los oficiales, que habían vuelto á rodear la hoguera, miraban complacidos á doña Josefa, y á más de uno se le pasaron ganas de decirle alguna galantería; pero todos callaban por el respeto que inspiraba Merino, de quien no sabían qué clase de relaciones le unían con la bella castellana.

Uno de los que, á encontrarse ausente don Jerónimo, la hubiera dicho algo, era nuestro amigo Tomás, á quien las palabras le retozaban en el cuerpo, pues olvidaba todos sus disgustos en viendo una buena moza, y la amiga del cura lo era á carta cabal.

Juan, que veía á su hermano mirar atentamente á la viajera, no podía ménos de sonreirse pensando en aquella inclinacion decidida que sentía. Tomás hacía todas las mujeres de cara bonita y de buen talle.

Cuando Pepa desechó el frio que tenia se levantó, reuniéndose á Merino que se habia quedado en pié.

Los dos se alejaron veinte ó treinta pasos del grupo principal, y comenzaron á hablar paseando por una especie de alameda que terminaba en el cuartel general.

Una de las precauciones de Merino era hablar siempre á sus confidentes paseándose, porque así le parecia más difícil que le escucharan que si hablaba sentado en cualquier sitio, por despejado que fuera.

—¡Buen bocado!—exclamó á media voz Tomás al ver alejarse á doña Josefa.

—Pero no es para tí,—contestó Juan entre chancero y amostazado.

—Lo siento.

—¡Siempre serás el mismo!

—¡Genio y figura!...

—Ya lo veo.

—Y sin embargo...

—¡Qué!—preguntó Juan.

—Eso de que no ha de ser para mí, me parece que es decir demasiado.

—¿De quién hablas?

—De esa buena moza.

—Déjame en paz.

—Tanto podria uno empeñarse...

—Doblemos la hoja.

—Por mí ya está doblada.

Juan y Tomás habian sostenido este ligero diálogo en voz baja; pero á fin de no llamar la atencion y para no cometer una grosería, tomaron parte en la conver-

sacion general, que versaba sobre hechos de armas y aventuras amorosas.

Al cabo de un rato, y como quiera que ya iba siendo tarde, cada cual se fué acomodando donde mejor le parecia para pasar la noche.

Antes de media hora sólo los dos hermanos estaban despiertos.

—¿No tienes nada que decirme, Tomás?—preguntó Juan.

—Muchas cosas.

—¿Buenas ó malas?

—De todo hay.

—Pues cuenta.

Tomás enteró á su hermano de cuanto habia ocurrido en Covarrubias en las últimas cuarenta y ocho horas que él permaneció en el pueblo.

No se sorprendió poco Juan al enterarse del viaje de su madre, y tuvo bastante pena al saber el compromiso que Tomás habia adquirido con don Modesto y el dramático fin de sus amores con Amalia.

Lo que le disgustó sobremanera es que Tomás hubiera contado á su madre que él estaba enamorado de María.

—Has hecho mal, Tomás; yo no te revelé mi secreto para que lo publicaras.

—Tampoco me encargaste que lo tuviera callado.

—Es verdad.

—De manera que no he faltado.

—Yo no podia figurarme que ibas á ver á nuestra madre.

—Ni yo que las cosas llegaran al extremo que llegaron.

—De todos modos, no apruebo tu conducta.

—No tenia otro remedio.

—No haberte metido en semejante enredo.

—Pero una vez en él, de algun modo habia de salir. Tu amor era mi defensa para con nuestra madre.

—Sí.

—Además, tú tambien has ganado.

—¿Yo?

—Es claro.

—No sé qué.

—Ya tienes dado el primer paso.

—No pienso dar el segundo.

—Harás muy mal. Eso seria dejarme por embustero. Luego, que madre no dejará de preguntarte, y no creo que vayas á mentir por gusto.

—Me has puesto en un compromiso.

—No lo creas: María no tardará en saber que la quieres.

—¿Por quién?

—Por nuestra madre ó por la suya, que se lo dirán pronto, si ya no se lo han dicho.

—¿Es posible?...

—De modo que te he hecho andar la mitad del camino. Cuando una mujer sabe que la quieren, está muy cerca de querer.

—Tú juzgas á todos por tí mismo.

—Aunque así fuera, me parece que no soy ningun animal raro.

—Yo creo que sí.

—Hombre, gracias.

—¿De modo que también has reñido con Amalia?

—Ella es quien ha reñido conmigo.

Tomás volvió á referir á su hermano con la mayor minuciosidad todos los detalles de sus diferentes conversaciones con la hija de don Modesto, y le preguntó luego:

—¿Qué opinas de esto?

—Que esa pobre muchacha te queria como tú no mereces.

—Chico, ¿me adulas?

—Te hago justicia.

—¿Conque me queria?... ¿Es decir, que ya no me quiere?

—Tal vez sí, por desgracia.

—Más que desgracia me parece fortuna, y con eso cuento para reanudar mis relaciones.

—Hacés mal: yo creo que han concluido para siempre.

—Si ella me quiere...

—Tal vez por lo mismo.

—No lo entiendo.

—Tú no eres capaz de comprender esas pasiones ideales que hacen la felicidad ó la desgracia de toda una vida.

—Puede ser; pero, chico, si yo lograra convencerla...

—No la convencerás nunca.

—¿Por qué?

—Porque la has herido en el alma, y las heridas del alma son incurables. Hé aquí otra cosa que tú tampoco puedes comprender, Tomás.

—¿Por qué?

—Porque tú no tienes alma.

—¿Pues qué es lo que tengo?

—¿Qué sé yo? Lo que voy á darte es un consejo.

—Venga.

—No te enamores nunca de ninguna mujer á quien tengas que guardar respeto.

—Chico...

—Y si te enamoras, no se lo digas.

—¿Es una friolera!...

—Olvidala, que te será fácil, y te ahorrarás cometer una infamia.

—¿Aprieta!...

—¿No lo es hacer derramar lágrimas á quien nos ha favorecido?

Tomás no supo qué contestar á esta pregunta, que planteaba la cuestion con tanta claridad como dureza.

—Yo que pensaba pedirte un favor...—dijo despues de un momento.

—¿Cuál?—preguntó su hermano.

—A mí no me parece bien volver á presentarme en casa de don Modesto.

—Es claro.

—Ni puedo escribir á Amalia.

—Te devolveria tus cartas.

—Pero tú serias, si fueras, bien recibido.

- No pienso ir nunca.
- ¡Hombre!...
- ¿Para qué?
- Para demostrar nuestro agradecimiento.
- La guerra me servirá de excusa.
- Pero como la guerra no ha de durar siempre...
- Cuando se concluya veremos lo se haya de hacer.
- Pues yo pensaba suplicarte que cuando volvieras á Covarrubias hablaras en mi nombre á Amalia.
- No lo esperes.
- Yo estoy verdaderamente enamorado de ella.
- No lo creas.
- ¿Que no?
- Lo que tú amas en este momento, es su resistencia, la dificultad, el obstáculo: ella ha puesto fin á vuestras relaciones, y tienes empeño en vencerla. Si volviera á mostrarse tierna, amante, apasionada, la olvidarias por la primera que vieras. Un alma tan sensible como la suya no podría resistir un nuevo desengaño, suponiendo que resista el que ya ha recibido. Tú la matarias, Tomás, y yo estoy dispuesto á todo ménos á ser tu cómplice.
- Pues no hablemos más del asunto.
- Es lo mejor.
- Pero yo espero convencerte.
- No lo conseguirás.
- Pues buenas noches.
- Hasta mañana.
- Los dos hermanos se embozaron en sus capotes.
- Tomás se acostó, poniendo su maletín por cabecera,

y Juan permaneció sentado al lado del fuego, pensando en lo que acababa de saber.

El jóven pensaba que su hermano discurría bien.

María no debía tardar en saber que la amaba, y quizá al cabo de algun tiempo participara de su amor.

Juan no queria entregarse por completo á la esperanza; pero tampoco se atrevia á desecharla.

Y si la interesante jóven llegaba á amarle, aun veia delante de sí un porvenir risueño.

A su edad hay una propension natural que nos inclina á verlo todo de color de rosa, y aunque el carácter de Juan era más bien pensador y reposado que propenso á hacerse ilusiones, no podia sustraerse por completo á la influencia de sus pocos años.

Desde que salió de Villoviado, las emociones de la vida de guerrillero, sus ascensos y los múltiples cuidados de su cargo, le habian distraido algun tanto de su amor, y las preocupaciones que le ocasionaron las desgracias de su casa, la prision de su padre y la herida y amoríos de Tomás, habian contribuido á que en cierto modo se amortiguara la llama que ardia en su pecho.

Pero el fuego no estaba apagado.

Todo lo más se hallaba cubierto por una capa de ceniza, que el soplo de los acontecimientos acababa de disipar.

Las noticias de Tomás habian reanimado el incendio, y en toda aquella noche no pudo apartarse de la memoria de Juan la imágen de María.

La veia llorando, desolada, presa de la desesperacion, y se congratulaba con la idea de enjugar sus lá-

grimas y hacerla olvidar la ingratitud de Tomás con un amor puro y constante como ella merecía.

Entre tanto, Merino proseguía hablando con doña Josefa.

—¿Pero estás cierta de lo que dices, Pepa?—preguntaba.

—Mi primo Venancio me lo ha repetido una y mil veces.

—Ya tenia yo algunas noticias.

—El general francés está que trina.

—Lo que le pasa no es para ménos.

—Si hasta ahora le ha dejado á usted en paz, es porque no tenia bastantes fuerzas que emplear en su persecucion.

—Lo cual le ha hecho perder cerca de dos meses.

—Pero ahora ha empezado á recibir refuerzos.

—Sí, por los periódicos y cartas que se cogieron al correo que sorprendimos hace pocos dias, he sabido que el emperador Napoleon ha prometido que pronto se acabarán las partidas en España.

—Y dice mi primo que para eso piensan ocupar las sierras y llenarlo todo de soldados.

—Pero destinar veinte mil hombres á perseguirme á mí, que no tengo más que quinientos, es una vergüenza.

—Ellos se conoce que lo que quieren es acabar con la partida, sea como quiera.

—Ya lo veo.

—En Búrgos se han reunido ya muchos regimientos.

—Si me los enviaran aquí uno por uno, ya daría yo buena cuenta de todos ellos.

—Lo malo es que no los enviarán como usted quiere, sino como á ellos les convenga.

Merino calló, y pareció meditar profundamente.

Doña Josefa no se atrevía á interrumpir sus meditaciones.

De cuando en cuando el cura solía exclamar:

—¡Estamos frescos!

Y volvía á sumirse en sus pensamientos, y seguía andando y callando.

Por fin preguntó á su amiga:

—¿Le has dicho á don Venancio lo que yo pensaba en el caso de que se meta en las sierras todo ese ejército?

—Sí, señor.

—¿Y qué?

—Dice que no haga usted semejante cosa.

—Pero, mujer...

—Que sería un disparate.

—Quiere que con dos compañías y cuatro escuadrones resista yo á veinte mil franceses mandados por tres generales.

—El me ha dicho que si pasa usted á Aragon, como nó conoce el terreno, su pérdida es segura.

—Yo creo que más segura será quedándome en Castilla.

—Dice que siempre hay un recurso.

—¿Cuál?

—Dividir la guerrilla en varias partidas pequeñas, que son más difíciles de perseguir.

—Eso ya lo habia pensado.

—Esas partidas, en caso de verse muy acosadas, pueden disolverse, distribuir en los pueblos hombres y caballos, que escondiendo las armas y monturas pueden pasar por mozos y caballos de labranza.

—Ese es un recurso, pero tiene un gran inconveniente.

—No lo sé.

—Es muy sencillo: la disciplina se relaja, los soldados olvidan la instruccion, pierden el espíritu militar que iban adquiriendo, y cuando los vuelva á reunir me encontraré, poco más ó ménos, como cuando salí de mi pueblo.

—Dice Venancio que no debe usted apelar á este remedio más que en un caso extremo.

—El caso extremo llegará en cuanto se metan aquí esos veinte mil gabachos.

—Los jefes de las partidas sueltas siempre deben estar en comunicacion con usted, para reunir su gente á la primera órden y acudir con ella adonde se les mande.

—Todos esos planes se forman muy bien en un gabinete, pero se realizan muy mal en el campo. Yo tengo oficiales valientes, muy valientes, que si les mando cargar al enemigo sable en mano lo hacen á las mil maravillas; ¿pero dónde tienen instruccion ni astúcia para operar aisladamente, y escapar á la persecucion que les espera?

—Yo no entiendo de eso.

—Fuera de Juan y algun otro, los demás no harán

nada de provecho, y estarán siempre en peligro de ser derrotados ó cogidos.

—Pues Venancio dice que todo es preferible á su proyecto de usted de pasar á Aragón.

—Ya que tu primo lo dice, razon tendrá,—dijo don Jerónimo.

—Eso creo.

—Yo le he reconocido por mi director corporal, y no se ha de quejar de mi obediencia. Es buen patriota, conozco que tiene talento, ha prestado grandes servicios, nos ayuda mucho con su actividad, y todos los consejos que hasta ahora me ha dado han sido acertadísimos. Por eso me resuelvo á seguir tambien este, aunque te juro que lo hago de muy mala gana.

—El dice que redoblará su vigilancia y avisará á usted todo lo que sepa.

—Lo malo será que si yo ando á salto de mata, no recibiré con gran puntualidad sus avisos.

—En todos los pueblos tenemos amigos, y nuestros peatones tienen las piernas ligeras. Además, que usted no dividirá la guerrilla sino cuando ya no haya otro recurso.

—Así pienso hacerlo.

Las noticias que Pepa llevaba á don Jerónimo eran exactas, y las observaciones que en nombre de don Venancio hacia al plan del cura de correrse á operar en tierra de Aragón, no podían ser más juiciosas.

Napoleon I, agobiado por las quejas que de todas partes llovían sobre él acerca de los daños que las partidas ocasionaban á los ejércitos franceses, mandó que

á toda costa se acabase, especialmente con Mina, el *Empecinado* y el cura Merino.

De la persecucion de este último se encargaron los generales Kellerman, Roquet y el conde de Dorsenne, á cuyas órdenes se puso un ejército de unos veinte mil hombres para ocupar las sierras de Búrgos y Soria, donde campaba á su satisfaccion el temible guerrillero.

Ya veremos cómo el buen cura, con su ridículo leviton y su enorme sombrero de copa, supo burlarse de los bordados, cruces y charreteras de aquellos generales que habian llevado el terror á toda Europa.

—Y ¿qué noticias tienes de Quintanar de la Sierra?—preguntó Merino.

—En cuanto recibí ayer el aviso de usted, envié un hombre de confianza que me enterara de todo.

—Bueno.

—Allí estaban esta mañana los franceses.

—¿Cuántos?

—Dos compañías de infantería, y treinta ó cuarenta gendarmes á caballo.

—No son pocos para batirlos en campo raso... ¿Y el convoy que llevan es muy largo?

—Más de veinte carros cargados de trigo.

—Esa es una ventaja. Tendrán que ir en grupos muy separados para cubrir esa fila de carros, que ya será larga.

—Es probable.

—Dices que estaban hoy en Quintanar de la Sierra,—decía el cura como hablando consigo mismo.—Si yo salgo de aquí mañana al amanecer, á media tarde

debo cruzarme con el convoy hácia Espinosa de Cervera. Si, eso es.

—¿Qué dice usted?

—Nada; que como los regimientos que se están reuniendo en Búrgos no coman más trigo que el de ese convoy, te digo que ya están frescos.

Merino había formado su plan con la rapidez que le caracterizaba.

—¿De veras?—preguntó doña Josefa.

—Sus camaradas podrán fastidiarme á mí luego; pero la escolta de esos carros hazte cuenta que ya ha caído.

Terminada la conversacion, Pepa volvió á montar en su mula para irse á pasar la noche al pueblo inmediato.

Don Jerónimo, que iba á hacer su ronda de costumbre, montó á caballo y la acompañó con el *Neó*, que nunca se separaba de su amo.

## Capítulo XXXII

### Preparativos

Al día siguiente, la guerrilla, después de comer su primer rancho, que según las órdenes de Merino fué en seguida del toque de diana, se puso en movimiento.

Tomás, que había dejado un pelotón de hombres montados de cualquier modo y mal armados, y se encontraba al frente de un escuadrón que tenía caballos bastante regulares, un armamento bueno y uniforme y alguna instrucción militar, marchaba al frente de su tropa tan orgulloso y contento como si mandara el escuadrón más lucido de cuantos pudo haber en el mundo.

Cada vez que volvía la vista y veía á sus soldados marchar unidos, conservando el orden de marcha y alegres y resueltos á todo, olvidaba sus pasados disgustos, y así se acordaba de las dos lindas novias que había perdido en un mismo día, como del preste Juan de las Indias.

Merino se habia adelantado á la partida, y seguido de su asistente caminaba más de media legua delante de la vanguardia.

Aunque la marcha era bastante rápida, el cura se impacientaba, porque hubiera querido que sus hombres volaran.

Para el plan que habia formado, le convenia llegar á Espinosa de Cervera algunas horas antes que los franceses.

Aquel dia hubiera querido detener la marcha del tiempo, y miraba sin cesar su reloj para contar los minutos que pasaban. Cada uno de ellos le parecia un siglo.

—Si esa gente llega antes ó al mismo tiempo que nosotros,—pensaba,—la cosa va á ser muy difícil. Pero si yo tengo al ménos dos horas para preparar el terreno, les juro que van á pasar un mal rato. Lo peor es que el alcalde de Espinosa no es muy buen patriota. Yo creo que es amigo de los franceses ó que les tiene miedo, lo cual para el caso viene á ser lo mismo. Estoy poco contento de él, y cualquier dia tendré que fusilarlo. Yo necesito hacer un ejemplar para escarmiento de pícaros y cobardes. En fin, allá veremos.

Y arreaba su caballo, que trotaba magníficamente, con gran disgusto del *Fleo*, el cual, como iba peor montado, tenia que hacer grandes esfuerzos para seguir á su amo.

A las diez de la mañana Merino hizo un ligero alto para dar descanso á los caballos, que ya iban muy fatigados.

El *Heo* les aflojó las cinchas y les quitó las cabezadas para que se refrescasen un poco antes de darles agua en un arroyuelo que corría por las inmediaciones del paraje en que habían parado.

—¿No toma usted nada, señor cura?—preguntó el asistente.

—No, almuerza tú si quieres. A mí me basta con mi chocolate hasta la hora de comer.

—Como otros días suele usted tomar un vaso de leche...

—Y hoy la tomaría si por aquí la hubiera; pero no veo ni rastro de ningún rebaño.

—Y eso que el terreno es más á propósito para cabras que para hombres.

—Bastante lo siento,—dijo Merino,—porque eso dificulta la marcha de la fuerza.

—Aun la infantería puede andar bien.

—Sí, pero la caballería tendrá que ir muy despacio.

—Se han quedado bastante atrás.

—Tanto, que ya hace rato que los perdimos de vista.

—Pero traen buenos jefes.

—Eso sí; yo les he dado mis instrucciones, y confío en que no dejarán de estar en su sitio cuando empiece el baile.

—¿Sabe usted que batirse después de una marcha como esta es poco agradable?

—Sí, pero como los franceses vendrán tan cansados como los nuestros, la partida es igual por ese lado.

—¿Tan cansados dice usted? Mucho más, señor cura.

—Es cierto.

—Nosotros estamos acostumbrados á estos andurriales.

—Pero el camino que ellos traen no es tan malo como este.

—En cambio necesitan ir con más vigilancia.

—Es verdad: veo que te vas espabilando, y que calculas bastante bien las probabilidades de la guerra.

—Todo se pega, y al lado de usted acabaré por salir maestro.

El *Fleo*, mientras hablaba, comia con el apetito voraz que hemos notado en él en otras ocasiones.

Los caballos tambien reparaban sus fuerzas con algunos puñados de cebada que el asistente habia puesto en sus morrales.

Merino fumaba un cigarrillo y se paseaba de un lado á otro, como si quisiera hacer más corto el tiempo.

Al cabo de una media hora larga, don Jerónimo, que miró su reloj por centésima vez, dijo:

—Ea, *Fleo*, pon las bridas y á caballo, que á las doce quiero estar en Espinosa, y aun nos faltan un par de leguas.

La orden fué cumplida al momento, y un minuto despues el amo y el criado proseguian su camino.

Nada de particular ocurrió en su marcha, y á la hora que Merino deseaba llegaron al pueblo.

Don Jerónimo hizo que el *Fleo* se adelantara á pié y sin armas para ver si habia alli enemigos, y esperó en las inmediaciones, teniendo los dos caballos.

Ménos de un cuarto de hora tardó el *Feo* en desempeñar su comision, y cuando volvió diciendo que no habia nadie, entraron los dos en el pueblo.

—Oye, chico,—gritó Merino al primer aldeano que vió á la entrada del pueblo.

—¿Qué manda usted?—repuso el interpelado, mirando con asombro la figura de aquel sacerdote, á quien denunciaba su alzacuello, que se presentaba con una carabina colgada de la silla y seguido por un ginete, mitad soldado y mitad bandido, á juzgar por su apariencia.

—¿Sabes dónde vive el alcalde?

—Sí, señor.

—Pues guía.

El aldeano no se atrevió á replicar á quien mandaba tan imperiosamente, y echó á andar seguido del cura y su asistente.

En Espinosa no conocian á Merino, ni habian visto aún á su partida; así es que los vecinos se asomaban á las puertas de sus casas y hacian mil extraños comentarios acerca de los dos forasteros.

Al llegar á una casa de mediana apariencia, situada en la calle Mayor, el guia se paró y dijo á don Jerónimo:

—Aquí es.

—Pues ya estás despachado.

Don Jerónimo echó pié á tierra y entró en la casa.

El *Feo* se apeó también y entró en el portal, llevando los dos caballos de la brida.

Un hombre colorado y regordete, con el sombrero

de anchas alas echado un poco hácia atrás y las manos metidas en los bolsillos, se adelantó á recibir aquella extraña visita.

—¿Quién es el alcalde?—preguntó sin saludar Merino.

—Yo mismo,—contestó el otro.

—¿Y usted no me conoce á mí?

—No le he visto á usted nunca,—repuso el alcalde un poco alarmado.

—Pues soy Merino.

—¿El cura Merino!

—Justo.

El alcalde examinó al sacerdote con curiosidad y temor, como el que mira un objeto raro, pero que teme que le lastime.

—Feo,—dijo don Jerónimo.

—¿Qué manda usted?

—Entra los caballos en la cuadra y que descansen.

El Feo se metió en el corral como en terreno conquistado, llevando los dos caballos, que en verdad estaban rendidos.

El alcalde no acertaba á decir una palabra, y miraba asombrado á los que así disponian de su casa.

—¿No esperaba usted verme por aquí?—preguntó Merino.

—No... no, señor... y me alegro mucho.

El alcalde mentía con toda su boca.

—Pues estoy disgustado con usted,—añadió el cura.

—¿Disgustado?

—Mucho.

—No acierto...

—Ya sabe usted las órdenes que tengo dadas.

—Sí... señor.

—Supongo que habrán llegado á sus manos.

—Han llegado.

—Y sin embargo, por aquí han pasado tropas diferentes veces, y yo no he sabido nada. Si todos los alcaldes hicieran lo mismo, pronto me coparía cualquiera columna.

—No siempre hay medio de dar aviso.

—Ya verá usted cómo le encuentran en cuanto yo fusile un par de alcaldes.

—¡Fusilar!—dijo el pobre hombre, temblando de pies á cabeza.

—Sí, señor; y por el camino venia pensando que usted va á ser uno de ellos.

—Pero, señor... yo espero que usted se hará cargo... Mire usted... si aviso, quieren fusilarme los franceses... y si no aviso...

—Le fusilarán á usted los españoles.

—Eso es horrible.

—Connmigo no valen marrullerías. Todos los alcaldes de la provincia encuentran modo de cumplir con la patria y salvar la piel... No ha de ser usted más estúpido que todos ellos.

—Lo soy, señor, lo soy,—decía el alcalde, que ya creía que las balas le silbaban en los oídos.

—Vamos á ver,—exclamó Merino;—esta noche espera usted aquí un convoy que viene de Quintanar de la Sierra.

—Sí, señor.

—¿Ha recibido usted orden de preparar raciones para la escolta?

—Sí.

—Bueno; mandará usted que las saquen inmediatamente al camino: servirán para mi tropa.

—Pero, señor, ¿y qué he de decir yo?

—Que yo me las he llevado. Además, lo que es los de ese convoy me parece que no le preguntarán á usted por ellas.

—¿Que no?

—No, porque quien esta noche se va á alojar aquí, soy yo con mi fuerza.

—¿Y trae usted mucha?

—Quinientos hombres.

—Pero, señor, si el pueblo es tan pequeño...

—Que sea. Hoy no han de dormir los míos en el campo como fieras.

—Está muy bien.

—Reuna usted inmediatamente todos los hombres útiles del pueblo.

—¿Todos?

—Sí; por cada uno que falte le impongo á usted diez duros de multa.

—Pero...

—Sin perjuicio de dar cincuenta palos al culpable.

—Señor...

—No hay que replicar.

—No replico,—contestó el alcalde, á quien un color se le iba y otro se le venia.

—¿A qué hora cree usted que deben llegar los franceses?

—Segun la jornada que traen, no pueden estar aqui hasta despues de las cuatro de la tarde.

—Bueno; es cerca de la una... hay tiempo de sobra,—murmuró entre dientes don Jerónimo.

—¿Y cuándo se han de reunir esos hombres?—preguntó el alcalde.

—Ahora mismo. ¡Ah! que traiga cada uno un azadon, un pico, un hacha... cualquiera cosa, y además algunas cuerdas largas.

—Lo mandaré.

—¿Tiene usted algun caballo?—preguntó don Jerónimo.

—Dos tengo,—repuso el alcalde resignado.

—Montaré el mejor de ellos, porque el mio está muy cansado.

—Lo que usted mande.

—Conque vaya usted á dar esas órdenes; yo le esperaré aquí descansando.

—¿Quiere usted comer, señor cura?—dijo el pobre hombre, á quien el miedo hacia obsequioso y servicial.

—Ya el *Feo* estará disponiendo mi comida.

Efectivamente, el *Feo*, que no era más corto de genio que su amo, habia entrado ya en la cocina, y sin ningun cumplido disponia apresuradamente la frugal comida del cura.

—No importa. ¡Antonia! ¡Mariana! ¡Lucio!—gritó el alcalde, llamando á todos los que habia en la casa.

—¿Qué hay?

—¿Qué quieres?—preguntaron la alcaldesa y los dos criados, saliendo apresuradamente.

—Ved lo que necesite el señor, que es el cura Merino, y servidle en todo. Yo voy á dar una orden suya, y vuelvo en seguida.

—No se olvide usted de lo ofrecido,—dijo don Jerónimo al alcalde, que se disponia á salir.

—No, señor.

—Diez duros de multa por cada uno que falte.

—Ya lo sé.

—Y cincuenta palos...

—No me olvido.

El alcalde salió de su casa aturdido, y se dirigió al ayuntamiento, tropezando con la gente que andaba por la calle.

—Su marido de usted me parece bastante pazguato,—dijo Merino á la que por su traje le pareció la alcaldesa.

—Sí, señor, mucho,—repuso ella.

—Pues que cuide de que no tenga yo que espabilarle.

—Voy á prepararlo todo,—exclamó la alcaldesa, que no sabia cómo sostener la conversacion con el montaráz huésped que se habia metido por las puertas de su casa.—Vamos, Mariana... anda, Lucio.

Merino se quedó solo en el portal, sentado en un ancho sillón de baqueta que habia arrimado á uno de los pilares.

Poco despues oíase la trompeta y la voz del pregonero, que convocaba á todos los hombres útiles que hu-

biera en el pueblo, mandando que de orden del alcalde se presentaran en la plaza.

Casi al mismo tiempo el *Feo* anunciaba á su amo que tenia dispuesta la comida.

Merino se sentó á la mesa, y la alcaldesa y sus dos criados se dispusieron á servirle.

—*Feo*,—dijo el cura,—¿no hay en la cuadra dos caballos del alcalde?

—Sí, señor.

—Ensíllalos.

—¿Y los nuestros?

—Se quedan aquí descansando.

—Buena falta les hace.

—Acompáñale,—dijo la alcaldesa á Lucio, viendo que el *Feo* se dirigia á la cuadra.

El criado salió con el asistente.

—Siéntese usted, señora,—exclamó entonces don Jerónimo, siendo galante por primera vez desde que habia entrado en aquella casa.

—Estoy bien.

—Mejor estará usted sentada.

La alcaldesa se sentó en el borde de una silla.

Don Jerónimo siguió comiendo.

—Mariana, echa vino al señor cura,—dijo el ama de la casa.

—No lo pruebo, señora.

—Eso es diferente.

Cuando Merino acababa de comer llegó el alcalde.

—¿Qué tal?

—Ya está cumplida la orden.

—¿Y se va reuniendo esa gente?

—Sí, señor.

—¿Serán muchos?

—Pocos más de ciento.

—Bastan.

Don Jerónimo se puso en pié y dijo al alcalde:

—Vamos á verlos.

—Como usted quiera.

—Señora, mande usted á mi asistente que vaya á la plaza con los caballos.

—Se lo diré.

—Y hasta luego.

—Adios, señor cura.

Merino salió con el alcalde.

Al llegar á la plaza encontró reunidos unos cien hombres, provistos casi todos de los útiles que habia encargado.

—Así me gusta,—dijo al alcalde;—si en todo cumpliera usted lo mismo, no tendria yo que pensar en fusilarle.

El alcalde se inclinó sin saber qué contestar.

Los aldeanos, que ya sabian quién era el sacerdote, cuyo nombre era muy popular en Castilla, le recibieron tirando al aire los sombreros y gritando:

—¡Viva el cura Merino!

—Gracias, muchachos, gracias,—contestó don Jerónimo.—Ahora vamos á ver cómo se portan los de Espinosa. No voy á exponeros á ningun peligro: sólo necesito que trabajéis un poco. Por lo demás, cuando lleguen los franceses y haya que andar á balazos, ya es-

tará mi gente en el lugar del combate y vosotros en vuestras casas.

Habiendo llegado el *Feo*, Merino montó en el caballo del alcalde, que aunque de buena lámina era bastante peor que el suyo, y se puso en marcha seguido de todos los aldeanos.

El camino por donde debía llegar el convoy era estrecho, y á un cuarto de legua de Espinosa formaba una calzada, que lo hacia aún más peligroso.

Desde la calzada hasta el pueblo atravesaba un pinar no muy poblado, por en medio del cual marchaba como encajonado.

Merino mandó á los aldeanos que como á unas cien varas de la calzada derribasen diez ó doce pinos y los atravesaran en el camino, formando una cortadura.

Su objeto era detener por aquel medio la marcha del convoy, emboscarse en el pinar, y como los franceses no podían volver atrás por la dificultad de dar la vuelta á los carros, atacar á la escolta cuando estuviera ocupada en hacer desaparecer el obstáculo.

Como nuestro héroe era tan conocedor del terreno y tenía una memoria local maravillosa, aunque no había pasado por allí más que una ó dos veces antes de emprender la vida de guerrillero, recordaba perfectamente todas las circunstancias del país, y desde la noche anterior había formado su plan.

Los aldeanos eran buenos leñadores, y no tardaron más de una hora en derribar los pinos que mandó el cura.

A las tres de la tarde estaba completamente corta-

do el camino, y poco despues llegó la avanzada de la guerrilla.

Don Jerónimo ya la esperaba con febril impaciencia.

Conferenció con los jefes, y mandó emboscar la infantería en el pinar, á la salida de la calzada, es decir, mucho antes de la cortadura.

La caballería rodeó el montecillo que formaba uno de los lados de la calzada, dispuesta á salir al camino y cortar la retirada á los franceses luego que se hubiera empeñado el combate.

Debemos advertir que todas las fuerzas quedaron situadas á la derecha del camino, porque don Jerónimo, como buen tirador, sabia que los fuegos oblicuos hácia este lado son ménos temibles, porque la posicion del que dispara es más violenta, y tiene que volver todo el cuerpo ó dar frente á la derecha.

Tomadas estas disposiciones, los ginetes echaron pié á tierra, y tanto ellos como los infantes se sentaron en el suelo, sin moverse de su sitio, para descansar de la penosa marcha que habian hecho.

Sólo cuatro caballos, mandados por un cabo, recibieron orden de marchar por el monte paralelamente al camino, para avisar cuando se acercaran los franceses.

Don Jerónimo despidió á los aldeanos, algunos de los cuales prefirieron quedarse para asistir á la pelea, y los demás regresaron á Espinosa con el alcalde, á quien no se le pegaba la camisa al cuerpo.

### Capítulo XXXIII

#### La sorpresa

Poco más de las cuatro de la tarde serian cuando los exploradores españoles llegaron al galope, anunciando que se acercaban los franceses.

La caballería montó inmediatamente á caballo, y la infantería se puso sobre las armas.

El convoy avanzaba muy lentamente.

Componiase de unos veinte carros, cuyos carreteros, como iban embargados, no tenian la mejor voluntad que digamos, y cuya excesiva carga dificultaba no poco la marcha.

Delante, á modo de exploradores, iban quince ó veinte infantes.

Luego seguian los carros en número de veintidos, formando una larga fila, por la cual marchaban hasta una docena de dragones montados para conservar el ór-

den de marcha y hacer que los carreteros avivaran el paso de los tiros de mulas.

Y detrás iba el grueso de la escolta, ó sean treinta infantes y otros doce ó quince dragones.

Merino fué á colocarse al lado de su infantería, ordenando que nadie hiciera fuego hasta que él disparase, y que en cuanto oyeran el tiro de su carabina se rompiera á discrecion en toda la línea.

La caballería no debía moverse de su sitio ni tomar parte en el combate, hasta que un oficial montado, que desempeñaba las funciones de ayudante, la llevara la orden.

La marcha del convoy, que era muy lenta, se hizo aún más fatigosa al llegar á la calzada, porque allí el camino formaba una cuesta bastante pesada, que los carros subian trabajosamente.

Los carreteros juraban y blasfemaban, chasqueando sus látigos y arreando las mulas, que hacian sonar perezosamente las campanillas y cascabeles de sus collares.

En la guerrilla española no se oia ni una mosca, pues aunque estaba situada á alguna distancia del camino, don Jerónimo habia mandado, bajo las penas más severas, que en las emboscadas no se hablara una palabra ni se hiciera el menor ruido que pudiera alarmar al enemigo.

Antes de que los exploradores franceses llegasen á la altura de la infantería española, los hombres, cumpliendo la orden que habian recibido, se habian echado al suelo, manteniéndose arrodillados los unos y tendidos los otros, y todos guareciéndose de los árboles y ma-

torrales, con el fusil preparado y la vista fija en el camino.

Don Jerónimo estaba á caballo con la carabina en la mano, y á su lado, á pié, el *Fco*, teniendo dos carabinas cargadas y abierta una canana, en que llevaba las municiones de que tanto consumo hacia su amo.

El momento era solemne.

La vista de aquellos hombres que avanzaban por la carretera alegres y tranquilos, muy ajenos del peligro en que se encontraban, y la actitud de los españoles dispuestos á dar la muerte á los que iban por el camino, sin conocerlos, sin haber recibido de ellos ninguna ofensa personal, era un espectáculo capaz de conmover á cualquiera que no fuera don Jerónimo, el cual miraba impasible todo aquello, y de cuando en cuando dirigia una mirada á los suyos, sonriendo con satisfaccion al ver que todos estaban bien colocados.

El *Fco* fijaba la vista con ansiedad en su amo, esperando verle apuntar su terrible carabina y disparar el primer tiro.

Don Jerónimo, comprendiendo la ansiedad de su asistente, procuraba calmarle con un ademán, que parecia decir: aun no es tiempo.

Pasaron los exploradores, y tras ellos se presentó la prolongada hilera de los carros.

Por fin presentóse la retaguardia.

Merino la dejó pasar algunos pasos, y cuando ya veía las mochilas de los soldados, llevó con calma la carabina á la cara, eligió el blanco, apuntó despacio, y un segundo despues hizo fuego.

Aun no había caído el oficial á quien pegó un balazo, cuando todos los guerrilleros dispararon sus armas, y volvieron á cargar y tirar precipitadamente.

Cuatro ó cinco franceses rodaron por el suelo en el primer momento.

Una imprecacion horrible se escapó de todos los pechos de la tropa sorprendida.

Los dragones desenvainaron sus sables y se volvieron instintivamente del lado de donde partia la acometida; pero sin atreverse á penetrar en el monte, entre cuyos jarales hubieran encontrado la muerte sin poder defenderse.

Entre tanto, Merino luchaba desesperadamente con el caballo que montaba, que como pertenecía á un dueño tan pacífico como el alcalde de Espinosa, no estaba acostumbrado á aquellas bromas y se espantaba de los tiros, dando saltos y corcovas.

—Tome usted, señor cura,—gritaba el *Fleo*, procurando acercarse y darle otra carabina.

—¡Qué he de tomar!—respondía don Jerónimo, desgarrando con su espolin el costado del caballo y dándole terribles puñadas en la cabeza sin poder sujetarlo.—¡Qué he de tomar mientras no se esté quieto este maldito peneco?

El caballo en todo pensaba ménos en tranquilizarse.

Los franceses hicieron alto, dieron frente á la derecha, y con una precision que honraba su valentía, contestaron con una descarga á los disparos de los españoles.

Ni un herido tuvieron estos, porque sus enemigos no les veían.

Merino, ya que no podía tirar, recorría trotando y galopando la línea de los suyos, y gritaba:

—¡Animo, hijos míos! ¡apuntar bien! ¡cargar de prisal! ¡fuego! ¡fuego!

El *Heo* renunció por fin á seguir á su amo, y se servía con bastanté habilidad de sus carabinas.

Los dragones se esforzaban en vano por hacer que los carros apresurasen el paso, con la esperanza de encontrar pronto alguna esplanada donde podrian hacer frente al enemigo.

Pero los carreteros, unos por miedo y otros por patriotismo, lo que hacian era valerse de sus navajas para cortar los tiros y escapar con sus mulas en medio del desórden, dejando los carros abandonados.

Los dragones los acuchillaban para impedirlo; pero no consiguieron más que matar ó herir á dos ó tres de ellos, mientras los demás huían en distintas direcciones.

La vanguardia francesa, que ya habia encontrado la cortadura, retrocedió y tomó parte en la pelea.

—¡Firmes, muchachos! ¡viva España!—gritaba Merino en los momentos en que dejaba de renegar de su caballo, que no se estaba quieto ni un segundo.

—¡Viva España!—contestaban los guerrilleros, cargando y disparando con extraordinaria celeridad.

La infantería francesa se habia parapetado de los carros, y sostenía un fuego vivísimo.

Los dragones, que reunidos en masa quisieron avanzar hácia la cortadura, no pudieron salvar aquel obs-

táculo, y como no era cosa de entretenerse en quitarlo, siendo entre tanto impunemente fusilados por la espalda, retrocedieron y echaron pié á tierra, dispuestos á pelear como infantería valiéndose de sus tercerolas.

Así duró el fuego más de un cuarto de hora.

Los franceses tenían ya más de quince bajas, casi todas hechas en los primeros momentos, pues desde que se parapetaron con los carros, en ellos se embotaban casi todas las balas de los guerrilleros.

Estos no tenían ni un herido, lo cual no es extraño, porque tiraban perfectamente cubiertos.

Los carros estaban ya todos desenganchados, y los carreteros con sus mulas se habían perdido de vista.

Merino vió que aquello se iba prolongando, y comprendió que la resistencia de los franceses seria larga y obstinada.

Por consiguiente, decidió variar de táctica.

Dejó la mitad de su infantería donde estaba, encargada de sostener el fuego, pero mandando á los soldados que no tirasen por tirar, sino únicamente cuando vieran asomarse algun francés.

Se puso al frente de la otra mitad, y dando un pequeño rodeo, atravesó el camino y fué á ocupar el pinar que los franceses tenían á la espalda.

Una vez en posición, rompió por aquel lado el fuego, que empezó otra vez á ser mortífero para los franceses.

Estos, al verse cogidos entre dos fuegos, rugieron de ira.

Los dragones, tomando una resolución desesperada, montaron á caballo é intentaron una carga.

¡Y a son nuestros! — gritaba Merino. — ¡Fuego!  
¡fuego! La carga era imposible.

Los caballos no podían penetrar por entre los pinos, y en un minuto dos oficiales y siete ú ocho dragones cayeron para no volver á levantarse.

Entonces creyó don Jerónimo llegada la ocasion de hacer intervenir á su caballería.

Dió la órden de qué avanzara, y á los pocos minutos los cuatro escuadrones desembocaban en masa por la calzada, ocupando todo lo ancho del camino.

Para aumentar el efecto moral de su presencia, las trompetas tocaban marcha de frente.

Los escuadrones avanzaban al paso, presentando un aspecto imponente y marcial.

Los franceses, sin órden de nadie, suspendieron un momento el fuego; como de comun acuerdo, para contemplar aquel nuevo peligro.

Los españoles tambien lo suspendieron para no herir á sus compañeros que se presentaban en escena.

Durante un minuto hubo una especie de tregua tácita.

Los franceses estaban reducidos á poco más de cien hombres.

Es decir, qué más de la mitad de ellos yacian muertos ó heridos.

Los españoles no tenían más que uno ó dos contusos, producidos por las ramas de los árboles que habian desgajado las balas.

Proseguir la lucha era una temeridad por parte de los franceses.

Pero no habia medio de esquivarla, como no fuera rendir las armas, y esto en campo abierto era tan vergonzoso, que ningun oficial se hubiera atrevido á mandarlo.

La caballeria seguia avanzando.

Los franceses, unos agrupados en medio del camino y otros metidos entre los carros que les servian de defensa, la miraban inmóviles, dispuestos á recibirla con las puntas de sus bayonetas.

Cuando el primer escuadron estuvo á unas cuarenta varas del convoy, Juan, que como capitán marchaba á su cabeza, gritó con voz de trueno:

—¡A la carga!

El escuadron se precipitó al galope.

Los franceses dispararon por última vez sus fusiles, y recibieron al mismo tiempo una postrer descarga de la emboscada infanteria de Merino.

Luego aquello se convirtió en una confusion espantosa.

Los guerrilleros, mezclados con los franceses, peleaban al arma blanca y cuerpo á cuerpo.

La ira crecia por momentos en unos y otros.

Los caballos atropellaban cuanto se les ponia por delante, y muchos infelices heridos acababan de morir pisoteados y deshechos por las herraduras.

Los sables chocaban con las bayonetas.

—¡Viva el emperador!—gritaban algunos franceses, como si este grito que tantas veces habia sido para ellos nuncio de victoria, pudiera salvarles en aquel momento.

—¡Viva España!—respondían con ímpetu los ginetes castellanos blandiendo los sables y arrollándolo todo.

Habia soldados franceses que se refugiaban entre los carros, donde era más difícil penetrar á los caballos, y allí cargaban por última vez sus fusiles y disparaban contra el que veían más cerca.

Pero donde no alcanzaban los sables de los españoles, alcanzaban los disparos de sus pistolas y de sus carabinas.

Además, la infantería de Merino había abandonado ya sus posiciones, estaba en medio de la carretera mezclada en la lucha general, y los guerrilleros hacían de la bayoneta tan buen uso como si fueran veteranos.

Aquello más bien que un combate, era ya una matanza.

Los franceses procuraban huir sin saber por dónde, y en todas partes les alcanzaban los sables y las bayonetas de los forzudos castellanos, que hombres de campo, cavadores de viñas muchos de ellos, asestaban golpes verdaderamente terribles.

Otros se arrojaban con desesperación á las puntas de las bayonetas españolas, buscando ellos mismos la muerte.

Alguno que tal vez había ganado la cruz de la Legión de Honor en Austerlitz ó en Wagram, empleaba su último cartucho en levantarse la tapa de los sesos.

Los más débiles ó los más cobardes arrojaban los fusiles y caían de rodillas pidiendo compasión, en ese lenguaje que no tiene palabras en ningún idioma conocido, pero que todos entienden.

Merino, siempre renegando de su caballo, iba de un lado para otro, animando á todos con la voz y con el ejemplo. Como él no usaba sable, habia cogido una rama desgajada de un árbol, y maneándola á modo de maza, habia roto la cabeza á más de un francés.

Pocos de estos resistian, y estaban cercados, acosados, abrumados por una infinidad de enemigos.

Juan y Tomás acometian con indomable bravura á los grupos que aún trataban de resistir.

—¡Adelante!—gritaban á sus soldados los dos hermanos.

Y los soldados seguian acuchillando y destrozando franceses.

Por fin terminó la carnicería.

Sonó el último tiro.

Dejaron de oirse imprecaciones.

Y los sables y las bayonetas cesaron en su horrible tarea.

El aspecto del camino, convertido en campo de batalla, era desolador.

Por todas partes armas tiradas y rotas.

Algunos carros, cuyas ruedas habian sido destrozadas por las balas, estaban medio volcados.

Muchos sacos de trigo, llenos de agujeros, vertian su contenido.

Otros habian empezado á quemarse.

Los franceses prisioneros no eran más que ocho ó nueve.

Tendidos en el suelo, habia más de cien cadáveres.

Ciento y tantos heridos daban horribles gritos revolcándose en su sangre.

Los españoles no habían tenido más que dos muertos y una docena de heridos.

Era la ventaja de haberse batido parapetados.

La caballería perdió unos veinte caballos, que como es sabido, en los combates de esta arma son los que pagan el pato.

La lucha había durado cerca de una hora.

Eran las cinco, y como en el mes de Abril anochece á las seis y media, quedaba muy poco día para recoger los heridos y desembarazar el camino.

Don Jerónimo mandó tocar llamada y tropa, y las compañías y escuadrones se formaron inmediatamente.

Los vecinos de Espinosa, que poco ménos que en masa habían asistido al combate, aunque á bastante distancia, se fueron acercando en cuanto dejaron de oír los tiros.

Merino se alegró de aquel refuerzo inesperado, que se propuso utilizar haciendo trabajar á todos.

Uno de los que llegaron primero fué el alcalde.

—¡Vaya un rocín que tiene usted!—le dijo al verle don Jerónimo.

—¿Es malo?—preguntó el alcalde.

—Más cobarde no he visto otro.

—Como no está acostumbrado...

—Ea,—dijo el cura, variando de tono;—á ver si todo el mundo anda listo.

—¿Qué manda usted?—preguntaron varios aldeanos.

—Lo primero hay que quitar la cortadura del camino, y todo el que tenga carro ó caballo de tiro que lo traiga.

Algunos carreteros, que no se habian alejado más de lo necesario para estar en seguridad, iban volviendo con sus respectivos tiros.

—A los pocos minutos estaban allí todos, y sólo faltaban seis ó siete mulas, que habian muerto á los primeros disparos.

Sus dueños y los de los carros estropeados estaban inconsolables.

—Yo os indemnizaré á todos,—les dijo Merino.

—Muy bien, señor cura. ¡Viva don Jerónimo!—contestaron ellos.

Los caballos de los dragones habian huido en su mayor parte, y otros fueron muertos; pero aún se cogieron diez ó doce, entre los cuales dispuso el cura que escogieran los carreteros para reemplazar cabeza por cabeza á los que habian perdido, y como los dragones franceses estaban muy bien montados, no hubo ninguno que no ganara en el cambio.

En seguida, mientras los aldeanos quitaban los pinos que interceptaban el paso del camino, mandó don Jerónimo á sus soldados que fueran descargando diez de los carros que no habian padecido nada, y acomodaran en ellos á todos los heridos.

Los sacos de trigo se amontonaron á un lado del camino, los heridos fueron enviados al pueblo.

Los demás carros se arreglaron lo mejor posible, y á excepción de dos que estaban hechos pedazos, los de-

más pudieron al poco rato proseguir su viaje hacia Espinosa.

A medida que iban llegando carros, se fué cargando en ellos el trigo que se había quitado de los otros, más el que tenían los dos que había que abandonar; colocáronse igualmente las armas y monturas cogidas á los franceses, que constituían una buena presa, pues los fusiles pasaban de doscientos, entre los que había lo ménos ciento cincuenta en buen estado, y todo se envió al pueblo.

Sólo quedaban los cadáveres, que pasaban de ciento; pero don Jerónimo había tomado ya su resolución.

Hizo cargar con ellos los dos carros inutilizados, mandó rellenar los huecos de estos carros con ramas y hojas secas, hizo formar al rededor de ellos un gran monton de leña, y dió orden de pegarle fuego.

Es el medio más expedito y ménos nocivo á la salud pública, para desembarazarse de los muertos en las acciones de guerra.

Aun no había anochecido, cuando empezó á arde aquella inmensa hoguera, en que debían consumirse los cuerpos de ciento y tantos hombres, una hora antes buenos de vida, de juventud, de fuerza y de esperanza.

Un detalle olvidábamos, y que no deja de ofrecer interés.

En el combate de Espinosa de Cervera no hubo por parte de los franceses ni un oficial que quedar herido ó prisionero.

Todos murieron.

Mientras ardía la terrible pira, Merino dirigió á

los pocos prisioneros que se habian hecho, los cuales estaban á un lado del camino, guardados más aún por su terror que por los cuatro guerrilleros que los custodiaban.

—Yo podria fusilaros aquí mismo,—les dijo sin cuidarse de si le entendian,—y tal vez esto es lo que debia hacer; pero os perdono la vida para que digais á vuestros compañeros cómo pelean los soldados españoles del cura Merino. No quiero enviaros á mi depósito de prisioneros, porque no estoy para mantener vagos, y ya me cuestan bastante los que allí tengo. Esta noche dormireis en la cárcel de Espinosa; yo cuidaré de que os envíen raciones, y mañana al amanecer el señor alcalde os pondrá en libertad para que podais iros á Búrgos ó adonde os dé la gana.

Los franceses no contestaron.

Verdad es que el favor que les hacia Merino no era muy grande, porque diez hombres del ejército francés desarmados, marchando solos por los caminos de España, en aquella época tenían muchas probabilidades de morir á manos de los campesinos, que no perdonaban á ninguno de los rezagados ó dispersos que cogian.

Deseoso de acabar de una vez de despachar todos los negocios de aquel dia, don Jerónimo ofreció á los dueños de los dos carros quemados indemnizarles, dándoles trigo por valor de lo que habian perdido.

Inmediatamente dispuso que se quedara cuidando de la hoguera, que aun debia durar mucho tiempo, una seccion de caballería, y él con el resto de la fuerza marchó á Espinosa entre las aclamaciones de los aldeanos.

---

## Capítulo XXXIV

---

Donde se ve que cuando uno no se para en barras, todas las dificultades son pequeñas

Merino distribuyó los heridos en las mejores casas del pueblo, alojó su gente, tomó para pasar la noche las precauciones de seguridad que tomaba generalmente, y de que ya otras veces hemos hablado, dió á los carreteros perjudicados el trigo prometido, é hizo almacenar todo el restante en la casa de ayuntamiento.

En seguida se dirigió á casa del alcalde, donde se proponia pasar la noche, porque ya tenia gana de dormir una vez en cama.

El alcalde estaba consternado.

Como los cobardes no piensan nunca más que en los peligros, y suelen verlos mayores de lo que son en sí, el pobre hombre, pasado el susto que le habia dado por la mañana la presentacion del cura y sus amenazas, ha-

bia empezado á meditar sobre las consecuencias que podría tener para él lo ocurrido aquel día.

Cuando don Jerónimo entró en la casa estaba hablando de eso con su mujer, que se mostraba algo más animosa, acaso porque el riesgo no la amenazaba á ella directamente.

—¡Hola, señor alcalde!—dijo al entrar Merino, que cuando lograba una victoria, como estaba contento, era más comunicativo que de ordinario.

—Buenas noches, señor cura,—dijeron marido y mujer, esforzándose por demostrar alegría.

—¿Qué tal la gresca de hoy?

—No ha sido mala,—repuso el alcalde.

—¡Ya, ya!... Hasta aquí se oían los tiros,—añadió la alcaldesa.

—¡Gran victoria!—decía el cura, sentándose en una silla.

—Sí, señor, sí!...—contestaba el alcalde.—Lo malo será...

—¿Qué?

—Nada.

—¿Nada?

—Quiero decir...

—Vaya, ¿qué quiere usted decir, hombre?—preguntó Merino.

—Alguna tontería,—exclamó la alcaldesa, que como conocía á su marido temía que dijera una inconveniencia, y se apresuraba á desvanecer el mal efecto que podía causar en el cura.

—¿Qué es ello?

—Digo,—contestó el alcalde,—que lo malo será que yo pague la derrota de los franceses.

—Pues qué, ¿es usted quien los ha derrotado?

—No, señor; yo soy incapaz de derrotar á nadie!

—Ya lo veo.

—Pero como en el mundo pagan tantas veces justos por pecadores...

—No tenga usted cuidado.

—Ahora mismo ya estoy cayendo en falta.

—¿Ahora?

—Las autoridades francesas tienen mandado que todas las justicias den parte siempre que las fuerzas españolas se acerquen á los pueblos.

—Pues por ese lado no hay que temer, porque el parte va usted á darlo.

—¿De veras?

—A mí no me gusta comprometer á nadie.

—Dios se lo pague á usted, señor cura.

El alcalde respiró.

Efectivamente, las autoridades francesas tenían dada orden á los alcaldes para que avisaran la aproximación de las guerrillas, y Merino, lejos de oponerse á que esta orden se cumpliera, casi en todos los pueblos donde se alojaba dictaba él mismo el parte, bien seguro de que, gracias á la rapidez de sus movimientos, cuando llegara á manos de sus enemigos ya él estaría á algunas leguas de distancia. De modo que lejos de perjudicarle esto le servía, porque llamaba la atención de los franceses hácia un sitio donde seguramente no le encontrarían. Lo que únicamente exigía con la mayor severi-

dad, era que los alcaldes le prestaran á él, con respecto á los franceses, el mismo servicio que prestaban á los franceses con respecto á él.

—Y diga usted, señor don Jerónimo,—preguntó el alcalde:—¿qué he de decir en ese parte?

—La verdad.

—¿La verdad?

—Sí.

—¿Usted se burla?

—No por cierto. Cuenta usted palabra por palabra todo lo que hoy ha sucedido.

—¿Pero no le importa á usted que lo sepan?

—Pues qué, ¿cree usted que se va á quedar en secreto?

—Corrienté.

—Nada, escriba usted ahora mismo el parte, porque yo quiero leerlo antes de que salga.

—Está muy bien.

El alcalde entró en su cuarto para sacar papel y tintero, y empezó á llenar un pliego de garabatos, que para entenderlos se necesitaba ser maestro en el arte de descifrar malas escrituras.

—Dígalo usted todo,—exclamó Merino,—ménos que yo voy á dejar en el pueblo mis heridos graves, que son tres ó cuatro.

—¡Ah! ¿Conque va usted á dejarlos?—preguntó el alcalde.

—Es claro. Usted se encargará de que sean asistidos y curados, y de que no caigan en poder del enemigo.

—¿Tambien?

—Sí.

—Pero eso es difícil. Si los franceses vienen á Espinosa...

—Vendrán aunque no sea más que á recoger sus heridos, que tambien pienso dejarme.

—No sé lo que voy á hacer con tanta gente.

—Hará usted lo que quiera.

—¿Y de los heridos franceses puedo hablar en el parte?

—Hablará usted mañana cuando avise que yo me he marchado.

—Bien.

—Los míos deben trasladarse á las mejores casas del pueblo, donde puedan estar escondidos.

—Se hará así.

—Usted puede traerse uno ó dos á la suya. Aquí, encargando sigilo á los criados, estarán seguros.

—Quien no lo estará tanto seré yo. ¡Si los descubriesen!...

—Vendrán, señor cura,—dijo la alcaldesa;—aquí no han de sospechar que los tenemos.

—Tanto más,—añadió intencionadamente Merino,—cuanto que su marido de usted tiene fama de algo afrancesado.

—¿Yo?

—Usted mismo.

—¡Me calumnian! Crea usted, señor cura, que me calumnian.

—Allá lo veremos.

El alcalde, para poner término á aquel diálogo, que le parecia que iba tomando mal giro, volvió á trazar sus geroglíficos, que sin duda para mayor claridad iban adornados con varios borrónes, más que regulares.

Cerca de media hora tardó en redactar su escrito. Cuando lo hubo terminado se lo presentó al cura con la misma timidez que un chico presenta su plana al maestro de escuela.

Don Jerónimo tomó el pliego, y al fijar en él la vista no pudo ménos de sonreirse.

—¡Caramba, señor alcalde,—dijo,—escribe usted peor que yo, y cuidado que lo hago bastante mal!

—Este siempre ha sido muy torpe,—contestó la alcaldesa, que era una de esas mujeres que quieren á sus maridos, pero que no perdonan ocasion de hablar mal de ellos.

Merino, aunque con gran trabajo, y teniendo muchas veces que pedir al alcalde que le descifrara alguna palabra, cosa que á él mismo le costaba bastante dificultad, pudo leer el parte.

—Está bien,—dijo al terminar su lectura.

El alcalde sintió que se le ensanchaba el corazón.

—Es milagro,—exclamó la alcaldesa.

—Calla,—dijo con gravedad su marido, que preguntó á don Jerónimo:—Y ahora ¿qué hay que hacer?

—Enviarlo.

—Mandaré un peatón. No tiene que llevarlo más que hasta el pueblo inmediato, que desde allí lo dirigirán á otro, y así llegará á su destino.

—Antes de amanecer,—dijo don Jerónimo,—ha de

cuidar usted de enviar á los pueblos vecinos varios hombres, anunciando en mi nombre que mañana se venderá en Espinosa una gran partida de trigo, al mejor postor.

—¿Va usted á vender ese trigo?

—Sí; yo no lo puedo llevar: lo que me hace falta es dinero, y he pensado que dividiéndolo en pequeños lotes, se puede sacar de él buen partido.

Aquí llegaba la conversacion, cuando llamaron á la puerta de la calle.

Abierta esta, entraron en el portal varios oficiales. Don Jerónimo tenia mandado que el comandante que mandaba en jefe la caballería, y todos los capitanes, se le presentaran por la noche á darle cuenta detallada de lo que ocurría en las fuerzas que tenían á sus órdenes.

Así el cura, antes de entregarse al descanso, sabia todas las novedades que durante el dia habia habido en la guerrilla.

Si los soldados reñían, si habia algun enfermo, si se perdian prendas de vestuario ó equipo, si se cometian faltas de subordinacion, si ocurrían robos, si los caballos enfermaban: de todo queria enterarse; y no hubiera perdonado al capitan que le ocultara el más mínimo detalle.

En vista de los partes tomaba sus providencias, remediaba lo mejor posible las faltas que notaba, y daba la orden para el dia siguiente.

—Adelante, señores,—dijo Merino desde la habitacion donde se encontraba con el alcalde y su mujer.

Los capitanes entraron detrás del comandante.

El alcalde y la alcaldesa se apresuraron á ofrecer á

todos sillas; pero ninguno se sentó hasta que lo hubo mandado el cura.

Allí se observaban con el mayor rigor las leyes militares, pues don Jerónimo era inflexible en materia de disciplina.

—Veamos; ¿qué novedades ha habido?—preguntó el cura.

Cada uno de los presentes participó las pérdidas que habia experimentado en el combate, tanto en hombres, como en caballos y efectos inutilizados.

Ya sabemos que estas pérdidas eran insignificantes.

—Bien, muy bien,—exclamó don Jerónimo luego que el último terminó su relacion;—estoy satisfecho de todos. Todos han cumplido hoy con su deber, y así lo manifestarán mañana en la órden de sus respectivas compañías y escuadrones. La victoria de hoy ha sido brillante, y lo que es mejor, poco costosa. Quisiera poder recompensar á todos como merecen; pero ya que esto no sea posible, recompensaré al capitan del primer escuadron, que es quien en la carga ha corrido más peligro.

Todos fijaron la vista en Juan, que bajó la cabeza, saludando á su jefe para darle las gracias.

—Ya te he visto, Juan, ya te he visto. Buena apostura, serenidad, vigor en el ataque y energia en el mando para guiar bien á los soldados. Has cumplido como quien eres, y en virtud de las facultades que me ha conferido la Junta Central, te concedo la cruz de San Fernando. Mañana recibirás el oficio.

—Mil gracias,—dijo el favorecido, á quien sus com-

pañeros estrecharon la mano afectuosamente y con verdadera alegría, porque sabían que había merecido la recompensa que se le otorgaba.

—Ocasiones habrá de sobra,—dijo don Jerónimo,— para que todos ganen esa distincion, y aun otras mayores.

—No deseamos más que merecerlas,—repuso el comandante, que era sincero admirador del cura Merino.

—A usted, señor de Segura, y á los valientes oficiales de ejército que con usted vinieron, se deberá en gran parte todo lo que hagamos. Sin ustedes, nuestra organizacion nunca hubiera llegado á ser lo que es. Ustedes han hecho de pelotones de paisanos que no tenían más que valor y buen deseo, un regimiento de caballería que puede ya batirse ventajosamente en campo abierto, y dos hermosas compañías de infantería.

—Compañías que yo quisiera ver pronto convertidas en un batallon,—repuso el comandante.

—Yo tambien lo quisiera,—dijo el cura.—Conozco que sin aumentar nuestra infantería no haremos nada de provecho.

—Los escuadrones de la caballería tambien son cortos.

—La junta de Búrgos me ha ofrecido enviarme pronto los cien caballos que necesitamos para completarlos.

—Será muy conveniente,—dijo el comandante.— Un escuadron de caballería necesita tener por lo ménos cien ginetes que presentar en el campo de batalla, y

diez ó doce hombres desmontados para que sirvan de asistentes, herradores y armeros.

—Y ¿con cuántos hombres cree usted que organizaremos bien el batallón, señor comandante?

—Quinientos bastarian por ahora para formar ocho compañías, no muy numerosas, pero que se irían completando con los voluntarios que se presentan diariamente.

—Es decir, que nos faltan trescientos hombres.

—Sí, señor.

—Veremos de fomentar el alistamiento.

—Armas tenemos casi las suficientes.

—En el convento de San Pedro de Arlanza aún nos quedan cincuenta y tantos fusiles.

—Y de los cogidos hoy, recomponiendo algunos podremos reunir cerca de doscientos.

—Ya me ocuparé de todo. Haré excitar el celo de las juntas patrióticas, y veremos de que se reúnan unos cuantos jóvenes.

—Ahora no será difícil. Despues de todas las victorias se aumentan los voluntarios.

—La de hoy espero que nos valga un centenar de ellos.

—Es posible.

Disuelta la reunion, cada cual marchó á su alojamiento, y Merino llamó al *Fleo* para que le sirviera su acostumbrada jícara de chocolate.

—Oye, *Fleo*,—le dijo el cura mientras lo tomaba,—¿han descansado los caballos?

—Sí, señor.

—Mañana voy á escoger otros dos entre los que se han apresado.

—¿Otros?

—Sí, y tomaré otro par de asistentes, para tener siempre dos caballos de repuesto.

—Será lo mejor, porque con la vida que usted hace no basta un caballo.

—No. Así podré cambiar dos ó tres veces al dia, y no me encontraré en compromisos como el de hoy,—dijo Merino.

—¿No le ha servido á usted mi caballo?—preguntó el alcalde, que estaba presente.

—¿Qué me ha de servir, hombre, si es el animal más cobarde que ha nacido?

—¿No está acostumbrado á los tiros!

—¿Me ha hecho pasar una tarde!...

—Mucho lo siento.

Don Jerónimo siguió tomando su chocolate.

Estaba fumando su cigarrillo, cuando se presentó la alcaldesa.

—Si usted quiere acostarse, señor cura,—dijo,—ya tiene el cuarto arreglado.

—Muchas gracias, señora; pero antes de acostarme aún pasarán un par de horas.

—¿No está usted cansado?

—Aunque lo esté. Tengo que salir á recorrer los puestos, ver si hay vigilancia, y rondar un rato por fuera del pueblo.

—Caramba, es usted de hierro.

—Así duermo despues como un tronco.

—¿Preparo los caballos?—preguntó el *Fco.*

—Sí; cuanto más pronto salgamos, antes estaremos de vuelta.

El cura lo encontró todo perfectamente.

Habló con los oficiales de los puestos avanzados, recomendó á los jefes de las rondas el mayor cuidado, vió que los centinelas estaban bien colocados, y á eso de las doce de la noche regresó á casa del alcalde, y se metió en la cama.

Desde que salió de Villoviado, es decir, desde hacia cerca de cuatro meses, no habia tenido el placer de dormir entre sábanas, placer que, dicho sea de paso, disfrutó muy pocas veces mientras duró aquella larguísima guerra.

Al dia siguiente todo se hizo como el cura habia dispuesto.

Desde las primeras horas de la mañana comenzaron á acudir á Espinosa multitud de labradores de aquellos contornos, atraidos unos por la curiosidad de ver á Merino y su partida, cuya victoria se sabia ya en toda la comarca, otros por el aliciente de tomar parte en la subasta del trigo, muchos para hacer donativos patrióticos de dinero, armas, efectos y caballos, que era la cosecha que los guerrilleros iban recogiendo por donde pasaban, y algunos para sentar plaza en la guerrilla, sin duda porque no teniendo otra cosa que ofrecer á la patria, le ofrecian su vida.

La subasta fué rápida, y su resultado magnífico.

El trigo, repartido en pequeños lotes, se vendió á voz de pregonero, y alcanzó precios fabulosos, porque los labradores no veían en aquello un negocio, sino un medio de cooperar indirectamente á la guerra contra los franceses.

Después de la subasta, los guerrilleros comieron un abundante rancho, costado por los vecinos más ricos de Espinosa, y en seguida el pequeño ejército abandonó el pueblo, alegre y orgulloso por su triunfo y por la ovación con que le despidieron los aldeanos.

## Capítulo XXXV

### En Villoviado y en Covarrubias

Mientras Tomás andaba por esos mundos de Dios á tiros y cuchilladas con los franceses, dos muchachas bonitas lloraban por él.

María, su prometida, en Villoviado.

Y Amalia, su novia de quince dias, en Covarrubias.

El viaje de Mariana con Gregoria y su hija fué muy triste.

María, aunque procuraba dominarse por no aumentar la afliccion que veia pintada en los rostros de las dos ancianas, suspiraba frecuentemente, y á veces no podia contener el llanto.

—Llora, hija mia, llora,—la decia Mariana;—el llanto consuela todos los dolores.

—¿Pero qué le he hecho yo?—preguntaba la pobre muchacha.—¿Qué le he hecho yo, para que se porte tan mal conmigo?

—Olvidale, María,—replicaba Gregoria;—es lo mejor que puedes hacer.

—No puedo olvidarle, si no puedo,—contestaba la muchacha.

—Ya le olvidarás con el tiempo,—decía Mariana.

—¡Ojalá no le hubiera querido nunca!

—¡Ojalá!—decía Gregoria.

—¡Ojalá!—repetía Mariana suspirando.

Aquella uniformidad de pareceres no dejaba de chocar á María, que en medio de su dolor experimentaba tambien un sentimiento de curiosidad que no podia vencer.

Siempre que, desde que se convenció de la infidelidad de su novio, habia querido acusarle, las dos ancianas le habian defendido, y ambas parecian igualmente conformes, ó igualmente resignadas con lo que sucedia.

La jóven comprendia que Mariana defendiera á Tomás; al fin era su madre, y las madres toman siempre partido por sus hijos, hagan estos lo que quieran.

Pero esta misma regla obligaba á Gregoria á mostrarse más enemiga del ingrato.

Habia ofendido á su hija, y Gregoria parecia que debia tomar la ofensa como suya.

Sin embargo, no lo hacia así, y como María estaba muy segura del amor de su madre, no sabia cómo explicarse aquel contrasentido.

Más de una vez prorumpió en amargas quejas, dictadas, no sólo por su dolor, sino por el deseo de hacer hablar á alguna de las dos mujeres, y ver si de sus pa-

labras sacaba alguna luz, cuando no una explicacion clara y terminante.

Pero sus esfuerzos eran inútiles.

—No le acuses, hija,—decia Gregoria.

—¡Si tú supieras lo que pasa!...—añadia Mariana.

Aquello no hacia sino excitar más y más la curiosidad de María, sin darla la clave del enigma.

Cuando llegaron á Villoviado, Mariana manifestó que, despues de lo ocurrido, no podia continuar viviendo en casa de Gregoria.

La pobre madre tenia una poderosa razon de delicadeza para proceder de este modo.

Comprendia que la muchacha necesitaba, al ménos mientras durase en ella la primera impresion de dolor, acusar á Tomás, llamarle pérfido, desleal, traidor, ingrato; en una palabra, aplicarle todos esos calificativos que son el único desahogo de los amantes engañados.

Pero si la chica, como novia burlada, tenia necesidad de ese desahogo, Mariana como madre estaba poco dispuesta á presenciirlo.

Por eso anunció su firme resolucion de abandonar la casa.

—¿Pero adónde piensa usted ir, señora Mariana?—preguntó Gregoria.

—Esta noche la pasaré en la posada, y mañana me iré á Búrgos: allí al ménos tal vez pueda ver al pobre Gil y hacer algo para que le pongan en libertad.

—¡Qué ha de hacer usted, mujer de Dios!—dijo la otra.

—Además, puede que el señor Gil se incomodara,— se atrevió á decir María.

Aquella reflexion hizo callar á Mariana.

Su marido no tenia mal genio y estaba lejos de ser un tirano; pero en la casa habia tal costumbre de respetarle, que ni Mariana ni sus hijos hacian nunca nada sin que él lo mandara, ó por lo ménos sin consultarle.

—Ya sabe usted,—dijo Gregoria,—que cuando á los pocos dias de prenderle quiso ir á Búrgos y se lo escribió, él contestó que de aquí no debía moverse.

—Eso es verdad; pero yo en esta casa no puedo quedarme.

—¿Es que no quiere usted que seamos amigas?—preguntó Gregoria.

—¿No me quiere usted ya porque él ha sido un ingrato?—exclamó María llorando.

—No es eso, hija; te quiero lo mismo que antes, más todavía; pero á tí misma no te dará gusto verme, porque te he de recordar lo que es conveniente que olvides.

Mariana al decir esto, abrazó tiernamente á María. En verdad, la pobre mujer estaba perpleja.

Durante todo el camino habia ido pensando en esta cuestion, sin acertar á resolverla satisfactoriamente.

Ya hemos dicho la razon que tenia para resolverse á no aceptar por más tiempo la hospitalidad que debia á la viuda.

Y por otra parte, conocia que marcharse de su casa era dar lo que se llama una campanada.

En los pueblos, como hay poco de qué murmurar, se murmura mucho de lo poco que ocurre.

Todos sabian en Villoviado las relaciones que habia entre las dos familias, y aquella separacion, en caso de verificarse, seria asunto de todas las conversaciones durante quince ó veinte dias.

A Mariana le hacia poca gracia andar en lenguas de sus convecinos.

Así es que no sabia qué partido tomar.

Pero fueron tantos los ruegos de Gregoria y de su hija, las inspiró su deseo tan irrefutables argumentos y se los dijeron tan cariñosamente, que la esposa de Gil cedió al cabo, vertiendo lágrimas de agradecimiento y de ternura.

—Me quedaré,—dijo, arrojándose en brazos de sus dos amigas;—me quedaré, ya que os empeñais; pero con una condicion.

—¿Cuál?—preguntó Gregoria.

—Que María lo ha de saber todo, para que no eche á Tomás más culpa de la que tiene.

—Bien,—contestó Gregoria.

María no deseaba otra cosa, y prestó la mayor atencion al relato de Mariana.

La madre de Tomás enteró á la jóven del amor de Juan, y procuró hacerla comprender los peligros que habia para todos en la rivalidad entre los dos hermanos.

—Ya ves,—la dijo al terminar su relacion,—que Tomás no tenia más remedio que renunciar á tí.

María pensaba que no por esto tenia necesidad el

jóven de dejarla por otra, y así procuró hacérselo entender á Mariana.

—Yo no quiero disculparle del todo,—repuso esta.—Ya conoces su genio: él no se fija en nada.

—Porque no tiene corazon.

—En este momento debíamos alegrarnos, aunque así fuera.

Maria calló, aunque estaba lejos de darse por vencida.

Ella pensaba que si por cualquiera circunstancia hubiera tenido que renunciar al amor de Tomás, en lugar de reemplazarlo con otro, se hubiera muerto de pena.

Al hablar así, entiéndase que decimos lo que pensaba la muchacha, no lo que en realidad hubiera sucedido.

La prueba es que no se moria, aunque tenia que olvidar al jóven.

Su dolor era ruidoso, y no son esta clase de dolores los más profundos.

No se crea por esto que la muchacha queria poco á su novio.

Nada de eso.

Pero era una pobre aldeana, que por casualidad sabia leer la doctrina.

Y aunque parezca una paradoja, es lo cierto que hasta para saber sentir se necesita cierta instruccion.

Los sentimientos se elevan educándose, y cuando uno sabe darse razon de lo que siente, parece que siente más, ó por lo ménos que siente mejor.

Esta es una de las muchas ventajas que los no instruidos tienen sobre los que lo son.

La lectura, familiarizándole á uno con los sentimientos, predispone el alma á experimentarlos.

Así es que cuanto más abajo se va profundizando en las capas sociales, se ve que á medida que se encuentra mayor ignorancia, hay también ménos sentimiento.

Esto consiste en que, no sólo se siente con el corazón, se siente también con la inteligencia.

El alma se educa como los sentidos.

El que jamás haya oído una nota de música no se conmoverá, ó se conmoverá mucho ménos que el inteligente, aunque oiga las más tiernas armonías de Bellini.

Por eso el amor de las personas que carecen de educación tiene más de instinto que de sentimiento.

El sentimiento es en ellas grosero, y sus manifestaciones no pueden ser delicadas ni sus efectos muy profundos.

María no se encontraba completamente en este caso.

No era una mujer estúpida; tenía cierto despejo natural, y hasta era superior á sus compañeras; pero tampoco estaba suficientemente educada para sentir con delicadeza.

María se acordaba mucho de su ofensa; pensaba un poco en la posición desairada de una muchacha á quien ha dejado su novio, y tenía una gran pena; había momentos en que estaba desesperada y casi odiaba á Tomás.

Podrán encontrar algunos cierta contradicción en todo esto.

Es porque no se fijan en que el amor puede dividirse en dos especies: pasión y sentimiento.

La pasión es violenta, pero no suele ser eterna.

El sentimiento es dulce y tranquilo, pero invariable y profundo.

María estaba apasionada, porque la pasión es lo único de que son capaces las almas dotadas de poca elevación.

El sentimiento sólo cabe en las almas superiores.

El vulgo se apasiona más que siente, y María era una muchacha buenísima, muy capaz de hacer la felicidad de un hombre; pero pertenecía completamente al vulgo.

Por eso bullía en su cabeza un torbellino de ideas.

Lo que más la irritaba, era pensar que, mientras ella lloraba, Tomás tal vez se estaría riendo.

Hubiera dado cualquiera cosa por poder vengarse, por hacerle á él siquiera derramar una lágrima y experimentar por algún tiempo el dolor que ella sentía.

Si hubiera creído que Tomás había de estar celoso, hubiera procurado enamorarse de cualquiera.

Pero lo que más la desesperaba era la convicción de que su antiguo novio recibiría con la mayor tranquilidad, no sólo la noticia de que tenía unos nuevos amores, sino hasta la de que se había casado con otro.

Porque María no se había engañado al juzgar lo que sucedía.

Desde que entró en la casa de don Modesto, comprendió que el amor se había extinguido en el pecho de Tomás.

El saber que Juan la amaba, ofrecía un ligero consuelo á su vanidad de mujer.

En los momentos en que se quedaba más tranquila, hasta empezaba á hacer un paralelo entre los dos hermanos, y el resultado era siempre favorable para Juan, no porque apreciara sus cualidades muy superiores á las de su hermano, sino porque éste la amaba, aun sin esperanza, y el otro siendo correspondido la había olvidado.

Las mujeres agradecen siempre el amor que inspiran, aunque no participen de él.

María no estaba entonces para pensar en lo que haría con el tiempo; pero agradecía que Juan la amara, y en aquel amor encontraba una especie de compensacion al que había perdido.

Hemos creído necesario escribir este capítulo, que es una especie de paréntesis en nuestra novela, para que pueda comprenderse bien lo que más adelante tenemos que referir á nuestros lectores.

Al mismo tiempo que María, otra mujer lloraba por Tomás.

Era Amalia.

El amor de esta no se parecía en nada al de María.

En ella todo era idealismo, un idealismo exagerado, pero no por eso ménos poético.

Amalia era una sensitiva.

Se había abierto como las flores á los rayos del sol; pero su tallo delicado no había necesitado para troncharse sufrir el embate del huracan.

El soplo del cierzo había bastado.

Amalia en Tomás no había amado á un hombre, sino á una ilusion.

La ilusion se desvaneció, y el alma de la jóven sintió el frio de la muerte.

Su corazón era un sepulcro en que yacia la ilusion perdida.

La jóven no se quejaba de Tomás.

—¿Qué culpa tiene él,—decia,—de no ser como yo me imaginaba?... Yo sé que me quiere, me quiere como es capaz de querer, como quieren casi todos los hombres... Él es un hombre. Yo no tenia derecho á exigirle que fuera un ángel... Creí que lo era. Me equivoqué... Si á mí me bastara ese amor vulgar y grosero, que consiste en una satisfaccion de los sentidos, en una dicha del momento, en una posesion más ó ménos material del presente, Tomás podria proporcionarme todo eso, y yo seria feliz. Pero eso para mí no es nada. Yo queria su alma, y su alma ha pertenecido á otra mujer, ó por mejor decir, no ha pertenecido ni pertenecerá á nadie. El la conservará siempre suya, dispuesto á grabar en ella sus impresiones del momento, para borrarlas despues y dar lugar á otras impresiones. ¿Tiene él la culpa de esto? No; cada uno tiene su modo de ser, de pensar y de sentir. El es capaz de amar, de adorar acaso, y amará mucho y adorará con todo su corazón; pero no es capaz de amar siempre, no puede responder de adorar eternamente. ¡Dichoso él!... ¡Desgraciada yo que le juzgué mal, ó que no pude juzgarle ni mal ni bien, porque le amaba.

Así se expresaba Amalia en sus eternos monólogos, que siempre concluían vertiendo un mar de llanto.

No lloraba el amor perdido, sino la perdida ilusión.

Si Tomás hubiera dejado de amarla por una de esas circunstancias que suelen ocurrir en la vida; si Tomás por un error la hubiera despreciado, ella hubiese muerto de dolor, pero hubiese muerto feliz en medio de su pena.

El ídolo no había caído de su pedestal.

Tomás no podía ser suyo; pero era lo que ella se había figurado.

La realidad correspondía exactamente á la ilusión.

Y desdeñada, herida de muerte, casi exánime, hubiera seguido amando al ideal que aún ostentara toda la belleza moral que ella había soñado.

Nada de esto sucedía.

Tomás la amaba, se lo había jurado mil veces en su última entrevista, y se lo había jurado con ese acento de verdad que ningún hombre sabe fingir.

Ella no lloraba por el amor de Tomás.

Lloraba por el suyo.

Porque el suyo, que no había muerto aún, se agitaba en el vacío, buscando en vano un lugar en que posarse.

A su alma, que se había escapado de su cuerpo para unirse á la de Tomás, le sucedía lo que á un ave á quien de pronto faltara la atmósfera.

No se sabe lo que haría.

No es posible adivinar qué sensaciones serían las suyas antes de morir.

No se comprende siquiera cómo ni en qué momento se extinguiría su vida.

Si por un fenómeno, que ningún sábio podría afirmar ni negar, el ave no muriera instantáneamente, tampoco se podría decir que había vivido el tiempo que tardara en extinguirse su vida.

Amalia se encontraba en ese caso.

Desde que sufrió su desengaño, vivía, es verdad; pero vivía sin ilusión, sin alma.

Tenia de la vida lo estrictamente necesario para no morir.

Vivía materialmente.

La vida moral se había extinguido en ella.

Pasaron las horas y los días sin que lo notara.

Siempre creía estar oyendo la voz de Tomás confesando que había amado á otra mujer, y que á ella, tan sublime, tan poética, tan idealista, la había convertido en vulgar instrumento de una prosáica infidelidad.

Aquella idea la abrumaba.

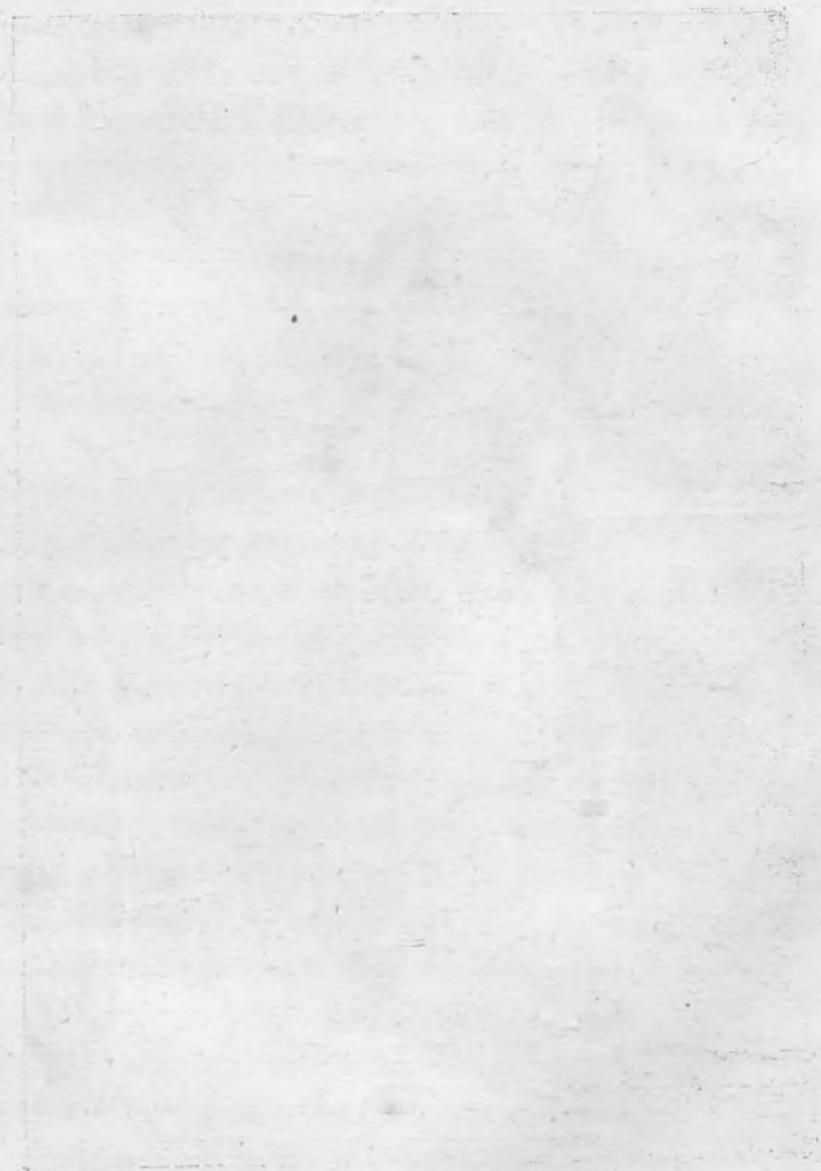
Aquel recuerdo constante la producía una especie de asfixia moral, mil veces más angustiosa que la física.

Los pulmones privados de aire dejan de funcionar pronto, y el martirio no es duradero.

Pero las almas lanzadas al vacío pueden vivir mucho: el martirio es largo, y el martirio del alma parece siempre eterno.

Todo lo que al alma se refiere participa en cierto modo de su inmortalidad.

Todo es en ella inmenso, como el soplo de Dios que la dió vida.



THE UNIVERSITY OF CHICAGO PRESS



La madre comprendia lo que pasaba en el corazon de su hija

Todo tiene el mismo carácter de infinita grandeza.

Por eso son sus goces inefables.

Por eso son tan horribles sus dolores.

Amalia habia enfermado.

Estaba enferma del alma.

Empezó por caer en una tristeza indefinible.

Sus padres no lo extrañaron en los primeros dias.

Sabian que estaba enamorada de Tomás, ignoraban lo que habia pasado entre los dos jóvenes, y atribuian á la ausencia aquella tristeza.

Pero cuanto más tiempo pasaba, la tristeza iba en aumento.

Amalia no comia.

Sus ojos, encendidos por la fatiga y el insomnio, decian bien claramente que no dormia.

La palidez de su rostro se hacia cada vez más densa, si se nos permite la palabra.

Tenia grandes ojeras, que aumentaban la interesante languidez de su rostro, pero que acusaban, no sólo una enfermedad moral, sino el comienzo de una enfermedad física.

—¿Qué tienes, hija mia?—solia preguntarla doña Susana sin poder contener las lágrimas.

—Nada, mamá,—respondia siempre la joven, sonriendo dulcemente.

—Pronto volverá,—se atrevió una vez á decir la pobre madre, que por consolar á su hija olvidaba toda clase de consideraciones.

Amalia, por toda contestacion, inclinó la cabeza sobre el pecho, y ahogó un suspiro.

Doña Susana estaba aterrada.

Don Modesto sombrío.

Los dos pensaban noche y dia en lo mismo, y no se habian atrevido á hablar de ello, por temor de que cada uno confirmase las sospechas del otro.

Por fin la madre creyó indispensable romper el silencio.

—Modesto,—dijo un dia á su marido,—es necesario llamar al médico. Amalia está muy mala.

—¡Ya lo sé! Pero temo que la medicina no pueda curarla.

El médico fué llamado, y reconoció escrupulosamente á la jóven.

Los padres salieron detrás de él con ansiedad, y le preguntaron casi á un tiempo cuando Amalia no podia oirles:

—¿Qué tiene?

—Nada,—repuso el doctor, que no entendia de enfermedades del alma.

—¿De veras?

—No tiene nada,—repitió el Galeno.—Sin duda una pasion de ánimo... cosas de la edad. Que pasee, que coma...

El médico salió de la casa.

Don Modesto y doña Susana marcharon en distintas direcciones.

—¡Sin nada se muere!—pensaba la madre, enjugándose una lágrima.

—¡Maldita sea la hora en que entró ese hombre en mi casa!—murmuró el padre, dirigiéndose á su despacho.

. . . . .

Hacia un mes que Tomás había salido de Covarrubias.

---

## Capítulo XXXVI

---

### Un consejo de guerra.

Después de la acción de Espinosa comenzó para el cura Merino una temporada de azares y contratiempos, en que tenía necesidad de toda su astucia y de toda su energía para proseguir la campaña sin sufrir un percance irreparable.

Las noticias que le había llevado doña Josefa al campamento de Quintanar, comenzaron á realizarse.

Veinte mil franceses ocuparon militarmente la provincia de Búrgos.

Todos los pueblos de alguna importancia recibieron guarniciones bastante fuertes, y se convirtieron en otras tantas bases de operaciones de las columnas combinadas, encargadas de acabar con la guerrilla del cura Merino.

Don Jerónimo hizo durante más de veinte días pro-

digios de habilidad para eludir aquella persecucion encarnizada.

Las trochas más intransitables y los senderos más escondidos, eran los caminos que servian á la partida para efectuar sus movimientos.

Hubo marchas en que los soldados iban desfilando de uno en uno, y los ginetes se veian obligados á andar á pié, llevando los caballos de la brida.

A pesar de todo y de que los guerrilleros eran hombres acostumbrados á andar por todas partes, más de uno resbaló, y murió despeñado en abismos cuya sola vista producía vértigos.

Establecía sus campamentos en vericuetos casi inaccesibles, y aún en ellos habia prohibido encender hogueras de noche, para no llamar la atencion y que sus fuegos no sirviesen de guia al enemigo.

En algunos de aquellos baluartes hechos por la naturaleza, con sus quinientos hombres hubiera podido resistir á tres ó cuatro mil soldados; pero lo que temia era sufrir un verdadero bloqueo, para lo cual los franceses tenian fuerzas suficientes, que podian reunirse en poco tiempo, en cuyo caso le obligarian á rendirse por hambre.

La falta de fuegos hacia insoportable la vida de los guerrilleros.

En Marzo y Abril todavía hace mucho frio, especialmente en la provincia de Búrgos; las noches eran horribles y los capotes no bastaban para abrigar á aquellos pobres y valerosos patriotas.

Habia soldados que se echaban entre los caballos

para buscar algun calor, con gran peligro de ser pisoteados y muertos por aquellos caloríferos animados y poco tranquilos.

En aquella persecucion es donde Merino mostró sus grandes dotes de guerrillero.

Siempre se le veía al frente de su partida, unas veces á pié, otras á caballo.

Su levita iba dejando girones por las ramas de los arbustos y jarales.

El *Feo* ya no sabia cómo remendarla, y cada dia sus faldones eran más cortos.

Los zapatos se le destrozaron en pocos dias y tuvo necesidad de calzar alpargatas, que tan incómodas son para los que no están acostumbrados á ellas.

Pero don Jerónimo no se desanimaba.

Dando á todos ejemplo de entereza y de valor, sufría las contrariedades sin decir una palabra.

Antes al contrario, procuraba mostrarse alegre y hasta decidior para infundir á sus subordinados confianza.

A fin de que no se relajase la moral de la tropa, prohibió severamente que nadie se quejase, ni se hablara entre los oficiales y soldados de las penalidades de la campaña.

A un soldado, porque le oyó decir un dia que tenia gana de verse en su pueblo, le mandó dar en el acto veinticinco palos.

Un oficial de infantería que dijo que la situacion era insostenible, fué condenado á perder su empleo y servir en su compañía de último soldado.

En medio de las marchas y contramarchas que le

obligaba á hacer la persecucion de que era objeto, no descuidaba Merino mantener, cuanto era posible, sus comunicaciones con las juntas patrióticas, y especialmente con la de Búrgos.

Las autoridades y los patriotas de los pueblos cuidaban de enviarle confidentes que le enteraran de todo lo que podia interesar á la seguridad de su pequeño ejército.

Por las noches, despues de establecer su campamento, se alejaba de él hasta dos y tres leguas para entrar en los pueblos donde no habia guarnicion francesa, hablar con los alcaldes, recibir las comunicaciones de los espías, y adquirir noticias por todos los medios posibles.

Cuando se acostaba, que casi nunca lo hacia en el mismo campamento, ya era media noche, y al toque de diana se encontraba otra vez al frente de la guerrilla sin haber dormido más que tres ó cuatro horas.

El era el primero y el más vigilante de los centinelas de la partida, sin que nunca manifestara cansancio ni dejara de adivinar el menor desaliento.

Es imposible referir los milagros de actividad y de energía que necesitaba hacer para procurarse raciones, que aunque algunas veces, y no siempre, de buena calidad, nunca faltaron á su tropa.

Así es que los soldados le querian, y los jefes y oficiales, aun aquellos que por proceder del ejército parecia que habian de estar ménos dispuestos á reconocer la supremacía militar de un cura, le respetaban y le admiraban.

No podia ménos de suceder esto tratándose de un

jefe á quien veian siempre el primero en el peligro y el último en el descanso.

Cuando alguno solia aventurar una observacion sobre los riesgos á que se exponia, ó la vida que hacia con peligro de que su salud se resintiera, contestaba siempre:

—Yo soy el jefe para trabajar más que todos y exponerme por todos. Si muero, ya me reemplazará el que más lo merezca. Si hay en la guerrilla quien sea capaz de hacer más que yo, que tome el mando; yo le obedeceré con mucho gusto, y seré capitán, ó sargento, ó soldado raso.

Es inútil decir que nadie se hubiera atrevido á tomar sobre sí el peligroso honor de reemplazar en el mando á don Jerónimo.

Las distancias se iban estrechando de dia en dia.

Llegó el caso de que las columnas francesas marcharan casi pisando la pista de los españoles.

Merino revolvía en su cabeza mil proyectos á cual más atrevidos.

Más de una vez estuvo ya resuelto á aguardar al enemigo en una posicion que le pareciera ventajosa, y dar una batalla.

Pero todas las columnas tenian fuerzas dobles, triples y hasta cuádruples que las que podia presentar el cura.

Sorprender á una de ellas era casi imposible, porque el miedo habia hecho ser cautos á los franceses, y no marchaban sino con grandes precauciones.

Nunca pasaban un desfiladero sin reconocerlo antes cuidadosamente.

Sus vanguardias iban ocupando sucesivamente todas las alturas que se encontraban cerca del camino, por donde iba el grueso de las fuerzas.

Y una nube de exploradores reconocía todos los bosques y parajes en que podía disponerse alguna emboscada.

Por consiguiente, Merino no podía contar con la sorpresa para batir á sus enemigos, y presentarles acción era exponerse á una derrota casi segura, teniendo que luchar con fuerzas superiores en número y organización, ya que no en bizarría.

—¡Si yo pudiera pillar á un regimiento de caballería!—pensaba muchas veces.—A ese ya podríamos darle un disgusto.

Pero los regimientos de caballería, además de ser pocos, porque en aquel terreno no podían prestar grandes servicios, iban siempre con grandes masas de infantería.

Los generales franceses estaban tambien poco ménos que desesperados.

Cien veces creyeron tener á la partida entre las manos, y otras tantas se les escapó como si se la hubiera tragado la tierra.

Organizaban una batida.

Daban orden á cinco ó seis columnas de recorrer, verificando un verdadero ojeo, una sierra donde sabían positivamente que estaba la guerrilla.

El movimiento se verificaba.

Ya los partes oficiales, que se publicaban en Búrgos y Madrid, anunciaban la inmediata pacificación de

Castilla la Vieja y el exterminio de los *brigantes* acaudillados por el sacerdote.

Y á los seis ó siete dias de marchas forzadas, cuando los batallones franceses, rendidos de fatiga, apenas podian dar un paso, y los generales les obligaban á hacer el último esfuerzo creyendo lograr el objeto apetecido, se encontraban con que la guerrilla, andando de noche por los picos más elevados, donde parecia que sólo podian anidar las águilas, habia pasado por entre dos columnas y se encontraba á la espalda de sus enemigos.

Muchas veces dudaban de la noticia; pero un parte anunciando que la guerrilla habia pedido raciones en algun pueblo, ó habia ahorcado de un árbol á tal cual rezagado, que se quedó para merodear á retaguardia del ejército, les sacaba de dudas.

La ira que se apoderaba de ellos no tenia límites, y fuerza es confesar que poco á poco el desprecio con que al principio hablaban del cura, se fué trocando en una especie de respeto, muy cercano á la admiracion que debia inspirar á hombres encanecidos en la guerra un jefe tan sagaz y tan activo.

—Esta es campaña de piernas,—solia decir Merino,—y el que ande más y mejor, será el que gane la partida.

Pero la situacion se hacia cada vez más grave.

Los hombres que mandaba don Jerónimo no eran de hierro, y empezó á haber entre ellos bastantes enfermos.

Morian muchos caballos, y los soldados, descalzos,

medio desnudos, mal alimentados, yertos de frio, tenían un aspecto que daba lástima.

Entre los oficiales, algunos habían envejecido en un mes.

Nadie murmuraba.

Todos sufrían en silencio; pero Merino comprendió que se acercaba el momento en que no podrían sufrir más.

Por otra parte, la persecucion, en lugar de disminuir, arreciaba.

Parecía que los franceses se hallaban poseídos de un ardor febril.

En mes y medio habían perdido muchos hombres en aquella campaña en que no se disparaba un tiro; pero no por eso renunciaban á su propósito, y Merino era demasiado sagaz y juzgaba con mucha serenidad las cosas, para no comprender que era fácil que lo lograran.

Por lo ménos, si no le cogían y derrotaban á la guerrilla con las armas, la aniquilarían de cansancio y la harían perecer por consuncion, prolongando indefinidamente aquella batida.

Esto no era difícil teniendo tropas de refresco y haciendo alternar los regimientos entre el servicio de columnas y las guarniciones de los pueblos.

Era preciso apelar á un recurso extremo, y este no podía ser otro que disolver temporalmente la guerrilla, como aconsejaba don Venancio, ó resolverse á marchar á otra provincia, que fué el primer pensamiento del cura.

Merino conocia que la opinion del caballero burgalés era más prudente; pero sentia tanto disolver aquella fuerza que con tantos afanes habia reunido y organizado, que deseaba encontrar, á falta de una razon, un pretexto para no hacerlo, ó al ménos para demorarlo.

A este fin, ideó reunir un consejo de guerra en que todos los jefes de la guerrilla expusieran francamente su parecer en vista de la situacion.

Era una tarde del mes de Abril.

La guerrilla, despues de una marcha rapidísima de más de ocho horas, acababa de establecer su campamento, y lo habia hecho, segun costumbre, en unas alturas poco ménos que inaccesibles.

Algunos soldados se ocupaban en preparar el rancho.

La mayor parte se habian tendido en el suelo rendidos de fatiga.

No se oian los cantos que otras veces solian alegrar los campamentos de los guerrilleros.

Los oficiales descansaban sentados en las peñas y algunos paseaban lentamente, pero silenciosos y preocupados.

La fuerza que estaba de servicio acababa de establecer sus puestos, y el jefe de dia iba rodeando el campamento á gran distancia.

Estos centinelas, flacos y harapientos, se apoyaban en sus fusiles, y por un resto de costumbre procuraban mantenerse erguidos y con alguna marcialidad en la apariencia.

Todo era allí tristeza.

Aquellos hombres no tenían miedo á los franceses, pero sí al cansancio y á la miseria.

Merino pensó que no era posible retrasar más la ejecucion de su idea, y cuando los que hacian de ayudantes de infantería y caballería se le presentaron para que diera la orden á sus respectivos cuerpos, mandó que todos los capitanes y el comandante de la caballería se le presentaran inmediatamente.

No tardó en cumplimentarse esta orden.

El campamento se hallaba situado en la meseta de una altísima montaña de rocas amarillentas, que iluminadas por los últimos rayos del sol, tenían un aspecto salvaje y fantástico.

La subida hasta la mitad de la falda de la montaña era penosa; desde allí hasta la meseta poco ménos que imposible, pues habia que efectuarla por una vereda que formaba zig-zás, para disminuir la violencia del declive, y esta vereda era tan estrecha que la caballería habia tenido que echar pié á tierra y subirla llevando los caballos de la brida, muy despacio y dejándoles en libertad de pisar donde quisieran para que su instinto les librara de despeñarse.

Los infantes, que como hombres de monte estaban acostumbrados á andar por toda clase de vericuetos, habian trepado por una especie de escalones cortados en las rocas, tal vez en tiempo de las luchas que los españoles sostuvieron con los romanos, antes de la venida de Jesucristo.

Pero esta subida era muy peligrosa, porque el terreno estaba poco firme.

Enormes pedruscos parecían por todas partes próximos á desprenderse y rodar al abismo, arrastrando cuanto encontraran por delante.

La meseta, aunque no muy espaciosa, era bastante plana, y en ella podía acampar cómodamente la pequeña tropa.

Cerca de ella, aunque ya en la falda de la montaña, pero donde aún el declive no era muy violento, brotaba un manantial, cuyas aguas unas veces se detenían en las rocas formando pequeñas balsas, y otras saltaban en cascadas más ó ménos vistosas.

Los soldados formaron instantáneamente en el sitio en que el manantial brotaba un cerco de piedras, que conteniendo algun tanto las aguas hiciera una especie de remanso, que pudiera, aunque con alguna dificultad, surtir al campamento.

Al lado del manantial se colocó un centinela para que nadie ensuciara el agua y todos la fueran tomando con orden lo mismo para la tropa que para los caballos.

En la meseta habia algunas rocas, aún más elevadas, que parecían atalayas, y en una de ellas, cuyo acceso no era muy difícil, habia establecido Merino su cuartel general.

Allí se reunieron los que debían celebrar el consejo de guerra.

Eran estos el comandante Segura, los tres capitanes que mandaban otras tantas compañías de infantería, porque despues de la accion de Espinosa, aprovechando la presentacion de algunos voluntarios, se habia forma-

do otra, y los cuatro capitanes de caballería, entre los que, como sabemos, se encontraban los dos hijos de Gil Mendoza.

Reunidos en presencia del cura, este les hizo sentar, y con el laconismo y la claridad que empleaba siempre para hablarles, explicó el objeto de la reunion.

Como quien consulta de buena fe y habla á hombres valerosos y resueltos, Merino no trató de ocultar ni atenuar siquiera los peligros que les cercaban, presentó la situacion en toda su horrible desnudez, expuso los recursos con que podian contar, y terminó diciendo:

—Si sólo me dejara llevar de mis deseos, no tendria que consultar á nadie. Esperaria al enemigo en cualquier parte, ó le buscaria si él no me atacaba, y pelearia hasta que muriéramos todos matando franceses.

Un murmullo de aprobacion acogió estas palabras, y casi todos los presentes llevaron instintivamente las manos á las empuñaduras de los sables, como si ya hubiera llegado aquel momento decisivo.

—Pero las resoluciones desesperadas,—añadió don Jerónimo,—suelen ser la máscara con que los apocados encubren su debilidad, y las prudentes son propias de hombres resueltos. Nosotros nos hemos levantado en armas para vencer si es posible, y para morir cuando no quede ninguna esperanza de victoria. Provocar un combate ó aceptarlo, seria dar gusto á nuestros enemigos, y ninguno de nosotros ha salido de su casa para eso. Es necesario ver si hay algun medio de que el ejército de Castilla la Vieja salga de la situacion apurada en que se encuentra, quedando en estado de prestar nue-

vos servicios á la patria. Para eso he reunido á ustedes. Todos tienen dadas en muchas ocasiones grandes pruebas de inteligencia y de valor; diga cada cual lo que opine, y entre todos resolveremos lo más conveniente. Una cosa debo advertir, señores. No se crea que al pedir á ustedes consejo lo hago para poder luego disculparme si de lo que se haga resulta algun mal. Mi carácter no se aviene con semejantes supercherías. Ustedes no disponen, aconsejan, y yo no me obligo á seguir sus consejos. Por consiguiente, admita ó no el parecer de los más, la responsabilidad de lo que se haga será mia, exclusivamente mia.

La cuestion no podia presentarse con más lealtad ni con mayor nobleza.

Merino era un hombre verdaderamente valeroso, que sabia arrostrar, no sólo los riesgos del campo de batalla, sino las responsabilidades que al tomar el mando de la guerrilla habia contraido.

—Ahora hablen ustedes,—añadió don Jerónimo despues de una breve pausa.

—Hace dias,—dijo el comandante Segura,—que, aunque por no tener el mando en jefe de la fuerza, parece que esto no era de mi incumbencia, he pensado en nuestra situacion, como que me toca tan de cerca. Creo que así no podemos sostenernos. Nuestros soldados empiezan á enfermar, y no extrañaré que pronto tengamos algunas deserciones. Despues de la accion de Espinosa se nos reunieron unos cien hombres, pero en ménos de un mes hemos perdido sesenta. Diez ó doce han muerto, y los demás han tenido que quedarse en los pue-

blos curándose. Por una razón natural, las bajas han de aumentar, y sería una locura creer que en estas circunstancias habíamos de encontrar voluntarios. Mi opinión es que la guerrilla se subdivida por compañías. Cada una de ellas puede operar aisladamente, aunque en combinación con las demás. A una fuerza pequeña le es más fácil encontrar recursos que á las que ya son más numerosas. Las dificultades de los franceses aumentarán mucho. Si para perseguirnos á nosotros formando un solo grupo, necesitan diez columnas, cuando nos subdividamos en siete partidas necesitarán cuarenta. Tendrán que acudir á muchas partes á la vez; sus columnas serán más débiles, y hasta nos será posible, reuniendo en un momento todas nuestras fuerzas, ó al ménos varias de las partidas sueltas, tomar la ofensiva y caer sobre el enemigo en cuanto cometa algun descuido ó debilite una de sus columnas de operaciones. Ya sé que esto exigirá, por parte de los capitanes que manden las compañías y escuadrones, gran celo, exquisita vigilancia, mucho trabajo, bastante habilidad y no poco valor; pero nuestro jefe nos ha dado el ejemplo, y creo que no habrá nadie que no quiera seguirlo.

—Si para hacer las cosas bastara el buen deseo,—exclamó Juan luego que hubo concluido de hablar el comandante,—la opinión que se acaba de emitir sería la mia. Pero por desgracia, veo el asunto de muy distinto modo, y me parece que ese proyecto, si se realizara, sería nuestra ruina.

Juan hablaba con el calor y el acento de la convicción.

Su bizarría y su carácter le habían granjeado el respeto de sus camaradas, y todos le escucharon con el mayor interés.

El mismo Merino redobló su atención cuando empezó á hablar el jóven capitán, que continuó en estos términos:

—Yo no pretendo ofender á nadie con mis palabras, que si hieren el amor propio de alguien, igualmente deben herir el mio, porque capitán soy y me corresponde por consiguiente el mando de una de las partidas en que el señor comandante quiere que nos subdividamos. Las circunstancias son graves, y no estamos en el caso de callar la verdad, porque pueda ser desagradable á alguno. ¿Quién puede responder de que todos nosotros tenemos las condiciones necesarias para mandar en jefe una fuerza, aunque sea pequeña, y operar aisladamente? Nadie puede asegurarlo, y yo he de decir, con toda franqueza, que lo creo poco ménos que imposible. Ya estamos viendo los esfuerzos que tiene que hacer el señor don Jerónimo para que podamos vivir con alguna seguridad. Todo su ingenio, todo su valor, su actividad, su conocimiento del terreno, sus relaciones en el país y hasta el prestigio de su nombre, han sido necesarios para que hasta ahora logremos escapar del enemigo, aunque con muchos trabajos. Si le hubiera faltado una sola de estas cualidades, hace ya días que los franceses hubieran dado buena cuenta de nosotros. No hay que hacerse ilusiones: para que las siete partidas en que hemos de subdividirnos tengan alguna esperanza de éxito, es indispensable que cada uno de sus jefes sea

otro cura Merino. ¿Y se cree que haya entre nosotros nada ménos que siete hombres que reúnan esas condiciones? Yo lo niego. ¿Qué sucederá en este caso? Que los franceses nos irán batiendo en detalle, que nos cogerán aisladamente, nos derrotarán con la mayor facilidad, nos fusilarán como bandidos, y antes de quince días todos habremos perecido sin gloria nuestra y sin utilidad de la patria.

Juan calló para tomar aliento y paseó una mirada por el círculo de sus oyentes, que le escuchaban con la mayor atencion.

—Para eso,—prosiguió el jóven,—mejor seria que siguiéramos reunidos y acabáramos en un combate supremo, en que si no alcanzáramos la victoria, siempre tendríamos la satisfaccion de enseñar á nuestros enemigos cómo mueren los españoles por su rey, por su religion y por su patria. Pero nuestro jefe lo ha dicho, y yo opino lo mismo. No se trata de morir, sino de vencer, y para vencer necesitamos salvar las fuerzas que hay á nuestras órdenes; para esto se me ocurre un recurso, atrevido, pero no irrealizable.

Todos los oyentes alargaron la cabeza como si temieran perder una silaba de aquel razonamiento, que á todos tenia suspensos.

—¿Qué recurso es ese?—preguntó don Jerónimo, que escuchaba con más interés que todos, y que admiraba la lucidez y la inteligencia del muchacho.

—Ese recurso es licenciar la guerrilla,—contestó Juan.

—¡Licenciarla!—gritaron todos con asombro.

Algunos, no comprendiendo bien el pensamiento de Juan, hicieron un gesto de disgusto.

—Sí.

—¿Pero cómo?—preguntó Merino.

—He dicho licenciarla y no disolverla; licenciarla temporalmente.

Los rostros de los circunstantes se tranquilizaron y volvieron á escuchar con tanto interés como antes.

—Creo fácil distribuir los escuadrones y compañías en toda la provincia, especialmente en los distritos que nos son más favorables. La tropa y los oficiales se repartirán entre las casas de los vecinos más conocidos por su patriotismo, y á razon de quince ó veinte hombres por cada pueblo. De este modo un escuadron ó compañía podrá ocupar cuatro ó cinco pueblos de los que estén más inmediatos, y pocas horas le bastarian para reunirse y ponerse sobre las armas en caso de necesidad. Los soldados pasarian por labradores, y mezclados con los criados de las casas en que se alojaran, no excitarian sospechas; fácilmente se esconde el armamento y montura de un solo hombre, y todas las dificultades quedarian resueltas. Los capitanes se encargarian de hacer llegar sus haberes á manos de la tropa, toda vez que dinero no nos falta, y además cuidarian de estar en comunicacion con el señor cura, que por medio de los peatones y espías que nos son adictos, podria comunicar sus órdenes. De este modo se conseguirian dos objetos principales: la persecucion quedaba completamente eludida, y tal vez el enemigo, persuadido de que la guerrilla habia desaparecido para siempre, evacuara la provincia y llevara

gran parte de sus fuerzas á otros sitios donde le hacen falta: además, nuestros soldados, haciendo por algun tiempo una vida regular, descansarian de sus fatigas, se repondrian pronto, y otra vez fuertes y robustos estarian dispuestos á proseguir la guerra en el momento que se les mandara.

—Para eso,—interrumpió el comandante,—es preciso contar con los alcaldes. Si denunciaran nuestros hombres al enemigo ó los dieran por presentados, podria quedar la guerrilla definitivamente disuelta.

—Los alcaldes,—repuso Juan,—son todos españoles y la mayor parte leales.

—Además,—añadió Merino,—si nos hicieran una felonía, con veinte hombres que yo reuniera fusilaria á todo el que hubiera faltado.

—No creo que sea necesario,—dijo Juan.

—La idea del capitán Mendoza me parece muy aceptable,—exclamó Merino.

—Es lo mejor,—dijeron varios, unos por convicción, y otros, como sucede la mayor parte de las veces, porque no teniendo opiniones propias, estaban dispuestos á aceptar la de cualquiera que las tuviese.

—Lo que habrá que hacer,—añadió Merino,—es que todos los capitanes vigilen mucho á sus soldados en los pueblos en que se hallen.

—Sí, señor.

—Que prevengan que el hombre que al primer llamamiento no acuda con sus armas y caballo al sitio que se designe, será fusilado en cuanto se le coja.

—Es claro.

—Y que además los capitanes cuiden de no perder ocasión en que comunicar conmigo, darme noticias y recibir mis órdenes.

—Por supuesto.

—Veo,—dijo el comandante,—que admite usted la opinion del capitan Mendoza.

—Me parece la más acertada,—repuso Merino.

—Y lo es en efecto,—añadió el comandante, que era hombre leal y sincero, exento de vanidad é incapaz de ofenderse porque el parecer de otro hubiera prevalecido contra el suyo.

—Así, pues,—dijo Merino,—esta noche me ocuparé en señalar á cada capitan su distrito, y mañana nos separaremos hasta que Dios quiera que volvamos á reunirnos, para vengarnos de los malos ratos que nos dan estos gabachos.

El consejo de guerra se dió por disuelto, no sin acordar antes que no se divulgase nada de lo que en él se habia tratado y convenido, pues como podian sobrevenir acontecimientos que impidieran realizar el plan acordado, Merino temió que se relajara la disciplina si la tropa sabia que la iban á licenciar temporalmente.

Los capitanes se marcharon en busca de su frugal comida, que ya habian preparado sus respectivos asistentes.

Iba á anoecer.

Merino llamó al *Feo*, que estaba á pocos pasos del sitio en que habia tenido lugar la conferencia.

—*Feo*,—le dijo.

—¿Qué manda usted?

—¿Has oído algo de lo que aquí hemos hablado?

—No, señor.

—Si acaso has oído y dices una palabra, te corto la lengua.

—Está muy bien.

El *Feo* no se incomodaba nunca por el trato áspero de su amo.

Sabia que ese era su carácter, y como le tenía verdadero cariño, le sufría con paciencia.

Por otra parte, el cura también quería á su asistente.

Los dos se entendían muy bien, no hablaban casi nunca y parecía que se adivinaban los pensamientos.

Habían nacido el uno para el otro.

. . . . .

Los dos hijos de Gil de Mendoza se retiraron juntos. Hacía muchos días que no hablaban de sus asuntos.

La vida que hacían era tan activa y tantas las atenciones del servicio, que no les quedaba tiempo para nada.

—Juan,—dijo el menor de los dos hermanos.

—¿Qué quieres?

—Vamos á separarnos.

—En eso estaba pensando.

—Si alguno de nosotros fuera destinado á nuestro pueblo...

—Me parecería una imprudencia.

—¿Por qué?

—El señor cura ya procurará que cada cual vaya adonde no sea conocido.

—Es verdad.

—Y el caso es que de buena gana iría á dar un abrazo á nuestra madre.

—No lo intentes siquiera.

—Dices bien.

—La pobre María...

—Sí.

—No tendrá mucha gana de verte.

—Es cierto.

—Al ménos tú irás á verlas.

—Puede...

—Creia...

—Tengo aquí un proyecto.

—¿Tú?

—¡Si el señor cura me diera licencia por ocho dias!...

—¿Adónde piensas ir?

—A Búrgos.

—¿A Búrgos?

—¿No está allí nuestro padre?

—Pero eso es muy arriesgado.

—En mudándome de traje, ¿quién me conoce allí?

—Pero ¿qué te propones?

—Verlo, y si puedo...

—¿Qué?

—Sacarlo de la cárcel.

—Mira, Juan, ¿quieres una cosa?

—¿Qué?

—Déjame ir á mí.

—De ningun modo.

—¿Crées que yo no soy capaz de hacer lo que tú hagas?

—Nada de eso.

—Entonces...

—Pero creo que la idea ha sido mia, y yo debo realizarla.

—No, mira: yo he dado ya muchos disgustos en casa, y seguiré dándolos, te lo confieso.

—Alabo la franqueza.

—¿Qué quieres? Mi genio puede más que yo.

—Eso dicen todos los que no quieren dominarse.

—Por consiguiente, déjame hacer una cosa buena en mi vida.

—He dicho que no.

—Pues vamos los dos juntos.

—Aún no sé si don Jerónimo me dará permiso á mí solo.

—El teniente que yo tengo es bueno, y puede mandar el escuadron en mi ausencia, que durará seis ú ocho dias.

—Sin embargo, como ni uno ni dos hombres bastamos para intentar nada por fuerza, no es necesario que tú vayas.

—Te has empeñado...

—Y ya digo que no estoy seguro de obtener permiso.

—Sí, hombre.

—Allá veremos.

—Todos saben que tú eres el ojo derecho del cura.

—Me distingue bastante.

—Yo lo creo.

—Pero por lo mismo...

—¿Qué?

—No quiero abusar.

—No temas, tú en eso eres afortunado: has caído en gracia, y cuando uno cae en gracia, no abusa nunca.

—Por eso, si encuentro en don Jerónimo la menor repugnancia, renunciaré á mi proyecto.

—Conque vamos...

—¿Qué?

—Por última vez...

—No te canses.

—¿Quieres que vaya contigo?

—No.

—Pues hemos concluido.

Los dos hermanos guardaron silencio.

Después de algunos minutos, Tomás dijo:

—¿Quieres hacerme un favor?

—¿Cuál?

—Ya que tienes tanta influencia...

—¿Con quién?

—Con don Jerónimo.

—¿Qué quieres?

—Que me envíe á Covarrubias.

—¿Para volver á alojarte en casa de don Modesto?

—No.

—Creía...

—Te lo juro.

—¿Pues para qué entonces?

—Hombre, yo quiero á esa mujer.

—¿Todavía?

—Sí.

—¡Rara constancia!

—¿Te burlas?

—¡Parece mentira que no la hayas olvidado en mes y medio!

—Pues bien, no la he olvidado.

—Verdad es que no hemos visto ninguna.

—Aunque hubiera visto un millon de ellas.

—Vaya, como te ha despedido, estás empeñado en rendirla.

—No lo sé.

—Yo sí.

—¿Tú?

—Es claro.

—Puede que te equivoques.

—Si te quisiera, ya la habrias olvidado.

—O no.

—Pero como sabes que tal vez no se acuerda del santo de tu nombre, quieres volver á ella, y te figuras que la adoras.

—No me figuro nada; pero deseo verla.

—Oye, Tomás, hablemos formalmente,—dijo Juan variando de tono.

—Hablemos como quieras.

—Segun he podido comprender, por las pocas veces que la he visto y por lo que me has hablado de ella, esa muchacha tiene un carácter apasionado, un poco romántico.

—Sí.

—Pues bien; esas mujeres tristes y melancólicas, cuando llegan á querer de veras, no quieren más que una vez en la vida... Yo no sé si de tí llegó á enamorarse,—añadió Juan.

—Ella lo decia.

—Podia estar engañada.

—¿Quién sabe?

—Y yo me alegraria mucho.

—Gracias.

—Tú eres incapaz de querer siempre; ¿á qué ese empeño en que te ame, si luego la has de dejar por otra, ocasionándola tal vez una pena mortal?

—Hombre, pero por esa regla yo no puedo dirigirme á ninguna.

—Sí.

—¿A cuál?

—A muchas.

—Tú dirás.

—A todas las coquetas.

—Esas te las regalo.

—Pues son las que te convienen.

—Vaya una ganga.

—Esas mujeres, que son lo mismo que tú, que quieren al primero que se presenta y olvidan con la misma facilidad; que aman siempre de presente, pero que no se acuerdan del pasado ni piensan en lo porvenir, están hechas de encargo para los hombres como tú sin corazón y sin memoria.

—Hombre, la pintura no es muy lisonjera.

—Pero es exacta.

—En fin, ¿quieres decirle á don Jerónimo que me envíe á Covarrubias?

—No.

—¿Pero á tí qué te importa?

—No quiero contribuir á que cometas una infamia.

—¡Dale!

—Conque lo dicho.

—Bueno; ya que no quieres decírselo al cura, se lo diré yo.

—Puedes hacer lo que quieras.

—Y si me envía, eso ménos tendré que agradecerle.

—Y yo eso ménos que echarme en cara, si por fin haces desgraciada á esa pobre niña.

—Cualquiera, al oírte, diría que soy algun facineroso.

—¿Quieres que `comamos?—preguntó Juan, deseando poner fin á aquel diálogo.

—Bueno.

Los dos hermanos fueron en busca de sus asistentes, y sentándose en las peñas, comieron con buen apetito.

Luego que terminó su comida, Tomás se levantó, diciendo á su hermano en tono de broma:

—Voy á ver al general en jefe.

—Haz lo que quieras.

Empezaba á caer la tarde.

Juan desde su asiento contemplaba el inmenso horizonte que se descubría ante su vista.

El sol empezaba á esconderse.

La naturaleza parecía que iba á dormirse.

Al pié de la montaña habia por un lado un precipicio.

Por el otro se extendia un inmenso valle, bastante accidentado, en el cual se veian dos ó tres pueblos.

A lo lejos se oia el canto de algunos pastores que volvian á sus casas con sus rebaños.

La campana de la iglesia de uno de los pueblos más cercanos tocaba vísperas, porque al dia siguiente era domingo.

Entre las rocas brillaba de trecho en trecho un débil relámpago.

Era el último rayo del sol poniente, que se reflejaba en la bayoneta de un centinela.

Todo convidaba á meditar.

Juan pensaba en su pueblo, en sus padres y en María.

Tambien se acordaba de Amalia, y deseaba que hubiera olvidado á su hermano y que no volviera jamás á verle.

Parecia que un secreto presentimiento anunciaba al noble hijo de Gil Mendoza lo que sufría la linda rubia.

---

## Capítulo XXXVII

**Donde se ve que una niña puede perder á su padre con la mayor  
inocencia**

La ronda de Merino duró poco aquella noche.

Sabia que la columna francesa que más cerca del campamento estaba, se hallaba á tres leguas de distancia.

No temia ningun ataque en la inexpugnable posicion que ocupaba, y como al dia siguiente pensaba dividir su partida en pequeños grupos, los cuales á su vez debian disolverse para realizar el proyecto de Juan, se consideraba seguro por aquella noche.

Lo único que le podia preocupar era el peligro de que los franceses esperaran á la guerrilla cuando saliera de su fortaleza improvisada, antes de llegar á la sierra de la Demanda, en la cual creia poder disolver su fuerza con más seguridad, y que distaba de allí poco más de media legua.

Pero este peligro no parecia grave.

Precisamente el movimiento que el enemigo habia hecho aquel dia probaba que habia perdido la pista de la guerrilla, y á ménos de que hubiera una traicion, no podia saber dónde estaba acampada.

Aún la traicion era muy dificil, porque como Merino no habia revelado á nadie en qué sitio pensaba pasar la noche, y despues de establecido el campamento ninguno podia atravesar el cordon de centinelas que lo rodeaba, no habia medio de que el secreto se descubriera.

Y no sabiendo los franceses dónde se encontraba el terrible guerrillero, no era de suponer que marcharan de noche, y fueran á situarse precisamente donde podian dar un golpe decisivo á las fuerzas españolas.

Así es que á eso de las diez don Jerónimo se habia echado, despues de hacer una excursion para ver si los centinelas estaban vigilantes, y poco despues dormia á pierna suelta.

En cambio á las tres de la madrugada ya estaba en pié.

Despertó al *Feo* y le mandó que le siguiera, porque queria hacer un reconocimiento por aquellos alrededores antes de emprender la marcha.

—¿Preparo los caballos?—preguntó el *Feo*, levantándose aún medio dormido.

—No,—contestó Merino;—hoy tal vez tendrán que andar mucho, y la bajada del monte es muy penosa. Iremos á pié.

El amo y el criado echaron sus escopetas al hom-

bro, salieron del campamento y empezaron á bajar por la falda de la montaña.

El descenso era difícil, sobre todo valiéndose de los atajos como lo hicieron, y otros ménos ágiles ó ménos acostumbrados que ellos á andar por malos parajes, se hubieran estrellado cincuenta veces; pero Merino y el *Feo* saltaban con seguridad de una á otra roca, y en poco más de un cuarto de hora se encontraron en terreno más practicable.

Hácia la mitad de la falda de la montaña empezaba á verse alguna vegetacion, y el declive se hacia ménos pendiente.

Allí encontraron siete ú ocho ovejas guardadas por una niña, que podria tener hasta unos diez años.

Acababa de amanecer, y el cura, que era muy aficionado á tomar por las mañanas un vaso de leche, se desvió un poco del camino para pedir que se la vendieran.

Al acercarse á la pastorcita notó que estaba llorando.

Don Jerónimo, cómo casi todos los hombres bruscos y valientes, simpatizaba con los seres débiles, y especialmente con los niños.

—¿Qué tienes, pequeña?—preguntó á la pastora, que estaba sentada en una piedra.

La niña no contestó.

—¿Por qué lloras, niña?—volvió á preguntar el cura, dulcificando la voz.

—Porque mi madre se ha marchado,—repuso la pastora, levantando la cabeza y fijando en Merino sus

ojos inteligentes y expresivos, á pesar de que los tenia empañados por las lágrimas.

—¿Que se ha marchado?

—Sí, señor.

—Ya volverá.

—No, señor... me ha dado muchos besos y queria llevarme... pero mi padre no ha querido... y se fué sola, diciendo que no volvia.

—¿Es particular!—murmuró Merino.—¿Han reñido tus padres?

—Sí, señor; anoche.

—¿Y dónde está tu padre?

—Está durmiendo.

—¿Durmiendo! ;Tarde se levanta!

—Otros dias no, pero hoy sí.

—¿Y por qué es eso?—preguntó el cura, que en todo aquello encontraba algo de extraño.

—¿Como esta noche no se ha acostado!

—No...

—No, señor. Tuvo que ir al pueblo.

—¿A qué pueblo?

—A Torrelara.

—¿Qué dices? ¿A Torrelara?—exclamó don Jerónimo saltando como si le hubiera picado una víbora.

—Sí... mi madre no queria que fuera... pero él se empeñó, y por eso reñian.

—¿Y va tu padre otras noches al pueblo?—preguntó Merino.

—No, señor; nunca.

—¿A qué hora fué anoche?

—No lo sé... yo estaba acostada y oía las voces que daban.

—¿Pero estás segura de que fué á Torrelara?

—Sí, señor.

Torrelara era el pueblo donde el día anterior se habían alojado unos dos ó tres mil franceses, mandados por el general Roquet.

—¿Y no te acuerdas de lo que decían tus padres cuando regañaban?

—Sí, señor... mi padre decía: «Ya estoy cansado de ser pobre... mañana tendremos dinero.» Y mi madre lloraba.

A don Jerónimo le parecía cada vez más interesante la conversacion.

El *Fleo*, que se habia acercado, escuchaba atentamente y empezaba á comprender algo.

—¿Y cuándo ha vuelto tu padre?—preguntó Merino.

—Antes de ser de día.

—¿Y entonces regañó con tu madre?

—Sí, señor... ella no se habia acostado... y cuando entró él se levantó y tomó su ropa, y dijo que no quería estar más con nosotros... mi padre la pegó, y luego la enseñaba dinero y la decía: «Es nuestro.»

—Mucho dinero.

—Yo no lo sé.

—Bien, hija... dime ¿dónde vives?

—Allí.

Y la niña señaló con la mano una choza medio arruinada, que distaba poco más de cien varas.

—¿Está allí tu padre?

—Sí, señor.

—Vamos, *Feo*,—exclamó el cura, echándose al hombro la escopeta.

—¿Adónde?

—A ver al padre de esta niña.

La pastora se quedó con las ovejas, muy ajena de lo que había hecho, y Merino y su asistente se encaminaron á la choza.

—Creo que hemos tenido un hallazgo,—murmuraba el cura, apresurando el paso.

El *Feo* no había acabado de entender el asunto; pero en el rostro de su amo veía que se trataba de algo interesante.

Merino sabía que los franceses habían fijado edictos en los pueblos ofreciendo grandes sumas al que descubriera con exactitud el paradero de la partida.

Las palabras de la niña le habían parecido sospechosas, y temía que el padre de la pastorecita, habiendo visto llegar la guerrilla la tarde anterior, hubiera querido ganar, vendiéndola, lo que para él era una fortuna.

Antes de llegar á la choza, don Jerónimo se volvió á su asistente:

—*Feo*,—le dijo,—sube al campamento, dí de mi parte que tomen todos las armas y que baje contigo media compañía.

—Está muy bien.

El *Feo* empezó á subir la cuesta lo más de prisa posible.

Don Jerónimo se quedó un momento parado.  
Sin duda pensaba lo que debía hacer.

Pero las perplejidades del cura duraban poco, y á los dos minutos se dirigió resueltamente á la cabaña.

Abrió la puerta de una patada.

El aspecto del interior de aquella vivienda era súpicio y pobre.

Sobre unas pieles dormía un hombre, que se despertó al ruido que hizo Merino.

—¿Quién va?—preguntó el labriego, pasándose la mano por los ojos.

—Yo.

—¿Quién?—volvió á preguntar el otro levantándose.

—¡El cura Merino!—gritó don Jerónimo, contando con el efecto que en el campesino habia de producir su nombre, si efectivamente le habia hecho traición como sospechaba.

—¡El cura Merino!—exclamó el campesino, abriendo desmesuradamente los ojos y vacilando sobre las rodillas.

—Acabo de hablar con tu mujer,—añadió don Jerónimo, recalcando las palabras y clavando en el labriego dos ojos de tigre.

—Ha mentado, ha mentado, señor cura; yo no he ido á Torrelara... no he visto á los franceses, no he visto á nadie.

—Y entonces, ¿cómo has ganado esas monedas de oro, que sin duda al dormir te se han caído del bolsillo?

En el suelo no habia ninguna moneda; pero el la-

briego se inclinó con avidez hácia el sitio que señalaba don Jerónimo, diciendo con angustia:

—¿Qué monedas?

Y al bajarse violentamente dejó caer de la faja, que sin duda se le habia aflojado durante el sueño, varios duros y dos ó tres doblones de oro.

—Esas, esas,—repuso Merino, montando con tranquila resolucion su escopeta.

—¡Piedad!... ¡No me maté usted!... ¡Yo lo diré todo!—exclamó el labriego, cayendo de rodillas é implorando compasion con ambas manos unidas.

—¡Cobarde! Ya que quieres prolongar tu vida algunos minutos, te los concedo. Por otra parte, tú no debes morir á mis manos. Necesito hacer un escarmiento, y quiero fusilarte al frente de la guerrilla.

Las palabras de don Jerónimo no dejaban ninguna esperanza; pero un segundo de vida es vida, y el labriego se asió á él como el que se ahoga se ase de una astilla, por pequeña que sea.

—Yo lo diré todo, señor, yo lo diré todo,—exclamó el campesino, que seguia de rodillas, y á quien el terror no dejaba formular las palabras.

—Habla.

—Anoche fuí á Torrelara... Ofrecian mucho dinero, mil duros... Yo no sé cuánto son mil duros; pero deben ser mucho, mucho... No me dieron más que treinta... hoy me los van á dar... Pero no tenga usted cuidado, yo no los tomaré... ¡No... no los tomaré!... ¡Y eso que mil duros... mil duros!... Mi mujer no queria que fuera... y ha huido de aquí, y me ha llamado infame... y se que-

ria llevar á mi hija... ¿Dónde está mi hija?... Usted no lo sabe... pero yo no la he dejado llevársela... porque mi mujer no tendrá dinero... y yo sí... yo podré comprar vestidos á mi hija... y beber vino... Con mil duros se puede beber mucho vino.

—¡Borracho! ¡Ya decia yo!—exclamó el cura, que odiaba la embriaguez sobre todos los vicios.

—Pero no me mate usted...—gritaba el labriego.—  
¡Yo no los tomaré... ya no los quiero... no los quiero!...

Y aquel hombre se arrastraba por el suelo, presa de una horrible exaltacion nerviosa, producida por el miedo.

—¡Cobarde!—decia con desprecio don Jerónimo.—  
Habla, acaba... di que por ganar esa miserable cantidad has dicho á los franceses que yo estaba aquí con mi gente...

—Sí, sí señor... yo diré todo lo que usted quiera... todo lo que me mande... ¡Pero no me mate usted... no me mate usted, por Dios!...

—Sigue... ¿Has dicho al enemigo que podria cogerme hoy por la mañana?

—Sí, sí señor.

—¿Y se pondria en marcha inmediatamente?

—Yo no sé...

—Tú mismo le guiarías, y estará emboscado en estas inmediaciones...—decia Merino, pálido de ira y apretando convulsivamente el cañon de su escopeta.

—¡No me mate usted... no me mate usted!...—exclamaba el otro con las manos crispadas y erizado el cabello.

En esto llegó el *Feo* á la puerta de la cabaña.

Detrás de él se presentó un capitán, que venia al frente de unos sesenta hombres de la guerrilla.

La compañía habia hecho alto á seis ú ocho pasos delante de la puerta.

—Capitán,—dijo don Jerónimo con voz entera,— que se adelanten dos soldados y que saquen fuera á este hombre.

—La orden se cumplió inmediatamente.

El labriego, aunque el terror le tenia completamente trastornado, conoció que habia llegado el momento terrible, y empezó á arrastrarse por el suelo, agarrándose á los escasos muebles de su vivienda para impedir que le sacaran.

Los dos soldados, aunque eran vigorosos, apenas podian con él, y cada paso que daban les costaba esfuerzos desesperados.

El capitán y el *Reo* tuvieron que ayudarles.

—¡Piedad!—gritaba el labriego;—¡Piedad!... ¡Que no me maten!...

Por fin, entre los cuatro hombres lograron sacar al reo de la cabaña, arrastrándole hasta dos pasos más allá de la puerta.

Merino entonces levantó la voz y dijo á sus soldados: —Muchachos, este miserable nos ha vendido.

Un grito de indignacion salió de todos los labios. Muchos prepararon los fusiles.

Merino los contuvo con un ademán, y continuó:

—Ha delatado por dinero á los franceses el secreto de nuestro campamento, y ha comprometido la seguridad de la fuerza. Yo podria sentenciarle por mí mismo;

pero quiero que lo hagais vosotros. ¿Qué pena merece?

—¡La muerte!—gritaron todos con ira.

—Pues que muera,—contestó don Jerónimo.

El labriego habia pasado del terror á la atonía.

Agotadas sus fuerzas en la lucha que habia sostenido para impedir que le sacaran de la cabaña, permanecia en el suelo acurrucado é inmóvil, sin dar muestras de oír ni de ver lo que á su alrededor pasaba.

Habia perdido la conciencia de todo, hasta de su propia vida.

—Arrimadlo á la pared,—dijo Merino.

El labriego se dejó empujar hasta quedar echado contra la tapia de su cabaña.

—Ocho hombres al frente.

Las cuatro primeras hileras de la compañía avanzaron hasta colocarse á dos pasos del reo.

—¡Primera fila,—mandó con voz enérgica Merino,—preparen, armas!

Los soldados obedecieron.

Reinaba un silencio sepulcral.

Los últimos momentos de un hombre, por bajo y miserable que sea, tienen una solemnidad que nadie se atreve á turbar, ni aún con la respiracion.

Entonces ocurrió una cosa inesperada.

La pastorcita que con su inocente charla habia sido causa de que don Jerónimo entrara en sospechas y descubriera el peligro que le amenazaba, habia visto á los guerrilleros dirigirse hácia su casa, y con esa curiosidad propia de los niños se acercó para verlos mejor.

Cuando estuvo á algunos pasos de la cabaña, pudo ver lo que sucedia.

La pobre niña no habia visto nunca un fusilamiento; pero vió á su padre echado contra la tapia, á aquellos hombres que preparaban los fusiles, y sin duda el instinto la enteró de lo que sucedia.

Con la rapidez del rayo, y sin darse cuenta de lo que pasaba, se dirigió hácia el cura Merino, á quien con ese acierto que da el corazon en los momentos supremos juzgó árbitro de todo, y cayó abrazada á sus rodillas, gritando desesperadamente:

—¡Señor, señor... que no maten á mi padre!

Merino, que iba á dar la voz de *apunten*, sintió que la palabra se helaba en su garganta.

—Apartad á esta niña,—dijo, volviendo la cabeza para no verla.

El *Feo* y uno de los guerrilleros dieron dos pasos para ejecutar la órden.

Pero una hija que pide la vida de su padre es tan sagrada, que se quedaron parados y no se atrevieron á tocarla.

El cura miró á sus soldados, y vió que estaban conmovidos.

—¡Que no maten\* á mi padre!—volvió á gritar la pastora.

El reo al oir aquella voz que salia del alma, salió repentinamente de su estupor como si hubiera resucitado, y fijó en su hija y en el cura una mirada de angustia.

El capitan se enjugó una lágrima con el revés de la mano.

Merino murmuró entre dientes en voz temblorosa:

—No se puede fusilar á un padre delante de su hija.

—¡Perdon!—exclamó el capitán sin poder contenerse.

—¡Perdon!—gritaron todos aquellos hombres rudos y valerosos, que temblaban en presencia de la desesperación de la niña.

Merino estaba vencido.

Vaciló un momento.

Luego hizo con la mano á los soldados que debían consumir la ejecución una seña para que se retiraran.

Todos los pechos respiraron.

El reo fijaba en torno suyo una mirada estúpida y distraída.

Don Jerónimo no acertaba á hablar, y la niña seguía fuertemente abrazada á sus rodillas como á un ánclora de salvación.

—Tú le salvas, niña,—dijo por fin Merino, á quien la emoción embargaba la voz;—te debía una recompensa, ya la tienes.

La pastora, casi sin entenderle, adivinó lo que le decía, y muda, anhelante, casi sin aliento, se arrojó en brazos de su padre.

El reo, que aun no había vuelto en sí, comprendió lo que significaba aquel abrazo.

Sintió una especie de sacudimiento nervioso.

Se puso en pié erguido y descompuesto, saltó con la agilidad de un león fuera del espacio que ocupaban los soldados, lanzó una estridente carcajada, y echó á correr por la montaña, llevando en brazos á su hija.

El terror le habia vuelto loco.

Un minuto despues se le habia perdido de vista; pero entre las breñas resonaban sus carcajadas y sus gritos, que producian ecos espantosos.

Merino se repuso pronto de la emocion que habia experimentado.

—Al campamento,—dijo al capitan,—y allí veremos lo que se haya de hacer.

Y empezó á subir por la montaña.

Detrás de él iba el *Feo*.

Luego seguia el capitan con sus guerrilleros.

Todos marchaban silenciosos.

La escena que acababan de presenciar los tenia pensativos.

Ninguno se acordaba en aquel momento del peligro que acababan de saber corrian.

De cuando en cuando oian las carcajadas del loco.

Cada una de ellas les hacia estremecer.

Don Jerónimo procuraba olvidar lo que habia pasado, y buscaba en su imaginacion un medio de salvar á los suyos del peligro que corrian.

---

## Capítulo XXXVIII

### Bandera negra

Al llegar Merino al campamento, encontró á toda la tropa formada por compañías y descansando sobre las armas.

La caballería estaba pié á tierra; pero tanto esta como la infantería tenían los oficiales al frente de sus soldados, y estaban en disposición de marchar.

Don Jerónimo tendió una mirada de tristeza por aquellas filas de hombres, un mes antes robustos, sanos y bien vestidos, y entonces con la ropa destrozada y los rostros demacrados por la fatiga, cuando no por el desaliento.

Merino reunió á los capitanes, y formó con ellos un círculo algo apartado de la tropa, para que esta no pudiera oír lo que hablaban.

—Señores,—dijo sin pérdida de tiempo,—ha llegado el momento más crítico que podíamos atravesar. Un

miserable nos ha vendido; el ejército francés sabe á estas horas dónde nos encontramos, y probablemente nos habrá cortado la retirada. Antes de tomar una resolucion quiero oir la opinion de todos.

—Mi opinion es,—dijo el comandante,—que puesto que la sierra dista poco más de media legua, y una vez en ella podemos considerarnos en seguridad, qualquiera que sea el número de nuestros enemigos, marchemos con resolucion, y allí nos disolvemos en grupos como teníamos acordado. Cada capitán tiene ya la órden del punto á que debe dirigirse para dispersar en los pueblos su escuadron ó compañía.

—Sin embargo,—replicó Juan,—es preciso no exponernos á ser atacados en el valle por fuerzas tal vez muy superiores, que nos destruirian indudablemente. Para bajar de esta posicion y llegar á la sierra necesitamos más de una hora. Aquí podremos defendernos, aunque sea de diez mil hombres, ó por lo ménos vender caras nuestras vidas; en la llanura moriríamos casi sin defensa y sin venganza.

—Pero aquí,—contestó el comandante,—seremos cercados por el enemigo; y encerrados en esta ratonera, no tendremos más remedio que morir de hambre, porque no creo que haya nadie que piense en rendirse.

—¡Nadie!—exclamaron todos á una voz.

—Tenemos raciones para cuatro dias,—prosiguió el comandante.

—Nos pondremos á media racion y durarán ocho,—repuso Juan.

—Antes de apelar á ese extremo es preciso que in-

tentemos salir,—dijo el cura;—pero como las razones de Juan son muy atendibles, antes de abandonar nuestra posición haremos un fuerte reconocimiento.

—Es inútil,—interrumpió Tomás, señalando con la mano hacia el camino que desembocaba en el valle.

Todos volvieron la cabeza, y vieron reflejarse los rayos del sol en un bosque de bayonetas.

—¡El enemigo!—exclamó Merino.

—¡El enemigo!—gritaban al mismo tiempo los soldados.

—La cuestión, señores, está resuelta,—dijo con calma don Jerónimo.—Póngase cada cual al frente de su tropa, cumplamos todos con nuestro deber, y cuando llegue el momento de morir, yo daré el ejemplo.

En el mismo instante se disolvió el círculo.

Los capitanes fueron á colocarse á la cabeza de sus soldados.

Es particular, pero aquella masa de hombres que un momento antes temía perecer de cansancio y de miseria, se alegró á la vista de los franceses, con la esperanza de morir peleando.

La guerrilla adoptó sus disposiciones de combate con la celeridad acostumbrada.

La caballería llevó sus caballos á la espalda, los ató á las estacas, en que habían estado atados durante la noche, y los soldados, con sus tercerolas, formaron cuatro verdaderas compañías de infantería.

Los franceses continuaban avanzando.

Cuando toda la columna hubo salido al valle, se desplegó en batalla.

Serian unos tres mil quinientos á cuatro mil hombres de infantería y caballería, con algunos cañones de campaña.

Los mandaba el general Roquet.

Merino, mientras su tropa iba ocupando los puestos que él designaba, examinaba á los franceses con su antejo, y procuraba calcular su número y el plan de ataque que se proponían.

—*Feo*,—dijo de pronto á su asistente, que como siempre estaba detrás de él.

—¿Qué hay, mi amo?

—Búscame un trapo negro, una capa, una chaqueta, un pedazo de levita, ó dos ó tres fajas juntas, y un palo largo para hacer una bandera.

El *Feo* dió media vuelta, y volvió á poco con los objetos indicados.

Entre tanto los franceses, que avanzaban en buen orden, colocaban sus piezas, asestándolas contra la posición de los españoles, indudablemente para procurar infundirles miedo, pues por mucho que levantarán la puntería era imposible que les hicieran daño, porque los proyectiles no podían subir á tan considerable altura.

Don Jerónimo hizo su bandera, y mandó al *Feo* que la izara sobre una roca, desde donde pudieran verla los franceses.

Los guerrilleros, que desde sus respectivas posiciones tenían la vista clavada en su jefe, al ver ondear aquel estandarte que anunciaba una resolución heroica, olvidaron todas sus desgracias, y exclamaron:

—¡Viva el cura Merino!...

—¡Viva España!...—repuso el sacerdote, quitándose el sombrero.

Como si fuera el eco de aquellas aclamaciones que resonara en toda la montaña, se oyó en aquel momento el estampido de un cañonazo.

A este siguieron otros, y un minuto despues una densa nube de humo envolvía la línea de batalla de los franceses.

Por parte de los españoles, sólo Tomás, que ocupaba con cuarenta hombres una especie de reducto avanzado formado por la naturaleza, rompió el fuego.

Merino, sin abandonar su observatorio, desde donde dominaba todo el campo de batalla, llamó á su lado á cinco ó seis oficiales, á los que convirtió en ayudantes de órdenes para trasmitir las suyas.

Serian las seis y media de la mañana.

Don Jerónimo reflexionaba.

—Mientras continúen así,—pensaba,—no me dan cuidado. Sus balas de cañon ó de fusil no han de llegar á nosotros, y las nuestras, aunque mal, llegan á ellos: no les harán mucho daño, pero les harán alguno. Ese general no sabe lo que se pesca, y si para satisfacer su vanidad de militar me da un ataque á viva fuerza, ya le enseñaré yo lo que es un cura que quiere defenderse. Lo peor será que nos bloquee y nos obligue á atacarle; entonces se podrian volver las tornas.

Merino pensaba acertadamente.

El fuego de cañon y las descargas de fusilería con que los franceses atronaban el espacio, no servían más que para hacer ruido. Los proyectiles se aplastaban en

las piedras, sin llegar ni con mucho á la altura que ocupaban los españoles.

En cambio, las balas que disparaban los soldados de Tomás, como iban de alto abajo, llegaban á los franceses, y aunque no podían ir bien dirigidas, siempre hacían algun daño.

No tardó el general Roquet en conocer esta desventaja, y mandando suspender el fuego, ordenó sus columnas de asalto.

Merino, que todo lo veía desde su puesto, se volvió á sus improvisados ayudantes, y exclamó riendo:

—Decididamente ese hombre está loco.

Los franceses formaron cuatro columnas de unos quinientos hombres cada una.

El resto de sus fuerzas se dividió en dos masas, destinadas, una á apoyar las columnas que flaquearan y la otra á permanecer en el valle para asegurar la retirada, en el caso de una derrota completa.

Estas disposiciones estaban bien tomadas, y hubieran dando buen resultado contra una posición ménos formidable que la de los españoles.

Sin duda el general Roquet veía que tenía un medio infalible de vencer á Merino sin perder un solo hombre; pero para esto necesitaba emplear algunos días, obligando al cura á rendirse por hambre.

Hay que tener en cuenta el carácter de los generales del imperio.

Poco acostumbrados á economizar la sangre de sus soldados, y la suya propia, debemos decirlo en honor de su bravura, había en ellos algo de fanfarronería, que no

podia ménos de quedar mortificada si un general con cuatro mil soldados de todas armas empleaba seis ú ocho dias en rendir á quinientos ó seiscientos paisanos mandados por un cura, y á mayor abundamiento los rendia por hambre, no los vencia por medio de las armas. Por otra parte, don Jerónimo era tan astuto, que los generales franceses le tenian miedo, y Roquet, al mismo tiempo que queria, como acertadamente pensó Merino, dar á su amor propio de militar la satisfaccion de vencerle á viva fuerza, aunque tuviera que sacrificar algunos centenares de hombres, acaso pensara que este medio era más decisivo, y sobre todo más seguro, temeroso de que si se le daba espacio encontrara el guerrillero español algun recurso para salvarse.

Estas consideraciones fueron indudablemente las que le movieron á intentar el asalto.

Merino llamó á su lado dos compañías, con las que estaba pronto á acudir adonde hiciera falta su presencia, y rápido como el pensamiento paseó una mirada por todos los puntos culminantes de su improvisada fortaleza. Hallólos todos bien guarnecidos, y volvió la vista hácia las tropas francesas, que ya habian acabado de ordenarse y aguardaban á pié firme, al pié de la montaña, la órden de emprender la marcha.

No se hizo esta esperar mucho.

Una corneta dió la señal.

Las bandas de los batallones tocaron ataque.

Y las cuatro columnas emprendieron simultáneamente su movimiento y pisaron la falda de la montaña.

Hubo un momento de silencio. Las columnas de ataque se adelantaban al paso redoblado y en buen orden.

Delante de cada una de ellas iba una mitad de zapadores con sus palas, picos y azadones, para vencer en lo que fuera posible las dificultades del terreno.

La primera mitad de cada columna llevaba los fusiles á la espalda y las escalas de asalto en las manos.

El resto iba con las armas sobre el hombro.

Avanzaban con resolucion hácia un enemigo á quien no veian, ni sabian á punto fijo dónde estaba.

Merino, al verles romper la marcha, admirador como era de la valentía, tuvo un momento de conmiseracion, y murmuró entre dientes:

—¡Pobres hombres!

En aquel instante salió un disparo de detrás de una roca.

Un segundo despues la montaña parecia un volcan.

Los franceses comenzaron á experimentar bajas; pero continuaron avanzando sin contestar al fuego.

Los españoles, parapetados en las rocas, cargaban, apuntaban y tiraban con toda seguridad y rapidez.

Sus disparos, como hechos en tan buenas condiciones, eran muy mortíferos.

Las columnas francesas avanzaban, avanzaban sin vacilar, avanzaban siempre, dejando á su paso un rastro de cadáveres y heridos.

Alguna vez se notó en ellas una ligera ondulacion, acaso una tendencia á pararse ó retroceder; pero la voz de los jefes, más poderosa que el instinto de conserva-

cion, triunfaba pronto de aquel movimiento de temor, y la marcha continuaba.

Pero cuanto más adelantaban, el ascenso se iba haciendo más penoso.

La cuesta era más pendiente, y aumentaba la escabrosidad del terreno.

El fuego de los españoles seguía tan nutrido como al principio, y era más mortífero á medida que los franceses se acercaban.

Las columnas apenas podían conservar la formacion; pero proseguían su marcha.

Don Jerónimo no pudo ménos de murmurar dos ó tres veces:

—¡Buena infantería! ¡buena infantería!

Cuando una de las columnas, considerablemente mermada por el fuego de los españoles, comenzó á trepar por las rocas que empezaban á la mitad de la falda de la montaña, Tomás, que como hemos dicho, mandaba el reducto más avanzado, y á quien el cura había enviado un refuerzo poco antes, tuvo una idea diabólica.

Empleó quince ó veinte soldados en desprender un enorme pedrusco de los que rodeaban su posicion, lo cual consiguieron socavando un poco la tierra, y empujándolo con las culatas de los fusiles, lo hizo rodar sobre el enemigo.

El peñasco giró primero pesadamente, luego más de prisa, y por fin con rapidez vertiginosa, arrastrando en su caída hasta el valle una porcion de franceses, que dejaban por la montaña sus miembros palpitantes.

—¡Bravo, Tomás!...— gritó don Jerónimo con todas sus fuerzas, como si el muchacho hubiera podido oírle en medio de aquel tumulto infernal de voces, ayes, vivas, tiros, trompetas y tambores.

A aquel peñasco siguió otro, y otro, y otros varios.

Todos los guerrilleros que tuvieron posibilidad de hacer rodar alguno, emplearon ese espantoso medio de defensa.

Las columnas francesas quedaron desechas en ménos de un cuarto de hora.

Avanzó su reserva, y no pudo hacer más que reunir á los soldados dispersos y proteger su retirada.

Los españoles continuaron haciendo fuego mientras los franceses estuvieron al alcance de sus fusiles.

El asalto estaba frustrado.

—¡Victoria!...— gritaron los guerrilleros desde todas sus posiciones.

—¡Victoria!...— repetían los ecos de la montaña.

Sin embargo, los más pensadores, entre los cuales debemos contar á nuestro amigo Juan y al cura Merino, no se hacían ilusiones: sabían que aquello era una ventaja parcial que evitaba el peligro por de pronto, pero que en nada cambiaba la situación general de las cosas.

El combate había durado próximamente una hora.

Los franceses experimentaron más de cuatrocientas bajas entre muertos y heridos.

Los españoles no habían tenido ni un contuso.

La montaña había quedado llena de heridos, que se arrastraban trabajosamente hácia sus compañeros.

Otros yacian en el suelo dando alaridos espantosos.

Aquel espectáculo era horrible.

Luego que llegaron al valle los restos de las columnas de ataque, el general Roquet procedió á organizar sus batallones, lo cual fué obra de pocos minutos.

Tomás, desde su reducto avanzado, continuaba molestándoles con sus disparos, entonces más certeros que antes, porque como los franceses no hacian fuego, el humo no impedia apuntar á los guerrilleros.

Esto obligó al general Roquet á retirarse unas cien varas á retaguardia, para poner á sus soldados á cubierto de aquellos disparos.

Entonces cesó el fuego en la montaña.

Los franceses se distribuyeron en diferentes masas, que apoyándose unas en otras, establecian un verdadero cerco al rededor de la posicion de los españoles.

Esto era lo que temia Merino.

Por un momento pensó en aprovechar el efecto moral de su primera victoria, reunir sus fuerzas en una sola columna, y cargar al enemigo para abrirse paso.

Pero en seguida conoció que esto era imposible.

En cuanto bajara al valle seria ametrallado por la artillería, y acuchillado despues por la caballería.

El cura miraba con desesperacion al abismo que tenia á su espalda, único lado que estaba libre de franceses; pero por el cual no podian escapar los españoles.

No tenia más remedio que sostener un sitio en regla, y carecia de víveres.

Las municiones tampoco las tenia muy abundantes.

Por cualquier lado que miraba, la situación era desesperada.

—Moriremos,—pensó;—pero moriremos haciendo el último esfuerzo y de un modo digno de nosotros.

Merino empezó á recorrer sus puestos.

Dispuso que la tropa descansara en las mismas posiciones que habia ocupado durante el combate y comiera el rancho.

En todas partes fué recibido con aclamaciones.

Su presencia inspiraba tal confianza á sus soldados, que estos al verle se creían capaces de todo.

Hasta los más tímidos y los que peor auguraban de su situación, decían para tranquilizarse:

—El cura nos sacará adelante.

Y esta creencia les inspiraba valor.

Don Jerónimo, comprendiendo la necesidad que tenia de animar á todos, se esforzó por mostrarse jovial y amable.

A cada grupo le dijo una frase lisonjera.

En todas partes tuvo elogios que hacer acerca de la firmeza con que se habia combatido, y en todas sus palabras dejó traslucir una esperanza que en realidad no sentia.

Al llegar al reducto que ocupaba Tomás, le dió un fuerte abrazo.

—¡Bravo, hijo, bravo!...—exclamó con sincero entusiasmo.—Lo de las piedras ha sido una gran cosa.

—¿Le ha parecido á usted bien?

—¡Soberbio!...

—¿Y mi hermano?—preguntó Tomás.

—Se ha batido perfectamente.

—¿Pero está bueno?

—¡Si; no tenemos un herido!

—Tanto mejor.

En aquel momento se oyó un toque de clarín en la montaña.

—¿Qué es eso?—preguntó Merino.

Tomás se asomó para ver lo que pasaba.

—Un oficial, que se adelanta con un pañuelo blanco en la punta de la espada.

—¡Un parlamentario!—dijo Merino.—Manda á los centinelas que le dejen acercarse. Le recibiré aquí mismo, y con eso no podrá examinar nuestras posiciones, ni ver las fuerzas con que contamos.

El parlamentario trepaba penosamente por la montaña.

De cuando en cuando hacia un alto para descansar.

Entonces el trompeta repetía su toque de parlamento, como reiterando que su misión era de paz, para evitar que algun guerrillero les disparara un tiro.

Un trompeta español, por orden de Tomás, contestaba á aquellos toques, repitiéndolos, para tranquilizar á los franceses.

---

## Capítulo XXXIX

---

### El parlamentario

Llegó el oficial francés al reducto avanzado.

Tomás, que había salido á recibirle, le saludó cortesmente, y el oficial le devolvió el saludo con la mayor cordialidad.

El parlamentario, que era un ayudante de campo del general Roquet, preguntó por el cura Merino, y el jóven capitán le acompañó á la presencia del sacerdote.

Allí nuevos saludos.

El francés con amabilidad y exquisita finura.

Merino sin grosería, pero con su habitual sequedad.

—Mi general me envía,—dijo el parlamentario, que hablaba el español correctamente,—á tener el honor de conferenciar con el jefe de las fuerzas españolas, para ver si logramos ponernos de acuerdo acerca de dos puntos importantes.

Tomás hizo ademán de retirarse; pero don Jerónimo

le mandó que se quedara á presenciar la conferencia, y repuso al francés:

—Difícil es que su general de usted y yo lleguemos á estar de acuerdo en nada; pero, en fin, usted dirá á lo que viene, y yo le contestaré en seguida sin ambages ni rodeos.

—Sin embargo,—contestó el oficial,—los valientes se entienden con facilidad, y usted ha dado muchas pruebas de serlo.

Merino fué sensible al elogio del francés, dicho con sinceridad y sencillez, y congratulándose de habérselas con un adversario tan bien educado, le respondió:

—Aunque ustedes no hubieran probado su valor hasta hoy, quedaria bien demostrado sólo con lo que hemos visto.

—El ataque ha sido terrible.

—Yo he aplaudido más de una vez á esa valiente infantería, que ha pagado tan caro su denuedo.

—Efectivamente,—repuso el ayudante,—y ese es uno de los motivos de mi venida.

—Diga usted.

—Hay en el monte muchos de nuestros heridos, que se están muriendo sin auxilio de nadie.

—Es verdad.

—También tenemos algunos cadáveres,—añadió el oficial.

—Bastantes,—interrumpió Merino.

—Es cierto,—contestó el oficial; añadiendo:—Pues mi general quisiera recoger á unos y otros.

—No hay inconveniente en ello,—dijo el cura;—

permitiré que sus soldados de ustedes suban á cumplir ese deber, con dos condiciones.

—¿Cuáles son?

—Que no suban más que dos compañías.

—Está bien.

—Y que suban sin armas.

—Ya se supone.

—Pues en ese punto estamos perfectamente de acuerdo.

—Si usted me lo permite,—dijo el francés,—voy á mandar al trompeta que me ha acompañado que baje á dar cuenta á mi general de lo que en este punto hemos acordado. Esos infelices padecen horriblemente, cada minuto les cuesta atroces tormentos, y debemos abreviarlos.

—Es muy justo.

El parlamentario llamó al trompeta, que se habia quedado á quince ó veinte pasos del sitio en que tenia lugar la conferencia vigilado por dos guerrilleros, y le habló algunas palabras en francés, diciendo antes á Merino:

—Dispense usted, pero este soldado no sabe español.

El trompeta, despues de recibir la órden, empezó á bajar de la fortaleza y se dirigió hácia donde estaba el grueso de las tropas francesas.

—Podemos, si usted quiere, continuar nuestras negociaciones,—añadió el parlamentario,—y ojalá que sobre el segundo punto nos pongamos de acuerdo con tanta facilidad como sobre el primero.

—Veamos.

- La posicion de usted es desesperada.
- Poco á poco,—interrumpió el cura.
- Es inútil negarlo.
- Nada de eso. Hasta ahora no he sufrido más que un asalto, y no soy yo quien ha llevado la peor parte.
- Es cierto.
- Mis soldados son valientes.
- Lo reconozco.
- Están decididos.
- Lo creo.
- Mis posiciones son inexpugnables.
- No tanto.
- Ya se convencerán ustedes si intentan otro ataque, que tendrá el mismo resultado que el primero.
- Eso nadie puede decirlo.
- Lo digo yo.
- Es natural.
- ¡Y usted mismo!
- No, señor.
- Sí.
- Creo que usted es un oficial bastante entendido, para saber que aquí me defenderia yo victoriosamente de diez mil hombres.
- ¡Oh!
- Y ustedes no pasan de cuatro mil, contando los quinientos que deben tener muertos ó heridos.
- No son tantos,—se apresuró á decir el francés, que como buen negociador no queria confesar las terribles consecuencias que el asalto habia tenido para los suyos.

—Eso es lo de ménos,—replicó el cura.—Digo y repito que ustedes no podrán atacarme sin volver á ser duramente escarmentados.

—Y si recibimos refuerzos.

—Sucederá lo mismo. Me encuentro en una fortaleza que no se puede tomar por asalto.

—Pero se podrá rendir por hambre,—dijo lacónicamente el oficial.

Merino se mordió los labios.

Ya sabia que la conferencia llegaría á ese punto, y verdaderamente no tenia contestacion.

—Eso seria largo y expuesto,—repuso despues de un minuto.

—¿Largo?—preguntó con extrañeza el oficial.

—Tengo víveres para más de dos meses,—dijo el cura.

En los labios del francés se dibujó una ligera sonrisa de incredulidad.

—Se los enseñaré á usted si quiere,—exclamó audazmente don Jerónimo, que se hubiera visto muy apurado para cumplir su oferta.

—No es necesario.

—Además, no me faltarán medios de racionarme.

—Permitame usted que lo dude.

—El país está por nosotros.

—Pero nuestra vigilancia será grande.

—Sin contar con más de trescientos caballos que tengo, y que pienso comerme.

—Aun concediendo todo eso,—dijo el oficial,—quiere decir que usted permanecerá aquí dos meses, tres si

se quiere; pero al cabo de ellos tendrá que rendirse á discrecion.

—¡Bah! No creo que ustedes me sitien todo ese tiempo.

—Hace usted mal.

—Y aunque me sitiaran, la guerra tiene alternativas; ¿quién sabe lo que puede ocurrir en tres meses? Una victoria de los ejércitos inglés ó español, podria obligar á ustedes á levantar el sitio, suponiendo que yo antes no hubiera logrado romper la línea que me rodea.

—Esas eventualidades tienen poco de probables.

—¿Quién sabe!

—En cambio, cuando usted se halle reducido al último extremo, no tendrá más remedio que rendirse á discrecion.

—Eso no lo verá usted.

—¿No?

—No, porque antes me pondré á la cabeza de toda mi gente, y moriré con los míos, pero moriré matando.

Don Jerónimo hablaba con tal resolucion, que el parlamentario perdió toda esperanza de reducirle.

El cura estaba convencido de las razones del francés, mucho más sabiendo que el sitio no tendria que durar dos ni tres meses, porque sus víveres apenas alcanzaban para ocho dias, poniendo su gente á media racion.

Pero la idea de tener que rendirse á discrecion excitó su ferocidad y le hizo olvidarlo todo.

Hubo unos momentos de pausa.

El francés contemplaba con curiosidad al héroe extravagante, que hablaba de morir con la mayor tranquilidad.

Tomás, que no se había atrevido á terciar en el debate, apoyala con el gesto las palabras del sacerdote, y el cura le miraba como para asegurarse de que estaba conforme con sus propósitos.

El parlamentario reanudó el diálogo en estos términos:

—Yo creo que entre morir y rendirse á discrecion, hay un medio.

—¿Cuál?

—Capitular con condiciones.

—Solo de un modo podria yo oir hablar de eso.

—¿Cómo!

—Si las condiciones fueran abandonar yo esta posicion, y salir de ella al frente de mi tropa con las armas en la mano.

—Para entregarlas en el vallé,—dijo el oficial,—y licenciar su gente.

—Para conservarlas y proseguir la guerra,—gritó impetuosamente Merino.

—Eso no es posible.

—Entonces hemos concluido.

—Mi general garantiza á ustedes la vida y la libertad, siempre que antes empenen palabra de honor de no volver á levantarse contra el rey José.

—Si yo supiera que habia entre los míos uno sólo capaz de aceptar esas condiciones, lo fusilaria antes de cinco minutos.

—En ese caso, dice usted bien... hemos concluido.

—Tal creo.

—De todos modos,—dijo el oficial, levantándose de la piedra en que se hallaba sentado,—yo me felicito por haber tenido ocasion de conocer al valeroso cura Merino.

—Muchas gracias,—repuso don Jerónimo, alargando al francés la mano.

—Sin embargo,—dijo este al despedirse,—si piensa usted otra cosa y quiere aceptar las condiciones que le he propuesto, no tiene más que izar una bandera blanca y suspenderemos nuestras operaciones en cualquier estado en que se hallen.

—Antes de emprender el combate he izado aquella bandera negra,—replicó el cura, señalando á la que ondeaba en la cúspide de la montaña,—y á mí no me gusta variar de colores.

—Como usted quiera.

El oficial saludó y marchó acompañado de Tomás, que fué con él hasta el punto en que la bajada se hacia practicable.

Entre tanto, unos doscientos soldados franceses sin armas se ocupaban en la piadosa tarea de levantar los heridos.

El servicio sanitario no estaba entonces tan bien montado en los ejércitos como ahora.

Las camillas eran pocas y malas, de modo que la mayor parte de los heridos tenian que ser trasportados

brazo con gran incomodidad de los conductores y no menor perjuicio de los pacientes.

El personal de facultativos era tambien muy escaso, y á pesar de que Napoleon I habia cuidado de mejorar mucho la organizacion de sus ejércitos, el francés no llevaba en este punto gran ventaja á los otros.

Así es que la operacion fué larga y difícil.

Los infelices heridos, echados entre las rocas, cuando veian acercarse algun grupo de soldados, se incorporaban trabajosamente gritando todos:

—¡A mi! ¡A mi!

Pero los otros no podian acudir más que á uno, y tenian necesariamente que hacer oidos sordos á aquel triste clamoreo.

Los desatendidos prorumpian en imprecaciones ó se dejaban caer desfallecidos sobre las piedras, y aguardaban desangrándose á que les llegara la vez.

Los que tenian fracturas daban alaridos espantosos, y hasta habia algunos que por no sufrir tan horribles dolores procuraban romperse la cabeza contra las peñas, sin conseguir otra cosa que hacerse nuevas heridas, porque no tenian bastante fuerza para matarse.

Tomás, luego que despidió al parlamentario dándole la mano, permaneció algunos minutos contemplando aquel terrible espectáculo, hasta que horrorizado y compadecido de tantas desgracias, regresó á su puesto, tapándose los oidos para no escuchar aquel concierto de quejas y lamentos.

—¿Qué te han parecido las proposiciones?—le preguntó don Jerónimo.

—No sé cómo ha tenido usted la paciencia de oírlas.

—Si en lugar de ser un enviado,—repuso Merino,—me las hubiera hecho el general en persona, me parece que le ahogo.

Merino salió del reducto y continuó recorriendo sus posiciones, regresando luego á su cuartel general.

Aún no se habia desayunado, á pesar de que eran las nueve de la mañana y estaba en pié desde antes de amanecer.

—Mi amo,—le dijo el *Fleo*.

—¿Qué quieres?

—Estará usted desmayado.

—Si que tengo hambre. Con estas cosas me he olvidado de almorzar.

—Le daré á usted algo.

—Si, dame un poco carne, pan y queso.

Con tan frugales manjares y un vaso de agua, almorzaba divinamente el general en jefe del ejército de Castilla la Vieja.

Don Jerónimo estaba muy preocupado.

Veía que los franceses comenzaban á levantar reductos de tierra al rededor de su inexpugnable posicion, lo cual anunciaba que estaban decididos á poner un sitio en regla.

Y aquello era verdaderamente terrible.

Merino contaba con el valor de sus soldados para combatir; pero no para dejarse perecer en la inaccion de hambre y de miseria.

Morir en la batalla, en medio del estruendo de las armas, del redoblar de los tambores y del sonar de los

clarines, embriagado por el humo de la pólvora, aturcido por los gritos de los combatientes, excitado por las detonaciones de las armas de fuego, y envuelto en el torbellino de una carga, á la que el caballo lleva á su ginete con vertiginosa velocidad, es cosa que no espanta á ningun hombre avezado al combate y al peligro. Pero sentirse desfallecer, inmóvil, callado, apoyado tristemente en el fusil ó en el sable, convertidos en objetos inútiles é inofensivos, rodeado por todas partes como una fiera, y no como una fiera acosada por los perros y los cazadores, sino como una fiera enjaulada; morir sin defenderse, herido por una mano invisible, cuyas heridas no producen ni siquiera la exaltacion del dolor, es un heroismo pasivo de que son capaces muy pocos hombres.

Merino se sentia con fuerzas suficientes para demostrarlo.

Pero ¿serian de su temple todos los soldados?

Era imposible.

Lo que más sentia don Jerónimo era que los franceses no hicieran fuego.

Él les hubiera contestado, y aunque los disparos de unos y otros fueran ineficaces, tendria aquello el aspecto de un combate.

Sus soldados se mantendrian en la excitacion febril del combatiente, y no reflexionarian en la situacion en que se encontraban.

Así se pasó todo el dia.

Para la noche dispuso don Jerónimo que las compañías durmieran en los mismos sitios en que habian combatido y pasado el dia.

La tercera parte de la fuerza debia quedarse de guardia: los demás entregarse al descanso, prontos siempre á ponerse sobre las armas á la primera señal de alarma.

La única ventaja que tuvieron los guerrilleros aquella noche sobre las anteriores, es que como no necesitaban ocultar al enemigo el sitio en que estaban acampados, Merino les permitió encender hogueras para calentarse.

Los franceses habian acudido al mismo medio, y la montaña y el valle presentaban con sus fuegos un aspecto fantástico.

La noche se pasó en calma.

El silencio sólo fué turbado por las voces de alerta de los centinelas de uno y otro campo.

Don Jerónimo apenas pudo dormir.

De cuando en cuando se incorporaba y dirigia una mirada de ansiedad hácia el sitio que ocupaban los franceses, como si tuviera la esperanza de que estos desaparecieran.

Pero las fogatas, brillantes, animadas, coronadas de humo rojizo, continuaban allí anunciando la presencia del enemigo.

Al amanecer volvió á mirar.

Los franceses seguian en sus puestos.

Los primeros rayos del sol se reflejaron en los pabellones de armas.

En torno de la montaña se veian discurrir muchos centinelas de caballería, que formaban un cordon.

Merino hizo llamar á los capitanes y les comunicó

que desde aquel día era preciso reducir á la mitad la racion de la tropa.

El día anterior no habia querido apelar á este recurso extremo, porque aun tenia esperanza de que el sitio no se realizara.

Pero era forzoso rendirse á la evidencia, y no tenia viveres más que para seis días.

Despues de ellos, intentaria una salida desesperada, y lograria romper la línea enemiga, ó morir en ella con todos los suyos.

Los capitanes fueron á comunicar aquella determinacion á sus compañías, y los pobres soldados recibieron la noticia sin murmurar, que era todo lo que podia exigírseles.

Así pasaron dos días.

Dos días en que sólo las avanzadas habian cambiado algunos tiros con los ingenieros de la columna francesa, que intentaron subir á la montaña para ver si era fácil practicar un camino cubierto, que permitiera dar otro asalto.

Don Jerónimo habia dividido su fuerza en tres secciones.

Una de ellas entraba diariamente de servicio, cubriendo las guardias de todos los puestos.

La segunda estaba de imaginaria, y debia permanecer todo el día reunida en los sitios marcados de antemano, dispuesta á tomar las armas y acudir adonde hiciera falta su presencia.

La tercera estaba libre, y podia entregarse al descanso.

En la tarde del segundo día algunos guerrilleros del escuadrón que mandaba el capitán Ruiz, el hijo del posadero de Pancorvo, comenzaron á dar muestras de insubordinación, que los oficiales reprimieron prontamente repartiendo unos cuantos palos.

Pero á nadie se ocultaba que la situación era insostenible.

Los soldados, mal comidos y medio muertos de fatiga, empezaban á murmurar, y los oficiales temían que ocurriera una sublevación.

Sus temores no eran infundados.

Al tercer día de sitio, cuando se fué por la mañana á hacer el reparto de víveres, los soldados de una de las compañías de infantería se negaron á tomar los que se les daban, y faltaron al respeto á sus oficiales.

Avisado Merino de lo que sucedía, se colgó del cinturón un par de pistolas, mandó que todas las compañías tomaran las armas, y se encaminó irritado y veloz al lugar de la ocurrencia.

—¿Qué pasa aquí?—gritó con voz enérgica á los soldados.

Estos retrocedieron algunos pasos y formaron un círculo en derredor del sacerdote.

—¿Qué pasa aquí?—volvió á preguntar Merino amenazador y terrible.

—Que no queremos morir de hambre,—exclamó un sargento adelantándose hácia su jefe.

El cura por toda contestación empuñó una de sus pistolas, y antes de que nadie pudiera impedirlo le disparó un tiro, metiéndole la bala en la cabeza.

El sargento cayó sin vida.

Los soldados retrocedieron con espanto.

Merino, empuñando la otra pistola, paseó una mirada terrible por todos ellos, preguntando con calma:

—¿Hay algun otro que no quiera morir de hambre? No se oía ni respirar siquiera.

—A tomar las armas y á formar, ¡cobardes!—gritó don Jerónimo, viendo que gracias á su feroz energía estaba vencida una insurreccion que fácilmente hubiera podido propagarse á todo el campamento.

Los soldados obedecieron, y en ménos de un minuto quedaron formados.

El cura les dirigió algunas palabras sobre sus deberes y los sacrificios que la patria impone, y ellos, por una de esas reacciones tan comunes en las muchedumbres cuando se sienten dominadas por una verdadera superioridad, le contestaron gritando:

—¡Viva el cura Merino!

---

## Capítulo XL

**El todo por el todo**

El día fué triste.

No hubo nadie en la guerrilla á quien no impresionara dolorosamente el acto de rigor de Merino, por más que todos lo encontraron justificado, y lo que es más, indispensable.

Los capitanes reunieron á sus compañías y encarecieron á todos la necesidad de la obediencia y del sufrimiento, sin lo cual se expondrían á las terribles consecuencias que habia tenido su insubordinacion para el infeliz sargento. Procuraron pintar la situacion con colores algo sonrosados; pero como no era fácil hacerse ilusiones y todos veian claramente la realidad, los soldados, si bien prometieron morir obedeciendo sin vacilar las órdenes de sus jefes, no mostraron esa alegría que es nuncio seguro de la esperanza de los corazones.

Don Jerónimo estaba meditabundo.

El principio de insurreccion que se habia visto obligado á reprimir con tanta dureza, no era para él más que un síntoma.

Comprendia que el sufrimiento de sus pobres voluntarios llegaba ya á sus últimos límites.

Temia que de un momento á otro estallara otra sublevacion, que le seria imposible dominar.

Comprendia que una vez roto el freno de la disciplina, los soldados le asesinarian á él y á sus oficiales, y se rendirian luego á los franceses.

Esto era para don Jerónimo algo más que el vencimiento y la muerte: era la deshonor del ejército que llevaba su nombre, era hasta una ignominia para la causa de España, á la cual habia hecho de antemano el sacrificio de su vida.

Por otra parte, los franceses no abandonaban sus posiciones.

Allí permanecian vigilantes é inmóviles como seguros de su presa.

Los víveres se iban acabando.

Tres dias despues habria desaparecido el último grano de arroz y la última galleta.

Entonces no quedaria más recurso que apelar á una resolucion extrema.

Los jefes y oficiales de la guerrilla, que comprendian esto, se habian ya atrevido á insinuar á Merino en sus conversaciones la conveniencia de intentar una salida.

Don Jerónimo veia que era necesario adoptar ese partido, por la sencilla razon de que no habia otro.

Pero antes de proceder á dar un golpe atrevido quiso reanimar por medio de un acto de energía el valor de su gente, que se hallaba bastante abatido.

A este fin, cuando los capitanes se reunieron en su cuartel general para tomar la órden del dia, les dictó la siguiente, que fué inmediatamente leída á las compañías:

«Teniendo la seguridad de vencer al enemigo en muy breve plazo, y deseando que la debilidad de algunos cobardes no esterilice los esfuerzos de todos,

#### ORDENO Y MANDO:

Art. 1.º El que profiriere quejas de cualquier género sobre la calidad ó cantidad de los alimentos, lo penoso del servicio ó los peligros de la campaña, será pasado por las armas.

Art. 2.º Los que pronunciaren las palabras *capitular* ó *rendirse*, sufrirán la misma pena.

#### MERINO.

Y para dar una prueba á todos de la absoluta confianza que tenia en la victoria, mandó repartir por la tarde racion completa.

Aquello equivalia á quemar las naves.

Ya no le quedaba más que media racion por plaza, y por consiguiente, no podia prolongar su defensa ni un dia más.

La tropa, que pasa con tanta facilidad del desaliento á la esperanza, acogió con aciamaciones aquella resolucion, que anunciaba la proximidad de nuevos combates

y nuevos peligros; pero tambien predecia una libertad próxima.

Porque hay que advertir, que era tal la confianza que el cura les inspiraba, que á ninguno se le ocurría que un plan formado por él pudiera malograrse.

Por la tarde dispuso Merino que acudieran á su cuartel general, no sólo el comandante y los capitanes, sino tambien los demás oficiales, porque á todos queria dar verbalmente sus instrucciones, á fin de que cada uno quedara bien enterado de lo que tenia que hacer.

Reunidos estos en número de unos veinticinco, porque habia seis ó siete de servicio, don Jerónimo les habló de esta manera:

—Cuatro dias hace que nos hallamos aquí cercados por un enemigo, que si no se atreve á atacarnos, porque está seguro de que le escarmentaríamos, aguarda que el hambre y las privaciones nos entreguen en sus manos. Yo he aguardado este tiempo para ver si algun acontecimiento inesperado de los que suelen ocurrir en la guerra, nos sacaba de la difícil posicion en que estamos. Ya no tengo esa esperanza, y he resuelto que dentro de pocas horas nos hemos de abrir paso por en medio del enemigo, ó hemos de perecer todos en las puntas de sus bayonetas.

—¡Bravo!—gritaron los oficiales, entusiasmados por el lenguaje del sacerdote y la resolucion que se veía pintada en su semblante.

Merino miró con satisfaccion á sus subalternos.

—No esperaba yo ménos de tan honrados españoles y tan valientes oficiales,—dijo.

—Con usted moriremos todos,—gritaron algunos.

—Sí, sí,—añadieron los otros.

—Yo espero que juntos venceremos,—exclamó Merino.—Yo creo que todavía hemos de dar á la patria muchas victorias, y á los franceses no pocas desazones.

—Es verdad.

—Sí, señor.

—Se las daremos.

—¡Mueran los franceses!

—¡Mueran!

—¡Viva España!

—¡Viva!

Merino dejó pasar aquella explosion de entusiasmo, que le alegraba y le parecia muy á propósito para la realizacion de su proyecto, y siguió diciendo:

—Yo he formado un plan que, aunque atrevido, no puede decirse que sea descabellado.

—¡Qué ha de ser!—dijo irreflexivamente un jóven alferez, sin saber aún de qué se trataba.

Don Jerónimo sonrió á aquel valiente oficial casi niño, á quien le empezaba á apuntar el bozo, y dijo:

—El enemigo consta de unos cuatro mil hombres, es cierto; los nuestros no llegan á seiscientos; pero nosotros tenemos la gran ventaja de poder caer con todas nuestras fuerzas sobre un solo punto, mientras que los franceses se ven obligados á defender y cubrir una línea bastante extensa.

El razonamiento era exactísimo, y don Jerónimo hizo una pausa, á fin de que sus oyentes pudieran meditar sobre él y comprenderlo.

— Es verdad.

— Es indudable.

— No tiene réplica.

Se dijeron los oficiales unos á otros.

— Por consiguiente, — continuó Merino, — todo consiste en que nosotros no les demos tiempo para acumular sus masas en el punto por donde intentemos romper la línea, y esto me parece fácil, si no olvidamos ninguna de las precauciones que se deben tomar en semejantes casos. Mucha importancia tiene la hora en que emprendamos la operacion. He resuelto que sea de noche y poco antes de amanecer, porque he notado que á esa hora es cuando el servicio se hace siempre con ménos vigilancia. Los hombres que están de guardia se hallan cansados por una noche de fatiga, el sueño es insopor-table, y todos empiezan á tener confianza en que no sucederá nada. Me parece la hora más propia de las sorpresas. Debo advertir, que no cuento con coger á los franceses enteramente desprevenidos: sé que los centinelas darán la voz de alarma; pero el caso es que no la den hasta que nos tengan encima. Entonces nos arrojaremos sobre el enemigo con rapidez, y tendremos que sufrir una descarga, que no será muy temible hecha por hombres sorprendidos en medio de su sueño, y que acaban de tomar las armas. Perderemos alguna gente; pero sin detenernos á combatir, ni hacer más que arrojar lo que encontremos al paso, ganaremos el camino, y antes de ser de dia, para que no sea fácil perseguirnos, estaremos en la tierra de la Demanda, desde donde cada cual marchará á su destino.

El proyecto estaba explicado con claridad, y á todos pareció realizable.

Merino explicó que en el ataque cada soldado de caballería debía llevar á la grupa uno de infantería, pues su deseo era que el choque no durara sino muy pocos minutos, porque de lo contrario, reunidos todos los franceses en el lugar del combate, la pérdida de los españoles era segura.

Explicó minuciosamente las precauciones que se debían tomar para que la partida saliera de su improvisada fortaleza sin hacer ruido.

Los cascos de los caballos debían envolverse en trapos y paja, lo mismo que las vainas de los sables.

Los caballos debían bajar uno á uno hasta la mitad de la montaña, donde el terreno era ya más practicable, y como esta operacion hecha de ese modo habia de exigir muchas horas, debía empezarse apenas anoheciera.

Quedaba terminantemente prohibido fumar, para que el fuego de los cigarros no denunciara los movimientos que se hacian en la montaña.

Las guardias permanecerian en sus puestos, y los centinelas darian de cuarto en cuarto de hora el alerta de costumbre.

Y por último, las hogueras estarían encendidas toda la noche como si la tropa vivaqueara, y aun despues de que el campamento quedara abandonado, se cuidaria de dejarlas con bastante leña para que siguieran ardiendo.

Llegada la hora de la ejecucion, todo se hizo como habia mandado el cura.

La operacion fué larga y penosa; los caballos, con sus cascos entrapajados, tenian que bajar sumamente despacio hasta llegar al sitio en que el terreno tenia ya algun musgo, donde se iban quedando.

Y á pesar de la lentitud con que los hacian andar los soldados llevándolos de la brida, resbalaban en las piedras y corrían gran peligro de despeñarse.

Por fortuna no hubo ningun accidente desgraciado, y á eso de las tres de la madrugada los cuatro escuadrones se hallaban reunidos en la mitad de la montaña, cerca del sitio en que cuatro dias antes habia encontrado Merino á la pastorcita que con su inocente charla salvó á la partida de una catástrofe.

Entonces don Jerónimo abandonó el campamento con las compañías de infantería.

La noche era oscura, y nada turbaba el silencio de la montaña.

Se habia prohibido hablar á los soldados, y al verles deslizarse por las rocas mudos y vacilantes, se les hubiera tomado por sombras ó fantasmas.

Cuando llegó el cura adonde estaba la caballería, los soldados montaron á caballo, y los infantes se colocaron á la grupa de los ginetes.

Los escuadrones comenzaron á marchar en columna al paso corto, para hacer el menor ruido posible.

Pero cuando Merino y el comandante que iban á la cabeza llegaron al valle, se oyeron en el campamento francés muchas voces, que gritaban: *Aux armes* (1).

---

(1) A las armas.

Eran los escuchas, que no estaban desprevenidos.

Merino contaba con aquello calculó que le faltaban unas cien varas para llegar á la línea enemiga, y eso no es nada para la caballería, sobre todo en aquel terreno llano y espacioso.

—¡Al galope!—gritó el cura, espoleando su caballo.

Toda la columna partió á la carrera en línea recta.

Al mismo tiempo se oyó el chirrido de los sables, que se desenvainaban.

Entonces sonaron algunos tiros.

Los franceses se armaban apresuradamente y disparaban sin saber adónde.

Tiraron dos ó tres cañonazos, que alumbraron por un momento la oscuridad de la noche.

—¡Adelante!—gritaba Merino con voz de trueno.

—¡Adelante!—respondían sus oficiales y soldados.

La carga fué impetuosísima, y no duró más que dos minutos.

La columna española pasó por encima de los franceses con la velocidad del rayo.

No habia perdido más que diez ó doce hombres, heridos ó prisioneros.

En cambio los franceses, que tiraban aturdidos sin saber adónde, se fusilaban unos á otros, hasta que sus jefes mandaron tocar «alto el fuego.»

Cuando algunos batallones de los puestos inmediatos llegaron á la carrera, y cinco ó seis escuadrones de caballería estuvieron montados y en disposición de batirse, pudieron ver á la luz de los fogonazos la colum-

na de Merino, que, rápida como el rayo, tomaba al galope el camino de la sierra de la Demanda.

Dos ó tres descargas y algunos cañonazos dispararon en la oscuridad, causando pocas bajas á los fugitivos.

—¡Al galope! ¡Adelante!—seguian gritando don Jerónimo y los oficiales, que sabian que muy pronto no tendrían nada que temer de sus enemigos.

La carrera duró poco más de diez minutos.

Al cabo de ellos, Merino mandó hacer alto.

La infantería se apeó de los caballos.

Se formaron los escuadrones y las compañías, dando lugar á que se reunieran algunos que habian quedado rezagados, por caer de los caballos, ó por haber sido estos muertos por las balas.

Entonces se pasó lista.

Faltaban veintitres hombres.

Entre ellos un oficial.

Aun era completamente de noche.

Merino levantó la voz, diciendo:

—Bien, hijos míos; todo ha salido perfectamente. Hemos jugado el todo por el todo; pero Dios nos ha ayudado. Ahora en marcha, que mientras sea de noche no se arriesgará á atacarnos el enemigo, y dentro de media hora estaremos en la sierra, donde me río yo de todos los franceses habidos y por haber.

La columna se puso en marcha.

Merino tenia razon.

El general Roquet, trémulo de ira, quiso emprender en el acto su persecucion y acabar con él; pero to-

dos sus jefes le hicieron presente que era una imprudencia, que el cura marcharía á campo traviesa y que las tropas podían caer en una emboscada marchando á oscuras y sin guías por parajes poco conocidos.

No tuvo más remedio que contentarse con enviar al camino algunos escuadrones, que avanzaron con precaucion y volvieron sin encontrar rastro de la partida.

Después de una hora, cuando fué enteramente de dia, Roquet ordenó un reconocimiento á la fortaleza que habían ocupado los guerrilleros, en la cual no se encontraron más que las señales de que habían estado allí.

En seguida dispuso emprender la persecucion de los fugitivos.

A aquella hora los españoles, entre los cuales se había repartido la media racion que quedaba, la empleaban toda en el primer rancho, y lo comían tranquilamente en la sierra.

Todo eran plácemes y enhorabuenas.

Los oficiales se abrazaban unos á otros.

Los soldados cantaban, corrían, bailaban y celebraban su libertad lo más alegremente posible.

A las órdenes de Merino se creían capaces de todo.

Si les hubiera mandado atacar al mismo Napoleon primero con todos sus ejércitos, no hubieran vacilado.

Merino los miraba tristemente.

—¡Tener que disolver esta fuerza!—pensaba.

Hubiera dado por evitarlo diez años de su vida.

Pero no tenía otro remedio.

Luego del rancho reunió á los capitanes, y les participó que había llegado el momento solemne.

Aquellos hombres, heróicos y esforzados hasta la temeridad, sintieron que el llanto se agolpaba á sus ojos.

—Pronto nos veremos y volveremos á vencer,—dijo Merino.

Ninguno le contestó.

Don Jerónimo dió á cada cual sus órdenes é instrucciones.

En seguida los abrazó á todos uno por uno.

—No quiero despedirme de la tropa,—dijo;—que cada uno reuna la suya y se ponga inmediatamente en marcha.

Él montó á caballo, y con el comandante, que debia acompañarle, el *Feo* y tres ordenanzas montados, se internó en la sierra para buscar el camino de Neila.

Los capitanes reunieron sus escuadrones y compañías y emprendieron la marcha en distintas direcciones, con gran admiracion de los soldados, que no sabian de qué se trataba.

El general Roquet estaba desesperado.

Habia perdido cuatro dias y cerca de quinientos hombres, para no conseguir nada.

Lo que más sentia era que habia anunciado pomposamente al comandante general de Búrgos que tenia al cura Merino entre sus manos.

La *Gaceta de Madrid* llegó á decir que lo habia cogido.

Y tenia que confesar que se le habia escapado, y lo

que es más, rompiendo á viva fuerza la línea que le cercaba.

Para un general del Imperio aquello era horrible, y no podía ménos de costarle el mando, que efectivamente perdió poco despues.

Al dia siguiente todos los generales franceses estaban mareados.

Segun las noticias de los pueblos, en todas partes se hallaba la partida de Merino.

Habia estado en Lerma.

Pasó por las inmediaciones de Briviesca.

La vieron dirigirse hácia Miranda.

Pidió raciones en Pancorbo.

Se alojó en Vadocondes.

Todos estos pueblos distaban muchas leguas entre sí y se hallaban en direcciones enteramente contrarias.

Era imposible que hubiera estado en todos ellos.

Y sin embargo, las noticias eran exactas.

Los franceses no sabian cómo compaginarlas, porque ignoraban el fraccionamiento de la guerrilla.

Dos dias despues no volvieron á oir hablar de ella.

Parecia que se habia evaporado, ó que se la habia tragado la tierra.

Como los franceses conocian la astucia y el valor de Merino, les alarmaba más no oir hablar de él, que saber dónde se encontraba al frente de su guerrilla.

A cada momento temian verle aparecer en cualquier parte, haciendo alguna de las suyas.

Pero pasó una semana, y viendo que nada sucedía, las columnas comenzaron á replegarse á sus cantones, y los periódicos oficiales de Madrid y Paris participaron á sus lectores que la provincia estaba completamente pacificada.

En Francia se hicieron multitud de caricaturas que representaban á Merino con hábitos, sombrero de teja, un gran crucifijo en la mano, sable y ún trabuco naranjero, huyendo de una gorra de pelo puesta en la punta de un palo.

Se conoce que el dibujante no habia visto pelear al intrépido cura.

No faltaron diarios que dijeron que se habia suicidado, y todos se dedicaron á contar anécdotas y á referir su biografía, sin más objeto que ponerlo en ridículo.

Como nada se sabia de los prisioneros hechos en la accion de Covarrubias, se dió por supuesto que los habia fusilado, y no faltó quien pidiera represalias, sin que afortunadamente encontrara esta vez eco, tal vez porque las numerosas partidas que habia en todas las provincias tenian en su poder muchos franceses y hubieran podido vengar en ellos á sus compatriotas.

---

## Capítulo XLI

### Un golpe de audacia.

Trasladémonos á Búrgos y á casa de don Cleto, que se disponia á comer con su hermana despues de volver de la escribanía.

El pobre escribiente estaba desmejorado.

Desde la prision de Gil habia pasado muy malos ratos.

No se daba punto de reposo para ir desde su casa á la oficina y desde esta á la cárcel, y visitar á todas las personas influyentes que pudieran hacer algo en favor de su primo.

Pero no conseguia nada, y su salud se resentia de haber variado mucho el método de vida que habia tenido siempre.

Sus relaciones con el antiguo notario don Fabian se habian enfriado mucho desde que en la entrevista que

el prefecto tuvo en la cárcel con Gil Mendoza, don Cleto se manifestó con tanta decision amigo de los que defendian la causa de España con las armas en la mano.

Debemos decir, en honor de la verdad, que el prefecto, aunque se sintió herido, ó por mejor decir humillado por el patriotismo de los dos primos, no manifestó á don Cleto ningun sentimiento de hostilidad; pero como el pasante era muy tímido, desde que se habia mostrado en disidencia con el que fué su jefe, apenas se atrevia á visitarle y se quedaba sumamente cortado en su presencia.

Doña Nicolasa acababa de servir la sopa y don Cleto se disponia á sentarse á la mesa, cuando les sobresaltó un fuerte campanillazo, dado á la puerta.

—¿Quién será?—preguntó la hermana.

—¡A esta casa no viene nadie!—dijo el hermano; y añadió:

—En fin, veamos.

Don Cleto, con la servilleta en la mano, se dirigió á la puerta de la escalera y la abrió inmediatamente.

El pasante retrocedió un paso con muestras de verdadero espanto.

Quiso gritar, y la voz se ahogó en su garganta.

Abrió desmesuradamente los ojos como si no diera crédito á lo que veia, y contuvo la respiracion, quedándose con la boca abierta.

El que causaba tanto asombro en el bueno de don Cleto, era nada ménos que su sobrino Juan.

El jóven, á quien Merino habia dado licencia para

ir á Búrgos, cambió su traje de guerrillero por el de un labrador acomodado, y se trasladó á la capital de la provincia, donde se presentó en casa de su tío embozado hasta los ojos en una buena capa.

Juan entró en la habitación y cerró la puerta.

Entonces pudo hablar don Cleto, que aún no sabia si estaba soñando, y las primeras palabras que pronunció fueron para preguntar:

—¿Eres tú?

—Yo mismo.

En esto Nicolasa salió al recibimiento.

—¡Juan!—exclamó la excelente mujer con asombro y satisfaccion, porque tenia al muchacho verdadero cariño.

—¡Tia!—repuso este abrazándola.

—Entremos en el comedor y hablaremos,—dijo don Cleto.

—Tanto más,—añadió doña Nicolasa,—que este chico traerá apetito.

—He andado á caballo doce horas, y no he tomado nada desde la ocho de la mañana,—dijo Juan por toda contestacion.

—Vendrás muerto de hambre.

—Poco ménos.

Los tios y el sobrino entraron en la salita que servia de comedor.

Doña Nicolasa se apresuró á sacar de una alacena platos y cubierto, que puso para Juan en la mesa, diciéndole:

—Pues, hijo, tendrás nuestro cocido, que gracias á

Dios es abundante; pero aquí ya sabes que no se come otra cosa. ¿Quieres que te fria unas magras? Las hay en la despensa.

—No, señora.

—O un par de huevos. Voy á hacer una tortilla,—añadió.—Id comiendo la sopa mientras pongo la sartén al fuego.

Y la buena mujer se fué á la cocina sin esperar respuesta.

Entre tanto, don Cleto, que habia empuñado el cucharón, servia sopa en los platos y miraba á Juan con asombro:

—¡Qué atrevimiento!—decia.

—¿Y mi padre?—preguntaba Juan.

—Bueno.

—Necesito verlo.

—Ya me lo figuro.

—Y llevármelo al pueblo.

—¿Eso pretendes?

—Eso pienso hacer.

—¿Cómo?—preguntaba don Cleto, mirando á todos lados con terror, pues lo ménos pensaba que Juan habia llevado consigo toda su partida, y pensaba dar una batalla en las mismas calles de Búrgos para poner en libertad á su padre.

—Pienso que don Fabian nos ayude.

—¡Don Fabian!

—Sí.

—¿Pero no sabes que es afrancesado?...

—Y prefecto de Búrgos.

—Pues ya ves que es imposible.

—Más imposible sería que nos ayudara si no fuera ninguna de esas cosas.

—Este chico todo lo encuentra fácil,—murmuraba don Cleto, admirando sobre todas las cosas el valor de su sobrino.

—Hoy mismo necesito verle.

—¿Pero á quién?

—A don Fabian. Creo que aún se acordará de mí.

—¿Pero y si te prende?

—Antes se presentará usted para exigirle su palabra de honor.

—Yo le creo honrado.

—Le hace usted más favor que yo.

—¿Entonces cómo te atreves?...

—Porque sé que es cobarde, y le haré entender que una traicion le costaría la vida.

—Bien.

Entonces entró doña Nicolasa, que habia hecho una gran tortilla con magras.

La comida fué alegre.

Juan comia con apetito, y sus tios no cesaban de hacerle preguntas.

—Se cuentan de vosotros cosas terribles,—decia doña Nicolasa.

—Hemos hecho algunas diabluras.

—Pero ahora se ha disuelto la partida,—añadió don Cleto.

—Aún daremos mucho que hacer.

Doña Nicolasa y su hermano pidieron á Juan deta-

lles de su vida, de los combates á que habia asistido, de la herida y curacion de Tomás, y de otras mil cosas que por entonces llamaban la atencion general.

No se cansaban de hablar del cura Merino, á quien se figuraban una especie de gigante que se comia los hombres crudos y que mataba franceses á bofetones.

Juan satisfizo la natural curiosidad de aquellas gentes sencillas, y ellos oian al muchacho con la mayor admiracion.

Terminada la comida, el jóven, á quien Merino habia encargado que visitara á don Venancio y le diera cuenta de todo lo que ocurría, manifestó que tenia que salir.

—Hombre, ¿te atreves á andar por la calle?—preguntó don Cleto.

—¿Quién me conoce á mí en Búrgos? Además, me embozaré bien en la capa.

—Corriente.

—¿Usted irá á ver á don Fabian?

—Lo que quieras.

—Diciéndole que necesito hablar con él de asuntos importantes, si me da un salvo conducto y su palabra de honor de respetar mi libertad.

—Bueno; ¿dónde quieres que te diga el resultado de mi embajada?

Juan dió á don Cleto las señas de la casa de don Venancio, y se dispuso á salir.

—Por supuesto,—dijo doña Nicolasa,—esta noche te quedarás aquí.

—No, señora.

—¿Que no?

—Los franceses son traidores, y más aún que los franceses, los afrancesados.

—Es verdad.

—Pero yo he aprendido de mi jefe á ser cauto, y dormiré fuera de Búrgos, en la casa donde he dejado mi caballo.

—Es lo más prudente,—añadió don Cleto, que ya habia tomado el sombrero y el paraguas.

El tio y el sobrino salieron á la calle y marcharon endistintas direcciones.

Juan se dirigió á casa de don Venancio.

Introducido en el despacho de este caballero, luego que estuvieron solos se dió á conocer, lo que le valió mil abrazos y frases lisonjeras de aquel verdadero patriota.

Hablaron largamente de la situacion.

Don Venancio aprobó todo lo que habia hecho Merino, y Juan tuvo ocasion de conocer el aprecio que merecia al cura, cuando supo que en varias comunicaciones á la Junta dando cuenta de los hechos de armas ú operaciones militares que se habian llevado á cabo, hablabá de él con encomio, elogiando su valor, inteligencia y patriotismo, y calificándole del más distinguido de los capitanes de la guerrilla.

El jóven se rió de todo corazon cuando don Venancio le contó el efecto que habia producido en las autoridades francesas la noticia del modo ingenioso y atrevido que tuvo don Jerónimo de escapar con los suyos de entre las manos del general Roquet.

—A ustedes, amigo mio,—exclamó don Venan-

cio,—toca la parte más penosa y más brillante de la campaña.

—Que no podríamos realizar de ningún modo, si usted, y otros como usted, no nos proporcionaran los medios de hacerla fructífera.

—De ustedes será toda la gloria.

—Y de ustedes la satisfacción de haber ayudado á salvar á la patria.

Juan enteró al presidente de la Junta de Búrgos de su proyecto de ver á don Fabian y tentar un esfuerzo supremo para conseguir la libertad de su padre.

Don Venancio aprobó aquella resolución, y le dijo que no tenia que temer nada del prefecto, porque este, como buen vividor, según ya hemos indicado en otro capítulo, procuraba servir á los franceses sin quedar enteramente mal con los españoles.

Aquí llegaban de su conversacion, cuando se presentó don Cleto trayendo un salvo conducto para Juan y anunciando que el prefecto quedaba esperándole.

—Vamos,—dijo el jóven levantándose.

—Supongo que luego volverá usted por aquí, no sólo para darme cuenta de sus gestiones, sino para que yo le lleve á sitio donde pueda alojarse cómodamente y con toda seguridad,—dijo don Venancio.

—Tengo ya alojamiento.

—No importa.

—Como usted quiera.

—Hasta despues.

—Hasta luego.

Juan y don Cléto marcharon á la prefectura.—

—Embózate bien,—dijo el tío al sobrino antes de llegar á la puerta.

La precaucion era poco ménos que innecesaria, porque nadie conocia á Juan en Búrgos; pero no por eso dejó de seguir el consejo.

Un portero les guió hasta el despacho de don Fabian, donde les esperaba este.

Luego que entraron, el prefecto, que se habia adelantado hasta la puerta para recibirlos, la cerró de golpe, diciendo antes al portero:

—No estoy en casa para nadie.

Juan entonces se quitó la capa y el sombrero, y arrojó ambas prendas con desembarazo encima de una silla.

Vestia un traje completo de paño pardo, que le daba el aspecto de un rico labrador ó ganadero.

Don Fabian contempló por un momento la gallarda figura del jóven, que se habia desarrollado mucho desde que salió de la escribanía y que habia adquirido en el tiempo que llevaba de guerrillero una virilidad marcial que le sentaba perfectamente.

—Siéntese usted, amigo Mendoza,—dijo con afectada cordialidad el prefecto.—¿Quién nos habia de decir que volveriamos á vernos en estas circunstancias?

—En efecto,—repuso Juan, acercando un sillón y sentándose en él con naturalidad.

Una vez sentado el jóven, sacó de los bolsillos de su chaqueton un par de pistolas, reconoció los cebos, y satisfecho de su exámen, las dejó sobre la mesa al alcance de su mano.

—¿Qué hace usted?—preguntó don Fabian asustado, procurando esconderse en el fondo del sillón en que acababa de sentarse.

Don Cleto estaba de veinte colores; y no se atrevía á hablar una palabra.

—Nada,—repuso Juan con indiferencia.

—¿Nada?

—Recuerdo que estoy en la habitacion de un afrancesado...

—Del prefecto de Búrgos,—dijo don Fabian.

—Y que soy capitan del ejército español,—añadió Juan, terminando la frase.

—De la partida del cura Merino,—exclamó el prefecto rectificando.

—La junta de Sevilla,—insistió Juan,—ha declarado que las partidas pertenecen al ejército.

—No disputemos por cuestion de nombres.

—Me parece lo mejor.

—De todos modos, esas pistolas...

—Esas pistolas me servirian para levantarle á usted la tapa de los sesos, si me hubiera tendido un lazo.

—¿Me cree usted capaz, caballero?...

—No creo nada; pero tengo la costumbre de no fiarme más que en mis propios recursos.

—Perdono á usted la ofensa que me hace, porque tal vez pueda serle útil en algo.

—Gracias.

Don Cleto, que se habia sentado en una silla, no sabia cómo ponerse.

La audacia de su sobrino le tenia petrificado.

Don Fabian, que veia los apuros de su pobre expasante, quiso echar la cuestion á broma, y le dijo, señalando á Juan:

—¡Vaya un escribiente que nos habíamos echado!

Juan, que despues de mostrar al prefecto su resolucion y la energía de su carácter, creia que podria serle favorable tratar la cuestion en el terreno confidencial y amistoso, respondió variando el tono que antes habia usado:

—En verdad me creo más á propósito para dar sablazos que para copiar mamotretos.

Don Fabian sonrió, y dijo volviéndose al muchacho:

—Ya supongo de qué quiere usted hablarme.

—Estando mi padre preso, no es difícil adivinarlo.

—En efecto.

—Deseo conseguir su libertad.

—¡Hombre!

—La prision de mi padre es una infamia.

—El estado de guerra autoriza muchas cosas.

—No puede autorizar que se atropelle á un pobre anciano.

—Padre de dos insurrectos.

—De dos españoles leales.

—Bien.

—Pero aunque lo fuera de dos bandidos, ¿por qué no se coge á sus hijos?

—Ya se hace todo lo posible,—repuso don Fabian sonriendo.—Usted sabe que si hasta ahora no se ha conseguido, no es por que no se haya procurado.

—Nada de eso excusa la prision de mi padre.

—Yo le dije en una de nuestras entrevistas el medio que tenia de conseguir su libertad.

—Es cierto...—dijo don Cleto, que hasta entonces habia permanecido mudo como un poste.—Pero ese medio...

—Cuando mi padre no quiso aceptarlo,—interrumpió Juan,—yo no quiero ni saberlo.

—Bien.

—¿Y cómo piensa usted obtener lo que desea?—preguntó el prefecto.

—Vengo á proponer un cange.

—¿Un cange?

—Sí, señor.

—¿Cómo?

—Nosotros tenemos prisioneros unos sesenta hombres, con un oficial, que fueron cogidos en la accion de Covarrubias.

—Esos infelices han sido fusilados.

—No es cierto.

—¿De veras?

—Le juro á usted que viven.

—¿Dónde?

—En lugar seguro...

—Pero si la partida de Merino ya no existe.

—Está usted equivocado.

—Todas las noticias que tenemos....

—Son falsas.

—El general Roquet...

—Cree que se nos ha tragado la tierra, porque hace ocho dias que no nos ha visto. Ya nos verá cuando

ménos lo piense, y cuando tal vez no quiera vernos.

—Bien. Pero usted, ¿qué propone?

—Mi jefe...

—¿El cura Merino?—preguntó don Fabian.

—El cura Merino,—dijo Juan afirmativamente,—me ha autorizado para ofrecer en su nombre la libertad del oficial y la de cuatro soldados más, designados por la suerte, en cambio de la de mi padre.

—Mucho quiere á usted su jefe.

—Más de lo que merezco; pero no tanto como yo le quiero á él.

—¿Y cómo habia de hacerse ese cange?

—Yo acudiria al sitio que se conviniera, llevando allí mis prisioneros, y ustedes enviarian un agente que acompañara á mi padre. Se haria el cambio, y excuso decir que en caso de traicion serian irremisiblemente fusilados todos los prisioneros que nos quedan.

—El derecho de gentes prohíbe los rehenes.

—A nosotros se nos combate sin respetar ningun derecho; se nos trata como bandidos, y estamos autorizados á portarnos como tales.

—No se les trata á ustedes así, puesto que nosotros dos hablamos como leales adversarios.

—¿Acepta usted el cange?

—Hombre, yo no puedo aceptarlo. Eso no está en mis atribuciones. Se lo diré al comandante general, callando cómo y por quién se me ha propuesto.

—Perfectamente.

—Y procuraré inclinar su ánimo á que lo acepte.

—Está bien.

—¿No desea usted nada más?

—Como mi padre despues de puesto en libertad podria volver á ser preso...

—Semejante superchería....—exclamó el prefecto.

—Para prevenirla, debo decir á usted que fusilaremos uno de los prisioneros que nos queden por cada dia que él esté en la cárcel.

—No ha de suceder semejante cosa si el cange se verifica.

—Eso deseo.

Juan se levantó de su asiento.

Don Fabian y don Cleto hicieron lo mismo.

El jóven guardó las pistolas en el bolsillo.

El prefecto convino con él en que daria principio á sus gestiones aquella misma tarde, y como Juan no podia menudear sus visitas á la prefectura, don Cleto seria el emisario de aquella negociacion.

En seguida don Fabian tendió la mano al jóven, y este dió la suya al prefecto con alguna frialdad.

Un momento despues el tio y el sobrino salieron de la prefectura.

—¿Ahora querrás ver á tu padre?—preguntó don Cleto.

—Antes es preciso que usted le prevenga, para que no le sorprenda mi visita.

—Allá voy.

—Yo iré dentro de media hora.

Don Cleto tomó el camino de la cárcel, y Juan regresó á casa de don Venancio.

---

---

## Capítulo XLII

**De cómo las circunstancias pueden hacer que un cobarde se porte como un valiente.**

Juan se encaminó sin pérdida de tiempo á casa de don Venancio, y le contó minuciosamente su entrevista con el prefecto.

El prudente patriota no pudo menos de manifestar al jóven que se habia mostrado harto violento, recomendándole para lo sucesivo la mayor moderacion en el lenguaje.

—La impetuosidad del leon,—le dijo,—es buena en los campos de batalla; pero en los gabinetes donde se negocia es mucho más útil la cautela de la serpiente.

Juan hubo de convenir en que don Venancio tenia razon; pero el trato del cura Merino y la vida del campamento le habian hecho brusco y duro, sobre todo cuando trataba con sus enemigos.

Don Venancio, que conocia esto, le dijo que lo me-

jor sería que procurase no tener más entrevistas con don Fabian, porque hallándose las negociaciones en buen camino, podrian frustrarse, si el prefecto se exasperaba.

Juan le contestó que no pensaba volver á verle, de lo que se alegró mucho don Venancio.

Al poco rato, como el jóven estaba impaciente por ver á su padre y calculó que ya don Cleto habia tenido tiempo de anunciarle la visita, se dispuso á marchar á la cárcel.

Don Venancio volvió á recomendarle la moderacion y la prudencia, y antes de que saliera le dió las señas de una casita situada en uno de los arrabales de la ciudad, donde podria pasar la noche y adonde él le llevaria todas las noticias que pudieran interesarle.

Mientras Juan se dirigia á la cárcel, iba hondamente preocupado.

La idea de ver en tal lugar á su honradísimo padre, le exasperaba.

El jóven andaba con precipitacion, y su agitacion nerviosa era tan grande, que hasta se olvidaba de mantener el embozo á suficiente altura para no ser reconocido.

Felizmente, en Búrgos habia tratado á muy poca gente, y la variacion de su rostro y su persona en los tres años y medio que faltaba de allí eran tan grandes, que con dificultad se hubiera reconocido al modesto escribiente de don Fabian en el arrogante capitan de guerrilla.

Llegado á la cárcel, tuvo necesidad de pasar no pocas puertas, todas cerradas y vigiladas, decir varias ve-

ces á quién iba á visitar, lo cual no ofrecia dificultad tratándose de un preso que estaba en comunicacion, y hacerse acompañar por un carcelero, sin lo cual indudablemente se hubiera perdido en el laberinto de escaleras y corredores que tuvo que andar antes de llegar á la galería en que estaba su padre.

Gil esperaba con impaciencia su visita, que ya le habia participado don Cleto.

Cada vez que oia pasos en el corredor, alargaba la cabeza y prestaba oido, conteniendo la respiracion, para ver si escuchaba los pasos de su hijo.

Juan, marchando por aquel sombrío edificio, guiado por el carcelero, sentia oprimírsele el corazon.

Procuraba, sin embargo, hacer acopio de serenidad para presentarse en el calabozo de su padre con la indiferencia de un extraño, mientras estuviera delante el carcelero.

Por fin el carcelero, que iba delante, se detuvo ante la puerta entornada de una de las celdas.

—Aquí es,—dijo.

Juan, antes de entrar, tuvo necesidad de pararse y se llevó una mano al corazon, que parecia que iba á estallar en el pecho.

Dentro de la celda, Gil, que habia oido las pisadas, necesitó hacer un esfuerzo gigantesco para no incorporarse.

Un ademán de don Cleto le hizo seguir sentado en la silla.

El carcelero empujó la puerta, y Juan dió algunos pasos y se presentó en ella pálido como un cadáver.

Gil al verle quiso hablar, pero no pudo.

—Adelante, señor don Eduardo,—dijo don Cleto á su sobrino, marcando mucho el nombre, para que este comprendiera que en aquel momento debía responder á él.

Juan se adelantó, tendiendo la mano á su padre, como si no fuera más que un amigo.

Gil se incorporó vacilante, y presentó la suya á su hijo.

Ni uno ni otro podían hablar.

El carcelero se retiró por fin.

Los tres hombres permanecieron callados é inmóviles mientras oyeron en el corredor los pasos.

De los ojos de Gil se desprendían abundantes lágrimas.

Juan ni siquiera llorar podía.

Contemplaba á su padre, y al ver en el rostro demacrado del anciano pintados los padecimientos que experimentaba alejado de su familia, sentía en la garganta un nudo que le ahogaba.

Cuando ya dejaron de oírse en el corredor los pasos del carcelero, el padre y el hijo se arrojaron uno en brazos del otro, movidos de un mismo impulso.

Dos ó tres minutos permanecieron los dos abrazados.

—¡Qué desmejorado está!—murmuró Juan, que fué el primero que pudo romper á hablar.

—Has hecho mal, muy mal,—dijo su padre, cuya voz embargaban los sollozos.

—¿En qué?



—No,—gritaba el boticario casi delirante;—¡vosotros sois los que estais muertos!...



—En venir.

—¡Ah!

—Si te conocieran...

—No es posible.

Gil se dejó caer en el asiento que ocupaba antes de entrar su hijo.

Juan se sentó á su lado en una silla, conservando entre sus manos, fuertes y nerviosas, las descarnadas que le abandonaba su padre.

—¡Qué guapo estás!—exclamó el anciano al cabo de un momento, dominando ya su emocion y mirando la cara á su hijo.

—¡Pronto saldrá usted de aquí!—contestó Juan, que no podia apartar la imaginacion de los sufrimientos de su padre.

—Por aquella pobre mujer lo deseo.

—Por ella y por usted.

—Ya me ha dicho Cleto lo que pretendes.

—Espero conseguirlo.

—Sí, es seguro,—dijo don Cleto, que no las tenia todas consigo, pero que queria alentar la esperanza del padre y del hijo.

—Pero si ese medio no diera resultado,—dijo Juan con entereza.

—¿Qué?—le interrumpió su padre sobresaltado.

—Otros habria.

—¿Para qué?

—Para sacarle á usted de este sitio.

—Te prohibo que los intentes.

—Hablad bajo,—exclamó don Cleto.

—Qué, ¿teme usted?—preguntó Juan.

—No, pero en ese corredor hay un' centinela...

—Al entrar le he visto.

—Está muy lejos.

—Sí, pero podría oír cualquiera...

—Es cierto.

—No olvidemos el sitio en que nos encontramos.

—Yo no lo olvido,—exclamó Juan en voz baja, pero con acento de ira.

Los tres siguieron hablando á media voz, y evitando pronunciar palabras que pudieran comprometerles.

No decían ningun nombre propio, y hablaban casi siempre en impersonal, de modo que aunque los hubieran escuchado no es probable que comprendieran de qué se trataba.

—¿Y tu hermano?—preguntó Gil.

—Bueno.

—¿No se resiente nada?

—No, señor.

Gil estaba ya enterado de todo lo que habia sucedido en Covarrubias.

Mariana se lo habia escrito, y el pobre padre habia tenido no poco pesar al enterarse de que se habian concluido los amores de Tomás con María.

Juan tenia conocimiento de aquella carta, deseaba hablar de ese asunto y no sabia cómo empezar.

A Gil le sucedia poco más ó menos lo mismo.

—Lo de mi hermano,—dijo por fin el muchacho, valiéndose de palabras de doble sentido,—fué una verdadera desgracia.

—Es verdad.

—Sólo me consuela la idea de que de todos modos hubiera sucedido. El es inconstante, y si no hubiera sido con esa, hubiera sido con otra.

—Tal creo,—repuso Gil.—Y tú ¿qué piensas hacer?

—¿Yo?

—Mariana me lo ha dicho todo.

Juan bajó la cabeza y no supo qué responder.

—Hace ya tiempo.—continuó el padre,—que yo sospechaba que amabas á María.

—Nunca hubiera sido el rival de mi hermano.

—Ya lo sé. Pero una vez que lo de tu hermano ha concluido...

—Veremos,—repuso Juan, sin dejar á su padre terminar la frase.

Iba anocheciendo, y al anochecer debian salir de la cárcel todas las visitas de los presos.

Don Cleto lo hizo así presente, y manifestó que seria conveniente poner fin á la visita.

Gil fué de la misma opinion.

—Sí, marchaos ya,—dijo;—tanto más, cuanto que yo no estaré tranquilo mientras esteis aquí.

Juan se levantó y abrazó á su padre.

Ya se disponia á salir, cuando don Cleto, que en casi toda la visita no habia quitado la vista de la puerta del encierro, dijo:

—Aguarda.

Y se dirigió á la puerta, la entreabrió, miró hácia el corredor y volvió á entrar en el aposento.

—Dame tu chaqueta, tu capa y tu sombrero.

—¿Cómo?...—preguntó Juan admirado.

—Pronto,—dijo don Cleto con energía.

Juan le obedeció sin saber de qué se trataba.

Don Cleto se había quitado la levita.

—¿Qué sucede?—preguntó Gil.

—Ponte eso,—dijo don Cleto á Juan, dándole su levita y metiéndose la chaqueta del muchacho.

—Toma.

El pasante de escribano dió al mancebo su sombrero de copa y su paraguas, mientras él se envolvía en la capa y se encasquetaba el sombrero de fieltro que antes llevaba el muchacho.

Aquella trasformacion fué obra de un minuto.

Juan se metió con bastante trabajo la levita de su tío, y cogió el sombrero y el paraguas.

—Vamos,—dijo en seguida don Cleto, que en un momento tuvo toda la iniciativa de que habia carecido en su vida.

—¿Pero ocurre algo?—preguntó Gil con angustia.

—Nada, es una precaucion.

Los tres hombres se abrazaron, y salieron de la celda.

Gil quiso acompañarlos hasta el final del corredor, que era todo lo que podían extenderse sus paseos.

Allí se despidieron delante del centinela.

En seguida el tío y el sobrino se perdieron en el dédalo de pasillos que habia antes de llegar á la escalera principal.

Habia anochecido, y algunos calaboceros iban encendiendo los faroles, que medio alumbraban el local.

—¿Qué pasa?—preguntó Juan en voz baja á su tío, en cuanto se separaron de Gil.

—Nos han espiado,—repuso don Cleto.—Por la rejilla que hay en la puerta del encierro de tu padre, he visto un hombre que atisbaba.

—¿Don Fabian! ¡infame!

—No debe ser cosa suya.

—Le haria pedazos.

—De todos modos, tú obedéceme.

—Bien.

El tío y el sobrino llegaron á la escalera, que era ancha y suave.

En el último tramo habia dos soldados con un comisario de policía.

—Ya pareció aquello,—murmuró don Cleto, subiéndose el embozo.

—¿Qué?

—Nada. Tu sigue andando como si no me conocieras.

Los dos continuaron bajando con afectada indiferencia.

Al llegar al pié de la escalera, el comisario se adelantó hácia ellos y dijo dirigiéndose á don Cleto, en quien por las señas que le habian dado creyó reconocer al que buscaba.

—¿El titulado capitan Mendoza?

—Yo soy,—dijo ahuecando la voz don Cleto.

—Dése usted preso.

Juan vaciló un momento; pero luego, tomando rápidamente su partido, atravesó el patio y salió á la ca-

lle sin que nadie se lo estorbara, mientras don Cleto era conducido á un calabozo por el comisario, que creía haber hecho una gran presa.

Juan corrió á casa de don Venancio.

Iba ardiendo en ira, y parecia que la rabia ponía alas en sus piés.

Olvidando todo género de precauciones, entró en el gabinete, donde el presidente de la junta de Búrgos estaba escribiendo.

—¿Qué hay?—preguntó éste.

—¡Traicion!

—¿Cómo?

Juan contó en breves palabras todo lo ocurrido.

—¡Oh!—decía rugiendo de coraje,—yo le mataré, le mataré...

—¿Pero cree usted que sea cosa de don Fabian?

—¿Quién lo duda?

—Yo no lo creo.

—Sí.

—No es probable. Los empleados de cárceles son suspicaces; todos los que visiten á su padre de usted deben ser objeto de una vigilancia especial; no es extraño que usted haya llamado la atención de alguno de ellos, que les hayan espiado, y si en su conversacion han sorprendido alguna palabra...

—¡Yo lo sabré!

—¿Cómo?

—Voy ahora mismo á ver á don Fabian.

—De ningun modo.

—¿No?

—Si es traidor como usted piensa, ir á verle es ponerse en sus manos acabando de escapar de ellas.

—Pero mi pobre tío está preso, preso por mí.

—Pronto se deshará la equivocacion, y antes de muchas horas estará libre. Lo que hay que hacer es atender á la seguridad de usted: de todos modos, ya debe haberse hecho público que un capitán de la guerrilla de Merino se halla en Búrgos; toda la policia se pondrá inmediatamente en movimiento, y puede usted ser preso de un momento á otro. Lo que importa es cambiar de traje en seguida, porque esa levita le sienta á usted tan mal, que muy torpe debe haber sido el comisario de policia, para no haber conocido que no era su ropa de usted.

—¿Temblaba como un cobarde!

—La reputacion de ustedes no es para ménos. Prender á un guerrillero un polizonte, es un acto verdaderamente heróico.

—¿Y qué hacemos?

—Como mi casa es hace tiempo centro de toda clase de emisarios y visitas, yo tengo un guarda-ropa, donde encontrará usted los trajes que quiera para disfrazarse como le acomode.

—Pero don Fabian...

—Yo le veré ahora mismo.

—¿Usted?

—Sí, le trato como á todas las autoridades de Búrgos. Sin eso no podria dar á ustedes tan buenas noticias.

—Es preciso avisar á mi tía...

—También me encargo de eso.

A instancia de don Venancio, Juan entró en una salita, donde había un gran armario, que parecía el vestuario de un cómico.

Uniformes de militares, trajes de aldeano, pelucas, barbas postizas, hábitos de varias órdenes religiosas... nada faltaba allí para disfrazarse.

El joven vistió un hábito de capuchino, no sin ceñirse debajo de él un cinturón, en el que colgó dos magníficas pistolas, que don Venancio se empeñó en regalarle para reemplazar á las que estaban en los bolsillos del chaquetón que se quedó don Cleto, las cuales podían darse por perdidas. Se puso una gran barba, y calándose la capucha, era difícil sospechar que aquel religioso fuera el temible capitán que al frente de su escuadrón sabía repartir tan terribles cuchilladas.

—Váyase usted al arrabal á la casa que le he indicado, donde ya le estarán esperando, mientras yo doy los pasos necesarios para que sepamos á qué atenernos. Antes de las once de la noche nos veremos.

—Pues hasta luego.

—Hasta luego, amigo mío.

Juan y don Venancio salieron de la casa.

Mientras el primero iba en busca del albergue en que debía pasar la noche y el segundo se preparaba á tener con el prefecto una importante conferencia, veamos lo que le había sucedido á don Cleto.

En cuanto se verificó la prisión envió un agente á la prefectura, para poner en conocimiento del prefecto, la importante captura que había hecho.

Inmediatamente llevó al preso á la alcaidía para entregarlo al alcaide, encargándole que lo encerrara en un calabozo.

Al subir la escalera, el comisario y los dos soldados iban temblando.

Tal fama tenían los guerrilleros de Merino, que lo ménos se figuraban que aquel los iba á deshacer á puñadas y fugarse, abriéndose paso por entre la guardia á viva fuerza.

Llegados á la alcaidía, que aún estaba á oscuras, el comisario dejó en ella á don Cleto, custodiado por los soldados, y fué á buscar al alcaide, haciéndole acudir con siete ú ocho calaboceros armados de sendos garrotes para sujetar á aquel hombre terrible.

El alcaide y sus dependientes, con las linternas en la mano izquierda y el palo en la derecha, entraron en la alcaidía, no sin algun temorcillo.

Don Cleto continuaba embozado hasta los ojos.

—Abajo el embozo,—gritó con imperio el comisario.

Don Cleto obedeció.

Al ver su rostro, el alcaide y los calaboceros se miraron unos á otros, mientras los soldados preparaban las armas.

—¡Ah!—exclamaron casi en coro los dependientes de la cárcel.

—¿Qué?—preguntó el comisario.

—¿Es este el preso?—preguntó el alcaide, sin poder contener la risa.

—Este.

Una carcajada general acogió aquella respuesta. El comisario se iba amostazando.

Los soldados, viendo que aquello tomaba un giro bastante pacífico, cerraron las cazoletas de los fusiles y se apoyaron en ellos, contemplando con curiosidad la escena.

—Pero si este es don Cleto,—exclamó el alcaide.

—¿Cómo don Cleto?—preguntó el comisario.

—Don Cleto,—repusieron á coro los calaboceros.

—¿Quién es ese hombre?

—El que viene á visitar todos los dias al preso Gil Mendoza.

—¿No me dijo usted que era uno de sus hijos?—preguntó el polizonte, echando fuego por los ojos.

—Le dije á usted que el que llevaba la capa y el sombrero.

—Pues este lleva el sombrero y la capa.

—Pero el otro...

—El otro era el del paraguas, que me dijo usted que era inofensivo.

—Pues el otro era este, y este era el otro; y en fin, yo no sé, pero este es don Cleto.

—¡Ira de Dios... y yo que he avisado al señor prefecto!

Don Cleto á pesar de su carácter pusilánime, casi se reia del chasco que habia dado á toda aquella gente.

—Aun se podrá coger al otro... No puede estar muy lejos.

—Sí... échale ya un galgo,—gritó el comisario, que exclamó con violencia, volviéndose hácia don Cle-

to:—¿Pero usted, grandísimo tunante, no me dijo que era el que buscaba?

—No, señor,—repuso medio temblando don Cleto:—usted me preguntó si yo era el *titulado capitán Mendoza*.

—Eso.

—Pues yo me llamo Mendoza, y como cada cual puede *titularme* capitán ó arzobispo, ó lo que le dé la gana, sin que esto quiera decir que lo sea, resulta que bien puedo ser el *titulado capitán Mendoza*.

—¿Sí?... Pues usted pagará por él. Se ha burlado de la autoridad, y ahora mismo voy á dar parte. Entre tanto, señor alcaide, métalo usted en calabozo.

—Mas...—quiso decir el alcaide.

—Bajo mi responsabilidad.

El alcaide se encogió de hombros.

—Vamos, don Cleto,—dijo.

Y el pobre don Cleto fué conducido á un encierro, donde despues de registrarle y quitarle las armas que llevaba, quedó bajo la salvaguardia de un sin número de llaves, candados y cerrojos, como si se tratara del criminal más temible.

---

## CAPITULO XLIII

---

### Quien manda manda

Cuando don Venancio llegó á la prefectura, encontró en la escalera al prefecto que salía.

—Dispéñseme usted, amigo; no puedo detenerme. Arriba están las señoras,—dijo don Fabian, tendiendo la mano al recién llegado.

—El caso es,—contestó don Venancio,—que yo venia á hablar con usted.

—Pues lo siento; pero se trata de un asunto urgentísimo...

—Tal vez, si usted me oyera, se ahorraria dar un paseo.

—¿Yo?

—¿No va usted á la cárcel?

—¿Quién se lo ha dicho á usted?

—El preso no es quien usted se figura...

—Pero... ¿cómo?— preguntaba don Fabian asombrado.

—Sé que han creído prender á un capitan de la guerrilla del cura Merino.

—¿Y qué?

—Que han preso á un tal don Cleto, que me parece el hombre más inofensivo que hay en Búrgos.

—Es posible.

—Venia á hablar á usted de eso.

—Subamos á mi despacho.

Don Fabian volvió á subir la escalera seguido de don Venancio, y ambos entraron en el despacho del prefecto.

—A ver, cuénteme usted eso,—dijo este, despues de cerrar la mampara y ofrecer un asiento á su interlocutor.

—Don Venancio contó los incidentes del *quid pro quo* que habia ocurrido en la cárcel.

—¿Cómo sabe usted eso?—preguntó don Fabian.

—Don Cleto tiene una hermana que conoce á mi familia, y ha ido ahora mismo á mi casa á contarnos el lance y á rogarme que interponga mi valimiento...

—Muy lista es la hermana de don Cleto, porque la prision se ha verificado hace media hora,—dijo el prefecto, dejando adivinar en su tono un si es no es socarron, que no acababa de tragarse la mentira.

—Nadie deja de ser diligente cuando se trata de lo que le interesa,—contestó con la mayor naturalidad don Venancio.

—Y aun extraño otra cosa.

—¿Cuál?—preguntó don Venancio.

—Que esa señora se valga de nadie, pudiendo verme á mí directamente,—exclamó el prefecto, cada vez con más socarronería.

—¿A usted?

—Sí.

—¿Sin conocerle?

—Me conoce.

—De veras.

—Como que don Cleto ha sido mi pasante.

Don Venancio se quedó un poco cortado.

Habia echado en olvido esta circunstancia, y efectivamente, don Fabian tenia razon.

El prefecto, que deseaba profundizar más en el asunto, y arrancar á su contrincante alguna confesion más explícita, completó su pensamiento diciendo:

—Ya ve usted si hay motivo para que extrañe el rodeo que ha dado esa señora, tan activa para enterar á usted de la prision de su hermano.

Don Venancio se sonrió, y contestó, repuesto de su primera impresion:

—Aun veo yo otra cosa más extraña.

—¿Otra?

—Que usted sepa ya quién es el que ha sido preso en lugar del capitan en cuestion.

Don Fabian se mordió los labios.

Conoció que habia dado un paso en falso, y que tenia que habérselas con un contrincante tan ladino como él.

—Me ha dicho usted su nombre...

—He dicho que se llamaba don Cleto.

—Sí.

—¿Y no puede haber en el mundo más Cletos que su pasante de usted?

—Es que aquel tenía una hermana,—añadió don Fabian, cada vez más confuso.

—Me parece que á los de ese nombre no les está prohibido tenerla,—exclamó con burlona sonrisa don Venancio.

—No... no por cierto.

—Y á ménos que usted tuviera algun antecedente.

—¿Yo?

—Podria usted saber que su pasante habia ido á la cárcel.

—Pero, hombre...

—O que habia algun motivo para que le confundieran con ese capitan ó lo que sea.

—¿Qué motivo podia haber?

—¿Qué sé yo?

—Me parece que usted sabe más de lo que dice.

—Sospecho que usted dice ménos de lo que sabe.

—Hay secretos peligrosos, señor don Venancio.

—Eso digo yo, amigo don Fabian.

—Todos sabemos que usted es un hombre de órden.

—Y usted un prefecto que sirve lealmente al gobierno que le ha nombrado.

—Y nadie creerá que esté en relaciones con esos revoltosos.

—Ni que usted ande en tratos con los que los acaudillan.

Don Fabian no podia hacerse el desentendido.

Veia que don Venancio estaba enterado de todo, y comprendia que se hallaba dispuesto á aprovechar hábilmente las ventajas de su posicion.

Por consecuencia, resolvió abandonar el terreno resbaladizo en que se habia colocado y poner de una vez término á la cuestion.

—¿Conque usted deseaba?...—preguntó á don Venancio.

—Ya se lo he dicho: me ha interesado ese pobre diablo.

—¿Don Cleto?

—Se entiende.

—¿Y quiere usted?...

—Que no se le siga ningun perjuicio.

—Si ha sido preso por equivocacion, no es probable que tenga ninguno.

—Y que sea puesto en libertad.

—¡Ya!

—Cuanto antes.

—Es claro.

—Esta misma noche.

—¡Hombre!

—Creo que tiene un carácter apocado, y dormir en la cárcel no es grato para un inocente.

—En cuanto á su inocencia, me parece que hay mucho que hablar.

—Si usted sabe algo...

—Nada.

—Entonces...

—Usted es quien debe saber.

—¡Yo!

—¿No viene usted á interesarse por un hombre?

—Sí.

—En primer lugar, ¿á qué iba á la cárcel?

—Creo que á ver á un pariente suyo.

—Es verdad. Ahora recuerdo que mi antiguo pasante tiene dos sobrinos, que son capitanes en la partida del cura de Villoviado y que el padre de esos muchachos está preso hace tiempo.

—¿Pertenece tambien á la partida?

—No.

—¿Y ha cometido algun delito?

—Delitó... delito precisamente no,—repuso don Fabian;—pero sus hijos...

—¡Ya!... Está preso por ser padre de sus hijos.

—Es preciso ponerlos á raya de algun modo.

—Y ahora que me acuerdo...

—¿Qué?

—Si no estoy engañado... usted tuvo de escribiente en su escribanía á uno de esos chicos...

—¿Tambien eso se lo ha contado á usted la hermana de don<sup>e</sup> Cleto?

—Tambien eso.

—Veo que ha estado despacio.

—Conque creo que hará usted que echen inmediatamente á la calle á ese pobre hombre.

—¿Se interesa usted tanto por él!...

—Mucho.

—Que no tendré más remedio que complacerle.

—Gracias. Y ya que estamos como suele decirse con las manos en la masa, permítame usted, don Fabian, que le hable en favor de ese pariente de don Cleto... ¿no sabe usted cómo se llama?

—Creo que Gil Mendoza.

—Pues hablemos de Gil Mendoza.

—Hablemos.

—¿No le parece á usted duro tener meses y meses en la cárcel á un hombre que no ha hecho nada, á un anciano que probablemente estará al fin de una vida de honradez y de padecimientos?

—Le aseguro á usted,—repuso don Fabian,—que me parte el corazon.

—Ya sé yo que es usted muy sensible.

—Si todos los deberes de mi cargo se redujeran á perseguir criminales, nada me seria más agradable.

—Pero lejos de eso, los prefectos tienen más de empleados políticos que de administradores de justicia.

—Desgraciadamente es una verdad.

—¿Y qué son los delitos políticos? Nada.

—Sin embargo.

—Repito que nada.

—No puedo ser de esa opinion.

—Delitos artificiales, creados por la ley, ó más bien por las circunstancias. El que hoy es un criminal, mañana es un héroe. ¿Y qué se necesita para esta transformacion? Una victoria, que casi siempre es hija de la casualidad.

—Ya lo conozco.

—Por eso es imposible medir por el mismo rasero á

los que atentan á las leyes de la moral universal, leyes inmutables de todos los tiempos, de todos los países, que á los culpables de circunstancias, á quienes un dia se pone un grillete y otro tal vez se teje una corona.

—No crea usted que yo trato del mismo modo á unos que á otros.

—Ya me lo figuro.

—Y aun si le he decir á usted la verdad, me interesa bastante la suerte del padre de esos pobres muchachos.

—Ellos no son criminales.

—Son españoles... aunque extraviados.

—Y que podrian triunfar...

—Eso no lo creo.

—Cosas más raras se han visto.

—Para Dios nada hay imposible.

—Eso digo yo.

—Y al fin, amigo don Fabian, es necesario ver las cosas con calma. Napoleon tiene contra sí á toda Europa; es posible que al fin sea vencido, y entonces no tendria más remedio que retirar de España sus ejércitos. ¿Qué sucederia entonces? Que ellos se marcharian muy tranquilos á Francia, y usted se quedaria aquí con los ódios que hubiera contraido.

—Parece, señor don Venancio, que trata usted de asustarme.

—¡Por Dios!...

—O de... seducirme.

—Se engaña usted. Hago algunas consideraciones generales, que son tan aplicables á usted como á todos los que sirven al actual gobierno.

—Yo procuro servirle lealmente, y ganar el aprecio de mis conciudadanos.

—Todo puede conciliarse,—exclamó con expansion don Venancio.

—Justo.

—Yo lo estoy diciendo siempre á los intransigentes que han jurado ódio eterno á los franceses... y sobre todo, á los que llaman afrancesados.

—Usted no participa de esas preocupaciones.

—¡Quiere usted callar!

—¿Y qué les dice usted?

—¿Qué he de decirles? Lo que se le ocurre á cualquiera: que ustedes no sirven á José Bonaparte, sino á su patria, á España. Se necesita que haya administración, autoridad, gobierno; ¿qué cosa más natural que esas funciones se ejerzan por españoles? Lo que sería absurdo, y sobre todo vergonzoso, es que tuviéramos aquí empleados extranjeros.

—Eso digo yo.

—Eso dirán cuantos miran sin pasion las cosas.

Don Fabian estaba encantado.

El sospechaba que don Venancio tenía algunas relaciones, más ó ménos directas, con los sublevados, y lo que ménos esperaba era oír en sus labios aquella defensa de la conducta de los afrancesados.

Don Venancio, que era sumamente ladino, estudiaba con atencion en el rostro del prefecto todas sus impresiones, y veía que cada vez se iba apoderando más de su ánimo.

—Y aun bajo el punto de vista de la convenien-

cia,—continuó diciendo,—esos españoles extraviados... como usted ha dicho muy bien, que se oponen con las armas en la mano á la dominacion francesa, siempre han de encontrar más gracia ante autoridades nacidas en España, de la que encontrarian en hombres nacidos al otro lado de los Pirineos.

—Es claro.

—Yo mismo, ¿cómo habia de tener con un prefecto francés la conversacion que con usted tengo?

—Seguro.

—Pero es natural: nos conocemos hace muchos años, y usted no ha podido romper en un dia el lazo de nuestras relaciones.

—Salta á la vista.

—Pero la pasion política no comprende esto.

—Hay gentes que todo lo quieren llevar á punta de lanza.

—¡Majaderos!

—Dice usted bien.

—Si á mí me tildan algunos de mal español...

—¿A usted, don Venancio?

—Sí, señor. Y todo porque me honro con la amistad de varios generales franceses, frecuento su trato, asisto á sus reuniones y paseo alguna vez con ellos.

—El conde de Dorsenne le distingue á usted mucho.

—Gracias á la deferencia con que me trata, he podido alcanzar más de un favor para esos mismos intransigentes que me quitan el pellejo.

—Yo he tenido que hacerlos á muchos que no en-

contraban bastante lodo que arrojarle á la cara cuando admití la prefectura.

—Se han empeñado en que nos dividamos en dos castas, y si los hombres de alguna inteligencia no nos dedicamos á suavizar esas asperezas, esta sociedad va á ser insoportable.

—Lo mismo digo.

—Usted se halla en posicion de contribuir mucho á que el antagonismo desaparezca.

—Sí... algo puedo.

—Seria un gran servicio hecho á todos. Al fin y al cabo, la guerra continúa, y su éxito no depende de que nos maltratemos unos á otros.

—Es verdad.

—Algunos actos de clemencia tal vez reducirian á los rebeldes con más eficacia que el rigor.

—Ya lo he pensado antes de ahora.

—Por ejemplo, y esta es una suposicion... si usted consiguiera del general que pusiera en libertad á ese pobre viejo... al pariente de don Cleto... aparte de la deuda de gratitud personal que con usted contraerian sus hijos, ¿no es posible que este les abriera los ojos y les hiciera deponer las armas?

—Lo dudo.

—Y cuenta que esos muchachos son, segun mis noticias, dos de los más valientes oficiales que sirven á las órdenes del famoso cura.

—Y tambien de los más fanáticos.

—¿Si?

—Lo mismo que su padre,—dijo don Fabian.

—Pero como despues de todo, la libertad del padre no habia de dar gran fuerza á la insurreccion, que ahora parece vencida, no veo inconveniente en que usted se granjeara su aprecio con ese pequeño favor.

—Yo quisiera hacérselo.

—Creo que un cange...

—Algo me ha hablado de eso cierto emisario.

—¿Lo ve usted?

—Merino, segun dicen, conserva en su poder algunos prisioneros.

—Pues si usted los rescatara cangeándolos por otros de los que haya en poder de los franceses, y sobre todo del padre de esos muchachos, haria usted un verdadero servicio al gobierno, y adquiriria un título á la estimacion de los rebeldes.

—Si de mí dependiera, lo haria.

—Usted puede mucho.

—Pero no todo.

—Tantéelo usted.

—Allá veremos.

Los dos interlocutores guardaron silencio.

Don Fabian no dudaba que don Venancio, á pesar de su aparente indiferencia y de su lenguaje puramente hipotético, le habia hecho una proposicion, que á él no le convenia aceptar de lleno ni rechazar rotundamente.

En cuanto á don Venancio, adivinaba que el prefecto le habia comprendido, y queria tomarse tiempo para echar sus cuentas.

No creia que aceptara desde luego la posicion con que le brindaba de verdadero intermediario entre espa-

ñoles y franceses; pero estaba casi seguro de que procuraría conseguir el cange que Juan le habia propuesto y él le recomendaba.

Esto era por entonces bastante.

—¿Conque quedamos en que don Cleto saldrá de la cárcel esta misma noche?

—Voy á ver si ha venido ya el comisario que le prendió, y que extraño no haya sido tan diligente para participarme su error como lo fué para darme parte de la captura.

—A nadie le gusta confesar que ha cometido una torpeza.

Don Fabian tocó una campanilla, y el portero, que se presentó inmediatamente, le enteró de que el comisario en cuestion hacia rato que le esperaba en la antecámara, y por no distraerle no habia querido pasarle recado.

—Que entre,—dijo el prefecto.

A poco entró el comisario, turbado y confuso.

Refirió en pocas palabras, que habiendo excitado las sospechas del alcaide de la cárcel uno de los que habian ido á visitar al preso Gil Mendoza, le pasó un aviso, mientras hacia espiar con disimulo á los que estaban en la habitacion del preso.

—¿Y usted, por qué no me dió conocimiento de lo que ocurría?

—No ha habido tiempo, señor.

—Bien, adelante.

El comisario siguió contando que el alcaide le habia mandado prender á aquel hombre bajo su responsabilidad.

—El alcaide es un nécio,—interrumpió don Fabian, que queria descargar en sus subordinados las contrariedades que todo aquello le hacia experimentar.

—Yo,—dijo humildemente el comisario,—creí prestar un gran servicio prendiendo al que me denunciaba como capitan de una partida.

—¡Y prendió usted á un pobre diablo, incapaz de matar una mosca! Ya lo sé todo.

—Señor, ha sido una equivocacion, que aun no comprendo.

—Torpeza sobre torpeza.

—Las señas que me dió el alcaide... Y luego que el preso ha contribuido al engaño.

—No quiera usted disculparse.

—Juro á usía que digo la verdad.

—Yo conozco á ese hombre.

—Me dijo que era el capitan Mendoza.

—Oiria usted mal.

—No, señor prefecto.

—Ha oido usted mal... Ese hombre no ha dicho nada... y no gusto de que me repliquen,—repitió con exaltacion don Fabian, que se alegraba mucho de haber encontrado una víctima en quien descargar su mal humor.

—¡Está bien!—murmuró con resignacion al comisario.

Don Venancio apenas podia contener la risa al ver la turbacion de aquel hombre, que hubiera querido hallarse debajo de tierra y no sabia qué hacer de su sombrero.

—Al ménos,—continuó el prefecto,—supongo que el preso estará ya en libertad.

—No, señor; como hizo burla de la autoridad, le he detenido á la disposicion de usía.

—¡Es decir, que hoy no ha hecho usted más que tonterías! Vaya usted á remediarlas inmediatamente.

—¿Quiere usía que le suelte?

—Lo que quiero es que se quite usted de mi vista y que no vuelva yo á oír hablar de semejante asunto.

El comisario saludó y salió, tropezando en todos los muebles.

Entonces don Venancio pudo soltar francamente su risa.

—Ya está usted complacido,—le dijo el prefecto;—don Cleto estará libre antes de un cuarto de hora.

—Gracias,—repuso don Venancio, levantándose y tomando su sombrero.—No olvide usted los otros asuntos.

—Ya hablaremos,—contestó don Fabian, estrechando significativamente la mano que en señal de despedida le ofrecia don Venancio.

---

## Capítulo XLIV

Donde se ve que Merino no se descuidaba

Don Cleto fué puesto en libertad aquella noche, y sin pérdida de tiempo se dirigió á casa del prefecto, despues de pasar por la suya y tranquilizar á su hermana, para pedir al antiguo notario explicaciones acerca de su prision.

Don Fabian no estaba en la prefectura; pero su expasante, que se hallaba poseido de la mayor indignacion resolvió aguardarle.

Recibiéronle las señoras, y no podian contener la risa al oir los detalles de la prision del pobre hombre.

Pero él no estaba para bromas.

Su carácter bondadoso y pacífico se habia agriado en las dos horas que pasó encerrado en un calabozo, más que si hubiera estado veinte años en presidio.

Jacinta y su madre procuraron calmarle, pero todo era en vano.

Echaba pestes contra la policía, el prefecto, los franceses y el mismo rey José.

Al decir que echaba pestes, debemos manifestar que estas no pasaban de quejas, no muy enérgicas, pero que en su boca, por lo mismo que estaba acostumbrado á sufrirlo todo con la mayor paciencia, tenían una gravedad inmensa.

Más de las once de la noche eran cuando don Fabian llegó á la prefectura, y no pudo ménos de soltar la carcajada al ver el ademan trágico de don Cleto, que aún llevaba el chaqueton de Juan, con lo cual le sobraba chaqueta por todas partes, porque el jóven era mucho más alto y robusto que su tío.

—Yo no me rio, señor don Fabian,—exclamó don Cleto, que echaba de ménos su paraguas y sentía que le estorbaban los brazos, libres de aquel indispensable aditamento.

—Vaya, hombre, no sea usted tonto,—repuso el prefecto, á quien costó bastante trabajo convencer á su expasante de que no habia tenido ninguna parte en su prision, que todo se debia á una oficiosidad de los dependientes de la cárcel. y que él sólo habia intervenido en el asunto para mandar que le pusieran en libertad.

Don Cleto se fué tranquilizando poco á poco con aquellas explicaciones, mucho más cuando don Fabian le dijo que acababa de hablar con el conde de Dorsenne, y que este no desechaba la idea del cange, si bien no la habia admitido de buenas á primeras.

—¿De modo que cree usted conseguirlo?

—Pienso volver á la carga, y espero que no pase el

dia de mañana sin que tengamos una respuesta satisfactoria.

—Entonces daré mi prision por bien empleada.

Don Cleto se levantó de su asiento y se dispuso á marchar.

—Haré que le acompañen á usted,—le dijo don Fabian.—Es ya tarde, y las calles están muy solas.

—No necesito compañía,—contestó don Cleto, sacando del bolsillo las pistolas de Juan, que el alcaide le habia devuelto al ponerle en libertad.—Aquí llevo esto, y al primero que me dé las buenas noches le pego un tiro.

—¡Hombre!

—Ya que en el mundo no sirve de nada ser bueno, desde hoy voy á ser un facineroso.

Don Cleto no podia olvidar sus dos horas de cárcel.

—Ea, vaya usted con Dios, amigo don Cleto,—exclamó don Fabian.—Ya sé yo que usted será en adelante lo que ha sido siempre.

Don Cleto se dirigió á su casa, y el prefecto mandó á un ordenanza que le siguiera á cierta distancia, para librarle de algun mal encuentro.

Casi al mismo tiempo, don Venancio enteraba á Juan, que se habia refugiado en una casita situada en las afueras de Búrgos, de las buenas disposiciones del prefecto, y le decia:

—Creo que esta noche hemos hecho una buena adquisicion, ó estamos en vísperas de hacerla. Su padre de usted volverá pronto á Villoviado, y no será este el último ni el más importante servicio que don Fabian preste á la causa nacional.

Efectivamente, pocos días después se realizó el cange.

Juan, que había avisado al cura Merino lo que sucedía, se situó al amanecer en un bosquecillo que distaba de Búrgos poco más de una legua.

Allí se presentó Tomás, llevando á los prisioneros.

Don Jerónimo había querido dar á los dos hermanos una muestra de deferencia, llamando á Neila al menor de ellos, y encargándole de aquella comision, que debía desempeñar con tanto gusto.

Al lugar de la cita acudió Gil, montado en una buena mula, que le proporcionó don Venancio, y acompañado de un jefe de policía, y se verificó el cambio de los prisioneros.

Pintar la alegría del pobre viejo al verse libre y en brazos de sus hijos, sería imposible.

Los mismos franceses, testigos de aquella tiernísima escena, sintieron que se les humedecían los ojos.

Y hasta el jefe de policía pareció conmoverse, á pesar de que por razón de su oficio era hombre poco sensible.

Despidiéronse unos y otros, estrechándose cordialmente las manos, y mientras los franceses echaron por la carretera en dirección á Búrgos, Gil y sus dos hijos se internaron por precaucion en el monte, y tomaron el camino de Villoviado.

El padre iba en medio montado en su mula, y á sus costados Tomás y Juan, á caballo. Como estos no llevaban á la vista armas ni cosa que denunciara su profesion de guerrilleros, se les hubiera podido tomar

por labradores acomodados que iban á visitar sus posesiones.

Los tres querian hablar á un tiempo.

Todos se preguntaban unos á otros, y la mayor parte de las preguntas quedaban sin contestacion.

Gil les pedia mil detalles acerca de los peligros que habian corrido, de los combates en que habian tomado parte, del cura Merino, de sus costumbres, de la organizacion y número de la guerrilla.

Y los muchachos no se cansaban de pedir noticias á Gil de su estancia en la cárcel, de sus sufrimientos y del trato que habia recibido.

Poco á poco fueron satisfaciendo su curiosidad, y la conversacion, sin dejar de ser animada, fué encauzándose un poco y tomando un carácter más regular.

Gil preguntó á Tomás por su herida, y el jóven le contestó que ya no se acordaba de ella.

Hacia cerca de tres meses que la habia recibido y más de mes y medio que se incorporó de nuevo á su escuadron, completamente curado.

Aquel asunto les llevó como por la mano á ocuparse de los amores del jóven.

—Ya sé,—dijo el padre,—todo lo que ha pasado en Covarrubias.

—Sí, señor... ¡Buen combate... buena victoria... y buen balazo el mio!—contestó Tomás, esquivando el verdadero objeto de las palabras de su padre.

—!Y buena muchacha la que te hizo olvidar á la pobre María!—añadió Gil, que en aquel momento era demasiado feliz para poder sermonear á su hijo.

Tomás refirió con sinceridad lo que habia pasado.

—¿Cómo ha de ser!—dijo Gil.—Al corazon no se le manda, y bien veo que tú no has tenido la culpa.

—Eso digo yo.

—¿Y sigues queriendo á la otra?

—Sí, señor; pero...

—¿Pero qué?

—La he escrito varias cartas desde que salí de Covarrubias, y no me ha contestado á ninguna.

—Tal vez no las haya recibido.

—¡Oh! no tengo duda. Se las he enviado por medio de los soldados nuestros que hay allí refugiados. Sé que han llegado á sus manos; pero no ha contestado.

—Puede que te haya olvidado, como tú has hecho con María.

—O que procura olvidarle, y tal vez no lo consigue,—dijo Juan, terciando en el diálogo.

—¿Y tú, qué piensas, muchacho?—preguntó bruscamente Gil, volviéndose al mayor de sus hijos.

—¿Yo?

—Sí.

—Nada.

—Ese parece un alma en pena,—exclamó Tomás.— En el tiempo que hace que se acabaron mis amores con María, ya la tendria cualquiera más blanda que una jalea.

Gil no pudo ménos de sonreirse al ver la resolucion con que Tomás trataba las cuestiones de amores.

—¿Y eso es un capitan de caballería!—añadió el muchacho.

—Trato con formalidad las cosas que lo merecen,— repuso Juan.

—Cáselo usted, padre,—dijo Tomás,—porque si usted no lo casa, se morirá soltero, aunque viva más años que un palmar.

—Hombre, allá veremos. Por de pronto, hay que contar con la voluntad de María.

—María le querrá con el tiempo, si no le quiere ahora; ¿qué duda cabe? ¿No me ha querido á mí? ¿pues por qué no ha de querer á mi hermano, que vale cien veces más que yo?

Tomás era sincero.

Reconocía la superioridad de Juan, y encontraba muy natural que una mujer que se había enamorado de él se enamorara de su hermano.

Como él era incapaz de sentir una de esas pasiones profundas que duran toda la vida, no creía que nadie la sintiera, y por consiguiente daba por hecho que María, pasado ya el primer disgusto, le habría olvidado y estaría dispuesta á amar á otro; porque á él le parecía imposible vivir sin amores.

En parte no se engañaba, y en uno de los capítulos anteriores hemos explicado por qué razones la hija de la tía Gregoria no podía sentir del mismo modo que la interesante Amalia.

—Yo procuraré ver si es posible hacer la felicidad de todos,—dijo Gil.

—¿No ha de ser posible?—exclamó Tomás, á quien todo le parecía fácil.—No es feliz el que no le da la gana de serlo.

—Hombre, no tanto.

—Pues es claro.

Como se ve, Tomás era filósofo á su manera. Todo lo tomaba en broma, y de este modo efectivamente es muy fácil encontrar la felicidad.

Así continuaron el padre y los hijos, marchando todo el dia entretenidos en sabrosa conversacion, sin hacer más que los altos indispensables para tomar alimento y dar algun descanso á sus cabalgaduras.

Ya era entrada la noche cuando llegaron á Villoviado y se dirigieron á su casa, cuyos sellos habia quitado el alcalde el dia anterior, segun la orden que habia recibido de Búrgos.

Allí les esperaba Mariana, á quien por una atencion delicada acompañaban Gregoria y su hija.

Al llegar, nuevos abrazos, lágrimas, suspiros, sollozos y demás manifestaciones que son comunes en el mundo á todos los trasportes del corazon, ya sean de dolor ó de alegría.

Mariana no cabia en sí de gozo al ver al mismo tiempo en su casa á su marido y á sus hijos.

Gregoria y María tambien abrazaron al buen Gil de todo corazon, y saludaron, un poco más cortadas, especialmente la muchacha, á Tomás y Juan.

Ni la madre ni la hija habian vuelto á ver á ninguno de los dos hermanos despues de la ruptura con Tomás: aquella primera entrevista necesariamente habia de ser algo violenta.

María estaba ya enterada del amor de Juan, y esto hizo que no se atreviera á abrazar al muchacho como

otras veces; y en cuanto á Tomás, el recuerdo de su ofensa no la dejaba gana de abrazarle.

Pasado el primer momento de emoci3n, y luego que Gil recibió las felicitaciones de sus criados, que le profesaban verdadero cari3o, se dispuso la cena; pero antes, reunidos todos al rededor del hogar, Tomás, á quien no se pudrian las palabras en el cuerpo, quiso despejar la situacion rompiendo la especie de entredicho que establecia en los circunstantes el recuerdo de lo pasado.

—Hoy es noche de alegría,—dijo,—y no quiero ver aquí caras sérias.

—Hombre, ten formalidad,—exclamó su hermano, temiendo verle salir con alguna de las suyas.

—No quiero,—replicó él con viveza.

Todos se echaron á reir.

—¿Lo ven ustedes?—dijo el muchachó, animado por aquella risa;—¡si el mal humor no sirve para nada!

—Dios te conserve el tuyo,—contestó su madre.

—¡María!—exclamó entonces Tomás, dirigiéndose á la que fué su prometida, en tono entre formal y chancero,—yo te he ofendido, lo confieso aquí delante de todos... pero ¡qué diablo! no es mía la culpa. Cada uno es como Dios lo ha hecho, y aunque se vuelva loco no logrará variar. Yo conozco lo que tú vales, y si he faltado, mira, en el pecado llevo la penitencia, que no es floja perder una muchacha como tú.

—Déjate de explicaciones,—dijo á la sazón Gregoria.

—No, señora. Veo que están ustedes sérias conmigo, y quiero que me perdonen.

—Ya estás perdonado.

—¿Tambien por María?

—Tambien,—repuso esta.

—Más vale así. Mira, nosotros no podemos ser novios; tú me habrás olvidado, y habrás hecho perfectamente; pero podemos ser hermanos.

—No seas charlatan, hombre,—interrumpió Juan.

—No creas que lo decia por tí; pero me alegro de que me lo recuerdes. Mira, si quieres entenderlo, debes enamorarte de este, que hace yo no sé cuánto tiempo está muerto por tí, y se calla como una alma de cántaro.

—¡Tomás!—dijo en tono de reconvencion su padre.

—Ya me callo. Conque vaya, señora Gregoria, ¿quiere usted darme un abrazo?

—Sí, hombre.

Y la pobre Gregoria abrazó á Tomás con verdadero cariño, diciendo:

—No hay manera de reñir contigo.

—Es mucho chico este,—decia Mariana á su esposo.

—Es mucho chico,—contestaba Gil.

—Y tú, María, ¿no quieres abrazarme?

La muchacha se dejó abrazar por el jóven, que dijo:

—Ea, pelillos á la mar y asunto concluido. En cuanto á eso de Juan, ya lo arreglareis despacio. El es callado y más sério que el principio de un pleito; pero lo que es á valiente y á bueno, y á... En fin... como que es mi hermano.

Y al decir esto, Tomás abrazó estrechamente á Juan, que no pudo ménos de sonreír al ver el giro que daba á las cuestiones allí pendientes.

Gregoria tenia razon.

Era imposible reñir con Tomás.

En medio de sus defectos, tenia la gran cualidad de que su carácter, franco y expansivo, le hacia simpático á todos.

El se aprovechaba admirablemente de esta ventaja para hacer todo lo que le acomodaba.

La velada se pasó alegremente.

María tomó parte en la conversacion general, y demostró que no guardaba á Tomás rencor por lo pasado, señal infalible de que le iba olvidando.

Esta y su madre se retiraron temprano á su casa, porque despues de un dia de marcha, comprendieron que Gil y sus hijos tendrian necesidad de acostarse temprano, para reponerse del cansancio y de las emociones que, habian experimentado.

En cuanto á Juan y Tomás, no sólo necesitaban descansar, sino prepararse para el dia siguiente, en que, segun manifestaron, el menor tenia que marchar al punto donde estaba acantonado su escuadron, y el otro se proponia ir á visitar al cura Merino para darle las gracias por las atenciones que él y su familia le debian y manifestarle todo lo que habia ocurrido en Búrgos.

Bien hubiera querido Mariana detener algunos dias á los jóvenes á su lado; pero Gil se opuso, alegando que el deber los llamaba á otra parte, y que en ninguna estaban ménos seguros que en su casa.

Esta última razon fué decisiva para la madre.

Al dia siguiente salieron los jóvenes antes de amanecer.

Tomás emprendió el camino de Briviesca, donde estaba acantonado, y Juan, que habia modificado algo su resolucion de la noche anterior, el de Barbadillo del Pez, donde se hallaba su escuadron; pues antes de presentarse á su jefe queria ver si habia alguna novedad en la fuerza de su mando, de la que habia estado separado ocho dias.

Sólo despues de cumplir este deber, que le obligó á dar un rodeo de dos jornadas, se dirigió á Neila.

Conviene advertir, que muy pocos en la guerrilla conocian el secreto del retiro de Merino, y que este, al revelárselo á los dos hermanos, les habia dado una gran prueba de confianza.

Sus precauciones para evitar que nadie le descubriera eran tantas, que los mismos confidentes que todos los dias le comunicaban noticias, las llevaban á los pueblos inmediatos, y allí salia él á recibirlas.

Habia prohibido, bajo las más severas penas, que nadie dijera á los franceses prisioneros el nombre del pueblo en que se encontraban, y los que fueron canjeados por el padre de nuestros amigos salieron de Neila con los ojos vendados, y así anduvieron más de una legua bajo la vigilancia de algunos hombres armados; porque ya se recordará que don Jerónimo habia dejado en aquel pueblecillo una pequeña guarnicion de infanteria, que no se cuidó de relevar, y que si bien tenia la desventaja de habitar en un lugar olvida-

do de todo el mundo, en cambio estaba libre de los riesgos y molestias de la guerra, sin más obligacion que vigilar á unos prisioneros que en todo pensaban ménos en escaparse, porque les hubiera sido imposible salir de la montaña.

Mucho se alegró Merino al ver á Juan, y sobre todo al saber el buen resultado de sus gestiones.

—Don Venancio es un grande hombre,—exclamó don Jerónimo al saber los servicios que el presidente de la junta de Búrgos habia prestado á sus recomendados.

—Sobre todo un gran patriota,—repuso Juan.

—¿Y qué has visto de bueno?

—Nada de particular. Los franceses siguen en sus guarniciones, y por los caminos no se ve ni una columna.

—¿Pero no abandonan la provincia?

—Parece que no.

—Es decir, que todo el ejército que nos dió tan malos ratos, está pronto á caer sobre nosotros.

—Si aparecemos en alguna parte.

—Eso creo.

—Pues no tardará en tener noticias nuestras.

—¿De veras?

—Llevamos quince dias sin hacer nada.

—Es cierto.

—Hay tiempo suficiente para que la gente haya descansado y se haya repuesto.

—Sí, señor.

—Y he pensado llamar la atencion del enemigo

sobre un punto distante del teatro de nuestras operaciones, para volverlas á empezar de nuevo.

—Mucho me alegro.

—¿No has oído tú hablar en Búrgos de que se está formando un gran tren de artillería?

—No, señor.

—Pues don Venancio me ha avisado que se forma, y cree que está destinado al sitio de Ciudad-Rodrigo. ¡Buena presa sería! ¿no te parece?

—Es claro.

—Por de pronto, dificultábamos el sitio de la plaza.

—Y ahora tal vez no lleve una gran escolta, como creen disuelta la guerrilla.

—Sin contar con que un tren de batir, que se compone de más de cien carruajes, anda mal y despacio.

—¿Y cuándo va á salir de Búrgos?

—No lo sé todavía; pero ya me enterarán á punto fijo.

—Con tal que nos dé tiempo...

—De sobra. Ya verás, hijo, ya verás lo que he pensado: todo será cuestion de cuatro dias.

—Y de una hora de combate.

—Ya te veo pegando sablazos.

—Sería un modo brillante de aparecer de nuevo en la palestra.

—Aunque tuviéramos que volver á desaparecer luego.

Juan permaneció dos dias descansando en Neila con Merino.

El cura hacia muchas excursiones fuera del pueblo

para comunicar con los espías y propios que de diferentes puntos le enviaban, y cada vez volvía más satisfecho de sus expediciones.

Iba recibiendo noticias exactas del tren de batir que se organizaba, y sólo esperaba saber qué día salía de Búrgos, para realizar el atrevidísimo plan que había concebido, á fin de apoderarse de él en el camino.

---

## Capítulo XLV

Donde se ve que los años no impedían á Gil viajar con rapidez, cuando se trataba de cumplir con sus deberes.

Cuatro dias hacia que Tomás se hallaba en Briesca, adonde estaba acantonado, cuando se encontró sorprendido con una visita de su padre.

El pobre Gil iba triste, y cuando su hijo fué á abrazarle, sólo correspondió á su cariño con marcada frialdad.

Tomás no dejó de notar lo, y manifestó su sorpresa.

—¿Le he ofendido á usted, padre?—preguntó el jóven.

—Vengo de Covarrubias,—dijo por toda respuesta el honrado castellano.

Tomás bajó la cabeza.

Luego hizo una seña á su padre para que entrara en la salita que le servia de alojamiento, y entró detrás de él.

—¿Qué sucede?—dijo con ansiedad, mientras Gil se entaba.

—He ido á ese pueblo á dar gracias á la familia que te albergó en su casa cuando estabas herido, y lo que he visto me ha destrozado el corazon.

—¡Padre!

—He visto una niña á quien engañaste mintiéndola un amor que eres incapaz de sentir, y unos padres que lloran, y llorarán tal vez toda su vida, el favor que te han hecho.

—No es culpa mia,—repuso Tomás.—Yo no he mentido á Amalia: la queria y la quiero. A ella no le satisface mi cariño, y yo no puedo ofrecerla más.

—Lo que á ella no le satisface es saber que eras capaz de tener amores con dos mujeres á la vez, segun tú mismo me has contado.

—¿Ella le ha dicho á usted algo?

—No me ha dicho nada.

—¿Entonces?

—Su madre, derramando un mar de llanto, me dijo que su hija se moria...

—¿Se moria?

—Para las almas delicadas, un desengaño es la muerte.

—Yo no he podido evitar...

—Tú pudiste decirla la verdad: pudiste decirla que la ofrecias un corazon que pertenecia de derecho á otra, que para amarla á ella faltabas á tu palabra solemnemente empeñada y rompias el compromiso que habian contraido tus padres, y entonces esa pobre jóven, comprendiendo lo que valias, te hubiera despreciado.

—¿Despreciado?

—Si.

—Bien.

—Pero como eso no te convenia, la dijiste sin duda que no amabas, que no habias amado á nadie, que ella era la primera que hacia latir tu corazon... Si, yo tambien he leído romances y libros en que se dicen estas cosas. Ella te creyó, se figuró que eras un hombre leal, que serias capaz de querer con firmeza, que podria prometerse de tí un amor constante y eterno, y cuando se persuadió de que se habia engañado, cuando vió con cuánta facilidad olvidas tus amores, rompes tus compromisos y faltas á tus palabras, no quiso ser tu víctima como lo habia sido la pobre María, y prefirió acabar de una vez aquel sueño á que tú no hubieras dejado de poner término en cuanto vieras otra que te pareciera digna de figurar entre tus conquistas amorosas.

Tomás, no sabiendo qué contestar, callaba.

Gil continuó hablando largo tiempo.

Lo que habia visto en Covarrubias le tenia fuertemente impresionado.

Allí, en poco tiempo y con su natural perspicacia, pudo enterarse de lo que pasaba.

Amalia luchaba en vano por olvidar á Tomás.

Su naturaleza débil y enfermiza sucumbia en aquella lucha con su razon y con su sentimiento.

Sus padres la veian consumirse, y no sabian qué partido tomar.

La jóven era presa de una tristeza infinita que se habia apoderado de todo su sér.

Hay una enfermedad horrible, y casi siempre incu-

rable, que se apodera de ciertos séres y no los deja sino en el sepulcro.

Es la nostalgia.

Los médicos se desesperan combatiéndola, y no pueden vencerla.

La nostalgia no es más que tristeza.

Es una enfermedad del alma.

Suelen padecerla los montañeses cuando se hallan lejos de sus montañas.

Por eso se llama vulgarmente *mal del país*.

Pero los que la padecen por esta causa tienen un remedio.

Volver á su patria.

Amalia padecía una nostalgia mucho más grave.

Habia vivido por algun tiempo en un paraíso de amor y de felicidad.

Se veía desterrada de él, y no podía, aunque quisiera, volver á habitarlo.

Esto lo conocían sus padres, y lloraban en silencio para no afligir más á su hija.

—Si Amalia se muere, mataré á ese hombre,—solía decir don Modesto cuando se encerraba en su habitación y pensaba en la desgracia de que estaba amenazado.

—¿Por qué vendría á esta casa?—exclamaba la madre cada vez que veía á su hija languidecer y consumirse.

Don Modesto recibió á Gil cortésmente, pero sin gran cordialidad.

Gil se hizo cargo de la razon que tenía su conduc-

ta, y no por eso le dió con ménos efusion las gracias por los favores que á Tomás habia hecho.

La primera entrevista fué breve y algun tanto penosa.

Gil, que por los antecedentes que tenia del carácter de Amalia, y por lo que Tomás le habia contado, adivinaba algo de lo que podia suceder, deseaba enterarse de todo, y para esto deseaba una conferencia con la madre.

Esto le fué tanto más fácil, cuanto que doña Susana deseaba lo mismo.

El padre de nuestros amigos manifestó que no pensaba permanecer más que un dia en Covarrubias, y se negó á aceptar la hospitalidad que don Modesto y su esposa le ofrecieron sin grandes instancias.

Cuando en la tarde del mismo dia de su llegada se dirigió á la casa de aquella honradísima y afligida familia para hacer su visita de despedida, que intencionadamente habia anunciado por la mañana, encontró en el zaguan á la madre, que le esperaba.

—Deseo que hablemos dos palabras,—dijo doña Susana, casi sin darle tiempo á saludarla.

—Yo deseo lo mismo,—repuso Gil.

Doña Susana entró en el jardin y se sentó en un banco de piedra, indicando al padre de Tomás un asiento á su lado.

—Aunque no he conocido á usted hasta hoy,—dijo la pobre madre,—los informes que desde hace tiempo he tomado, y más que todo su semblante, me dan la seguridad de que es usted un hombre honrado y bondadoso, á

quien puedo sin temor confiar las penas que por causa de su hijo tengo.

—Señora,—contestó Gil tristemente,—la ocasion no es á propósito para que yo haga alarde de modestia. Si me juzga usted mejor de lo que merezco, me felicito de un error, que contribuirá á inspirarla confianza para hablarme con entera franqueza.

Doña Susana contó entonces á Gil todo lo que sabia de lo que habia sucedido.

La pobre madre sabia los amores de Tomás y de Amalia, creia que habian concluido, suponía que él tenia la culpa, y le achacaba la enfermedad de su hija.

—¿Ella no le ha dicho á usted nada?—preguntó Gil.

—No. Ya comprende usted que hay cosas de que una madre habla muy difícilmente con su hija. Yo la he interrogado algunas veces, y no la he podido hacer que rompiera el silencio. Pero lo que he contado á usted son los hechos.

—Pues no está usted bien informada.

—¿No?

—No, señora.

—Entéreme usted por Dios.

—Tomás no ha dejado de querer á su hija de usted. Así me lo aseguraba hace dos dias, y mis hijos no mienten nunca.

—En ese caso, no comprendo...

—Yo se lo explicaré á usted.

Gil contó entonces á doña Susana la última conversacion de Tomás con Amalia, y la razon por qué esta habia roto sus relaciones con el muchacho.

—¿Está usted seguro?

—Tomás me lo ha contado.

—¡Pobre hija mia!

—Es efectivamente una desgracia; pero ya usted se hará cargo de que mi hijo tiene ménos culpa de lo que á primera vista parece.

—Es verdad.

—Sin que esto quiera decir que yo pretenda disculparle.

—Pero mi hija se muere.

—Yo estoy dispuesto á hacer todo lo que usted quiera para ahorrar á esa pobre niña una sola lágrima.

—Gracias; no me habia engañado al creer que tiene usted un corazon de oro.

—Mande usted.

Doña Susana manifestó, que puesto que el mal ya estaba hecho, no veia más remedio que convencer, si era posible, á Amalia del amor de Tomás, inspirarla la confianza que habia perdido, y hacer renacer en su alma las ilusiones que se habian desvanecido, cuya pérdida la iba á costar la vida.

Gil, que temia la inconstancia de su hijo, encontraba el remedio bastante arriesgado; pero como no habia otro y el peligro, segun doña Susana, era tan grave, no tuvo nada que oponer.

—Si á usted le parece, señora,—dijo,—yo mandaré á Tomás que venga él mismo á convencerla. Ahora no se lo impiden las atenciones del servicio, y creo que su presencia y sus palabras han de convencer á una niña enamorada mejor que todo lo que usted pueda decirle.

—Tiene usted razon, amigo mio,—contestó la madre, dejando escapar un suspiro.

—¿Quiere usted que yo hable de esto á su esposo?

—No hay necesidad; yo le enteraré de todo.

—Pues esta misma noche me pondré en camino, y haré á Tomás que venga sin pérdida de tiempo.

—Si conseguimos salvarla, le deberé á usted más que la vida.

Gil terminó su visita despues de saludar á don Modesto, y marchó á Briviesca en busca de Tomás, para cumplir la palabra que habia dado á doña Susana.

Enteró á su hijo de todo lo que acabamos de referir, y Tomás le preguntó:

—¿Y qué quiere usted que haga?

—Que marches inmediatamente á Covarrubias.

—Yo tambien le deseo, pero no puedo...

—¿Que no puedes?

—Sin permiso de don Jerónimo.

—Mientras se le pide y lo concede se pasarán tres dias, que es lo que tú tardarás en estar de vuelta.

—Pero si entre tanto se recibe alguna orden...

—Yo me quedaré aquí, responderé por tí, diré que estás enfermo, y enviaré un propio en tu busca ganando horas.

—Está bien.

—Desde aquí á Covarrubias no hay más que doce leguas. Tú puedes andarlas en esta noche, pues ya he visto que tienes un buen caballo.

—Que está acostumbrado á hacer jornadas más penosas.

—Mañana procurarás dejarlo todo arreglado, descansarás algunas horas, y pasado mañana al mediodía sales de Covarrubias, y puedes estar aquí á las doce de la noche.

—Haré lo que usted quiera.

Todo se hizo como Gil dispuso.

Tomás, que aún amaba á Amalia, sin duda porque no estaba seguro de que ella le amara á él, espoleó á su caballo toda la noche, y antes de amanecer llegó á Covarrubias.

Entró en la posada, y se metió en uno de los cuartos que habia desocupados, echándose vestido en la cama, para aguardar á que fuera hora de presentarse en casa de don Modesto.

Si dijéramos que el jóven durmió á pesar de su cansancio, faltariamos á la verdad.

Tomás no podia dormir ni descansar siquiera, hallándose preocupado, no sólo por su amor, sino por todo lo que el dia antes le habia contado su padre.

¿Cómo iba á encontrar á Amalia?

¿Haria ella caso de sus protestas amorosas?

¿Cómo le recibirian sus padres?

Y sobre todo, ¿cómo se presentaria á ellos?

Cuestiones eran estas que se agolpaban á la imaginacion del jóven, y que en vano trataba de resolver satisfactoriamente.

La verdad es, que su posicion iba á ser bastante difícil, y que aunque su genio no pecaba de encogido, eran suficientes para tenerle preocupado.

A medida que avanzaba el tiempo, crecía su confusión, porque se acercaba el momento solemne.

Cerca ya de las ocho de la mañana, pidió agua para lavarse, se aseó un poco, y salió de la posada, dirigiéndose á casa de don Modesto.

Nunca habia sentido latir su corazon como en aquel instante.

No sabia á quién deseaba encontrar primero.

Antes de entrar en la casa, vaciló algunos minutos.

Por fin, haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, atravesó el umbral de la puerta.

—¡Tomás!—exclamó alegremente Luisa, que por casualidad se encontraba en el zaguan.

—¡Luisa! ¡amiga mia! ¡hermana mia!—gritó el jóven.

—¡Mamá! ¡papá!—decia la muchacha, llamando alternativamente á las puertas de las habitaciones que ocupaban sus padres.

Aquella franca y cariñosa acogida devolvió á Tomás gran parte de su valor.

—¿Y Amalia?—se atrevió á preguntar al cabo de un momento.

—Se levanta más tarde, porque como la pobre está mala.

—¿Está mala?

—Sí... ¿no lo sabe usted?... ¡Casi desde que usted se marchó!

—¿Pero eso no será nada?—preguntó Tomás, que estaba ansioso por ver desvanecidas las sospechas que su padre le habia hecho concebir.

—No, nada.

Tomás permanecía en pié en medio del zaguan.

Luisa seguia llamando á la puerta del gabinete de su madre.

—Salga usted.

—Allá voy.

—Pronto.

Doña Susana abrió la puerta de su habitacion.

Al ver á Tomás no pudo contener un grito de alegría.

Corrió hácia el jóven, y á despecho de la costumbre, que entonces no autorizaba semejantes libertades, le estrechó ambas manos, exclamando:

—¡Gracias, amigo mio, gracias!

—¡Señora!—decia Tomás, verdaderamente conmovido,—¿cómo está?

Doña Susana no respondió, y ahogó un suspiro.

Entonces se presentó don Modesto.

Tanto él como Amalia habian sido ya prevenidos por doña Susana de la visita que iban á tener.

Don Modesto se dejó abrazar por Tomás y le estrechó la mano, como dándole las gracias por la presteza con que habia acudido.

El pobre padre comprendia, que si bien Tomás era la causa de sus penas y de los padecimientos de su hija, era una causa hasta cierto punto involuntaria: así es que estaba dispuesto á tratarle con benevolencia.

El jóven acababa de dar una prueba de amor á su hija, haciendo aquel viaje que en su posicion especial no se hallaba exento de peligros, pues aunque los franceses no estaban ya tan ocupados como un mes antes en perseguir á los guerrilleros, no dejaban de ejercer vigilan-

cia en toda la provincia, y no era raro encontrar en los caminos partidas de gendarmes y soldados de á pié y de á caballo, que recorrían sin cesar la provincia en todas direcciones, y examinaban á los viajeros, persiguiendo á los sospechosos, pues todo el afán de los generales era que no se volviera á reunir la temible guerrilla que tanto les habia dado que hacer, y cuya repentina desaparicion á todos parecia sospechosa, y ninguno tenia por definitiva.

Estas circunstancias favorecian mucho á Tomás en el concepto de los padres de su amada, y contribuyeron mucho al buen recibimiento que hicieron al jóven.

—¿Y Amalia?—preguntó don Modesto.

—Ahora iba á levantarse,—contestó doña Susana.

—¿Cómo está?

—Como siempre.

Todos guardaron silencio.

Por fin lo rompió don Modesto, diciendo á Tomás:

—¿Quiere usted entrar en mi cuarto para que hablemos dos palabras?

—Con mucho gusto.

—Vamos.

Los dos entraron en el despacho.

—Amigo mio,—dijo don Modesto entrando en materia desde luego,—dos dias antes de salir de esta casa para incorporarse á su escuadron, me pidió usted en este mismo cuarto la mano de Amalia.

—Y ahora insisto en mi peticion,—contestó gravemente Tomás.

—Lo agradezco con toda mi alma.

—No hago más que cumplir con mi deber.

—Yo dejé á usted en libertad por espacio de un año.

—No necesitaba ese plazo.

—Fuí yo quien creyó prudente tomarlo al mismo tiempo que dárselo á usted.

—Repito que por mi parte no era necesario.

—Acontecimientos posteriores, que me sería penoso relatar...

—Mi padre me lo ha dicho todo, — interrumpió Tomás.

—Es un favor más que debo á ese honradísimo y respetable anciano.

—El me ha contado la conversacion que tuvo con doña Susana.

—¿Y usted ha venido por obedecerle?

—En todo caso, nunca he sido más feliz obediéndole.

—¿De veras?

—Se lo juro á usted por mi honor de soldado.

—¿Es decir, que usted ama á mi hija?

—Con todo mi corazón.

—Gracias, — exclamó don Modesto, echando un brazo sobre los hombros de Tomás, que estaba á su lado sentado en una silla.

—Pero ella... — dijo Tomás, sin atreverse á acabar la frase.

—¿Qué?

—Ella no me ama á mí.

—Creo, al contrario, que le ama á usted demasiado.

—Si no tiene confianza en mi cariño.

—En usted consiste inspirársela.

—Yo se la inspiraré, — exclamó Tomás verdaderamente conmovido.

—Acepto esa palabra, — dijo con solemnidad don Modesto.

—La empeño solemnemente.

—Sólo debo advertir á usted una cosa: hoy no tengo motivo para quejarme de usted, suceda lo que suceda: pero si despues de comprometerse libremente conmigo logra usted que Amalia vuelva á confiar en su amor, ha de tener presente que un desengaño, una ingratitud, sería la muerte de esa pobre niña, y en ese caso soy padre.

—Yo mismo le traeria á usted mi vida.

—Yo iria á buscarla. Esto no es una amenaza: sé que es usted valiente, y no habia de intimidarle: es nada más que una advertencia.

—Como advertencia la recibo.

---

---

## Capítulo XLVI

### No hay dicha completa

Cuando Tomás salió del despacho de don Modesto, se dirigió al jardín, donde, según le dijo su presunto suegro, debía encontrar á la familia.

Hacia un hermoso día de primavera.

Los pajarillos gorjeaban en los árboles, que ya se habían cubierto de hojas, y el sol todavía no era incómodo.

Doña Susana tenía la costumbre de pasar con sus hijas las horas de la mañana, ocupadas en sus labores ó paseando.

Amalia aspiraba con delicia aquel ambiente fresco y perfumado.

Estaba sentada en una de las sillas rústicas que había al lado de la puerta.

Su madre, haciéndose la distraída, paseaba aquel día con Luisa, y dejaba sola á la pobre enferma, facilitando así, como por casualidad, la explicacion que deseaba tuviera con Tomás.

Este se dirigió hácia su amada, y al fijar los ojos en ella quedó dolorosamente sorprendido.

Sus megillas estaban pálidas, y sus ojos tenian un brillo inusitado, debido sin duda á las grandes ojeras que acusaban su malestar y su insomnio.

Estaba aún más bella que antes; pero en su belleza habia algo que entristecia.

Era el sello de la muerte, marcado en todas sus facciones.

—¡Amalia!— exclamó á media voz el capitán, acercándose á la muchacha y sentándose á su lado.

La niña clavó en él sus ojos azules, dirigiéndole una mirada larga y acariciadora.

—¡Amalia!— volvió á decir el jóven,—¿no quieres hablarme?

—Sí,—contestó Amalia en voz tan baja, que Tomás adivinó más bien que entendió, esta palabra.

—¿Te has acordado de mí?

—Mucho.

—¿Me quieres todavía?

—No lo sé.

Los dos jóvenes permanecieron callados.

Tomás, á pesar de su locuacidad natural, no sabia qué decir.

Amalia en aquel momento no necesitaba hablar.

Gozaba la felicidad de ver al hombre que amaba, y

habia olvidado por un momento sus temores, su desilusion, su desconfianza.

En aquel instante creia tener en su presencia, no al Tomás real y verdadero, que tan lejos estaba del ideal que habia concebido, sino al Tomás que ella vió en sueños cuando se enamoró de él.

Esta ilusion la hacia feliz, y se aferraba á ella, temerosa de volver á la realidad, que para ella era la desgracia.

Por eso callaba.

El silencio se presta mejor á las ilusiones.

Pero Tomás, que la envolvía en una mirada intensa de amor y de voluptuosidad, no podia callar largo rato.

—¡Qué hermosa estás, amor mio!—dijo resumiendo todos sus pensamientos.

—¿Te parezco hermosa?

—Los ángeles no lo son tanto.

Amalia sonrió con tristeza.

Tomás se sentía cortado.

—¿Por qué no me respondes?—dijo.

—Por nada.

—¿Te incomoda que hable?

—Al contrario.

En efecto, Amalia oía á Tomás con delicia.

No le respondía, porque no tenia qué responder.

Su razon la impulsaba á no dejarse arrastrar por el amor del jóven.

Pero su corazon la decia lo contrario.

La faltaba valor para mantenerse en la determina-

cion que tomó el día que dió por concluidos sus amores con Tomás.

—Te he escrito dos cartas,—dijo este.

—Sí.

—¿Por qué no me has contestado?

—¿Para qué?

—¡Amalia, Amalia mia!—exclamó el jóven apasionadamente.—Ten compasion de mí, que te adoro. Desde que salí de esta casa no ha habido un minuto que me haya dejado de acordar de tí, ni un pensamiento que no te haya consagrado. Invocaba tu nombre en los peligros, y tú eras el ángel de mis sueños, la esperanza de mi corazon, la alegría de mi alma.

—Sigue, sigue,—interrumpió á media voz Amalia.

—Yo siempre esperaba que llegara un día en que tú volvieras á amarme, en que te dignaras aceptar mi cariño y concederme el tuyo; el tuyo que es mi vida, mi ambicion, mi cielo. ¿Me he engañado, Amalia? ¿Es irrevocable tu sentencia? Respóndeme, responde, por lo que haya para tí más sagrado en el mundo.

—Pues bien, Tomás, sí,—dijo la jóven sin poder contenerse.—Renunciar á tu cariño es renunciar á mi vida. ¡Y yo no quiero morirme! ¡A mi edad se teme á la muerte!

—¡Alma de mi alma!

—Sé que hago mal.

—No temas.

—Sé que tal vez habré de derramar muchas lágrimas.

—Ninguna.

—Sé que me aguardan muchos dolores; pero padecer es vivir, y yo quiero vivir aunque sea padeciendo.

—No padecerás, Amalia.

—Procuraré olvidar todo lo que en este tiempo he pensado.

—¡Ah!

—Si no eras como yo me habia figurado, si ahora mismo me engañas, sígueme engañando, Tomás; yo te lo ruego, sígueme engañando, lo cual te será tanto más fácil, cuanto que yo misma te ayudaré á engañarme.

—No, vida mia.

—Sí, quiero que si al fin llega el desengaño, si algun dia no tengo más remedio que rendirme á la evidencia, si entonces sucumbo bajo el peso de un dolor que será más fuerte que yo, habré sido feliz al ménos mientras haya durado el engaño, mientras la mentira haya podido sostenerse.

—No pienses de ese modo.

—¡Quién sabe, Tomás, si los que buscan la dicha en la verdad, no buscan un imposible!

—¡Amalia!

—¡Quién sabe si para ser dichoso no es necesario creer en la mentira!

—No, Amalia; mi amor no es mentira: yo lo siento en mi corazon grande, inmenso, inextinguible, dándome calor y vida, como la da el sol á las plantas y la idea de Dios á los espíritus.

—Sea lo que quiera, Tomás, tú para mí existes desde hoy, no como en realidad eres, sino como yo quiero que seas.

—Yo me transformaré si es preciso para realizar tus ilusiones.

—Sí.

—El amor hará un milagro, si tanto fuese necesario. Por tí me siento capaz de todo, vida mia.

—Dios lo quiera.

—Dios lo querrá, porque tú lo deseas, y no puede desoir tus ruegos.

—¡Tomás! ¡Tomás!—exclamaba Amalia, á quien ahogaban los sollozos.

—¡Amalia! ¡Amalia mia!—murmuraba el jóven, no encontrando palabra más dulce que el nombre de su amada.

—Déjame sola.

—¡Sola!

—Sí.

—Pero...

—Soy tan feliz, que necesito llorar... Adios, Tomás, adios.

Y la jóven salió corriendo del jardin, y se dirigió á su cuarto, enjugándose las lágrimas.

Tomás la miró salir sin decir una palabra.

Nunca habia sido tan feliz como en aquel momento.

El muchacho corrió al encuentro de doña Susana.

La madre que, aunque no habia podido oír las palabras de los dos jóvenes, no los habia perdido de vista, no necesitó preguntar nada á Tomás.

Le bastó mirar á su rostro, en que se pintaba la felicidad y la alegría, para exclamar:

—¡Gracias, Dios mio!

—¡La salvaremos!—repuso Tomás con energía.

Entre tanto, Amalia lloraba en su gabinete.

Lloraba de felicidad.

¡Ella, que tanto habia llorado de pena!

Es particular lo que sucede con las lágrimas.

Parecen la expresion universal de todos los movimientos del alma.

Lo mismo se llora de dolor que de alegría.

Amalia, en aquel momento, sentia, no pensaba.

Su corazon se habia sobrepuesto á su razon.

Así es que el amor habia vencido.

Un dia antes estaba resuelta á no reanudar nunca sus relaciones con Tomás.

Si el jóven la hubiera escrito cien cartas, no le hubiera contestado.

Porque para escribir se necesita pensar.

Pero la presencia de Tomás habia desbaratado todos sus cálculos.

El sentimiento habló en ella más fuerte que todo.

Por otra parte, la pobre niña experimentaba lo que experimenta el que se ahoga.

La necesidad de salvarse á todo trance.

Por eso se acogia á una esperanza, que su razon la decia que era muy débil.

Y sin embargo, lo cierto es que Tomás estaba enamorado.

Enamorado con toda su alma.

¿Por cuánto tiempo?

El decia que para siempre.

Pero no hay enamorado que no diga lo mismo.

Lo cierto es que Amalia y sus padres fueron felices aquel dia.

Y esto es más de lo que parece.

La felicidad no es una cosa tan fácil de encontrar, que haya derecho á mostrarse descontentadizo ni exigente con ella.

De cuerdos es aceptarla como se presenta, y gozarla sin meterse en muchas averiguaciones.

Tomás almorzó y comió en casa de don Modesto.

La alegría que iluminaba el semblante de Amalia, la hacia parecer mejor que de costumbre.

Los pobres padres agradecian á Tomás la satisfaccion de su hija, y se desvivian por agasajarle.

Hablaron largamente de Gil.

—La honradez está pintada en su rostro,—decia don Modesto.

—Y la bondad,—añadió doña Susana.

—¿Y ha estado mucho tiempo preso?—dijo Luisa.

—Mucho.

—¿Y Juan le ha sacado?

—Sí.

—¿Es que su hermano de usted vale un Perú!

—¿Muchacha!—dijo doña Susana.

—¿Toma! ¿Qué tiene eso de particular?

—No... nada.

—¿Creen ustedes que me voy á enamorar de él?

—¿Vamos, hija!

—Es para mí demasiado respetable.

—Más vale así.

—¡Y tan serio!... ¡Caramba! estoy segura que á los franceses les da miedo sólo de verlo.

—¡Sabe dar buenos sablados!— contestó Tomás riendo.

—Ya me lo figuro.

—Y la verdad es, que cuando se pone á la cabeza de su escuadron y se lanza al enemigo gritando: «¡Adelante!» no hay nada que se le resista,—añadió Tomás, que se complacia en hacer el elogio de su hermano.

—¿Y usted, Tomás?—preguntó Luisa.

—Yo hago lo que puedo.

—Ya sabemos que cumple bien con su deber,—dijo don Modesto.

—Procuro hacerme digno de las personas que me distinguen con su cariño.

Tomás, al decir esto, fijaba en Amalia una rápida y dulcísima mirada.

—Y lo consigue usted,—contestó doña Susana.

—Por otra parte,—añadió Tomás,—deseo que mi padre no me cierre la puerta de su casa.

—¿Cómo?

—Y me la cerraria si supiera que me portaba mal al frente del enemigo.

—¿De veras?

—El nos mandó salir á campaña.

—¿Sí?

—Y preferiria mil veces quedarse sin hijos, á verlos deshonorados.

—Su padre de usted es de lo que no hay,—dijo don Modesto.

—Tiene usted razon.

—Pero una cosa es el valor y otra la temeridad,—exclamó entonces Amalia.—Yo he oido contar de ustedes empresas terribles.

—Hacemos lo que podemos.

—Creo que el buen militar debe pelear como valiente; pero al mismo tiempo está obligado á salvar su vida.

—Si es posible.

—Ya se supone; pero usted no debe olvidarlo.

—Yo digo lo que he oido decir á don Jerónimo que decia ese imbécil de Napoleon.

—¿Qué decia?—preguntó Luisa.

—Que aún no se habia fundido la bala que le habia de matar.

—¿De veras?

—No se puede negar que es hombre de suerte,—añadió don Modesto.

—Sí, pero en cuanto á eso de la bala, á mí no me prueba más que una cosa.

—¿Qué?

—Que todavía no se ha puesto delante de un tirador como el cura Merino.

—Sí.

—Yo le aseguro á usted que como se le pusiera á tiro, ya veria si la bala se habia fundido.

—Dicen, efectivamente, que es un tirador de primer orden.

—En apuntando á un hombre, ya se le puede dar por muerto.

Estos y otros diálogos semejantes entretuvieron todo el día á la familia.

Tomás aprovechaba todas las ocasiones que se le presentaban para decir aparte á Amalia alguna frase amorosa, y la linda muchacha le contestaba cada vez más enamorada.

A prima noche se reunían en casa de don Modesto tres ó cuatro personas de las más importantes del pueblo, que pasaban la velada hablando ó jugando al solo.

El primero que llegó aquella noche fué el alcalde, el cual conocía á Tomás desde que estuvo allí herido, y se alegró mucho de verle.

—¿Qué hay?—le preguntó don Modesto.

—Me parece que vamos á tener novedades.

—¿Novedades?

—Sí, señor.

—¿Pues cómo?

—Don Tomás podrá enterar á usted mejor.

—¡Yo!

—Me parece.

—Pues estoy en ayunas.

—Se hace usted el desentendido.

—No sé de qué se trata.

—Ni yo tampoco.

—Pero explíquese usted.

—¿Se acerca alguna columna francesa?—preguntó doña Susana.

—No son los franceses los que se mueven.

—¿Pues quién?

—Los españoles.

—Hable usted.

—Ya saben ustedes que habia en Covarrubias diez ó doce individuos de la partida del cura Merino, alojados en las casas de varios vecinos.

—¿Y qué? — preguntó Tomás con ansiedad.

—Esta tarde han desaparecido todos del pueblo.

—¿Que han desaparecido?

—Sí, señor.

—¿Y adónde van?

—No se sabe.

Tomás quedó preocupado.

—¿Qué piensa usted, amigo mio?—le preguntó don Modesto.

—Debe haberse recibido alguna orden de don Jerónimo.

—Su padre de usted se la hubiera comunicado.

—Tal vez no haya tenido tiempo.

—En todo caso, no se hará esperar mucho.

—Yo salí anoche de Briviesca... y si la ha recibido esta mañana...

—Aun no es tarde.

Amalia seguía con ansiedad aquella conversación.

—No sé si marcharme inmediatamente,—dijo Tomás.

—¿Adónde?

—A Briviesca.

—Se expone usted á cruzarse en el camino con el emisario, que sin duda vendrá en su busca.

—Es verdad.

—Y en ese caso, pierde usted tiempo en lugar de ganarle.

—Esperaré esta noche.

Tomás estaba inquieto.

Se conocía que le preocupaba lo que podía suceder, y aunque procuraba mostrarse alegre, no podía disimular lo que sentía.

—Amalia, que contaba gozar de su presencia hasta el día siguiente, se mostraba fuertemente contrariada.

Una hora despues llamaron á la puerta de la casa.

Era el asistente de Tomás, que acababa de llegar de Briviesca, y no habia hecho más que dejar el caballo en la posada é ir en busca de su amo.

—Mi capitan,—dijo el guerrillero á Tomás, que le salió al encuentro.

—¿Qué pasa?

—Se ha recibido órden del cura para marchar inmediatamente á Aranda de Duero.

—¿Qué ha hecho mi padre?

—La ha comunicado al teniente Fernandez, y este ha mandado que todo el escuadron se ponga en marcha.

—¿Reunido?

—No, señor. Don Jerónimo manda que cada uno vaya por su lado.

—¿De modo que ya no queda en Briviesca ni uno de los nuestros?

—Ninguno.

—¿Y qué dice mi padre?

—Que usted puede marchar desde aquí á Aranda de Duero.

—Bien.

—El movimiento debe ser general, porque esta tarde he encontrado algunos hombres sueltos, que marchaban ya en esa direccion.

—Corriente. Nosotros les seguiremos al amanecer. Vuélvete á la posada, cuida los caballos y acuéstate.

—A la órden de usted,—dijo el asistente, dando media vuelta y volviendo á salir á la calle.

Tomás enteró á sus amigos de lo que ocurría.

—Vamos, el cura prepara algun jaleo,—exclamó el alcalde.

—¿Y se marcha usted?—se atrevió á preguntar Amalia.

—Es preciso.

—¿Cuándo?

—Al amanecer.

—Hace usted bien,—dijo don Modesto.

Aquel contratiempo vino á aguar la felicidad de la pobre Amalia.

Los dos jóvenes se hicieron mil juramentos de amor y de constancia.

Don Modesto, luego que se quedaron solos, autorizó á Tomás para que escribiera á su hija, y á esta para contestarle.

En una palabra, el joven quedó reconocido como novio oficial.

Eran más de las doce de la noche, hora inusitada en el pueblo, cuando Tomás se resolvió á despedirse.

Entonces se repitieron las protestas, los encargos, las lágrimas y los suspiros.

Don Modesto y doña Susana abrazaron á Tomás, y este se marchó á la posada.

Al amanecer del dia siguiente vistió su traje de campaña, que el asistente le habia llevado, y á poco de salir el sol cabalgaba con direccion á Aranda de Duero.

---

## Capítulo XLVII

**Donde se ve que un mendigo puede servir para algo más  
que pedir limosna**

Dos días y una noche caminó Tomás, seguido de su asistente.

En todo su viaje no encontró á nadie de la partida que pudiera darle noticia de lo que se intentaba.

Llegado á Aranda de Duero, no se atrevió á penetrar en el pueblo, por ser de día y haber allí una fuerte guarnicion francesa.

Dióse á recorrer los alrededores, y no tardó en encontrar un mendigo, que se dirigió á él pidiendo una limosna y manifestando deseos de hablarle.

Tomás, como todos los guerrilleros, se había hecho suspicaz y receloso.

Examinó atentamente al mendigo, y le pareció que, aunque andrajoso en su traje, no tenia en su rostro las señales indelebles con que la miseria suele marcar á sus víctimas.

Pensó si tendria que habérselas con un espía, y preguntó al pordiosero:

—¿Es usted de Aranda, hermano?

—No, señor,—contestó el otro.

—¿Y qué hace usted por aquí? En los caminos no hay muchos viajeros, y la limosna que recoja no será mucha.

—Encuentro lo que necesito, y me basta.

Aquella frase de doble sentido aumentó las sospechas de Tomás.

—¿Y se puede saber lo que usted busca?

—Viajeros que vengan á este sitio.

—¿Para quedarse en él?

—Para quedarse ó para marcharse á otra parte: para marcharse adonde hacen falta.

—¿Segun eso, hay gente que viene por aquí y hace falta en otra parte?

—Así parece.

—Hable con claridad, hermano, si quiere que nos entendamos.

—Los franceses,—dijo entonces el pordiosero,—han prohibido á los españoles que tengan armas.

—Ya lo sé,—dijo Tomás, dirigiendo una mirada á su sable y sus pistolas.

—Pero desde ayer á hoy han aparecido muchos hombres armados por estas inmediaciones.

—Como hay tantos ladrones en los caminos...

—Por eso será.

—O por otra cosa.

—Pero es el caso...

—¿Qué?

—Que hace tres dias no habia en Aranda ni un francés.

—¿No?

—La guarnicion habia salido para Valladolid.

—Vamos.

—Pero ayer de madrugada llegó un batallon, que no se esperaba.

—¡Hola!

—Y si cogiera hombres armados...

—Es claro...

—No ha cogido ninguno, porque yo y otros amigos estamos aquí para avisar á los incautos ó á los rezagados, que si quieren ir adonde les conviene deben marcharse hácia Quintana de la Puente.

—¿De veras?

—Y lo mejor será que en lugar de seguir el camino real, tomen por el monte; que ahora el sol incomoda mucho, y la sombra es buena en estos tiempos.

Tomás entendi6 la indirecta, pero se qued6 perplejo.

La 6rden de Merino, que le habia comunicado su padre, era ir á Aranda de Duero, y aunque ya comprendia que no se trataba de entrar en el pueblo, sino de reunirse en las inmediaciones, no queria faltar á ella.

Por otra parte, si la guerrilla estuviera por allí cerca, ya hubiera encontrado algun vestigio, sobre todo en los pinares que acababa de atravesar, y que eran el sitio más á propósito para establecer un campamento sin ser notado de nadie.

Esto le hacia vacilar.

El mendigo conoció lo que pensaba.

—¿No quiere usted creerme, señor pasajero?

—¿Quién me asegura que no mientes?—preguntó el jóven, variando de tono.

—Mi patron, que debe ser el mismo de usted, si no me engaño.

—Todos los españoles tenemos por patron á Santiago.

—Es verdad, pero yo me encomiendo tambien á otro santo.

—¿A cuál?

—A San Jerónimo.

El mendigo acentuó sus palabras de modo que á Tomás ya no le quedó duda.

Aquel hombre estaba allí para avisar á los guerrilleros que se presentasen, de que debian marchar en otra direccion.

Por un momento se le ocurrió, si habiendo sabido los franceses el plan que tramaba Merino, que por cierto nuestro jóven aún no conocia, habrian procurado por medio de espías desorientar á la partida y separarla del punto á que debia dirigirse.

Pero aquello era absurdo.

Los franceses estaban en Aranda de Duero, porque Tomás lo habia oido decir, no sólo al mendigo, sino á unos arrieros á quienes interrogó la tarde anterior, y en ese caso, si sabian que la partida debia acudir allí á la desbandada, lo que les convenia era dejar acercarse á los guerrilleros y cogerlos uno á uno, que hubieran podido hacerlo fácilmente.

—¿Conque dices que debo ir á Quintana de la Puente?

—Es lo mejor.

—Pues admito tu consejo.

—Feliz viaje.

Tomás se internó en el monte, y emprendió la marcha.

Quintana de la Puente es un pueblo situado en la calzada de Valladolid á Búrgos, y no dista más que una jornada corta de Aranda de Duero.

Tomás calculó que si el cura Merino andaba por allí, habria comunicado órdenes á los alcaldes para que avisaran á su gente el nuevo punto de reunion, y atribuir el no haber él recibido ninguna, á que como iba algo retrasado habia caminado toda la noche sin dormir más que muy pocas horas, y eso á la intempérie, de modo que no habia podido hablar con nadie.

Pero se propuso entrar en el primer pueblecillo que encontrara, y cerciorarse de la verdad de lo que le habia dicho el mendigo.

Así lo hizo, en efecto, y una hora despues de su encuentro ya sabia que no iba engañado.

Continuó su viaje sin descansar más que lo indispensable para dar algun respiro á los caballos, y por la tarde ya encontró á dos soldados de la guerrilla, que en la misma direccion que él marchaban.

Los soldados le enteraron de que, en efecto, se habia variado la órden, y que el nuevo punto de reunion era hácia Quintana, en los pinares de Aguila Fuente, que se halla en los confines de las provincias de Valladolid y Búrgos.

Lo que habia ocurrido era lo siguiente:

Merino proyectaba dar un golpe de mano, apoderándose del tren de batir que desde Búrgos se dirigia á Ciudad-Rodrigo, el cual se componia nada ménos que de ciento diez y ocho furgones y una porcion de carros cargados con enormes piezas de sitio, balas, bombas, granadas y demás útiles del servicio de la artilleria.

Como entonces no habia en la provincia ninguna partida, pues la del cura Merino no daba señales de vida, la escolta del convoy se componia solamente de cuatrocientos infantes y unos doscientos caballos.

—Aún esta era fuerza suficiente para oponer una gran resistencia en campo llano, si la infanteria se parapetaba en los carros y la caballería podia maniobrar libremente.

Merino, que economizaba la sangre de sus soldados, no queria una batalla campal, sino una sorpresa y una emboscada.

En este género de lucha no tenia rival.

Pero es el caso que el camino no le ofrecia condiciones satisfactorias, á ménos de alejarse mucho del teatro de sus operaciones, y él no queria pelear en terreno que no conociera perfectamente.

Estas razones le hicieron poner en prensa su imaginacion, y concebir un plan diabólico.

Decidió apoderarse del convoy en Aranda de Duero, cuya guarnicion habian retirado los franceses quince dias antes.

Por eso cuando tuvo noticia de que el tren habia salido de Búrgos y supo la escolta que llevaba y el iti-

nerario que debía seguir, dió orden á su guerrilla para acudir á aquel punto.

El convoy, como todos los de su clase, marchaba muy despacio.

Andaba sólo cuatro leguas diarias, y muchas veces ni aún eso, porque una rueda que se rompía, un carro que se atascaba y habia necesidad de descargar, ó cualquier otro impedimento, retrasaban muchas horas la marcha, como no podia ménos de suceder tratándose de conducir objetos tan pesados y difíciles de manejar como el material de artillería.

Estas circunstancias, que ya don Jerónimo habia calculado, permitian á sus guerrilleros, que marchando aislados, á pié ó á caballo, atravesando los montes y valiéndose de todos los atajos, ganar al convoy una gran delantera, y llegar con mucha anticipacion al punto designado.

Pero fuera por casualidad, ó tal vez para proteger y asegurar con su presencia el paso de la artillería, siete ú ocho dias antes del en que esta debía llegar á Aranda de Duero, fué la poblacion ocupada por una media brigada del ejército francés.

Y entonces pudo conocerse lo bien organizado que tenia Merino el servicio de espías y confidentes.

Inmediatamente llegó á su noticia lo que ocurría, y como tenia la provincia materialmente cubierta por una red de peatones que hacian correr de uno en otro los partes y órdenes que se les comunicaban, formando, por decirlo así, una especie de telégrafo humano, admirable por su celeridad y exactitud, lo que para un jefe

ménos previsior hubiera sido un peligro, poco ménos que inevitable, para él, no fué más que una ligera contradicción y la pérdida de algunas horas.

En un día supieron todos los alcaldes que debian avisar á los guerrilleros que pasaran por sus pueblos, que en lugar de Aranda de Duero, el punto de reunion era el pinar de Aguila Fuentes, por la parte de Quintana.

Allí encontró efectivamente á la guerrilla, cuyos escuadrones y compañías aún no estaban completos; pero se iban reuniendo, y cada vez aumentaban en número con los individuos que llegaban de todas partes.

Lo primero que hizo Tomás fué presentarse al cura, que le recibió muy bien y le pidió detalles acerca de su marcha.

El jóven se creyó obligado á confesar á su jefe que sin licencia suya se habia ausentado de Briviesca.

—Mal hecho,—le dijo don Jerónimo.

—Espero que usted me dispense,—replicó Tomás; y le contó como circunstancias atenuantes los sucesos que habian ocurrido, la orden de su padre y las medidas que habia tomado para que en ningun caso padeciera el servicio por su causa.

Merino fué indulgente, atendiendo á la espontánea lealtad con que habia confesado su falta, á que esta no habia tenido consecuencias, porque el escuadron estaba completo y era de los que más pronto habian acudido, lo cual demostraba que su capitan mantenia entre sus individuos el espíritu de subordinacion y el entusiasmo que son tan necesarios en campaña, y más que todo á la

deferencia que don Jerónimo mostraba siempre á los dos hermanos.

—Pase por esta vez,—le dijo;—pero en lo sucesivo pídemelo siempre que lo necesites. Yo no te lo he de negar, más que cuando no tenga otro remedio, y es conveniente que no deje nunca de estar enterado de la gente que tenga en cada punto, para poder disponer de ella con toda seguridad.

—Tiene usted razon, señor cura.

—Pues no se hable más del caso.

—Muchas gracias.

Tomás, despues de cumplir con aquel deber de subordinacion y cortesía, fué al sitio en que se hallaba su escuadron. Lo mandó formar pié á tierra y sin armas, y lo revistó rápidamente, enterándose de que se hallaba en buen estado y que todos sus hombres habian acudido puntualmente á la cita.

Por los oficiales, á quienes interrogó minuciosamente, se enteró de que tanto el armamento como los caballos y equipo se encontraban en estado de prestar servicio, y entonces mandó romper filas, dirigiéndose en busca de su hermano.

Al atravesar el campamento, pudo convencerse de lo útil que habia sido para la guerrilla la dispersion y el descanso que habia tenido.

Los hombres que, al separarse en las inmediaciones de Pineda, daban lástima por lo flacos, macilentos y mal vestidos, se presentaban entonces alegres y repuestos.

Los caballos estaban gordos.

El vestuario se habia recompuesto y remendado, de

manera que los soldados tenían un aspecto agradable y decente.

En una palabra: la guerrilla, que se habia disuelto estenuada y muerta de cansancio, se reunia con la apariencia de sus mejores tiempos, dispuesta á emprender las más arriesgadas aventuras.

Juan supo por su hermano la visita que su padre habia hecho á este en Briviesca, así como lo que habia pasado en Covarrubias.

—¿De modo que ya estás otra vez en amores con Amalia?

—Sí, chico.

—Pues, hombre, ten juicio y no mates á esa pobre muchacha.

—Tú lo ménos te figuras que yo soy el verdugo.

—No tanto.

—Pero poco ménos.

—Sé que ella es amante y apasionada, y tú ligero y voluble.

La llegada de algunos oficiales que iban á saludar á Tomás, interrumpió la conversacion de los dos hermanos.

La alegría era general en el campamento.

Todos aquellos hombres que habian corrido juntos tantos peligros y sufrido tantas penalidades, experimentaban un gran placer al verse.

Los abrazos, las preguntas, las chanzonetas, se cruzaban de unos á otros.

—Vamos á tener gresca.

—Así parece.

—Yo ya me iba cansando de vivir á lo canónigo.

—A chamusquina me huele.

Estas y otras frases parecidas se oían por do quiera, y en ellas podia conocerse, que su breve y forzado descanso no habia perjudicado en nada al ardor patriótico y al excelente espíritu militar de la guerrilla.

Las Vigueras de Quintana

Los días permaneció la guerrilla emboscada en los pinares de Aguila Fuerte sin dar señales de vida, en tanto que el cenayo ~~seguía~~ ~~trasmontando~~ por el camino de Burgos a Valladolid.

Como quiera que en toda la provincia no se oía hablar de partidas, ni de tropas españolas, las guarniciones francesas permanecían en sus puestos, y la escolta del cenayo marchaba sin desconfianza, aunque sin des-  
cuido.

Llevaba una vanguardia, que se adelantaba mas de media legua al tren, y cuyos exploradores, no sólo rastreaban todos los bosques é lugares que parecían á propósito para una emboscada, sino que ocupaban las posiciones desde donde podia arrojarse algun peligro, permaneciendo en ellas hasta que había pasado el último hombre de los que formaban la retaguardia.

---

## Capítulo XLVIII

---

### Las Vísperas de Quintana

Dos días permaneció la guerrilla emboscada en los pinares de Aguila Fuente sin dar señales de vida, en tanto que el convoy avanzaba tranquilamente por el camino de Búrgos á Valladolid.

Como quiera que en toda la provincia no se oía hablar de partidas, ni de tropas españolas, las guarniciones francesas permanecían en sus puestos, y la escolta del convoy marchaba sin desconfianza, aunque sin descuido.

Llevaba una vanguardia, que se adelantaba más de media legua al tren, y cuyos exploradores, no sólo registraban todos los bosques ó lugares que parecían á propósito para una emboscada, sino que ocupaban las posiciones desde donde podía amenazar algún peligro, permaneciendo en ellas hasta que había pasado el último hombre de los que formaban la retaguardia.

Esto ocasionaba bastante cansancio á la tropa; pero en cambio aseguraba la marcha del convoy y demostraba que el coronel encargado de su conduccion era hombre práctico en el arte de la guerra, y no queria ser víctima de una sorpresa.

Todos los malos pasos que se encontraban en el camino se reconocian antes de penetrar en ellos, y así se pasaba con toda seguridad por las calzadas y desfiladeros.

Por las noches, llegando á los pueblos de etapa, como no era posible descargar los carros, se reúnan y ordenaban en la plaza, dejándolos al cuidado de una guardia, que no se componia ménos que de cien infantes y cincuenta caballos.

El resto de la fuerza se alojaba en las casas de los vecinos, y la guardia, dejando con los carros un pequeño número de hombres de infantería, establecia en las afueras fuertes avanzadas y algunas rondas y retenes de caballería; pues claro es que no se temia un ataque de los paisanos, y que si algun peligro habia que prevenir, era el de ser sorprendidos por fuerzas que acudirían del exterior.

Por las mañanas, antes de emprender la marcha, fuertes partidas de caballería recorrian las inmediaciones del pueblo, y no se echaba á andar sin saber que no ocurría ninguna novedad.

De todo estaba enterado Merino por sus emisarios, y viéndo que no se descuidaba por los franceses ninguna de las precauciones que la prudencia aconseja, solia decir entre dientes:

—Este coronel es duro de pelar.

Pero como los pueblos estaban enteramente de su parte, y el cura era astuto y poco escrupuloso en la eleccion de medios, con tal que le dieran el resultado apetecido, añadia en seguida como contestándose á sí mismo:

—Apuesto una oreja á que le doy que sentir.

Y en efecto, como ya hemos dicho antes, tenia formado su plan, y este era verdaderamente diabólico.

Nadie sabia en la guerrilla en qué consistia.

Casi todos suponian que esperarían á los franceses emboscados, segun costumbre, y en un momento dado caerían sobre ellos á tiros y sablazos.

Al comandante Segura y á algunos de los oficiales más instruidos les parecia que esto no dejaria de ofrecer dificultades, dada la clase de tropa con que tenian que habérselas y la notoria pericia del jefe que la mandaba.

Pero nadie decia nada.

En primer lugar, porque ninguno podia afirmar cuál era el proyecto del cura.

Y en segundo, porque la subordinacion á que don Jerónimo les tenia acostumbrados, no les permitia murmurar ni sembrar con hablillas la desconfianza.

Una jornada faltaba al convoy para llegar á Quintana.

Merino, segun costumbre, reunió á sus oficiales para darles sus instrucciones.

Les enteró minuciosamente del orden de marcha y de las precauciones que adoptaba el enemigo para alojarse, y les dijo:

—Ya ven ustedes que tenemos que habérmolas con gente digna de nosotros. Yo soy imparcial, y declaro que ese coronel sabe su oficio. Es lástima que mañana tenga que morir, lo mismo que todos los que van á sus órdenes, porque si mi plan se realiza, ni uno solo quedará con vida.

Los oficiales se miraron sorprendidos.

—Ya veo que les admira á ustedes la seguridad con que hablo. Pues, amigos, mañana se ha de ver si me equivoco, que si todo el mundo cumple con su deber y mis órdenes se ejecutan puntualmente, seguro estoy de lo que digo.

Don Jerónimo hizo una pausa, y preguntó luego:

—¿Ustedes saben lo que pasó en las *Visperas Sicilianas*?

La instrucción no era el fuerte de los oficiales de la partida, y ninguno contestó.

—Yo tampoco lo sabia,—añadió el cura;—pero el comandante Segura, que sabe más que un abad, mientras hemos andado agazapados, me ha contado ese y otros hechos históricos, cuyo conocimiento puede servirnos de mucho. Es el caso, que los franceses se hicieron dueños de Sicilia, yo no sé cómo; probablemente como se han hecho dueños de España, á traicion y sobre seguro. Que allí se portarian mal, no hay que decirlo, porque dejarían de ser franceses; y que los sicilianos estaban deseando darles el gran disgusto, es cosa que cualquiera puede suponer. Pero como cada uno tiene su modo de matar pulgas, y para el caso lo mismo da matar pulgas que matar franceses, en lugar de levantarse

contra los conquistadores con las armas en la mano, como hemos hecho nosotros, los sicilianos, que por lo visto eran gente que lo entendia, se concertaron en secreto y organizaron una degollina general.

—¡Bien pensado!—exclamaron varios oficiales sin poder contenerse.

—¡Bien pensado, y mejor hecho!—replicó Merino, continuando su relacion.—Tramaron la conjuracion con el mayor sigilo, y acordaron que la señal de la matanza seria el toque de vísperas, con motivo de no recuerdo qué festividad de las que celebra la Iglesia. Llegó el dia convenido; todo aparecia en la mayor calma; los franceses se entregaban al descanso ó discurrían tranquilamente por las calles, y los sicilianos parecían los hombres más pacíficos del mundo. Pero suena el toque de vísperas, y empieza el ojeo. Hombres, mujeres, niños, ancianos, con armas ó sin ellas, se arrojan sobre sus indefensos enemigos, y el ejército francés en masa es pasado á cuchillo, arrastrado, fusilado, degollado y hecho pedazos.

—¡Bravo!—gritaron todos los oficiales, entusiasmados por la animada descripcion.

—Las calles de Palermo. ¿Fué en Palermo, comandante?

—En Palermo, señor cura.

—Las calles de Palermo los vieron morir á centenares. Muchos de ellos fueron muertos en sus casas por las familias que los tenian alojados, y Sicilia se vió libre en pocas horas de la dominacion francesa.

—¡Viva Sicilia!—exclamó el auditorio.

—No faltarán escrupulosos que digan que allí hubo traicion, y que aquello no debió hacerse,—prosiguió diciendo Merino;—pero yo, señores, opino de distinto modo. Para defender la patria todos los medios son buenos, y todos deben emplearse. El que va por un camino y lleva una pistola, no tiene inconveniente en disparar contra un ladron, aunque este no tenga más armas que una navaja.

—Es cierto.

—La responsabilidad es siempre del agresor, nunca del que se defiende.

—Justo.

—Los franceses atacaron á Sicilia, como han atacado á España, traidoramente y con fuerzas muy superiores. Por lo tanto, los sicilianos hicieron bien en asesinarlos, y nosotros haremos perfectamente si logramos imitar su conducta.

—Sí, sí.

—En la guerra, y sobre todo en la guerra defensiva, es lícito lo que sería desleal en un duelo de hombre á hombre. Cada cual emplea todas sus fuerzas y todos sus medios. Ese Napoleon Malaparte, que Dios confunda, no avisó á España que queria conquistarla, no preguntó cuántos soldados teniamos para enviar otros tantos á pelear con ellos: entró aquí llamándose amigo, envió todos los batallones de que podia disponer: se vale de pertrechos de guerra que nosotros no tenemos; bombardea nuestras ciudades abiertas, como Zaragoza; incendia nuestros pueblos y nuestros bosques, emplea su mejor artillería contra nuestras plazas casi desmantela-

das, y nos ataca en la relacion de veinte por uno. Saquea los templos; impone contribuciones de guerra, que son verdaderos robos; retiene en Francia la familia real, á la que hizo caer en una celada infame; hacen él y los suyos guerra de bandidos: pues tratándolos como bandidos, estamos en nuestro derecho.

—Es verdad, es verdad,—gritaban de todas partes los oficiales que oian á Merino, cada vez más exaltado al recordar el capítulo de agravios que los españoles tenían de los franceses.

—Apenas hay uno de nosotros que no tenga que vengar algo. Nuestros campos talados, nuestros pueblos entrados á saco, nuestras vidas amenazadas y mancilladas nuestras honras; sin contar la patria aherrojada, la religion escarnecida, hollado el derecho, pisoteada nuestra bandera, y el nombre español cubierto de ignominia: nos autorizan á todo, y todo estoy resuelto á intentarlo.

—Sí, sí, todo,—gritaban los circunstantes.

La exaltacion de Merino se iba comunicando á sus oficiales, que en aquel momento no habia nada de que no se sintieran capaces, por arriesgado que fuera.

El cura no se habia engañado.

Su natural perspicacia le decia que antes de dar las terribles órdenes que tenia que comunicar á sus subalternos, necesitaba exaltar su patriotismo y encender su ira contra los enemigos de la patria.

Á medida que hablaba, él mismo se iba exaltando cada vez más, y llegó á expresarse con bastante elocuencia.

Al ver el estado de irritacion en que se hallaban sus oyentes, cambió bruscamente de tono, y preguntó medio en broma al comandante:

—¿Qué tal, amigo Segura, recuerdo bien lo que fueron las *Vísperas Sicilianas*?

—Perfectamente.

—Pues mañana es necesario que demos á los franceses una segunda edicion de esa obra.

—¡Bravo!—dijeron todos.

—Los vecinos de Quintana no dejarán de ayudarnos.

—Es cierto.

—Y si no lo hicieren, peor para ellos.

—Lo harán.

—Así lo creo.

En seguida don Jerónimo explicó su proyecto y enteró á cada uno de lo que debia hacer.

El plan fué muy del agrado de la mayor parte, que se restregaban las manos de gusto, pensando en el daño que iban á hacer á los que tantos males habian causado y estaban causando á España.

—Conque, vaya, á dormir bien esta noche,—dijo Merino;—y mañana al amanecer á explicar todos á sus soldados lo que tienen que hacer. Esta no es cuestion de mando ni de conjunto, sino de la accion individual de cada uno, y es preciso que todos demuestren astucia y energía.

La reunion se disolvió á los pocos momentos.

Los capitanes y subalternos marcharon adonde se hallaban sus escuadrones y compañías.

—¡Juan!—decía Tomás á su hermano al retirarse.

—¿Qué?

—Más me gustaria atacar á los franceses en campo raso y acuchillarlos á la luz del dia, que cazarlos de noche en las calles y casas de Quintana.

—Y á mí tambien; pero conozco que don Jerónimo tiene razon, y que el plan no puede ménos de dar buenos resultados.

—Es indudable.

Los dos hermanos se separaron.

Cada uno fué á ver si ocurría novedad en la fuerza de su mando.

Todo estaba tranquilo.

Acababa de establecerse el servicio de noche, y sólo el ruido de las pisadas de las patrullas y centinelas, turbaba el silencio.

La noche era hermosísima.

El bosque en que estaba la guerrilla, frondoso y poblado de gruesos árboles, cuyas elevadas copas parecían elevarse hasta las nubes.

Entre las hojas penetraba alguno que otro rayo de luna, que iluminaba á trechos el campamento.

La mayor parte de la gente dormía.

Se habian apagado todos los fuegos.

Algunos oficiales paseaban hablando en voz baja.

A todos preocupaba, aunque de diverso modo, segun los caracteres, lo que iba ocurrir al dia siguiente.

---

## Capítulo XLIX

---

### Un auxiliar inesperado

A las diez de la mañana, después de comer el primer rancho, se levantó el campamento.

La guerrilla se puso en marcha, y media hora después ocupaba la plaza mayor de Quintana de la Puente.

El alcalde, que había salido con los notables del pueblo á recibir á los guerrilleros, se dirigió sobresaltado al cura Merino.

—¿Pero usted no sabe lo que pasa?—le preguntó.

—¿Qué!

—Que esta tarde llegan aquí los franceses.

—Bueno.

—Han pedido que se les tengan preparadas raciones.

—Pues preparárselas.

—¿Segun eso, van ustedes á marcharse pronto?

—Pienso estar aquí lo ménos hasta mañana.

—Pero...

—Obedezca usted y calle.

—Mande usted.

—Hay que alojar inmediatamente á mi tropa.

—Está muy bien.

—Todos los vecinos estarán obligados á obedecer á mis soldados en cuanto les manden, darles la ropa que pidan y esconderlos del modo más conveniente.

—Así se hará.

—Además, publicará usted por medio del pregone-ro una órden, diciendo que el que hable de nuestra lle-gada á este pueblo, ó sea causa directa ó indirecta de que los franceses sepan que estamos aquí, será pasado por las armas.

—¿Tiene usted algo más que mandar?

—Nada.

El alcalde se separó de Merino para dar cumpli-miento á las órdenes que acababa de recibir.

Los notables que le acompañaban marcharon con él, ó despues de satisfecha su curiosidad de ver de cer-ca al famoso cura y á la gente que mandaba, se disper-saron en diversas direcciones.

Sólo uno de ellos se quedó mirando frente á frente á don Jerónimo, examinándole con sonrisa de satis-faccion.

Era un hombrecillo pequeño y regordete, un poco calvo y bastante colorado.

—¿Qué quiere usted?—le preguntó el cura, can-sado de aquel prolijo exámen.

—Yo, nada.

—Entonces...

—Es decir...

—Acabemos.

—Parece que prepara usted alguna sorpresa.

—¿Y á usted qué le importa?

—Es que creo difícil que usted sólo la realice.

—¿Yo solo?

—Sí, señor.

—¿Y á quién necesitaría si quisiera realizarla?

—A un hombre que fuera capaz de sacrificar su vida por matar unos cuantos franceses.

—¿Y quién es ese hombre?

—Yo.

—¡Usted!

—Yo mismo.

El hombrecillo aquel era el boticario de Quintana, y empezó á pasear por la plaza al lado del cura, el cual iba recorriendo el frente de su tropa, que descansaba sobre las armas.

Don Jerónimo iba sintiéndose cada vez más interesado por su conversacion, y no sabia si hablaba con un loco, con un bromista ó con un hombre capaz de todo; aunque su facha, en verdad, no era muy temible que digamos.

Pero como bajo una mala capa se encuentra á veces un buen bebedor, el cura no quiso desprenderse de su acompañante sin saber á punto fijo lo que de él podia prometerse.

—¿Qué dificultades encuentra usted para sorprender á los franceses?—le dijo.

—La vigilancia de los oficiales.

—¡Bah!

—Yo sé que aparte de la tropa de servicio, el coronel, con la mayor parte de los jefes, pasa las noches rondando por los pueblos en que se aloja, y duerme de día echado en un furgon, durante la marcha.

—¡Buen jefe!—dijo Merino.

—Pero esta noche no rondará.

—¿Que no?

—Ni ninguno de los demás jefes.

—¿Por qué?

—Porque yo no quiero.

—¡Hombre!...

—Le respondo á usted del coronel y de casi todos los oficiales.

—¿De veras?

—No quiero que los maten sus soldados de usted.

—¿No?

—Eso me toca á mí.

—¿Pero cómo?

—Corre de mi cuenta.

—¿Se burla usted?

—Allá lo veremos.

—¿Tiene usted algun plan?

—Hace mucho tiempo.

—¿Necesita usted algun auxilio?

—Ninguno.

—Pues no alcanzo...

—Yo me entiendo.

—¿Pero usted solo?

—Solo.

—Me admiro.

—Usted no sabe odiar, señor cura.

—Este hombre está loco,—pensaba Merino.

—Yo soy boticario...

—Bien.

—Y no digo más.

—Corriente.

El boticario se separó de Merino, que no sabía que pensar de él.

Los guerrilleros habían ya roto filas, dirigiéndose cada uno á su alojamiento.

Una hora despues, nadie hubiera conocido que en Quintana estaba alojada la partida del cura Merino.

Los guerrilleros habían cambiado sus equipos, medio militares, por ropas de aldeanos.

Las armas y monturas habían sido escondidas en los pajares.

No había guardias, patrullas ni rondas.

Los caballos comían tranquilamente en las cuadras, como animales de labranza.

Era un día de asueto.

El pueblo presentaba su aspecto habitual, y lo único que hubiera podido llamar la atención de un observador, es el gran número de vagos que circulaban por las calles y plazas, requebrando á las muchachas ó formando corrillos, en que se contaban cuentos más ó menos graciosos.

Merino se había alojado en casa del cura del Quintana, que se preparaba á obsequiarle espléndidamente.

—Diga usted, compañero,—preguntó don Jeróni-

mo luego que se hubo instalado en la habitación que le destinaban,—¿qué clase de hombre es el boticario?

—¡Un infeliz!

—¿Infeliz?

—Sí... un hombre de bien, que desde que el año anterior le robaron una hija...

—¿Que le robaron una hija?...

—Sí.

—¿Quién?

—Unos oficiales franceses.

—¡Hola! ¡hola!

—Desde entonces creo que está algo trastornado.

—¡A ver!

—Siempre está diciendo que los quisiera matar á todos.

—Pues en eso da muestras de estar cuerdo.

—Y desde que hace unos dias se empezó á decir que iba á pasar por aquí un convoy ó una columna, en lugar de aumentar su cólera, está muy contento y le ha dado por decir que es afrancesado.

—¿Hombre, sí?

—Lo que usted oye.

—Pues á mí no me ha dicho nada de eso.

—Segun le haya dado.

—¡Puede!

—No le haga usted caso.

Don Jerónimo no quedó enteramente convencido.

—¡Aquí hay misterio!—pensaba.

Y luego, abandonándose á su habitual indiferencia, añadió:

—Allá veremos.

Entre tanto el día avanzaba.

A eso de las cuatro y media de la tarde llegó á Quintana la vanguardia de los franceses, y una hora despues entraba el convoy en el pueblo.

Mucho tiempo empleó la tropa en ordenar los carros y furgones, desenganchar los tiros y repartir las boletas de alojamiento.

Mientras se hicieron aquellas operaciones, el coronel conversaba en medio de la plaza con un grupo de jefes y oficiales, y daba algunas órdenes al alcalde, que temblaba como un azogado, pensando que en las mismas casas en que alojaba á los franceses se hallaban los soldados del cura Merino.

Éste, con un balandran y un bonete que le habia prestado su colega, lo presenciaba todo asomado á una ventana de la casa del cura, que daba á la plaza.

Lo que más le llamó la atención fué ver al boticario, que se acercó al coronel francés y empezó á hablarle con mil reverencias y cortesías.

—¡Si estará verdaderamente loco!—decia don Jerónimo.

—Le digo á usted que sí,—le contestaba su colega, que estaba á su espalda.

Al fin el boticario se separó del coronel, que le estrechó afectuosamente las dos manos y le despidió con muchos saludos.

—Señores,—dijo en francés el coronel á sus compañeros, luego que se separó de él el boticario,—estamos convidados para un banquete.

Todos quedaron sorprendidos.

—Aquí se me ha presentado un entusiasta admirador del rey José y del emperador, que quiere manifestar de este modo su adhesion á nuestra causa.

—¿Y habeis aceptado?—preguntó un capitán.

—Sí por cierto. Encontramos en este país tan pocos amigos, que no debemos desairar á los que se nos presentan.

—Si hubiera alguna intencion oculta...

—En todo caso, él ha de comer con nosotros.

—Es verdad.

—Y no se tiene noticia de que por aquí cerca haya enemigos. Además, las rondas y patrullas darian pronto la alarma.

Nadie tuvo ninguna objecion que hacer, y luego de dejar establecido el servicio, los jefes y oficiales libres marcharon á sus alojamientos para asearse un poco y acudir al banquete del boticario.

. . . . .

La comida, que empezó mucho despues de anochecido, fué todo lo espléndida que permitian los recursos de un pueblo como Quintana.

Los convidados, entre jefes y oficiales, eran treinta y tantos ó cuarenta, y todos comieron con buen apetito los platos que se sirvieron; los cuales, á decir verdad, tenian más de abundantes que de delicados.

Pero los paladares de oficiales, casi todos jóvenes y que están en campaña, no son muy exigentes.

La conversacion fué animadísima.

El boticario chapurreaba el francés, y los oficiales, mal ó bien, casi todos hablaban español; así es que unos y otros se entendían sin dificultad.

Dos labriegos que hacían de criados apenas bastaban á destapar botellas, y algunos franceses iban ya sintiendo en los párpados una pesadez precursora del sueño.

El boticario proponía un brindis detrás de otro.

Se brindó por el emperador, por el rey José, por España, por Francia, por el ejército imperial, por todo lo que se podía brindar en el mundo.

—¡Otro, otro!—gritaba sin cesar el boticario.

Y el banquete iba poco á poco degenerando en orgía.

Casi todos los comensales se habían apeado el tratamiento.

Los franceses estaban encantados del buen humor de su anfitrión.

El boticario había cantado la *Marsellesa*, y todos sus convidados le hicieron coro.

Unos oficiales bridaban por sus novias.

Otros se dejaban caer medio dormidos sobre la mesa, que ocupaba todo el salón del piso principal de la casa.

Ya un belón había rodado, llenando de aceite los manteles.

Entonces el boticario gritó:

—Propongo otro brindis.

—Venga.

—Por las muchachas bonitas.

—Sí... sí...—dijeron todos.

—¡Por las muchachas bonitas!—repetía el boticario.

—¡Que nos las traigan!—decía uno.

—Ya os las llevais vosotros cuando os acomoda, bribonazos,—exclamaba el dueño de la casa.

—Algunas han caído,—decían unos.

—Y las que caerán,—añadían otros.

—Lo que es eso,—gritó el boticario,—yo os aseguro que no ha de preocuparos.

—¿Por qué?

—La que vosotros cojais, que me la claven en la frente.

—Ya está borracho.

—No,—gritaba el boticario casi delirante.—Vosotros sois los que estais muertos.

Una ruidosa carcajada acogió estas palabras.

—¡Reid, imbéciles!—decía el boticario.—¿Habeis creído que yo era afrancesado? ¿Habeis creído que yo era enemigo de mi patria?

Los franceses casi no le escuchaban, ni le hacían caso.

Los más serenos prestaban alguna atención á sus palabras; pero le creían beodo y le dejaban continuar.

—¿Habeis creído que yo no soy buen español? Pues lo soy, y además soy padre... padre de una hija que uno de vuestros compañeros me ha robado... padre que venga su honra en todos vosotros... padre que muere por mataros á todos.

Algunos franceses se iban poniendo lívidos.

No acababan de comprender, ni sabían qué importancia dar á las palabras del boticario; pero presentían que allí había algo horriblemente trágico.

El semblante del boticario se iba desencajando por momentos, y continuó:

—¿Quereis saber lo que habeis comido?

—¿Qué?

—Veneno.

—No sabia á nada,—dijo un oficial de los más borrachos.

—Estúpido, ¿no ves que soy boticario? ¿Y crees que no he de saber preparar un veneno? Ni uno solo de los platos, ni una gota de vino, se ha puesto en esta mesa que no estuviera envenenado. Yo he querido morir con vosotros para no inspirar desconfianza, y porque me parecia indigno mataros de este modo y quedar yo vivo... Ahora... brindemos si quereis por el emperador, ¡cadáveres!

El coronel y cuatro ó cinco de los oficiales, que estaban más serenos, desenvainaron sus espadas y se dirigieron al boticario, gritando:

—¡Miserable!

Pero la mayor parte de los convidados estaban en el suelo ó echados sobre la mesa, unos completamente ebrios y otros revolcándose, porque empezaban á sentir los efectos del veneno.

El boticario, con la celeridad del rayo, tomó la escalera y bajó á la tienda con una luz en la mano.

Los oficiales le seguian.

—De aquí no se sale,—gritó el boticario, que apenas podia tenerse en pié.

Un oficial le hizo una ligera herida con la punta de su espada.

El coronel empezó á sentir dolores atroces.

—¡Socorro! ¡Paso!—gritó desesperadamente.

—No se sale,—contestó el boticario.

Y haciendo un esfuerzo supremo, empezó á derribar y romper los frascos de su botica, arrojando sobre ellos el candil que llevaba en la mano.

Entonces surgió del suelo una llamarada espantosa.

Todos los espíritus de que se componian las medicinas se inflamaron de repente.

Los oficiales lanzaron un rugido de espanto.

El boticario contestó con una carcajada.

Un minuto despues se habia declarado en la tienda un incendio horroroso, que aumentaba por segundos, gracias á las muchas materias combustibles que hay en todas las boticas.

Aquello era espantoso.

La botica parecia un infierno.

Pero un infierno en que el olor acre, punzante y nauseabundo de los combustibles inflamados, era todavía más temible que el mismo fuego.

El boticario, loco de ira, y sintiendo ya los efectos del veneno que corria por sus venas, golpeaba furiosamente los estantes.

Los frascos saltaban despidiendo llamaradas de mil colores.

Los franceses permanecieron un momento mudos de espanto.

Luego el coronel y los oficiales, viendo que tenian cortada la retirada por aquel incendio diabólico, volvieron á subir á la sala del banquete.

Uno de ellos cayó en la escalera para no volver á levantarse.

Los que aún se hallaban en el piso alto, se vieron de pronto invadidos por una columna de humo.

Después por las llamas.

Algunos gritaron.

Otros quisieron huir y no pudieron.

Ninguno tuvo bastante fuerza para abrir los balcones.

Entonces dieron las diez de la noche.

Al mismo tiempo se oyó en la torre de la iglesia el toque de rebato.

---

## Capítulo L

### A la luz del incendio

Al mismo tiempo que sonaron las campanas, empezaron á salir llamas por la puerta y las ventanas de la casa del boticario.

En aquel instante, el silencio sepulcral que reinaba en el pueblo se trocó en un ruido horrible.

Los guerrilleros, que esperaban la señal ocultos en las casas, se arrojaron sobre los franceses alojados en ellas.

Muchos estaban durmiendo, y fueron muertos antes de despertar.

En algunas habitaciones se trabaron combates horribles.

Un francés solo que no habia tenido tiempo ni de coger las armas, se defendia desesperadamente con los muebles y hasta con las almohadas de toda una fami-

lia, hombres, mujeres y chiquillos, que le acosaban, lanzando gritos de muerte.

Algunos lograban escapar desnudos por las ventanas, y corrían por las calles seguidos de una porción de gente, que tardaba en despedazarlos lo que en darles alcance.

En la plaza se oían algunos tiros.

Merino hacia fuego desde la ventana de casa del cura, y otros guerrilleros alojados en las casas inmediatas le imitaban.

La guardia que allí tenían los franceses, no sabiendo lo que sucedía, contestaba con algunos disparos, y se mantenía reunida sin saber adónde acudir ni qué partido tomar.

Al mismo tiempo, los tambores y trompetas españoles recorrían las calles tocando llamada.

Y por todas partes, gritos, confusión, desorden, voces pidiendo socorro, hombres con hachas de viento en la mano, que alumbraban la matanza.

Y franceses que morían sin poder defenderse.

Y la casa del boticario completamente presa de las llamas, alumbrando de un modo terrible y siniestro aquel cuadro de desolación y de muerte.

Las patrullas francesas que había fuera del pueblo, acudieron al ruido y al resplandor de los incendios.

Pero cuando llegaron, ya los escuadrones de Merino comenzaban á reunirse; la matanza había concluido; sólo alguno que otro francés huía aún jadeante y cubierto de heridas de la furia de sus perseguidores, y aquellos pequeños pelotones fueron acuchillados sin

compasion y sin dificultad, por enemigos muy superiores en número.

Para aumentar el espanto de aquella noche de horror y de sangre, los disparos que desde las ventanas de la plaza hacian los guerrilleros incendiaron un furgon de municiones.

El carro estalló con la violencia de un volcan, y en seguida se oyó una tempestad de bombas y granadas, que reventaban, causando no poco daño en las casas y matando é hiriendo bastantes personas.

Los que más padecieron con aquella descarga inesperada, fueron los pobres franceses, que en número de unos sesenta formaban la guardia del convoy.

Doce ó catorce fueron arrojados á largas distancias, horriblemente mutilados.

Los demás huyeron dispersos por todas las calles que daban á la plaza, gritando:

—¡Sálvese el que pueda!

Pero no era fácil salvarse.

Los fugitivos iban á morir en las callejuelas de Quintana á manos de los vecinos del pueblo, que competian en ferocidad con los guerrilleros.

Todo aquello duró ménos de media hora.

Pero fué media hora horrible.

Por fin concluyó la matanza, porque habian concluido los enemigos.

Escasamente ocho ó diez soldados de los que se hallaban en las afueras del pueblo, lograron huir con vida (1).

---

(1) Histórico. Los seiscientos franceses que escoltaban el convoy

Porque debemos recordar que las patrullas y guardias avanzadas fueron cargadas por los escuadrones de caballería.

Tomás y Juan, que no hicieron nada en las casas en que se encontraban contra los franceses alojados en ellas, se desquitaron en el campo, repartiendo temibles cuchilladas.

La generosidad de los dos hermanos no salvó la vida á los franceses que habia en sus casas, los cuales probablemente serian muertos por los aldeanos, que en este punto se mostraron ménos escrupulosos que nuestros amigos.

Cuando don Jerónimo mandó tocar alto el fuego, los esfuerzos de todos se encaminaron á apagar los incendios.

Felizmente el de la plaza no era grande.

Algunos carros ardian y fueron apagados fácilmente.

La pólvora que llevaba el convoy era poca, y aun parte de ella pudo salvarse.

La mayoría de las bombas iban descargadas.

Y los cañones, balas y cureñas, claro es que no habian de quemarse.

Más difícil fué apagar el fuego de casa del boticario.

Cuando se consiguió, ya era de dia.

De allí se extrajeron los cadáveres carbonizados de los oficiales franceses y el del pobre boticario.

---

fueron muertos por la partida de Merino en la sorpresa de Quintana de la Puente.

Merino, que por los criados, que habian huido por el corral en el momento de la catástrofe, estaba enterado de lo ocurrido, mandó que lo colocaran aparte.

En seguida dispuso que los cuerpos de todos los franceses se sacaran en carros fuera del pueblo y se quemasen, como habia hecho en Espinosa.

La presa era muy considerable.

Doscientos caballos de los gendarmes y el armamento completo de sus ginetes.

Unos cuatrocientos fusiles con las correspondientes fornituras, de la infantería.

Cañones de sitio, morteros, bombas, balas de cañon y otra porcion de pertrechos militares.

Y seiscientos caballos frisonos de tiro, con gran número de furgones y carruajes (1).

Como los caballos de tiro no le servian para nada, determinó regalarlos á los vecinos de Quintana, que los podian emplear en la labranza.

El armamento se repartió entre tres ó cuatro conventos de los que habia más cercanos.

Los cañones, bombas, etc., se llevaron al monte y se enterraron en lugar seguro.

Y los doscientos caballos de silla se destinaron á los nuevos reclutas que debian reforzar los escuadrones de caballería, los cuales, como es sabido, no reunian entre los cuatro más que unos trescientos ginetes, cuando Merino queria que tuvieran lo ménos ciento veinte cada uno.

---

(1) Histórico.

Se tomó de las compañías de infantería la gente necesaria, y el regimiento de húsares de Búrgos, que era el nombre que le había dado don Jerónimo, tuvo desde entonces quinientos caballos.

En cambio, la infantería, que llevaba el nombre de regimiento de Arlanza, no pasaba de ciento cincuenta hombres, aun con los voluntarios que se presentaron aquel día.

Todo se hizo con la mayor actividad, y á las once de la mañana la guerrilla en masa, con el cura Merino á la cabeza, acompañaba al cementerio el cadáver del boticario, á quien don Jerónimo, por uno de sus extravagantes decretos, había ordenado que se tributasen honores de capitán general.

La iglesia, con cruz alzada, precedía al féretro, que era llevado en hombros por cuatro oficiales.

Detrás iba á pié Merino presidiendo el duelo, que lo formaban casi todos los vecinos del pueblo.

Y cerraba la marcha toda la caballería.

La infantería esperaba en el cementerio.

No había sido necesario destemplan los tambores, ni poner sordinas á las trompetas, porque los instrumentos bélicos de la guerrilla estaban siempre destemplados y sonaban lo peor posible, á lo cual contribuía su mala calidad y la poca destreza de los que los tocaban.

Al llegar al cementerio, el cura de Quintana entonó un responso, y cuando el cadáver recibió tierra, la guerrilla le saludó con tres descargas y un grito general de:

—¡Viva España!

Aquella noche Merino y su gente durmieron en Quintana.

Antes de amanecer salieron del pueblo, y don Jerónimo dió la órden de dispersarse.

Pero en lugar de volver cada uno á su acantonamiento, mandó que los individuos aislados, ó cuando más formando pequeños grupos, se dirigieran al punto que designó de la sierra de Soria, que dista de allí diez y seis leguas.

Para que cada uno pudiera tomar el rodeo que creyera conveniente á su seguridad, dió para reunirse un plazo de cuatro dias.

Pronto cundió por toda la provincia de Búrgos, y aún por las inmediatas, la noticia de la horrible catástrofe de Quintana de la Puente.

Los generales franceses bramaron de ira.

Las columnas se pusieron en movimiento.

Una porcion de brigadas cayeron sobre la comarca en que habia tenido lugar el desastre.

Los generales Kellermann, Roquet y Dorsenne marcharon precipitadamente á la cabeza de sus cuerpos de ejército.

Todo en vano.

La guerrilla otra vez se habia evaporado.

Los guerrilleros pasaron tranquilamente por entre las columnas que los perseguian.

Quando los generales buscaban á Merino por los confines de las provincias de Búrgos, Valladolid y Se-

govia, recibieron un parte en que se les anunciaba que este, á la cabeza de sus terribles soldados, operaba en los límites de la de Soria en combinacion con el Empeinado, que se corria hasta la de Guadalajara.

Se reunieron en consejo de guerra, y desesperados de dar alcance á su enemigo, resolvieron disolver las columnas volantes y limitarse á defender con fuertes guarniciones las poblaciones más considerables.

TOMO PRIMERO

CAPITULO I. Desde que la columna que hoy se llama á un lugar. . . . .

II. . . . .

III. . . . .

IV. . . . .

FIN DEL TOMO PRIMERO

V. . . . .

VI. . . . .

VII. . . . .

VIII. . . . .

IX. . . . .

X. . . . .



---

# INDICE

---

## TOMO PRIMERO

---

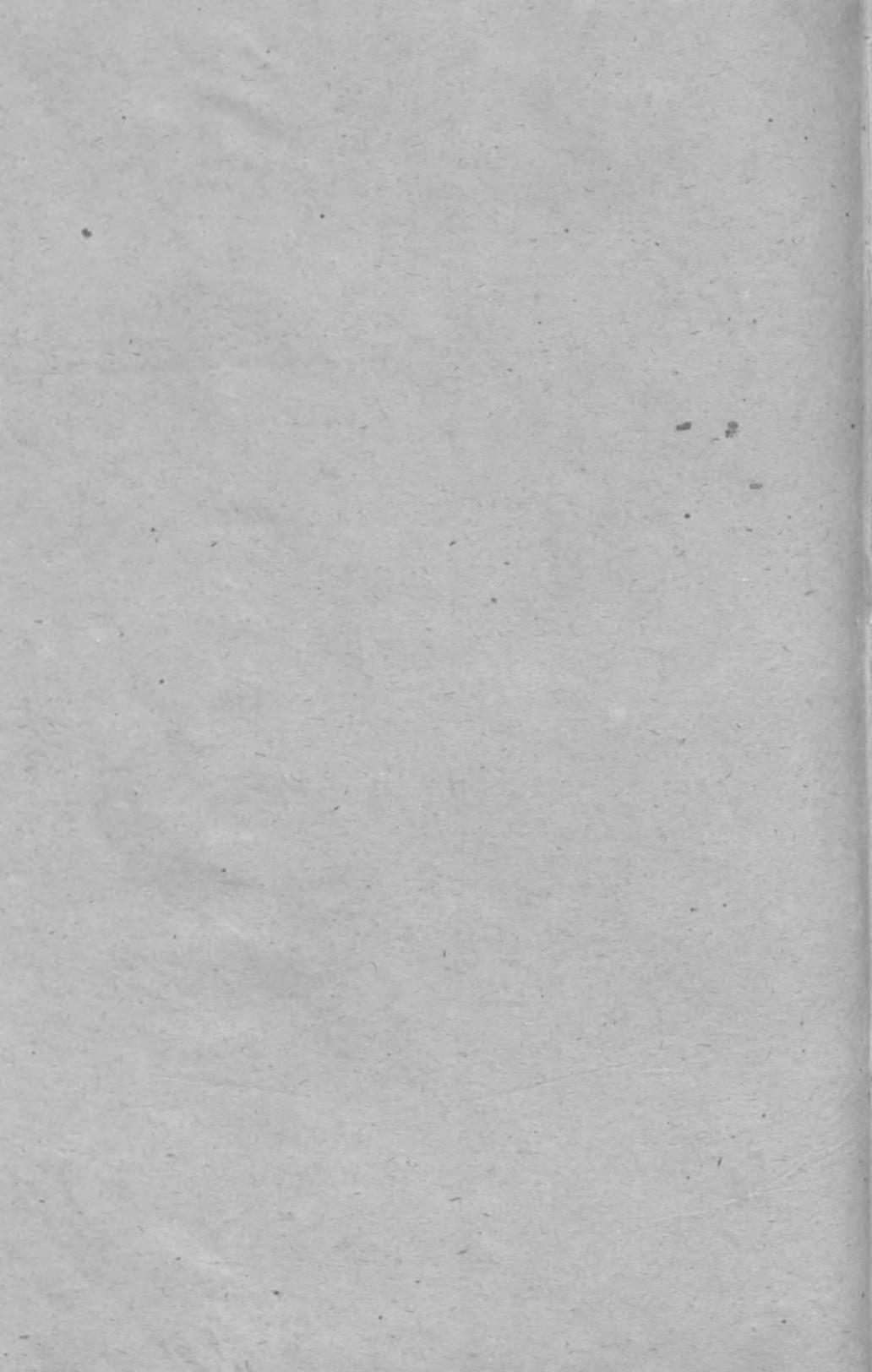
	Págs.
CAPÍTULO I.....	Donde se ve la diferencia que hay de un cura á un bagaje..... 5
— II.....	A matar franceses..... 23
— III.....	Un sermon del cura Merino..... 35
— IV.....	Donde se ven los inconvenientes de que los tios tengan sobrinos y los escribanos hijas casaderas..... 61
— V.....	Una tempestad en el corazon de una solterona..... 78
— VI.....	De como don Cleto tuvo el mayor disgusto de su vida, sin que le hubiera caido ningun borron en su escrito..... 97
— VII.....	Donde se ve por qué Juan no habia querido abrazar á María al partir para la guerra..... 110
— VIII.....	De la batalla que dió el cura Merino en las inmediaciones de Pancorbo..... 128
— IX.....	El ejército de Castilla la Vieja toca los resultados de su primera victoria..... 155
— X.....	De cuya lectura no puede prescindir el que quiera enterarse de los capítulos siguientes..... 172

	Págs.
CAPÍTULO XI.....	Una serrana que vale por dos serranos... 187
— XII.....	Más vale llegar á tiempo que rondar un año..... 205
— XIII.....	Las represalias..... 221
— XIV.....	Una junta insurreccional..... 239
— XV.....	Ciento por uno..... 253
— XVI.....	De como no basta ser granadero para ga- nar acciones de guerra..... 274
— XVII.....	De potencia á potencia..... 290
— XVIII.....	Despues del combate..... 303
— XIX.....	El Embudo de la sierra ..... 322
— XX.....	Que trata de varias cosas y otras mu- más..... 333
— XXI.....	En que se ve que el ejército de Castilla la Vieja iba siendo cada vez más respe- table..... 349
— XXII.....	Los dos hermanos..... 363
— XXIII.....	De como es bueno tener amigos hasta en el infierno..... 378
— XXIV.....	Un español de 1808..... 398
— XXV.....	Donde se ve que el ejército de Castilla la Vieja iba siendo cada vez más poderoso. 412
— XXVI....	Tomás quema sus naves..... 425
— XXVII....	Las cañas se vuelven lanzas..... 438
— XXVIII...	Donde Tomás se encuentra entre dos fuegos..... 451
— XXIX....	Quién mucho abarca..... 468
— XXX.....	Un ideal desvanecido..... 484
— XXXI....	De como encontró Tomás al ejército de Castilla la Vieja..... 497
— XXXII....	Preparativos..... 516
— XXXIII...	La sorpresa..... 530
— XXXIV...	Donde se ve que cuando uno no se para en barras, todas las dificultades son pe- queñas..... 544
— XXXV....	En Villoviado y en Covarrubias..... 557
— XXXVI...	Un consejo de guerra..... 572
— XXXVII..	Donde se ve que una niña puede perder á su padre con la mayor inocencia..... 599
— XXXVIII.	Bandera negra..... 613

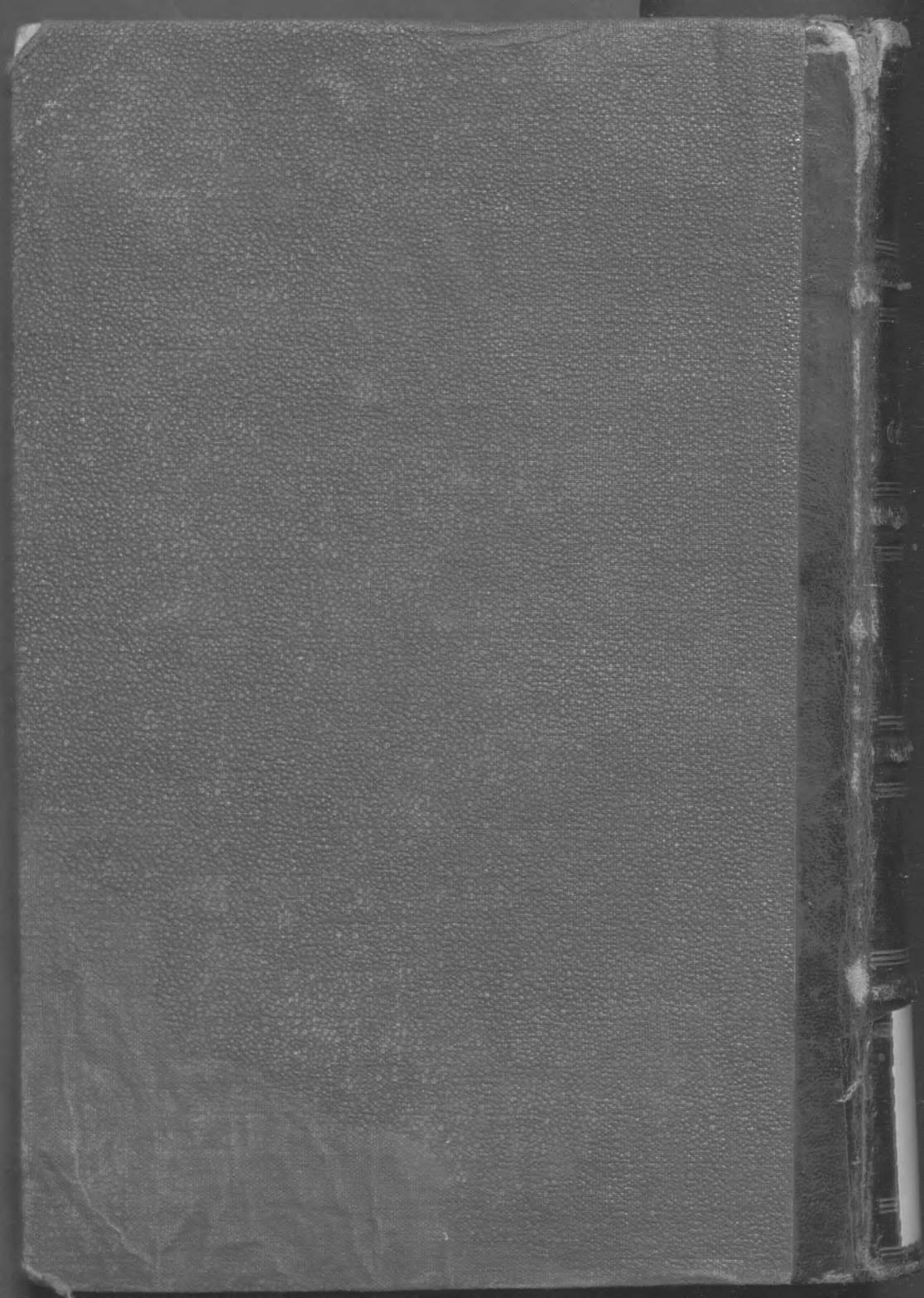
		Págs.
CAPÍTULO XXXIX...	El parlamentario.....	626
— XL.....	El todo por el todo.....	641
— XLI.....	Un golpe de audacia.....	655
— XLII. ....	De como las circunstancias pueden hacer que un cobarde se porte como un va- liente.....	669
— XLIII.....	Quien manda manda.....	684
— XLIV.....	Donde se ve que Merino no se descuidaba.	699
— XLV. ....	Donde se ve que los años no impedian á Gil viajar con rapidez, cuando se trata- ba de cumplir con sus deberes.....	714
— XLVI. ...	No hay dicha completa.....	728
— XLVII. ...	Donde se ve que un mendigo puede servir para algo más que pedir limosna.....	743
— XLVIII...	Las vísperas de Quintana.....	754
— XLIX.....	Un auxiliar inesperado.....	763
— L.....	A la luz del incendio.....	776











EL

Cura Merino

G 23206